DARON ACEMOGLU y JAMES ROBINSON

EL PASILLO ESTRECHO

ESTADOS, SOCIEDADES Y CÓMO ALCANZAR LA LIBERTAD

¿Por qué en algunos países florece la libertad y en otros el autoritarismo?



De los autores de *Por qué fracasan los países*, con más de 150.000 ejemplares vendidos en español

Traducción de Ramón González Férriz y Marta Valdivieso

DEUSTO

DARON ACEMOGLU y JAMES ROBINSON

EL PASILLO ESTRECHO

ESTADOS, SOCIEDADES Y CÓMO ALCANZAR LA LIBERTAD

¿Por qué en algunos países florece la libertad
y en otros el autoritarismo?



De los autores de *Por qué fracasan los países,*
con más de 150.000 ejemplares vendidos en español

Traducción de Ramón González Férriz
y Marta Valdivieso

DEUSTO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatorias
Prefacio
Capítulo 1. ¿Cómo finaliza la historia?
Capítulo 2. La Reina Roja
Capítulo 3. La voluntad de poder
Capítulo 4. La economía fuera del pasillo
Capítulo 5. Alegoría del buen gobierno
Capítulo 6. La tijera europea
Capítulo 7. El mandato del cielo
Capítulo 8. La Reina Roja rota
Capítulo 9. El diablo en los detalles
Capítulo 10. ¿Qué pasa con Ferguson?
Capítulo 11. El Leviatán de papel
Capítulo 12. Los hijos de Wahhab
Capítulo 13. La Reina Roja fuera de control
Capítulo 14. En el pasillo
Capítulo 15. Vivir con el Leviatán
Agradecimientos
Ensayo bibliográfico
Bibliografía
Fuentes de los mapas
Créditos del encarte de fotos
Láminas
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

SINOPSIS

La libertad no es el orden «natural» de las cosas. En la mayoría de lugares y en la mayoría de casos, los fuertes han dominado a los débiles y la libertad humana ha sido anulada por la fuerza o por las costumbres y normas. O los estados han sido demasiado débiles para proteger a los individuos de estas amenazas, o los estados han sido demasiado fuertes para que las personas se protejan contra el despotismo. Únicamente cuando se logra un equilibrio delicado y precario entre el estado y la sociedad, logra emerger la libertad.

De los autores del bestseller internacional Por qué fracasan los países, llega un nuevo libro crucial que responde a la pregunta de cómo florece la libertad en algunos estados, mientras cae en el autoritarismo o la anarquía en otros.

En medio de un momento de desestabilización desgarradora, necesitamos la libertad más que nunca, y, sin embargo, el corredor hacia la libertad se está volviendo más estrecho y más traicionero.

El pasillo estrecho

Estados, sociedades y cómo alcanzar la libertad

DARON ACEMOGLU
JAMES A. ROBINSON

Traducción de
Ramón González Férriz y Marta Valdivieso



EDICIONES DEUSTO

Para Arda y Aras, aunque esto sea mucho menos de lo que os debo

DA

Para Adrián y Tulio. Para mí, el pasado, para vosotros, el futuro

JR

Prefacio

Libertad

Este libro trata sobre la libertad y de cómo y por qué las sociedades humanas han sido capaces o no de lograrla. Trata también sobre las consecuencias que tiene esto, en especial para la prosperidad. Nuestra definición se basa en la del filósofo inglés John Locke, quien sostuvo que una persona tiene libertad cuando tiene[1]

> un estado de perfecta libertad para ordenar sus acciones y disponer de sus pertenencias y personas según consideren conveniente [...] sin necesidad de pedir licencia ni depender de la voluntad de otra persona.

En este sentido, la libertad es una aspiración básica de cualquier ser humano. Locke hace hincapié en que

> ninguno debe dañar a otro en lo que atañe a su vida, salud, libertad o posesiones.

Pero es evidente que a lo largo de la historia la libertad ha sido un bien escaso y continúa siéndolo en la actualidad. Cada año, millones de personas en Oriente Próximo, África, Asia y América Central huyen de sus casas, y en ese recorrido se juegan la vida, no porque estén buscando ingresos más altos o mayores comodidades, sino porque intentan protegerse a sí mismos y a sus familias de la violencia y el miedo.

Los filósofos han propuesto muchas definiciones de libertad. Pero en el nivel más básico, como reconocía Locke, la libertad comienza cuando la gente se libera de la violencia, la intimidación y otros actos degradantes. Las personas deben ser capaces de adoptar libremente decisiones sobre su vida y tener los medios para llevarlas a cabo sin la amenaza de un castigo inaceptable o unas sanciones sociales draconianas.

El mal en el mundo

En enero de 2011, en el mercado de Hareeqa de la ciudad antigua de Damasco, en Siria, tuvo lugar una protesta espontánea contra el régimen despótico de Bashar al-Asad.[2] Poco después, en Daraa, una ciudad del sur, varios niños escribieron en un muro «La gente quiere que caiga el Gobierno». Fueron arrestados y torturados. Una multitud se reunió para exigir su liberación y la policía mató a dos personas. Estalló una manifestación masiva que en seguida se propagó por todo el país. Resultó que mucha gente quería que cayera el Gobierno. Pronto estalló una guerra civil. Como era de esperar, el Estado, sus fuerzas militares y de seguridad desaparecieron de gran parte del país. En lugar de conseguir la libertad, los sirios acabaron sufriendo una guerra civil y una violencia incontrolada.

Adam, un organizador de medios de Latakia, reflexionó sobre lo que ocurrió después:

> Pensábamos que íbamos a lograr un presente, y lo que obtuvimos fue el mal en el mundo.

Hasayn, un dramaturgo de Alepo, lo resumió así:

> Nunca pensamos que esos grupos oscuros entrarían en Siria; los que ahora se han hecho con el juego.

El más importante de estos «grupos oscuros» fue el llamado Estado Islámico, o lo que entonces se conocía como ISIS, que aspiraba a crear un nuevo «califato islámico». En 2014, el ISIS tomó el control de Raqqa, una importante ciudad siria. En el otro lado de la frontera, en Irak, se hizo con las ciudades de Falluja, Ramadi y la ciudad histórica de Mosul, con su millón y medio de habitantes. El ISIS y muchos otros grupos armados llenaron el vacío de Estado que había dejado el colapso de los gobiernos sirio e iraquí con una crueldad inimaginable. Las palizas, las decapitaciones y las mutilaciones se convirtieron en algo habitual. Abu Firas, que luchó con el Ejército Libre Sirio, describió la «nueva normalidad» en Siria:

> Hace tanto que no oigo que alguien muere por causas naturales. Al principio, asesinaban a una o dos personas. Luego a veinte. Luego a cincuenta. Luego se convirtió en algo normal. Si perdíamos a cincuenta personas, pensábamos: «¡Gracias a Dios, sólo son cincuenta!». No puedo

dormir sin el sonido de las bombas o las balas. Es como si faltara algo.

Amin, un fisioterapeuta de Alepo, recordaba:

> Uno de los chicos llamó a su novia y le dijo: «Cariño, me he quedado sin minutos en el teléfono. Te volveré a llamar desde el teléfono de Amin». Pasado un rato, ella llamó preguntando por él y le dije que lo habían matado. Lloró, y mis amigos me dijeron: «¿Por qué le has dicho eso?». Yo respondí: «Porque es lo que ha ocurrido. Es lo normal. Murió» [...]. Abrí mi teléfono y miré los contactos y sólo uno o dos aún estaban vivos. Nos dijeron: «Si alguien muere, no borréis su número. Cambiad su nombre por el de Mártir» [...]. Así que abrí mi lista de contactos y todos eran Mártir, Mártir, Mártir.

El colapso del Estado sirio provocó un desastre humanitario de enormes proporciones. De una población de unos dieciocho millones de personas antes de la guerra, se estima que han perdido la vida quinientos mil sirios. Más de seis millones se han desplazado dentro del país y cinco millones han huido de él y viven en la actualidad como refugiados.

El problema de Gilgamesh

La calamidad desencadenada por el colapso del Estado sirio no resulta sorprendente. Durante mucho tiempo, los filósofos y los científicos sociales han mantenido que para resolver conflictos, hacer cumplir la ley y contener la violencia es necesario un Estado. Como dijo Locke:

> Donde no hay ley no hay libertad.

Pero los sirios habían comenzado a protestar para conseguir del régimen autocrático de Asad la concesión de algunas libertades. Como recuerda Adam con tristeza:

> Irónicamente, salimos a manifestarnos para erradicar la corrupción, el comportamiento delictivo, el mal y el daño a la gente. Y las consecuencias han acabado perjudicando a mucha más gente.

Los sirios como Adam se enfrentaron a un problema tan propio de la sociedad humana que es el tema de uno de los fragmentos de texto escrito más antiguos que se conservan, las tablillas sumerias de 4.200 años que

documentan la epopeya de Gilgamesh. Gilgamesh fue el rey de Uruk, quizá la primera ciudad del mundo, situada en el ahora seco cauce del río Éufrates, en el sur del Irak actual. La epopeya nos cuenta que Gilgamesh creó una extraordinaria ciudad, en la que prosperaba el comercio y había servicios públicos para sus habitantes:[3]

> Mirad cómo brillan sus murallas como cobre al sol. Subid por la escalera de piedra [...] caminad por la muralla de Uruk, seguid su curso alrededor de la ciudad, inspeccionad sus poderosos cimientos, examinad sus fábricas de ladrillo, cómo se construyen con maestría, observad la tierra que encierra, los palacios y los templos gloriosos, las tiendas y los mercados, las casas, las plazas públicas.

Pero había un problema:

> ¿Cómo es Gilgamesh? [...]. La ciudad que posee, la recorre ostentoso, arrogante, con la cabeza en alto, pisoteando a sus ciudadanos como un toro salvaje. Él es el rey, hace lo que quiere, arrebata al hijo de su padre y lo aplasta, arrebata a la niña de su madre y abusa de ella [...] nadie osa oponerse a él.

Gilgamesh estaba fuera de control. Un poco como Asad en Siria. En su desesperación, la gente clamaba a Anu, el dios del cielo y la principal deidad del panteón de dioses sumerio. Imploraban:

> Padre celestial, Gilgamesh [...] ha sobrepasado todos los límites. La gente sufre su tiranía [...]. ¿Es así como quieres que gobierne tu rey? ¿Debería un pastor atacar a su propio rebaño?

Anu prestó atención y le pidió a Aruru, madre de la creación, que

> creara un doble para Gilgamesh, su segundo yo, un hombre que iguale su fuerza y coraje, un hombre que iguale su corazón apasionado. Crea un nuevo héroe, para que se equilibren mutuamente de manera perfecta, para que Uruk tenga paz.

De esta forma, Anu encontró una solución para lo que llamaremos el «problema de Gilgamesh»: controlar la autoridad y el poder de un Estado de modo que se obtienen las cosas buenas pero no las malas. La de Anu fue la solución *doppelgänger*, parecida a lo que hoy la gente llama «controles y contrapesos». Enkidu, el doble de Gilgamesh, le contendría. James Madison, uno de los padres fundadores del sistema de gobierno de Estados

Unidos, habría aprobado esta medida. Cuatro mil años después, Madison sostuvo que las Constituciones debían diseñarse de modo que «debe hacerse que la ambición contrarreste a la ambición».

El primer encuentro de Gilgamesh con su doble se produjo cuando se disponía a violar a una recién casada. Enkidu bloqueó la entrada. Lucharon. Aunque, en última instancia, se impuso Gilgamesh, su poder inigualable y despótico desapareció. ¿Las semillas de la libertad en Uruk?

Por desgracia, no. En general, los controles y contrapesos establecidos desde arriba no funcionan, y tampoco lo hicieron en Uruk. En seguida, Gilgamesh y Enkidu empezaron a conspirar. Como recoge la epopeya:

> Se abrazaron y besaron. Se dieron la mano como hermanos. Caminaron uno junto al otro. Se convirtieron en verdaderos amigos.

Con posterioridad se confabularon para matar al monstruo Humbaba, el guardián del gran bosque de cedros del Líbano. Cundo los dioses enviaron al Toro del Cielo para que les castigase, unieron sus fuerzas para matarlo. La perspectiva de libertad se desvaneció al mismo tiempo que los controles y contrapesos.

Si no es en un Estado limitado por *doppelgängers* y controles y contrapesos, ¿dónde puede surgir la libertad? No en el régimen de Asad. Evidentemente, no en la anarquía que siguió al colapso del Estado sirio.

Nuestra respuesta es simple: la libertad requiere que existan el Estado y las leyes. Pero no viene dada por el Estado o las élites que lo controlan. La toman las personas normales, la sociedad. La sociedad tiene que controlar al Estado para que éste proteja y promueva la libertad de las personas, en lugar de aplastarla como hacía Asad en Siria antes de 2011. La libertad necesita que haya una sociedad movilizada que participe en la política, proteste cuando sea necesario y vote cuando sea posible para que el Gobierno abandone el poder. La libertad surge de un delicado equilibrio de poder entre el Estado y la sociedad.

El pasillo estrecho hacia la libertad

En este libro, nuestro argumento es que para que la libertad surja y florezca, tanto el Estado como la sociedad deben ser fuertes. Un Estado fuerte es necesario para controlar la violencia, hacer cumplir las leyes y proporcionar servicios públicos que son cruciales para una vida en la que las personas tienen poder para hacer elecciones y luchar por ellas. Una sociedad fuerte y movilizada es necesaria para controlar y encadenar al Estado fuerte. Las soluciones *doppelgänger* y los controles y contrapesos no resuelven el problema de Gilgamesh porque, sin la vigilancia de la sociedad, las Constituciones y las garantías no valen mucho más que el pergamino en el que están escritas.

Encastrado entre el miedo y la represión que infligen los Estados despóticos y la violencia y la anarquía que surgen en su ausencia, hay un pasillo estrecho hacia la libertad. Es en este pasillo donde el Estado y la sociedad se equilibran mutuamente. Este equilibrio no tiene que ver con un momento revolucionario. Es una lucha constante y diaria entre los dos. Esta lucha aporta beneficios. En el pasillo, el Estado y la sociedad no sólo se enfrentan, también cooperan. Esta cooperación genera en el Estado la capacidad de proporcionar cosas que la sociedad quiere y fomenta una mayor movilización social para controlar esta capacidad.

Lo que hace que esto sea un pasillo, y no una puerta, es que lograr la libertad es un proceso; hay que recorrer un largo camino en el pasillo antes de que la violencia se controle, las leyes se escriban y se impongan, y los Estados empiecen a proporcionar servicios a sus ciudadanos. Es un proceso, porque el Estado y sus élites deben aprender a vivir con las cadenas que les impone la sociedad y diferentes sectores de la sociedad tienen que aprender a trabajar juntos a pesar de sus diferencias.

Lo que hace que este pasillo sea estrecho es que no se trata de una hazaña fácil. ¿Cómo se puede contener a un Estado que tiene una enorme burocracia, unas fuerzas armadas poderosas y libertad para decidir qué es la ley? ¿Cómo se puede garantizar que, cuando en un mundo complejo se le pida al Estado que asuma más responsabilidades, éste permanecerá moderado y bajo control? ¿Cómo se puede mantener una situación en la que la sociedad trabaja conjuntamente en lugar de volverse contra sí misma, escindida por diferencias y divisiones? ¿Cómo se impide que esto se

convierta en una competición de suma cero? No es en absoluto fácil, y por eso el pasillo es estrecho y las sociedades entran y salen de él, con unas consecuencias de gran alcance.

Nada de esto se puede planear. No es que muchos líderes, por iniciativa propia, traten realmente de lograr la libertad. Cuando el Estado y las élites son demasiado poderosos y la sociedad es dócil, ¿por qué iban los líderes a garantizar a la gente derechos y libertad? Y si lo hicieran, ¿se podría confiar en que mantendrían su palabra?

Los orígenes de la libertad se pueden observar en la historia de la liberación de las mujeres desde la época de Gilgamesh hasta nuestros días. ¿Cómo pasó la sociedad de una situación en la que, como relata la epopeya, «el himen de toda doncella [...] le pertenecía» a una en la que las mujeres tienen derechos (bueno, al menos en algunos lugares)? ¿Puede deberse a que los hombres reconocen esos derechos? Emiratos Árabes Unidos, por ejemplo, tiene un Consejo para el Equilibrio de Género creado en 2015 por Shaikh Mohammed bin Rashid Al Maktoum, vicepresidente y primer ministro del país, y gobernante de Dubái. Cada año, concede los premios a la igualdad de género por cosas como «la mejor entidad gubernamental que apoya el equilibrio de género», «la mejor autoridad federal que apoya el equilibrio de género» y «la mejor iniciativa de equilibrio de género». Todos los premios de 2018,[4] otorgados por Shaikh Maktoum, tienen una cosa en común: ¡se concedieron a hombres! El problema con la solución de Emiratos Árabes Unidos fue que Shaikh Maktoum la ideó y luego se la impuso a la sociedad, sin su participación.

Contrastemos esto con la historia, más exitosa, de los derechos de las mujeres en el Reino Unido,[5] donde éstos no se concedieron, sino que se tomaron. Las mujeres crearon un movimiento social, conocido como las *suffragettes*. Éstas surgieron a partir del Sindicato Social y Político de Mujeres británico, un movimiento sólo de mujeres fundado en 1903. No esperaron a que los hombres les dieran premios a «la mejor iniciativa de equilibrio de género». Ellas se movilizaron. Participaron en acciones directas y en desobediencia civil. Bombardearon la casa de verano de David Lloyd George, entonces canciller del Exchequer y más tarde primer

ministro. Se encadenaron a las rejas del exterior del palacio de Westminster. Se negaron a pagar impuestos y cuando fueron encarceladas, hicieron huelga de hambre y tuvieron que ser alimentadas a la fuerza.

Emily Davison fue un miembro importante del movimiento de las *suffragettes*. El 4 de junio de 1913, en el Derby de Epson, una famosa carrera de caballos, Davison corrió hacia la pista y se puso delante de *Anmer*, un caballo que pertenecía al rey Jorge V. Davison que, según algunos informes llevaba la bandera púrpura, blanca y verde de las *suffragettes*, fue golpeada por *Anmer*. El caballo cayó y la aplastó, como muestra la foto incluida en el encarte. Cuatro días después, Davison murió a causa de las heridas. Cinco años más tarde, las mujeres pudieron votar en las elecciones parlamentarias. En el Reino Unido, las mujeres no lograron derechos gracias a las magnánimas concesiones de algunos líderes (hombres). La obtención de derechos fue consecuencia de su organización y empoderamiento.

La historia de la liberación de las mujeres no es única ni excepcional. La libertad casi siempre depende de la movilización social y de la capacidad para lograr un equilibrio de poder con el Estado y sus élites.

Capítulo 1

¿Cómo finaliza la historia?

¿Una anarquía que viene?

En 1989, Francis Fukuyama[6] predijo el «fin de la historia», en el que todos los países convergían hacia las instituciones políticas y económicas de Estados Unidos, lo que él llamó «una flagrante victoria del liberalismo político y económico». Sólo cinco años después, Robert Kaplan describía una imagen del futuro radicalmente diferente en su artículo «La anarquía que viene». Para ilustrar la naturaleza de esta anarquía y violencia caótica, se sintió obligado a empezar por África occidental:

> África occidental se está convirtiendo en el símbolo de [la anarquía] [...]. Las enfermedades, la sobrepoblación, los delitos no provocados, la escasez de recursos, las migraciones de refugiados, el creciente debilitamiento de los Estados-nación y las fronteras internacionales, y el fortalecimiento de los ejércitos privados, las empresas de seguros y los cárteles de la droga internacionales se manifiestan ahora de manera más reveladora a través del prisma de África occidental. África occidental aporta una introducción apropiada a estos asuntos, a menudo extremadamente desagradables de discutir, a los que pronto se enfrentará nuestra civilización. Para replantear el terreno político tal como será en unas pocas décadas [...] creo que debo empezar por África occidental.

En un artículo de 2018, «Por qué la tecnología favorece la tiranía», Yuval Noah Hariri hacía otra predicción sobre el futuro, cuando argumentaba que los avances de la inteligencia artificial nos anuncian el nacimiento de unas «dictaduras digitales» en las que los gobiernos serán capaces de observar, controlar e incluso dictar la manera en que interactuamos, nos comunicamos y pensamos.

De modo que la historia aún puede finalizar, pero de un modo muy distinto al que había imaginado Fukuyama. Pero ¿cómo? ¿Con el triunfo de la idea de democracia de Fukuyama, la anarquía o la dictadura digital? El creciente control que el Estado chino ejerce sobre internet, los medios de comunicación y las vidas de sus ciudadanos corrientes podría indicar que nos dirigimos hacia una dictadura digital, al mismo tiempo que la historia reciente de Oriente Próximo y África nos recuerda que un futuro anárquico no resulta tan descabellado.

Pero necesitamos una forma sistemática de pensar en esto. Como sugería Kaplan, empecemos por África.

La declaración del artículo 15

Si continuas hacia el este a lo largo de la costa de África occidental, el golfo de Guinea gira hacia el sur y se dirige hacia África central. Tras navegar por Guinea Ecuatorial, Gabón y Pointe-Noire, en Congo-Brazzaville se llega a la desembocadura del río Congo, el punto de entrada a la República Democrática del Congo, un país que a menudo se considera el epítome de la anarquía. Los congoleños tienen una broma: ha habido seis Constituciones desde que el país logró la independencia de Bélgica en 1960, pero todas tienen el mismo artículo 15. Charles-Maurice Talleyrand, el primer ministro francés del siglo XIX, dijo que las Constituciones deben ser «breves y oscuras». El artículo 15 cumple su máxima. Es corto y oscuro; dice, simplemente: «Débrouillez-vous» (‘arregláoslas’).

Lo habitual es pensar en una Constitución como un documento que ordena las responsabilidades, los deberes y derechos de los ciudadanos y de los Estados. Se supone que los Estados resuelven los conflictos entre sus ciudadanos, los protegen y proporcionan servicios públicos clave como la educación, la atención sanitaria y las infraestructuras que los individuos, por sí solos, no son capaces de procurarse de manera adecuada. Se supone que una Constitución no dice *débrouillez-vous*.

La referencia al artículo 15 es una broma. No existe tal cláusula en la Constitución congoleña.[7] Pero la broma es oportuna. Los congoleños se las han estado arreglando por sí mismos al menos desde la independencia de

1960 (y antes las cosas eran incluso peores). De manera repetida, su Estado no ha logrado llevar a cabo ninguna de las cosas que se supone que hace y está ausente en una gran parte del país. Los tribunales, las carreteras, los centros de salud y las escuelas no funcionan en amplias zonas del país. El asesinato, los robos, la extorsión y la intimidación son cosa habitual. Durante la Gran Guerra de África, que arrasó el Congo entre 1998 y 2003, la vida de la mayoría de los congoleños, ya miserable, se convirtió en un auténtico infierno. Es posible que perecieran cinco millones de personas; fueron asesinadas o murieron a consecuencia de enfermedades o del hambre.

Incluso durante los períodos de paz, el Estado congoleño no ha conseguido defender las cláusulas de la verdadera Constitución. El artículo 16 declara:

> Todas las personas tienen derecho a la vida, la integridad física y el libre desarrollo de su personalidad, siempre que respeten la ley, el orden público, los derechos de los demás y la moral pública.

Pero gran parte de la región de Kivu, en el este del país, todavía está bajo el control de grupos rebeldes y de caudillos que roban, hostigan y asesinan a civiles mientras saquean la riqueza mineral del país.[8]

¿Qué dice el verdadero artículo 15 de la Constitución congoleña? Comienza así: «Las autoridades públicas son responsables de la eliminación de la violencia sexual». Sin embargo, en 2010 un funcionario de Naciones Unidas describió el país como «la capital mundial de las violaciones».[9]

Los congoleños están solos. *Débrouillez-vous*.

Un viaje por la dominación

Esta expresión no sólo es apropiada para los congoleños. Si se retrocede hasta el golfo de Guinea, se llega a Lagos, la capital empresarial de Nigeria, el lugar que mejor resume la lúgubre visión del futuro que tiene Kaplan, quien la describió como una ciudad «cuyo crimen, contaminación y sobrepoblación la convierten en el cliché por excelencia de la disfunción urbana del Tercer Mundo».[10]

En 1994, como escribió Kaplan, Nigeria estaba bajo el control del ejército, con el general Sani Abacha como presidente. Abacha no pensaba que su trabajo fuera resolver conflictos de manera imparcial o proteger a los nigerianos. Se centró en matar a sus oponentes y en expropiar la riqueza natural del país. Las estimaciones de cuánto robó empiezan en alrededor de los 3.500 millones de dólares.

El año anterior, el escritor Wole Soyinka, ganador del premio Nobel, había regresado a Lagos, cruzando la frontera terrestre desde Cotonú, la capital de la vecina Benín (que se muestra en el mapa 1). Recordó[11] que «Al aproximarse a la frontera entre Nigeria y Cotonú, se podía entender a primera vista lo que sucedía. Durante millas, pasamos por delante de una larga fila de vehículos aparcados en la carretera que llegaba hasta la frontera, que no podían o no estaban dispuestos a cruzar». Las personas que se atrevían «regresaban después de una hora de iniciar su aventura, con el vehículo dañado o los bolsillos mermados, tras haber sido obligadas a pagar un peaje para llegar incluso hasta el primer control de carretera».

Sin dejarse intimidar, Soyinka entró en Nigeria para conseguir que alguien le llevara hasta la capital, para que luego le dijeran: «*Oga Wole, eko o da o*» (maestro Wole, Lagos no es buena). Se presentó un taxista que se señalaba la cabeza vendada con la mano vendada. Procedió a narrar el recibimiento que se había encontrado: una banda sanguinaria lo había perseguido, incluso cuando empezó a conducir su coche en sentido contrario a toda velocidad.



Mapa 1 África occidental: el histórico reino Asante, Yorubalandia y Tivlandia, y la ruta de Wole Soyinka de Cotonú a Lagos.

> *Oga* [...]. Esos alborotadores me rompieron el parabrisas, incluso cuando ya estaba dando la vuelta. Ningún dios me salvó. *Eko ti daru* (Lagos es el caos).

Al final, Soyinka encontró un taxi que le llevara a Lagos, aunque el reacio conductor opinaba que «La carretera está maaal. Muy mal». Como dijo Soyinka, «Y entonces comenzó el viaje más espantoso de mi existencia». Continuó:

> Los controles de carretera estaban hechos con barriles de petróleo vacíos, neumáticos y cubos de bloqueo desechados, máquinas expendedoras, trozos de madera y troncos de árboles, piedras enormes [...]. Matones independientes se habían quedado a cargo [...]. En algunos controles había una tarifa de paso; la pagabas y se te permitía continuar; pero la seguridad sólo llegaba hasta la siguiente barrera. A veces la tarifa eran casi cuatro litros, o más, de combustible extraído de tu coche, y luego se te permitía continuar, hasta la siguiente barrera [...]. Algunos vehículos habían pasado claramente por una tormenta de misiles, porras e incluso puños; otros parecían llegar directamente del plató de *Parque jurásico*; se podría jurar que había marcas de dientes raras en la carrocería.

A medida que se aproximaba a Lagos, la situación empeoró.

> Normalmente el viaje hasta el centro de Lagos duraba dos horas. Entonces ya habían pasado cinco, y sólo habíamos recorrido unos cincuenta kilómetros. Empecé a ponerme cada vez más nervioso. La tensión en el ambiente se volvió palpable a medida que nos acercábamos a Lagos. Los controles de carretera se volvieron más frecuentes; como lo hizo la visión de vehículos dañados y, lo peor de todo, de cadáveres.

En Lagos, los cadáveres no son una visión insólita. Cuando un alto mando policial desapareció, la policía buscó su cuerpo en las aguas debajo de un puente. Dejaron de hacerlo después de seis horas y veintitrés cadáveres; ninguno era el que estaban buscando.[12]

Mientras el ejército nigeriano saqueaba el país, los lagosenses tuvieron que defenderse por sí mismos. La ciudad estaba dominada por el crimen y el aeropuerto internacional era tan disfuncional que los países extranjeros prohibieron a sus aerolíneas que volaran allí. Las bandas llamadas los «chicos del área» acosaban a los empresarios, sacándoles dinero e incluso asesinándolos. Los chicos del área no eran el único peligro que la gente debía evitar. Además de algún que otro cadáver, las calles estaban cubiertas de basura y ratas. Un periodista de la BBC comentó en 1999 que «la ciudad está [...] desapareciendo bajo una montaña de desperdicios».[13] No había suministro público de electricidad ni de agua corriente. Para tener luz tenías que comprar tu propio generador. O velas.

La infernal existencia de los lagosenses no sólo consistía en vivir en calles infestadas de ratas y cubiertas de basura y ver cadáveres en las aceras. Además vivían bajo un miedo permanente. Residir en el centro de Lagos con los chicos del área no era divertido. Incluso si un día decidían perdonarte, podían ir a por ti el siguiente; sobre todo si tenías la audacia de quejarte de lo que le hacían a tu ciudad o no les mostrabas la sumisión exigida. Este miedo, esta inseguridad e incertidumbre, pueden ser tan debilitantes como la violencia real, porque, utilizando un término introducido por el filósofo político Philip Pettit, te colocan bajo la «dominación» de otro grupo de seres humanos.

En su libro *Republicanismo: una teoría sobre la libertad y el gobierno*, Pettit sostiene que el principio fundamental de una vida decente y satisfactoria es la no dominación: la ausencia de la dominación, el miedo y

la inseguridad extrema. Es inaceptable, de acuerdo con Pettit, cuando se tiene que[14]

> vivir a merced de otros, el que tiene que vivir de manera tal, que nos volvamos vulnerables a algún mal que otro esté en posición de infligirnos arbitrariamente.

Esta dominación se experimenta cuando

> la mujer [...] se halla en una situación tal, que su esposo puede pegarle a su arbitrio, sin la menor posibilidad de cambiar las cosas; por el empleado que no osa levantar queja contra su patrono, y que es vulnerable a un amplio abanico de abusos [...] que su patrono pueda arbitrariamente perpetrar; por el deudor que tiene que depender de la gracia del prestamista, del banquero de turno, para escapar al desamparo manifiesto o a la ruina.

Pettit reconoce que la amenaza de violencia o abusos puede ser tan perjudicial como la violencia y los abusos en sí mismos. Para estar seguro, uno puede evitar la violencia siguiendo los deseos y órdenes de otra persona. Pero el precio es hacer algo que no se desea y estar sometido a esa amenaza un día sí y otro no. (Como diría un economista, la violencia puede estar «fuera de la senda de equilibrio», pero eso no significa que no afecte a tu comportamiento o tenga consecuencias que son casi tan malas como el sufrimiento de la violencia real.) Pettit considera que esas personas

> viven bajo la sombra de la presencia de otros, aunque ningún brazo se levante contra ellos. Viven en la incertidumbre respecto de las reacciones de otros, y con la necesidad de tener el ojo alerta a los humores ajenos. Se sienten [...] incapaces de mirar al otro de frente, y [en una situación] en la que pueden incluso verse forzados a tragar sapos, a la adulación y al falso halago, en un intento de congraciarse.

Pero la dominación no sólo tiene su origen en la fuerza bruta o las amenazas de violencia. Cualquier relación de poder desigual, bien sea impuesta mediante amenazas o por otros medios sociales, como las costumbres, creará una forma de dominación, porque equivale a estar

> sujetos a un tira y afloja arbitrario: estar sujetos al arbitrio potencialmente caprichoso o al juicio potencialmente idiosincrásico de otro.

Definimos «libertad» como la ausencia de dominación, porque quien está dominado no puede decidir de manera libre. La libertad o, en palabras de Pettit, la no dominación significa

> [la] emancipación de cualquier subordinación de este tipo, [la] liberación de cualquier dependencia de esta clase. Exige la capacidad para sostenerles la mirada a nuestros conciudadanos, en el común bien entendido de que ninguno de nosotros goza de un poder de interferencia arbitraria sobre otro.

Para que haya libertad es fundamental que exista no sólo la noción abstracta de que eres libre de elegir tus acciones, sino la capacidad de ejercitar esa libertad. Esta capacidad está ausente cuando una persona, un grupo o una organización tienen poder para coaccionarte, amenazarte o usar el peso de las relaciones sociales para someterte. No puede estar presente cuando los conflictos se resuelven mediante una fuerza real o su amenaza. Pero, de igual manera, no existe cuando los conflictos se resuelven mediante relaciones de poder desiguales impuestas por costumbres arraigadas. La libertad requiere que desaparezca la dominación, cualquiera que sea su fuente.

En Lagos la libertad no se veía por ningún lado. El conflicto se resolvió a favor del partido más fuerte y mejor armado. Hubo violencia, robos y asesinatos. Las infraestructuras se desmoronaban a cada paso. La dominación estaba por todas partes. No era una anarquía que venía. Ya estaba allí.

La guerra y el Leviatán

El Lagos de la década de 1990 puede parecernos una aberración a la mayoría de los que vivimos con seguridad y confort. Pero no lo es. Durante gran parte de la existencia humana, la inseguridad y la dominación han formado parte de la vida. Durante buena parte de la historia, incluso después de la aparición de la agricultura y la vida sedentaria hace unos diez mil años, los humanos han vivido en sociedades «sin Estado». Algunas de estas sociedades se parecen a unos pocos grupos de cazadores-recolectores que sobreviven en regiones remotas de la Amazonia y de África (también

llamados a veces «sociedades de pequeña escala»). Pero otros, como los pastunes, un grupo étnico de unos cincuenta millones de personas que ocupan la mayor parte del sur y el este de Afganistán y el noroeste de Pakistán, eran mucho más grandes y se dedicaban a la agricultura y el pastoreo. Las pruebas arqueológicas y antropológicas muestran que muchas de estas sociedades se encontraban atrapadas en una existencia aún más traumática que la que sufrían a diario los habitantes de Lagos en la década de 1990.

Las pruebas históricas más reveladoras provienen de masacres, asesinatos y homicidios que los arqueólogos han reconstruido a partir de restos de esqueletos desfigurados o dañados; algunos antropólogos han observado esto de primera mano en las sociedades sin Estado que han sobrevivido. En 1978, la antropóloga Carol Ember[15] documentó sistemáticamente que había una tasa muy alta de conflictos en las sociedades cazadoras-recolectoras; un golpe para la imagen de los «salvajes pacíficos» que tenía su profesión. Descubrió contiendas frecuentes, con una guerra al menos cada dos años en dos tercios de las sociedades que estudió. Sólo el 10 por ciento de ellas no estaban en guerra. Steven Pinker,[16] a partir de una investigación de Lawrence Keeley, recopiló pruebas sobre veintisiete sociedades sin Estado estudiadas por los antropólogos a lo largo de los últimos doscientos años, y estimó una tasa de mortalidad causada por la violencia de más del 500 por 100.000 personas; más de cien veces la tasa actual de homicidios en Estados Unidos, del 5 por 100.000, o más de mil veces la de Noruega, de alrededor del 0,5 por 100.000. Las pruebas arqueológicas procedentes de las sociedades premodernas son coherentes con este grado de violencia.

Debemos hacer una pausa para comprender el significado de estas cifras. Con una tasa de mortalidad de más del 500 por 100.000, o del 0,5 por ciento, un habitante típico de esta sociedad tenía una probabilidad del 25 por ciento de ser asesinado en un período de cincuenta años; el equivalente a que una cuarta parte de la gente que conoces sea asesinada de manera violenta durante su vida. Para nosotros, es difícil imaginar la incertidumbre y el miedo que implicaría esa violencia social tan exagerada.

Aunque gran parte de estas muertes y masacres se debían a enfrentamientos entre grupos o tribus rivales, no sólo la guerra y los conflictos dentro de los grupos provocaban esa violencia incesante. Los gebusi de Papúa Nueva Guinea, por ejemplo, tienen tasas aún mayores de asesinatos[17] —de casi 700 por 100.000 en el período entre las décadas de 1940 y 1950, previo al contacto—, que tienen lugar en tiempos normales y pacíficos (¡si un tiempo en que casi el 1 por ciento de la población es asesinado cada año puede llamarse pacífico!). La razón parece estar relacionada con la creencia de que la brujería causa todas las muertes, lo que desencadena la persecución de los culpables, incluso de las muertes no violentas.

No sólo el asesinato hace que la vida en las sociedades sin Estado sea precaria. La esperanza de vida al nacer en estas sociedades era muy baja, entre los veintiuno y los treinta y siete años. Períodos vitales igual de cortos no eran raros para nuestros antepasados de hace más de doscientos años. Pero muchos de nuestros antepasados, como los habitantes de Lagos, vivían en lo que el famoso filósofo político Thomas Hobbes[18] describió en su libro *Leviatán* como

> miedo continuo, y peligro de muerte violenta; y para el hombre una vida solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta.[19]

Hobbes, que escribió durante otro período infernal, la guerra civil inglesa de la década de 1640, se refirió a esto como la condición de «guerra», o lo que Kaplan habría llamado «anarquía»: una situación de guerra de todos contra todos, de «todo hombre contra todo hombre».

La brillante descripción que Hobbes hace de la guerra deja claro por qué la vida bajo esta condición es peor que desoladora. Empezó con algunas suposiciones básicas sobre la naturaleza humana y sostuvo que en cualquier interacción humana los conflictos serían endémicos. «Si dos hombres cualesquiera desean la misma cosa, que, sin embargo, no pueden ambos gozar, devienen enemigos; y [...] se esfuerzan mutuamente por destruirse o subyugarse.» Un mundo donde no existiera una manera de resolver estos conflictos no iba a ser feliz porque

> viene así a ocurrir que, allí donde un invasor no tiene otra cosa que temer que el simple poder de otro hombre, si alguien planta, siembra, construye o posee asiento adecuado, pueda esperarse de otros que vengan probablemente preparados con fuerzas unidas para desposeerle y privarle no sólo del fruto de su trabajo, sino también de su vida o libertad.[20]

Sorprendentemente, Hobbes se adelantó al argumento de Pettit sobre la dominación, al señalar que la simple amenaza de violencia puede ser perniciosa, incluso si se puede evitar la violencia real permaneciendo en casa después del anochecer o restringiendo los movimientos e interacciones. La guerra, de acuerdo con Hobbes, «no consiste en el hecho de la lucha, sino en la disposición conocida hacia ella, durante todo el tiempo en que no hay seguridad de lo contrario». De modo que la perspectiva de una guerra también tiene enormes consecuencias para las vidas de la gente, por ejemplo, «él, que se arma y trata de ir bien acompañado cuando viaja, que atranca sus puertas cuando se va a dormir, que echa el cerrojo a sus arcones incluso en su casa». Esto le resultaba familiar a Wole Soyinka, que nunca se desplazó a ningún lugar de Lagos sin una pistola Glock sujeta a su costado para protegerse.

Hobbes también reconoció que los humanos ansían algunas comodidades básicas y oportunidades económicas. Escribió: «Las pasiones que inclinan a los hombres hacia la paz son el temor a la muerte; el deseo de aquellas cosas que son necesarias para una vida confortable; y la esperanza de obtenerlas por su industria». Pero estas cosas tampoco vienen dadas de manera natural en un estado de guerra. De hecho, los incentivos económicos se destruyen.

> En tal condición no hay lugar para la industria; porque el fruto de la misma es inseguro. Y, por consiguiente, tampoco cultivo de la tierra; ni navegación, ni uso de los bienes que pueden ser importados por mar, ni construcción confortable; ni instrumentos para mover y remover los objetos que necesitan mucha fuerza; ni conocimiento de la faz de la tierra.[21]

Naturalmente, la gente busca una manera de salir de la anarquía, de imponer «restricciones a sí mismos» y «arrancarse de esa miserable situación de guerra que se vincula necesariamente [...] a las pasiones naturales de los hombres». Hobbes ya había previsto cómo podía ocurrir esto cuando presentó la noción de guerra, al observar que ésta surge cuando

«los hombres viven sin un poder común que les obligue a todos al respeto». Hobbes denominó a este poder común el «gran LEVIATÁN que se llama una REPÚBLICA o ESTADO», tres palabras que él usaba indistintamente. Por tanto, la solución a la guerra era crear el tipo de autoridad centralizada que no tienen los congoleños, los nigerianos o los miembros de las sociedades anárquicas y sin Estado. Hobbes usó la imagen del Leviatán, el gran monstruo marino descrito en el libro bíblico de Job, para enfatizar que este Estado tenía que ser poderoso. La portada de su libro, que se incluye en el encarte de fotos, mostraba un grabado del Leviatán con la cita de Job:

> No hay sobre la tierra poder que se le compare (Job 41:24).

Entendido.

Hobbes comprendió que el todopoderoso Leviatán sería temido. Pero mejor temer a un Leviatán poderoso que temer a todo el mundo. El Leviatán detendría la guerra de todos contra todos, garantizaría que las personas no «se esfuerzan mutuamente por destruirse o subyugarse», eliminaría la basura y a los chicos del área, y haría funcionar la electricidad.

Suena genial, pero ¿cómo, exactamente, consigues un Leviatán? Hobbes propuso dos caminos. Al primero lo llamó «una república [...] instituida cuando una multitud de hombres se ponen efectivamente de acuerdo, y pactan cada uno con cada uno» para crear ese Estado y delegar en él la autoridad y el poder, o como dijo él, «someter así sus voluntades, una a una, a su voluntad, y sus juicios a su juicio».[22] De modo que una especie de gran contrato social («el pacto») aceptaría la creación de un Leviatán. Algo difícil de organizar en Lagos. Al segundo lo llamó «una república por adquisición» que «se adquiere mediante fuerza», ya que Hobbes reconocía que en un estado de guerra debía surgir alguien que pudiera «someter a sus enemigos a su voluntad». Lo importante era que «los derechos y consecuencias de la soberanía son idénticos en ambos». Independientemente de cómo una sociedad consiguiera un Leviatán, pensaba Hobbes, la consecuencia sería la misma: el fin de la guerra.

La conclusión puede parecer sorprendente, pero la lógica de Hobbes se revela en su discusión sobre las tres maneras diferentes de gobernar un Estado: a través de la monarquía, la aristocracia y la democracia. Aunque

estas instituciones parecen muy diferentes a la hora de tomar decisiones, Hobbes sostuvo que «la diferencia entre estas tres clases de república no consiste en la diferencia de poder, sino en la diferencia de conveniencia». En general, era más probable que una monarquía fuera conveniente y tuviera ventajas prácticas, pero el punto principal es que un Leviatán, independientemente de cómo fuera gobernado, haría lo que hace un Leviatán. Detendría la guerra, aboliría el «miedo continuo, y [el] peligro de muerte violenta» y garantizaría que la vida de los hombres (y, con suerte, también la de las mujeres) ya no fuera «solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta». En esencia, Hobbes sostuvo que el objetivo de cualquier Estado debía ser la «conservación de la paz y la justicia», y que esto era el «fin [para el que] se instituyen todas las repúblicas». Así que el poder, o al menos un poder lo bastante abrumador, era adecuado, con independencia de cómo se llegara a él.

La influencia de la obra maestra de Hobbes en las ciencias sociales modernas difícilmente puede exagerarse. Nosotros nos basamos en Hobbes al teorizar sobre los Estados y las Constituciones, y empezamos por los problemas que resuelven y cómo limitan el comportamiento y redistribuyen el poder en la sociedad. Buscamos indicios de cómo la sociedad funciona con leyes que no son determinadas por Dios, sino por las motivaciones humanas básicas y cómo podemos conformarlas. Pero incluso más profunda es su influencia en cómo percibimos hoy los Estados. Los respetamos, como hacemos con sus representantes, con independencia de si son monarquías, aristocracias o democracias. Incluso después de un golpe militar o una guerra civil, los representantes del nuevo gobierno llegan volando en aviones oficiales y ocupan su asiento en Naciones Unidas, y la comunidad internacional recurre a ellos para hacer cumplir las leyes, resolver conflictos y proteger a sus ciudadanos. Esto les confiere respeto oficial. Tal como previó Hobbes, con independencia de sus orígenes y el camino que les haya llevado al poder, los gobernantes personifican al Leviatán y tienen legitimidad.

Hobbes tenía razón en que evitar la guerra es una prioridad crucial para los humanos. También estaba en lo cierto al anticipar que cuando los Estados se creaban y empezaban a monopolizar el uso de la violencia y

hacer cumplir sus leyes, los homicidios y los asesinatos disminuían. El Leviatán controlaba la guerra de «todo hombre contra todo hombre». En los Estados del oeste y norte de Europa, en la actualidad las tasas de homicidios apenas son del 1 por 100.000 o menos; los servicios públicos son efectivos, eficientes y abundantes; y la gente está más cerca de la libertad que en cualquier otro momento de la historia de la humanidad.

Pero también hubo muchas cosas que Hobbes no comprendió bien. Por un lado, las sociedades sin Estado son bastante capaces de controlar la violencia y contener los conflictos, aunque, como veremos, esto no proporciona demasiada libertad. Por el otro, era demasiado optimista sobre la libertad que traerían los Estados. De hecho, Hobbes estaba equivocado en un tema decisivo (como también lo está, podríamos añadir, la comunidad internacional): el poder no hace lo que es correcto y ciertamente no lo hace por la libertad. La vida bajo el yugo del Estado también puede ser desagradable, brutal y corta.

Comencemos por este último punto.

Conmoción y pavor

No se trataba simplemente de que el Estado nigeriano no quisiera impedir la anarquía en Lagos o de que el Estado de la República Democrática del Congo decidiera que era mejor no hacer cumplir la leyes y dejar que los rebeldes mataran personas. Ambos carecían de la capacidad para hacer esas cosas. La capacidad de un Estado es su habilidad para conseguir sus objetivos. Entre estos objetivos, a menudo están hacer cumplir las leyes, resolver conflictos, regular y gravar la actividad económica y proporcionar infraestructuras u otros servicios públicos. También pueden incluir hacer guerras. La capacidad del Estado depende en parte de cómo se organizan sus instituciones, pero de manera aún más decisiva depende de su burocracia. Es necesario que haya burócratas y empleados del Estado para que puedan implementar los planes del Estado, y es necesario que estos burócratas tengan los medios y la motivación para llevar a cabo esta misión.

La primera persona que enunció esta idea fue el sociólogo alemán Max Weber, que se inspiró en la burocracia prusiana, la cual constituyó la columna vertebral del Estado alemán durante los siglos XIX y XX.

En 1938, la burocracia alemana tuvo un problema. El Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (el Partido Nazi), que estaba en el poder, había decidido expulsar a todos los judíos de Austria, que había sido anexionada recientemente a Alemania. Pero en seguida surgió un obstáculo burocrático. Había que hacer las cosas de manera adecuada, de modo que todos los judíos tenían que reunir una serie de papeles y documentos para poder irse. Esto llevaba una cantidad de tiempo excesiva. Se puso al mando al hombre que ocupaba el despacho IV-B4 en las SS (*Schutzstaffel*, una organización paramilitar nazi), Adolf Eichmann. A Eichmann se le ocurrió una idea que en la actualidad el Banco Mundial llama «ventanilla única». Desarrolló un sistema en cadena que integraba todas las oficinas afectadas: el Ministerio de Finanzas, la gente del impuesto sobre la renta, la policía y los líderes judíos. También envió al extranjero a funcionarios judíos para solicitar fondos a organizaciones judías, para que ellos mismos pudieran pagarse los visados necesarios para emigrar. Como escribió Hannah Arendt en su libro, *Eichmann en Jerusalén*:[23]

> En un extremo se pone un judío que todavía posee algo, una fábrica, una tienda o una cuenta en el banco, y va pasando por todo el edificio de mostrador en mostrador, de oficina en oficina, y sale por el otro extremo sin nada de dinero, sin ninguna clase de derechos, sólo con un pasaporte que dice: «Usted debe abandonar el país antes de quince días. De lo contrario irá a un campo de concentración».

Como resultado de la ventanilla única, cuarenta y cinco mil judíos abandonaron Austria en ocho meses. Eichmann fue ascendido al rango de *Obersturmbannführer* (teniente coronel) y llegó a convertirse en el coordinador del transporte de la solución final, que implicaba resolver muchos obstáculos burocráticos parecidos para facilitar el asesinato masivo.

He aquí un Estado poderoso y capaz en funcionamiento, un Leviatán burocrático, que usaba su capacidad no para resolver conflictos o detener la guerra, sino para hostigar, desposeer y luego asesinar a los judíos. El Tercer

Reich alemán, basándose en la tradición de la burocracia prusiana y su ejército profesional, ciertamente, según la definición de Hobbes, podía considerarse un Leviatán. Tal como quería Hobbes, los alemanes, al menos una buena parte de ellos, sometieron «así sus voluntades, una a una, a su voluntad, y sus juicios a su juicio». De hecho, el filósofo alemán Martin Heidegger[24] dijo a unos estudiantes, «el Führer y sólo él es la realidad alemana presente y futura, y su ley». El Estado alemán también generó temor en la población, no sólo entre los seguidores de Hitler. No hubo mucha gente que quisiera contradecir o infringir sus leyes.

El temor se convirtió en miedo, con las SA (un grupo de paramilitares vestido con camisas pardas), las SS y la Gestapo rondando por las calles. Los alemanes pasaban las noches con sudores fríos, esperando los fuertes golpes en sus puertas y las botas militares en su salón que les llevarían a algún sótano para interrogarlos, o les reclutarían para ir al frente oriental y enfrentarse a una muerte casi segura. El Leviatán alemán era mucho más temido que la anarquía de Nigeria o el Congo. Y por buenas razones. Encarceló, torturó y mató a un gran número de alemanes: socialdemócratas, comunistas, opositores políticos, homosexuales y testigos de Jehová. Asesinó a seis millones de judíos, muchos de los cuales eran ciudadanos alemanes, y a doscientos mil romaníes; de acuerdo con algunas estimaciones, el número de eslavos que asesinó en Polonia y Rusia superó los diez millones.

Lo que los alemanes y los ciudadanos de los territorios ocupados por Alemania sufrieron durante el mandato de Hitler no fue la guerra de Hobbes. Fue la guerra del Estado contra sus ciudadanos. Fueron dominación y asesinato. No lo que Hobbes habría esperado de su Leviatán.

Reeducación por el trabajo

El miedo al Estado todopoderoso no se limita a excepciones aberrantes como el Estado nazi. Es mucho más habitual. En la década de 1950, China todavía era la favorita de muchos europeos de izquierdas, el pensamiento maoísta era de rigor en los cafés franceses y el *Libro rojo* del presidente Mao estaba disponible en las librerías de moda. Después de todo, ahí estaba

el Partido Comunista Chino, que se había librado del yugo del colonialismo japonés y del imperialismo occidental y estaba ocupado construyendo de las cenizas un Estado capaz y una sociedad socialista.

El 11 de noviembre de 1959, Zhang Fuhong, el secretario del Partido Comunista del condado de Guangshan, fue atacado. Un hombre llamado Ma Longshan tomó la iniciativa y empezó a patearlo.

Otros le agredieron con puñetazos y patadas. Fue violentamente golpeado y le arrancaron parte del pelo, su uniforme quedó reducido a jirones y cuando lo dejaron apenas era capaz de caminar. El 15 de noviembre, después de repetidos ataques, ya sólo podía quedarse en el suelo mientras era pateado y golpeado y le arrancaban lo que le quedaba de pelo. Cuando lo arrastraron hasta su casa, había perdido el control de las funciones corporales y ya no podía comer ni beber. El día siguiente fue atacado de nuevo y cuando pidió agua se la negaron. El 19 de noviembre murió.

Esta terrible descripción la hace Yang Jisheng en su libro *Tombstone*. Recuerda cómo antes, ese mismo año, le llamaron con urgencia del internado para que fuera a casa porque su padre se estaba muriendo de hambre. Al llegar a su casa en Wanli, se dio cuenta de que

> el olmo enfrente de nuestra casa había sido reducido a un tronco sin corteza, e incluso sus raíces habían sido desenterradas y peladas, dejando sólo un hueco irregular en la tierra. El estanque estaba seco; los vecinos dijeron que se había vaciado para dragar moluscos repugnantes que en el pasado nunca se habían comido. No había ruido de perros ladrando, ningún pollo correteando [...]. Wanli parecía una ciudad fantasma. Al entrar en nuestra casa, me encontré la miseria más absoluta; no había ni un grano de arroz, nada que fuera comestible en modo alguno y ni siquiera agua en la cuba [...]. Mi padre estaba medio recostado en su cama, con los ojos hundidos y sin vida, la cara demacrada, la piel arrugada y flácida [...]. Preparé *congee* con el arroz que había traído [...] pero él ya no era capaz de tragar. Tres días después, abandonó este mundo.

El padre de Yang Jisheng murió durante la gran hambruna que afectó a China al final de la década de 1950, donde posiblemente murieron de hambre cincuenta y cinco millones de personas. Yang muestra cómo

> el hambre fue una agonía prolongada. No había cereales, todas las hierbas silvestres se habían comido, incluso la corteza había sido arrancada de los árboles, y los excrementos de pájaros, las ratas y la guata de algodón se usaban para llenar el estómago. En los campos de caolinita, la

gente hambrienta masticaba la arcilla a medida que la excavaba. Los cadáveres de los muertos, las víctimas de la hambruna que buscaban refugio en otros pueblos, incluso los miembros de la propia familia, se convirtieron en comida para los desesperados.

El canibalismo se generalizó.

En este período, los chinos vivieron una pesadilla. Pero, al igual que con el Tercer Reich, no fue la ausencia de un Leviatán lo que provocó esta situación para la gente. El Estado fue quien lo planeó y ejecutó. Zhang Fuhong fue golpeado hasta la muerte por sus camaradas del Partido Comunista, y Ma Longshan era el secretario del partido en el condado. El crimen de Zhang fue el «desviacionismo de derechas» y ser un «elemento degenerado». Eso significaba que había intentado promover algunas soluciones para la creciente hambruna. En China, incluso la mención de la hambruna podía hacer que se te etiquetara como un «negador de la Gran Cosecha» y estuvieras sujeto a «sesión de lucha», un eufemismo que significaba ser golpeado hasta la muerte.

En la comuna popular de Huaidian, en otro lugar del mismo condado, 12.134 personas, un tercio de la población, murieron entre septiembre de 1959 y junio de 1960. La mayoría de ellas murió de hambre, pero no todos; 3.528 personas fueron golpeadas por cuadros del Partido Comunista, de las cuales 636 murieron, 141 se quedaron inválidas para siempre y 14 se suicidaron.

La razón por la que tanta gente pereció en Huaidian es sencilla. En otoño de 1959, la cosecha de grano produjo 5.955 millones de kilos, lo cual no era inusualmente bajo. Pero el Partido Comunista había decidido obtener de los granjeros seis millones de kilos. De modo que todo el grano de Huaidian fue a parar a las ciudades y el partido. Los granjeros comieron cortezas y moluscos, y se murieron de hambre.

Estas experiencias fueron parte del «Gran Salto Adelante»,[25] el programa de «modernización» lanzado por el presidente Mao Zedong en 1958 con el objetivo de usar la capacidad del Estado chino para transformar radicalmente el país y pasar de una sociedad agraria rural a una industrial, urbana y moderna. Este programa exigía altos impuestos a los campesinos, para subsidiar la industria e invertir en maquinaria. El resultado no sólo fue un desastre humano, sino una tragedia económica de enormes proporciones,

todo planeado e implementado por el Leviatán. El perturbador libro de Yang ilustra brillantemente cómo el Leviatán, que tenía «el poder de privar a un individuo de todo», implementó medidas como requisar toda la producción de grano de la comuna de Huaidian, y cómo éstas se impusieron mediante «sesiones de lucha» y violencia. Una técnica era centralizar las actividades para preparar los alimentos y comer en una «cocina comunal» gestionada por el Estado, para que «cualquiera que se demostrara que era desobediente pudiera ser privado de comida». En consecuencia, «los habitantes del pueblo perdieron el control de su propia supervivencia». Cualquiera que se opusiera al sistema era «aplastado», y la consecuencia fue convertir a todo el mundo en «déspota o esclavo». Para permanecer con vida, la gente tenía que «permitir que otros pisotearan las cosas que más valoraban y alabar las cosas que siempre habían despreciado más» y demostrar su lealtad al sistema formando parte de «una complacencia y engaño virtuosos»; una dominación pura y simple.

Hobbes sostuvo que la vida era «solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta» cuando «los hombres viven sin un poder común que les obligue a todos al respeto». Pero la descripción de Yang muestra que incluso aunque todos «respetaban y sentían terror por Mao», esto supuso la creación de una vida desagradable, brutal y corta para la mayoría, y no su desaparición.

Otra herramienta de gobierno que creó el Partido Comunista fue el sistema de «reeducación por el trabajo». El primer documento que usó esta frase fueron las «Directivas para la purga completa de los contrarrevolucionarios ocultos», publicado en 1955. Al año siguiente, el sistema de reeducación estaba en marcha y se habían establecido campos por todo el país. Estos campos perfeccionaron varios tipos de «sesión de lucha». Luo Hongshan,[26] por ejemplo, fue sentenciado a tres años de reeducación por el trabajo. Recuerda que:

> Nos levantábamos cada mañana a las cuatro o cinco y salíamos a trabajar a las seis y media [...] trabajando sin parar hasta las siete u ocho de la tarde. Cuando estaba demasiado oscuro para ver, parábamos. En realidad no teníamos noción del tiempo. Las palizas eran habituales, y algunos detenidos eran golpeados hasta la muerte. Sé de siete u ocho detenidos de la unidad central de trabajo número uno que fueron golpeados hasta la muerte. Y eso sin contar a quienes se ahorcaban o se suicidaban porque no podían soportar los abusos [...]. Usaban palos de hierro, bates de madera, mangos de piquetas, cinturones de cuero [...]. Me rompieron seis costillas y

> aún hoy estoy lleno de cicatrices de la cabeza a los pies [...]. Todo tipo de torturas, como «coger un avión», «conducir una motocicleta» [...] «ponerse de puntillas a medianoche» (todos eran nombres de diferentes tipos de castigo) eran comunes. Nos hacían comer mierda y beber orina y lo llamaban comer palitos de masa fritos y beber vino. Eran realmente inhumanos.

Luo no fue arrestado durante el Gran Salto Adelante, sino en marzo de 2001, cuando China ya era un miembro respetado de la comunidad internacional y una potencia económica. De hecho, después de 1979, el sistema de reeducación por el trabajo fue ampliado por Deng Xiaoping, el artífice del legendario crecimiento económico chino de las últimas cuatro décadas, que lo consideró un complemento útil para su programa de «reforma económica». En 2012, había alrededor de trescientos cincuenta campos de «reeducación», con ciento sesenta mil detenidos. Una persona puede ser enviada hasta cuatro años a un campo de este tipo sin ningún proceso legal. Los campos de reeducación son sólo una parte del importante gulag de centros de detención y «cárceles negras» ilegales que salpican el campo chino y que se complementan con un ampliado «sistema de correccionales comunitarios» que ha crecido con rapidez en los últimos años.[27] En mayo de 2014, el sistema «corregía» a 709.000 personas.

La sesión de lucha continúa. En octubre de 2013, el presidente Xi Jinping decidió alabar la «experiencia Fengqiao» e instó a los cuadros del Partido Comunista a seguir su ejemplo. La frase se refiere a un distrito de la provincia de Zhejiang que implementó la campaña política de las «cuatro limpiezas»[28] de Mao Zedong en 1963, sin arrestar realmente a nadie, pero induciendo a la gente a controlar e informar públicamente sobre sus vecinos, y a ayudar a «reeducarlos». Fue el preludio de la Revolución Cultural china en la que cientos de miles, y quizá millones, de chinos inocentes fueron asesinados (el número exacto se desconoce y es secreto).

El Leviatán chino, como el Leviatán del Tercer Reich, tenía la capacidad para resolver conflictos y lograr que las cosas se implementaran. Pero usa su capacidad no para promover la libertad, sino la represión manifiesta y la dominación. Acaba con la guerra, pero sólo para reemplazarla por una pesadilla distinta.

El Leviatán con la cara de Jano

La primera grieta de la tesis de Hobbes es la idea de que el Leviatán tiene una única cara. En realidad, el Estado tiene la cara de Jano. Una cara se parece a lo que Hobbes imaginó: impide la guerra, protege a sus súbditos, resuelve conflictos de manera justa, proporciona servicios públicos, comodidades y oportunidades económicas, establece la base de la prosperidad económica. La otra es despótica y temible: silencia a sus ciudadanos, es insensible a sus deseos. Los domina, los encarcela, los mutila y asesina. Roba el fruto de su trabajo o ayuda a que otros lo hagan.

Algunas sociedades, como los alemanes bajo el Tercer Reich o los chinos bajo el Partido Comunista, ven la cara temible del Leviatán. Sufren la dominación, pero esta vez de la mano del Estado y de aquellos que controlan el poder del Estado. Decimos que esas sociedades viven con un Leviatán despótico. La característica que define al Leviatán despótico no es que reprima y mate a sus ciudadanos, sino que no proporciona ningún medio para que la sociedad y la gente corriente tengan poder de decisión sobre cómo se usa su poder y capacidad. El Estado chino no es despótico porque envíe a sus ciudadanos a campos de reeducación. Manda a la gente a los campos porque puede, y puede porque es despótico y no está controlado por la sociedad ni rinde cuentas ante ella.

Así volvemos al problema de Gilgamesh del prefacio. El Leviatán despótico crea un Estado poderoso, pero luego lo usa para dominar a la sociedad, a veces a través de una represión manifiesta. ¿Cuál es la alternativa? Antes de responder a esta pregunta, volvamos al otro problema del relato de Hobbes: su presunción de que la falta de Estado implica violencia.

La jaula de normas

Aunque la historia humana está repleta de guerras, hay muchas sociedades sin Estado que se las arreglaron para contener la violencia: desde los pigmeos mbuti de la selva del Congo a varias grandes sociedades agrícolas de África occidental, como el pueblo akan de las modernas Ghana y Costa de Marfil. En Ghana, el administrador británico Brodie Cruickshank[29] informó en la década de 1850 de que

> los caminos y las vías del país se volvieron tan seguros para el envío de mercancías y tan libres de obstáculos de cualquier descripción, como las carreteras más frecuentadas de los países más civilizados de Europa.

Como Hobbes habría esperado, la ausencia de guerra condujo a un comercio floreciente. Cruickshank observó que «No había ningún recoveco o rincón de la tierra al que la empresa de un comerciante optimista no le hubiera llevado. Todo pueblo tenía festones de algodón de Manchester y sedas de China colgados en los muros de las casas o alrededor de los árboles del mercado, para llamar la atención y despertar el placer de los aldeanos».

No habría sido posible tener esa iniciativa rebosante en una sociedad que fuera incapaz de resolver conflictos y garantizar algún tipo de justicia. De hecho, como el comerciante francés Joseph-Marie Bonnat[30] observó más tarde, en el siglo XIX:

> Es al ejercicio de la justicia, en los pueblos pequeños, a lo que se dedican las primeras horas del día.

¿Cómo ejercía la justicia el pueblo akan? Utilizaba normas (sociales), costumbres, tradiciones, rituales y patrones de comportamiento aceptable y esperado, que habían evolucionado durante generaciones.

Bonnat describió cómo la gente se reunía para una consulta. Los ancianos están «acompañados por aquellos del pueblo que no están trabajando» y «van y se sientan bajo el árbol con la mayor sombra, y los esclavos siguen a su amo y transportan la silla en la que se va a sentar. La compañía, que siempre incluye a una gran parte de los habitantes, va a escuchar el debate y toma parte por uno de los litigantes. En la mayoría de las ocasiones, el asunto se arregla de manera amistosa, y la persona culpable paga las costas; esto normalmente consiste en vino de palma que se distribuye entre los presentes. Si el asunto es grave, la pena consiste en una oveja y también en una cantidad determinada de polvo de oro».

La comunidad escuchaba y utilizaba sus normas para decidir quién era culpable. Las mismas normas garantizaban que el culpable desistiría, pagaría o se comprometería a otra forma de compensación. Aunque Hobbes consideraba al Leviatán todopoderoso la fuente de la justicia, la mayoría de

las sociedades no son tan diferentes de los akan. Las normas determinan lo que es correcto e incorrecto a los ojos de los demás, qué tipos de comportamiento se rechazan y desalientan, y cuándo los individuos y las familias son marginados y excluidos del apoyo de los demás. Las normas también desempeñan un papel vital a la hora de reunir a la gente y coordinar sus acciones para ejercer la fuerza contra otras comunidades y contra quienes cometen delitos graves en su propia comunidad.

Aunque las normas juegan un papel importante incluso bajo los auspicios de un Leviatán despótico (¿podría haber sobrevivido el Tercer Reich si todos los alemanes hubieran pensado que carecía por completo de legitimidad, hubieran dejado de cooperar con él y se hubieran organizado en su contra?), son cruciales cuando el Leviatán está ausente, porque suponen la única manera de que la sociedad pueda evitar la guerra.

El problema de la libertad, sin embargo, abarca varios aspectos. Estas mismas normas que han evolucionado para coordinar acciones, resolver conflictos y generar una interpretación compartida de la justicia, también crean una jaula, que impone sobre la gente un tipo de dominación diferente, pero que igualmente le quita poder. Esto ocurre en todas las sociedades, pero en las sociedades sin una autoridad centralizada que dependen exclusivamente de las normas, la jaula se vuelve más rígida, más opresiva.

Podemos entender cómo surge la jaula de normas y cómo limita la libertad[31] si nos quedamos en el país akan y analizamos el relato de otro funcionario británico, el capitán Robert Rattray. En 1924, Rattray se convirtió en el primer jefe del Departamento Antropológico de los asante, uno de los mayores grupos akan y parte de la colonia británica de la Costa de Oro, la actual Ghana. Su trabajo era llevar a cabo un estudio de la sociedad, la política y la religión asante. Transcribió este proverbio asante:[32]

> Cuando un pollo se separa del resto, el halcón se lo llevará.

Para Rattray este proverbio captaba un aspecto crucial de la organización de la sociedad asante, conformada en torno a una enorme inseguridad y la violencia potencial. Aunque con el tiempo los asante desarrollaron uno de los Estados más poderosos del África precolonial, éste

se basaba en estructuras sociales básicas, pertenecientes a una época anterior al surgimiento de la autoridad política centralizada. Sin instituciones estatales efectivas, ¿cómo se podía evitar al «halcón»? Las normas habían evolucionado para reducir la vulnerabilidad frente a la violencia y la exposición a quienes podían llevarla a cabo, proporcionando cierta protección contra los halcones. Pero al mismo tiempo, impusieron su jaula: había que renunciar a la libertad y permanecer con los demás pollos.

Incluso en las sociedades sin Estado, algunas personas eran más influyentes que otras, más ricas, tenían mejores contactos, más autoridad. En África, a menudo estas personas eran los jefes o a veces los ancianos, las personas de mayor edad dentro de un grupo de parentesco. Si querías rehuir a los halcones, necesitabas su protección y a un cierto número de personas para defenderte, así que te unías a un grupo familiar o linaje. A cambio, aceptabas su dominación sobre ti, y esto se convirtió en el *statu quo* que consagraron las normas akan. Como dijo Rattray, aceptabas una «servidumbre voluntaria».

> La condición de la servidumbre voluntaria era, en un sentido muy literal, la herencia de cualquier asante; formaba, de hecho, la base esencial de su sistema social. En África occidental, eran los hombres y las mujeres sin amo los que corrían el peligro inherente de ver lo que podríamos denominar «su libertad» convertida en un sometimiento involuntario de una naturaleza mucho más drástica.

Con sometimiento involuntario de una «naturaleza mucho más drástica», Rattray quería decir esclavitud. De modo que si tratabas de liberarte de las cadenas de la servidumbre voluntaria, lo más probable es que fueras capturado por los halcones, en este caso traficantes de esclavos, y vendido como esclavo.

De hecho, en África gran parte de las guerras tenían su origen en enfrentamientos entre diferentes grupos que trataban de capturar y vender a otros como esclavos. Muchos relatos vívidos describen la experiencia de los africanos que se vieron atrapados en este comercio. Uno, la historia de Goi,[33] fue traducido al inglés por un misionero, Dugald Campbell. Hacia finales del siglo XIX, Goi vivía en el sur de lo que hoy es la República

Democrática del Congo, en las tierras de un jefe chikwiva del pueblo luba. Su padre murió cuando él era pequeño y creció con su madre, su hermana y su hermano. Un día

> apareció un grupo de guerra, y llegó aullando por el camino, chillando sus gritos de guerra. Atacaron el pueblo y mataron a varias mujeres. Cogieron a las mujeres jóvenes, a los chicos nos persiguieron y atraparon, y nos ataron juntos. Nos llevaron a la capital y nos vendieron a los traficantes de esclavos, que nos pusieron grilletes de madera en los pies.

Desde allí, Goi fue llevado a la costa, «alejado a rastras de mi casa y mi madre, a quien nunca volví a ver, fuimos conducidos hasta el mar por la «carretera roja»». La carretera era «roja» por toda la sangre derramada en ella. Para entonces, Goi estaba tan débil y demacrado por el hambre y la violencia constante que apenas valía nada.

> Reducido a un esqueleto, una mera sombra, e incapaz de viajar, me llevaron por los pueblos y me ofrecieron en venta. Nadie estaba dispuesto a dar una cabra o una gallina por mí [...]. Al final, uno de los misioneros llamado «Monare» pagó un pañuelo de colores por mí, que valía unos cinco peniques, y fui libre. Me lo dijeron de mil maneras, pero no me lo creía, porque no podía entender lo que significaba la libertad, y pensaba que ahora era un esclavo de los hombres blancos. No quería ser libre, porque significaba que sería atrapado y vendido de nuevo.

La amenaza de los traficantes de esclavos y la jaula de normas conspiraron para crear un espectro de falta de libertad. En un extremo del espectro estaba la esclavitud que experimentó Goi. En el otro, las obligaciones y deberes que había que aceptar para evitar a los halcones. Esto significaba que la pertenencia a un grupo de parentesco o sociedad te protegía, pero no te liberaba de la dominación. Si eras una mujer, podías ser intercambiada por una dote o en un matrimonio, por no mencionar el sometimiento general y los abusos que eran el destino de las mujeres en una sociedad patriarcal dominada por jefes, ancianos y hombres.

Dentro de este espectro de falta de libertad, había muchos tipos diferentes de relaciones. Uno de ellos, cargado de dominación, puede observarse en la historia de Bwanikwa, escrita también por Campbell. Bwanikwa también era una luba y su padre tenía una docena de esposas. La esposa principal era hija de un importante jefe local, Katumba. Ella recuerda como

> la esposa principal acababa de morir. De acuerdo con la costumbre luba a él [su padre] se le multaba con los costes de la muerte. Se le ordenó pagar tres esclavos, una compensación por la muerte de su mujer [...] mi padre sólo puedo reunir dos.
>
> Una de sus cuatro hijas tenía que ser entregada para ocupar el lugar del tercero, y fui elegida yo [...]. Cuando me entregó a mi amo, le dijo mientras partíamos «Sé amable con mi pequeña hija; no se la vendas a nadie, iré y la redimiré». Como mi padre no pudo redimirme, seguí siendo una esclava.

El estatus de Bwanikwa era de peón o prenda, otra relación de sometimiento común en África. Entregar a alguien como peón significaba dárselo a otra persona con un propósito específico. Con frecuencia era el pago por algún tipo de préstamo, deuda u obligación. Pero en el caso de Bwanikwa era porque su padre no podía conseguir un esclavo más. Si hubiera conseguido el esclavo, habría podido redimir a Bwanikwa. Un peón era diferente de un esclavo, la venta no era automática y se esperaba que la situación fuera temporal. Pero como se dio cuenta Bwanikwa, podía confundirse con la esclavitud. F. B. Spilsbury,[34] un visitante de Sierra Leona entre 1805 y 1806 explicó:

> Si un rey u otra persona va a una fábrica, o a un barco de esclavos, y se procura artículos que en ese momento no puede pagar, envía a su mujer, hermana o hijo como peón, colocando un contador alrededor de sus cuellos; entonces el hijo permanece entre los esclavos hasta que es intercambiado.

Una situación relacionada era la de pupilo. La gente enviaba a sus hijos como pupilos a una familia más poderosa para que se criaran en su hogar. Era una forma de mantenerlos a salvo, incluso si sabían que a menudo esto implicaba la separación permanente y significaba meterlos en una relación de servilismo con sus cuidadores.

Estas historias muestran que las personas fueron tratadas de manera rutinaria como objetos que se entregaban como peones o prendas. Con frecuencia acababan en relaciones de dominación. Tenías que obedecer al jefe, a los ancianos, a los cuidadores, y si eras mujer, a tu esposo. Tenías que seguir atentamente las costumbres de tu sociedad. Si recuerdas la definición que hacía Pettit de ser dominado, el que vive «bajo la sombra de

la presencia de otros [...] con la necesidad de tener el ojo alerta a los humores ajenos [...] forzados a tragar sapos, a la adulación y al falso halago, en un intento de congraciarse», verás que encaja muy bien.

¿Cómo surgieron estos estatus sociales de servilismo? ¿Cómo se justificaban? La respuesta está, de nuevo, en las normas. Estas relaciones evolucionaron como costumbres aceptadas por la sociedad y apoyadas en creencias de qué era apropiado y correcto. Las personas podían entregarse como peones y los pupilos tenían que renunciar a su libertad; las esposas tenían que obedecer a sus esposos; la gente tenía que seguir estrictamente el papel social que le era prescrito. ¿Por qué? Porque los demás esperaban que lo hicieran. Pero en un nivel más profundo, estas normas no eran completamente arbitrarias. Aunque las normas no las elige nadie, y evolucionan en el tiempo a partir de prácticas y creencias colectivas, es más probable que acaben siendo mayoritariamente aceptadas si además desempeñan un papel útil para la sociedad, o al menos para algunas personas de la sociedad. La sociedad akan aceptó normas que restringían las libertades, y las relaciones de poder desiguales que éstas implicaban, porque reducían la vulnerabilidad de la gente ante la guerra. Si eras un pupilo o un peón de una persona importante, era menos probable que los halcones te molestaran, y quizá menos probable que te capturaran y esclavizaran. Otro proverbio asante que Rattray escribió resumía su situación de manera aún más sucinta: «Si no tienes un amo, una bestia te atrapará».

Ser libre era ser un pollo entre los halcones, una presa para la bestia. Era mejor ceder tu libertad y conformarte con la servidumbre voluntaria.

La jaula de normas no sólo tiene que ver con impedir la guerra. Cuando las tradiciones y las costumbres se arraigan de manera tan profunda, empiezan a regular muchos aspectos de la vida de las personas. Entonces resulta inevitable que empiecen a favorecer a aquellos con un poco más de voz en la sociedad a expensas de los demás. Incluso si las normas han evolucionado durante siglos, son estos mismos individuos poderosos

quienes las interpretan y hacen cumplir. ¿Por qué no habrían de inclinar la balanza a su favor y consolidar un poco más su poder en la comunidad o en la familia?

Con la excepción de algunos grupos matriarcales, en África las normas de muchas sociedades sin Estado han creado una jerarquía en la que los hombres se sitúan en la parte superior y las mujeres en la inferior. Esto es aún más visible en las costumbres tribales que sobreviven en Oriente Próximo y algunas partes de Asia, por ejemplo, entre los pastunes que hemos mencionado antes. La vida de los pastunes está estrictamente regulada por sus tradiciones ancestrales, recogidas en el *pashtunwali*.[35] El sistema de leyes y gobierno del *pashtunwali* pone mucho énfasis en la generosidad y la hospitalidad. Pero también crea una jaula de normas opresiva. Un aspecto de esto es la autorización de venganza para toda una serie de actos. Una de las recopilaciones más comunes del *pashtunwali* comienza indicando que

> un pastún cree y actúa de acuerdo con los principios de [...] ojo por ojo, diente por diente y sangre por sangre. Borra el insulto con insultos sin importar el coste o las consecuencias y reivindica su honor al eliminar la vergüenza con una acción apropiada.

La guerra está siempre a la vuelta de la esquina, incluso si hay mucha generosidad y hospitalidad para prevenirla. Esto tiene consecuencias predecibles para la libertad de todo el mundo. Pero el peso recae con más dureza sobre las mujeres. Las normas pastún no sólo subordinan a las mujeres a sus padres, hermanos y esposos, también restringen cualquiera de sus acciones. Las mujeres adultas no trabajan y la mayoría permanece en el interior de las casas. Si salen, van completamente cubiertas de la cabeza a los pies con un burka y deben ir acompañadas por un pariente masculino. Los castigos por tener relaciones fuera del matrimonio son draconianos. La subyugación de las mujeres es otra faceta de la falta de libertad creada por la jaula de normas.

Más allá de Hobbes

En definitiva, estamos viendo una imagen bastante diferente de la que Hobbes describió. En las sociedades donde el Leviatán está ausente, el problema no sólo es la violencia incontrolada de «todo hombre contra todo hombre». Igual de crucial es la jaula de normas, que crea un conjunto rígido de expectativas y una panoplia de relaciones sociales desiguales que producen una forma diferente, pero no más leve, de dominación.

¿Tal vez sean los Estados poderosos y centralizados los que pueden ayudarnos a lograr la libertad? Hemos visto, sin embargo, que es posible que esos Estados actúen de manera despótica, repriman a sus ciudadanos y acaben con la libertad en lugar de promoverla.

¿Estamos, entonces, condenados a elegir entre un tipo u otro de dominación? ¿Atrapados bien por la guerra, la jaula de normas o bajo el yugo de un Estado despótico? Aunque no hay nada automático en el surgimiento de la libertad, y no ha sido fácil lograrla durante la historia de la humanidad, en los asuntos humanos hay espacio para la libertad y éste depende de manera crucial de la aparición de los Estados y las instituciones estatales. Pero éstos deben ser muy diferentes de lo que Hobbes imaginó: no el monstruo marino todopoderoso y sin limitaciones, sino un Estado encadenado. Es necesario un Estado que tenga la capacidad de hacer cumplir las leyes, controlar la violencia, resolver conflictos y proporcionar servicios públicos, pero continúe estando dominado y controlado por una sociedad asertiva y bien organizada.

Encadenar a los texanos

El estado estadounidense de Wyoming[36] se creó con la Ley del ferrocarril del Pacífico de 1862, que propugnaba la construcción de una vía férrea para conectar el este y el oeste de Estados Unidos. La Union Pacific se construyó al oeste del río Misuri, para conectarla con la Central Pacific en dirección este desde Sacramento, California. En 1867, llegó a lo que se convertiría en el estado de Wyoming, en aquel momento un simple condado del territorio de Dakota. En julio de 1867 ya estaban llegando colonos y el general Grenville M. Dodge, ingeniero jefe de la Union Pacific, empezó la inspección para crear una ciudad en Cheyenne que se convertiría en la

capital del estado. Iban a ser unas mil hectáreas con manzanas bien organizadas, callejones y calles. La Union Pacific, a la que el Gobierno benefició con una enorme concesión de tierras como incentivo para construir la vía férrea, empezó a vender las parcelas tres días después de que Dodge las inspeccionara. La primera salió por ciento cincuenta dólares. El 7 de agosto, aunque Cheyenne era en su mayor parte una ciudad de tiendas, una asamblea masiva en un negocio local eligió a un comité para escribir el acta de fundación de la ciudad. El 19 de septiembre se lanzó el primer periódico de la ciudad, el *Cheyenne Leader*, un tabloide publicado cada tres semanas. En diciembre, el periódico aconsejaba a sus lectores que llevaran pistola por la noche para protegerse, debido a «frecuentes casos de estrangulamiento». El 13 de octubre del año siguiente, el editor afirmaba:

> Las pistolas son casi tan numerosas como los hombres. Ya no se piensa que sea un hecho de alguna importancia arrebatarle la vida a un individuo.

En este punto, Cheyenne recurrió a la ley de los justicieros para resolver los problemas endémicos de la frontera estadounidense. En enero de 1868, se arrestó a tres hombres por robo, pero fueron liberados bajo fianza. A la mañana siguiente, se les encontró atados juntos con un cartel que decía «900 dólares robados... 500 dólares recuperados... El próximo caso se sube al árbol. Cuidado con el comité de vigilancia». Al día siguiente, los vigilantes atraparon y colgaron a tres «rufianes».

En las zonas rurales ganaderas, la situación era mucho peor. Como contó Edward W. Smith, de Evanston, a la Comisión de Tierras Públicas de Estados Unidos en 1879, «Lejos de los asentamientos, la escopeta es la única ley». A medida que el ganado se extendió, los conflictos entre los rancheros y los colonos aumentaron, y la reacción de los ganaderos condujo a la guerra del condado de Johnson.[37] El martes 5 de abril de 1892, un tren especial de seis vagones se dirigió hacia el norte desde Cheyenne, transportando a veinticinco hombres armados de Texas y a otros veinticuatro locales que se les habían unido. Los hombres tenían una «lista definitiva de setenta hombres» a los que pretendían matar.

No tenemos información sobre las tasas de homicidios en Cheyenne en la década de 1890, aunque los datos de la ciudad minera de Benton, en California, sugieren que se podría haber alcanzado un increíblemente alto ¡24.000 por 100.000! Es más probable que estuviera cerca del 83 por 100.000, la tasa de mortalidad en California durante la fiebre del oro, o del 100 por 100.000 de Dodge City en los días de Wyatt Earp.

Esta situación parece igual de mala que la de Lagos cuando Soyinka trataba de arreglárselas allí con su pistola Glock siempre a punto. Pero las cosas acabaron de manera bastante diferente en Wyoming (de hecho, en Lagos también acabaron de manera diferente a como esperaba Kaplan, como explicaremos en el capítulo 14). La anarquía, el miedo y la violencia se contuvieron. En Wyoming, la gente dejó de vivir bajo la amenaza de dominación. De hecho, los texanos en seguida se refugiaron en el rancho TA, rodeados por representantes de la ley de la ciudad de Buffalo que habían sido advertidos de su llegada. Después de tres días de asedio, llegó la caballería por orden del presidente William Henry Harrison y los texanos y sus colaboradores fueron encadenados. En la actualidad, Wyoming disfruta en buena medida de la ausencia de miedo, violencia y dominación. Tiene una de las tasas de homicidios más bajas de Estados Unidos, de alrededor del 1,9 por 100.000.

El historial de Wyoming en cuanto a ayudar a la gente a liberarse de la jaula de normas también es bastante bueno. Veamos la subyugación de las mujeres. Incluso en los peores momentos, las mujeres de Wyoming no se enfrentaron a las mismas restricciones que las mujeres de las zonas pastún de Afganistán y Pakistán o de muchas partes de África. Pero como en cualquier otra parte del mundo, en la primera mitad del siglo XIX su poder era muy limitado, no tenían voz en los asuntos públicos y se veían obligadas a aguantar una miríada de limitaciones a su comportamiento, todo ello debido a su desigual estatus en el matrimonio y a las normas y costumbres de sus sociedades. Eso empezó a cambiar cuando las mujeres consiguieron el derecho al voto. Wyoming fue el primer lugar del mundo que reconoció el sufragio femenino en 1869, lo que le valió al estado el apodo de «estado de la igualdad». Esto no se debió a que las costumbres y normas de Wyoming favorecieran a las mujeres en comparación con otras

partes del mundo. Más bien, la asamblea legislativa del estado les concedió el derecho al voto en parte para que fuera más atractivo para ellas trasladarse a este nuevo estado, en parte para garantizar que hubiera suficientes votantes para cumplir los requerimientos de población de la categoría de estado y en parte porque cuando los afroamericanos empezaron a tener la ciudadanía plena y el derecho al voto, parecía menos aceptable dejar a las mujeres al margen de este proceso. En el próximo capítulo veremos que hay muchas razones por las que la jaula de normas a menudo empieza a romperse cuando se establece un Estado capaz de encadenar a los matones y hacer que se cumplan las leyes.

El Leviatán encadenado

El Leviatán que en Wyoming controló la guerra y comenzó a romper la jaula de normas es un tipo de bestia diferente a las que hemos analizado hasta ahora. No estuvo ausente, excepto muy al principio. Tenía la capacidad de encadenar a los matones de Texas. Desde entonces, ha ampliado enormemente esta capacidad y ahora puede resolver innumerables conflictos de manera justa, hacer cumplir un complejo conjunto de leyes y proporcionar servicios públicos que sus ciudadanos exigen y disfrutan. Tiene una burocracia grande y efectiva (aun cuando a veces pueda resultar excesiva e ineficiente) y una enorme cantidad de información sobre lo que ocupa a sus ciudadanos. Tiene las fuerzas armadas más importantes del mundo. Pero no utiliza este poder militar ni la información en su poder para reprimir y explotar a sus ciudadanos (por lo general). Da respuesta a los deseos y necesidades de sus ciudadanos y además puede intervenir para relajar la jaula de normas para todo el mundo, y en particular para los ciudadanos más desfavorecidos. Es un Estado que crea libertad.

Rinde cuentas ante la sociedad no sólo porque esté legalmente obligado por la Constitución de Estados Unidos y la Carta de Derechos, que exalta enfáticamente los derechos de los ciudadanos, sino sobre todo porque se encuentra encadenado por personas que se quejarían, manifestarían e incluso sublevarían si se excede en sus límites. Sus presidentes y legisladores se eligen, y a menudo se les echa de sus cargos cuando a la

sociedad que gobiernan no le gusta lo que hacen. Sus burócratas están sujetos a examen y supervisión. Es poderoso, pero coexiste con una sociedad a la que escucha y que está atenta y dispuesta a implicarse en la política y a cuestionar el poder. Es lo que llamaremos un «Leviatán encadenado». De igual manera que el Leviatán puede encadenar a los hombres armados de Texas para que no puedan hacer daño a los ciudadanos corrientes, él mismo puede ser encadenado por los ciudadanos corrientes, las normas y las instituciones, en resumen, por la sociedad.

No es que el Leviatán encadenado no tenga la cara de Jano. La tiene, y la represión y la dominación están en su ADN, como lo están en el ADN del Leviatán despótico. Pero las cadenas impiden que muestre su cara temible. Cómo surgen esas cadenas y por qué sólo algunas sociedades han logrado desarrollarlas es el tema principal de nuestro libro.

Diversidad, no el fin de la historia

La libertad ha sido algo raro en la historia de la humanidad. Muchas sociedades no han desarrollado una autoridad centralizada capaz de hacer cumplir las leyes, resolver conflictos de manera pacífica y proteger a los débiles de los fuertes. En su lugar, a menudo han impuesto a la gente una jaula de normas, con consecuencias igualmente nefastas para la libertad. Dondequiera que el Leviatán ha aparecido, la suerte de la libertad apenas ha mejorado. Aunque en algunos dominios ha hecho cumplir las leyes y mantenido la paz, con frecuencia el Leviatán ha sido despótico, y por tanto indiferente a la sociedad, y ha hecho poco por fomentar la libertad de sus ciudadanos. Sólo los Estados encadenados han usado su poder para proteger la libertad. El Leviatán encadenado también ha sido peculiar en otro sentido, al crear incentivos y oportunidades económicas generalizados y promover una mejora sostenible de la prosperidad económica. Pero este Leviatán encadenado sólo se ha presentado tardíamente en la historia, y su desarrollo ha sido disputado y conflictivo.

Ahora estamos llegando al principio de una respuesta a la pregunta con la que comenzamos. No se trata de que, con el inexorable aumento de la libertad, nos estemos dirigiendo al fin de la historia. Ni de que la anarquía

se vaya a propagar por el mundo de manera incontrolada. Ni siquiera de que los países del mundo vayan a sucumbir a las dictaduras, bien sean digitales o de las de toda la vida. Todas éstas son posibilidades y, de hecho, la norma es esta diversidad y no la convergencia hacia uno de estos resultados. Hay, sin embargo, un rayo de esperanza, porque los humanos son capaces de construir un Leviatán encadenado que puede resolver conflictos, abstenerse del despotismo y promover la libertad mediante la relajación de la jaula de normas. De hecho, gran parte del progreso humano depende de la capacidad de las sociedades para construir un Estado así. Pero construir y defender —y controlar— un Leviatán encadenado supone un esfuerzo y es siempre un trabajo en desarrollo, plagado a menudo de peligros e inestabilidad.

Breve resumen del resto del libro

En este capítulo hemos presentado la triple distinción entre los leviatanes ausente, despótico y encadenado. En el siguiente capítulo exponemos el núcleo de nuestra teoría, que trata de la evolución de las relaciones entre el Estado y la sociedad en el tiempo. Explicamos por qué el surgimiento de Estados poderosos a menudo encuentra oposición (porque la gente teme su despotismo) y cómo las sociedades usan sus normas no sólo para mitigar la posibilidad de la guerra, como hemos visto con los asante, sino también para hacer frente al poder del Estado y controlarlo. Nos centramos en cómo el Leviatán encadenado surge en un pasillo estrecho donde la implicación de la sociedad en la política crea un equilibrio de poder con el Estado, e ilustramos esta posibilidad con el principio de la historia de Atenas, la ciudad Estado griega, y la fundación de la República de Estados Unidos. También sacamos algunas conclusiones de nuestra teoría, al destacar cómo diferentes configuraciones históricas conducen a leviatanes ausentes, despóticos y encadenados. Después mostramos que en nuestra teoría es el Leviatán encadenado, no el despótico, el que desarrolla una capacidad del Estado mayor y más profunda.

En el capítulo 3 explicamos por qué el Leviatán ausente puede ser inestable y dar paso a una jerarquía política ante la «voluntad de poder»: el deseo de algunos actores de reformar la sociedad y acumular un poder

político y económico mayor. Veremos cómo esas transiciones para abandonar una sociedad sin Estado son muy diversas por lo que respecta a la libertad. Por un lado, proporcionan orden y pueden relajar la jaula de normas (en especial, cuando supone un impedimento). Por el otro, introducen un despotismo sin constricciones.

El capítulo 4 examina las consecuencias de los leviatanes ausente y despótico para la vida social y económica de las personas. Explica por qué es más probable que la prosperidad económica surja con el Leviatán despótico que bajo las condiciones anárquicas de la guerra hobbesiana o en el estrecho espacio creado por la jaula de normas. Pero también veremos que la prosperidad que crea el Leviatán despótico es limitada y está plagada de desigualdades.

El capítulo 5 pone en contraste el funcionamiento de la economía con los leviatanes ausente y despótico y con la vida en el pasillo. Veremos que el Leviatán encadenado crea tipos de oportunidades e incentivos económicos muy diferentes y permite un grado mucho mayor de experimentación y movilidad social. Nos centramos en las ciudades-Estado italianas y en la antigua civilización zapoteca en América para comunicar esas ideas y subrayar, además, que no hay nada exclusivamente europeo en los leviatanes encadenados. A pesar de esta última afirmación, es verdad que la mayoría de los ejemplos de Leviatán encadenado que tenemos proceden de Europa. ¿Por qué es así?

El capítulo 6 explica por qué varios países europeos han conseguido construir sociedades muy participativas, con Estados que, aunque son capaces, están encadenados. Nuestra respuesta se centra en los factores que condujeron a gran parte de Europa hacia el pasillo durante el principio de la Edad Media, cuando las tribus germánicas, en especial los francos, llegaron para invadir las tierras dominadas por el Imperio romano de Occidente tras su colapso. Sostenemos que el matrimonio entre las instituciones, que eran participativas y de abajo arriba, y las normas de las tribus germánicas y las tradiciones legal y burocrática centralizadora del Imperio romano forjaron un equilibrio de poder único entre el Estado y la sociedad, que permitió el desarrollo del Leviatán encadenado. Para subrayar la importancia de este matrimonio, en lugares de Europa donde estaban ausentes la tradición

romana o la política de abajo arriba de las tribus germánicas (como en Islandia o Bizancio) surgieron tipos de Estados muy diferentes. Luego trazamos el camino de la libertad y el Leviatán encadenado, que tuvo considerables altibajos y se desvió del pasillo en varias ocasiones.

El capítulo 7 contrasta la experiencia europea con la historia china. A pesar de las similitudes históricas, en China el pronto desarrollo de un Estado poderoso eliminó por completo la movilización social y la participación política. Sin estas fuerzas compensatorias, la senda del desarrollo chino se acerca mucho a la del Leviatán despótico. Averiguamos las consecuencias económicas de este tipo de relaciones entre la sociedad y el Estado tanto en la historia china como en la actualidad, y discutimos si el Leviatán encadenado puede surgir en China en un futuro próximo.

El capítulo 8 se desplaza a la India. A diferencia de China, la India tiene una larga historia de participación popular y rendición de cuentas. Sin embargo, el arraigo de la libertad no ha tenido un éxito mayor. Sostenemos que se debe a la poderosa jaula de normas que existe en la India, que simboliza su sistema de castas. Las relaciones basadas en la casta no sólo han inhibido la libertad, sino que han imposibilitado que la sociedad rebatiera de manera efectiva al poder y controlara al Estado. El sistema de castas ha creado una sociedad fragmentada y enfrentada a sí misma y un Estado que carece de capacidad, pero que tampoco rinde cuentas, ya que la sociedad fragmentada permanece inmovilizada e impotente.

El capítulo 9 vuelve a la experiencia europea, pero esta vez para estudiar por qué algunas partes de Europa y no otras encontraron su camino hacia el pasillo y permanecieron en él. Mientras respondemos a esta pregunta, desarrollamos otra de las ideas centrales del libro: la naturaleza condicional de cómo los factores estructurales influyen en la relación entre el Estado y la sociedad. Enfatizamos que el impacto de varios factores estructurales, como las condiciones económicas, los choques demográficos y las guerras, en el desarrollo del Estado y la economía depende del equilibrio que prevalezca entre el Estado y la sociedad. Por tanto, de los factores estructurales no se pueden sacar conclusiones inequívocas. Ilustramos estas ideas al discutir por qué, con condiciones de partida similares y enfrentándose a problemas internacionales parecidos, Suiza se

desarrolló como un Leviatán encadenado y Prusia cayó bajo la dominación del Leviatán despótico. Contrastamos estos casos con Montenegro, donde el Estado no desempeñó un papel importante ni en la resolución de conflictos ni en la organización de la actividad económica. Aplicamos las mismas ideas para explicar por qué Costa Rica y Guatemala divergieron tanto al enfrentarse a la globalización económica del siglo XIX y por qué el colapso de la Unión Soviética llevó a una serie diferente de opciones políticas.

El capítulo 10 vuelve al desarrollo del Leviatán estadounidense. Enfatizamos que, aunque Estados Unidos consiguió crear un Leviatán encadenado, éste se basó en un pacto fáustico: los federalistas aceptaron una Constitución que hacía que el Estado federal fuera débil, tanto para tranquilizar a una sociedad inquieta por la amenaza de despotismo como para apaciguar a los dueños de esclavos del Sur preocupados por la pérdida de sus esclavos y bienes. Este acuerdo funcionó y Estados Unidos aún está en el pasillo. Pero también condujo a un desarrollo desequilibrado del Leviatán estadounidense que, aunque se ha convertido en un verdadero monstruo marino internacional, todavía tiene una capacidad limitada en varios dominios importantes. Donde esto es más visible es en su incapacidad o falta de voluntad para proteger a sus ciudadanos de la violencia. Este desarrollo desequilibrado también conllevó la desigual trayectoria del Leviatán estadounidense a la hora de estructurar las políticas económicas para garantizar unas ganancias equitativas del crecimiento económico. Veremos cómo el desarrollo irregular del Estado ha provocado una evolución distorsionada del poder y las capacidades de la sociedad, y cómo paradójicamente dio margen para que el poder del Estado en algunos dominios (como la seguridad nacional) evolucionara de una manera incontrolada y sin rendición de cuentas.

El capítulo 11 muestra que, aunque los Estados de muchos países en desarrollo pueden actuar como déspotas, carecen de la capacidad del Leviatán despótico. Explicamos cómo tienen lugar estos leviatanes «de papel» y por qué hacen tan poco por desarrollar su capacidad. Nuestra respuesta es que en gran medida se debe a que tienen miedo de movilizar a la sociedad y desestabilizar su poder sobre ella. Un origen de estos leviatanes de papel reside en el gobierno indirecto del poder colonial, que

estableció estructuras administrativas aparentemente modernas pero, al mismo tiempo, le dio el poder a las élites locales para gobernar con pocas restricciones y escasa participación de la sociedad.

El capítulo 12 se dirige a Oriente Próximo. Aunque quienes construyen el Estado a menudo relajan la jaula de normas porque limita su capacidad para dar forma a la sociedad, hay circunstancias bajo las cuales los Estados despóticos descubren que es beneficioso fortalecer o incluso rehacer la jaula. Explicamos cómo esta tendencia ha caracterizado la política en Oriente Próximo, las circunstancias históricas y sociales que la han convertido en una estrategia atractiva para los aspirantes a déspota y las implicaciones que esta senda de desarrollo tiene para la libertad, la violencia y la inestabilidad.

El capítulo 13 analiza cómo el Leviatán encadenado puede perder el control cuando la disputa entre el Estado y la sociedad es de «suma cero» y cada parte intenta debilitar y destruir a la otra para sobrevivir. Destacamos cómo este resultado es más probable cuando las instituciones no se dedican a resolver los conflictos de manera imparcial y pierden la confianza de varios sectores de la comunidad. Nos fijamos en el colapso de la República de Weimar en Alemania, la democracia chilena de la década de 1970 y las comunas italianas para ilustrar estas dinámicas e identificar los factores estructurales que hacen más probable este tipo de competencia de suma cero. Por último, vinculamos estos factores con el auge de los movimientos populistas actuales.

El capítulo 14 analiza cómo las sociedades entran en el pasillo y si se puede hacer algo para facilitar ese movimiento. Destacamos varios factores estructurales importantes y nos centramos en lo que hace que el corredor sea más ancho y, por tanto, más accesible. Explicamos el papel de las coaliciones amplias en esas transiciones y estudiamos una serie de casos de transiciones que tuvieron éxito, así como otras fallidas.

En el capítulo 15 abordamos los retos a los que se enfrentan las naciones en el pasillo. Nuestro argumento principal es que, a medida que el mundo cambia, el Estado debe ampliarse y asumir nuevas responsabilidades, pero esto a su vez requiere que la sociedad se vuelva más capaz y vigilante para en el futuro no salirse del pasillo. Las nuevas

coaliciones son cruciales para que el Estado adquiera una capacidad mayor al tiempo que mantiene sus cadenas: una posibilidad ejemplificada por la respuesta de Suecia ante las exigencias económicas y sociales provocadas por la Gran Depresión y cómo ésta condujo al surgimiento de la socialdemocracia. No es diferente de la actualidad, cuando hacemos frente a muchos desafíos nuevos que van desde la desigualdad, el desempleo y el crecimiento económico lento hasta complejas amenazas para la seguridad. Necesitamos que el Estado desarrolle capacidades adicionales y asuma nuevas responsabilidades, pero sólo si podemos encontrar nuevas maneras de mantenerlo encadenado, movilizar a la sociedad y proteger nuestras libertades.

Capítulo 2

La Reina Roja

Los seis trabajos de Teseo

Alrededor del 1200 a. C., las civilizaciones de la Edad del Bronce que habían dominado el mundo griego[38] durante el milenio previo empezaron a colapsar y dieron paso a la llamada Edad Oscura griega. Las sociedades griegas[39] de la Edad del Bronce fueron gobernadas por jefes o reyes que vivían en palacios centralizados y por administraciones burocráticas que usaban un sistema de escritura llamado lineal B, recaudaban impuestos y regulaban la actividad económica. Todo esto desapareció durante la Edad Oscura.[40] El caos de esta nueva época es el tema de las leyendas de Teseo, el mítico gobernante de Atenas. Uno de los mejores relatos de sus hazañas lo escribió el erudito griego Plutarco,[41] que durante gran parte de su vida fue uno de los dos sacerdotes del oráculo de Delfos.

Teseo, hijo ilegítimo del rey de Atenas, Egeo, fue criado en Trecén, en el noroeste del Peloponeso. Para reclamar su trono legítimo, Teseo tenía que regresar a Atenas por tierra o por mar. Eligió por tierra, pero Plutarco señala:

> Era expuesto hacer por tierra aquel viaje, no habiendo parte alguna del camino libre y sin peligro de ladrones y de facinerosos.

Durante el viaje, Teseo tuvo que luchar con una serie de bandidos. El primero que se encontró, Perifetes, acechaba en el camino a Atenas, robando y matando a la gente con una maza de bronce. Plutarco relata cómo Teseo peleó con Perifetes y usó contra el bandido su propia maza. Luego Teseo se las arregló para librarse de otros finales embarazosos, como ser atado entre dos pinos y roído por un enorme cerdo salvaje, la cerda de

Cromión; ser arrojado por un acantilado al mar, y pelear hasta la muerte. Por último, venció a Procrusto, el Ajustador, que era famoso por cortar las extremidades de las personas para que cupieran en su cama. La aventura de Teseo para reclamar su trono en Atenas ilustra con claridad la anarquía de la Grecia de entonces, sin ninguna institución estatal que mantuviera el orden. Como dice Plutarco:

> A esta misma manera tomó por su cuenta Teseo castigar a los malvados, haciéndoles sufrir las mismas violencias que practicaban, y la justa pena de sus injusticias por los mismos medios de que se valían.

La estrategia de Teseo era, por tanto, bastante «ojo por ojo, diente por diente». Atenas vivía el «ojo por ojo hace que el mundo sea ciego» de Mahatma Gandhi.

Pero los reyes atenienses no duraron mucho. Al final de la Edad Oscura, la ciudad era gobernada por un grupo de arcontes, o magistrados, que representaban a las familias ricas. Estas élites competían sin cesar por el poder, un proceso que a veces acababa en golpes, como el de Cilón en el 632 a. C. Las élites se dieron cuenta de que necesitaban desarrollar maneras más ordenadas de abordar los conflictos de la ciudad. Pero iba a ser un camino lento y traicionero, con giros y vueltas inesperados.

El primer intento se produjo una década después de Cilón, en el 621 a. C., cuando se le encargó a un legislador llamado Dracón la creación de las primeras leyes escritas de Atenas. El hecho de que llevara tanto tiempo ponerlas por escrito tiene mucho que ver con la desaparición durante la Época Oscura del sistema de escritura lineal B de la Edad del Bronce griega. La escritura tuvo que reinventarse a partir de un sistema completamente diferente tomado de los fenicios. La Constitución de Dracón,[42] como la llamó el filósofo griego Aristóteles en *Constitución de los atenienses*, consistía en una serie de leyes escritas, de las cuales sólo una ha llegado hasta nosotros. Sabemos que el castigo habitual por infringir esas leyes era la muerte (de ahí el término actual *draconiano*). El fragmento de las leyes de Dracón que se conserva,[43] que se refiere al homicidio, revela que estas leyes formaban parte de algo bastante diferente a lo que hoy

entendemos por una «Constitución», en gran medida porque lidiaban con una sociedad atrapada en una anarquía endémica, venganzas de sangre y violencia. El fragmento establece que:

> Y si alguien mata a alguien sin premeditación, será desterrado.
>
> Puede tener lugar una reconciliación, si tiene padre, hermano o hijos, que sea concedida de común acuerdo; o quien se oponga prevalecerá. Si éstos no existen, entonces hasta el grado de primo y primo lejano, si todos están dispuestos a conceder el perdón; o quien se oponga prevalecerá...
>
> Harán una proclamación en el ágora contra el asesino aquellos hasta el grado de primos; y se unirán en la acusación los primos y primos lejanos y yernos y suegros y miembros de la fratría.

Este fragmento se ocupa del homicidio involuntario. Quien cometía ese acto debía exiliarse y esperar justicia. Si los parientes de la persona matada decidían conceder la reconciliación de manera unánime, todo acababa ahí, pero si no lo hacían, la familia ampliada «se unirá en la acusación» del homicida. El término *fratría* se refiere a un grupo familiar amplio. Como veremos, sin embargo, la influencia de la fratría pronto disminuiría.

Esto se parece a lo que vemos en otras sociedades que viven con el Leviatán ausente. De hecho, hay muchas similitudes entre la ley de Dracón y otras codificaciones de leyes informales sin una autoridad centralizada, como el *Kanun* albanés. Atribuido a Lekë Dukagjini en el siglo XV, el *Kanun*[44] es una colección de normas que rigieron el comportamiento en las montañas albanesas (y no se puso por escrito hasta principios del siglo XX). Sin un Estado centralizado, las normas y reglas albanesas las hacían cumplir, como en la ley sobre el homicidio de Dracón, los clanes y la familia ampliada. El *Kanun* establecía sobre todo la venganza de sangre como represalia por las infracciones. Esto lo ejemplifica claramente la primera cláusula que aborda el asesinato, que comienza con una venganza de sangre.

> La emboscada implica ocupar una posición a cubierto en las montañas o las llanuras de Albania y esperar al enemigo en la venganza de sangre o a otra persona a la que se pretende matar. (Para abordarle, quedarse al acecho, para ponerle una trampa.)

Era un principio fundamental del *Kanun* que la «sangre sigue al dedo», lo que significa que

> de acuerdo con el antiguo *Kanun* de las montañas de Albania, sólo el asesino sufre la venganza de sangre, por ejemplo, la persona que aprieta el gatillo y dispara la pistola o usa alguna otra arma contra otra persona.

El *Kanun* posterior amplía la venganza de sangre a todos los hombres de la familia del asesinado, incluso a los niños de cuna; los primos y los sobrinos cercanos sufren la venganza de sangre durante las veinticuatro horas posteriores al asesinato. La culpabilidad se amplía luego a los parientes lejanos. Respecto a los homicidios accidentales, el *Kanun* declara: «En este tipo de muerte, el homicida debe irse y permanecer oculto hasta que el asunto se aclare». Exactamente igual que en la ley de Dracón, excepto que hasta el siglo XX nadie trató siquiera de escribir, aclarar y regular lo que estas normas significaban en Albania.

Las cadenas de Solón

Menos de treinta años después de que Dracón escribiera sus leyes, Atenas empezó el proceso de creación de un Leviatán encadenado. El problema de controlar los conflictos rutinarios y las luchas de poder entre las élites continuaba. A esto se le sumaba ahora el conflicto entre las élites y los ciudadanos sobre la dirección de la sociedad. Aristóteles observó que en torno a la época de Dracón hubo «un amplio período de desavenencias entre las clases altas y los ciudadanos». En palabras de Plutarco, había

> sediciones antiguas sobre gobierno, dividida el Ática en tantas facciones cuantas eran las diferencias del territorio: porque la gente de las montañas era inclinada a la democracia, la de la campiña propendía más a la oligarquía, y los litorales, que formaban una tercera división, estando por un gobierno mixto y medio entre ambos.

En esencia, el desacuerdo era sobre el equilibrio de poder entre las élites y la gente normal, y sobre si el Estado debía ser controlado de manera democrática u oligárquica (es decir, por un puñado de las familias más ricas

y poderosas). Solón, un comerciante y jefe militar muy respetado, desempeñó un papel determinante en el trazado de la evolución de Atenas.

En el 594 a. C., Solón fue nombrado arconte durante un año. Como dijo Plutarco, «a satisfacción de los ricos, por ser hombre acomodado, y de los pobres, por la opinión de su probidad». Los ricos habían monopolizado el cargo de arconte, pero es probable que Solón asumiera el puesto por presión popular, cuando la lucha entre las élites y los ciudadanos se inclinó un poco a favor de los últimos. Resultó ser bastante reformista y transformó las instituciones atenienses para limitar el poder de las élites y del Estado sobre los ciudadanos, al mismo tiempo que aumentaba la capacidad del Estado para resolver conflictos.[45] En un fragmento de sus escritos que se conserva, Solón señala que su diseño institucional pretendía crear un equilibrio de poder entre los ricos y los pobres.

> Al pueblo di tanto honor cuanto le basta, sin nada quitarle de su dignidad, ni añadirle; los que tenían la fuerza y eran sobresalientes en riquezas, de estos también cuidé para que nada vergonzoso sufrieran. Y me mantuve firme, levantando fuerte escudo ante ambos bandos, y no dejé ganar sin justicia a ninguno.

La reformas de Solón trataron de fortalecer al pueblo frente a las élites mientras, al mismo tiempo, aseguraban que los intereses de éstas no se verían amenazados de manera drástica. Logró la primera parte a través de una serie de medidas.

Cuando Solón se convirtió en arconte, las instituciones políticas básicas de Atenas consistían en dos asambleas; la Ekklesía, que estaba abierta a todos los ciudadanos masculinos, y el Areópago, que era la principal institución ejecutiva y judicial. El Areópago lo formaban antiguos arcontes y estaba bajo el control de la élite. Durante este período, muchos atenienses se habían empobrecido y fueron excluidos hasta de la Ekklesía, porque se encontraban atrapados en una situación de servidumbre y esclavitud a consecuencia de sus deudas, y entonces perdían sus derechos como ciudadanos. Aristóteles señaló que «los préstamos los obtenían todos respondiendo con sus personas hasta el tiempo de Solón». Era la versión ateniense de la jaula de normas, con las personas endeudadas a perpetuidad, convertidas en peones sin libertad como resultado del empeoramiento de

sus condiciones económicas. Solón entendió que en Atenas el equilibrio político requería que los ciudadanos corrientes participaran en la política, pero eso no era posible si se encontraban en una situación de servidumbre y ciertamente tampoco lo era si perdían su ciudadanía. En palabras de Aristóteles, «la mayoría del pueblo [...] por así decir, de nada participaba». De modo que para garantizar una mayor participación, Solón canceló todos los contratos de peonaje por deuda y promulgó una ley que prohibía los préstamos con la fianza de la propia persona. También hizo que fuera ilegal convertir en siervo a un ateniense. No volvería a haber peonaje. De golpe, Solón liberó a los atenienses de esta parte de su jaula de normas.

Pero como la gente estaba económicamente sometida a las élites, prohibir el peonaje por deuda no era suficiente. Era necesaria una libertad mayor para que los atenienses fueran ciudadanos más activos, de modo que pudieran conseguir una libertad aún mayor. Con este fin, Solón procuró mejorar su acceso a las oportunidades económicas. Al arrancar los hitos fronterizos de los campos, implementó una reforma agraria.[46] Estos hitos registraban la obligación que tenían los arrendatarios que cultivaban la tierra de pagar una sexta parte de su producción. Al eliminarlos, de hecho, Solón liberó a los arrendatarios de los terratenientes, dándoles en propiedad la tierra que tenían y convirtiendo el Ática, la región que rodea Atenas, en una tierra de pequeños agricultores. Solón también eliminó las restricciones de desplazamiento dentro del Ática. Estas medidas ampliaron mucho la ciudadanía que podía participar en la Ekklesía. De una sola vez, el equilibrio de poder existente se reconfiguró.

Además, Solón reformó el proceso de selección de los arcontes y aumentó su número a nueve, en parte para mejorar la representación política. Pero también tenía que mantener contentas a las élites, y para ello dividió a la población en cuatro clases, basándose en sus ingresos de la tierra, y limitó el acceso al cargo de arconte a los hombres de las dos clases superiores (elegidos por sorteo de una lista de personas propuestas por las cuatro «tribus» tradicionales de Atenas). Después de ejercer como arconte, puesto que sólo se podía ocupar una vez y durante un año, un hombre podía seguir sirviendo en el Areópago, de modo que la élite seguía controlando el cargo de arconte y el Areópago, pero ahora había unas reglas objetivas que

abrían el Areópago a un subconjunto mayor de la sociedad (pero de la élite), lo que ayudaba a equilibrar diferentes intereses. Solón también creó un nuevo «consejo de cuatrocientos», la boulé, que funcionaría como el principal consejo ejecutivo, y redefinió el papel del Areópago para que fuera sobre todo judicial. Al igual que con los arcontes, las cuatro tribus tradicionales de Atenas estuvieron equitativamente representadas en la boulé.

Tras establecer un equilibrio entre las élites y los ciudadanos, Solón comenzó el proceso de creación del Estado. El paso crucial fue la reforma judicial. En primer lugar, Solón abolió todas las leyes de Dracón menos una. Las leyes que promulgó fueron muy diferentes. Un fragmento apunta que

> La ley de Dracón sobre el homicidio será escrita en una estela de piedra por los *anagrapheis* [«escribientes»] de las leyes, tomándola del *basileus* y del secretario del consejo, y se colocará frente a la estoa del *basileus*. El *poletai* hará el contrato de acuerdo con la ley; el *hellenotamiai* proporcionará el dinero.

Incluso en la única ley que Solón mantuvo, sustituyó el papel del *basileus* por el del *poletai* y el *hellenotamiai*. La palabra *basileus*, típica de las epopeyas de Homero, la *Ilíada* y la *Odisea*, significa algo parecido a «gran hombre» y fue un tipo de jefe de la Edad Oscura. Ulises, cuyo viaje y hazañas en los diez años posteriores a las guerras de Troya relata la *Odisea*, fue un *basileus*. El *poletai* y el *hellenotamiai*, por otro lado, eran magistrados o funcionarios estatales. De modo que Solón introdujo un cambio radical: unas instituciones del Estado burocráticas para hacer cumplir la ley.[47]

El rasgo más característico de este proceso fue que cuanto más capaz era Solón de reforzar políticamente al ateniense corriente, más avanzaba en la construcción de las instituciones estatales. Y cuanta más forma adquirían esas instituciones, más avanzaba en el establecimiento de un control popular sobre ellas. Así, cuando la Ekklesía fue reempoderada, contó con una mayor participación popular. Para conseguir este objetivo, sus reformas no sólo introdujeron una mayor representación en las asambleas y las instituciones políticas, también implicaron cambios en las instituciones y

las normas, como el final del peonaje, lo cual cambió la naturaleza de la sociedad e hizo que fuera más capaz para actuar de manera colectiva y controlar a las élites y al Estado.

Aristóteles estuvo de acuerdo en que empoderar a los atenienses corrientes fue el aspecto más importante de las reformas de Solón, y destacó el final del peonaje, la mejora de los medios para resolver conflictos y el acceso a la justicia. Observó:

> Del gobierno de Solón parece que estas tres cosas son las más democráticas: lo primero y principal, prohibir los préstamos con la fianza de la propia persona; después, que el que quisiera pudiese reclamar por lo que hubiera sido perjudicado; y, en tercer lugar, con lo que dicen que el pueblo consiguió mayor fuerza, la apelación al tribunal.

Aristóteles enfatiza aquí la presencia de algún tipo de «igualdad ante la ley», en la que las leyes se aplicaban a todo el mundo y los ciudadanos corrientes podían acudir a los tribunales en busca de justicia. Aunque los más pobres estaban excluidos de la representación política en la boulé y la pertenencia al Areópago, cualquiera podía presentar una demanda para que fuera escuchada, y las mismas leyes se aplicaban por igual a las élites y los ciudadanos.

Una de las formas más interesantes en que Solón institucionalizó el control popular sobre el Estado fue a través de la ley sobre la *hybris*. Un fragmento que se conserva declara:

> Si cualquiera comete *hybris* contra un niño (y, ciertamente, quien lo compra comete *hybris*) o un hombre o una mujer, bien sea libre o esclavo, o si cualquiera comete cualquier cosa ilegal contra cualquiera de ellos, se ha creado un *graphai* (un pleito público) *hubreos*.

Esta ley creó el delito de *graphai hubreos* en respuesta a un acto de *hybris*, un comportamiento cuyo objetivo era la humillación y la intimidación. Sorprendentemente, las personas podían ser acusadas de *hybris* contra los esclavos, que también estaban protegidos, y en ocasiones fueron ejecutadas por repetidas violaciones de la ley. La ley sobre la *hybris*, por tanto, permitió a los atenienses no sólo controlar al Estado y las élites, sino disfrutar la libertad de la dominación de los individuos poderosos.

Al prohibir el peonaje por deuda y acabar con el estatus de prenda, Solón empezó al mismo tiempo a debilitar la dominación de la élite sobre los ciudadanos y a preparar las condiciones para una política democrática. Pero en Atenas, en aquella época, el poder de la élites era muy grande. Éstas se habían vuelto significativamente más ricas, y si cualquier aumento en la capacidad del Estado no se igualaba con un empoderamiento equivalente de la sociedad, podían aumentar su dominación política al hacerse con herramientas adicionales para la represión y el control. De modo que era vital fortalecer la capacidad de los ciudadanos corrientes frente a la élite, y esto es lo que logró la ley sobre la *hybris* al codificar e intensificar las normas existentes.

La ley sobre la *hybris* de Solón revela un aspecto más general de la vida en el pasillo: el delicado equilibrio que es necesario para crear la libertad requiere reformas institucionales que permitan basarse en las normas existentes y trabajar con ellas, al tiempo que se modifican e incluso se eliminan aspectos de esas normas que son un lastre para la libertad. Desde luego, no era una tarea fácil, pero las reformas de Solón fueron pioneras en ambos objetivos. En el período anterior a Dracón, las reglas y leyes que regían la vida de la gente no estaban escritas, y las imponían las familias y los grupos de parentesco, casi siempre mediante el uso del ostracismo social y la exclusión. Solón logró basarse en esas normas, al codificarlas y fortalecerlas como hizo en la ley sobre la *hybris*, pero en el proceso también las cambió, para que estos comportamientos se volvieran mucho menos aceptables en la sociedad ateniense. Veremos muchos ejemplos de este complejo baile entre el cambio institucional y las normas, y cómo no lograr el equilibrio adecuado entre ellos puede dañar las perspectivas de libertad. Solón consiguió el equilibrio correcto.

El efecto de la Reina Roja

El modo en que Solón limitó, por un lado, el control de las élites sobre el Estado y su dominación sobre los ciudadanos corrientes y, por el otro, aumentó la capacidad del Estado no es el rasgo particular de una civilización antigua. Es la esencia del Leviatán encadenado. El Leviatán

puede crear una capacidad mayor y volverse mucho más fuerte cuando la sociedad está dispuesta a cooperar con él, pero esta cooperación requiere que la gente confíe en poder controlar al monstruo marino. Solón logró esta confianza.

Pero no sólo se trata de confianza y cooperación. La libertad y, en última instancia, la capacidad del Estado dependen del equilibrio de poder entre el Estado y la sociedad. Si el Estado y las élites se vuelven demasiado poderosas, se acaba con un Leviatán despótico. Si se quedan atrás, se consigue un Leviatán ausente. De modo que se necesita que ambos, el Estado y la sociedad, corran juntos y ninguno tome la delantera. No es diferente del efecto de la Reina Roja que Lewis Carroll describió en *Alicia a través del espejo*. En la novela, Alicia se encuentra con la Reina Roja y corre una carrera con ella.[48] «Alicia nunca se explicaba, cuando lo recordaba posteriormente, cómo había empezado todo», pero se dio cuenta de que, aunque ambas parecían correr intensamente, «los árboles y demás objetos que había alrededor no se movían en absoluto y, cuanto más corrían, menos cosas dejaban atrás». Al final, cuando la Reina Roja dio el alto,

> Alicia no lograba salir de su asombro.
>
> —¡Pero, cómo! Estoy segura de que no nos hemos alejado de este árbol ni un segundo. ¡Todo está igual que antes!
>
> —Por supuesto —dijo la Reina—, ¿qué esperabas?
>
> —Bueno, en nuestro país —dijo Alicia, aún resoplando—, cuando corres tanto y tan rápido como nosotras... acabas llegando a otro sitio.
>
> —¡Qué lentitud de país! —dijo la Reina—. En cambio, aquí has de correr tanto como puedas para permanecer donde estás. ¡Y dos veces más rápido si quieres ir a otro sitio!

El efecto de la Reina Roja se refiere a una situación en la que hay que seguir corriendo para simplemente mantener la posición, como el Estado y la sociedad corriendo rápido para mantener el equilibrio entre ambos. En la novela de Carroll, toda esa carrera era inútil. Pero no es así en la lucha de la sociedad contra el Leviatán. Si la sociedad se relaja y no corre lo bastante rápido para seguir el ritmo del poder creciente del Estado, el Leviatán encadenado puede convertirse con rapidez en uno despótico. Necesitamos la competencia de la sociedad para mantener al Leviatán bajo control, y cuanto más poderoso y capaz sea el Leviatán, más poderosa y vigilante

debe hacerse la sociedad. También es necesario que el Leviatán siga corriendo, tanto para expandir su capacidad ante nuevos y formidables retos como para mantener su autonomía, lo cual es fundamental no sólo para resolver disputas y hacer cumplir las leyes de manera imparcial, sino también para romper la jaula de normas. Esto parece muy enrevesado (¡tanto correr!) y con frecuencia, como veremos, realmente lo es. Aunque sea enrevesado, dependemos de la Reina Roja para lograr el progreso humano y la libertad. Pero la propia Reina Roja crea muchas oscilaciones en el equilibrio de poder entre el Estado y la sociedad, cuando una de las partes y luego la otra se ponen por delante.

La forma en que Solón consiguió poner en marcha el efecto de la Reina Roja ilustra estas cuestiones más amplias. Sus reformas no sólo establecieron la base institucional para la participación popular en la política, sino que ayudaron a relajar la jaula de normas que restringía directamente la libertad y además impedía la clase de participación política que es necesaria en el pasillo. La jaula ateniense no era tan asfixiante como la de muchas otras sociedades que aparecen en este libro, por ejemplo, la de los tiv, que veremos más adelante en este mismo capítulo. Sin embargo, todavía era lo bastante opresiva como para bloquear el camino de la Reina Roja. Al romper parte de esa jaula, Solón comenzó a cambiar la sociedad de una manera fundamental y a forjar un tipo de política diferente, capaz de soportar un Leviatán encadenado en ciernes.

Cómo condenar al ostracismo, si debes hacerlo

Solón fue arconte durante sólo un (¡intenso!) año, después del cual se exilió diez años para evitar la tentación de manipular sus leyes. Creía que estas leyes no debían cambiarse durante cien años. En realidad, no ocurrió así. Le sucedió una competición constante entre las élites y la sociedad.

Solón había intentado que el Estado de Atenas tuviera una capacidad mayor e institucionalizar el control popular, al tiempo que mantenía contentas a las élites, o suficientemente satisfechas. Pero ¿cuánta satisfacción es suficiente? En seguida estallaron conflictos que llevaron a una serie de «tiranos», de hecho dictadores, a ostentar el poder, a veces

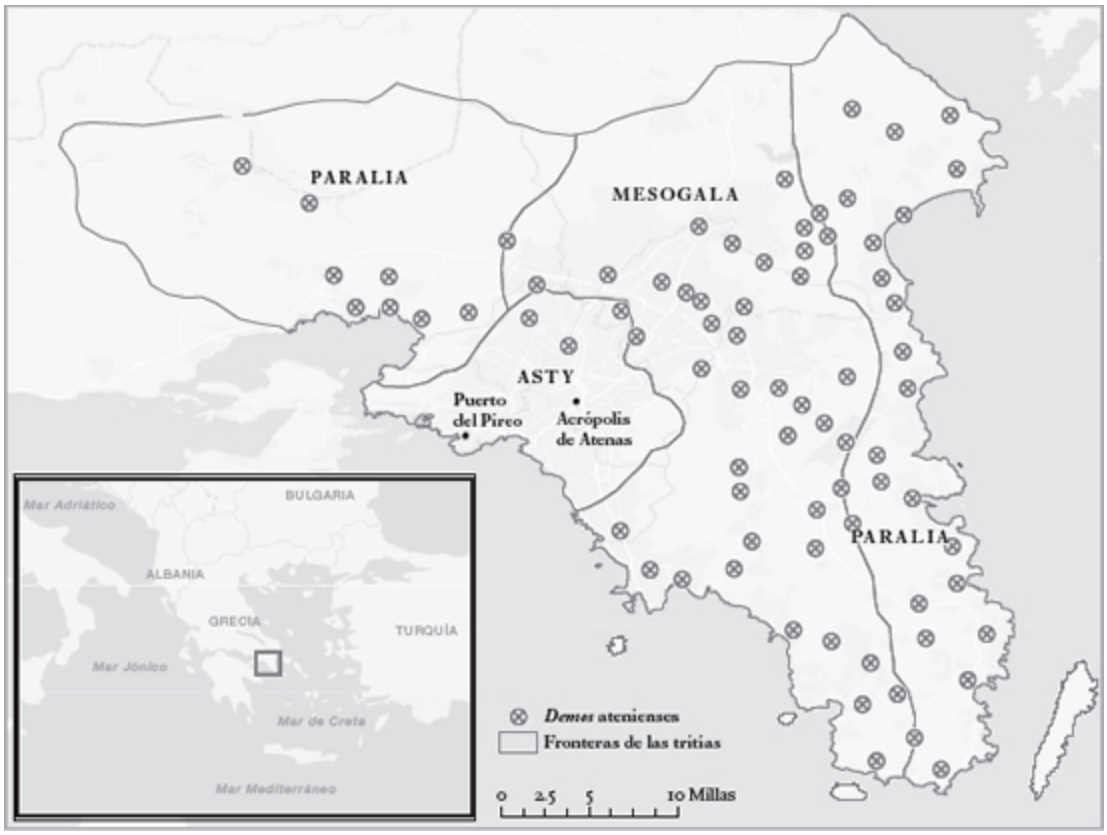
mediante la fuerza y otras veces con el apoyo popular. Pero las reformas de Solón eran populares y tenían legitimidad, de modo que todos los atenienses, incluso los tiranos impacientes, al menos tenían que respetarlas y, en el proceso, con frecuencia profundizaron en ellas.

Pisístrato, el primer tirano que hubo después de Solón, es famoso por la astuta forma en que acabó con las instituciones políticas atenienses. En una ocasión, se hirió a propósito y engañó a los ciudadanos para que le permitieran tener una guardia armada para protegerse, que luego usó para hacerse con el control de Atenas. En otra ocasión, tras ser depuesto, volvió a Atenas en un carro acompañado de una mujer majestuosa vestida como Atenea e hizo creer a la gente que había sido elegido por la diosa para gobernar Atenas. Una vez en el poder, sin embargo, Pisístrato no repudió del todo el legado de Solón, sino que continuó aumentando la capacidad del Estado. Emprendió construcciones monumentales en Atenas e impulsó una serie de medidas para integrar Atenas en el campo del Ática, la región circundante. Estas innovaciones incluían la existencia de jueces de circuito rurales, un sistema de carreteras cuyo centro era Atenas y procesiones que vinculaban a la ciudad con los santuarios rurales, así como con las celebraciones de las Grandes Panateneas. Las fiestas religiosas eran un descendiente directo de otras medidas que Solón había adoptado para tratar de restringir las fiestas de élite privadas en favor de las públicas y comunitarias. Pisístrato también acuñó la primera moneda ateniense.

Esto es la Reina Roja en acción. Solón fue quien de verdad comenzó este camino dinámico y Pisístrato lo continuó, a pesar de que el proceso implicó giros salvajes. Cuando ascendían al poder, los tiranos daban ventaja al Estado y a las élites. Pero no podían dominar a la sociedad y al *demos* («la gente»), y se disputaban su apoyo. Aunque a Pisístrato le sucedieron sus hijos Hipias e Hiparco, y luego Iságoras, apoyado por la ciudad-estado rival de Esparta, el *demos* contraatacó. En el 508 a. C., una revuelta popular masiva colocó a Clístenes en el poder. Las reformas que éste implementó estuvieron de nuevo destinadas a fortalecer tanto al Estado como a la sociedad, pero fue más allá en los tres objetivos que Solón había intentado lograr ocho décadas antes: fortalecer la competencia de la sociedad frente a la élite, aumentar la capacidad del Estado y relajar la jaula de normas.

Comencemos con la construcción del Estado. Clístenes desarrolló un sistema fiscal complejo[49] que imponía un impuesto al sufragio a los metecos (los extranjeros residentes), impuestos directos a los ricos, que tenían que pagar las fiestas o el equipamiento de los barcos de guerra, una serie de tasas y cargos de aduana, en particular en el puerto del Pireo, e impuestos a las minas de plata del Ática. Durante su gobierno como arconte, el Estado comenzó a proporcionar una serie de servicios públicos, no sólo relacionados con la seguridad y la acuñación de moneda, sino también de infraestructuras en forma de muros, carreteras, puentes, prisiones y asistencia a los huérfanos y discapacitados. Igual de notable fue el surgimiento de un tipo de burocracia estatal. Aristóteles afirma que en tiempos de Arístides, alrededor del 480-470 a. C., había setecientos hombres trabajando para el Estado en el Ática y setecientos en el extranjero, además de quinientos guardias en los muelles y cincuenta en la Acrópolis.

Este Estado, además, estaba controlado de manera mucho más democrática que el que había establecido Solón. Para conseguir este control democrático, Clístenes se dio cuenta de que tenía que relajar aún más la jaula de normas y alejarse de los fundamentos tribales del poder político. De modo que, en un movimiento osado, abolió las cuatro tribus representadas en la boulé de los cuatrocientos de Solón y las reemplazó por una nueva boulé de quinientos compuesta por personas elegidas al azar de diez nuevas tribus que debían su nombre a los héroes atenienses. Cada tribu tenía cincuenta representantes en la boulé, y se dividía en tres unidades más pequeñas llamadas tritía («tercera parte» de una tribu), cada una de las cuales se subdividía en unidades políticas regionales, llamadas *demos*. Había ciento treinta y nueve *demos* dispersos por el Ática (como se muestra en el mapa 2). La creación de las unidades regionales fue, en sí mismo, un paso significativo en el proceso de creación del Estado, que acabó por completo con lo que quedaba de las identidades preexistentes basadas en el parentesco. Aristóteles resumió el impacto de esta reforma cuando señaló que Clístenes «hizo conciudadanos de demo a los que habitaban en cada uno, para que no quedaran en evidencia los nuevos ciudadanos al llevar el nombre de familia, sino que llevasen el nombre de los *demos*; por eso los atenienses se llaman todavía a sí mismos por los *demos*».



Mapa 2 Los *demos* atenienses.

Para aumentar aún más el poder político de los ciudadanos atenienses frente a las élites, Clístenes levantó las restricciones de clase que habían existido durante la época de Solón para ser miembro de las instituciones. Ahora la membresía de la boulé estaba abierta a todos los ciudadanos hombres mayores de treinta años, y como cada uno de ellos sólo podía desempeñar el cargo durante un año y como mucho dos veces en su vida, la mayoría de los hombres atenienses lo desempeñaba en algún momento de su existencia. El presidente de la boulé se elegía al azar y ejercía el cargo durante veinticuatro horas, lo que permitía que casi todos los ciudadanos atenienses estuvieran al frente en alguna ocasión. Aristóteles lo resumió cuando afirmó:

> La gente había tomado el control de los asuntos.

La boulé tenía autoridad sobre los gastos, y hubo una serie de consejos de magistrados que implementaron medidas políticas. Estos consejos se elegían por sorteo y ejercían durante un año, pero eran ayudados por esclavos profesionales que actuaban como funcionarios estatales.

Clístenes siguió el ejemplo de Solón al tomar como base e institucionalizar unas normas existentes que resultaban útiles para fortalecer el poder político de los ciudadanos atenienses, al tiempo que combatían la jaula de normas. En especial, formalizó la institución del «ostracismo» como medio para contener la dominación política de los individuos poderosos. De acuerdo con esta nueva ley, cada año la Asamblea podía votar si condenaba a alguien al ostracismo. Si votaban al menos seis mil personas, y al menos la mitad de ellas estaba a favor de un ostracismo, entonces cada ciudadano escribía en un trozo de cerámica (llamado «ostracon», y de ahí el término ostracismo) el nombre de una persona a la que quisiera condenar al ostracismo. La persona cuyo nombre estuviera escrito en la mayoría de los trozos era condenada al ostracismo, desterrada de Atenas durante diez años. Sobre la ley, Aristóteles señala que «se estableció a causa de los recelos contra los poderosos». Como la ley sobre la *hybris* de Solón, la utilización y transformación de las normas de la sociedad fue una herramienta para disciplinar a las élites. Incluso Temístocles, el genio detrás de la victoria ateniense sobre los persas en Salamina, y probablemente el hombre más poderoso entonces en Atenas, fue condenado al ostracismo en algún momento en torno al 476 a. C., cuando la gente empezó a preocuparse de que el éxito se le estuviera subiendo a la cabeza y porque quería centrarse en Esparta, y no en Persia, como enemigo real. (Un ostracon con el nombre de Temístocles se muestra en el encarte de fotos.) El ostracismo se utilizó con moderación y sólo quince personas fueron condenadas al destierro durante el período de ciento ochenta años en el que la institución estuvo en vigor, pero la simple amenaza del ostracismo supuso una herramienta poderosa para que los ciudadanos disciplinaran a las élites.

La evolución de la Constitución ateniense no se detuvo en Clístenes, quien escribió, de acuerdo con Aristóteles, la que resultó ser la sexta de las once Constituciones atenienses (¿hemos mencionado que el efecto de la

Reina Roja puede ser enrevesado?). En este proceso, Atenas avanzó de manera constante hacia un mayor empoderamiento de los ciudadanos y un Estado más fuerte. Fiel a la naturaleza de la Reina Roja, nada de esto sucedió sin una larga lucha, con las élites empujando en una dirección y la sociedad en la contraria.

Durante este período, Atenas construyó poco a poco (tras muchas idas y venidas) uno de los primeros leviatanes encadenados del mundo, un Estado capaz y poderoso controlado de manera efectiva por sus ciudadanos. Los atenienses le debieron este logro al efecto de la Reina Roja. El Estado no podía dominar a la sociedad, pero la sociedad tampoco podía dominar al Estado; el progreso de cada una de las partes se encontraba con la resistencia y la innovación de la otra, y las cadenas de la sociedad permitieron que el Estado ampliara su competencia y capacidad a nuevas áreas. Durante esta evolución, la sociedad también cooperó, lo que permitió una mayor profundización en la capacidad del Estado mientras permaneciera bajo el control popular. En esto fue crucial la forma en la que la Reina Roja debilitó la jaula de normas. Para encadenar a un Leviatán, la sociedad necesita cooperar, organizarse de manera colectiva y asumir la participación política, lo cual es difícil de hacer si está dividida en esclavos y amos, fratrías, tribus o grupos de parentesco. Las reformas de Solón y Clístenes eliminaron progresivamente estas identidades enfrentadas y dejaron margen para un eje más amplio de cooperación. Ésta es una característica que veremos una y otra vez en la creación de los leviatanes encadenados.

Los derechos perdidos

La historia de cómo se encadenó al Leviatán estadounidense, que empezamos en el capítulo anterior, tiene muchos paralelismos con el caso ateniense. La Constitución de Estados Unidos, creada por los padres fundadores, hombres como George Washington, James Madison y Alexander Hamilton, es comúnmente considerada como un ejemplo brillante de diseño institucional, que introduce controles y contrapesos y concede la libertad a las generaciones futuras de estadounidenses. Aunque

hay algo de cierto, ésta es sólo una parte de la historia. La parte más importante tiene que ver con el empoderamiento de las personas y con cómo éste limitó y modificó las instituciones estadounidenses, y desató un poderoso efecto de la Reina Roja.

Abordemos el tema de los derechos. Le debemos a los padres fundadores y a su Constitución la protección de los derechos, ¿cierto? Sí y no. La Constitución, que sustituyó a las primeras leyes de la nueva nación, los Artículos de la Confederación adoptados en 1777-1778, consagra ciertos derechos básicos, pero esos no estaban en el alabado documento escrito durante el verano de 1787 en Filadelfia. Los padres fundadores descuidaron un conjunto de derechos básicos que ahora se consideran esenciales para las instituciones y la sociedad estadounidenses. Éstos acabaron en la Constitución, pero más tarde y en forma de la Carta de Derechos,[50] una lista de doce enmiendas a la Constitución, diez de las cuales se aprobaron en el primer Congreso y fueron ratificadas por las asambleas legislativas de los estados. Entre ellas se encontraba el artículo cuarto de la Carta de Derechos:

> El derecho del pueblo a que sus personas, casas, papeles y efectos se hallen a salvo de inspecciones y confiscaciones arbitrarias no será violado, y no se expedirán al efecto órdenes que no estén respaldadas por una causa probable y corroboradas mediante juramento o afirmación, y describan en particular el lugar que debe ser registrado y las personas o cosas que han de ser detenidas o embargadas.

El artículo sexto declaraba:

> En cualquier causa penal, el acusado gozará del derecho a ser juzgado con rapidez y en público por un jurado imparcial del distrito y estado en que el delito se haya cometido, distrito que antes deberá haber sido determinado por la ley; así como a que se le informe de la naturaleza y causa de la acusación; a tener un careo con los testigos que declaren en su contra; a que se obligue a comparecer a los testigos en su favor y a contar con los servicios de un abogado defensor.

Todos estos derechos parecen bastante básicos. ¿Cómo pudieron pasarlos por alto los padres fundadores? La razón es simple y nos ayuda a entender los orígenes de las cadenas del Leviatán en Estados Unidos, y por qué esas cadenas no surgen de manera automática o sencilla.

Madison, Hamilton y sus colaboradores, conocidos como los federalistas, no pretendían sustituir los Artículos de la Confederación porque quisieran fortalecer los derechos del pueblo. Más bien, la Constitución que redactaron fue diseñada para controlar el tipo de medidas políticas que adoptaban las asambleas legislativas de los estados, que los federalistas consideraban peligrosamente subversivas. Las asambleas legislativas de los estados podían, por ejemplo, imprimir su propio dinero, gravar el comercio, perdonar deudas y negarse a financiar la deuda nacional. Peor aún, había bastantes desórdenes y movilizaciones populares, con gente de toda clase que se había dado cuenta de que podía autogobernarse, organizarse, protestar y ser elegida en las asambleas legislativas para presionar en favor de sus intereses. En este contexto, la Constitución fue diseñada para abordar dos problemas distintos al mismo tiempo. El primero era crear un Estado federal para coordinar las leyes, la defensa y la política económica en todos los estados. El segundo era volver a meter en la botella al genio del poderoso instinto democrático que había liberado la guerra de Independencia contra los británicos. La Constitución podía conseguir ambos objetivos al centralizar el poder político, poniendo al Gobierno central a cargo de la política fiscal y controlando el alboroto de la política popular y los poderes autónomos de los estados.

Los federalistas eran lo que llamamos «constructores del Estado». Aunque Hobbes tenía en cuenta dos caminos hacia el Leviatán, a través de un pacto o de una adquisición, en la práctica la creación de un Estado a menudo la encabezan varios constructores del Estado —individuos o grupos, como Solón, Clístenes o los federalistas, con la determinación necesaria y un plan para crear una autoridad centralizada— que fundan un protoestado o aumentan el poder de un Estado incipiente. Hobbes hubiera apreciado la idea de Leviatán que quisieron construir los federalistas (pero los Artículos de la Confederación no lo permitieron).

Los federalistas también eran conscientes de lo que llamamos el problema de Gilgamesh: comprendieron que dar demasiado poder al Estado federal implicaba riesgos. En primer lugar, podía ser tan poderoso que empezara a abusar de la sociedad, mostrando su cara temible. En un famoso

pasaje de los artículos federalistas, una serie de panfletos que Madison escribió con Hamilton y John Jay para animar a la gente a ratificar la Constitución, éste señaló:[51]

> Al plantear un gobierno que los hombres han de administrar para los hombres, la gran dificultad reside en lo siguiente: primero se debe permitir que el gobierno controle a los gobernados; y luego obligarle a que se controle a sí mismo.

Aunque hoy día es la declaración de Madison sobre la necesidad de que el Gobierno se controle a sí mismo la que recibe más atención, el énfasis inicial, la importancia crucial de que un Gobierno «controle a los gobernados», pone de relieve el segundo objetivo de los federalistas: la necesidad de limitar la implicación de la gente corriente en la política. En aquel momento, muchos lectores se dieron cuenta de esto y se alarmaron, sobre todo porque el documento que se escribió en Filadelfia carecía de cualquier declaración explícita sobre los derechos de las personas. Tenían razón. Como escribió Madison en una carta privada a Thomas Jefferson poco después de que se redactara la Constitución en 1787:[52]

> *Divide et impera*, el desaprobado axioma de la tiranía, es, bajo determinadas características, la única política mediante la cual se puede administrar una república con principios justos.

Divide et impera —divide y gobierna— era la estrategia para controlar la democracia. Madison destacó «la necesidad [...] de ampliar los límites del gobierno general [y] de circunscribir de manera más efectiva a los gobiernos estatales». El «gobierno general», que significa el Gobierno federal, se volvió menos democrático a través de recursos como la elección indirecta de los senadores y el presidente. La necesidad de circunscribir «de manera más efectiva a los gobiernos estatales» se fundamentaba en los desórdenes sociales de la década de 1780, en los que se produjeron revueltas y alzamientos de granjeros y deudores, que Madison pensaba que podían poner en peligro todo el proyecto de la independencia estadounidense. De hecho, una razón importante por la que los federalistas estuvieron a favor de la Constitución fue que proporcionaría al Gobierno federal la recaudación de impuestos necesaria para desplegar un ejército permanente. Una consecuencia de esto sería «afirmar la tranquilidad

interior», como establece el prólogo de la Constitución. De hecho, la primera actuación del ejército financiado por el Gobierno federal de George Washington tras la ratificación de la Constitución fue dirigirse al oeste desde la capital para reprimir un levantamiento contra los impuestos, la Rebelión del Whisky.

El proyecto de Madison y los federalistas para crear un Estado generó una gran discrepancia en la sociedad estadounidense. La gente temía lo que un Estado más poderoso, y los políticos que lo controlaran, podían hacer sin la protección que proporcionaba una carta de derechos. Incluso en Estados Unidos, la cara temible del Leviatán se ocultaba cerca de la superficie. Varias convenciones estatales se negaron a ratificar la Constitución sin la protección explícita de los derechos individuales. Madison se vio obligado a admitir la necesidad de una carta de derechos para persuadir a su propia convención del estado de Virginia de que apoyara la Constitución. Con posterioridad, se presentó por Virginia al Congreso con un partido a favor de la Carta de Derechos y en agosto de 1789 defendió su necesidad en el Congreso, basándose en que era necesario «conciliar los deseos de la gente». (Pero veremos en breve, y de nuevo en el capítulo 10, que también había otras consideraciones, más siniestras, y que Madison y sus colaboradores acabaron apoyando la esclavitud para que las élites del Sur aceptaran la Constitución, lo cual aseguraría que la Carta de Derechos no protegería a los esclavos ni sería aplicable contra los abusos de los gobiernos estatales.)

La transición de los Artículos de la Confederación a la Constitución revela cuáles son los ingredientes vitales necesarios para que surja un Leviatán encadenado. En primer lugar, en la sociedad debe haber varios individuos o grupos, o constructores del Estado, que impulsen un Estado poderoso, que trabajará para poner fin a la guerra «de todo hombre contra todo hombre», ayudar a resolver los conflictos sociales, proteger a la gente de la dominación y proporcionar servicios públicos (y quizá, también, ocuparse un poco de sus intereses). El papel de este grupo de constructores del Estado —su visión, su habilidad para formar las coaliciones adecuadas que apoyen su empresa y su enorme poder— es crucial. Los federalistas desempeñaron este papel en la fundación del Estado federal de Estados

Unidos. Su intención fue crear un auténtico Leviatán, y comprendieron que para la seguridad, la unidad y el éxito económico del nuevo país era vital que existiera un Estado central poderoso con el poder de gravar, el derecho exclusivo a imprimir dinero y la capacidad de establecer una política comercial federal. Además, los federalistas eran lo bastante poderosos como para intentar este proyecto de construcción estatal, dado que, como políticos bien posicionados que eran, ya tenían una autoridad considerable. Consiguieron más poder tras su alianza con George Washington y otros líderes respetados de la guerra de Independencia. Y además eran muy hábiles a la hora de influir en la opinión pública, a través de los medios de comunicación y de sus panfletos brillantemente argumentados (los artículos federalistas).

El segundo pilar del Leviatán encadenado, la movilización social, es incluso más crucial, porque es la esencia del efecto de la Reina Roja. La movilización social se refiere a la implicación en la política del conjunto de la sociedad (en particular, de quienes no son élites), que tanto puede adoptar formas no institucionalizadas como las revueltas, protestas, demandas y la presión general a las élites a través de asociaciones o los medios de comunicación, o como formas institucionalizadas a través de las elecciones y asambleas. Los poderes no institucionalizados e institucionalizados son sinérgicos y se apoyan mutuamente.

El despotismo tiene que ver con la incapacidad de la sociedad para influir en las políticas y actuaciones del Estado. Aunque una Constitución puede especificar elecciones o consultas democráticas, un decreto de este tipo es insuficiente para que el Leviatán sea receptivo, rinda cuentas y esté encadenado, a menos que la sociedad se movilice e implique activamente en la política. De modo que el alcance de una Constitución depende de la capacidad de la gente corriente para defenderla y para reclamar lo que se le prometió, si es necesario a través de medios no institucionales. A su vez, las provisiones constitucionales son importantes, porque conceden una previsibilidad y consistencia al poder de la sociedad y porque además consagran el derecho de la sociedad a permanecer implicada en la política.

El poder de la sociedad se basa en la capacidad de las personas para resolver su problema de «acción colectiva» e implicarse en la política, para bloquear aquellos cambios a los que se oponen e imponer sus deseos en las principales decisiones sociales y políticas. El problema de acción colectiva se refiere al hecho de que incluso cuando a un grupo de personas tal vez le interese organizarse para participar en la actividad política, cada miembro del grupo puede «aprovecharse» y dedicarse a sus asuntos sin ejercer el esfuerzo necesario para proteger los intereses del grupo o hasta ignorar lo que sucede. Los medios para ejercer el poder no institucionalizados son impredecibles porque no proporcionan una forma fiable de resolver el problema de acción colectiva, mientras que el poder institucionalizado puede ser más sistemático y predecible. Así, las Constituciones pueden permitir que la sociedad ejerza su poder de una manera más coherente. En los años previos a la redacción de la Constitución, fue crucial que la sociedad estadounidense tuviera ambas fuentes de poder.

Su poder no institucionalizado estaba arraigado en la lucha popular durante la guerra contra los británicos. Thomas Jefferson captó la esencia de esta movilización cuando en 1787 escribió:[53]

> No quiera Dios que debamos pasar veinte años sin esta rebelión [...]. ¿Qué país puede preservar sus libertades si a sus gobernantes no se les advierte de vez en cuando que su pueblo conserva el espíritu de resistencia? Dejemos que tome las armas.

Gracias a los Artículos de la Confederación, la sociedad estadounidense también tenía medios institucionales para impedir el proyecto de creación estatal de los federalistas, por ejemplo, al negarse a ratificar la Constitución en las asambleas legislativas estatales. Estas limitaciones institucionales no terminaron con la ratificación, ya que, de acuerdo con la Constitución, la asamblea legislativa continuaba ejerciendo un control poderoso sobre el ejecutivo y el poder federal.

El grado de movilización popular y la medida en que la sociedad estaba bien organizada ya habían desempeñado un papel central en la guerra de Independencia, que había sido avivada por el resentimiento de la gente corriente hacia las políticas británicas. Fueron estos mismos rasgos de la sociedad estadounidense los que llamaron la atención de un joven

intelectual francés que recorrió el país medio siglo después, Alexis de Tocqueville. En su obra maestra, *La democracia en América*, Tocqueville observa que[54]

> América es el país del mundo donde se ha sacado más partido de la asociación y donde se ha aplicado este poderoso medio de acción a una mayor diversidad de objetivos.

De hecho, era un país en el que las personas tendían a agruparse y Tocqueville se maravillaba de «la habilidad extrema con la que los habitantes [...] logran proponer un objetivo común a los esfuerzos de muchos hombres y hacer que voluntariamente lo persigan». Esta tradición de sólida movilización popular dio a la sociedad estadounidense poder para decidir sobre el tipo de Leviatán que se iba a construir. E incluso si Madison, Hamilton y sus aliados hubieran querido construir un Estado más despótico, la sociedad no lo habría acatado. De modo que se persuadió a los federalistas para que introdujeran la Carta de Derechos y otros controles sobre su poder, para así hacer que su proyecto de construcción de Estado fuera aceptable para aquellos que tendrían que «someter sus voluntades» al Leviatán. No estaban muy dispuestos. Hamilton denunció este «exceso de democracia» y propuso que los cargos del presidente y el senado fueran vitalicios, lo cual es comprensible, ya que los federalistas pensaban que controlarían el Leviatán.

Este segundo pilar crucial no sólo impidió inicialmente que el Estado de Estados Unidos emprendiera un camino despótico, sino que generó un equilibrio de poder que aseguró que permaneciera encadenado incluso cuando, con el paso del tiempo, se volvió más poderoso (y más adelante veremos que en algunos aspectos quizá haya sido demasiado efectivo, limitando la capacidad del Estado en los dos siglos posteriores, sobre todo en lo que se refiere a su función de proporcionar protección e igualdad de oportunidades a todos sus ciudadanos). En 1789, el Estado de Estados Unidos era mucho menos poderoso que el que tenemos en la actualidad, casi rudimentario en comparación. Tenía una burocracia muy pequeña y sólo proveía algunos servicios públicos. No podía ni pensar en regular monopolios o proporcionar una red de seguridad social, y no consideraba iguales a todos sus ciudadanos, ciertamente no a los esclavos y a las

mujeres, de modo que relajar la jaula de normas que en aquel momento mantenía atrapados a muchos estadounidenses no era definitivamente una de sus prioridades. En la actualidad, esperamos mucho más de un Estado en lo referente a resolución de conflictos, regulación, una red de seguridad social, la provisión de servicios públicos y la protección de la libertad individual frente a todo tipo de amenazas. Que esto pueda ser así es una consecuencia de la Reina Roja. Si en aquel momento toda la sociedad estadounidense hubiera conseguido establecer de manera definitiva unos límites estrictos a lo que debía hacer el Estado, no habríamos logrado muchos de los beneficios (y, por supuesto, tampoco sufrido algunas intransigencias) de nuestro Estado actual. En cambio, el Estado de Estados Unidos ha evolucionado durante los últimos doscientos treinta años y ha modificado sus funciones y su papel en la sociedad. Durante este proceso, se ha vuelto más receptivo a los deseos y necesidades de sus ciudadanos. La razón por la que logró este crecimiento fue que las cadenas de sus tobillos implicaban que la sociedad podía, con cierta cautela, confiar en que incluso si su poder aumentaba, no se volvería por completo irresponsable y mostraría su cara temible. Su naturaleza encadenada también significó que la sociedad podía considerar la cooperación con el Estado. Pero de la misma manera que la sociedad estadounidense de finales del siglo XVIII no confió ciegamente en Madison y Hamilton sin garantías, en general la sociedad no confía ciegamente en aquellos que pretenden aumentar la capacidad y el alcance del Estado. Sólo permitirá que lo hagan si aumenta su propia capacidad para controlar al Estado.

El desarrollo posterior de las relaciones entre el Estado y la sociedad en Estados Unidos durante el siglo XIX evolucionó de la misma forma desordenada e impredecible que caracteriza a la Reina Roja, como vimos en el caso ateniense. Cuando el Estado centralizado se volvió más poderoso y se implicó más en la vida de la gente, la sociedad trató de reafirmar su control. Cuando la sociedad se movilizó más, las élites y las instituciones estatales reaccionaron e intentaron recuperar el control. Aunque observamos esta dinámica en muchos aspectos de la política estadounidense, la mayor fractura se debió a la tensión entre los estados del Norte y del Sur causada por la esclavitud, que había forzado muchos

acuerdos desagradables en la Constitución. Esta tensión desembocó en uno de los conflictos más mortíferos del siglo XIX, cuando siete estados del Sur (de los treinta y cuatro que existían en aquel momento) declararon la secesión y formaron los Estados Confederados de América, después de la investidura de Abraham Lincoln en 1861. El Gobierno no reconoció la independencia y el 12 de abril de 1861 estalló la guerra de Secesión entre la Unión y la Confederación.[55] En los cuatro años que duró, la guerra destruyó gran parte del sistema de transporte, las infraestructuras y la economía del Sur, y se perdieron hasta 750.000 vidas. El final de la guerra produjo un fuerte cambio en el equilibrio de poder en contra de las élites, en especial de las del Sur, ya que se liberó a los esclavos (con la decimotercera enmienda) y se reconocieron sus derechos civiles (con la decimocuarta enmienda) y su derecho al voto (con la decimoquinta enmienda). Pero estas reacciones no se quedaron aquí. Durante la Reconstrucción, un período que duró hasta 1877, los esclavos liberados y empoderados se incorporaron al sistema económico y político (y participaron con entusiasmo, votando de manera masiva y siendo elegidos para las asambleas legislativas). Pero el período de redención que tuvo lugar después de que las tropas del Norte dejaran el Sur les volvió a privar de sus derechos, dejándolos atrapados en una agricultura con salarios muy bajos y sujetos a una gama de prácticas represivas formales e informales, que incluían asesinatos y linchamientos a manos de las fuerzas del orden locales y del Ku Klux Klan. El péndulo no volvió a oscilar contra las élites y a favor de la parte más desfavorecida de la sociedad sureña hasta que se puso en marcha el movimiento por los derechos civiles a mediados de la década de 1950. (Y, por supuesto, estamos bastante lejos del fin de la historia en lo que respecta a la evolución de la libertad estadounidense.)

Aunque la idea que transmite el relato estándar es que la Constitución de Estados Unidos protege nuestros derechos, no hubo nada hermoso en el proceso que llevó a la protección de esos derechos para la mayoría de los estadounidenses. Debemos esos derechos en la misma medida a la movilización de la sociedad y al documento redactado en Filadelfia en 1787. Está en la naturaleza de la Reina Roja.

¿Jefes? ¿Qué jefes?

De modo que el efecto de la Reina Roja no es algo hermoso, y como veremos más adelante en el libro, todo ese correr está plagado de peligros. Pero cuando funciona, crea las condiciones para el tipo de libertad que han disfrutado los atenienses y los estadounidenses. Pero entonces, ¿por qué tantas sociedades siguen con un Leviatán ausente? ¿Por qué no intentan crear una autoridad centralizada y encadenarla? ¿Por qué no desatar el efecto de la Reina Roja?

Normalmente, los científicos sociales han vinculado el fracaso de la aparición de una autoridad centralizada a la ausencia de algunas condiciones clave que hacen que merezca la pena tener un Estado, como una densidad de población alta y una agricultura o un comercio consolidados. También se ha argumentado que algunas sociedades carecían de los conocimientos necesarios para crear un Estado. De acuerdo con esta opinión, construir instituciones estatales es principalmente un problema de «ingeniería» que consiste en aportar la experiencia y el proyecto institucional correctos. Aunque todos estos aspectos influyen en ciertos contextos, con frecuencia resulta más importante otro factor: el deseo de evitar la cara temible del Leviatán. Si temes al Leviatán, impedirás la acumulación de poder y te opondrás a la jerarquía social y política que es necesaria para crearlo.

Puede observarse un claro ejemplo de este temor que bloquea la aparición del Leviatán en la historia de Nigeria. Lejos de Lagos y las lagunas costeras, se entra en Yorubalandia, el hogar del pueblo yoruba. La A1 se dirige hacia el norte, primero a Ibadán y luego, si se gira hacia el este por la A122, pasa por Ife, el hogar espiritual tradicional de los jefes yoruba, y después, a través de la A123 (que puede verse en el mapa 1 del capítulo anterior), llega a Lokoja, la confluencia de los ríos Níger y Benue. Sir Frederick Lugard, en 1914, nombró como primera capital de la Nigeria colonial a Lokoja. Se supone que es ahí donde su futura esposa, Flora Shaw, acuñó el nombre del futuro país. Más hacia el este, la A233 pasa por debajo del Benue. Cuando llegas a Makurdi, de nuevo en el río, estás definitivamente en Tivlandia.

Los tiv son un grupo étnico organizado en torno a relaciones de parentesco, que carecía de Estado cuando el país fue colonizado.[56] Sin embargo, formaban un grupo coherente con un territorio bien definido, grande e incluso en expansión, y una lengua, una cultura y una historia característicos. Sabemos bastante sobre los tiv gracias a la pareja de antropólogos formada por Paul y Laura Bohannan, que los estudiaron a partir de mediados de la década de 1940. Su relato y el de otros investigadores dejan muy claro que el mismo problema que había en Atenas —impedir que los individuos poderosos se volvieran muy dominantes y dieran órdenes a los demás— era una preocupación importante para la sociedad tiv. Pero la manera en que éstos resolvieron el problema fue muy diferente. Lo hicieron a través de normas que les hacían desconfiar del poder y les predisponían a emprender acciones contra quienes desarrollaban su poder. De hecho, esas normas impidieron la aparición de cualquier jerarquía política. En consecuencia, aunque los tiv tenían jefes, éstos poseían poca autoridad indiscutible sobre los demás; su papel principal era la mediación y el arbitraje en la resolución de conflictos, y apoyar el tipo de cooperación que vimos en el caso de los ancianos asante en el capítulo anterior. No existía la posibilidad de que surgiera un gobernante o un gran hombre que estableciera sobre los demás la autoridad suficiente como para imponer su voluntad.

Para entender cómo contuvieron los tiv la creación de una jerarquía política, volvamos a sir Lugard. Quería perfeccionar lo que se llamaría «administración indirecta»,[57] un método de gobernar las colonias con la ayuda de las personas locales más importantes y las autoridades políticas indígenas. Pero ¿cómo gobernar un país de esta manera cuando no existían tales autoridades? Cuando Lugard exigió que le llevaran ante sus jefes, los tiv respondieron, «¿Jefes? ¿Qué jefes?». El sistema de administración indirecta ya se había desarrollado en el sur de Nigeria durante la década de 1890, a medida que se extendía la autoridad británica. Allí, los administradores crearon «jefes reconocidos», llamados así porque los británicos daban certificados de reconocimiento a las familias indígenas poderosas a las que nombraban jefes. Después de 1914, Lugard pretendía algo más ambicioso. Sostuvo que «si no hay jefes [...] la primera condición

para que exista progreso en una comunidad muy poco cohesionada como la de los igbos o los [...] [tiv] es crear unidades de determinado tamaño que estén bajo jefes progresivos».[58]

Pero ¿quiénes fueron esos «jefes progresivos»? Lugard y los funcionarios coloniales tuvieron que decidir. Lugard quería jefes progresivos que hicieran cumplir el orden, recaudaran impuestos y organizaran el trabajo para construir carreteras y vías de ferrocarril en Tivlandia. Si los tiv no tenían verdaderos jefes, él los crearía. Y así lo hizo después de 1914, cuando impuso una nueva versión del sistema de jefes reconocidos a los tiv.

Pero los tiv no se habían apuntado a dicho proyecto y no estaban demasiado contentos con el plan de Lugard. En seguida surgieron problemas. Las cosas estallaron en 1929 en la vecina Igbolandia, hogar de otra sociedad sin Estado, la «comunidad muy poco cohesionada» de los igbos. En Tivlandia, en el verano de 1939, la mayor parte de la actividad social y económica estaba parada. Los problemas provenían de un culto llamado *nyambua*, que podríamos considerar como la venganza de los tiv contra Lugard —quien entonces, ya barón, disfrutaba de un tranquilo retiro en Inglaterra— y contra sus jefes reconocidos. El jefe del culto era un hombre llamado Kokwa, que vendía hechizos para protegerse de las *mbatsav* o «brujas». *Mbatsav* viene de la palabra *tsav*, que significa «poder» en la lengua tiv, en concreto, el poder sobre los demás. El *tsav* es una sustancia que crece en el corazón de una persona y puede examinarse después de la muerte si se le abre el pecho. Si lo tienes, puedes hacer que los demás hagan lo que tú quieras y matarlos con amuletos. Lo crucial es que, aunque algunas personas tienen *tsav* de manera natural, puede aumentarse mediante el canibalismo. Como dijo Paul Bohannan:[59]

> Una dieta de carne humana hace que el *tsav*, y por supuesto el poder, crezcan mucho. Así, los hombres más poderosos, no importa cuánto sean respetados o queridos, nunca son del todo fiables. Son hombres de *tsav* y ¿quién sabe?

Las personas con *tsav* pertenecen a una organización, los *mbatsav*. *Mbatsav* tiene dos significados: gente poderosa (es el plural de *tsav*) y, como hemos visto, un grupo de brujas. Estas brujas pueden participar en

actividades infames, por ejemplo, robar tumbas o comer cadáveres. Este doble sentido es interesante. Imaginemos que en inglés la palabra *políticos* significara al mismo tiempo «personas que se presentan a puestos gubernamentales o han sido elegidas y los controlan» y «grupo de brujas organizado para llevar a cabo objetivos infames». (En realidad no es tan mala idea.)

Las personas iniciadas en el culto *nyambua* recibían una vara de cuero y un espantamoscas. El espantador permitía olfatear el *tsav* creado por el canibalismo. Entre las fotos del encarte se incluye una tomada por Paul Bohannan que muestra a un adivino tiv con un espantamoscas. En 1939, los espantadores apuntaron a los jefes reconocidos, que fueron acusados de ser brujas, acusación que les despojó de cualquier autoridad y poder que hubieran obtenido de los británicos. ¿Estaban los tiv defendiéndose de los británicos? Sí y no. Si observamos el asunto con detalle, se puede ver que el movimiento no era simplemente antibritánico, era antiautoridad. Como le dijo Akiga, un anciano tiv, al oficial colonial Rupert East en aquel momento:[60]

> Cuando la tierra se ha arruinado debido a un asesinato sin sentido [causado por el *tsav*], los tiv han adoptado medidas contundentes para vencer a los *mbatsav*. Estos grandes movimientos han tenido lugar en un período que abarca desde el tiempo de nuestros antepasados al actual.

De hecho, los cultos religiosos como el *nyambua* formaban parte de un conjunto de normas que habían evolucionado para proteger el *statu quo* de los tiv, lo que significaba impedir que cualquiera se volviera demasiado poderoso. En la década de 1930, eran los jefes reconocidos quienes se estaban volviendo peligrosamente poderosos, pero en el pasado existieron otros que se habían vuelto orgullosos en exceso. Bohannan señaló cómo

> los hombres que habían adquirido demasiado poder [...] fueron eliminados mediante acusaciones de brujería [...]. El *nyambua* fue uno de una serie de movimientos habituales a los que dio lugar la actividad política de los tiv, con su desconfianza en el poder, de modo que las instituciones más importantes —basadas en un sistema de linaje y el principio de igualitarismo— pueden ser preservadas.

Lo que es realmente significativo en este caso, y recuerda a la preocupación ateniense por la *hybris* y los individuos poderosos condenados al ostracismo, es la frase «desconfianza en el poder». Hasta ahora hemos hablado del poder o de la capacidad del Estado. Pero el Estado está controlado por un grupo de agentes que incluye a gobernantes, políticos, burócratas y otros actores políticamente influyentes, lo que podría llamarse la «élite política». No puedes tener un Leviatán sin tener una jerarquía política, sin alguien, la élite política o un gobernante, que ejerza poder sobre los demás, dé órdenes y decida quién tiene razón y quién está equivocado en las disputas. La desconfianza en el poder engendra el miedo a esta jerarquía política. Las normas de los tiv no sólo regulaban y controlaban los conflictos; también limitaron seriamente la jerarquía social y política. Dado que refrenar la jerarquía política significa refrenar el poder del Estado, algunas de estas normas, incluidas las acusaciones de brujería, detuvieron al mismo tiempo el desarrollo de la construcción de un Estado.

Una pendiente resbaladiza

La sociedad de los tiv estaba aterrada por la cara temible del Leviatán y la dominación que éste podía conllevar cuando se pusiera en marcha. También tenía normas poderosas que impedían la aparición de una jerarquía política, de modo que los tiv acabaron viviendo con un Leviatán ausente. Pero surgen varios interrogantes. Si la sociedad era tan poderosa y el Estado y las élites tan débiles, ¿por qué a los tiv les aterrorizaba el Leviatán? ¿Por qué no pudieron activar el efecto de la Reina Roja y beneficiarse de las dinámicas que podía proporcionar un Leviatán encadenado? ¿Por qué no fueron capaces de desarrollar el mismo tipo de soluciones para controlar a la jerarquía política que concibieron Solón, Clístenes y otros innovadores institucionales griegos o los padres fundadores estadounidenses?

La respuesta está relacionada con la naturaleza de las normas que impedían la aparición de una jerarquía política. Pero eso también subraya que resulta difícil crear las condiciones necesarias para que se desarrolle un Leviatán encadenado y que existen limitaciones para los diferentes tipos de poder social. A diferencia de la movilización social general y las formas

institucionalizadas de poder político, las normas de los tiv, basadas en rituales, prácticas de brujería y creencias vagas contra la jerarquía, no podían ser «ampliadas» fácilmente, no eran el tipo de instituciones y normas que resultaban útiles cuando un grupo dentro de la sociedad se volvía lo bastante poderoso y ejercía su autoridad sobre los demás. De modo que los tiv tenían la capacidad de cortar de raíz la aparición de la desigualdad política, pero no necesariamente la capacidad de controlar el proceso de desarrollo de un Estado una vez estuviera en marcha. Esto hizo que cualquier intento de construcción del Estado fuera una pendiente resbaladiza para los tiv: cuando empiezas a bajar por ese camino, puedes resbalar y acabar en un lugar que no tenías planeado.

Para entenderlo mejor, resulta útil contrastar las herramientas sociales que tenían a su disposición los tiv para controlar la jerarquía política y las que tenían los atenienses y estadounidenses cuando se implicaron en el proceso de construcción de su Estado.

Los estadounidenses tenían en su arsenal al menos dos armas sólidas para combatir a un Leviatán demasiado entusiasta. En primer lugar, habían institucionalizado el poder para controlar al Leviatán, ya que las asambleas legislativas de los estados eran influyentes y no podían dejarse de lado con facilidad, y el Estado federal estaba sujeto a controles electorales y judiciales. En segundo lugar, la sociedad estadounidense estaba movilizada de una forma en la que la sociedad tiv ciertamente no lo estaba. Estados Unidos, en muchos sentidos, era una sociedad de minifundistas que tenían aspiraciones no sólo económicas, sino también políticas. Tenía normas que la hacían reticente a aceptar la autoridad despótica y que hacían que estuviera preparada para estallar en una rebelión (como descubrieron los británicos). Como resultado, incluso si recelaban de un Estado centralizado que estaba adquiriendo poderes mucho mayores de los que hacía una década podían parecer aconsejables, los estadounidenses pensaron que todavía podían impedir que el Estado se volviera un Leviatán despótico.

Los atenienses tuvieron armas similares y las usaron con el mismo resultado. Atenas había salido de la Edad Oscura con una sociedad decidida a refrenar la dominación de las élites y sus privilegios. Su estructura económica facilitó la movilización social. Tras las reformas de Solón,

Atenas se había vuelto una sociedad de minifundistas, como las trece colonias estadounidenses, con la movilización que esto generó. También resultó crucial que la sociedad griega de aquella época se volviera más asertiva gracias a los cambios en la tecnología militar. Mientras que durante la Edad del Bronce el metal elegido para las armas era el bronce, en el siglo VIII a. C. el hierro ya lo había sustituido. Las armas de bronce eran caras y, por tanto, un monopolio natural de la élite. Las armas de hierro, en cambio, eran mucho más baratas y, en palabras del arqueólogo Gordon Childe, «democratizaron la guerra». En particular, dieron lugar a los famosos hoplitas, ciudadanos-soldado griegos muy armados que podían luchar contra otras ciudades-Estado y contra los persas, pero también contra las élites demasiado exaltadas. De esa manera, el equilibrio de poder se inclinaba más a favor de la sociedad ateniense que de la élite. Solón, Clístenes y después de ellos otros líderes institucionalizaron esta movilización, lo que dificultó aún más que las élites pudieran usurpar el poder y reafirmar su autoridad con rapidez. En consecuencia, aunque a los atenienses les preocupaba, como a los tiv, que las élites se volvieran demasiado fuertes y dominantes, pensaron que podían refrenarlas con su ley sobre el ostracismo, su armadura de hierro y las elecciones. No estaban equivocados del todo.

No fue así para los tiv. El poder de la sociedad tiv emanaba de sus normas, que estaban dirigidas contra cualquier tipo de jerarquía política. Tales normas son una manera poderosa de preservar el *statu quo* sin Estado, porque ayudan a resolver el problema de acción colectiva e inducen a las personas a organizarse para reducir a los individuos que intentan volverse dominantes y excesivamente poderosos. No son, sin embargo, tan buenas a la hora de organizar la acción colectiva para otros propósitos, como encadenar a un Leviatán cuando se ha puesto en marcha. En parte, esto se debe a que los tiv, como muchas otras sociedades sin Estado, se organizaban en una serie de linajes familiares agrupados en clanes mayores. Aunque los atenienses tenían las fratrías, éstas eran más flexibles y no se basaban tanto en vínculos genealógicos fuertes, además Clístenes redujo mucho su papel en la política. Por el contrario, en la sociedad tiv el nivel más bajo de agregación era una comunidad familiar amplia conocida como

tar, y si alguien tenía autoridad en un *tar* eran los hombres ancianos. Era una sociedad organizada en vertical mediante un sistema de parentesco, donde el papel de las personas en la vida estaba muy regulado y estipulado. No había muchas oportunidades para que la gente se uniera y formara libremente algún tipo de asociación que pudiera ayudarle a movilizarse y controlar el poder político. Además, la creencia de que cualquier desigualdad tenía su origen en la brujería empezaría a resquebrajarse tan pronto como surgiera una jerarquía que se ganara el respeto. Las relaciones familiares no proporcionaban una base sobre la que la sociedad pudiera deliberar y participar en decisiones colectivas.

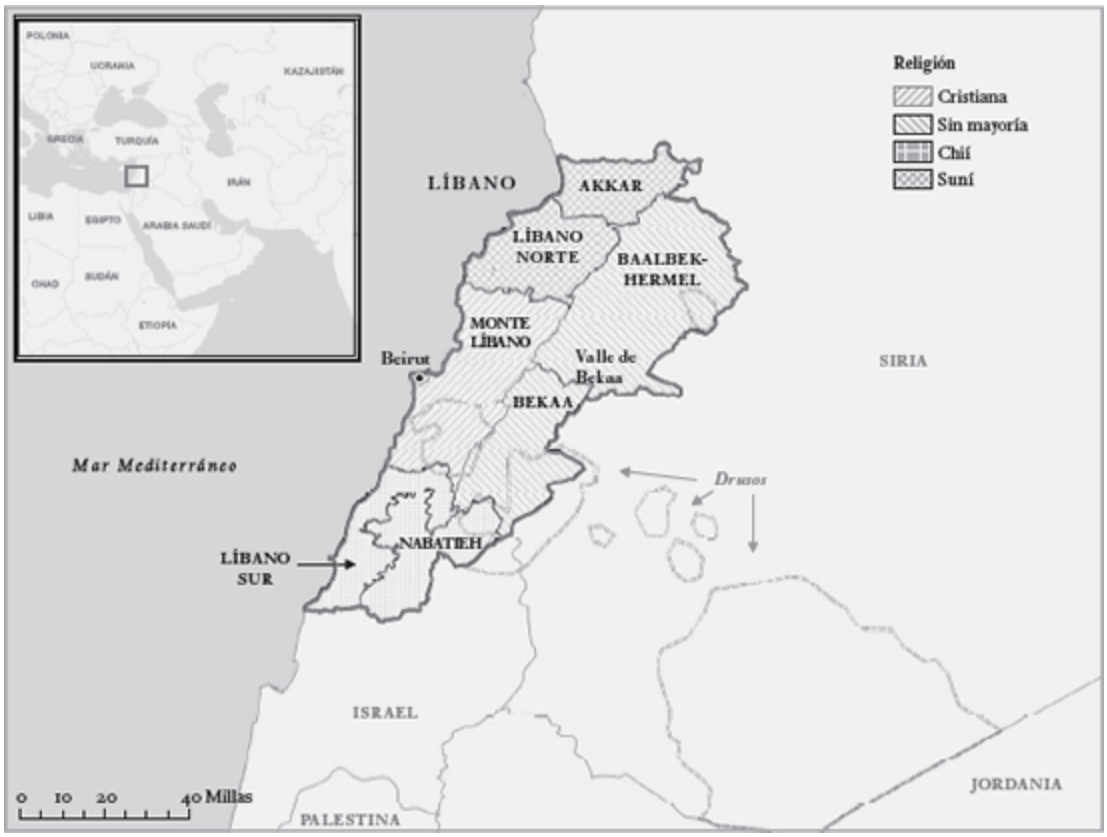
Y lo que es peor, en una sociedad basada en el parentesco, lo más probable es que la jerarquía política se formalice en la dominación de un clan sobre los demás, allanando el camino para un tipo de Leviatán que, en última instancia, destruirá cualquier oposición. En efecto, una pendiente resbaladiza. Mejor mantener al Leviatán ausente.

Permanecer ilegible

Muchas sociedades sin Estado, algunas que sobreviven y otras históricas, se parecen a los tiv. Viven sin un Estado o una jerarquía política importante y se protegen diligentemente contra la aparición de una jerarquía usando toda herramienta a su disposición. A menudo, éstas son normas y creencias, como la brujería, que han evolucionado a lo largo de muchas generaciones. Pero ¿tiene esto alguna relevancia para las naciones modernas? Los ciento noventa y cinco países que existen en la actualidad tienen Estado y leyes, y tribunales y fuerzas de seguridad que hacen cumplir esas leyes. ¿Puede el Leviatán ausente de las sociedades sin Estado tener alguna relevancia para ellos? Resulta que la respuesta es sí. Aunque los Estados existan, pueden ser extremadamente débiles y dejar grandes extensiones de sus países en una situación similar a la de las sociedades sin Estado, regidas por normas como las de los tiv, y con frecuencia sumidas en la violencia, como los gebusi de Papúa Nueva Guinea que vimos en el capítulo previo. Más sorprendente es que, a pesar de su aspecto moderno, algunos Estados evitan

establecer las instituciones básicas, actuando como un Leviatán ausente excepto por el nombre, por la misma razón que los tiv: porque temen la pendiente resbaladiza. El Estado moderno del Líbano es un ejemplo.

La Constitución de Estados Unidos especifica que en la Cámara de Representantes, la representación debe ser proporcional a la población de cada estado. Para determinar esta población, en los tres años siguientes a la ratificación de la Constitución hubo que realizar un censo que debía actualizarse cada diez años. El primer censo se comenzó en 1790 y desde entonces se ha repetido diligentemente cada década. Hay muchas razones por las que los censos son una buena idea, aparte de ser la base para una distribución justa de la representación en la cámara. Ayudan a que el Gobierno sepa dónde está la gente, de dónde proviene, cómo vive, cuál es su educación y quizá cuáles son sus ingresos o riqueza. Esto es importante para el Estado a la hora de proporcionar servicios, recaudar ingresos e impuestos. En palabras del politólogo James Scott, los censos ayudan a que la sociedad sea «legible» para el Estado, proporcionan la información necesaria para entender, regular, gravar y, si es necesario, coaccionar a la sociedad. Estas actividades parecen tan esenciales para la existencia y la función de un Estado que todos ellos deberían querer que la sociedad fuera legible. La gente también debería querer cierto grado de legibilidad, ya que de lo contrario no recibirá ningún servicio ni estará representada de manera adecuada. A estas alturas, ya puedes ver los fallos de este argumento. ¿Qué ocurre si la sociedad no confía en el Estado? ¿Y si le preocupa el uso inapropiado de la legibilidad? ¿Y si tiene miedo de la pendiente resbaladiza? Esto es exactamente lo que preocupa a los libaneses.[61]



Mapa 3 Las comunidades del Líbano.

El Líbano fue parte del Imperio otomano hasta la primera guerra mundial y luego, por poco tiempo, una colonia francesa hasta que se independizó en 1943. Desde la independencia, nunca ha llevado a cabo un censo. Se realizó uno en 1932 que se convirtió en la base del Pacto Nacional acordado en 1943, pero no se ha hecho nada más desde entonces. El censo de 1932 descubrió que los cristianos constituían el 51 por ciento de la población, con una ligera ventaja sobre las comunidades musulmanas chií, suní y drusa del Líbano (que se muestran en el mapa 3). El pacto reconocía esta configuración al dividir el poder entre varios grupos. Por ejemplo, el presidente siempre tenía que ser un cristiano maronita, mientras que el primer ministro sería un musulmán suní y el presidente del Parlamento un musulmán chií. La división iba más allá. El vicepresidente del Parlamento y el viceprimer ministro tenían que ser siempre cristianos ortodoxos griegos, mientras el jefe del personal general de las fuerzas armadas sería un musulmán druso. La representación en el Parlamento se

fijó en una proporción de seis a cinco a favor de los cristianos frente a los musulmanes; en esta proporción estaban representadas las diferentes comunidades de acuerdo con su porcentaje de la población en el censo de 1932.

Como era previsible, este pacto dio como resultado un Estado increíblemente débil. En el país, el poder no reside en el Estado, sino en las comunidades individuales, como sería esperable con un Leviatán ausente. El Estado no proporciona servicios públicos como atención sanitaria o electricidad, lo hacen las comunidades. El Estado tampoco controla la violencia o la imposición de la ley. Hezbolá, un grupo musulmán chií, tiene su propio ejército, al igual que muchos clanes armados del valle de Bekaa. Cada comité tiene su propia emisora de televisión y su propio equipo de fútbol. En Beirut, por ejemplo, Al Ahed es un equipo chií, mientras Al Ansar es suní. El Safa Sporting Club es druso, mientras que el Racing Beirut es ortodoxo cristiano y el Hikmeh es cristiano maronita.[62]

En el Estado libanés, el enorme reparto del poder permite que todas las comunidades controlen lo que hacen las demás. Esto da a cada grupo capacidad de veto sobre cualquier cosa que quieran los demás, y lleva a una terrible paralización del Gobierno. Esta paralización tiene consecuencias obvias, como la incapacidad de tomar decisiones, lo cual es importante para los servicios públicos. En julio de 2015 cerró el principal vertedero del país, situado en Naameh. El Gobierno no tenía un plan alternativo y la basura empezó a acumularse en Beirut. En lugar de actuar, el Gobierno no hizo nada. La basura continuó amontonándose.

De hecho, no hacer nada era el estado habitual del Gobierno. El Parlamento no ha votado un presupuesto desde hace casi diez años, dejando que lo redacte el propio Consejo de Ministros. Después de que el primer ministro Najob Mikati dimitiera en 2013, los políticos tardaron un año en ponerse de acuerdo sobre un nuevo gobierno. Sin demasiada prisa, ya que desde que se celebraron las elecciones parlamentarias de junio de 2009 y de 2014, cuando el vertedero se llenó, los ciento veintiocho miembros del Parlamento se reunieron veintiuna veces, cuatro al año más o menos.[63] En 2013, los legisladores sólo se reunieron en dos ocasiones y aprobaron dos leyes. Una de ellas consistió en ampliar su mandato dieciocho meses más

para permanecer en el poder. Esta estrategia se utilizó un año tras otro y sólo se celebraron unas nuevas elecciones en mayo de 2018. Mientras tanto, el Líbano se enfrentaba a una gran amenaza existencial, ya que un millón de refugiados de la guerra civil en la vecina Siria, el equivalente a casi el 20 por ciento de la población libanesa, entraron en el país. De este modo, un Parlamento elegido para cuatro años, que se abstuvo de emprender cualquier acción que abordara los problemas vitales a los que se enfrentaba su país, acabó «en funciones» durante nueve años. Este «en funciones», por supuesto, es relativo. Después de que los parlamentarios lograran aprobar una ley para programar las elecciones de 2018, un medio de comunicación organizó un concurso a los mejores blogs para conmemorar el evento.[64] Uno de los ganadores fue «Bien hecho, caballeros. Han cumplido con su hora de trabajo. Ahora pueden volver a sus vacaciones permanentes». No había prisa por encargarse de la basura.

La situación llegó a ser tan desastrosa, que la gente empezó a organizarse y protestar, y surgió un movimiento que se llamó a sí mismo YouStink («apestas») y usó el problema de las basuras como detonante para pedir un cambio más profundo en el sistema. Pero la sospecha está a la orden del día en el Líbano. Una organización, cualquier organización, es inmediatamente sospechosa de ser la herramienta de una de las otras comunidades que intenta incrementar su poder. Como decía un mensaje desesperado de la organización publicado en Facebook el 25 de agosto de 2015:[65]

> Desde el principio del movimiento #YouStink hemos intentado mordernos la lengua respecto a las acusaciones que recaen sobre nosotros como movimiento [...]. Nuestro movimiento, desde sus inicios, ha sido acusado de ser partidario del Al-Mustaqbal (del Movimiento del Futuro) y de perjudicar los derechos de los cristianos (en el sitio web Tayyar). Luego fuimos acusados de ser partidarios de la Alianza del 8 de marzo y de ir contra el Al-Mustaqbal (de acuerdo con los ministros de El-Machnouk y el Gobierno). En cuanto a los miembros del movimiento, han sido acusados de aceptar sobornos, de ser partidarios de Walid Jumblatt, estar a favor de las embajadas extranjeras, el Movimiento Amal, Hezbolá... Nadie ha quedado a salvo de estas acusaciones, cuyo propósito principal fue y es distorsionar y refutar la idea de tener una alternativa independiente y no sectaria.

Este mensaje ilustra algo que a menudo vemos bajo un Leviatán ausente: una sociedad dividida contra sí misma, incapaz de actuar de manera colectiva y que, de hecho, desconfía profundamente de cualquiera y de cualquier grupo que intente influir en la política.

El comportamiento del Parlamento refleja el hecho de que las comunidades no quieren que se haga nada. Como dice Ghassan Moukheiber, un abogado cristiano del centro del Líbano:

> No les gusta que las instituciones como el Parlamento se reúnan con demasiada frecuencia y compitan con ellas por el gobierno del país.

El Estado libanés no es débil porque su gente no se las haya ingeniado para elaborar un diseño adecuado. De hecho, el país tiene una de las poblaciones con más estudios de Oriente Próximo y un sistema universitario bastante moderno. Muchos libaneses estudian en el extranjero en algunas de las mejores instituciones académicas del mundo. No es que no sepan cómo construir un Estado que sea capaz. Más bien, el Estado es débil debido a su diseño, porque las comunidades tienen miedo de la pendiente resbaladiza. Los parlamentarios saben que se supone que no deben hacer mucho, entonces ¿cuál es el incentivo para presentarse? Pueden votar para retrasar las elecciones porque en realidad a nadie le preocupa quién es elegido. En ocasiones, como con el problema de la basura, esto tiene unas consecuencias sociales terribles, pero incluso entonces es difícil lograr que ocurra algo. Nadie quiere dar poder al Parlamento, no confían en él, y tampoco les gusta el activismo social. Nunca sabes en quién puedes confiar.

El Líbano no es una sociedad sin Estado. Es un Estado moderno de seis millones de personas, miembro de Naciones Unidas y con embajadores en todo el mundo. Pero al igual que los tiv, el poder está en otro lugar. El Líbano tiene un Leviatán ausente.

Entre 1975 y 1989, el país sufrió una feroz guerra civil que enfrentó a sus diferentes comunidades, después de verse desestabilizado por la afluencia de refugiados palestinos procedentes de Jordania. El Acuerdo de Taif de 1989, que puso fin al conflicto, supuso el ajuste del Pacto Nacional,

al pasar a dividir el Parlamento al 50 por ciento entre cristianos y musulmanes, y aumentar la representación de los chiís. Pero también debilitó el poder presidencial.

¿Representó mejor a las comunidades esta división al 50 por ciento que la relación de seis a cinco adoptada en la Constitución de 1943? Es probable, pero nadie sabe realmente cuál es la población de las diferentes comunidades, y nadie quiere saberlo. La sociedad quiere permanecer ilegible para un Estado que teme pueda verse capturado por los demás, y para asegurarse contra esta posibilidad se cerciora de que el Leviatán continúe dormido. La basura se amontona.

El pasillo estrecho

Este libro trata sobre la libertad. Ésta depende de los diferentes tipos de leviatanes y de su evolución. Así, una sociedad podrá vivir sin un Estado efectivo, tolerará uno despótico o logrará forjar un equilibrio de poder que abra el camino para el surgimiento de un Leviatán encadenado y el gradual florecimiento de la libertad.

A diferencia de la visión de Hobbes en la que la sociedad somete su voluntad al Leviatán, que gran parte de las ciencias sociales y el orden mundial moderno dan por sentado, para nuestra teoría resulta fundamental considerar que a los leviatanes no siempre se les da la bienvenida con los brazos abiertos y que su camino es, como poco, pedregoso. En muchos casos, la sociedad se resistirá a su dominio y lo hará con éxito, como hicieron los tiv y aún hacen los libaneses. El resultado de esta resistencia es la falta de libertad.

Cuando esta resistencia se desmorona, se puede acabar con un Leviatán despótico, que se parece mucho al monstruo marino que imaginó Hobbes. Pero este Leviatán, aunque previene la guerra, no hace que la vida de sus súbditos sea necesariamente mucho mejor que la existencia «desagradable, brutal y corta» de la gente que vive bajo el Leviatán ausente. Ni sus súbditos realmente «someten sus voluntades» al Leviatán, no más de lo que los europeos del Este que cantaban en la calle la Internacional antes

del colapso del Muro de Berlín sometieron realmente sus voluntades a la Rusia soviética. Las implicaciones para los ciudadanos difieren en algunos aspectos, pero no hay todavía libertad.

Un tipo muy diferente de Leviatán, el encadenado, surge cuando existe un equilibrio entre su poder y la capacidad de la sociedad para controlarlo. Es el Leviatán que puede resolver conflictos de manera justa, proporciona servicios públicos y oportunidades económicas, e impide la dominación al establecer los fundamentos básicos para la libertad. Es el Leviatán en el que la gente confía, ya que cree que puede controlarlo, con el que coopera y al que le permite aumentar su capacidad. Es el Leviatán que además promueve la libertad, al romper varias jaulas de normas que regulan con severidad el comportamiento de la sociedad. Pero en un sentido esencial, no es un Leviatán hobbesiano. Su rasgo característico son sus cadenas: no ejerce sobre la sociedad la dominación del monstruo marino de Hobbes, no tiene la capacidad de ignorar o silenciar a las personas cuando éstas intentan influir en la toma de decisiones políticas. Permanece al lado de la sociedad y no por encima de ella.

El siguiente gráfico resume estas ideas y las fuerzas que conforman la evolución de los diferentes tipos de Estado en nuestra teoría. Para centrarnos en sus principales nociones, simplificamos varios aspectos y reducimos todo a dos variables. La primera es en qué medida una sociedad es poderosa por lo que respecta a sus normas, costumbres e instituciones, sobre todo cuando se trata de actuar de manera colectiva, coordinar sus acciones y limitar la jerarquía política. Esta variable, que se muestra en el eje horizontal, combina, por tanto, la movilización general de la sociedad, su poder institucional y su capacidad para controlar la jerarquía mediante normas, como se hacía entre los tiv. La segunda es el poder del Estado. Esta variable se muestra en el eje vertical e igualmente combina varios aspectos, que incluyen el poder de las élites económicas y políticas, y la capacidad y el poder de las instituciones del Estado. Por supuesto, ignorar los conflictos dentro de la sociedad supone una enorme simplificación, al igual que ignorar los conflictos dentro de la élite y entre la élite y las instituciones del Estado. Sin embargo, en cierto sentido incorporamos estos conflictos en nuestra definición de debilidad y fortaleza, y estas simplificaciones nos

permiten subrayar varios elementos importantes e implicaciones novedosas de nuestra teoría. Iremos más allá de estas simplificaciones y más adelante discutiremos el cuadro, más complejo, que surge sin ellas.

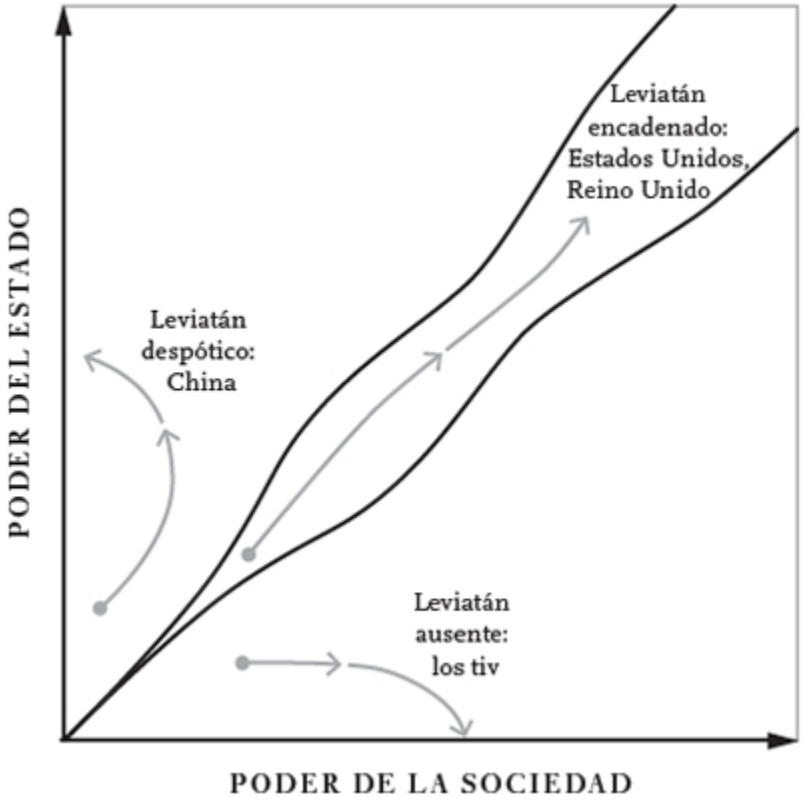


Figura 1 La evolución de los leviatanes despótico, encadenado y ausente.

La mayoría de los sistemas de gobierno premodernos empiezan en algún lugar cerca de la parte inferior izquierda, sin Estados ni sociedades poderosos. Las flechas que salen de esta parte inferior izquierda trazan las trayectorias divergentes del desarrollo del Estado, la sociedad y sus relaciones en el tiempo. Una trayectoria típica que se muestra en el gráfico, y que se aproxima a nuestro análisis de los tiv o el Líbano, empieza con una sociedad más poderosa que el Estado, que puede impedir la aparición de instituciones estatales centralizadas y poderosas. Esto da como resultado una situación en la que el Leviatán se encuentra en gran medida ausente, porque en un principio el Estado y las élites son demasiado débiles en comparación con las normas que la sociedad ha desarrollado contra la jerarquía política. El temor a la pendiente resbaladiza implica que, cuando

sea posible, la sociedad intentará debilitar el poder de las élites y reducir la jerarquía política, de modo que el poder de las entidades parecidas a los Estados se reduce aún más, y el Leviatán ausente se establece si cabe con más firmeza. Que la sociedad tenga un poder mayor que el Estado también explica por qué la jaula de normas es tan influyente en este caso: sin formas institucionales para resolver y regular los conflictos, las normas asumen todo tipo de funciones, pero en ese proceso también crean sus propias desigualdades sociales y varios tipos de condiciones opresivas para los individuos.

En el otro lado, donde el nivel inicial de poder del Estado y las élites es mayor que el poder de la sociedad, observamos una flecha que se aproxima a nuestro primer análisis de la experiencia china, en el que la configuración favorece la aparición del Leviatán despótico. En este caso, las flechas se dirigen hacia niveles aún mayores de poder estatal. Mientras tanto, el poder de la sociedad se reduce a medida que ésta se da cuenta de que no puede enfrentarse al Estado. Esta tendencia se exacerba cuando el Leviatán despótico debilita a la sociedad para poder seguir sin cadenas. En consecuencia, con el tiempo, el Leviatán despótico se vuelve abrumadoramente poderoso en comparación con una sociedad sumisa, y es menos probable un cambio en el equilibrio de poder que, en última instancia, conduzca al encadenamiento del Leviatán.

Pero el gráfico también muestra que podemos tener Estados capaces correspondidos por sociedades capaces. Esto sucede en el pasillo estrecho del centro, donde se observa la aparición del Leviatán encadenado. Es precisamente en este pasillo donde el efecto de la Reina Roja resulta operativo, y la lucha entre el Estado y la sociedad puede contribuir al fortalecimiento de ambos y puede, de manera algo milagrosa, ayudar a mantener el equilibrio entre los dos.

De hecho, la Reina Roja —la carrera entre el Estado y la sociedad— logra algo más que hacer a ambos más capaces. También reconfigura la naturaleza de las instituciones y consigue que el Leviatán sea más responsable y receptivo a los ciudadanos. En este proceso, transforma además la vida de las personas, no sólo porque las libre de la dominación de los Estados y las élites, sino porque relaja e incluso rompe la jaula de

normas, haciendo avanzar la libertad individual y permitiendo una participación popular más efectiva en la política. En consecuencia, sólo en este pasillo surge y se desarrolla la verdadera libertad, libre de dominaciones políticas, económicas y sociales. Fuera del pasillo, la libertad se encuentra reprimida, ya sea por la ausencia del Leviatán o por su despotismo.

Pero es importante reconocer la naturaleza precaria del efecto de la Reina Roja. En ese proceso de reacción y contrarreacción, una parte puede adelantar a la otra y echarnos del pasillo. El efecto de la Reina Roja requiere que la rivalidad entre Estado y sociedad, entre élites y no élites, no sea por completo de suma cero, con cada bando intentando destruir y desposeer al otro. Es crucial, pues, que en esa rivalidad exista cierto espacio para el acuerdo, para el entendimiento de que tras cada reacción se producirá una contrarreacción. En el capítulo 13 veremos que a veces un proceso de polarización puede convertir el efecto de la Reina Roja en un asunto de suma cero, lo que hace que aumente la probabilidad de que se pierda el control del proceso.

Otra característica destacable de este gráfico es que en la esquina inferior izquierda, donde tanto el Estado como la sociedad son muy débiles, no hay pasillo. Esto representa un aspecto importante de nuestro análisis de los tiv. Recordemos que los tiv no tienen normas e instituciones capaces de controlar la jerarquía política una vez ésta ha surgido, y ésa era la razón por la que estaban tan dispuestos a erradicar cualquier rastro de jerarquía política; la elección no era entre un Leviatán encadenado o ausente, sino entre el despotismo y la carencia absoluta de Estado. Es una característica general aplicable a muchos casos donde tanto el Estado como la sociedad son débiles, que subraya que entrar en el pasillo sólo es factible cuando las dos partes en la lucha han desarrollado algunas capacidades rudimentarias y existen algunos prerrequisitos institucionales básicos para que haya un equilibrio de poder.

La prueba del algodón

Una teoría resulta mucho más útil cuando proporciona nuevas formas de pensar sobre el mundo. Consideremos algunas ideas que se deducen de la teoría que acabamos de presentar. En el capítulo 1 empezamos preguntándonos hacia dónde se dirige el mundo. ¿A una versión idílica de la democracia occidental sin rivales? ¿A la anarquía? ¿O a una dictadura digital? Desde la perspectiva de nuestra teoría, cada una de estas opciones se parece a una de las trayectorias descritas en la figura 1. Pero lo que aclara nuestra teoría es que no debería presumirse que todos los países van a seguir el mismo camino. No hay que esperar una convergencia, sino diversidad. Es más, en realidad los países no tienen por qué poder hacer una transición sin interrupciones de un camino al otro. Hay una gran «dependencia del camino». Cuando ya estás en la órbita del Leviatán despótico, el Estado y las élites que controlan las instituciones estatales se vuelven más fuertes, y la sociedad y las normas que deberían controlar al Estado se vuelven más débiles. Veamos el ejemplo de China. Muchos legisladores y comentaristas han seguido prediciendo que a medida que se enriqueciera e integrara en el orden económico global, China se volvería más parecida a una democracia occidental. Pero en la figura 1 la trayectoria del Leviatán despótico no converge hacia el pasillo con el paso del tiempo. En el capítulo 7 veremos la larga historia que ha conformado la dominación del Estado chino sobre su sociedad, y cómo esas relaciones se reproducen mediante las acciones específicas que adoptan los líderes y las élites con el objetivo de debilitar a la sociedad, para que no pueda desafiar y limitar al Estado. Esta historia hace que la transición hacia el pasillo sea mucho más difícil.

Sin embargo, que la historia sea significativa no implica que sea un destino irrevocable. De ahí surge una segunda implicación importante de nuestra teoría. Hay muchas posibilidades de intervención, es decir, que las acciones de los líderes, las élites y los emprendedores políticos pueden facilitar la acción colectiva y formar nuevas coaliciones que reconfiguren la trayectoria de la sociedad. Por eso la dependencia del camino coexiste con transiciones ocasionales de un tipo de trayectoria a otra. Esta coexistencia se da sobre todo en las sociedades que se encuentran en el pasillo, porque el

equilibrio entre el Estado y la sociedad es frágil y puede romperse con facilidad si la sociedad deja de vigilar o el Estado permite que sus capacidades se atrofien.

Una tercera implicación relacionada tiene que ver con la naturaleza de la libertad. A diferencia de la opinión que enfatiza las virtudes y el desarrollo incesante de las instituciones occidentales o los diseños constitucionales, en nuestra teoría la libertad surge de un proceso desordenado que no puede planearse con facilidad. La libertad no se puede planificar y su destino no puede garantizarse con un sistema inteligente de controles y contrapesos. La movilización, la vigilancia y la asertividad de la sociedad son necesarias para que funcione. ¡Necesitamos que todo eso siga funcionando, que no se pare!

Recordemos del prefacio que la estrategia de limitar a Gilgamesh con controles y contrapesos, a través de Enkidu, su *doppelgänger*, no funcionó en Uruk. No sucede de diferente manera en la mayoría de los demás lugares, incluido Estados Unidos, aunque los controles y contrapesos que introdujo la Constitución se destaquen a menudo como el pilar de la libertad estadounidense. En 1787, James Madison y sus colaboradores llegaron a Filadelfia y juntaron el programa de la asamblea constitucional con el Plan de Virginia, que se convirtió en la base de la Constitución. Pero la arquitectura institucional del nuevo país resultó ser diferente a la del Plan de Virginia porque la sociedad (o una parte de ella) no confiaba plenamente en los federalistas y quería tener una mayor protección de su libertad. Como hemos visto, Madison tuvo que admitir la Carta de Derechos. Fueron la participación y la asertividad de la sociedad las que garantizaron la protección de los derechos en la fundación de la República de Estados Unidos.

Una cuarta implicación de nuestra teoría es que el pasillo tiene muchas puertas y en su interior hay una gran variedad de sociedades. Basta pensar en todas las maneras que tiene un país para entrar en el pasillo. De hecho, crear las condiciones para que exista libertad es un proceso con muchas facetas, que implica el control de los conflictos y la violencia, la ruptura de la jaula de normas y el encadenamiento del poder y el despotismo de las instituciones estatales. Por eso la libertad no surge en el momento en que

una nación entra en el pasillo, si no que evoluciona de manera gradual con el tiempo. Algunas recorrerán el pasillo durante mucho tiempo sin controlar plenamente la violencia, otras harán progresos limitados en la relajación de la jaula de normas y para otras combatir el despotismo y lograr que el Estado escuche a la sociedad será un trabajo en desarrollo. Las condiciones históricas y las coaliciones que determinan cómo llega una sociedad al pasillo también influyen en los acuerdos que se alcanzan dentro de él, a menudo con consecuencias importantes y duraderas.

La Constitución de Estados Unidos también ejemplifica este punto. La Carta de Derechos no fue la única concesión que resultó necesaria para su ratificación. El tema de los derechos de los estados fue una prueba decisiva para las élites del Sur, empecinadas en proteger la esclavitud y sus bienes. Con este fin, los fundadores aceptaron que la Carta de Derechos se aplicara únicamente a la legislación federal, no a la de los estados. Este «principio» dio rienda suelta a todo tipo de abusos a escala estatal, en especial contra los estadounidenses negros. La propia Constitución consagró esta grave violación de la libertad de una gran parte de su población. Lo hizo con la cláusula que aceptaba contar a los esclavos como las tres quintas partes de una persona libre a la hora de determinar la representación de un estado en el Congreso. La discriminación no sólo formó parte de la esencia de la Constitución, también la forjaron las normas que estaban profundamente arraigadas en muchas partes del país. La forma en que Estados Unidos se estableció en el pasillo y lo recorrió supuso que el Gobierno federal no intentara debilitar en el Sur estas normas ni sus fundamentos institucionales. De modo que una fuerte discriminación y la dominación de los estadounidenses negros persistieron mucho después de la guerra de Secesión y del fin de la esclavitud en 1865.

Una de las indignantes manifestaciones de estas normas discriminatorias fue la existencia de las «ciudades del atardecer», localidades donde la gente negra (y a veces los mexicanos y los judíos) no podía dejarse ver después del atardecer. Estados Unidos es el país del coche, donde la gente disfruta haciendo la «Ruta 66». Pero no todo el mundo podía disfrutarla. En 1930, en cuarenta y cuatro de los ochenta y nueve condados que atraviesan la Ruta 66 había «ciudades del atardecer».[66]

¿Qué ocurría si querías comer en algún sitio o quizá ir al aseo y sólo eran para blancos? Incluso las máquinas de Coca-Cola tenían impreso «Sólo para clientes blancos». Imagina el dilema de un conductor negro. La situación era tan mala que en 1936 Victor Green, un cartero postal afroamericano de Harlem, en Nueva York, se sintió obligado a publicar una guía titulada *Negro Motorist Green Book*, que facilitaba instrucciones detalladas para los motoristas negros acerca de dónde se les permitía estar después del anochecer o podían ir al aseo (la última edición es de 1966). De modo que la experiencia estadounidense muestra las profundas implicaciones que tiene la manera en que una sociedad entra en el pasillo. En el capítulo 10 veremos que esto tiene consecuencias no sólo para el alcance de la libertad, sino para muchas elecciones sociales y medidas políticas con trascendentales implicaciones globales.

La quinta, y sorprendente, implicación de nuestra teoría afecta al desarrollo de la capacidad del Estado. En la figura 1, la flecha que se encuentra dentro del pasillo se dirige hacia un nivel de capacidad estatal mayor que el que logra el Leviatán despótico. Esto se debe a que es la lucha entre el Estado y la sociedad la que favorece una capacidad mayor del Estado. Esta idea es contraria a muchos argumentos aceptados en las ciencias sociales y los debates políticos, en especial sobre el papel crucial de los líderes fuertes, que sostienen que el control completo de la seguridad y unas fuerzas armadas poderosas son necesarias para desarrollar la capacidad del Estado. Es esta creencia la que hace que muchas personas defiendan que China puede ser un buen modelo a seguir para otros países en desarrollo (y quizá incluso desarrollados), porque la falta de cuestionamiento a la dominación del Partido Comunista permite a su Estado tener una gran capacidad. Pero si observamos con detalle, veremos que el Leviatán chino, despótico como es, posee menos capacidad que un Leviatán encadenado como el de Estados Unidos o los países escandinavos. Esto se debe a que China no tiene una sociedad sólida que lo presione, coopere con él o cuestione su poder. Sin este equilibrio de poder entre el Estado y la sociedad, el efecto de la Reina Roja no entra en juego y el Leviatán acaba teniendo menos capacidad.

Para ver las limitaciones de la capacidad del Estado chino, basta con echarle un vistazo a su sistema educativo. La educación es una prioridad para muchos Estados, y no sólo porque un país tendrá más éxito si su mano de obra está cualificada. También porque la educación es una manera efectiva de inculcar a los ciudadanos la clase de creencias adecuada. De modo que podría esperarse que un Estado con una capacidad significativa estuviera en condiciones de proporcionar una educación meritocrática, de calidad y asequible, y de movilizar a sus funcionarios para trabajar con ese objetivo. Pero la realidad es bastante diferente. En el sistema educativo chino todo está en venta, incluidos los asientos delanteros más cercanos a la pizarra o el puesto de bedel.

Cuando Zhao Hua[67] fue a matricular a su hija en una escuela de primaria de Pekín, fue recibida por funcionarios del comité de educación del distrito que tenían preparada una lista que indicaba cuánto debía pagar cada familia. Los funcionarios no esperaban en la escuela, sino en un banco en el que Zhao tuvo que depositar 4.800 dólares para hacer la matrícula. Las escuelas son gratuitas, de modo que esas «tasas» son ilegales y el Gobierno las ha prohibido en cinco ocasiones desde 2005 (y resulta muy elocuente que tuvieran que ser prohibidas cinco veces). En otro instituto de élite de Pekín, los estudiantes reciben un punto adicional por cada contribución de 4.800 dólares que sus padres hagan a la escuela. Si quieres que tu hijo entre en una de las mejores escuelas, como la asociada a la prestigiosa Universidad de Renmin, en Pekín, el soborno puede llegar a los 130.000 dólares. Los profesores también esperan regalos, muchos regalos. Los medios de comunicación chinos dicen que hoy día esperan recibir relojes de diseño, tés caros, tarjetas regalo e incluso vacaciones. Los profesores más agresivos aceptan tarjetas de débito vinculadas a cuentas bancarias en las que pueden hacerse nuevos ingresos durante el año. En una entrevista con *The New York Times*, una empresaria de Pekín lo resumió así: «Si tú no das un buen regalo y los otros padres sí lo hacen, el temor es que el profesor preste menos atención a tu hijo».

¿Cómo pueden ser tan sobornables los funcionarios públicos? ¿Acaso no es China la cuna de la primera burocracia estatal meritocrática del mundo? Sí y no. Como veremos en el capítulo 7, China tiene un largo

historial de burocracia compleja y capaz, pero tiene un historial igualmente largo de corrupción generalizada en la que muchos puestos se dan a quienes tienen contactos políticos o se subastan al mejor postor. Esa historia continúa en la actualidad. En 2015, una encuesta realizada a 3.671 funcionarios del Partido Comunista reveló que dos tercios de ellos pensaban que era la «lealtad política», y no los méritos, el criterio más importante para conseguir un empleo en el Gobierno. Una vez te has rodeado de personas leales, puedes dedicarte a extorsionar a empresarios y ciudadanos. También puedes hacer que los subordinados sean obedientes si vendes los empleos gubernamentales. El politólogo Minxin Pei analizó una muestra de cincuenta casos judiciales de funcionarios del Partido Comunista que habían sido declarados culpables de corrupción entre 2001 y 2013. De media, cada uno había vendido por dinero cuarenta y un puestos de trabajo. En la parte inferior de la escala se encontraban los jefes de condado, como Zhang Guiyi y Xu Shexin, del condado de Wuhe, en la provincia de Anhui. Zhang vendió once puestos por un precio medio de 12.000 yuanes, unos míseros 1.500 dólares. Xu vendió cincuenta y ocho puestos por más de 2.000 dólares de media cada uno. Pero en la parte superior de la escala de poder, por ejemplo en las prefecturas, los empleos se vendieron por mucho más, y algunos funcionarios obtuvieron más de 60.000 dólares por puesto. En la muestra de Pei, el funcionario corrupto medio ganó unos 170.000 dólares por la venta de puestos de trabajo.

Personas como Zhang y Xu son, por supuesto, casos insignificantes. Cuando Liu Zhijun, el ministro de Ferrocarriles, fue arrestado en 2011, los cargos incluían la posesión de trescientos cincuenta apartamentos a su nombre y más de 100 millones de dólares en efectivo. Esto se debía, en gran medida, a que el sistema ferroviario de alta velocidad de China había supuesto una oportunidad única para la corrupción, al igual que lo supusieron la mayor parte de los demás aspectos de la expansión económica china. Aunque Liu cayó en desgracia, la mayoría no lo hace. En 2012, ciento sesenta de las mil personas más ricas de China eran miembros del Congreso del Partido Comunista. Su valor neto era de 221.000 millones de dólares, unas veinte veces el valor neto de los 660 funcionarios de mayor rango que trabajan en las tres ramas del Gobierno de Estados Unidos, un

país cuya renta per cápita es más de setenta veces superior a la de China. Esto no debería ser una completa sorpresa. Controlar la corrupción, tanto en la burocracia como en el sistema educativo, requiere la cooperación de la sociedad. El Estado debe poder confiar en que la gente le informará con veracidad y la gente debe poder confiar en las instituciones estatales para arriesgarse a compartir su información. Eso no sucede bajo la severa mirada del Leviatán despótico.

Podría pensarse que se trata en esencia de un problema de corrupción. ¿Podría suceder que en China, a pesar de la alta capacidad del Estado, la corrupción sea tolerada? Esa interpretación la desmienten no sólo los constantes intentos (de moderado éxito) del Estado chino por controlar la corrupción, sino el hecho de que incluso más allá de la corrupción, al Leviatán chino no le resultan fáciles las funciones rutinarias del Estado. Como hemos mencionado cuando analizábamos el Líbano, hacer que la sociedad sea legible parece un objetivo primordial para cualquier Estado que se precie. Lo cual es doblemente cierto cuando se trata de hacer que la economía sea legible. De hecho, puesto que el crecimiento económico es fundamental para que el Partido Comunista justifique su posición dominante en China, comprender y medir con precisión la actividad económica debería ser un objetivo clave. Pero la legibilidad, al igual que el control de la corrupción, requiere la cooperación de la sociedad. Cuando la cooperación se niega, surgen los problemas; ¿buscarán los negocios cobijo en el sector informal y clandestino? ¿Le ocultarán información los individuos a un Estado en el que no confían? ¿Manipularán los burócratas los datos para sacar ventaja? La respuesta a estas tres preguntas es afirmativa, sobre todo en China. Por eso allí nadie parece confiar en las estadísticas de la renta nacional, ni siquiera el antiguo primer ministro Li Keqiang, quien en 2007, antes de ser ascendido al cargo, describió las cifras del PIB del país como «amañadas y poco fiables».[68] Sugirió evitar las estadísticas oficiales y considerar el consumo eléctrico, el volumen de las mercancías ferroviarias y los préstamos bancarios como indicadores más precisos del funcionamiento de la economía. Para la capacidad que tiene el Estado chino, hacer que su economía sea legible es demasiado complicado.

Encadenar al Leviatán: confiar y verificar

El Leviatán encadenado parece exactamente el tipo de Estado con el que deberíamos soñar y uno en el que poder confiar. Pero para que sea un Leviatán encadenado, esta confianza debe tener límites. Después de todo, encadenado o no, el despotismo y la doble cara de Jano están en su ADN.

Esto significa que vivir con el Leviatán es un trabajo complicado, en particular porque tiene una tendencia natural a volverse más poderoso con el paso del tiempo. El Leviatán, en sí mismo, no es un agente. Cuando hablamos de él, normalmente nos referimos a las élites políticas, como los gobernantes, los políticos o los líderes que lo controlan, y en ocasiones a las élites económicas que ejercen una influencia desproporcionada sobre él. La mayoría de estas élites, así como muchos de los que trabajan para el Leviatán, tienen interés en que el poder del Leviatán se amplíe. Pensemos en los burócratas que trabajan sin descanso para proporcionarte servicios públicos o regular la actividad económica con el fin de que no te veas dominado por un monopolio o prácticas crediticias abusivas. ¿Por qué no habrían de querer que su autoridad y poder se ampliaran? Pensemos en los políticos que gobiernan al Leviatán. ¿Por qué no habrían de desear que su monstruo marino se volviera aún más capaz y dominante? Es más, cuanto más complejas se vuelven nuestras vidas, más necesarios son la resolución de conflictos, la regulación, los servicios públicos y la protección de nuestras libertades. Y, sin embargo, cuanto más capaz se vuelve el Leviatán, más difícil resulta controlarlo. De modo que la sociedad —es decir, la gente corriente, todos nosotros y nuestras organizaciones y asociaciones— debe volverse más poderosa para controlarlo. Es el efecto de la Reina Roja en acción.

Pero la Reina Roja implica más cosas. Como hemos visto, la cooperación con una sociedad poderosa puede aumentar mucho la capacidad del Estado. Una vez que el Leviatán está encadenado, la sociedad puede decidir darle una correa larga y permitir que aumente su alcance para que el Estado utilice su capacidad para hacer lo que sus ciudadanos quieren y necesitan. Es una estrategia de «confiar y verificar»: confiar en el Estado para que adquiera más poderes, pero al mismo tiempo aumentar el control

sobre él. Cuando funciona, como hasta cierto punto lo ha hecho en Estados Unidos y Europa occidental, el resultado es un proceso continuado en el que tanto el Estado como la sociedad se vuelven más poderosos y crecen de una manera equilibrada, de modo que ninguno domina al otro. Cuando este delicado equilibrio funciona, el Leviatán encadenado no sólo acaba con la guerra, sino que se convierte en un instrumento para el desarrollo político y social de la sociedad, el florecimiento del compromiso cívico, las instituciones y las capacidades, el desmantelamiento de la jaula de normas y la prosperidad económica. Pero sólo si logramos mantenerlo encadenado. Sólo si conseguimos impedir que el desordenado efecto de la Reina Roja pierda el control. No es una tarea sencilla.

Antes de encomendarnos al Leviatán encadenado, es útil comprender cómo y por qué surgen los Estados, cómo abordan los conflictos de la sociedad y cómo transforman las condiciones económicas de las sociedades bajo el Leviatán ausente. Ahí es donde empezamos en el siguiente capítulo.

Capítulo 3

La voluntad de poder

El ascenso de un profeta

Mahoma[69] nació en La Meca alrededor del año 570 en el seno de una familia de mercaderes. Educado por su tío, creció en el vibrante núcleo comercial que era La Meca en aquel período. Parece que los orígenes de la ciudad estuvieron vinculados a la Kaaba, el cubo de denso granito negro que fue un lugar sagrado para adorar a los dioses locales preislámicos y que después se convirtió en el santuario más sagrado del islam. Durante parte del año, la gente acudía en peregrinación a La Meca, lo que resultó una gran oportunidad para entablar relaciones de negocios. La naciente comunidad comercial de la ciudad pronto se extendió por todas partes para intermediar de manera más general entre la península Arábiga y Damasco y los imperios bizantino y persa.

Pero las personas que se establecieron en La Meca y la vecina ciudad de Medina, situada a 400 kilómetros hacia el norte (véase el mapa 4), eran nómadas del desierto para los que la vida sedentaria era una novedad. Sus sociedades carecían de Estados y autoridades centralizadas y, como muchas otras sociedades sin Estado, se organizaban alrededor de grupos de parentesco conocidos como clanes. El clan de Mahoma eran los háshim, que formaba parte de la tribu de los coraichitas. Adaptarse a la vida en la nueva ciudad cerca de la Kaaba no fue fácil. Los clanes estaban acostumbrados a migrar con sus rebaños de camellos y cabras a través de cientos de kilómetros de pleno desierto. Se producían las potenciales disputas sobre el acceso a una fuente de agua o a buenos pastos para los rebaños, o cualquier otra relacionada con una miríada de conflictos cotidianos. Pero por lo general se resolvían de acuerdo con las normas y las

tradiciones de las tribus nómadas, y cuando eso no funcionaba, sobre todo cuando se trataba de un conflicto entre distintos grupos, éstos podían limitarse a ir cada uno por su lado en una península poco poblada. Cuando esta estrategia no resolvía las disputas, se producían venganzas y enfrentamientos. El principio básico era el de ojo por ojo, pero en algunos casos llegó a ser el de cien camellos por ojo.



Mapa 4 La península Arábiga: los orígenes del islam y el Estado saudí, y la ciudad histórica de Uruk.

Alrededor de la Kaaba la vida se complicaba, y no sólo por la existencia de conflictos más frecuentes y variados derivados del asentamiento de distintos clanes en la ciudad. Las oportunidades económicas que surgían del peregrinaje y la subsiguiente expansión del comercio alentaron el individualismo y generaron nuevos conflictos, al tiempo que empezaron a relajar ligeramente la jaula de normas y a debilitar las solidaridades y los vínculos comunitarios previos que habían dominado la vida en el desierto.

En este contexto social, apareció un profeta. Cuando tenía alrededor de cuarenta años, Mahoma empezó a tener visiones y a experimentar revelaciones que con el tiempo identificó como procedentes del ángel Gabriel. Estas revelaciones, que constituyeron el principio de lo que sería el Corán, el libro sagrado de los musulmanes, estaban formadas por aforismos que exhortaban a la gente a reconocer una nueva religión monoteísta con Dios como única deidad verdadera. Proponían no sólo una nueva religión, sino una comunidad y unas normas nuevas que trascenderían a los clanes, como el de los háshim. También criticaban muchos de los nuevos comportamientos individualistas y el énfasis por ganar dinero.

Mahoma empezó a predicar esta nueva religión y a exhortar a los demás a que juraran lealtad a este nuevo dios. Los primeros conversos fueron su esposa Jadiya y sus amigos y parientes cercanos. En el año 613 ya predicaba por la ciudad. Pero no todo el mundo lo recibió bien. Otros clanes de mercaderes estaban molestos por los ataques a su comportamiento y a sus creencias religiosas, y les preocupaba que Mahoma ambicionara conseguir poder político en La Meca, que en ese momento no tenía un gobierno centralizado. Los seguidores de Mahoma fueron creciendo de manera gradual y la situación se volvió cada vez más tensa. En el 622 huyó, junto con un grupo de sus seguidores, a Medina. Fue la famosa héjira («emigración»).

Esta emigración fue causada no sólo por la creciente hostilidad contra Mahoma en La Meca, sino por la petición de los ciudadanos de Medina para que acudiera y les ayudara a solventar sus problemas. Al igual que La Meca, Medina sufría los problemas del nacimiento de la vida sedentaria. A diferencia de La Meca, sin embargo, no era un núcleo comercial, sino un oasis especializado en una agricultura muy productiva. Las distintas partes del oasis habían sido pobladas por diferentes clanes procedentes de dos tribus, los aws y los jazray, y también había tres clanes judíos. Los clanes habían construido pequeñas fortalezas y se habían enzarzado en un enfrentamiento incesante que habían culminado en 618 en la batalla de Bu’ath. La vida empezaba a parecerse a la guerra hobbesiana.

Algunos medinenses llegaron a la conclusión de que Mahoma, al ser una persona de fuera, imparcial y con la autoridad que le confería su nueva religión, podía ser el árbitro de las disputas y traer la paz y el orden a la ciudad. En junio de 622, setenta y cinco de ellos fueron a La Meca para pedirle que se desplazara a Medina; se comprometieron a protegerle a él y a su nueva religión. Mahoma accedió. Este acuerdo entre él y los medinenses está registrado en un documento conocido como la Constitución de Medina, que declara que «todo lo que sobrevenga entre lo que dice este escrito, entre las fechorías o disputas cuyo resultado sea de temer, deberá remitirse a Dios y a Mahoma». Así pues, Mahoma iba a asumir el papel de juez en las disputas entre individuos y clanes. Pero ¿cómo iba a hacerlo si no tenía poder para imponer sus leyes y hacer que los demás obedecieran sus órdenes? Sin embargo, en la Constitución de Medina la referencia a Dios dejaba claro que Mahoma no llegaba sólo como un individuo, llegaba como profeta: que los medinenses aceptaran sus enseñanzas y revelaciones era parte del trato. De hecho, la Constitución de Medina empezaba así:

> El nombre de Alá, el misericordioso, el compasivo.
>
> Esto es lo que ha prescrito el profeta Mahoma a los creyentes y a los sumisos entre los coraichíes y los yatheribíes y a los que los han seguido, pues están junto a ellos y han combatido a su lado.
>
> Todos ellos forman una sola y única comunidad distinta de las demás.

Esto debería haber indicado a los medinenses (los yatheribíes) que quizá con la nueva Constitución iban a conseguir más de lo que habían tenido en cuenta. La Constitución no sólo convertía a Mahoma en juez. Reconocía una nueva clase de sociedad que no se basaba en el parentesco y el clan, sino en la religión y la naciente autoridad centralizada de un profeta. Eso supuso el final de la ausencia de Estado.

Al principio, Mahoma no tuvo ningún cargo oficial ni poder ejecutivo, pero desde su modesta posición pronto se puso en marcha. Con el párrafo inicial citado, su planteamiento debería haber resultado evidente, ya que dice «combatido a su lado». ¿Combatido? En 623, el año de la héjira, Mahoma empezó a organizar asaltos a caravanas comerciales de La Meca con la gente que se había llevado consigo de allí, conocidos como los «emigrantes». Participar en esos asaltos no era infrecuente entre las tribus

de Arabia, pero empezaron a adoptar una nueva connotación. En lugar de ser simplemente un asalto de una tribu a otra, eran asaltos de musulmanes contra no creyentes. En 624 empezaron a unirse a los asaltos los «ayudantes», el nombre dado a los medinenses convertidos al islam. En marzo de ese año, los emigrantes y los ayudantes unidos derrotaron en la batalla de Badr a una gran fuerza de La Meca enviada contra ellos.

La de Badr y la posterior batalla de Uhud aumentaron el prestigio de Mahoma y su control sobre Medina. Eliminó a los clanes que se habían mostrado desleales, en particular a los judíos, y empezó a utilizar su autoridad religiosa para reformar la sociedad local, cambiando tanto las prácticas matrimoniales como las de herencia.

Quizá Mahoma había sido llevado a Medina con un mandato limitado para resolver disputas, pero estaba construyendo un Estado nuevo sobre el que los clanes preexistentes tenían poco control. Con el tiempo su poder creció. Una de las razones fue que las tribus nómadas del desierto tuvieron noticia de su éxito y acudieron a Medina para jurarle lealtad. Otra se debió al hecho de que parte del beneficio procedente de los asaltos que los emigrantes llevaban a cabo era botín. El propio Mahoma recibía una quinta parte de él. También estipuló que se hicieran contribuciones (en realidad, que se pagaran impuestos) que debían entregarse a la «comunidad de Dios», y además estableció impuestos a los judíos y a los cristianos a cambio de protección. El poder y la riqueza crecientes eran patentes en el número de caballos que Mahoma fue capaz de reunir como caballería en distintos asaltos. En la batalla de Badr, en el año 624, tenía dos caballos. En 630 pudo reunir en el campo a diez mil caballos.

Mahoma capitalizó esta creciente autoridad en 628, cuando encabezó una gran misión de emigrantes y ayudantes que se dirigió a La Meca para, en teoría, peregrinar. Comprensiblemente ansiosos, los habitantes de La Meca les obligaron a detenerse fuera de la ciudad, y negociaron un acuerdo según el cual los habitantes de La Meca se irían de la ciudad el año siguiente para que Mahoma y sus seguidores pudieran acudir en peregrinaje. Mientras esperaban a que el acuerdo se cerrara, Mahoma reunió a toda su gente bajo un árbol y les hizo prometerle fidelidad. Esta promesa, conocida como la «promesa del árbol», fue un paso más para el

establecimiento del Estado en Medina. Como imaginó Hobbes, el Leviatán necesita que las personas entreguen su voluntad. Eso es lo que hizo la gente de Medina, al aceptar hacer lo que ordenara Mahoma. Aunque no tenía un cargo formal de carácter legislativo o ejecutivo era, de hecho, el gobernador de un nuevo Estado.

Un suceso ocurrido en 630, sólo dos años antes de morir, ilustra su gran autoridad. Mahoma estaba acometiendo la ampliación del alcance de su Estado y la conversión de más gente a la nueva religión. Para lograr este objetivo, decidió mandar una fuerza militar contra la ciudad de Tabuk, en el norte, e insistió en que todos los musulmanes de Medina participaran en ese asalto como una obligación religiosa. Ahora era el comandante en jefe.

La historia de cómo Mahoma creó el nuevo Estado islámico sintetiza algunas de las ideas clave de este capítulo. Antes de su llegada como profeta, en Arabia no había verdaderos Estados, sólo tribus. Incluso las zonas más urbanizadas, como La Meca y Medina, en realidad carecían de un gobierno centralizado. Esto creaba muchos problemas, para empezar violencia e inseguridad. Cuando las tribus vivían en las inmensas extensiones del desierto árabe, había mucho espacio para todas, pero en el atestado oasis de Medina o alrededor de la sagrada Kaaba de La Meca, tenían que encontrar la manera de vivir los unos con los otros. La creación de una autoridad más centralizada era una respuesta obvia. Pero ¿cómo hacerlo sin ceder el control a otro clan u otra tribu?

Entonces llegó Mahoma y sus revelaciones del ángel Gabriel, y los medinenses vieron en sus enseñanzas una solución a sus problemas. Se lo llevaron para que resolviera conflictos entre los clanes y las tribus. Logró llevar la paz, lo que supuso claramente un gran servicio para la gente que vivía en Medina. Pero no se detuvo ahí. Aunque Mahoma y los emigrantes tal vez empezaran siendo una pequeña minoría, crecieron en número y se volvieron más poderosos y ricos a medida que la gente se unió a ellos y aceptó contribuir a sus finanzas. Eso supuso el nacimiento de una jerarquía

política en Arabia. En 628, cuando tuvo lugar la promesa del árbol, la autoridad de Mahoma en Medina era incuestionable. Dos años después, en el ataque a Tabuk, ordenó que todo el oasis marchara hacia el norte.

Los medinenses habían avanzado mucho en ocho años. Habían aceptado una autoridad más centralizada para poder resolver sus conflictos, pero al hacerlo iniciaron el proceso de formación del Estado y entraron en la pendiente resbaladiza. Nunca salieron de ella. Mahoma estaba comprometido con el proyecto de creación de un Estado; parte de su objetivo era centralizar la autoridad en sus manos y las de sus seguidores, y en ese proceso transformar la resolución de conflictos y también la organización general de la sociedad, sus normas, sus costumbres. Logró un éxito rotundo. En menos de una década, creó las bases para un Estado islámico poderoso, un gigantesco imperio que abarcaba todo Oriente Próximo y una nueva e impresionante civilización.

¿Cuál es tu ventaja?

El nacimiento del islam es un ejemplo de lo que los antropólogos llaman la «formación del Estado prístino»: la construcción de una jerarquía política y cierta clase de autoridad centralizada allí donde antes no existía. También ilustra los asuntos y dificultades cruciales asociados que esto conlleva.

La más importante, que ya hemos destacado en el capítulo anterior, es la pendiente resbaladiza. La razón por la que en muchas sociedades sin Estado la autoridad centralizada no surge de manera sencilla es porque esas sociedades han desarrollado normas y prácticas que no sólo controlan el conflicto, sino que impiden que cualquiera se vuelva demasiado fuerte. Cuando un individuo o un grupo logran aumentar suficientemente su poder y son capaces de resolver conflictos y proveer seguridad frente a las grandes amenazas, es difícil impedirles que obtengan aún más poder, y que empiecen a decirle a los demás lo que deben hacer en todos los ámbitos de sus vidas. Esto es exactamente lo que pasó en Medina. Los medinenses pensaron que podían establecer un sistema que corrigiera algunos de los defectos de no tener un Estado sin someterse por completo a su autoridad o a un líder carismático y poderoso. Fracasaron. Otras sociedades que

empezaron sin una autoridad centralizada han fracasado de una manera similar y han caído por la pendiente resbaladiza hacia un Leviatán dominante.

Así pues, ¿por qué las normas y controles que desarrollan esas sociedades no logran a veces contener a quienes construyen el Estado? Para empezar, está lo que el filósofo alemán Friedrich Nietzsche llamó la «voluntad de poder», el deseo de los hombres (y a veces de las mujeres) y de los grupos de aumentar su poder y autoridad sobre los demás, aunque las normas estén en su contra. Por esta razón, incluso en las sociedades sin Estado más armoniosas habrá arribistas que deseen adquirir más poder, más riqueza y una capacidad mayor para dominar a los demás. También habrá individuos y grupos que quieran obtener más poder porque tienen una idea para reorganizar la sociedad de una manera distinta. Las normas vigentes y las actuaciones de los demás miembros de su sociedad impedirán que muchas de estas iniciativas alcancen sus objetivos, pero algunas lo lograrán.

Los aspirantes a constructor de Estado tienen más posibilidades de triunfar y de debilitar las normas que les limitan si tienen una «ventaja»,[70] algo especial que les permita superar los obstáculos del camino. Para Mahoma, la ventaja procedía de la religión. Tenía una ideología religiosa que le concedía autoridad legítima en la resolución de conflictos y también le daba una enorme influencia sobre sus seguidores, lo que utilizó para fundar una nueva comunidad. Una vez desatada, su ideología religiosa creó un movimiento imparable hacia una autoridad más centralizada.

Otra ventaja importante es la organizativa, que emana de la habilidad de un líder para forjar nuevas coaliciones u organizaciones más efectivas que permiten ejercer un dominio mayor o dirigir una fuerza militar más grande, una posibilidad que ilustra la formación del Estado zulú en Sudáfrica, que abordaremos a continuación. Otra posibilidad, que examinaremos después en este mismo capítulo, es la ventaja tecnológica, ejemplificada por el proyecto de construcción de Estado del rey Kamehameha de Hawái, que dependió en gran medida del uso que hizo de las armas, una tecnología militar a la que no tenían acceso sus enemigos. En

todos estos casos, el carisma personal y otras fuentes de legitimidad, por ejemplo las procedentes del linaje, un pasado ejemplar o el comportamiento heroico, o simplemente una fuerte personalidad, también ayudaron.

Un último rasgo importante de muchos ejemplos de formación del Estado prístino que el ascenso de Mahoma ilustra es la reorganización de la sociedad posterior a la aparición de la jerarquía política. Como hemos visto en el capítulo anterior, las sociedades sin una autoridad centralizada suelen organizarse a través de un conjunto de normas que regulan y controlan el conflicto y, en realidad, todos los aspectos de la vida de la gente. Una vez se emprende el proceso de formación del Estado, sus constructores tienen incentivos para destruir, o al menos transformar, esas normas, para que sirvan a sus propios objetivos. Esto no se debe necesariamente a que quieran relajar la jaula de normas y fomentar la libertad, sino a que las normas que contienen y limitan la jerarquía política son obstáculos en su camino hacia un poder mayor. En el caso de Mahoma, un objetivo importante era suplantar las relaciones de parentesco imperantes en Medina y La Meca, cosa que pudo lograr porque sus enseñanzas religiosas situaron a la nueva comunidad por encima del parentesco. Para Shaka, como veremos ahora, el objetivo fue la autoridad de los chamanes.

Los cuernos del búfalo

En sus memorias, el funcionario británico Horace Smith-Dorrien recordó los acontecimientos del 22 de enero de 1879:[71]

> Alrededor de las doce de la mañana los zulúes [...] aparecieron de nuevo en grandes grupos, descendiendo hacia la llanura desde las montañas con gran osadía, y nuestras armas y rifles estuvieron bastante ocupados durante un rato [...]. Era difícil ver exactamente lo que ocurría, pero el fuego era intenso. Entonces fue evidente que los zulúes disponían de una gran fuerza, puesto que se les podía ver extendiéndose (es decir, desplegando sus cuernos) por la llanura hacia el sudeste, al parecer dirigiéndose hacia la parte derecha trasera del campamento.

Smith-Dorrien era miembro de una fuerza expedicionaria a las órdenes de Frederic Thesiger, lord Chelmsford, que fue enviada a Zululandia, lo que ahora es una parte de la provincia de KwaZuluNatal, en Sudáfrica (que se muestra en el mapa 5). El destacamento de Chelmsford era la vanguardia de

un imperio colonial en expansión cuyo objetivo era eliminar el Estado independiente zulú, gobernado entonces por el rey Cetshwayo. La respuesta del rey a la invasión británica fue sencilla. Dijo a su ejército:

> Marchad lentamente, atacad al amanecer y comeos a los soldados rojos.



Mapa 5 África meridional: las tierras de los zulúes y los tonga, y las cuatro colonias sudafricanas.

Eso es lo que hicieron el 22 de enero. Chelmsford cometió el error de dividir sus fuerzas, dejando alrededor de mil trescientos soldados, la mayoría miembros del Regimiento n.º 24 de Infantería, y dos piezas de artillería acampados a los pies de la roca de Isandlwana. Excesivamente confiados y poco preparados, los soldados rojos se enfrentaron a un ejército de veinte mil guerreros zulúes que durante los sesenta años previos habían creado y consolidado un enorme Estado en Sudáfrica. Tan grande era el Estado zulú que ya había provocado una gran conmoción en la región formada por las actuales Botswana, Lesotho, Mozambique, Suazilandia, Zambia y Zimbabue (véase el mapa 5).

Smith-Dorren escribió:

> La línea zulú que avanzaba [...] era una visión maravillosa, una fila tras otra de hombres en un orden ligeramente extendido, uno detrás de otro, disparando mientras avanzaban, pues algunos tenían armas de fuego, y las sostenían todas ante ellos. La batería de proyectiles, entonces aparentemente sólo a un kilómetro y medio de distancia de nuestra línea del frente, disparaba y, de repente, dejó de hacerlo, y al instante vimos los restos de la fuerza de Durnford, la mayoría basutos montados que galopaban de vuelta hacia la parte derecha de nuestra posición. Lo que pasó en realidad no creo que nunca lo sepamos con precisión. El suelo estaba cruzado con «dongas», y en ellos cayó Russell con su batería de proyectiles, y ninguno escapó para poder contarlo. Más tarde oí que Durnford, que era un líder gallardo, llegó a alcanzar el campamento y ahí cayó luchando.

Al final del día la fuerza británica había sido arrasada. Smith-Dorrien escapó gracias a su uniforme de oficial azul oscuro. Los soldados zulúes habían recibido la orden de no matar a las personas vestidas de negro porque eran civiles, quizá sacerdotes. Sólo unos pocos sobrevivieron para contarlo y dar testimonio de la mayor derrota militar sufrida por los británicos en su colonización de África.

Al observar, al parecer con bastante tranquilidad, el avance del ejército zulú, Smith-Dorrien fue testigo de una de las grandes innovaciones tácticas que habían ayudado a empoderar al ejército zulú, los «cuernos del búfalo». Era una formación militar creada por Shaka Zulú, el fundador del Estado, en la que el ejército formaba cuatro componentes principales: el pecho del búfalo en el centro, el lomo tras él, y dos alas a cada lado que rodeaban al enemigo. Smith-Dorrien también vio en acción otras innovaciones de Shaka: los disciplinados regimientos formados a partir de las asociaciones rituales tradicionales que Shaka militarizó y el *iklwa*, una pequeña lanza con la que Shaka sustituyó la que era el arma habitual, la *assegai*, una jabalina.

El malhechor que no conoce ley alguna

Shaka nació alrededor de 1787 y era hijo ilegítimo del entonces jefe zulú. En ese momento, los zulúes formaban una tribu dominada por un jefe, como muchas otras que se extendían por la meseta esteparia de Sudáfrica. La madre de Shaka, marginada por tener un hijo ilegítimo, se refugió en los dominios de un pueblo vecino, los mthethwa. En 1800, los mthethwa tenían un nuevo jefe llamado Dingiswayo. Éste se adelantó a algunas de las posteriores reformas de Shaka e inició una expansión militar y territorial muy exitosa, conquistando a alrededor de treinta grupos de los alrededores, entre ellos a los zulúes. El joven Shaka, enrolado en el ejército mthethwa, pronto se convirtió en uno de sus guerreros más efectivos, conocido por su valentía y falta de escrúpulos. Dingiswayo intentaba comportarse de manera magnánima con los enemigos derrotados; no así Shaka, que por lo general estaba a favor de masacrarlos a todos. Su comportamiento le valió el apodo de «el malhechor que no conoce ley ninguna». Shaka fue ascendiendo rangos hasta ser designado, con el tiempo, jefe del ejército. En 1816, cuando el padre de Shaka murió, Dingiswayo se aseguró de que Shaka se convirtiera en el nuevo jefe de los zulúes.

De inmediato, Shaka se dispuso a reorganizar la sociedad zulú y todas aquellas que conquistó con una nueva forma de sistema social. En primer lugar, llamó a los varones adultos y los separó en cuatro regimientos, que formarían los primeros pecho, lomo y cuernos del búfalo. Es probable que en ese momento sólo aparecieran unos cuatrocientos hombres. Empezó a adiestrarlos en el uso del *iklwa*, la lanza que había hecho que forjaran los herreros, y una nueva clase de escudo de batalla. Les hizo abandonar sus sandalias y caminar descalzos, lo que permitía que se movieran más rápido. Después, con la primera fuerza militar preparada de verdad para la acción, empezó a conquistar zonas cercanas. Primero fueron los eLangeni, que sucumbieron con rapidez y fueron incorporados a su comunidad. Después los butelezi, que se resistieron y fueron masacrados. Al cabo de un año, el ejército de Shaka había crecido hasta los dos mil hombres. El año siguiente, Dingiswayo fue asesinado y Shaka se autoproclamó rey de los mthethwa. Sus tácticas despiadadas sometieron a una tribu tras otra, e incorporó a muchas de ellas al Estado zulú en expansión. Como documenta una historia oral:

> Los butelezi, los amaQungebe, los imbuyeni, los amaCunu, los majola, los xulu, todas son tribus que estaban muy cerca [...]. Shaka atacó y mató a esas tribus: las asaltó de noche. Otras tribus más lejanas eran los amaMbata, los gasa, los kumalo, los hlubi, los qwabe, los dube, los langeni, los tembu, los zungu, los makoba.

La palabra *mató* tenía significados diferentes en distintos contextos. En algunos casos, como en el de los butelezi, parecía describir de manera literal lo sucedido. Pero en otros, la tribu simplemente se incorporaba al Estado zulú en expansión. Otras permanecieron más distantes, pero se declararon tributarias de los zulúes y les pagaban «impuestos» en forma de ganado y mujeres jóvenes. En 1819, Shaka había expandido el territorio zulú desde las alrededor de 16.000 hectáreas iniciales a 1.840.000 hectáreas, y en su ejército servían veinte mil hombres.

Creó una nueva capital en Bulawayo, señalada en el mapa 5, de la que tenemos una descripción de primera mano de 1842, cuando un grupo de mercaderes ingleses de Port Natal, la Durban actual, la visitaron. Uno de ellos, Henry Flynn, dejó un documento escrito:[72]

> Al entrar en el gran kraal de ganado se nos acercaron unos ochenta mil nativos con su indumentaria de guerra [...]. Entonces Shaka alzó la vara que tenía en la mano y después de golpear con ella a derecha e izquierda y de separarse de entre los jefes, toda la masa rompió su posición y formó en regimientos. Una parte de ellos corrió hasta el río y las colinas circundantes, mientras que los que se quedaron formaron un círculo y empezaron a bailar con Shaka en medio. Fue una escena excitante, sorprendente para nosotros, que no habríamos imaginado que una nación considerada de «salvajes» pudiera ser tan disciplinada. Regimientos de chicas, encabezados por oficiales de su mismo sexo, entraron entonces en el centro de la escena, en un número que llegaba a ocho o diez mil, cada una con un bastón ligero en las manos. Se unieron a la danza, que prosiguió unas dos horas.

Shaka también inició el proceso de transformar las normas existentes. En lugar de fundamentarse en el parentesco y el clan, el Estado de Shaka estaba basado en dos nuevos ejes. Uno era la edad. En muchas partes de África, y también en otros lugares, cuando los niños y las niñas llegan a la edad adulta, son iniciados en el conocimiento tradicional de la sociedad, un proceso que normalmente tiene lugar al mismo tiempo que la circuncisión y la escarificación. Implica pasar largos períodos en tierra salvaje y varias clases de pruebas. En las sociedades africanas, en especial en el este de

África, estas iniciaciones se institucionalizaron tanto que cuando se iniciaba a una cohorte de niños, y a veces de niñas, se les incorporaba a un «grupo de edad» (o «grado de edad») al que pertenecerían toda la vida.

En muchas partes del este de África, hubo pueblos enteros que no se organizaron alrededor del parentesco o de un Estado, sino en torno a una secuencia de esos grados de edad. Los grados asumían distintas funciones a medida que sus miembros se hacían mayores. Por ejemplo, los hombres jóvenes eran guerreros que protegían a la gente o al ganado. Cuando envejecían y surgía una nueva cohorte, hacían la transición hacia el matrimonio y actividades económicas como la agricultura. En el África meridional, entre los zulúes y otros pueblos vinculados, estas estructuras sociales ya estaban presentes, aunque de una manera rudimentaria. Shaka las tomó y las militarizó. Convirtió los grados de edad en regimientos militares y los hizo vivir juntos en barracones separados en la estepa. También empezó a reclutar a los jóvenes de los pueblos que conquistaba. Estos regimientos eran una forma de romper los vínculos familiares e integrar a las personas en el nuevo Estado. El papel de los grupos de edad en la creación de una nueva identidad zulú se evidencia en un diálogo que tuvo lugar durante el festival anual de la cosecha de *Umkosi*. En ese momento, se permitía que cualquiera pudiese preguntarle al jefe lo que quisiese, y un soldado impertinente le preguntó a Shaka: «¿Por qué los extranjeros son ascendidos por encima de los zulúes?». A lo que supuestamente Shaka respondió: «Cualquier hombre que se una al ejército zulú se convierte en un zulú. Por lo tanto, su promoción es sólo una cuestión de mérito, independiente del camino por el que llegó».

El otro eje nuevo era geográfico. Shaka dividió el territorio en condados y o bien dejó a los jefes existentes en su puesto, aunque dejándoles claro que ahora servían a sus órdenes, o bien nombró como gobernadores a soldados leales de su ejército.

En este proceso, Shaka centralizó muchas funciones en su persona. Antes, el festival de la cosecha de *Umkosi* se celebraba en toda la región y los jefes individuales dirigían la ceremonia. Ahora sólo Shaka presidía los

ritos anuales. También creó una corte centralizada. Aunque los jefes podían decidir sobre disputas y resolver problemas locales, en última instancia se podía apelar a Shaka en Bulawayo.

Una manera básica con la que Shaka mantuvo su sistema fue el tributo y su distribución entre sus partidarios. A medida que conquistaba o dominaba pueblos circundantes, exigía por la fuerza grandes cantidades de vacas y mujeres. Daba el ganado a los regimientos en recompensa por sus servicios y organizaba a las mujeres también en regimientos de edad, y las segregaba, prohibiendo a los hombres que se casaran o tuvieran relaciones sexuales con ellas hasta que él lo permitiera.

Por supuesto, se trataba de un Estado que no estaba burocratizado de la manera en que lo están los Estados modernos. Aunque Shaka tenía asesores, el Estado estaba gestionado por el ejército y los jefes que él nombraba, y a falta de escritura, las leyes y las reglas eran orales. Burocratizado o no, el proyecto de construcción de Estado de Shaka tenía que romper algunas partes de la jaula de normas que inhibían la autoridad de Shaka y la aparición de una jerarquía política. Un elemento fundamental de esas normas, al igual que de las normas tiv que hemos visto en el capítulo 2, era la serie de creencias sobrenaturales que con frecuencia se utilizaba para frenarle los pies a cualquiera que se volviera demasiado ambicioso.

En un famoso incidente,[73] ocurrido no mucho después de convertirse en jefe de los zulúes, Shaka tuvo que enfrentarse a unos augurios malignos: una grulla voló por encima del kraal del clan; después un puercoespín entró en él, y más tarde un cuervo se posó sobre una verja y pronunció palabras humanas. Estos presagios requerían llamar a un grupo de chamanes encabezados por una mujer llamada Nobela, que identificaba a las brujas golpeándolas con la cola de ñu que llevaban todos los del grupo. No era tan distinto del espantador de moscas de los tiv. Los paralelismos con los tiv no se quedan ahí. Los zulúes estaban en fila y Nobela y sus socios empezaron a «olisquear» a las brujas que habían atraído los augurios malignos. Escogieron a personas prósperas. Una se había hecho rica gracias a su frugalidad. Otra había puesto estiércol de ganado en sus tierras como fertilizante, lo que produjo una cosecha mucho más abundante que la de sus vecinos. Otra era un buen criador de ganado que había escogido a los

mejores toros y había cuidado con gran esmero a su rebaño, y en consecuencia había visto cómo éste crecía de manera prodigiosa. Pero acabar con los ricos no era suficiente. Nobela también iba a por los políticamente poderosos. Empezó a olisquear a dos de los lugartenientes de confianza de Shaka, Mdlaka y Mgobozi. Al prever la jugada, Shaka les dijo que se quedaran a su lado y pidieran protección si se les acusaba de ser brujos. De acuerdo con el testimonio de algunos testigos:

> Con una horrible carcajada, imitando la risa demoníaca de la hiena, los cinco saltaron al mismo tiempo. Con la velocidad del rayo, Nobela golpeó a derecha e izquierda con su cola de ñu y saltó sobre los hombros de Mdlaka y Mgobozi, mientras sus asistentes más cercanos también golpeaban al hombre que estaba frente a ella y saltaban sobre su cabeza.

Pero Shaka no iba a tolerar aquello. A fin de cuentas, era la persona más poderosa de Zululandia, y pretendía ejercer su desnuda voluntad de poder; él podría ser el siguiente en ser olisqueado. Concedió protección a Mdlaka y Mgobozi y acusó a Nobela de acusarlos falsamente de brujería, y decretó que dos de los chamanes debían morir en compensación. Les hizo lanzar los huesos adivinos para identificar quiénes serían los escogidos. Los chamanes entraron en pánico y pidieron a Shaka que los protegiera. Él aceptó con la condición de que «no me engañéis más, porque ese día no encontraréis refugio en ninguna parte». A partir de entonces, el «olisqueo» tuvo que ser confirmado por Shala. Así quebró el poder de los chamanes. También expulsó a todos los que podían hacer que lloviera. Todo formaba parte de la creación del Estado. Cualquier parte de la jaula de normas que estorbara en su camino tenía que ser eliminada.

La población actual de zulúes ilustra a la perfección la longevidad de las instituciones que creó Shaka. Lo que empezó en 1816 como un clan de quizá dos mil personas, son ahora en Sudáfrica entre diez y once millones de personas que se identifican como zulúes (de una población de cincuenta y siete millones) y dominan la provincia de KwaZulu-Natal. Los «zulúes» habían sido en origen los descendientes de un solo hombre, pero ahora son una gran sociedad que incluye a millones de personas que no tienen ninguna relación genética con el zulú original.

El arma de boca roja

Durante miles de años, la gente se dispersó desde Asia hacia la gran franja de las islas polinesias. El archipiélago de Hawái[74] fue de las últimos en ser colonizado, probablemente alrededor del año 800. Aunque todas las islas polinesias compartían la misma cultura, religión, idioma, tecnología e instituciones políticas y económicas, poco a poco fueron divergiendo, a medida que surgían y se asentaban distintas innovaciones. La sociedad polinesia ancestral, de acuerdo con la reconstrucción llevada a cabo por arqueólogos y etnógrafos históricos, no era muy distinta de la clase de sociedades basadas en el parentesco que hemos visto en la Zululandia anterior a Shaka; eran pequeñas comunidades dominadas por jefes que se organizaban en torno al parentesco, y como era habitual, su conjunto de normas había evolucionado para gestionar el conflicto y detener a los aspirantes a hombres fuertes.

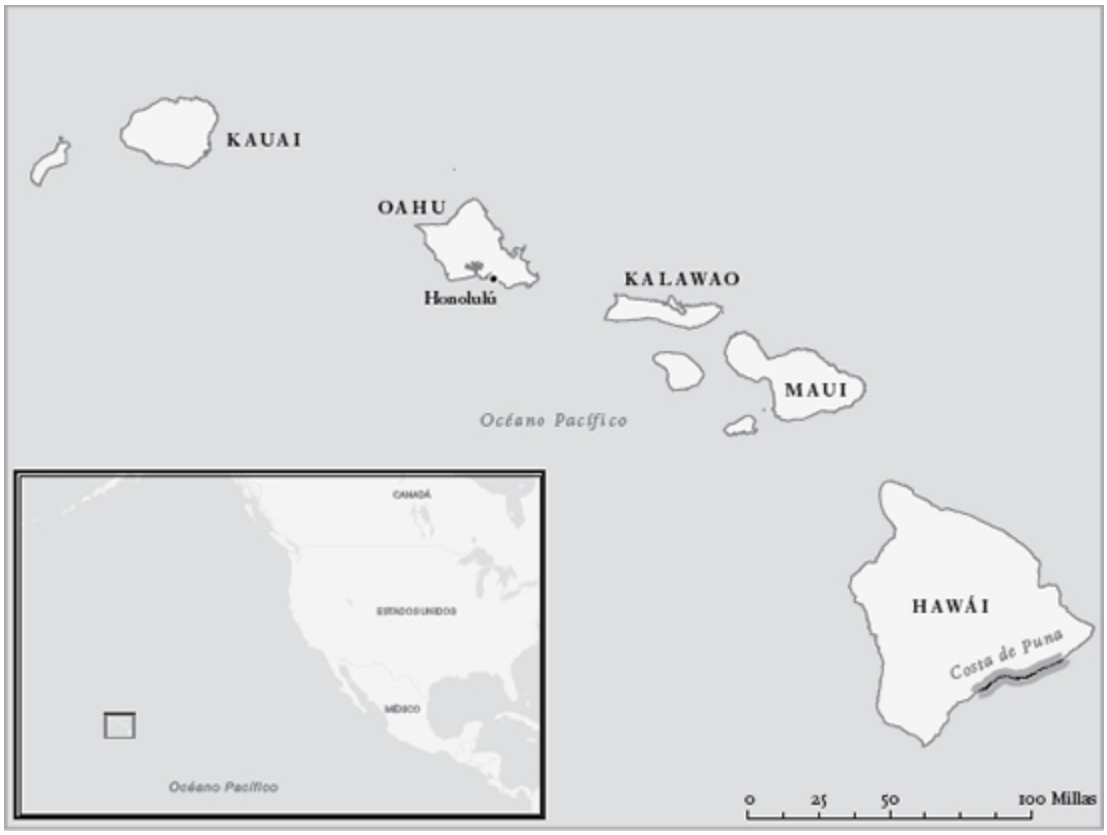
Cuando el primer extranjero, el capitán James Cook, llegó a las islas hawaianas en enero de 1778, este sistema tradicional ya había empezado a desmoronarse. Las islas se organizaban entonces alrededor de tres protoestados rivales que habían superado la etapa de formación del Estado prístino. Aunque la tierra no era de propiedad privada, y su uso y derechos de control se otorgaban a los grupos de parentesco y los linajes, los jefes ya habían reclamado toda la tierra. La gente que trabajaba en los cultivos básicos, el ñame y el sagú, tenía acceso a la tierra porque los jefes se la daban a cambio de tributos y servicios de trabajo. El historiador hawaiano David Malo, una de las primeras personas indígenas cultas, que recibió una educación occidental a principios del siglo XIX, escribió:[75]

> La condición de las personas corrientes era de sometimiento a los jefes, obligadas a hacer sus pesadas tareas, sobrecargadas y oprimidas, algunas incluso hasta la muerte. La vida de la gente era de una paciente resistencia, de ceder ante los jefes para comprar su favor [...]. Sin embargo, era de las personas corrientes de quienes los jefes recibían su comida y su vestimenta para hombres y mujeres, también sus casas y muchas otras cosas. Cuando los jefes iban a la guerra, algunos de los plebeyos también iban a luchar del mismo lado que ellos [...]. También eran los *makaainanas* quienes hacían todo el trabajo en la tierra; pero todo lo que producían del suelo pertenecía a los jefes; y el poder para expulsar a un hombre de la tierra y quitarle sus posesiones residía en el jefe.

Los *makaainanas* eran la gente corriente, la inmensa mayoría de la sociedad.

En Hawái, los tres protoestados estaban en ese momento en Oahu, Maui y la «gran isla» de Hawái, que estaba gobernada por el jefe Kalani'opu'u (véase el mapa 6). La primera visita de Cook fue a la isla de Kauai, que formaba parte de Oahu. Volvió ese mismo año con sus dos barcos, el *Discovery* y el *Resolution*, para continuar explorando y trazar un mapa. Atracó en Maui, después se dirigió hacia el este y conoció a Kalani'opu'u, que por entonces participaba en una batalla por tomar el control de Maui. Kalani'opu'u subió a bordo del barco de Cook con su sobrino Kamehameha, uno de los líderes de su ejército. Después Cook partió hacia Hawái y ancló en el lado occidental de la isla. Allí le visitaron de nuevo Kalani'opu'u y Kamehameha, que vieron por primera vez algo maravilloso: el poder de las armas de fuego. Entre las fotos del encarte se incluye un grabado hecho por John Webber, un artista que acompañó al capitán Cook, que muestra la llegada de Kalani'opu'u en sus barcos de guerra. Éstos estaban desplegados el 14 de febrero, cuando Cook fue asesinado después de encabezar un grupo de incursión para recuperar un cúter, un pequeño bote, que había sido robado de su buque insignia la noche anterior.

Después de la partida del *Discovery* y el *Resolution*, cuando aún lloraba la muerte de Cook, el anciano Kalani'opu'u decidió legar su reino a uno de sus hijos, pero puso a Kamehameha a cargo del Dios de la Guerra, lo cual era un honor importante. Los dos jóvenes no tardaron en pelearse. En 1782 se enfrentaron en una batalla y Kamehameha ganó. En la posterior lucha por la sucesión, uno de los hermanos Kalani'opu'u proclamó una entidad política independiente en el lado este de Hawái, mientras otro de los hijos de Kalani'opu'u declaró la independencia del sur. Ahora era una lucha a tres por el control de la gran isla.



Mapa 6 Las islas hawaianas y la costa de Puna.

El resultado se vería determinado por la ventaja que había adquirido Kamehameha. Había visto el poder de las armas de pólvora. A partir de entonces, todos los jefes hawaianos intentaron adquirir esas armas a través del comercio. Pero una cosa era tenerlas y otra saber utilizarlas. A Kamehameha la ayuda le llegó primero gracias a Isaac Davis, un marinero de la goleta *Fair American* que visitó Hawái a principios de 1790. El barco se encalmó frente a la costa occidental y fue atacado por un jefe local que albergaba resentimientos contra la visita de un barco anterior. Sólo Davis sobrevivió al ataque y Kamehameha lo tomó bajo su protección. Mientras tanto, otro barco, el *Eleanor*, lanzaba el ancla en el lugar donde había muerto Cook. El contramaestre era un inglés llamado John Young. Cuando desembarcó fue detenido por los hombres de Kamehameha. Davis y Young fueron tratados a cuerpo de rey y se convirtieron en asesores fiables. Aún mejor, sabían cómo mantener y utilizar las armas de fuego. Kamehameha tenía ahora su ventaja.

Con Davis y Young a cargo de las armas de fuego, Kamehameha invadió Maui, y después defendió con éxito Hawái de varios ataques, y en ese tiempo logró una famosa victoria llamada «el arma de la boca roja», un nombre que los locales utilizaban para expresar su miedo al fuego y el humo que salían de las nuevas armas de pólvora. Kamehameha estableció rápidamente un control sin rival en Hawái. Dedicó los años siguientes a consolidar su gobierno y a desarrollar las instituciones del nuevo Estado. En 1795 zarpó con Davis y Young y una gigantesca flota de guerra, aplastó Maui y conquistó, por fin, Oahu. La isla más occidental de Kauai, que se había librado de la conquista gracias a los mares hostiles y a las enfermedades que detuvieron al ejército de Kamehameha, fue finalmente sometida en 1810, completándose por primera vez la unificación del archipiélago de Hawái. Kamehameha creó después una nueva serie de instituciones políticas para gobernar su enorme Estado de islas dispersas. Nombró gobernadores en cada isla, y Young fue nombrado gobernador de la gran isla.

Romper tabúes

Mahoma y Shaka tuvieron que romper partes de la jaula de normas de sus sociedades porque muchas de esas normas limitaban el surgimiento y el ejercicio de la autoridad política. Mahoma, por ejemplo, luchó contra las relaciones basadas en el parentesco, mientras que Shaka transformó tanto las relaciones de parentesco como las creencias sobrenaturales para debilitar las fuentes de poder rival. Kamehameha y sus seguidores tuvieron que romper de una manera similar las normas que se interponían en su camino.[76]

La regulación de los *tapu* o tabúes, como fueron conocidos después de que el capitán Cook los documentara, era fundamental para las normas de la sociedad polinesia. El *tapu* era una institución común en toda Polinesia, y en Hawái había evolucionado y se había convertido en el *kapu*. Tabú significa algo prohibido, fuera de los límites. En Polinesia, en palabras de Edward Handy, el primer gran etnógrafo moderno de Hawái:[77]

> En su significado fundamental, la palabra *tapu* (*kapu*) se utilizaba sobre todo como adjetivo y como tal indicaba que algo era físicamente peligroso, y por lo tanto restringido, prohibido, apartado, y debía evitarse porque a) era divino, y por lo tanto requería aislamiento por su propio bien tanto de lo común como de lo corrupto; b) era corrupto y por lo tanto peligroso para lo común y lo divino, y por lo tanto requería aislamiento por el bien de ambos.

En esencia, *tapu* significaba prohibición o restricción. Ambas estaban siempre presentes en la sociedad polinesia. El *tapu* era tan importante porque se suponía que protegía al *mana*. El *mana* era la manifestación del poder sobrenatural en el mundo humano. Handy dice:[78]

> El *mana* se manifestaba en las personas, el poder, la fuerza, el prestigio, la reputación, la habilidad, la personalidad dinámica, la inteligencia; en cosas, en eficacia, en «suerte»; es decir, en el logro.

Pero ¿cómo, exactamente, se protegía el *mana*? Entre las muchas restricciones existentes era notable la «comida tabú», que dictaba que hombres y mujeres no podían comer juntos; sus alimentos tenían que ser cocinados en hornos separados y algunos estaban prohibidos para las mujeres (como el cerdo y ciertas clases de pescado y plátanos). No sólo la comida estaba controlada. También lo estaban la indumentaria y muchos otros aspectos de la vida. El más famoso era el «tabú de postrarse», que requería que en presencia de un jefe la gente corriente se quitara de inmediato la ropa de la parte superior del cuerpo y se tumbara boca abajo en el suelo. Kepelino, el historiador hawaiano del siglo XIX, escribió:[79]

> Por lo que respecta al *tapu* de postrarse ante el jefe, cuando el jefe quería desplazarse el anunciador se adelantaba proclamando el *tapu* del jefe, así: «¡*Tapu*! ¡Tumbaos!». Todo el mundo se postraba en el camino por el que pasaba el jefe y los jefes *tapu* que le seguían, todos vestidos de manera muy esplendorosa con capas y cascos de plumas.

Tal como sugería nuestro análisis previo sobre la jaula de normas, las normas vigentes no trataban necesariamente igual a todo el mundo porque en parte estaban conformadas por las relaciones de poder existentes en la sociedad polinesia. Los jefes tenían mucho más *mana* que la gente corriente, de ahí tanta postración. En Hawái fue este poder de los jefes lo que transformó el *tapu* en *kapu*. Los jefes no sólo protegían a los dioses y su *mana*; llegaron a ser considerados descendientes directos de los dioses, y

el *kapu* tenía que ver con la consagración de este dominio. En su raíz, el *mana* no es tan distinto del *tsav* de los tiv. Recordemos que el *tsav*, como el *mana*, ayudaba a explicar distintos desenlaces en la vida: por qué algunas personas tenían más éxito que otras o se comportaban de un modo distinto. Pero en el caso del *tsav*, alguien podía tener mucho éxito porque poseía un talento intrínseco o simplemente porque era un brujo. Con el *mana*, en cambio, el éxito procedía de ser un elegido de los dioses. A pesar de esta enorme diferencia, todo el sistema del *kapu* se seguía levantando sobre una miríada de regulaciones y restricciones que limitaban lo que las élites podían hacer. Aunque en Hawái la jerarquía política ya había empezado a formarse, aún estaba lejos de lo que sería bajo el mandato de Kamehameha.

El debilitamiento de las normas que limitaban la jerarquía política empezó durante el gobierno de Kamehameha, quien nombró a su hijo Liholiho su sucesor. Al hacerse cargo del recién creado reino de Hawái tras la muerte de su padre en 1819, Liholiho, coronado como rey Kamehameha II, decidió abolir el sistema del *kapu*.[80] Tenía la suficiente confianza en su poder para hacer algo que hasta entonces ningún jefe había hecho. De modo que decidió acabar con la prohibición de comer juntos. Poco después de ser coronado rey, organizó un banquete. Como recordaba un contemporáneo:

> Después de que los invitados se sentaran y hubieran empezado a comer, el rey se pasó dos o tres veces por cada mesa, como si quisiera ver qué sucedía en cada una de ellas; y después, de repente, sin ningún aviso previo excepto para quienes conocían el secreto, se sentó en una silla vacía en una mesa de mujeres y empezó a comer con voracidad, pero estaba de manera evidente muy perturbado. Los invitados, estupefactos por este acto, aplaudieron y gritaron «*Ai noa*, el *tapu* de la comida ha sido roto».

Un tiempo de problemas

Hasta ahora nos hemos centrado en la aparición de una jerarquía política donde antes no había ninguna o era muy escasa. El modo en que la voluntad de poder rompe la resistencia a la jerarquía y puede llevar a una sociedad a la pendiente resbaladiza no es algo confinado al pasado lejano. La voluntad de poder y sus consecuencias también pueden verse en casos

contemporáneos en los que las instituciones del Estado están presentes, pero son incapaces de ejercer un control sobre la sociedad, como sucedió en Georgia a principios de la década de 1990.[81]

A finales de la década de 1980, la Unión Soviética se vino abajo. Se pusieron en marcha movimientos para establecer la independencia en muchas repúblicas soviéticas, entre ellas Estonia, Letonia y Lituania, además de Georgia. Las primeras elecciones verdaderamente libres y multipartidistas de Georgia tuvieron lugar en 1990, y en ellas una coalición llamada «Mesa Redonda-Georgia Libre» consiguió dos tercios de los votos al enfrentarse a los comunistas georgianos. En mayo de 1991, el país se declaró independiente de la Unión Soviética y Zviad Gamsakhurdia, el líder de Mesa Redonda, fue elegido presidente con un 85 por ciento de los votos. Asumió el poder de un país desgarrado por las fracturas y visiones enfrentadas, sin ningún consenso real sobre cómo debía gobernarse. A muchos grupos minoritarios les preocupaba verse dominados por los georgianos étnicos y empezaron a hablar de secesión. En enero de 1992, Gamsakhurdia había huido del país y la mayor parte de la capital, Tiflis, estaba en manos de dos señores de la guerra, Dzhaba Ioseliani, jefe de un grupo paramilitar llamado Mjedrioni, y Tengiz Kitovani, jefe de la Guardia Nacional. En un momento dado, sólo en Tiflis llegó a haber hasta otros doce grupos armados y milicias (con nombres pintorescos como las Águilas Blancas y la Hermandad del Bosque). En ese momento Georgia tenía un Estado (más o menos), pero la situación no parecía muy lejana del estado de guerra hobbesiano.

Tengiz Segura, un antiguo primer ministro cesado por Gamsakhurdia, se las arregló para recuperar su cargo. Gamsakhurdia formó otro grupo armado, los zviadistas. Sin un Estado efectivo, la capital experimentó una oleada de violencia, saqueos, crímenes y violaciones. El Estado perdió el control de las regiones de Osetia del Sur y Abjasia, que se declararon independientes, y otros lugares, como Ayaria y Samtsje-Yavajeti siguieron siendo completamente autónomas. Empezó una guerra civil. Los georgianos la llaman el «tiempo de los problemas».

En la primavera de 1993, los señores de la guerra intentaron encontrar la manera de salir del caos. Ioseliani y Kitovani habían tomado el control de lo que quedaba del Estado georgiano, pero el conflicto seguía abierto y no hacían ningún progreso para imponer el orden. Al mismo tiempo, resultaba de vital importancia conseguir una cara respetable que mostrar a la comunidad internacional para obtener legitimidad y acceder a la ayuda y los recursos del extranjero. Se les ocurrió el plan de hacer presidente a Eduard Shevardnadze.[82] Nativo de Georgia, Shevardnadze había sido durante seis años el ministro de Asuntos Exteriores de Mijaíl Gorbachov, hasta su dimisión en diciembre de 1990. En 1992, Shevardnadze se convirtió en presidente del Parlamento georgiano, y resultaba evidente que, con sus muchos contactos y su enorme experiencia internacional, sería la cara ideal para la nueva nación. La idea de los señores de la guerra era simple. Shevardnadze sería el jefe del Estado y ellos estarían entre bastidores moviendo los hilos. Lo nombraron presidente interino del Consejo de Estado, un órgano formado por cuatro personas, entre ellas Ioselani y Kitovani, que sólo actuaba por consenso. De este modo, tenían derecho de veto sobre las acciones de Shevardnadze. Éste nombró a Kitovani ministro de Defensa y a Ioseliani, jefe del Cuerpo de Reacción de Emergencia, una parte autónoma de las fuerzas armadas. Uno de los compinches de Ioseliani se convirtió en ministro del Interior y Shevardnadze aparecía regularmente en público con todos ellos. Pero entonces empezó la pendiente resbaladiza.

El estatuto que había creado el Consejo de Estado permitía la admisión de nuevos miembros si dos tercios de los miembros existentes la apoyaban. Shevardnadze empezó a defender la expansión del consejo, cosa que parecía bastante inocuo. Pronto se convirtió en un órgano mucho más grande con señores de la guerra y élites políticas que a Shevardnadze le resultaban más fáciles de manejar. Entonces empezó a ascender a individuos de la milicia a posiciones del aparato del Estado, en un intento de que la lealtad que le tenían a Kitovani y Ioseliani se volviera hacia él. Creó una red de nuevas unidades militares con poderes y jurisdicciones superpuestos: los Guardias Fronterizos, los Cuerpos Especiales de Respuesta de Emergencia, los Cuerpos de Rescate de Tiflis, la Guardia Gubernamental, las Tropas Internas del Ministerio del Interior, la Unidad-

Alfa Especial y la Guardia Presidencial, entrenada por la CIA. En 1995, en el Ministerio del Interior trabajaban treinta mil personas, muchas de ellas antiguos miembros de las milicias. Esto favoreció una corrupción e impunidad extremas, puesto que los antiguos miembros de las milicias tuvieron carta blanca para llevar a cabo el cobro de impuestos no oficiales y la obtención de sobornos.

La posición de Shevardnadze se vio reforzada por la misma razón que le había llevado al poder: hacer que el régimen fuera respetable a escala internacional para que llegaran las ayudas y la asistencia. Lo hizo, y éstas llegaron gracias a Shevardnadze. Para ser respetable de verdad, tienes que tener una economía de mercado, lo que significaba privatizar y regular, lo cual podía ser manipulado por Shevardnadze para recompensar su creciente estructura de fieles. De hecho, Shevardnadze se implicó en una versión increíblemente sofisticada y arriesgada del «divide y vencerás». En septiembre de 1994, tenía el poder suficiente para hacer que los Mjedrioni detuvieran a Kitovani, y el año siguiente los volvió contra su propio líder, Ioseliani. Para terminar, Shevardnadze utilizó un intento de atentado contra su persona como pretexto para aprobar una nueva Constitución que consolidara sus poderes, que hasta entonces habían sido en gran medida informales. El Estado georgiano había resurgido y los señores de la guerra que habían contado con controlar el proceso fueron arrastrados por la pendiente resbaladiza.

Por qué no puedes encadenar la voluntad de poder

Hemos visto varios ejemplos en los que la voluntad de poder destruye las normas que pretendían mantener atado al Leviatán. A Mahoma y Shevardnadze se les llamó como personas ajenas a la comunidad para que resolvieran conflictos inherentes. Desempeñaron ese papel de manera brillante, mejorando el orden, estableciendo la paz, y con mano dura para resolver las disputas. Pero también resultaron ser mucho más difíciles de controlar de lo que habían previsto sus aliados iniciales. Shaka explotó con éxito su acceso a la jefatura de los zulúes para poner en marcha la creación de un ejército mucho más poderoso y ampliar el poder del Estado y su

propia autoridad, debilitando durante ese proceso las normas diseñadas para contener la ambición de crear un Estado. Kamehameha logró utilizar la tecnología de la pólvora para vencer a sus rivales y construir un Estado unificado y poderoso en Hawái, algo distinto de todo lo que hasta entonces había vivido la isla.

En ninguno de estos ejemplos, y en pocos de los incontables casos en que sociedades que viven bajo el Leviatán ausente experimentan la aparición de la jerarquía política, observamos una transición a un Leviatán encadenado. Tampoco el objetivo de la ruptura de la jaula de normas era aumentar la libertad; fue eliminar las barreras para establecer una jerarquía política mayor. Una excepción, por supuesto, es la Atenas de la Edad Oscura, que como hemos visto en el capítulo anterior logró desarrollar la capacidad de su Estado para resolver conflictos, controlar los enfrentamientos y ofrecer servicios públicos, al mismo tiempo que aumentaba el control de la sociedad sobre el Estado y transformaba las normas vigentes. ¿Por qué esas otras sociedades no lograron lo mismo? La respuesta tiene que ver con la naturaleza de las normas y las instituciones que existen en una sociedad cuando ésta inicia su proceso de creación del Estado. En muchos casos, las sociedades sin Estado sucumben a la voluntad de poder de un líder carismático que tiene una ventaja. Lo que motiva a muchos de esos líderes no es el deseo de crear un Leviatán encadenado, promover la libertad o corregir el desequilibrio entre el poder de la élite y el de los ciudadanos, sino aumentar su propio poder y la dominación sobre la sociedad. Visto desde esta perspectiva, en Atenas Solón fue una excepción, porque llegó al poder para poner coto a la excesiva influencia de las familias ricas y las élites, de modo que ponerle cadenas al Leviatán era parte de su mandato. Éste no fue el caso de los demás constructores de Estados.

Pero quizá lo que resultó clave para que la sociedad ateniense de la época de Solón supusiera un caso aparte fue que ya había desarrollado algunas instituciones formales que regulaban la distribución del poder político y la resolución de conflictos. Aunque imperfectas, estas instituciones proporcionaban una base sobre la que primero Solón, y después Clístenes y otros, pudieron introducir una mayor participación

popular en la política y fortalecer las normas existentes, limitando la jerarquía social y política. Así es como lograron aprobar las leyes del ostracismo y contra la *hybris*, diseñadas para impedir que los individuos poderosos se volvieran demasiado ambiciosos (y al mismo tiempo también fueron capaces de debilitar aspectos de las normas existentes que impedían el desarrollo del Leviatán encadenado). Esas instituciones no existían en la sociedad de los tiv, en Medina o en La Meca, entre los zulúes o en Hawái en tiempos de Kamehameha. En su lugar, contrarios como eran al Leviatán encadenado, su método para impedir la subida al poder de los aspirantes a hombres fuertes consistía en una compleja serie de normas, como la brujería, las relaciones basadas en el parentesco o el sistema *kapu* que regulaba el conflicto y contenía a la jerarquía política. Pero cuando la voluntad de poder superaba todas esas normas, apenas servían para actuar como contrapeso efectivo al poder del Estado que empezaba a surgir. Además, como hemos visto, los constructores de Estados reconfiguraron rápidamente las normas para favorecer sus objetivos. Volviendo a la figura 1 del capítulo 2, que resume nuestro marco conceptual, vemos que esta situación se corresponde con la parte inferior izquierda, en la que tanto el Estado como la sociedad son, al principio, débiles. Si las normas y las instituciones de la sociedad no son capaces de contener el proceso de la construcción del Estado una vez éste está en marcha, no hay pasillo. Por lo tanto, ante la voluntad de poder, la sociedad no puede hacer más que encaminarse hacia el Leviatán despótico.

Pero no todo fue malo. En algunos de los casos que hemos abordado, el aspirante a Leviatán mejoró la resolución de conflictos, puso orden y a veces incluso eliminó los aspectos más perniciosos de la jaula de normas; incluso si creaba una jerarquía aún mayor y sustituía el miedo y la violencia potenciales en una sociedad sin Estado por la dominación del recién creado Leviatán despótico. Sus consecuencias económicas tampoco fueron malas, porque mejoraron la asignación de recursos e hicieron posible un tipo primitivo de crecimiento económico, como veremos en el próximo capítulo, cuando estudiemos la naturaleza de la economía bajo el Leviatán ausente y su jaula de normas y la contrastemos con la economía que surge bajo el Leviatán despótico.

Capítulo 4

La economía fuera del pasillo

El fantasma en el granero

En 1972, la antropóloga Elizabeth Colson estaba realizando su trabajo de campo entre los gwembe tonga, un pueblo del sur de Zambia que antes de que los británicos conquistaran la región (véase el mapa 5 del capítulo anterior) no tenía Estado. Se encontraba en una vivienda recopilando información cuando una mujer entró y pidió grano a la mujer de la casa. Ambas mujeres eran del mismo clan, pero vivían a bastante distancia y sólo se conocían vagamente. En respuesta a la petición, la mujer de la casa fue a su granero, llenó la cesta de la visitante hasta que rebosó y la visitante se marchó satisfecha.

Esta clase de reparto generoso de comida en el seno de los clanes, entre parientes o en otras clases de grupos es común en muchas sociedades sin Estado. La mayoría de los antropólogos y muchos economistas lo interpretan como un indicio de la existencia de costumbres y normas de cooperación y reciprocidad muy arraigadas. También tiene una lógica económica evidente: hoy ayudas a alguien de tu clan y mañana, cuando tú lo necesites, ellos te ayudarán a ti. Así es como al principio Colson interpretó esa llamativa generosidad.

Sólo más tarde, cuando observó a un joven de la aldea que recibía una perturbadora carta de su casa, Colson comprendió que la realidad era bastante distinta. Documentó en sus notas de campo:[83] «Una noche, se habían visto luces alrededor de su granero, y sus esposas y su hermano habían descubierto más tarde que los fantasmas habían orinado encima del grano, un acto que los tonga creen que los fantasmas llevan a cabo sólo si les envía un hechicero». El objetivo probable del hechicero era matar al

hombre y a su familia. El hombre lamentaba que «su ambición en el año previo —que le había llevado a trabajar desde temprano hasta tarde en el gran campo que había plantado— ahora sólo le traía una cosecha de odio». La mujer anterior, que estaba presente, entendió de inmediato lo que estaba pasando. Colson prosiguió: «Pensó que alguien debía haber visitado su casa y visto todos los graneros, y le preguntó si recordaba que alguien se hubiera parado a mirarlos o hubiera pedido comida o hecho algún comentario sobre toda esa comida». La mujer concluyó:

> No es seguro negársela. Me viste darle grano a esa mujer que vino el otro día. ¿Cómo iba a negarme si me pidió grano? Tal vez no hubiera hecho nada, pero no podía saberlo. Lo único que puedes hacer es dar.

No dar implicaba el riesgo de sufrir la hechicería y la violencia. Era el miedo, al castigo y a la violencia que sucederían a continuación si la mujer rompía la norma, y no ninguna idea de generosidad, lo que había hecho que diera el grano.

Esta clase de amenaza era endémica en la sociedad tonga e incluso se plasmaba en la estructura de sus clanes. Por ejemplo, sus vecinos los plateau tonga[84] tienen catorce clanes, cada uno de los cuales tiene asociados «tótems», animales que no deben comerse. Los tótems del clan bayamba son la hiena, el rinoceronte, el cerdo, la hormiga y el pescado. Los miembros de ese clan no pueden comer ninguno de esos animales. El clan batenda tiene como tótems el elefante, la oveja y el hipopótamo. Entre los demás animales prohibidos, están el leopardo (para el clan bansaka), la rana (para el clan bafumu) e incluso el buitre blanco (para el clan batanga). Los orígenes de estas prohibiciones alimentarias, de acuerdo con la leyenda tonga, está en que hace mucho tiempo algunos grupos comían leopardo, y otras personas envidiaron la abundante comida que tenían y les maldijeron, con lo que les hicieron alérgicos a esa comida específica. Los descendientes de las personas maldecidas se convirtieron en un clan.

De modo que entre los tonga, las normas de hospitalidad y generosidad surgieron y eran obedecidas no tanto por un imperativo moral o porque la gente viera los beneficios económicos derivados de ellas, sino porque temían la violencia y la hechicería, por no mencionar el ostracismo social y

otros castigos menos violentos que se impondrían a quienes se desviaran de las normas. Vivían en una sociedad sin Estado, por lo que no había policía ni funcionarios del Gobierno que pudieran protegerlos o resolver disputas. En todo caso, gracias a las normas que impedían y contenían el conflicto, no sufrían una violencia endémica. La visitante llegó, el ama de casa fue generosa, y se evitó cualquier conflicto potencial.

No hay lugar para la industria

Hobbes pensaba que sin una autoridad centralizada, las sociedades se encontrarían en un estado de guerra. También anticipó, como hemos visto en el capítulo 1, que la guerra destruiría los incentivos económicos y escribió que «en tal condición no hay lugar para la industria; porque el fruto de la misma es inseguro». O como diría la economía moderna, el conflicto y la incertidumbre significan que los individuos no tienen asegurados los derechos de propiedad sobre el fruto de sus inversiones y sobre lo que producen, recogen o cazan, y esto desalienta la actividad económica.

Para hacerse una idea de las consecuencias del estado de guerra, regresemos brevemente a la República Democrática del Congo. Al principio del capítulo 1 hemos mencionado que el este del país, en concreto los Kivus, está lleno de milicias y grupos armados. De hecho, en los Kivus, el estado de guerra no sólo se da entre individuos, como con frecuencia Hobbes parece sugerir, sino entre grupos. Uno de estos grupos del este del Congo es el RCD-Goma, asentado en la ciudad de Goma. Fue una facción escindida de la Reagrupación Congoleña por la Democracia (en francés, Rassemblement Congolais pour la Démocratie, de ahí el acrónimo RCD) y tenía su origen en la primera y la segunda guerra del Congo, a veces llamadas la Gran Guerra de África, que se desarrolló entre 1996 y 2003. Cuando al final se firmó un acuerdo de paz, el RCD-Goma, junto a muchos otros grupos, siguieron luchando y aterrorizando a los residentes locales. En diciembre de 2004, varias unidades del RCD-Goma se acercaron a la ciudad de Nyabiondo, en Kivu Norte (véase el mapa 5 del capítulo anterior).[85] La ciudad estaba protegida por los miembros de otra milicia, los mai-mai. El RCD atacó el 19 de diciembre. Los combatientes mai-mai capturados

fueron atados y quemados vivos. Al inicio, las bajas civiles fueron pocas puesto que, bajo la protección de la neblina de la primera hora de la mañana, la gente logró huir a los campos y bosques. Pero el RCD los persiguió. Al cabo de pocos días, 191 personas habían sido asesinadas a sangre fría. Willy, de sólo quince años, le dijo a un investigador de Amnistía Internacional:

> Los soldados llegaron en vehículos y a pie, matando y saqueando. Algunos iban de uniforme pero otros vestían como civiles [...]. La población huyó directamente al bosque. Yo estaba en un grupo de quince, con mi madre, vecinos y otros parientes. Los soldados nos encontraron y nos obligaron a tumbarnos en el suelo, donde nos pegaron con las culatas de los rifles. Baroki (el jefe local) estaba con nosotros. Los soldados vinieron y se lo llevaron, yo lo vi. Después vi su cuerpo, una semana más tarde, el 25 de diciembre. Tenía una bala en la cabeza. Lo habían atado y azotado. El cadáver estaba en el suelo.

Niñas de sólo ocho años fueron violadas y, en definitiva, veinticinco mil personas fueron desplazadas. Sus pertenencias se destruyeron y sus casas fueron reducidas a cenizas. Nyabiondo fue saqueada de manera sistemática y robaron hasta las tejas de los tejados.

Esto es un estado de guerra con consecuencias obvias y desgarradoras para los humanos. Las consecuencias económicas son igualmente evidentes. La economía de los Kivus está devastada y lo mismo puede decirse de buena parte del resto del Congo. El resultado es una pobreza miserable. En el Congo, la renta per cápita actual es aproximadamente el 40 por ciento de la renta de 1960, cuando el país consiguió la independencia. Con unos cuatrocientos dólares, menos del 1 por ciento del nivel estadounidense, es el país más pobre del mundo. La esperanza de vida es veinte años menor que en Estados Unidos. En la República Democrática del Congo, Hobbes tenía razón, la vida de los hombres es sin duda «pobre, desagradable, brutal y corta». Y es incluso peor para las mujeres.

Pero los tonga no se parecen en nada a los Kivus o al tipo de pueblo belicoso y sin Estado que retrató Hobbes. Se parecen a la clase de sociedad que afirmaría que ellos son una «especie cooperativa», con normas que respaldan la cooperación, la hospitalidad y la generosidad. Pero como hemos visto en el capítulo 1, el precio que a menudo la gente paga en estos

casos es permanecer encerrada en la jaula de normas. Sin embargo, ahora ya sabemos que la jaula no sólo limita sus elecciones sociales, sino también sus vidas económicas.

Para el joven que había trabajado duro, sólo para ver cómo sus graneros eran atacados por fantasmas y hechiceros porque la gente estaba celosa de su éxito, esto resultaba evidente. Los efectos adversos de estas normas en los incentivos económicos no se limitan a esos ataques. También obstaculizan los derechos de propiedad, aunque esto adopte una forma menos obvia que la que Hobbes previó que plagaría la economía de las sociedades sin Estado. Supongamos, por ejemplo, que inviertes y aumentas tu producción. Si los derechos de propiedad están asegurados, podrías disfrutar de tu mayor producción y hacer lo que quisieras con ella. Si realmente te gusta ser generoso, es parte de tu recompensa. Pero en la sociedad tonga, como en muchas otras economías conformadas por la jaula de normas, entregas esa producción no porque te guste, sino porque tienes miedo al castigo social, e incluso a la violencia, que podrías sufrir si te desvías de las normas. De nuevo, en realidad eso significa que no tienes asegurados los derechos de propiedad porque los ingresos adicionales que generas te serán arrebatados, aunque esa sustracción parezca voluntaria porque se formula como una costumbre de generosidad. La consecuencia no sería muy distinta de lo que Hobbes advirtió: no habría «lugar para la industria».

En la sociedad tonga esto se manifiesta de manera evidente en la constante presencia del hambre. Hambre y mendicidad. Colson anotó lo cerca que esa gente vivía del abismo.[86]

> Cuando un hogar ha agotado todas sus reservas de alimentos o está cerca de hacerlo, primero intenta obtener comida de los parientes o amigos que viven cerca. Los niños y los inválidos se envían con los parientes que viven en zonas en las que hay comida. Los hombres se van a trabajar para dejar más comida a quienes se quedan en casa, pero encuentran poco consuelo en la idea de que ellos comerán mientras en casa pasan hambre. Cuando se agotan las reservas locales, la gente camina muchos kilómetros para visitar a parientes que viven lejos. Con frecuencia van a los plateau, donde su aparición es contemplada con el mismo entusiasmo que una plaga de langostas.

El padre fundador de la economía, Adam Smith, destacó la propensión de los humanos a «trocar, permutar y cambiar». En Tongalandia, pedir limosna era más habitual que trocar, permutar o cambiar. Colson señaló que «el valle no tiene intermediarios o mercados que organicen el mercado interno. Tampoco tiene un medio de intercambio universalmente aceptado». Había cierta clase de comercio, pero:

> gran parte del intercambio es obligatorio, como consecuencia de las relaciones institucionalizadas existentes entre las partes de la transacción: una tiene derecho a recibir y la otra la obligación de dar.

El resultado era una sociedad atrapada en la agricultura de subsistencia, vulnerable a toda clase de reveses y adversidades económicas. La tecnología estaba estancada y era anticuada. La sociedad tonga precolonial no utilizaba la rueda, ni para la alfarería ni para el transporte. La agricultura, el pilar económico de la zona, era improductiva, no porque la tierra no fuera fértil, sino porque se trabaja con coas en lugar de arados.

Como ya hemos visto, los orígenes de la jaula de normas tonga no son ajenos a las advertencias de Hobbes. En parte, la razón por la que esas normas se han desarrollado en muchos lugares es que el igualitarismo tiene una lógica política clara. Las normas del igualitarismo mantienen el *statu quo*. Cuando esas normas son débiles o no existen, surge la jerarquía, empieza a notarse la pendiente resbaladiza y se acaba la ausencia de Estado. Las sociedades sin Estado que sobreviven tienden, pues, a ser aquellas en las que las normas del igualitarismo son fuertes y están arraigadas. Estas normas también ayudan a controlar los conflictos. Si existe el riesgo de que los conflictos estallen en violencia y provoquen enfrentamientos, es mejor seguir un manual económico estrictamente planeado. Con nuevas actividades económicas, nuevas oportunidades y nuevas desigualdades, habrá nuevos conflictos, que a las normas existentes les cuesta mucho más manejar. Mejor no arriesgarse a entrar en el estado de guerra. Mejor quedarse con el *statu quo*.

La economía enjaulada

Por supuesto, esta situación es muy parecida a la de los tiv. Como recordarás del capítulo 2, los tiv desarrollaron una serie de normas para asegurarse de no llegar nunca a la pendiente resbaladiza. Cualquiera que intentara acumular poder para empezar a ejercer la autoridad sobre los demás era devuelto a su lugar a través de acusaciones de brujería. Resulta que sus normas y la jaula que ellas crearon hicieron lo mismo económicamente, forjando de hecho una economía «enjaulada».

Los tiv eran una sociedad basada en el parentesco y la descendencia. Como hemos visto, la palabra que los tiv usaban para designar un territorio ocupado por los descendientes de un solo ancestro es *tar*, y dentro de un *tar* eran los ancianos quienes ejercían la poca autoridad que había en la sociedad tiv tradicional. Asignaban la tierra suficiente a la gente del *tar* para que su familia se ganara la vida. Suficiente, pero no mucho más que eso. Como señalaron los antropólogos Paul y Laura Bohannan,[87] si un hombre «quiere plantar mucho más ñame del que necesitan sus esposas y sus hijos, para poder venderlo y obtener más dinero y bienes que los demás del lugar, probablemente sea rechazado».

En Tivlandia, además, no había mercado en el que se pudiera comprar y vender la mano de obra, y tampoco había mercados de tierra o de capitales. El trabajo de la familia o el *tar* era lo único disponible para la producción agrícola. Tanto los hombres como las mujeres trabajaban en el campo, pero cada uno trabajaba determinados cultivos y sólo las mujeres cultivaban el alimento principal, el ñame. Los esposos debían proporcionar a sus mujeres las tierras para que las cultivaran, pero no tenían derecho automático a lo que producían. Había mercados para algunos de esos bienes producidos, pero los Bohannan señalaban que:

> Quizá el rasgo más característico del mercado de los tiv es que está extraordinariamente limitado y muestra poca tendencia a invadir otras instituciones de la sociedad.

De hecho, los tiv no tenían mercados libres, tenían mercados que estaban enjaulados, estructurados no para facilitar el comercio, sino para evitar la pendiente resbaladiza.

Quizá el ejemplo más evidente está relacionado con la idea del intercambio de bienes, que estaba estrictamente limitado. La economía estaba separada en distintas esferas. Uno podía comerciar dentro de una esfera pero no entre ellas. La esfera más flexible era el mercado de alimentos y bienes de subsistencia, entre los que estaban los pollos, las cabras, las ovejas, los utensilios domésticos y otros productos artesanos (morteros, piedras de afilar, recipientes hechos con calabazas, cuencos y cestos). Las materias primas para producir cualquiera de estos objetos también se incluían en esta clase. Estas cosas se intercambiaban en mercados locales que abrían periódicamente y los precios eran flexibles y estaban sujetos a regateo. En esos mercados, el comercio ya se había adaptado a la disponibilidad de dinero. Sin embargo, esta esfera estaba separada por completo de los bienes de prestigio, que no podían intercambiarse en un mercado. Entre los bienes de prestigio estaban el ganado, los caballos, una clase especial de tela blanca conocida como *tugundu*, las medicinas, objetos mágicos y varas de latón. Antiguamente, los esclavos también se incluían en esta categoría de bienes. Por ejemplo, era habitual fijar el precio de los esclavos en vacas y varas de latón, y establecer el precio del ganado en varas de latón y tela *tugundu*.

Akiga, el anciano tiv que conocimos en el capítulo 2,[88] menciona algunas maneras específicas para poder intercambiar varios artículos de prestigio: «Podías comprar una barra de hierro con una tela *tugundu*. En aquella época, cinco telas *tugundu* equivalían a un toro. Una vaca valía diez *tugundu*. Una vara de latón valía más o menos lo mismo que una tela *tugundu*; por lo tanto, cinco varas de latón valían un toro».

En la medida en que tenía lugar algo parecido a un intercambio moderno, los términos del comercio estaban estrictamente fijados y no cambiaban. Aunque estos artículos de prestigio podían intercambiarse de esta manera, no significaba que se vendieran o se compraran, o como escribieron los Bohannan: «Los tiv no compran vacas o caballos en un mercado».

¿Cómo se adquirían entonces los artículos de prestigio? Pasar de los bienes de subsistencia a los bienes de prestigio era un proceso que los Bohannan denominaron «conversión». Los tiv reconocían que adquirir

bienes de subsistencia podía ser fruto del trabajo duro, pero no ocurría lo mismo con los bienes de prestigio. Hacía falta algo «más que trabajo duro, es necesario un «corazón fuerte». La conversión hacia arriba podía ser posible cuando alguien tenía que deshacerse de sus bienes de prestigio existentes y por lo tanto estaba dispuesto a una conversión hacia abajo. Pero «intentan impedir que un hombre haga conversiones», porque ese hombre «es tan temido como respetado. Si es lo suficientemente fuerte para resistir las demandas excesivas de sus parientes [...] es temido como un hombre de talentos especiales, potencialmente malignos (*tsav*)».

Ahí lo tenemos, ¡de vuelta el *tsav*! Las normas de los tiv enjaularon la economía, erradicaron los factores de mercado e hicieron del linaje el principal agente de producción. A cambio, consiguieron un equilibrio entre los distintos grupos de parentesco, evitaron la pendiente resbaladiza e hicieron que su *statu quo* fuera mucho más duradero.

Como la generosidad impuesta de los tonga, la economía enjaulada de los tiv tenía evidentes consecuencias adversas. Los mercados son cruciales para la organización eficiente de la economía y la prosperidad. Pero en la sociedad tiv no se les permitía funcionar. En la medida en que tenía lugar un comercio, los precios relativos a menudo estaban fijados. En Tivlandia, como para los tonga, el resultado fue una pobreza terrible. Las instituciones de la sociedad tiv creaban pocos incentivos para la acumulación de capital, más allá de sencillos instrumentos, como palos para cavar y artilugios para procesar la comida. De hecho, incluso el ahorro podía llevar a alguien a ser acusado de tener la clase mala de *tsav*, de modo que el miedo al castigo hizo que la acumulación fuera demasiado peligrosa. En consecuencia, cuando los británicos conquistaron Tivlandia, la gente vivía con unos niveles de renta cercanos a la subsistencia y una esperanza de vida en torno a los treinta años.

Ibn Jaldún y el ciclo de despotismo

Nuestra exposición sobre los tonga y los tiv sugiere que el análisis de Hobbes sobre las consecuencias económicas de la ausencia de Estado no era del todo correcto. Esas sociedades no se encontraban atrapadas en una

violencia y conflictos continuados que destruían todos los incentivos económicos, aunque los Kivus del Congo nos recuerdan que hay muchos ejemplos de sociedades sin autoridad centralizada atrapadas en esos conflictos. Al mismo tiempo, la conclusión de Hobbes resultó no estar completamente equivocada, porque las normas que esas sociedades crearon para controlar los conflictos acabaron creando unos incentivos muy distorsionados.

¿Estaba también en lo cierto Hobbes al afirmar que el Leviatán despótico sería mejor para los incentivos económicos porque proporcionaría seguridad, predictibilidad y orden? También en esto Hobbes tenía parte —y sólo parte— de razón, y no hay mejor forma de empezar a comprender la doble naturaleza de la economía que crea el Leviatán despótico que la obra del gran erudito árabe Ibn Jaldún. Nacido en Túnez en 1332, Jaldún remontaba su ascendencia hasta Mahoma a través de Yemen. Jaldún tuvo una vida extraordinaria durante la que conoció al conquistador mongol Tamerlán. Su obra erudita más conocida es el *Kitab al-Ibar* o *Libro de la evidencia*, cuyo primer volumen, conocido como *al-Muqaddima* o *Prolegómenos*, es particularmente útil para comprender las consecuencias económicas de un Estado despótico.

Los *Prolegómenos* de Jaldún son ricos en ideas. Además de hacer un seguimiento de las consecuencias económicas del surgimiento de un Estado en la península Arábiga, presenta una teoría sobre las dinámicas de las instituciones políticas basada en lo que él consideraba dos conflictos fundamentales en la sociedad. El primero es entre el desierto y su vida nómada y la sociedad urbana y sedentaria. El segundo es entre los gobernantes y los gobernados. Jaldún sostenía que en el primer conflicto, las probabilidades favorecen a la gente del desierto, debido a la clase de sociedad que crean la dureza y la naturaleza marginal de la vida en ese medio. Su sociedad estaba caracterizada por lo que él llamó *asabiya*, que se traduce como «solidaridad social» o «espíritu de clan». A estas alturas, la *asabiya* debería ser un concepto familiar. Era parte de la jaula de normas de una sociedad sin Estado, pero Jaldún aporta un nuevo punto de vista sobre esas normas. Desde nuestra lejana perspectiva, la *asabiya* era algo que

ayudaba a regular los conflictos y a preservar la igualdad política en las sociedades nómadas. Jaldún señaló que también hacía que esa sociedad fuera muy buena subyugando a los pueblos vecinos sedentarios.

En el capítulo anterior hemos visto cómo el islam dio ventaja a Mahoma en su empeño por construir un Estado.[89] Las tribus beduinas con las que Mahoma contó en ese proceso tenían una gran *asabiya* y eso le dio a él y a sus seguidores una segunda ventaja para ampliar el Califato hasta convertirlo en un inmenso imperio. En el relato de Jaldún, esa ventaja no sólo se debía a las dificultades económicas del desierto, sino a las densas redes de parentesco que habían evolucionado para ofrecer ayuda mutua en el duro paisaje del desierto. El desierto siempre estuvo destinado a vencer al mundo sedentario y a formar nuevos Estados y dinastías.

Sin embargo, Jaldún sostenía que aunque la *asabiya* ayudaba a la gente del desierto a conquistar las «tierras civilizadas» y a colocarse en el poder, las dinámicas intrínsecas de esa autoridad llevaban inevitablemente a la decadencia de la *asabiya* y, en última instancia, al colapso de un Estado fundado por grupos como los beduinos. Entonces, todo el ciclo empezaba de nuevo con un nuevo grupo del desierto que sustituía al Estado que se desmoronaba. En palabras de Jaldún:[90]

> La edad de una dinastía no sobrepasa normalmente la de tres generaciones. Y esto es así porque la primera generación mantiene las características propias del desierto, su rudeza y carácter indómito [...]. La consistencia de la cohesión tribal se mantiene entre ellos [...]. La segunda generación [...] deja el desierto y se acomoda a la vida sedentaria [...]. Pasa de compartir la gloria a quererla cada uno para sí [...]. Algunos de ellos se habitúan a la ignorancia y a la docilidad [...]. La tercera generación [...] se olvida de la época del desierto y de su rudeza como si jamás hubiera existido [...]. Pierde el gusto por la dulzura [...] de la cohesión del grupo, que pasa a ser para ellos una servidumbre forzada [...]. Si alguien les exige algo, no ofrecen resistencia.

El análisis de Jaldún también ilustra de manera perspicaz el papel del conflicto entre el gobernante y el gobernado. Tras llegar del desierto, un hombre pasa a querer la gloria «cada uno para sí», mientras que la mayoría de las personas «se habitúan a la ignorancia y a la docilidad». Creía que una dinastía duraba alrededor de ciento veinte años.

Antes de examinar estas dinámicas políticas y sus consecuencias económicas con más detalle, vale la pena retomar la historia donde la dejamos en el capítulo anterior, y seguir con lo sucedido tras la muerte de Mahoma. En un principio, las conquistas árabes puestas en marcha por Mahoma fueron defendidas por cuatro líderes, conocidos como los califas, que debían su autoridad a una relación personal cercana con él. Eran Abu Bakr, Umar, Uthman y Alí, el primo y yerno de Mahoma, que fue asesinado en el año 661. El asesinato de Alí se produjo al final de un período de disputas sobre cómo debía ser gobernado el nuevo Estado emergente. Uthman había intentado aumentar el control central sobre el Estado incipiente de manera agresiva y había sido asesinado por soldados rebeldes. La sucesión de Alí fue cuestionada por Muawiya, el primo de Uthman y gobernador de Siria, lo cual llevó a una larga guerra civil que terminó con la muerte de Alí y el nombramiento de Muawiya como califa. Éste fundó la dinastía Omeya, que gobernó durante casi cien años, hasta que fue sustituida en 750 por la dinastía abasí, que recibe su nombre de Abbas, un tío de Mahoma. Cuando surgió el gobierno omeya, Irán, Irak, Siria y Egipto habían sido conquistados, y la anexión del norte de África, que se completó en 711, estaba en marcha. A mediados del siglo VIII, se conquistó buena parte de España y se añadieron al imperio grandes zonas del Asia interior.

En las tierras conquistadas, al principio los omeyas superpusieron el gobierno de la clase guerrera árabe a las instituciones preexistentes de los imperios que habían reemplazado, el bizantino (Siria, Palestina, Israel y Egipto) y el sasánida (en Irak e Irán). Únicamente cuando el califa Abd al-Malik asumió el poder en 685 los omeyas empezaron a construir una estructura estatal más clara basada en su nueva capital en Damasco. Pero los omeyas nunca fueron capaces de construir un Estado centralizado realmente efectivo, y tampoco lo hicieron sus sucesores, los abasíes. Aunque sus ejércitos habían demostrado ser enormemente efectivos y ocupaban grandes áreas, transformar esa ocupación en un sistema real de gobierno y ganarse la lealtad de los pueblos ocupados resultó ser mucho más difícil. Los omeyas y los abasíes acabaron dependiendo cada vez más de las élites locales para gobernar las provincias de su imperio, recaudar impuestos y mantener el orden. Para comprar el apoyo de esas élites, se

dedicaron al «cultivo de impuestos», que consistía en vender el derecho a recaudar impuestos por una suma de dinero fija. Una vez Damasco te había concedido el derecho a cobrar impuestos, y después Bagdad, cuando los abasíes llegaron al poder, tenías carta blanca para cobrar los impuestos que quisieras a las comunidades locales. Ésta parece haber sido la fórmula para imponer tasas punitivamente altas y que las élites acumularan tierras, puesto que se quedaban con las de la gente que no podía pagar los impuestos exigidos. A la larga, esta estructura política del imperio resultó autodestructiva. Las élites locales exigían ser nombradas gobernadores hereditarios y reclutaban sus propios ejércitos para mantener el orden. Bagdad en seguida dejó de tenerlas controladas. El imperio empezó a resquebrajarse y finalmente se desmoronó en 945.

A Jaldún nada de esto le pareció sorprendente. Era un firme creyente en la voluntad de poder y señaló que:

> Los hombres [...] en cualquier tipo de sociedad necesitan quien los sofrene y quien dirima las contiendas de unos con otros. Y es obvio que éste será aquel que se muestre superior a los demás dentro del grupo, pues de otra manera no podría ejercer la autoridad sobre él.

Una vez esa persona era reconocida, como había sido el caso de Mahoma en Medina, se convertía en un líder, y «el liderazgo es capacidad de convicción, y quien la posee es seguido, pero no tiene sobre los demás fuerza ejecutiva para imponer sus decisiones». Pero Jaldún comprendía que era probable que la mera existencia de ese líder llevara rápidamente a la sociedad a la pendiente resbaladiza. De hecho, «cuando un miembro del grupo tribal alcanza el rango de líder, y ha conseguido que se le siga, y halla la vía que conduce al dominio, ya no la abandona». Así, puesto que el sentimiento de grupo no se ha concedido de igual manera a todo el mundo, tiende a conducir de manera inexorable al poder real, que «implica superioridad y fuerza ejecutiva».

Sin embargo, una vez en el poder, los gobernantes de la nueva dinastía «no necesitan demasiada cohesión para mantener su autoridad, sino más bien consideran que la obediencia a su dinastía es un decreto divino que no puede modificarse y al que no es posible oponerse». De modo que, en línea con su teoría generacional, Jaldún sostenía que los gobernantes de una

dinastía empezaban a distanciarse de quienes les habían ayudado a conseguir el poder y a forjar relaciones con nuevos grupos dentro de su imperio. Una vez habías conquistado nuevas tierras, esto era una parte intrínseca de crear un imperio. Estas tierras ya estaban ocupadas y a menudo las controlaban las élites y notables locales, de modo que las nuevas dinastías tenían que llegar a alguna clase de acuerdo con ellos y obtener su lealtad, o enfrentarse a la rebelión constante. A medida que la dinastía cambiaba su naturaleza y la *asabiya* se debilitaba, surgía el despotismo, o en palabras de Jaldún, «posteriormente desapareció la forma y los rasgos distintivos del califato con la extinción de la cohesión tribal de los árabes, la desaparición de su idiosincrasia y la eliminación de sus modos de vida. El poder quedó exclusivamente en forma de poder real». Las consecuencias de esto también eran sencillas:

> El freno de la religión se debilitó y se hizo necesario el freno de la autoridad y del espíritu de grupo [...]. El ejercicio de la autoridad [...] requiere necesariamente un orden, y ello exige la imposición y la violencia [...]. Las decisiones de quien las ejerza [el gobernante] se apartarán en muchas ocasiones de la ecuanimidad y resultarán perjudiciales, en los asuntos materiales, para quienes estén bajo su autoridad. Porque les impondrá sus objetivos y sus deseos, y eso irá con frecuencia más allá de las posibilidades de aquellos [...]. Esa desobediencia que provoca conduce a la revuelta y al derramamiento de sangre.

Aquí Jaldún señala algunas implicaciones económicas de la creación de una nueva dinastía. Al principio, con el poder del sentimiento de grupo y el «freno de la religión», la prosperidad era una posibilidad. Pero más tarde, cuando el «poder-real» se ha consolidado, las políticas económicas serían «perjudiciales, en los asuntos materiales, para quienes estén bajo su autoridad». En ninguna parte son más evidentes las implicaciones de la teoría generacional de Jaldún que en su tratamiento de los impuestos, que es lo que abordaremos ahora.

Ibn Jaldún descubre la curva de Laffer

> Debe saberse que al comienzo de la dinastía los impuestos son de pequeña cuantía, pero producen una recaudación total notable; y que, al final de ella, altos impuestos personales producen una escasa recaudación total.

Con esta afirmación Jaldún anticipó la «reaganomía», las doctrinas económicas promulgadas por el presidente estadounidense Ronald Reagan a principios de la década de 1980. Una de las bases de la doctrina de Reagan la esbozó el economista Arthur Laffer en una servilleta del restaurante Two Continents de Washington D. C. Laffer intentaba explicar a las prometedoras estrellas republicanas Donald Rumsfeld y Dick Cheney y al periodista Jude Wanniski lo que consideraba un principio básico de la política fiscal: la relación, en forma de joroba, entre la tasa impositiva dictaminada por el Gobierno y la cantidad de ingresos fiscales. Cuando las tasas impositivas son bajas, su aumento tiende a incrementar los ingresos fiscales por la simple razón de que el Gobierno se queda con una parte mayor de los ingresos de todo el mundo. Sin embargo, cuando la tasa impositiva sube demasiado, elimina los incentivos para trabajar duro, esforzarse e invertir, porque las ganancias generadas por todas esas actividades se las lleva el Gobierno. En consecuencia, cuando las tasas impositivas son punitivamente altas, no sólo empieza a disminuir la actividad económica, también lo hacen los ingresos fiscales. Esto es fácil de ver en los casos extremos en los que la tasa impositiva se acerca al ciento por ciento, de modo que el Gobierno se lo lleva todo y quedan muy pocos incentivos para generar ingresos; a pesar de las tasas impositivas muy altas, no habría ningún ingreso fiscal. Wanniski llamó esa relación con forma de joroba la curva de Laffer, en honor al hombre que la dibujó. La implicación que fascinó a Rumsfeld y Cheney fue la perspectiva de que podías reducir las tasas impositivas al mismo tiempo que aumentaban los ingresos fiscales, puesto que la gente respondía a los incentivos creados por unas tasas más bajas; era la mejor situación de la historia, en la que todas las partes salían beneficiadas, que rápidamente se incorporó a la política económica del presidente Reagan.

No hace falta decir que en un mundo en el que las tasas impositivas reales son bastante menores del ciento por ciento, como el de Estados Unidos cuando Reagan se convirtió en presidente, sigue sin estar claro si los recortes de impuestos aumentan o no los ingresos fiscales.

El análisis de Jaldún de las dinámicas económicas creadas en Oriente Próximo tenían una base empírica más sólida y su idea de la curva de Laffer era algo distinta de la que Laffer le explicó a Rumsfeld y Cheney. Se basaba en su teoría generacional. Para empezar, una nueva dinastía, dado que aún tiene *asabiya*, «no exige más que las obligaciones fijadas por la ley canónica: la limosna legal, la contribución sobre la tierra y el impuesto de capitación». Esto tenía un efecto beneficioso en la economía porque «cuando la cuota personal y lo que tiene que pagar cada uno de los súbditos es poco, éstos se dedican con celo al trabajo y lo realizan con dedicación. Los bajos impuestos hacen que se emprendan numerosas actividades y que éstas se multipliquen [...]. Y cuando se emprenden muchas actividades [...] aumenta el monto total de los impuestos».

Aquí Jaldún señala que los impuestos bajos estimulan la actividad económica, lo que él llama «actividades», y esto genera, como en la curva de Laffer, unos ingresos fiscales boyantes. Las evidencias sugieren que esto es exactamente lo que sucedió tras las conquistas árabes. Los omeyas unificaron una gran zona bajo un único idioma, una sola religión y un único sistema de gobierno, con un sistema legal común que emanaba de las enseñanzas de Mahoma. El primer y más evidente impacto económico de este gran Estado fue la expansión del comercio y las actividades mercantiles.[91] A fin de cuentas, Mahoma había empezado la vida como mercader. El geógrafo Al-Muqaddasi[92] recopiló una lista de artículos intercambiados en el siglo X entre Bagdad y Jorasán-Transoxiana, en lo que hoy es el nordeste de Irán. La lista empieza con «once artículos distintos de ropa y complementos, entre ellos velos y turbantes, todos hechos de tejido caro, a veces seda, a veces tela sencilla, así como brazaletes, accesorios para el pelo de hilo superior, hierro» de Naysabur y «ropa, brocados de seda de calidad inferior, tafetán, pasas, sirope, acero, pistachos y dulces» de Harat y continúa durante páginas y más páginas hasta llegar a «tejidos de color plata [*simgun*], y objetos de Samarcanda, grandes vasijas de cobre, cálices artísticos, tiendas, estribos, bridas y correas» de Samarcanda. Este comercio iba acompañado de una gran cantidad de viajes, cuya imagen más

poderosa era quizá el peregrinaje anual a La Meca, el *hadj*, que juntaba a cientos de miles de creyentes procedentes de todo el imperio y ofrecía una gran oportunidad para la devoción, pero también para el comercio.

Otra prueba de los beneficios económicos que supuso el surgimiento del califato fue la revolución agrícola.[93] En cierta medida, fue consecuencia del auge del comercio, que creó un mercado mucho mayor que el que existía antes. Tras las conquistas árabes, se produjo la difusión en toda la región de una serie de cultivos que antes no crecían allí, entre ellos, arroz, sorgo, trigo candeal, caña de azúcar, algodón, sandías, berenjenas, espinacas, alcachofas, naranjas amargas, limones, limas, bananas, plátanos macho, mangos y palmeras cocoteras. Muchas de estas plantas, indígenas de los trópicos, no eran fáciles de cultivar en las regiones más frías y secas en las que ahora se plantaban, y requerían una gran reorganización de la agricultura. Previamente, la temporada de crecimiento era el invierno, y los cultivos se cosechaban en primavera. Durante los cálidos meses de verano, la tierra quedaba en barbecho. Pero los nuevos cultivos procedían de áreas tropicales y crecían durante el verano, de modo que la producción se reestructuró e intensificó. Antes de que los árabes conquistaran Oriente Próximo, la costumbre bizantina era cultivar la tierra una vez cada dos años. Ahora se llevaban a cabo dos cultivos por año, por ejemplo, trigo en invierno seguido por sorgo, algodón o arroz en verano. Estas innovaciones están documentadas en los manuales agrícolas árabes que ayudaron a extender estas nuevas prácticas por todo el imperio.

La intensificación de la producción también requirió fertilizantes e irrigación. Ya existían varias formas de irrigación en las áreas conquistadas por los árabes, pero las del imperio bizantino y el imperio persa sasánida se hallaban a menudo en un avanzado estado de deterioro. Los árabes repararon estos sistemas y construyeron una gran cantidad de nuevas infraestructuras públicas, por ejemplo nuevas clases de presas, canales subterráneos que aprovechaban las aguas freáticas y las transportaban largas distancias, y varias ruedas para sacar agua de los ríos, canales, fuentes y cuencas de almacenamiento. Esta inversión en infraestructuras no se basó

en nueva tecnología, sino que implicó la adopción y el desarrollo del conocimiento tecnológico existente. Sin embargo, aumentó mucho la capacidad productiva de la economía.

El Estado que surgió del liderazgo político de Mahoma desempeñó un papel decisivo en la construcción y el mantenimiento de estos renovados sistemas de irrigación. También fomentó que los individuos privados hicieran inversiones complementarias. Esto no se debió únicamente a la relativa estabilidad política que surgió con el Califato. También tuvo que ver con que Medina era un oasis y que Mahoma, cuando resolvía disputas, había tenido que enfrentarse a conflictos por el agua y la irrigación, y había perfilado una serie de precedentes que formaron la base de un sistema legal que facilitaba las inversiones. Particularmente significativo fue el hecho de que en lugar de concederse de manera colectiva a tribus o clanes, estas resoluciones individualizaban los derechos sobre el agua. Lo cual mejoró los incentivos y redujo las disputas entre individuos. Otras leyes alentaban de manera directa la producción, entre ellas una que otorgaba la propiedad privada absoluta de una parcela de tierra que se cultivaba por primera vez y limitaba los impuestos sobre esa tierra a una décima parte de su producción.

Pero estos primeros beneficios en seguida se desvanecieron junto con los boyantes ingresos fiscales que generaban. Jaldún deja claro que estos primeros avances económicos no podían mantenerse.

> Cuando la dinastía se asienta y permanece, y sus soberanos se suceden uno tras otro [...] el sentido profundo de la vida beduina y su sencillez desaparecen [...]. Sobrevienen entonces la autoridad coercitiva y el sedentarismo [...] elevan entonces las tasas y los cupos que se imponen a los súbditos: labradores, campesinos y demás tributarios [...]. Se imponen tasas sobre los artículos de comercio y se establecen puntos de cobro en las puertas [...]. Y así hasta que los impuestos que afectan a los súbditos resultan onerosos y agobiantes [...]. Con ello desaparece el interés emprendedor de los ciudadanos al desaparecer en sus mentes la esperanza, debido a la escasez de los beneficios, cuando comparan gastos e impuestos por una parte con frutos y beneficios por otra. Muchas manos se abstienen de emprender cosa alguna y entonces disminuye el total de la recaudación.

Con esta caída de los ingresos, «el jefe de la dinastía inventa entonces nuevos tipos de tributos con los que grava las transacciones comerciales, imponiendo un gravamen determinado sobre los precios de los mercados y sobre las mercancías de primera necesidad en las puertas de los mercados

[...]. Entonces los mercados se paralizan y eso hace que la civilización decaiga y transmita su decadencia a la dinastía. Y así [...] hasta el colapso total. Muchas de estas cosas ocurrieron en las ciudades de oriente en las postrimerías de la dinastía abasí y de la ubaydí». (La dinastía ubaydí, o fatimí, es un tercer califato —cuyo nombre proviene de Fátima, la hija de Mahoma— que gobernó el norte de África desde principios del siglo X hasta finales del XII.)

Las pruebas existentes respaldan el relato de Jaldún. Si bien parece que la tasa impositiva sobre la tierra aumentó de manera inexorable después de las conquistas árabes, los ingresos cayeron. Los procedentes de Irak, por ejemplo, disminuyeron de 12,8 millones de dinares después de la conquista a 8,3 millones de dinares al final de la dinastía omeya, a 5 millones en 819 y a poco más de 3 millones en 870. Los datos de Egipto y Mesopotamia cuentan la misma historia.

Una respuesta habitual era que el «propio sultán emprende actividades comerciales o agrícolas para así incrementar la recaudación». Pero Jaldún observó que esto podía resultar muy perjudicial para los integrantes de la sociedad, porque «si el sultán compite con ellos, poseyendo como posee una fortuna mucho mayor, casi ninguno de ellos logra alcanzar nada de lo que necesita y ello hace que entren en sus almas la aflicción y el desánimo. Además el sultán puede obtener muchas de estas cosas [...] bien tomándolas por la fuerza o a un precio muy bajo, porque no hay nadie que se atreva a pujar con él en la compra, y puede forzar al vendedor a que baje el precio». Por otro lado, cuando es el sultán el que vende, obliga a que todo el mundo pague precios altos. La competencia del sultán genera así una situación en la que «los agricultores abandonan la agricultura y los comerciantes dejan de dedicarse al comercio».

A medida que los Estados omeya y abasí se desintegraban, el impacto de los impuestos sobre la agricultura y su incapacidad para desarrollar una gestión burocrática eficaz también provocaron un deterioro de las infraestructuras y una caída de la inversión, ya que los agricultores quedaron a merced de las élites locales. De hecho, parece que los

agricultores corrientes abandonaron la tierra, porque no veían la manera de sobrevivir y se trasladaron a pueblos y ciudades. La entrada de las élites en la economía tuvo exactamente el impacto que Jaldún había indicado.

Éste señaló de manera explícita cómo su teoría explicaba el colapso de los abasíes:

> La cohesión tribal árabe dejó de existir en la época de los reinados de Al-Mutásim y de su hijo Al-Wáthiq, y después sólo mantuvieron su poder gracias a clientes persas, turcos, dailamitas, selyúcidas y otros. Los clientes persas impusieron su autoridad sobre las provincias, y el poder de la dinastía declinó hasta el punto de que apenas si rebasaba los distritos de Bagdad.

El crecimiento despótico con el rostro de Jano

La teoría de Jaldún es un brillante ejemplo del impacto que tiene la formación de un Estado despótico sobre la economía; no porque el tipo de ciclo en el que Jaldún basó su hipótesis, según la cual lo malo sigue a lo bueno, sea una «ley histórica», sino porque subraya tanto lo bueno como lo malo que una economía siempre encarnará bajo el despotismo.

Un Estado puede ofrecer muchos beneficios que se traducen en un orden, una seguridad y una paz mayores. Puede imponer leyes, y así aclara y prevé los conflictos que de manera inevitable aparecen durante las transacciones económicas. Ayuda a la expansión de los mercados y el comercio. El Estado, y los constructores del Estado que lo controlan, pueden también considerar que les interesa reforzar los derechos de propiedad por las mismas razones que la curva de Laffer: sin derechos de propiedad y cierta previsibilidad de las políticas estatales, es como si todo el mundo se enfrentara a unas tasas impositivas cercanas al ciento por ciento, y la gente carecerá de incentivos para producir, trabajar, comerciar e invertir, lo que dará como resultado una escasa recaudación por ingresos fiscales para el Estado. No es un resultado deseable, de modo que es mejor mantener los impuestos bajos. Cuando eso sucede, la actividad económica puede florecer, con todos los beneficios que eso conlleva tanto para la sociedad como para el Leviatán despótico. La misma lógica subyace en la

razón por la que los constructores del Estado pueden considerar que les interesa ofrecer servicios públicos, infraestructuras e incluso educación para aumentar la productividad y la actividad económica.

Esto implica que el Leviatán despótico puede crear mejores oportunidades e incentivos de carácter económico que el estado de guerra o la jaula de normas. Puede incluso organizar la sociedad, estructurar leyes y hacer inversiones para estimular directamente el crecimiento económico. Es la esencia de lo que llamamos el «crecimiento despótico».

La historia del Estado islámico ilustra claramente esta clase de crecimiento. En comparación con los clanes guerreros que habían dominado Medina con anterioridad, la capacidad de Mahoma para resolver disputas e imponer leyes alentó la actividad económica. Los derechos de propiedad se volvieron más seguros para los medinenses, porque el Estado de Mahoma impedía que las disputas se intensificaran y, una vez unificó a las tribus árabes, puso fin a los asaltos. Esos mismos factores también facilitaron el comercio. Como acabamos de ver, este protoestado organizó nuevas inversiones en infraestructuras públicas, como presas, canales subterráneos y otras instalaciones para la irrigación. La productividad agrícola aumentó enormemente en consecuencia. Una dirección opuesta a la que tenía Medina ante sí antes de la llegada de Mahoma.

Pero de la misma forma que el Leviatán tiene las dos caras de Jano, el crecimiento despótico también las posee, y Jaldún comprendió esto de una manera muy perceptiva. Reconoció que el Estado despótico, que carecía de cualquier control popular o mecanismo de rendición de cuentas, está condenado a concentrar en sus manos un poder político cada vez mayor. Ese mayor poder implica una mayor monopolización de los beneficios económicos, una mayor tentación de violar los derechos de propiedad que debía proteger, y un insidioso descenso por la curva de Laffer hacia el lugar en el que las tasas impositivas y los riesgos de expropiación son tan elevados que no sólo empieza a resentirse el sustento de los ciudadanos, sino los ingresos fiscales del Estado. Jaldún, de hecho, consideró que esa fase, en la que el Estado se vuelve contra la sociedad, era inevitable. Lo cual no sólo significaba que al final los frutos del crecimiento despótico

desaparecerían, sino que la previsión de la cara temible del Leviatán reduciría los beneficios que genera aun antes de ese momento. En el poético lenguaje de Jaldún:

> Como el gusano de seda, que teje
> y acaba feneciendo en el centro de su trama.

Hay una segunda razón igualmente fundamental que limitará el crecimiento despótico. Como subrayamos en nuestro libro anterior, *Por qué fracasan los países*, el crecimiento económico duradero no sólo requiere que haya derechos de propiedad, comercio e inversión seguros, sino que resulta aún más crucial la existencia de innovación y mejoras continuadas de la productividad. Esto es mucho más difícil de lograr bajo la adusta mirada del Leviatán despótico. La innovación requiere creatividad y ésta necesita libertad, que los individuos actúen sin miedo, experimenten y determinen su camino con sus propias ideas, aunque no sea el que a los demás les gustaría. Esto es difícil de mantener bajo el despotismo. Cuando un grupo domina al resto de la sociedad, las oportunidades no están abiertas a todo el mundo, y en una sociedad sin libertad, tampoco hay mucha tolerancia con los experimentos y los caminos alternativos.

De hecho, éstas son las razones por las que en nuestro libro anterior sostuvimos que el «crecimiento extractivo», un primo cercano de lo que aquí llamamos crecimiento despótico, es limitado y resulta muy improbable que se convierta en la base de una prosperidad duradera a largo plazo. Ilustramos esta naturaleza limitada del crecimiento extractivo con varios ejemplos, el más sencillo de los cuales fue el auge y la caída del milagro del crecimiento soviético. Los soviéticos pudieron organizar la economía para destinar recursos y enormes inversiones a la manufactura y después a la carrera espacial y las tecnologías militares. Pero no pudieron generar suficientes mejoras en la innovación y la productividad para impedir que la economía se estancara y colapsara. Este ejemplo subraya el hecho de que el crecimiento extractivo se produce cuando a un gobernante que no está limitado ni por las instituciones ni por la sociedad le interesa apoyar el crecimiento. Pero incluso en este caso, el gobernante no será capaz de organizar y dirigir la innovación. Ni será capaz de asegurar una amplia

distribución de las oportunidades que permita hacer el mejor uso de la creatividad de la gente. Sucede lo mismo con el crecimiento despótico creado por el Leviatán despótico, sin ningún tipo de control popular, participación activa de la sociedad o verdadera libertad.

La ley del remo astillado

Durante la unificación de las islas hawaianas, Kamehameha comprendió bien los beneficios del crecimiento despótico para los constructores del Estado.[94] La primera ley que aprobó después de la conquista final fue la ley del remo astillado.[95] Ésta decía:

> Oh, pueblo mío, honra a tus dioses;
> respeta por igual [los derechos de] los grandes hombres y los humildes; asegúrate de que nuestros ancianos, nuestras mujeres y nuestros niños se acuestan a dormir junto al camino sin miedo a daño alguno.
> Desobedece y muere.

Esta ley ha sido considerada tan importante en la historia de Hawái que se incorporó en la sección 10 de la Constitución del Estado de 1978, y dice:

> **Seguridad pública**. La ley del remo astillado, mamala-hoe kanawai, decretada por Kamehameha I —dejad que los ancianos, mujeres y niños se acuesten junto al camino seguros — será un símbolo único y vivo de la preocupación del Estado por la seguridad pública.
>
> El Estado estará facultado para garantizar la seguridad de las personas frente a los delitos contra las personas y la propiedad.

La intención original de la ley era señalar que el nuevo Estado no toleraría ataques no provocados contra las personas o las propiedades. El nombre de la ley se refería a un incidente que tuvo lugar cuando Kamehameha, que entonces era un joven guerrero, participó en un asalto en la costa de Puna, en el lado oriental de la isla de Hawái (véase el mapa 6 del capítulo anterior), y decidió atacar a unos pescadores para quedarse con sus capturas. Al saltar de su canoa a la costa, a Kamehameha se le quedó atrapado un pie en una grieta de lava y, al verlo, uno de los pescadores tuvo la valentía de ir hasta él y golpearle con un remo que se astilló por el

impacto. El nombre de la ley hace referencia a que después Kamehameha se dio cuenta de que el ataque había sido un error y señaló su intención de eliminar ese comportamiento.

No sólo le preocupaban los ataques no provocados contra las personas y las propiedades de los hawaianos indígenas, sino también contra los extranjeros. Se dio cuenta de que la prosperidad de su nuevo reino insular dependía del aumento de las relaciones comerciales con el mundo exterior. Durante la unificación de las islas se había desarrollado un comercio activo para el aprovisionamiento de los barcos extranjeros, pero éste se veía continuamente amenazado por actos hostiles. Los hawaianos eran particularmente aficionados a robar las anclas de las naves extranjeras. En el capítulo anterior, hemos visto que la cadena de acontecimientos que llevó a la muerte del capitán Cook empezó con el robo de un cúter de su buque insignia. En 1793, Kamehameha ya había declarado al señor Bell, un miembro de la expedición a las islas del explorador George Vancouver,

> su más solemne determinación de no molestar o perturbar nunca a la más débil embarcación que llegue a Kealakekua, o donde quiera que él se encuentre, sino por el contrario hacer todo lo posible para que su estancia entre ellos sea cómoda.

Kamehameha se tomó en serio esto y la reactivación del crecimiento despótico. En seguida logró superar la reticencia de los comerciantes extranjeros a ir a las islas. Los potenciales beneficios económicos eran sustanciales, y Kamehameha los aprovechó con habilidad. Monopolizó el comercio exterior introduciendo nuevas regulaciones *tapu* para impedir que la gente corriente participara en el comercio con extranjeros. Acaparó el mercado con tanto éxito que pudo decidir los términos del comercio con los extranjeros, estableciendo precios altos para los artículos que necesitaban para abastecer sus barcos. Ese aprovisionamiento fue lucrativo, pero Kamehameha pronto se dio cuenta de que había beneficios aún mayores en la exportación de sándalo.[96] En 1812 firmó un contrato con los hermanos Winship y W. H. Davis, capitanes de barco de Boston, que le aseguraba el monopolio de las exportaciones de sándalo desde Hawái. El acuerdo duró diez años y Kamehameha se quedaba personalmente con una cuarta parte de

todos los beneficios. Ibn Jaldún habría apuntado que este acuerdo no crearía prosperidad durante mucho tiempo. No lo hizo, y ocurrió exactamente como Jaldún había previsto.

Un tiburón en tierra firme

Uno de los grandes eruditos del Hawái histórico fue un sueco, Abraham Fornander, quien llegó a las islas en 1838, aprendió el idioma, se casó con una mujer nativa y desarrolló una gran pasión por esta sociedad. Después de su muerte en 1887, el Museo Bishop publicó sus manuscritos en la década de 1920. Fornander dejó escrito un cántico:[97]

> Un tiburón que va tierra adentro es mi jefe,
> Un tiburón muy fuerte capaz de devorar toda la tierra;
> Un tiburón de branquias muy rojas es el jefe,
> Tiene una garganta capaz de tragarse la isla sin atragantarse.

El cántico compara a los jefes de Hawái (anteriores a la época de Kamehameha) con un «tiburón que va tierra adentro». Era una analogía apropiada (y depredadora).

Como en otros ejemplos de crecimiento despótico, la creación del Estado hawaiano bajo el gobierno de Kamehameha no tardó en seguir el camino de los jefes previos; el tiburón se adentró en tierra firme. Samuel Kamakau, otro miembro de las primeras generaciones de hawaianos que se convirtieron en historiadores de su sociedad, resumió este proceso. Como David Malo, cuyo testimonio vimos en el capítulo anterior, Kamakau fue testigo directo de muchos de los acontecimientos que documentó o bien entrevistó a gente que lo fue. Su descripción menciona los aspectos beneficiosos de la construcción del Estado de Kamehameha, pero también es franco acerca de sus enormes inconvenientes:

> El conjunto del país se benefició de la unificación del gobierno en una persona, pero bajo el gobierno de Kamehameha la mayoría de los jefes y terratenientes oprimieron a los plebeyos y se quedaron con sus tierras, con lo que obligaron a la gente que había tenido tierras a convertirse en esclavos [...]. Se pagaban impuestos por todas las posesiones, bien fueran grandes o pequeñas, y

> constantemente se añadían otros, puesto que había muchos terratenientes o subterratenientes que exigían tributos [...]. La unión del país había provocado unos impuestos excesivos [...]. «Hasta los trozos de tierra más pequeños pagan impuestos» [...] era un dicho habitual.

El progreso del tiburón —o de los tiburones, puesto que los jefes por debajo de Kamehameha y sus sucesores rápidamente se pusieron en acción — se describe vívidamente en una serie de documentos que han llegado hasta nosotros, escritos en 1846, en el contexto del intento de Kamehameha III de racionalizar y redistribuir los derechos sobre la tierra. Un consejo de tres personas, un hawaiano y dos extranjeros, estableció una serie de «principios» mediante los cuales se formalizarían los derechos de propiedad. Estos principios señalaban que «el rey, que representa al gobierno, habiendo sido anteriormente el único propietario de la tierra [...] aún debe ser considerado como tal». Por supuesto, como ya hemos visto, los reyes no eran «propietarios» de la tierra en el sentido occidental de la palabra. Sin embargo, a continuación el documento señalaba:

> Cuando Kamehameha I conquistó las islas, siguió el ejemplo de sus predecesores y dividió las tierras entre sus principales jefes guerreros, quedándose, sin embargo, con una parte, para que fuera cultivada o gestionada por sus propios sirvientes o ayudantes inmediatos. Cada jefe principal dividió sus tierras, una vez más, y se las dio a una orden inferior de jefes, o personas de rango, quienes a su vez las subdividieron una y otra vez; después de haber pasado por las manos de cuatro, cinco o seis personas, descendiendo del rey hasta la clase de arrendatarios más baja. Se consideraba que todas estas personas tenían derechos sobre las tierras, o la producción que se obtenía de ellas.
>
> Todas las personas [...] debían y pagaban al rey no sólo un impuesto sobre la tierra, que él calculaba a su gusto, sino también servicios que él estimaba a discreción, en todos los grados, desde el más alto al más bajo. También debían y pagaban una porción de los productos de la tierra, además de los impuestos anuales. Le debían obediencia en todo momento.

La elección de las palabras es significativa. Ahora no sólo los *makaainanas*, las personas corrientes, debían tributo y trabajo, lo hacía todo el mundo, «todos los grados, desde el más alto al más bajo». También es llamativa la referencia a los «servicios que él estimaba a discreción». El trabajo forzado se utilizaba de manera generalizada en las tierras del rey. F. I. Shemelin, que pertenecía a la Russian-American Company y tuvo una interacción frecuente con las islas, dejó escrito que «no sólo no les paga

nada por su trabajo, sino que se niega a alimentarlos». Kamaku documentó que los cortadores de sándalo se veían obligados a comer «hierbas y troncos de helecho arbóreo».

El trabajo forzado cobró una especial importancia cuando la demanda de sándalo se amplió en la década de 1820, después de la muerte de Kamehameha. Normalmente la madera se encontraba lejos de las granjas de la gente, crecía en las laderas de las zonas más montañosas, y el rey y los jefes empezaron a organizar grandes misiones con cientos e incluso miles de hombres coaccionados, que tenían que encontrar, cortar y transportar la madera hasta la costa, un proceso que podía requerir semanas. Los misioneros ingleses Tyerman y Bennet vieron a dos mil hombres transportando sándalo al almacén real de Kailua, en Hawái, en 1822. No se les pagaba ni alimentaba, y tenían que vivir de lo que daba la tierra. El trabajo obligatorio y la dislocación que provocaba no tardaron en provocar la caída de la producción agrícola y unas condiciones prácticamente de hambruna persistentes. Un visitante contemporáneo escribió que:

> la razón por la que las provisiones son tan escasas en esta isla es que la gente, durante los últimos meses, ha estado ocupada cortando sándalo, y por supuesto ha abandonado el cultivo de la tierra.

El comportamiento de un jefe del norte de Oahu, conocido como Cox, está particularmente bien documentado. A principios de la década de 1820, organizó largas campañas para hacerse con sándalo del bosque situado en las tierras altas que rodeaban el valle del río Anahulu, en el norte de la isla. Un comerciante, Gilbert Mathison, fue testigo de la magnitud de dicha tarea y de la intensidad de la coerción que implicaba. Escribió:[98]

> Cox había dado órdenes a varios cientos de personas de entre su gente para que acudieran a los bosques un día determinado a cortar sándalo. Todos obedecieron excepto un hombre, que cometió la locura y osadía de negarse. Por ello se prendió fuego a su casa, que ardió hasta los cimientos ese mismo día; aun así, se negó a ir. El siguiente paso consistió en arrebatarle sus posesiones y sacar a su esposa y su familia de su propiedad.

Las observaciones de Mathison sobre la manera en que Cox gobernaba su territorio demuestran lo extractivo que se volvió el Estado de Kamehameha tras su muerte. Por ejemplo, un marinero estadounidense, al

que Cox le había concedido tierras, informó de que temía hacer cualquier clase de mejora en su tierra porque podía llamar la atención de Cox, que después se apropiaría de todo. En 1824, un lugareño informó al sacerdote James Ely de que[99]

> estamos hundidos en el desánimo. No tenemos ningún aliciente para trabajar, pero muchas cosas nos disuaden de hacerlo. Si emprendemos un proyecto, los jefes nos señalan y la propiedad que obtenemos se la quedan ellos. Si alimentamos a las piaras de cerdos, o a los rebaños de ovejas, cabras o a las aves, se nos arrebatan según la voluntad de los jefes. Si vendemos lo producido, el dinero o la propiedad recibidos a cambio se nos quitan. Cuantas más iniciativas acometemos, más oprimidos estamos.

A finales de la década de 1820, el trabajo que requería el rey aumentó de un día a tres por semana como consecuencia de la intensificación de los servicios de trabajo obligatorio para cortar sándalo. En la década de 1830, los bosques de sándalo estaban agotados, pero ahora el rey y los jefes empezaron a utilizar el trabajo obligatorio para la agricultura. En la década de 1840, el misionero William Roberts estimó que, además de los servicios de mano de obra, el granjero medio transfería al rey y a los distintos jefes unos desmedidos dos tercios de toda su producción.

Este sistema extractivo culminó con el Gran Mahele de 1848, cuando el rey Kamehameha III adoptó la radical distribución de las tierras que hemos mencionado antes. El resultado fue que un 24 por ciento de las tierras de las islas se convirtieron en propiedad privada del rey. Otro 36 por ciento fue a parar al gobierno, es decir, al rey. Se destinó además más del 39 por ciento a 252 jefes, lo que dejó menos de un 1 por ciento al resto de la población.

Ciertamente los tiburones estaban tierra adentro, comiéndosela.

El pájaro que devora a los demás

Las implicaciones económicas del Estado zulú fueron similares. En la década de 1820, las numerosas sociedades pequeñas dominadas por un jefe que habitaban la zona que más tarde se convertiría en KwaZulu-Natal dependían del maíz, el mijo y la cría de animales. No había demasiado comercio y los comerciantes internacionales de esclavos no habían llegado

hasta esta parte de África. Como en la mayoría de las sociedades africanas precoloniales, las familias y sublinajes tenían derecho a cultivar o a pastorear sus rebaños en ciertas áreas. Tanto las vacas como los cultivos eran propiedad privada de las familias. Aunque la economía zulú difería en muchos sentidos de la de Tivlandia, donde las vacas eran escasas por la presencia de la mosca tsé-tsé, las evidencias sugieren que también estaba enjaulada. Las vacas, por ejemplo, eran un bien de prestigio que sólo podía venderse en circunstancias muy especiales e infrecuentes.

En el proceso de intentar construir un Estado, Shaka reorganizó la economía, rompiendo partes de la jaula de normas que se interponían en el camino. Declaró que toda la tierra le pertenecía, un cambio muy radical respecto del *statu quo* inicial. Como documenta una historia oral:[100]

> La tierra de Zululandia pertenece a Shaka, que la unificó. Shaka se encaprichaba de un hombre y después, tras conquistar la tierra de algún jefe, decía que ese hombre podía ir y construir en cualquier lugar que él [Shaka] le indicara. Los hombres solían recibir tierra de Shaka, y un hombre podía recibir permiso para ocupar la tierra aunque otra gente pudiera estar viviendo en ella en ese momento.

Pero no solo la tierra, el ganado también pertenecía a Shaka. Sin embargo, se trataba de una economía bastante simple. Había poca manufactura, y además Shaka monopolizaba la producción de armas, en concreto de lanzas y escudos, que eran para sus soldados. El antropólogo Max Gluckman subrayó el grado limitado en que la desigualdad podía manifestarse en una sociedad así al observar:[101]

> Un jefe zulú sólo puede comer una cantidad determinada de gachas de maíz.

Aun así, la formación del Estado bajo el gobierno de Shaka coincidió con un gran aumento de la desigualdad, y Shaka, sus parientes y los principales miembros del clan zulú que conformaban la familia real fueron los principales beneficiarios. Aunque sólo pudiera comer una cantidad determinada de gachas, Shaka podía monopolizar, y de hecho lo hacía, por completo el poder y estableció una dominación incontestable sobre los demás. No sólo logró hacerse con los derechos de propiedad de las tierras y las vacas, utilizó su control sobre las mujeres y el matrimonio para ejercer

el control social. También monopolizó el floreciente comercio con los europeos, que se habían establecido en la costa. Se aseguró de que todo el comercio con los europeos pasara por sus manos y acaparó valiosos suministros de marfil para vendérselos.

Pero bajo el mandato de Shaka no sólo hubo extracción. Como Kamehameha, cuando acabó la guerra que había dado pie al Estado zulú, Shaka estableció un sistema legal e instituciones centralizadas para resolver conflictos que ayudaron a su pueblo, al tiempo que mejoraban los incentivos económicos. Cuenta la historia oral que el plan inicial de Dingiswayo para la expansión territorial se vio precipitado por el deseo de detener las luchas y los conflictos constantes que estallaban entre pequeños clanes y tribus dominadas por un jefe. De hecho, una vez incorporados al Estado de Shaka, había bastante orden y la paz de Shaka sin duda protegió a la gente de la amenaza de asaltos y ataques de las tribus cercanas. Parece que también se redujo mucho la delincuencia en el reino. Los robos de ganado, bastante comunes antes del ascenso del rey, desaparecieron en gran medida debido a los severos castigos que Shaka estableció a quienes quebrantaban la ley.

Como en nuestros otros ejemplos, en Zululandia el orden propició el crecimiento despótico, que benefició a la sociedad en cierto grado, pero que sobre todo benefició enormemente a Shaka y a su séquito.

La economía de la Revolución de las Rosas

En los despreocupados días posteriores al colapso del comunismo en Georgia, el sector privado de los servicios de transporte prosperaba.[102] Por ejemplo, se produjo un enorme aumento de los *maschrutkas*, autobuses taxi que, en comparación con el sistema anterior estrictamente regulado, demostró ser muy atractivo y flexible. Pero el Gobierno de Eduard Shevardnadze, cuyo ascenso al poder hemos contado en el capítulo anterior, pronto mostró que también podía regular, y mucho.

Todos los conductores de *maschrutka* tenían que pasar un examen médico *diario* para tener la certidumbre de que no estaban borrachos y no tenían la presión sanguínea alta. Si un conductor no presentaba su

certificado de salud, se arriesgaba a perder la licencia. Mientras Shevardnadze estaba en el poder había cientos, probablemente miles de *maschrutkas* que llevaban a la gente de un lado a otro de la capital, Tiflis. El Gobierno de Shevardnadze no sólo fijó su atención en los conductores de taxis. Decidieron que todos los puestos callejeros de pequeños comerciantes tenían que ajustarse a un determinado diseño arquitectónico. Al igual que los conductores de *maschrutka*, esos comerciantes tenían que renovar su licencia dos veces al año. Estas regulaciones sólo eran la punta del iceberg. Las gasolineras, por ejemplo, tenían que situarse a una determinada distancia de la calle.

El Estado de Shevardnadze debió acumular una considerable capacidad para implementar esas medidas. En cierto sentido, así fue, pero no en el sentido más literal de la palabra. De hecho, esas regulaciones, y miles de parecidas, nunca fueron pensadas para ser implementadas. Nadie esperaba de veras que los conductores de *maschrutkas* pasaran un examen médico a diario, y de hecho no lo hacían. Pero al crear la regla, el Estado georgiano también creaba de inmediato un pretexto para perseguir a toda la flota de conductores de *maschrutka*. Para evitarlo, los conductores tenían que pagar sobornos. Lo mismo sucedía en el caso de los pequeños comerciantes. Y de las gasolineras.

Las acciones explícitas de Shevardnadze para extraer recursos y sobornos de los georgianos son algo diferentes de la teoría generacional de Jaldún, que previó que el despotismo primero fomentaría cierto crecimiento y después intensificaría la extracción, un patrón que parece encajar con lo sucedido en el Califato, en Hawái e incluso en Zululandia. El Estado de Shevardnadze se saltó el primer paso y se lanzó directamente al robo. ¿Por qué?

Para responder a esta pregunta primero tenemos que reconocer que el trato a los conductores de *maschrutka* era parte de una medida política (si es que puede recibir tal denominación) más sistemática, una que no estaba dictada por la lógica económica, sino por la política: permanecer en el poder creando desorden económico.

En buena medida, Shevardnadze se comportó de este modo porque se encontraba en una posición mucho más débil que los demás constructores de Estado que hemos abordado en este capítulo y el anterior. Incluso después de haber engañado a los señores de la guerra, se enfrentaba a importantes poderes regionales en Georgia. Se aferraba al poder en lugar de construir un Estado capaz, e intentó hacerlo aplacando los intereses poderosos mediante la apropiación de riquezas (o al menos de sobornos). En los países en desarrollo, la corrupción es habitual, de modo que ver a los conductores de *maschrutka* sobornando a los funcionarios del Estado no es algo tan raro. Pero lo que sucedió en Georgia fue un poco distinto de este tipo de corrupción. Shevardnadze estableció un sistema para que los conductores estuvieran obligados a quebrantar la ley, e hizo que la policía tuviera dinero fácil al alcance de la mano. Hizo que el quebrantamiento de la ley fuera inevitable y creó un sistema que alentaba la corrupción.

Su principal motivo era controlar la sociedad, que ahora siempre era culpable de quebrantar la ley. Podías evitar la aplicación de la ley pagando hoy un soborno, pero el Estado podía ir a por ti en cualquier momento. Este plan también controlaba a los funcionarios del Estado, otro grupo potencialmente poderoso: aceptar sobornos era ilegal, de modo que si quisiera, el Estado también podría ir a por ellos.

Shevardnadze combinó lo que podríamos llamar la «baja corrupción» con un sistema igualmente laberíntico de «alta corrupción». Las élites de alto rango, los miembros del Parlamento y los altos funcionarios fueron tentados por planes similares. También se les dio una participación en el régimen de Shevardnadze, porque él compartía con ellos los ingresos que entraban en su gobierno, sobre todo los procedentes de donantes internacionales. Pero sólo disfrutarían de esos ingresos si Shevardnadze seguía en el poder, de modo que tuvieron que subirse al carro. Shevardnadze utilizó múltiples métodos para lograrlo y la historia comunista del país supuso una enorme ventaja: el Gobierno georgiano era propietario de la mayoría de los sectores productivos de la economía. Aunque se habían producido intentos simbólicos de privatización antes de su llegada al poder, ésta no había llegado a producirse. Shevardnadze abordó entonces la privatización al estilo soviético: la venta de

determinados activos por poco dinero a personas poderosas o a gente a la que quería incorporar (veremos cómo funcionaban estas privatizaciones en Rusia en el capítulo 9). Con frecuencia, para firmar el trato, se convertían en ministros a cargo de la regulación de las empresas de las que eran propietarios. De esta forma, logró crear una serie de monopolios. De igual manera que las regulaciones para la parte inferior de la sociedad eran parte de su estrategia política, también lo eran las destinadas a la parte alta. Por ejemplo, el Gobierno aprobó una ley que prescribía que cada coche tenía que llevar un tipo específico de extintor, uno que importaba de manera exclusiva un pariente del ministro del Interior.

La familia de Shevardnadze también participó en el proceso. Mientras la población sufría constantemente cortes eléctricos, dos empresas comerciales propiedad de la familia del presidente vendían electricidad producida por el Gobierno de manera extraoficial con un sustancioso beneficio de alrededor de treinta millones de dólares. Había muchas regulaciones para las importaciones y las exportaciones, de modo que el contrabando era muy rentable y se producía a gran escala. En 2003, una comisión parlamentaria calculó que el 90 por ciento de la harina, el 40 por ciento de la gasolina y el 40 por ciento de los cigarrillos consumidos en el país eran fruto del contrabando. Esto generaba un enorme flujo de sobornos, pero como las élites, buena parte de ellas en el gobierno, estaban implicadas en el comercio ilegal, esto también le daba al Gobierno numerosas excusas para ir a por ellas si quería, como sucedía con la policía de tráfico y los exámenes médicos de los conductores de *maschrutka*. El fomento de la ilegalidad era parte de la estrategia.

Un indicio de hasta qué punto la pertenencia al gabinete se utilizaba como herramienta para la cooptación y la corrupción es que en 2000, después de ocho años en el poder, Shevardnadze finalmente nombró ministro a alguien de su propio partido político. Significativamente, ese hombre fue Mijéil Saakashvili, que se convirtió en ministro de Justicia. Saakashvili se negó a dejarse corromper y fue despedido en seguida; más tarde se convirtió en uno de los líderes de la Revolución de las Rosas que en noviembre de 2003 expulsó a Shevardnadze del poder.

El impacto económico de Shevardnadze fue sin duda negativo. No se debió únicamente a que los monopolios y las regulaciones socavaran la capacidad de los mercados de crear incentivos y oportunidades para la actividad productiva. Fue también porque Shevardnadze lo gestionó todo de manera muy discrecional e impredecible. El objetivo del desorden económico era mantener desconcertado a todo el mundo. Un día podías ser ministro con un bonito monopolio y al día siguiente Shevardnadze podía cambiar de opinión y quitártelo todo. La idea era hacer que la gente dependiera tanto del presidente que se volviera totalmente leal. Funcionó tan bien que Shevardnadze logró permanecer en el poder una década entera. Pero la ambigüedad y la impredecibilidad crearon tremendos impedimentos para la inversión. Como consecuencia directa, el crecimiento económico, aún en su forma despótica, no se materializó en Georgia. De hecho, en general, los estándares de vida medios no cambiaron durante este período.

La estrategia política que Shevardnadze desarrolló rápidamente y luego perfeccionó no es una aberración georgiana. Como hemos visto, el despotismo significa silenciar y dejar de lado la participación de la sociedad en las decisiones políticas, sociales y económicas, lo que a su vez permite el ejercicio del poder despótico. Pero no significa necesariamente que el déspota esté seguro en su puesto, porque otros pueden verse tentados por los beneficios políticos y económicos que tiene controlar un Estado poderoso y sin constricciones. La amenaza de la pérdida del poder puede entonces llevar al gobernante a estructurar la economía no para la eficiencia, sino para cooptar a los rivales que estén dispuestos y liquidar a los que no. Es lo que Shevardnadze logró hacer en tan poco tiempo.

Con Shevardnadze, pues, estamos presenciando la peor faceta del crecimiento despótico. Con todo, es importante entender los aspectos comunes que vinculan este episodio con los otros casos. La fragilidad del crecimiento despótico emana, en parte, del hecho de que sólo seguirá en la medida en que le interese al gobernante y a su séquito. El problema con Georgia era que desde el principio el crecimiento no fue la prioridad de Shevardnadze. Estaba demasiado centrado en debilitar a la sociedad,

creando corrupción y comprando a otros actores poderosos de Georgia, con las consecuencias previsiblemente terribles que eso tuvo para la prosperidad.

Economías enjauladas y despóticas

Los logros de la economía fuera del pasillo son, sin duda, ambivalentes. Si vives sin Leviatán, la situación es nefasta. Para empezar, puedes acabar con un conflicto interminable de «todo hombre contra todo hombre», como previó Hobbes, con pobres incentivos y, por lo tanto, «sin lugar para la industria». Si tu sociedad consigue movilizar sus normas y costumbres para frenar el conflicto y contener la violencia, esto tiende a crear una economía enjaulada, constreñida por normas y llena de incentivos económicos distorsionados que no hacen nada por acabar con la pobreza.

El despotismo puede mejorar estos resultados, o eso pensaba Hobbes. Comparado con el estado de guerra o la economía enjaulada, el Leviatán despótico tiene ventajas evidentes. Aunque sea despótico, el Estado puede impedir enfrentamientos, resolver conflictos, imponer leyes que favorezcan las transacciones económicas, invertir en infraestructuras públicas y contribuir a generar actividad económica. Puede incluso beneficiar a la economía al relajar las restricciones a las actividades económicas que se basan en normas. El Califato muestra cómo el Estado puede desatar un inmenso potencial económico gracias a la imposición del orden y a las inversiones que asume o fomenta y que mejoran la productividad. Ésta es la máxima expresión del crecimiento despótico. Pero es inherentemente frágil porque, como previó Jaldún, el Leviatán despótico siempre se verá tentado a extraer más ingresos de la sociedad, monopolizar en mayor medida los recursos valiosos y actuar de manera más excesiva. También es frágil porque el poder del Estado puede ser utilizado, como hizo Shevardnadze, para crear un sistema enormemente ineficiente cuyo único objetivo sea evitar o paralizar las amenazas a la posición del déspota. También es limitado, cuando se trata de afianzar un crecimiento económico duradero, porque no activa y promueve los aspectos más productivos de la sociedad: su capacidad para funcionar libremente, generar oportunidades e incentivos

mayoritarios para la actividad económica, y atraer la inversión, la experimentación y la innovación. Para eso, tendremos que esperar al surgimiento de la libertad y del Leviatán encadenado.

Capítulo 5

Alegoría del buen gobierno

Los frescos de Piazza del Campo

Cuando entras en la famosa Piazza del Campo, que tiene forma de concha y se halla en el corazón de Siena, el Palazzo Pubblico se alza imponente. Su construcción empezó en 1297. Era la sede del gobierno de Siena, cuya institución más poderosa estaba formada por nueve cónsules. «Los Nueve» se reunían en una sala del palacio, la *sala dei nove*, el salón de los nueve. La sala sólo tiene ventanas en el lado que da a la plaza. En las otras paredes hay tres frescos extraordinarios, encargados por los Nueve y pintados entre febrero de 1338 y mayo de 1339 por Ambrogio Lorenzetti.[103] Si le das la espalda a la luz, el primero que ves es el que está frente a las ventanas, la *Alegoría del buen gobierno* (que se puede ver en el encarte de fotos).

El primer detalle que llama la atención de esta compleja obra de arte es la figura sentada a la derecha, que parece un gobernante o rey. Está flanqueado por representaciones artísticas de las distintas virtudes cardinales: a la izquierda, la Fortaleza, la Prudencia y la Paz; a la derecha, la Templanza, la Justicia y la Magnanimidad. Así pues, ¿es tal vez un gobernante justo y magnánimo? Parece raro que la *Alegoría del buen gobierno* represente a un gobernante porque en 1338 Siena no lo tenía, y los Nueve sin duda habrían desaprobado a tal persona. El misterio se resuelve al advertir que el presunto gobernante lleva ropas blancas y negras, los colores de Siena. A sus pies hay otros símbolos de Siena, la loba y los gemelos, una imagen tomada de la fundación de Roma por los míticos gemelos Rómulo y Remo, amamantados de niños por una loba. Si se alza la mirada, por encima de la cabeza del gobernante se ven las iniciales C. S. C. V., que en latín significan *Commune Senarum Civitas Virginis*, que se

traduce como «La comuna de Siena, la ciudad de la virgen». Siena había adoptado a la Virgen María como su patrona justo antes de la batalla de Montaperti en 1260, cuando derrotó a los florentinos. El gobernante, entonces, representa a la comuna de Siena.

En este fresco observamos algo muy distinto de la «voluntad de poder» y sus consecuencias. Los gobernantes están en el fondo y la comuna, como representación de la sociedad, aparece en primer plano. Los sieneses reconocían algo especial en esa forma de organización, como indica su énfasis en el «buen gobierno». Lo distintivo de Siena y de las comunas que surgieron en Italia más o menos al mismo tiempo era un nivel de libertad mucho mayor. Esto afianzó una economía muy distinta, con incentivos generalizados y oportunidades que abrieron el camino hacia la prosperidad.

La idea de la comuna parece haber surgido de manera gradual en Italia a finales del siglo IX y durante el siglo X, cuando los ciudadanos del norte de Italia empezaron a cuestionar y deponer la autoridad de sus gobernantes, obispos, autoridades eclesiales y señores (véase el mapa 7). En su lugar, empezaron a crear varios sistemas de autogobierno republicano. No tenemos una perspectiva completa de esos primeros días, sólo fragmentos. Por ejemplo, en Módena, en 891, hay documentada una «conspiración popular» contra el obispo. Sabemos de algo similar durante la misma década en Turín, y en 924 en Cremona. En 997, en Treviso, el obispo actuaba sólo «con el consentimiento de todos los hombres importantes y jueces y todo el pueblo de Treviso». En 1038, el obispo de Brescia hizo concesiones a 154 hombres identificados y «los demás hombres libres que residen en Brescia». En estos casos, el predominio de las pruebas eclesiásticas es probablemente consecuencia de que la Iglesia conserva mejor los documentos. La autoridad laica, casi sin duda, también se veía amenazada.



Mapa 7 Las comunas italianas y las ferias de Champaña.

El rasgo definitorio de esta nueva forma de gobierno era la elección popular de cónsules para que gobernaran la ciudad durante un período de tiempo determinado. En 1085, Pisa contaba con doce de estos cónsules, escogidos por una asamblea popular. En Siena, sabemos que los había un poco más tarde, en 1125. Durante este período, aparecieron comunas en todo el norte y centro de Italia: en Milán en 1097, en Génova en 1099, en Pavía en 1112, en Bérgamo en 1117 y en Bolonia en 1123. Aunque nominalmente formaban parte del Sacro Imperio Romano, la Paz de Constanza de 1183, firmada con el emperador Federico Barbarroja, reconocía la autonomía de facto de estas comunas. El tratado les concedía incluso el derecho a construir fortificaciones, quizá rindiéndose a lo inevitable. El propio Barbarroja no estaba demasiado satisfecho, pero comprendía las implicaciones de lo que las comunas estaban intentando

hacer en favor de la libertad. El obispo Otto de Freising, tío de Barbarroja, escribió sobre las dificultades que se encontró éste a la hora de enfrentarse con las comunas en las *Gestas de Federico Barbarroja*, al sostener que

> en el gobierno de sus ciudades [...] y en la conducta de los asuntos públicos [...] desean a tal punto la libertad que [...] se gobiernan por la voluntad de cónsules y no de gobernantes [...]. Y para reprimir la arrogancia, los mencionados cónsules se escogen [...] de cada una de las clases. Y a menos que excedan los límites por ansia de poder, son sustituidos casi todos los años. La consecuencia es que, como prácticamente toda la tierra se divide entre las ciudades [...] apenas puede hallarse noble o gran hombre en todo el territorio circundante que no reconozca la autoridad de la ciudad.[104]

El obispo Otto también comprendió la conexión entre la autonomía política y la prosperidad de las comunas, porque, proseguía:

> de esto ha resultado que superan con mucho a todos los estados del mundo en riqueza y poder. Para ello, no sólo cuentan con la ayuda, como se ha dicho, de su característica industria, sino también de la ausencia de sus príncipes [es decir, emperadores], que están acostumbrados a permanecer al otro lado de los Alpes.

Es útil observar con detalle cómo eran las instituciones públicas de la República de Siena en la época de los Nueve para hacerse una idea del funcionamiento del gobierno comunal. La institución más básica era una asamblea popular en la que participaban todos los ciudadanos varones adultos. Aunque en tiempos de Lorenzetti esta asamblea se había anquilosado, aún estaba en la Constitución de Siena y parece que se reunía en ocasiones especiales, por ejemplo, cuando el nuevo magistrado principal, el *podestà*, asumía el cargo. A mediados del siglo XIV, el papel de esta asamblea había sido asumido por un consejo conocido como «Consejo de la Campana», porque se convocaba con el tañido de una campana. Lo conformaban trescientos ciudadanos varones, cien de los cuales se escogían cada año de entre las tres principales divisiones administrativas de Siena, conocidas como *terzi*. Los electores de este cuerpo eran los Nueve, el *podestà* y otros cargos ejecutivos del Estado, entre ellos el chambelán, los cuatro principales funcionarios del Tesoro, conocidos como «provisores», y los jueces nombrados por el Estado. Las principales funciones del gobierno las llevaban a cabo el *podestà* y los Nueve, y había otros grupos pequeños

de cónsules que representaban intereses organizados específicos, en particular al poderoso gremio de mercaderes y a las viejas familias aristocráticas.

El *podestà* era una institución interesante, habitual en la mayoría de las comunas italianas. El título procede de la palabra latina *potestas*, que significa literalmente «poder». El cargo debía ocuparlo alguien que no fuera de Siena, para que pudiera mantener su independencia frente a las distintas familias y facciones de la comuna. Sus obligaciones incluían funciones judiciales y la convocatoria y presidencia del Consejo de la Campana. El *podestà* no actuaba solo: reclutaba a otros cargos necesarios para llevar a cabo sus obligaciones. Por ejemplo, en 1295 Bernardo de Verona llegó a Siena con siete jueces, tres caballeros, dos notarios, seis escuderos y sesenta policías que había llevado de su propia provincia. En principio, el *podestà* se escogía para un plazo de seis meses, pero en la década de 1340 este tiempo se amplió a un año, tras el cual la misma persona no podía ser elegida de manera consecutiva para ejercer de nuevo el cargo. El siguiente *podestà* era designado, entre cuatro candidatos de una lista que proponían los Nueve, por un consejo compuesto por los Nueve, sesenta hombres seleccionados con este fin, y los cónsules del gremio de mercaderes y los caballeros.

Al *podestà* no se le permitía recibir regalos de los ciudadanos o siquiera comer con ellos. No podía viajar a lugares que estuvieran a más de un día de distancia de la ciudad, y cada *podestà* tenía que vivir en un *terzo* distinto del anterior. Cuando terminaba su mandato, el *podestà* tenía que permanecer en Siena dos semanas, durante las cuales se llevaba a cabo una investigación sobre su comportamiento en el cargo que, con frecuencia, desembocaba en fuertes multas para él.

Los Nueve habían evolucionado con el tiempo, y la forma que ahora identificamos surgió después de 1292. Entre 1236 y 1271 habían sido los «Veinticuatro», que fueron seguidos por los «Treinta y seis». Durante el siglo XIII, los sieneses también probaron con organismos formados por quince, nueve, dieciocho y seis personas. El número siempre tenía que ser divisible entre tres, porque cada *terzo* debía tener la misma representación. Los Nueve que encargaron a Lorenzetti los frescos habían sido escogidos en

una reunión conformada por los Nueve anteriores, el *podestà*, los cónsules del gremio de mercaderes y el *capitano del popolo* (otro cargo ejecutivo pensado en origen para representar al *popolo*, el pueblo). Tras servir en los Nueve, lo cual se hacía por un período de dos meses, una persona sólo podía volver a formar parte de la institución pasado un plazo de veinte meses.

El juramento del cargo resumía las obligaciones de los Nueve.[105] Tenían que jurar mantener la comuna de Siena «en buena paz y concordia», lo que suena muy parecido a lo que hasta ahora hemos llamado libertad, que incluye no estar sujeto a la dominación de las propias instituciones del Estado. De hecho, el juramento reconocía de manera bastante específica que las cadenas puestas a los poderes del Leviatán, en este caso representado por los Nueve, eran cruciales para esta clase de libertad. Los miembros de los Nueve tenían que asegurarse de que:

> la ley y la justicia se hacen y administran para los ciudadanos que os son súbditos y las personas que os son súbditos sin discriminación de vuestros rectores u oficiales. Y que los estatutos de vuestra comuna y sus ordenanzas sean observadas por cualquier persona que lo demande.

Pero hay más. Anticipándose en cierto sentido a nuestro análisis sobre el papel del Leviatán encadenado en los orígenes de la prosperidad económica, los Nueve estaban a cargo del desarrollo económico:

> Debéis ocasionar la ampliación, el crecimiento y la conservación de la ciudad de Siena.

En comparación con otras docenas de comunas de la Italia central y del norte, Siena no tenía nada de especial, con la salvedad de los hermosos frescos que son tan reveladores de lo que sus instituciones pretendían lograr. En algunas, como Siena en la época de los Nueve, el impulso popular original que había creado la comuna había sucumbido a un sistema oligárquico, en el que las familias ricas tenían un papel sobredimensionado. En otras, hubo asambleas populares más poderosas que actuaron como contrapesos efectivos frente a esos intereses oligárquicos. Pero casi todas estas comunas tenían rasgos cruciales similares a los de Siena. Eran repúblicas gobernadas por cónsules o magistrados electos cuyo poder estaba limitado de manera estricta. Algunos órganos representativos, como las

asambleas populares y otros consejos, actuaban como cadenas para los poderes del Estado y sus ejecutivos, como los Nueve. Estos cuerpos no estaban sometidos a ninguna autoridad aristocrática o eclesial. Eran entidades autónomas, basadas en una sociedad fuerte capaz de mantener su poder frente al poder del Estado emergente, una cualidad que impresionó al viajero Benjamín de Tudela a su paso por Génova, Lucca y Pisa alrededor de 1165. Señaló:[106]

> No poseen ni rey ni príncipe para que les gobierne, sino sólo jueces nombrados por ellos mismos.

Lo cual puede observarse precisamente en la *Alegoría del buen gobierno*. Hemos señalado que el gobernante situado a la derecha está rodeado por seis virtudes. Es interesante que la que se halla más a la izquierda sea la Paz, lo que la sitúa en el medio del fresco. Como afirma el filósofo Quentin Skinner al hablar de los frescos, la paz «está en el corazón de nuestra vida común». A la izquierda de la Paz hay otra gran figura, la Justicia. Se ve porque sostiene una balanza. De la balanza cae una cuerda doble que desciende y pasa al otro lado de la pintura, hasta el gobernante, a través de veinticuatro figuras que representan a los Veinticuatro que con anterioridad habían servido como cónsules de Siena. A los Veinticuatro les da la cuerda una figura sentada llamada Concordia, que sostiene un cepillo de carpintero en el regazo. El cepillo se utiliza para alisar superficies y crear un plano nivelado, lo que tal vez signifique el «Estado de derecho», el hecho de que en Siena se esperaba que la ley se aplicara por igual a todo el mundo.

Es significativo que los Veinticuatro, que representan a la sociedad, sostengan la cuerda pero no la agarren. Parece significar que el gobierno es concedido *por* la sociedad, no *a* la sociedad. Es destacable que cuando la doble cuerda llega al gobernante situado al otro lado de la escena, está anudada alrededor de su muñeca: el Leviatán está encadenado por la cuerda que emana de la justicia.

De hecho, hay varias clases de «cuerdas» para mantener a los Nueve controlados. Además de sus limitados dos meses en el cargo, un funcionario llamado *maggior sindaco* que, como el *podestà*, siempre era de fuera de

Siena, podía oponerse a cualquier cambio constitucional propuesto. Para aprobar una medida a la que el *maggior sindaco* se hubiera opuesto, era necesaria una supermayoría a favor de las tres cuartas partes de los consejeros y un cuórum de al menos doscientos consejeros.

No se trataba sólo de las leyes y las instituciones, sino también de las normas que se creaban para proteger a la comuna de los Nueve y de otros individuos políticamente poderosos. Por ejemplo, retomando una idea de los atenienses que concibieron la ley contra la *hybris*, a los políticos que se volvían demasiado ambiciosos se les podía dar, literalmente, un «mal nombre».[107] Veamos al milanés Girardo Cagapisto, que fue cónsul catorce veces en Milán entre 1141 y 1180. Su nombre empieza con la palabra *caga*, que significa «caca». Cagapisto significa «caga pesto», como la salsa italiana para la pasta. Otros ejemplos de políticos cuyos nombres incluyen la palabra «mierda» son los hermanos Gregorio y Guilielmo Cacainarca, cuyo apellido significa «caca en una caja». De una manera similar, el apellido del cónsul Arderico Cagainosa, que ocupó cargos entre 1140 y 1144, se traduce como «caca en los pantalones». Otros nombres de prominentes familias políticas son Cacainbasilica, «caca en la iglesia», Cacaraa, «cagar una rana», Cagalenti, «caga lentamente» e incluso Catosici, que significa «caca tóxica». Si te volvías demasiado poderoso o te portabas mal, te arriesgabas a recibir un apellido con caca.

Unos cuantos rasgos más del fresco son llamativos. A los pies del gobernante, un poco a la derecha, hay dos nobles con armadura arrodillados. Significan la autoridad de la comuna sobre la aristocracia, que también está atada a la justicia. Detrás de ellos hay un grupo de soldados portando lanzas que quizá representan a la fuerza especial que los Nueve reclutaron en 1302 para vigilar los campos sieneses.

Todo esto suena muy parecido a estar liberado del miedo (gracias a la Paz), la violencia (gracias a la Justicia) y la dominación (gracias a que el Estado y la élite están constreñidos por leyes y mandatos populares). En la base de la pared están pintadas estas palabras:

> Esta santa virtud [la Justicia], allí donde gobierna,
> induce a muchas almas a la unidad,
> y éstas, agrupadas con ese fin,

un bien común para su señor realizan;
el cual, para gobernar su Estado, elige
no apartar jamás la vista
del esplendor de los rostros
de las virtudes que en torno a él se presentan.
Por esto a él se entregan con triunfo
impuestos, tributos y señorías de tierras;
por esto, sin guerras
es seguido luego por cada resultado civil,
útil, necesario y placentero.

Hay algunos juegos de palabras significativos en esta declaración. El bien común se asocia con la comuna. La forma política de la comuna sirve al bien común porque el gobernante está atado a la Justicia y, de hecho, son los ciudadanos quienes atan a la Justicia con el gobernante. El fresco admite así que en la comuna es el gobierno de la sociedad lo que hace que la comuna sirva al bien común.

Los efectos del buen gobierno

En el capítulo 2 destacamos la manera en que los Estados poderosos pueden proporcionar no sólo protección contra la violencia y la dominación, sino también servicios públicos. Observamos estas funciones cruciales en el Estado en Siena. La gente que el *podestà* traía consigo estaba allí para hacer cumplir las leyes, resolver conflictos y proveer servicios notariales y otros de carácter empresarial. Además, los volúmenes que registran los gastos comunales de los primeros seis meses de 1257 mencionan unos 860 cargos ocupados por sieneses en la ciudad. Entre ellos hay 171 vigilantes nocturnos, 114 supervisores de aranceles y aduanas, 103 magistrados de los distritos y 90 oficiales a cargo de la estimación de los impuestos. Además encontramos supervisores de pesos y medidas, supervisores de la venta de grano y sal, carceleros y verdugos, trompetistas, albañiles cuyo trabajo es mantener los edificios públicos y custodios de las fuentes. También había seis «buenos hombres» que supervisaban las tabernas e impedían las groserías, y otros seis cuyas tareas incluían impedir que los asnos salvajes, los cerdos y los leprosos entraran en la ciudad. No estaba permitido hilar

lana en la calle y la ciudad imponía un montón de regulaciones. Por ejemplo, se requería un permiso de planificación para cualquier construcción nueva que se realizara en el interior de las murallas de la ciudad, y la ciudad imponía que el tamaño de los ladrillos y las tejas tenía que ser uniforme. En las comunas también vemos esta proliferación de cargos y regulaciones.

Las comunas fueron muy eficientes en el cobro de impuestos. A fin de cuentas, alguien tenía que pagar todos esos cargos. También utilizaban los ingresos fiscales para proporcionar servicios públicos. Algunos, como la estandarización de pesos y medidas, están implícitos en la lista de puestos administrativos mencionada, pero había muchos otros, entre ellos un departamento de bomberos, un sistema monetario y de acuñación estable, y la construcción y mantenimiento de caminos y puentes. En 1292 Siena tenía un «juez de caminos» que pronto fue complementado por tres comisionados generales de caminos. Para asegurarse de que la gente podía viajar en paz, se nombró un «limpiador de carreteras», aunque el cargo se eliminó cuando los Nueve establecieron un sistema mucho más elaborado para mantener el orden rural. Para asegurar la propiedad y los derechos humanos de los mercaderes sieneses estuvieran donde estuvieran, la ciudad también organizó «represalias», en las que se tomaban medidas contra los mercaderes y los ciudadanos de otras entidades políticas que fueran culpables de infracciones contra cualquier sienés.

En ese momento, no había nada equivalente a estos servicios públicos y al apoyo a la libertad que vemos en Siena en ningún lugar fuera de la Italia central y del norte. Pero el Estado sienés no sólo promovía eso, también facilitaba oportunidades económicas e incentivos generalizados.

Para verlo hay que volver la mirada hacia la pared derecha de la *sala dei nove*, donde Lorenzetti pintó otro enorme fresco, *Los efectos del buen gobierno* (que también se muestra en el encarte de fotos). El fresco representa una visión panorámica de la vida en la ciudad y el campo. A la izquierda, la ciudad está repleta de gente. En primer plano, un grupo de mujeres baila, pero lo que resulta más llamativo es la floreciente actividad económica. A la derecha de estas mujeres, un tendero regatea por unos zapatos con un hombre que sostiene un caballo embridado. A su derecha,

un sacerdote da un sermón y una mujer atiende un puesto donde vende jarras de aceite de oliva, o quizá vino. Un hombre pasa con una mula cargada de leña. Otros tejen en un telar y atienden un rebaño de ovejas. Dos mujeres, una con una cesta y la otra con un pájaro, van probablemente de camino al mercado. Por último, al fondo, pasan dos caballos cargados con mercancías. En la parte superior del fresco, una cuadrilla de construcción trabaja con afán en una elegante torre que se alza en la línea del horizonte.

La mitad derecha del fresco se centra en los efectos del buen gobierno en el campo, donde de nuevo somos testigos de las singulares implicaciones económicas del Leviatán encadenado y la libertad que éste crea. Sobre una representación del campo, la figura de la Seguridad sostiene un pergamino que vincula directamente la prosperidad a la libertad:

> Sin miedo, que cada hombre pueda caminar libremente,
> y trabajando, que todos siembren,
> mientras esta comuna
> mantenga a esta dama soberana
> que ha despojado a los malvados de todo poder.

El fresco muestra una escena que es coherente con estas ideas. En primer plano, vemos a campesinos trabajando duro delante de un abundante campo de trigo. Una partida de caza sale de las puertas de la ciudad por un camino pavimentado, mientras que en la otra dirección los comerciantes llevan a vender sus mercancías y un cerdo. Al fondo, otras personas plantan, recogen y trillan grano. Todo es pacífico y próspero entre casas y campos bien cuidados.

El mensaje es claro: entre los muchos beneficios del buen gobierno está la prosperidad económica. ¿Es eso cierto o se lo estaba inventando Lorenzetti? ¿Existía realmente una conexión entre el gobierno comunal y el desarrollo económico?

Cómo recibió su nombre san Francisco

La vida de uno de los santos más famosos de la Edad Media, san Francisco de Asís,[108] responde en parte a esa pregunta. Francisco, conocido por su amor a los animales y la naturaleza, legó a la posteridad una de las grandes imágenes de la devoción cristiana, la escena del nacimiento de la Navidad. El «Asís» de su nombre procedía de la comuna en la que nació, en la Italia central, probablemente en 1182. El nombre «Francisco» es algo más desconcertante. En el lugar donde nació, Francisco se llamaba realmente Giovanni di Pietro di Bernardone. ¿De dónde venía ese Francisco?

El padre de Francisco, Pietro di Bernardone, un próspero mercader de seda, estaba en Francia por negocios cuando Giovanni nació. Pietro se había casado con una mujer de Provenza, la madre de Francisco, Pica de Bourlemont. A su regreso a Asís, Pietro adoptó la costumbre de llamar a su hijo Francesco («el francés»), quizá como una señal de su amor por Francia.

Parece que ese amor estaba relacionado con los negocios de Pietro en Francia. En 1174, sólo ocho años antes del nacimiento de Francisco, los comerciantes italianos participaban por primera vez en las «ferias de Champaña» del norte de Francia (véase el mapa 7).[109] Estas ferias se celebraban seis veces al año y rotaban entre cuatro pueblos del condado de Champaña: Bar-sur-Aube, Lagny, Provins y Troyes. Cada una duraba normalmente seis semanas, después de las cuales se producía una pausa para permitir que los mercaderes se desplazaran al siguiente pueblo. En consecuencia, las ferias de Champaña se convirtieron en un mercado que estaba abierto casi todo el año.

En Champaña había varios elementos especiales que la convertían en un imán para el comercio. Uno era su ubicación: se convirtió en el punto de encuentro de mercaderes de toda Francia, y después empezó a atraer a mercaderes de las florecientes ciudades de Flandes y los Países Bajos. Su ventaja más importante provenía de sus instituciones económicas, que facilitaban muchísimo el comercio. Los condes de Champaña reconocían las cosas buenas cuando las veían. Cuando en 1148 a varios cambistas de Vézelay les robaron de camino a la feria de Provins, el conde Thibault II escribió al regente de Francia exigiendo que fueran compensados. «No permitiré que tenga lugar esa injuria con impunidad, que tiende nada menos que a la ruina de mis ferias.» Al conde Thibault le gustaban las ferias

porque podía cobrarles impuestos. Sin mercaderes no había ingresos fiscales. En la década de 1170, los condes locales habían empezado a designar «encargados de la feria» especiales, con poderes policiales, regulatorios y judiciales en las ferias, para crear un entorno institucional atractivo. Fue probablemente esta innovación la que indujo a los italianos, Pietro di Bernardone entre ellos, a aventurarse al otro lado de los Alpes para acudir a las ferias. Pero los condes no fueron los únicos que se involucraron. Tres de los pueblos de Champaña, Provins, Bar-sur-Aube y Troyes, tenían privilegios comunales, lo que les permitía administrar tribunales municipales en este período. Estos tribunales se implicaban enormemente en el cumplimiento de los contratos y la mediación de disputas comerciales.

Estas primeras innovaciones institucionales se centraron en proveer un orden y una seguridad básicos, y servicios judiciales como la resolución de disputas. A medida que los italianos se implicaban más en las ferias, las innovaciones se extendieron hasta Italia. En 1242-1243, un grupo de comerciantes italianos que iba camino de las ferias de Champaña fue secuestrado y atracado por plasentinos. No era lo que quería ver el conde de Champaña. Escribió a las autoridades de Piacenza amenazando con prohibir comerciar en Champaña a todos los mercaderes de dicha ciudad a menos que las víctimas recibieran la debida compensación. Después de solventar los problemas de orden y disputas, las autoridades se volvieron más ambiciosas y empezaron a mejorar los caminos y a construir un canal entre el Sena y Troyes.

Las ferias de Champaña son uno de los ejemplos más famosos de la llamada revolución comercial de la Edad Media.[110] Las comunas italianas estaban justo en su centro. No fue una coincidencia. El sistema de gobierno comunal creó leyes e instituciones económicas que permitieron que, después del desplome que supuso la caída del Imperio romano de Occidente a finales del siglo v, prosperaran el comercio y la actividad económica. Italia estaba bien situada para beneficiarse de este florecimiento. En el este y el sur estaban el Imperio bizantino y los nuevos Estados musulmanes, que hemos abordado en el capítulo 4, que proporcionaban especias orientales y muchos artículos de lujo. En el norte estaban Inglaterra y Flandes.

Inglaterra producía la lana de mayor calidad y Flandes los textiles más codiciados. El escenario estaba preparado para que surgiera un enorme sistema de intercambio: lana y tela a cambio de artículos de lujo y especias. El sur de Italia, que a mediados del siglo XII estaba gobernado por reyes normandos y España, también estaba bien situado, pero no tenían gobiernos comunales. De modo que tampoco se dedicó al comercio como lo hizo la Italia comunal del centro y el norte del país. Esto precisamente tiene mucho que ver con la manera en que las comunas promovieron las instituciones necesarias para el comercio.

Esto resulta obvio cuando observamos la innovación financiera que fue clave para el comercio. Aquí los italianos fueron los líderes. A medida que se expandían por Europa, establecieron bases en todos los lugares donde comerciaban. Y lo que es más importante, se inventaron la letra de cambio,[111] que se convirtió en el principal método para organizar el comercio medieval. Imaginemos que un fabricante de tela florentino quisiera comprar lana de Norfolk de alta calidad en Inglaterra. Podía viajar a Inglaterra con unos cuantos sacos de ducados florentinos, encontrar a alguien en Londres que los cambiara por libras, comprar la lana y embarcarla de vuelta. O bien podía utilizar una letra de cambio. En la terminología estándar, en una letra participan cuatro partes: el pagador, que en este caso es el fabricante de tela; el librador, que sería el banco del pagador en Florencia; el librado, que sería el banco correspondiente al banco florentino en Inglaterra; y el pagado, el mercader de Londres al que el fabricante de tejidos quería comprar la lana. En Florencia, el pagador daría ducados al librador para comprar la letra. Después mandaría la letra al pagado en Londres, que podría llevar la letra al librado y obtener libras inglesas por ella. Entonces el pagado mandaría la lana a Florencia. La letra que era comprada con ducados en Florencia especificaría la cantidad, en libras, a pagar en Londres.

El banco florentino ni siquiera tenía que contar con una oficina en Londres, sólo debía ser capaz de negociar con otro banco que la tuviera. La presencia de la banca internacional y la letra de cambio facilitaron enormemente las transacciones internacionales. De manera implícita, en una letra de cambio hay un crédito. El fabricante de tejidos tenía que

esperar antes de recibir la lana, y en realidad estaba prestando dinero al mercader de lana de Londres. Esto se veía compensado por el pago de «intereses», aunque no siempre se les llamara así y se implementaran a través del uso de distintos tipos de cambio. Por ejemplo, pongamos que el fabricante de tejidos quería comprar lana por valor de 100 libras en Londres y por el tipo de cambio en Florencia eso implicaba el pago de 1.000 ducados. Después en Londres se utilizaba un tipo de cambio más bajo para convertir la letra en libras. Los innovadores italianos pronto crearon un nuevo instrumento de crédito, el «cambio seco», en el que el movimiento de bienes se volvía irrelevante y el uso de los distintos tipos de cambio se especificaba de antemano.

La idea del cambio seco parece creativa y bastante inofensiva. Pero resultaba compleja, porque prestar a cambio de intereses se consideraba usura y era una de las muchas actividades económicas que las normas, costumbres y creencias de los europeos medievales desaconsejaban o incluso prohibían. Jesús había dicho en el Evangelio de san Lucas «dad prestado, sin esperar retorno». La doctrina de la Iglesia, por lo tanto, interpretaba que cobrar intereses por un préstamo era usura pecaminosa. Lo cual supuso un gran problema para el desarrollo de un sistema financiero efectivo. Es natural que algunas personas posean capital y riqueza y otras no. Pero esas otras podían ser las que tuvieran las ideas o las oportunidades de inversión. Un sistema financiero funcional permitiría que la gente con dinero extendiera crédito a quienes tienen las ideas. El interés es el retorno que fomenta que tengan lugar esa clase de transacciones, y compensa al prestamista por renunciar a otras oportunidades y el riesgo de impago. Impedir el interés del préstamo con el argumento de que era un pecado detendría el desarrollo de un sistema financiero. La revolución comunal en Italia fue en parte el uso de innovaciones como el cambio seco para permitir el préstamo y el crédito, pero sin arriesgarse a que fueran condenados como pecado y usura. La Iglesia seguía manteniendo que lo eran, pero las innovaciones permitían que este aspecto importante de la jaula de normas se relajara, abriendo la posibilidad a un significativo crecimiento de la inversión y el comercio. No sólo los innovadores italianos pensaron en sortear la jaula de normas. A medida que evolucionaba la vida en el pasillo,

las restricciones a las libertades sociales y económicas fueron más difíciles de mantener. Incluso la Iglesia empezó a relajar un poco la jaula. Santo Tomás de Aquino, por ejemplo, permitía que un deudor pagara una «compensación» a un prestamista en ciertas circunstancias, y esto demostró ser una justificación flexible para pagos que eran semejantes a intereses. Esta relajación de la jaula de normas también se convirtió en una fuente importante de una ventaja económica comparativa para los italianos, que empezaron a desempeñar el papel de intermediarios financieros en toda Europa. El entorno institucional de las comunas italianas fue clave para esto. En otras partes, las mismas actividades no eran tan bienvenidas. Por ejemplo, en 1394 el rey de Aragón amenazaba con llevar a juicio a todos los mercaderes italianos en Barcelona con el argumento de que estaban cometiendo usura.

Los italianos lideraron otras innovaciones. Inventaron el seguro mercantil, en el que una tercera parte asumía el riesgo del comercio. También desarrollaron muchas formas contractuales distintas que facilitaban el comercio. Una era la *commenda*, una sociedad temporal entre dos personas, una de las cuales aportaba el capital para una misión comercial y la otra la llevaba a cabo. Cuando la misión terminaba, los dos socios se dividían los ingresos. La *commenda* era otra forma de evadir las leyes contra la usura. Los italianos también inventaron formas organizativas muy duraderas que fueron las precursoras de las sociedades por acciones, que permitían a las personas que no estaban activamente implicadas en el negocio real invertir capital y ganar retornos en forma de dividendos. También fue importante el nuevo énfasis en los documentos legales escritos que definían los derechos de propiedad y el uso de notarios. En la década de 1280, en ciudades como Milán y Bolonia, había veinticinco notarios por cada mil habitantes.

Este comercio requería prácticas contables avanzadas. No es una coincidencia que fuera un italiano de Pisa, Leonardo Fibonacci, quien en 1202 revolucionara la contabilidad adaptando el sistema numérico árabe, lo cual hizo que los cálculos financieros fueran mucho más directos. A mediados del siglo XIV, apareció en Italia por primera vez la contabilidad de doble entrada.

La revolución comercial tuvo lugar al mismo tiempo que un crecimiento económico considerable y también estimuló la innovación fuera del sector financiero. Aunque no tenemos las evidencias suficientes para elaborar las cuentas de las rentas nacionales para este período de la historia, podemos calcular el desarrollo económico a través del alcance de la urbanización:[112] la fracción de población que vivía en ciudades de al menos 5.000 habitantes. En Europa occidental, la urbanización se duplicó desde cerca de un 3 por ciento en el año 800, al inicio de la revolución comercial, a un 6 por ciento en el año 1300. El crecimiento fue mucho más rápido en los lugares que estaban muy implicados en esta revolución. En general, en Italia aumentó del 4 al 14 por ciento en el mismo período. Pero esto incluía al sur de Italia, que no experimentó el florecimiento del comercio ni las comunas. La tasa de urbanización en el norte de Italia fue sin duda mucho más elevada y, por ejemplo, en la Toscana se ha estimado en un 25 por ciento. En otros lugares, en Flandes y los Países Bajos, la urbanización aumentó de alrededor del 3 por ciento al 12 por ciento en 1300, y después a un notable 23 por ciento en 1400.

El dinamismo de las comunas urbanas se advierte al contemplar el tamaño relativo de su población en un contexto europeo más amplio. En 1050 sólo una de ellas, Florencia, que tenía una población de quince mil habitantes, estaba entre las treinta mayores ciudades de Europa. En 1200, la población de Florencia había crecido un 400 por ciento, hasta los sesenta mil habitantes, y se habían sumado a esa lista Bolonia, Cremona, Ferrara, Génova, Pavía y Venecia. En 1330, un tercio de las treinta ciudades más grandes de Europa eran comunas italianas, y la más poblada de ellas era Venecia, con ciento diez mil habitantes, seguida por Génova y Milán, ambas con cien mil. En ese momento, Siena tenía una población de cincuenta mil habitantes. Sólo París y Granada, la capital de una España musulmana muy urbanizada, contaban con poblaciones más grandes que Venecia, Génova y Milán.[113]

Puede observarse otra señal del crecimiento económico en una aportación esencial de la actividad económica: la educación y las habilidades de la mano de obra. Parece que éstas aumentaron de manera radical en el norte de Italia durante este período. Por ejemplo, las *Crónicas*

florentinas, una historia de la Florencia del siglo XIV escrita por Giovanni Villani, estima que en la Florencia de principios del siglo había entre ocho mil y diez mil niños y niñas que recibían educación elemental, otros quinientos cincuenta o seiscientos educación superior y mil o dos mil que asistían a escuelas pensadas para enseñar habilidades comerciales. Si consideramos esta situación como típica, entonces durante este período hasta la mitad de la población podría haber acudido a una forma u otra de escuela formal. El catastro florentino de 1427, una encuesta exhaustiva de la población, sugiere que siete de cada diez varones adultos sabían leer y escribir, una cifra muy alta para la época. Una estimación para Venecia en 1587 sugiere que un 33 por ciento de los niños estaban alfabetizados.

Los datos sobre la producción de libros también ilustran la difusión de la alfabetización y el desarrollo económico. En el siglo IX, sólo un 10 por ciento de los 202.000 libros producidos en Europa occidental procedían de Italia. En el siglo XIV, Italia era el mayor productor de libros de Europa occidental, con un 32 por ciento de un total de 2.747.000 libros. También tenía más universidades que cualquier otro país de Europa occidental, el 39 por ciento de las universidades europeas en el siglo XIV.

En esta época también encontramos mayores avances en la tecnología, algunos de ellos fundamentales para la revolución comercial, como la mejora del diseño de los barcos con la generalización del timón de codaste (antes, los barcos eran gobernados de manera mucho menos efectiva con remos, como se hacía desde la época de los romanos). También se produjeron en Italia las primeras gafas, el primer molino textil mecanizado (en Lucca) para producir tela de seda y el reloj mecánico de Giovanni de Dondi, construido en la década de 1360, aunque en sus escritos deja claro que entonces ya hacía tiempo que existían los relojes.

El primer gato de las islas Canarias

Un logro notable de las comunas fue la elevada tasa de movilidad social. Un ejemplo famoso es el de Francesco di Marco Datini.[114] Una historia de su ciudad natal, la comuna de Prato, en la Toscana, relata cómo logró su primer éxito comercial:

> En los días —así dice la leyenda— en que los intrépidos mercaderes de la Toscana navegaban a tierras lejanas, un mercader de Prato llegó a una isla remota llamada isla Canaria, y allí el rey de la isla le invitó a cenar.
>
> Y el mercader vio la mesa dispuesta con servilletas, y sobre cada una de ellas un bastón largo como su brazo, y no podía imaginar cuál sería su cometido. Pero tras sentarse a la mesa, y después de que las viandas hubieron sido traídas, el olor atrajo luego a una gran abundancia de ratones, que por fuerza debían pues ser ahuyentados con esos bastones, si los invitados deseaban comer [...]. Y al día siguiente, tras haber regresado por la noche a su barco, el mercader volvió con una gata en la manga. Y cuando las viandas llegaron, también aparecieron los ratones; y el mercader se sacó la gata de la manga, y esta mató rápidamente a veinticinco o treinta ratones, y los demás huyeron. «¡Este animal es divino!», gritó el rey. A lo que el mercader respondió: «Señor, vuestra cortesía conmigo ha sido tan grande que sólo puedo devolvérosla entregándoos esta gata». El rey, agradecido, aceptó el regalo, pero antes de que el mercader se marchara de la isla, hizo que lo fueran a buscar de nuevo y le obsequió con joyas por valor de 4.000 escudos. Y el año siguiente el mercader volvió de nuevo a la isla, llevando consigo un gato, y esta vez recibió otros 6.000 escudos. El mercader volvió a Prato convertido en un hombre rico, y su nombre era Francesco di Marco Datini.

Es probable que no fuera así como Datini se hizo rico. De hecho, no hay ningún registro de que fuera jamás a las islas Canarias. Lo que sí sabemos es que era hijo de un tabernero pobre y nació posiblemente en 1335. Cuando tenía sólo trece años, la peste negra (la peste bubónica) arrasó Italia, y sus padres, además de dos de sus hermanos, fallecieron. Sólo quedaron su hermano Stefano y él, que recibieron una modesta herencia, una casa, un pequeño terreno y 47 florines.

Alrededor de un año después de la muerte de su padre, Datini se mudó a Florencia y empezó a trabajar como aprendiz de comerciante y a oír historias sobre la próspera ciudad de Aviñón, en el sur de Francia. Entre 1309 y 1376, el papa vivió en Aviñón y no en Roma, debido a una disputa sucesoria, y la presencia de la corte papal creó un mercado grande y vibrante en el que prosperaron los comerciantes italianos. Gran parte del comercio de lujo y de la actividad bancaria estaba dominada por unas seiscientas familias italianas que vivían en su propio barrio de la ciudad. Poco después de cumplir quince años, Datini vendió su pequeño terreno en Prato para reunir algo de capital y mudarse allí. En 1361, con veintiséis años, le encontramos en una sociedad con otros dos toscanos, Toro di Berto y Niccolò di Bernardo. Al inicio vendían sobre todo armaduras, y parece que le fue bien proveyendo a los dos bandos en los conflictos locales. En 1368, por ejemplo, sus libros registran una venta de armas por valor de 64

libras a Bernard du Guesclin, el comandante militar francés, y el mismo año una gran venta de armas a la comuna de Fontes, que intentaba protegerse de Guesclin. Antes, en 1363, Datini ya tenía su primera tienda, comprada por 941 florines, con otros 300 pagados por la «buena voluntad de los clientes». En 1367 renovó su sociedad con Toro di Berto, y ambos aportaron un capital de 2.500 florines de oro, y a esas alturas ya tenían tres tiendas. En 1376 empezó a comerciar con sal, y se lanzó al negocio del cambio de dinero, además del comercio de plata y obras de arte. Abrió una taberna de vino y una tienda de telas, empezó a mandar a su gente cada vez más lejos, por ejemplo a Nápoles, a comerciar. En ese momento, en su tienda principal de Aviñón había cinturones de plata y anillos de matrimonio de oro florentinos, cueros, sillas y bridas para mulas de Cataluña, artículos domésticos de toda Italia, lino de Génova, fustán de Cremona y *zendado* escarlata, un tejido especial de Lucca. Su tienda de Florencia se convirtió entonces en un activo foco de manufacturas, y contaba con telas de lana blanca, azul y no teñida, hilo de coser y cortinas de seda y anillas para cortinas, manteles, servilletas y grandes toallas de baño, y cofres pintados a mano que eran utilizados como parte de la dote de la novia, además de sólidos cofres de viaje y joyeros.

Cuando regresó de Aviñón en 1382, estableció una empresa con sede en Prato y Florencia y sucursales en Pisa, Génova, Barcelona, Valencia, Mallorca e Ibiza. Entre estos distintos emporios viajaban por mar hierro, plomo, alumbre, esclavos y especias de Rumanía y el Mar Negro; lana inglesa de Southampton y Londres; trigo de Cerdeña y Sicilia; cuero de Túnez y Córdoba; seda de Venecia; pasas e higos de Málaga, almendras y dátiles de Valencia; manzanas y sardinas de Marsella; aceite de oliva de Gaeta; sal de Ibiza; lana española de Mallorca y naranjas, aceite de oliva y vino de Cataluña. Entre sus documentos empresariales hay cartas en latín, francés, inglés, flamenco, catalán, provenzal, griego, árabe y hebreo. No sólo comerciaba, sino que inició una empresa de fabricación de tejido en Florencia que compraba lana española e inglesa y exportaba el tejido acabado.

Francesco di Marco Datini hizo una fortuna sin ninguna experiencia, conexiones ni capital, y sin la ventaja de disponer de contactos, monopolios o ayuda del gobierno, con la salvedad del contexto institucional general creado por las comunas italianas.

Por supuesto, había muchas personas que estaban en deuda con el viejo orden dominado por la élite que contemplaban estos cambios con consternación. Francesco di Marco Datini representaba exactamente la clase de movilidad social ascendente que temían. El tío del emperador Federico Barbarroja, el obispo Otto, clamaba contra eso cuando decía de los genoveses:

> No desdeñan darle el cinto de caballero o los grados de distinción a jóvenes de estatus inferior e incluso a algunos trabajadores de las bajas artes mecánicas, a los que otras personas mantienen lejos como a la peste de los fines más respetables y honorables.

El obispo Otto se quejaba del debilitamiento de la jerarquía y de las normas que la habían sostenido. Pero la relajación de esas normas es crucial para el desarrollo económico, porque las normas bloquean a los «don nadies» con talento, como Datini, y les impiden llegar a la cima. En esencia, la innovación reside en dar poder a talentos como éste y permitir que muchos don nadies como Di Marco abran su propio camino y experimenten con sus ideas.

La de Francesco di Marco Datini no es la única historia famosa de movilidad ascendente en esta época. Una estimación para Pisa en 1369 sugiere que de las ciento seis empresas florentinas que utilizaban el puerto, cincuenta y una de ellas pertenecían a «hombres nuevos». Un ejemplo no italiano es el de Goderico de Finchale (más tarde, san Goderico).[115] Éste nació alrededor de 1065 en Walpole, Norfolk. Sus padres eran pobres. Su biógrafo, Reginald de Durham, nos dice que su «padre se llamaba Ailward, y su madre Edwenna; ambos eran de escaso rango y riqueza». Goderico decidió no ser campesino, que habría sido lo más natural para un chico «de escaso rango y riqueza» en Norfolk. En su lugar, decidió convertirse en mercader. Sin capital, tuvo que empezar a trabajar desde lo más bajo para ascender, de modo que aprendió el arte de los vendedores ambulantes y «empezó a llevar la vida del vendedor ambulante, primero aprendiendo a

ganar en negocios pequeños y cosas de precio insignificante, y luego, siendo aún joven, aprendió poco a poco a comprar y vender y ganar con cosas de mayor gasto». De manera gradual, san Goderico acumuló suficiente capital para embarcarse en empresas más ambiciosas. Reginald nos dice que «comenzó a emprender rumbos más osados, y a navegar con frecuencia por mar a las tierras extranjeras de su alrededor. Así, navegó con frecuencia entre Escocia y Bretaña, comerció con muchos artículos diversos y, en medio de esas ocupaciones, aprendió mucha sabiduría mundana [...]. Con el tiempo, sus grandes trabajos y cuidados dieron mucho fruto en ganancia mundana». Después de dieciséis años de exitosa actividad comercial y mercantil, Goderico decidió donar toda su riqueza y convertirse en monje.

Volviendo a Asís, hemos señalado que el padre de san Francisco era un exitoso mercader en Francia, pero casi sin duda de origen modesto. Más tarde, san Francisco pidió a sus hermanos religiosos en la orden franciscana, que él había fundado, que lo humillaran llamándolo «campesino inútil», a lo que él respondía: «Sí, eso es lo que el hijo de Pietro di Bernardone necesita oír». Lo más probable es que Pietro procediera del campo, tuviera orígenes humildes e hiciera su fortuna en Asís y después en Francia de una manera muy parecida a como habían hecho Francesco di Marco Datini y Goderico.

La economía en el pasillo

En comparación con las economías de las sociedades sin Estado y sometidas al despotismo que hemos visto en el capítulo anterior, en las comunas italianas de la Baja Edad Media somos testigos de algo muy distinto. No sólo observamos una seguridad y libertad mayores para los ciudadanos de esas comunas —y no sólo un Estado que proporciona servicios públicos, en lugar de reprimir y amedrentar a su gente—, sino una serie de oportunidades e incentivos económicos completamente distinta creada por el Leviatán encadenado.

La prosperidad y el crecimiento económico se originan a partir de unos pocos principios básicos. Entre ellos, los incentivos para que la gente invierta, experimente e innove. Sin Estado, estos incentivos están en gran

medida ausentes, porque no hay ley para resolver las disputas ni la protección de los derechos de propiedad en mitad del conflicto, o porque las normas que han surgido para llenar ese vacío sin Estado distorsionan los incentivos económicos y desalientan la actividad económica ante el riesgo de que las oportunidades económicas desestabilicen la esencia de esas sociedades. En consecuencia, es probable que los frutos de cualquier inversión se roben, malgasten o dispersen. El Leviatán despótico podría hacer cumplir los derechos de propiedad y proteger las inversiones de la gente, pero con frecuencia está mucho más interesado en cobrar impuestos elevados o monopolizar los recursos para sí mismo, de modo que con un gobierno así a menudo los incentivos económicos apenas son mejores que bajo el Leviatán ausente.

La prosperidad y el crecimiento económico no sólo se basan en unos derechos de propiedad garantizados. Dependen esencialmente de que existan oportunidades económicas generalizadas. Es el tipo de cosa que en ocasiones damos por sentada, pero no es ni ha sido la manera natural en que se organiza la economía, como hemos visto en el capítulo anterior. Bajo el Leviatán ausente, con frecuencia la jaula de normas implica que las oportunidades económicas están limitadas para todo el mundo. Bajo el Leviatán despótico, el gobernante y su séquito pueden tener sus derechos de propiedad asegurados (de hecho, excesivamente asegurados, puesto que ganan cualquier disputa), pero no así la gente corriente. Esta clase de distribución desigual de las oportunidades económicas no es suficiente para afianzar la prosperidad económica. Es necesario que las oportunidades estén distribuidas en la sociedad de manera amplia y justa, de modo que quien tenga una buena idea para llevar a cabo una innovación o una inversión valiosa, tenga la oportunidad de desarrollarlas. Éste es un aspecto importante de la libertad que con frecuencia se deja de lado. Recordemos que la dominación puede proceder del poder económico abrumador que unos ejercen contra otros o de las asfixiantes limitaciones impuestas por las normas. En el ámbito económico, la libertad necesita, pues, unas condiciones justas e igualitarias y la eliminación de estas restricciones. Es exactamente lo que observamos en la movilidad social de las comunas italianas. Muchos hombres, como Francesco di Marco Datini o el padre de

san Francisco, se beneficiaron de estas oportunidades y de la libertad que éstas crearon para invertir, fundar empresas, experimentar con nuevas ideas, innovar y ascender desde su «estatus inferior» hasta convertirse en ricos mercaderes. Esta experimentación de abajo arriba y la movilidad social que conlleva son los frutos económicos de la libertad.

Estas oportunidades e incentivos necesitan apoyarse en un sistema justo de resolución de conflictos y en la aplicación de la ley (o la Justicia, como destacaba la *Alegoría del buen gobierno*). Esto, a su vez, requiere que las élites estatales y políticas no tengan el poder suficiente para interferir en la administración de justicia e intenten inclinar las cosas a su favor (las cuerdas de los frescos). Observamos aquí otro papel crucial del Leviatán encadenado a la hora de preparar el terreno para la prosperidad económica. Si el Leviatán no estuviera encadenado, ¿cómo íbamos a estar seguros de que a él y a la gente políticamente poderosa se les aplican las leyes? Lo que en ocasiones se llama «Estado de derecho» también depende de las cadenas en los tobillos del Leviatán. Y esas cadenas no sólo proceden de las Constituciones y los juramentos, sino que, como destacan los frescos, tienen sus raíces en las cuerdas que sostiene la sociedad.

Muchas veces ni siquiera son suficientes el compromiso abstracto con las oportunidades y los incentivos generalizados y la resolución justa de conflictos. Si faltan infraestructuras fundamentales o si sólo unas pocas personas tienen acceso al conocimiento y las habilidades necesarias para prosperar en los negocios o el trabajo, las oportunidades seguirán estando distribuidas de manera desigual. De modo que los servicios públicos son vitales porque mejoran la vida de los ciudadanos, que tienen acceso a mejores carreteras, canales, escuelas y se benefician de la regulación, pero también porque respaldan las oportunidades generalizadas. Es lo que lograron las comunas italianas, gracias a su habilidad para fundar un Leviatán encadenado, y esto es lo que explica de manera brillante la *Alegoría del buen gobierno*.

El lector que conozca nuestro libro anterior, *Por qué fracasan los países*, encontrará importantes paralelismos entre lo que acabamos de describir y el marco conceptual desarrollado en ese libro. (Al menos, no somos del todo incoherentes con nuestro pensamiento anterior.) En él, nos referimos a las instituciones que ofrecen oportunidades e incentivos generalizados para que la gente invierta, innove y participe en actividades que aumentan la productividad como «instituciones económicas inclusivas». También subrayamos que a largo plazo éstas sólo pueden sobrevivir si son apoyadas por «instituciones políticas inclusivas» que impiden que un pequeño sector de la sociedad monopolice el poder político, al tiempo que se permite que el Estado haga cumplir las leyes. Hicimos hincapié en que las innovaciones, tecnologías y organizaciones nuevas, aunque indispensables para el crecimiento económico duradero, con frecuencia hallan resistencia porque pueden desestabilizar el orden existente (lo que llamamos «destrucción política creativa»). La mejor garantía que tenemos para impedir que algunos actores poderosos bloqueen las nuevas tecnologías, y con ello acaben con el desarrollo económico, es asegurarse de que nadie, ni nada, tiene el poder suficiente para poder hacerlo.

Visto desde esta perspectiva, en este libro nuestro marco conceptual parte de *Por qué fracasan los países*. El Leviatán encadenado no sólo es la culminación de las instituciones políticas inclusivas que son necesarias para que haya instituciones económicas inclusivas. También depende fundamentalmente del efecto de la Reina Roja, la capacidad de la sociedad para limitar, controlar y enfrentarse al Estado y a las élites políticas. Lo cual subraya el papel central de las normas que ayudan a que la sociedad se organice, implique en la política y, si es necesario, se rebele contra el Estado y las élites. Estas cadenas son tan importantes como la capacidad del Leviatán para tener el poder de hacer cumplir las leyes, resolver los conflictos, proporcionar servicios públicos y apoyar a las instituciones económicas que crean oportunidades e incentivos económicos. Así pues, es igualmente esencial la capacidad del Estado que se basa en el equilibrio de poder entre él mismo y la sociedad. Otro elemento nuevo aquí es el énfasis en la relajación de la jaula de normas. Se basa en nuestro análisis del capítulo anterior, que documentaba la manera en que las restricciones

basadas en normas, tradiciones y costumbres pueden entorpecer las oportunidades y los incentivos económicos, y deben ser relajadas para que el crecimiento económico prospere. En cierto grado, esto puede suceder por sí solo, a medida que la gente encuentra la manera de saltarse las normas y éstas empiezan a perder relevancia. Pero recibe un fuerte estímulo del Leviatán encadenado, como ya hemos visto en nuestro análisis de Grecia en el capítulo 2, lo cual pone de manifiesto otra importante función de la capacidad estatal: relajar la jaula de normas, tanto para crear las condiciones para la libertad como para eliminar los impedimentos a la participación de la sociedad en la política. De manera crucial, esto sucede incluso cuando otros aspectos de las normas (en especial, los relacionados con la organización y la predisposición de la sociedad a emprender acciones contra las élites) mantienen controlado al Leviatán, subrayando la interacción multidimensional entre la capacidad del Estado y las normas que hemos visto en el caso ateniense del capítulo 2.

Los efectos del mal gobierno

Ahora que hemos considerado las implicaciones de dos lados de la *sala dei Nove*, volvámonos hacia la izquierda y estudiemos el último fresco. Ahí está la *Alegoría del mal gobierno*, que ilustra las consecuencias económicas del mal gobierno.

Este fresco se conserva peor que los demás, pero el mensaje es claro. Lo domina una figura con colmillos y cuernos llamado Tiranía (o lo que nosotros hemos llamado despotismo). A sus pies vemos a la Justicia, encadenada. Volando por ahí, en lugar de virtudes como la Magnanimidad y la Fortaleza, encontramos la Vanagloria, la Traición, la Crueldad, el Fraude y el Tumulto. En el extremo izquierdo, encontramos la Guerra con la espada alzada. Junto a la Guerra está la División, que, en lugar de sostener un cepillo, sostiene una sierra de carpintero para cortar un objeto, lo que sugiere que es la división que parte en dos a la comunidad y provoca la guerra. En la parte posterior, el fresco captura vívidamente las consecuencias económicas de la Tiranía. A la izquierda, la ciudad está desolada. Hay montones de rocas tiradas por el suelo, las casas están mal

mantenidas y hay agujeros en paredes y balcones. Se está cometiendo un asesinato. No hay actividad económica ni comercio. Las consecuencias rurales del mal comercio, la desolación y la pobreza en el campo, también son visibles. Un ejército merodea los campos abandonados. Las casas están derruidas y los árboles marchitos. Vemos una dramática descripción de las consecuencias económicas del Leviatán despótico, culpado con perspicacia del mal gobierno.

Por qué se inventaron las tortillas

El Leviatán encadenado y las oportunidades e incentivos económicos que creó no se limitaron a Europa. Otro ejemplo histórico procede del valle de Oaxaca, en el México antiguo alrededor de 500 a. C. Para comprender lo que sucedió en Oaxaca[116] más o menos en ese momento, empecemos por el producto básico de la dieta mexicana actual, la tortilla.[117]

La domesticación del maíz por los humanos fue un momento clave en el desarrollo económico a largo plazo de América. Tuvo lugar en México alrededor de 5000 a. C., o tal vez antes. Hay muchas maneras de comer maíz. Puedes asarlo y comerte los granos de la mazorca, una exquisitez disponible hoy día en casi cualquier calle de una ciudad mexicana. O puedes aplastarlo y convertirlo en gachas. Otra alternativa, que surgió en el año 500 a. C. en Oaxaca, fue convertir el maíz en tortillas. Para hacerlo había que moler los granos hasta convertirlos en harina, mezclarla con agua y sal y cocinar la masa sobre lo que los mexicanos llaman un *comal*, una superficie redonda de cerámica. En el encarte de fotos se puede ver una selección de comales modernos de Oaxaca. Sabemos que las tortillas se inventaron alrededor de 500 a. C. porque los arqueólogos descubrieron que los primeros comales aparecieron en el valle de Oaxaca en esa época.

Convertir el maíz en tortillas requiere mucho más trabajo que limitarse a asar los granos en la mazorca. Pero tiene la ventaja de facilitar el transporte del maíz. Al hacer tortillas, se conserva sólo la parte comestible de la mazorca, de modo que el resto puede tirarse. ¿Por qué la gente del valle, que sería conocida como los zapotecas, necesitó de repente transportar el maíz?

La respuesta tiene que ver con la historia política del valle. En el año 1000 a. C., en todo el valle la población era de unas dos mil personas y en él, la primera área verdaderamente urbana, San José Mogote, es probable que ya hubiera alcanzado los mil habitantes. San José pronto se encontró con la competencia de nuevos centros urbanos, en particular de Yeguih, en el brazo oriental del valle, y de Tlacolula y San Martín Tilcajete, en el brazo sur de Valle Grande. Algunos arqueólogos han identificado estos tres lugares como grupos rivales gobernados por jefes, pero con mucha cultura en común. Los tres utilizaban el simbolismo del rayo, los terremotos y el jaguar, y hablaban variaciones de un idioma que ahora llamamos zapoteco. Se cree que la palabra procede del náhuatl, la principal lengua del México central, que significa «habitantes del lugar del zapote», en referencia al fruto. En medio de estos tres centros urbanos, donde ahora está la ciudad moderna de Oaxaca, había algo parecido a una tierra de nadie. Fue allí donde estuvo Monte Albán, que se alzaba 400 metros sobre el valle.

Monte Albán era un lugar bastante inhóspito, sin fuentes naturales de agua, y no era ni mucho menos la mejor tierra de cultivo del valle. En el año 500 a. C. seguía inhabitado. Poco después, las tres comunidades de San José Mogote, Yeguih y San Martín Tilcajete se unieron y construyeron una ciudad en la montaña que en seguida alcanzó una población de siete mil personas. Esta ciudad era la capital de un nuevo Estado que acabó integrando a todo el valle en su territorio mediante una jerarquía de asentamientos y centros administrativos. La mayoría de los edificios construidos en la primera época, que los arqueólogos llaman el período Monte Albán I temprano, ahora están enterrados bajo construcciones posteriores. Sin embargo, las excavaciones muestran claras evidencias de la existencia de tres barrios diferentes alrededor de la plaza central de la ciudad. Parece verosímil que la gente de las tres comunidades migrara a barrios distintos. En este período, antes de que se excavaran cisternas para recoger el agua de lluvia, el agua para el asentamiento tenía que acarrearse montaña arriba, y lo mismo sucedía con el maíz. Ahí es donde entran las tortillas. Aunque se cultivaban algunas terrazas en la ladera de la montaña, no eran ni mucho menos suficientes para alimentar a las siete mil personas, o las diecisiete mil que llegaron a habitar Monte Albán en el período Monte

Albán I tardío. De modo que la comida, al igual que el agua, tenía que ser transportada montaña arriba y las tortillas hacían que esto fuera más sencillo.

La creación de Monte Albán por los ciudadanos de San José Mogote, Yeguih y San Martín Tilcajete es otro ejemplo de la formación prístina del Estado, el establecimiento de un Estado donde antes no existía, que hemos abordado en el capítulo 3. Pero éste fue distinto del típico caso de formación prístina del Estado. A diferencia de lo que Shaka hizo en Zululandia o de lo que vimos en el valle del Nilo con la aparición de la antigua civilización egipcia, aquí no hubo un líder carismático ni un poderoso grupo de élites políticas que impusieran su dominación al resto de la sociedad. Más bien, tuvo semejanzas notables con construcciones del Estado como las de Atenas y Estados Unidos, donde la sociedad ya es lo bastante fuerte y capaz para limitar lo que el Estado y las élites pueden hacer. Recordemos, por ejemplo, que después de la convención constitucional de Filadelfia y la ratificación de la Constitución, el Gobierno federal tenía que decidir cuál sería la capital. Al principio, el Congreso se reunió en Nueva York, pero había rivalidad entre los estados del norte y los del sur por ser la sede permanente de la capital. Se discutieron muchas opciones distintas. Los neoyorquinos querían que permaneciera en Nueva York, mientras que los sureños querían que estuviera más cerca del sur. El primer presidente, George Washington, era partidario de una solución intermedia, en un territorio neutral junto al río Potomac, corriente arriba desde su casa en el monte Vernon. En 1790 se salió con la suya gracias a un acuerdo forjado con James Madison, Alexander Hamilton y Thomas Jefferson. Los estados del sur habían estado bloqueando la legislación que habría permitido que el recién creado Estado federal asumiera y pagara todas las deudas acumuladas por los estados. Para Hamilton se trataba de una cuestión crucial para la construcción de un nuevo Estado con un sistema fiscal centralizado y capacidad para pedir préstamos. A cambio de un acuerdo para que la capital estuviera junto al Potomac, en una ubicación específica que determinaría Washington, los estados del sur aceptaron dejar

que el Gobierno federal asumiera las deudas estatales. Washington D. C. se construyó en un territorio neutral, subdesarrollado, entre las dos grandes agrupaciones rivales de los estados del norte y del sur.

Aunque no tenemos ningún documento escrito de esta historia, es probable que lo que pasó en Monte Albán tuviera muchos paralelismos con la experiencia de Estados Unidos. Al igual que Madison y Hamilton, los ciudadanos, o al menos las élites de San José Mogote, Yeguih y San Martín Tilcajete, tal vez reconocieron los beneficios de crear un Estado centralizado más efectivo. Es lo que las evidencias arqueológicas sugieren que ocurrió. Después de la fundación de Monte Albán, se hallan menos indicios de conflictos y menos pruebas de casas quemadas y restos superficiales de trozos de quincha u otros materiales carbonizados. Las evidencias apuntan a que este período de creación del Estado condujo a una significativa expansión del comercio. Un sitio arqueológico en la zona de Valle Grande presenta una gran plataforma, abierta y accesible, que mide cincuenta y cinco por treinta y ocho metros. No es un templo, y está bordeada de grandes piedras. Hay pruebas de la existencia de especialización en la producción: cerámica mal cocida, concentraciones de lascas de sílex y cuarcita, una mina de cuarzo, piedras gastadas de tal manera que parecen haberse utilizado para pulverizar o golpear y un machacador de cortezas para hacer papel. De hecho, casi con seguridad, la plataforma era un mercado.

Así pues, ¿qué clase de instituciones políticas respaldaron una paz mayor y la especialización económica en Monte Albán? Lo habitual es aprender cosas sobre instituciones políticas de sistemas de gobierno desaparecidos hace mucho tiempo gracias a los registros arqueológicos, los nombres e imágenes de sus poderosos reyes y sus tumbas llenas de bienes valiosos. Sin embargo, en el caso de los zapotecas no vemos nada de eso. No tenemos ni idea de quiénes fueron los primeros reyes, o siquiera si tenían reyes o dinastías. Aun en el caso de contar con una fecha, no conocemos sus nombres, y no hay tumbas ornamentadas, grabados ni palacios. Parece que no hubo una personalización del poder. La religión de los zapotecas, que desempeña un papel central después de la fundación de Monte Albán, fue el culto a Cocijo, la representación zapoteca del «rayo-

nube-lluvia», pero su imaginario no fue capturado o acaparado por ningún grupo de individuos. No había «reyes dioses», lo que no es infrecuente en el México precolombino. La gran ciudad de Teotihuacán, al nordeste de México D. F., que tuvo en su momento de apogeo una población de doscientas mil personas, de un modo similar, no tuvo reyes con nombre, tumbas reales ni palacios. Cuando aparecen en los murales lo que parecen ser élites, siempre llevan máscara; en Teotihuacán no se hacía alarde del poder, como si hubiera leyes y normas contra la dominación de los gobernantes y las élites, como si el Leviatán estuviera férreamente encadenado. Aunque no sabemos con exactitud qué clase de gobierno tenían Monte Albán y Teotihuacán, sabemos que en el momento de la conquista había bastantes estados en México que eran gobernados por consejos de manera colectiva. Un ejemplo bien documentado es el del Estado precolombino de Tlaxcala, que duró desde mediados del siglo XIV hasta la conquista española y desarrolló sofisticadas instituciones republicanas con participación popular. Las pruebas arqueológicas muestran que es probable que los zapotecas se gobernaran de una manera parecida. De modo que es razonable asumir que el Estado que surgió en Monte Albán estaba igualmente encadenado.

También observamos que los acuerdos institucionales de Monte Albán tuvieron consecuencias económicas profundamente positivas. Ya hemos señalado que aparentemente promovieron la paz y el florecimiento de mercados, y hay pruebas de un importante auge del comercio. Para empezar, en comparación con el período anterior, la gente dejó de construir grandes agujeros de almacenaje para alimentos, presumiblemente porque podía comprar con facilidad en el mercado y tenían menos necesidad de almacenaje. También vemos una notable mejora en la calidad de la construcción de viviendas. Antes de 500 a. C., las casas solían estar hechas de quincha, y pocas casas se construían con piedras y ladrillos de barro. Estas últimas construcciones se convirtieron en la norma a partir de 500 a. C. Más radical fue el gran crecimiento de la población del valle que se observa después de la formación del Estado. Como hemos visto, alrededor de 1000 a. C. en el valle había alrededor de dos mil personas y esa cifra se estancó hasta el período Monte Albán I temprano. Con la fundación de

Monte Albán y su ampliación hasta los siete mil habitantes, la población del valle parece que aumentó hasta las catorce mil personas. Más tarde, la población de Monte Albán creció hasta los diecisiete mil y la de todo el valle superó las cincuenta mil personas. Aunque Monte Albán creció con rapidez, parece que no se produjo un descenso de la población en San José Mogote, Yeguih y San Martín Tilcajete. De modo que, si bien algunas personas pudieron trasladarse desde esos lugares a Monte Albán, esa población fue sustituida en seguida y la capital debió beneficiarse de las migraciones del campo a la ciudad. Es probable que se produjera un notable aumento de la fertilidad y una migración de gente de fuera del valle al nuevo Estado. Otros cambios económicos fueron el aumento de la producción de cerámica, el cambio del tipo de cerámica producida y una importante intensificación de la actividad agrícola. Las zonas cultivadas se ampliaron y por primera vez se invirtió en irrigación. Todas las pruebas apuntan hacia un aumento de la productividad agrícola y el consumo.

En este capítulo hemos sido testigos de algo muy distinto a la clase de Estado que crea la voluntad de poder, y por supuesto también muy distinto de la jerarquía política débil y básicamente ausente de las sociedades sin Estado. También hemos visto, como se anticipaba en el capítulo 2, cómo este temprano Leviatán encadenado generó niveles de libertad mucho más elevados y creó una serie de oportunidades e incentivos económicos completamente distinta, desatando poderosas fuerzas que conducían a la prosperidad.

Pero ¿cuál es el origen de esta clase tan distinta de relación entre el Estado y la sociedad? Ésa es la cuestión que abordamos en el capítulo siguiente.

Capítulo 6

La tijera europea

Europa entra en el pasillo

Europa fue la parte del mundo que desarrolló los duraderos leviatanes encadenados que conformarían nuestra historia reciente, en concreto la Europa occidental y del norte.[118] El Leviatán encadenado ateniense colapsó al tiempo que se ampliaba el Imperio macedonio. De igual manera, el Estado zapoteca ya había salido del pasillo y desaparecido cuando los españoles conquistaron el valle de Oaxaca. Como veremos, en Europa el desarrollo de un Estado que, al mismo tiempo, tuviera capacidad y estuviera constreñido por la sociedad fue un proceso gradual y penoso. La gente que estuvo presente en sus primeras etapas no lo habría reconocido como el comienzo de un proceso que acabaría transformando su libertad, su política y su economía. Pero a medida que evolucionaba, empezó a proporcionar libertad, transformó la naturaleza de las instituciones estatales y marcó el inicio de un período de una prosperidad que la sociedad humana no había conocido hasta entonces. ¿Por qué surgió todo esto en Europa?

La respuesta no es obvia. Al retroceder en la historia, no se observa nada evidente en la aparición de Europa. La agricultura no se originó en Europa, sino en Oriente Próximo, en el Creciente Fértil y luego en China. Cuando se propagó a tierras europeas, lo hizo a través de las actividades colonizadoras de gente que se desplazaba desde Oriente Próximo y alcanzó el Reino Unido alrededor de 4000 a. C., casi 5.000 años después de que se hubiera establecido en el Levante. De igual manera, los primeros pueblos y ciudades no surgieron en Europa, sino en el valle de los ríos Tigris y Éufrates, en el actual Irak. El problema de Gilgamesh, como hemos visto, apareció por primera vez en Uruk, no en Uxbridge. Para todos los grandes

imperios clásicos, Europa occidental y del norte eran, en el mejor de los casos, marginales. Los romanos crearon una civilización sofisticada centrada en el Mediterráneo, pero apenas mostraron interés por la mayor parte de Europa occidental y del norte, excepto cuando se aventuraron en zonas que ahora forman parte de Alemania para enfrentarse a las tribus germánicas, que consideraban bárbaras (aunque conquistaron la Galia, la Francia actual y parte del Reino Unido). Europa entra en la escena de la historia de manera muy tardía.

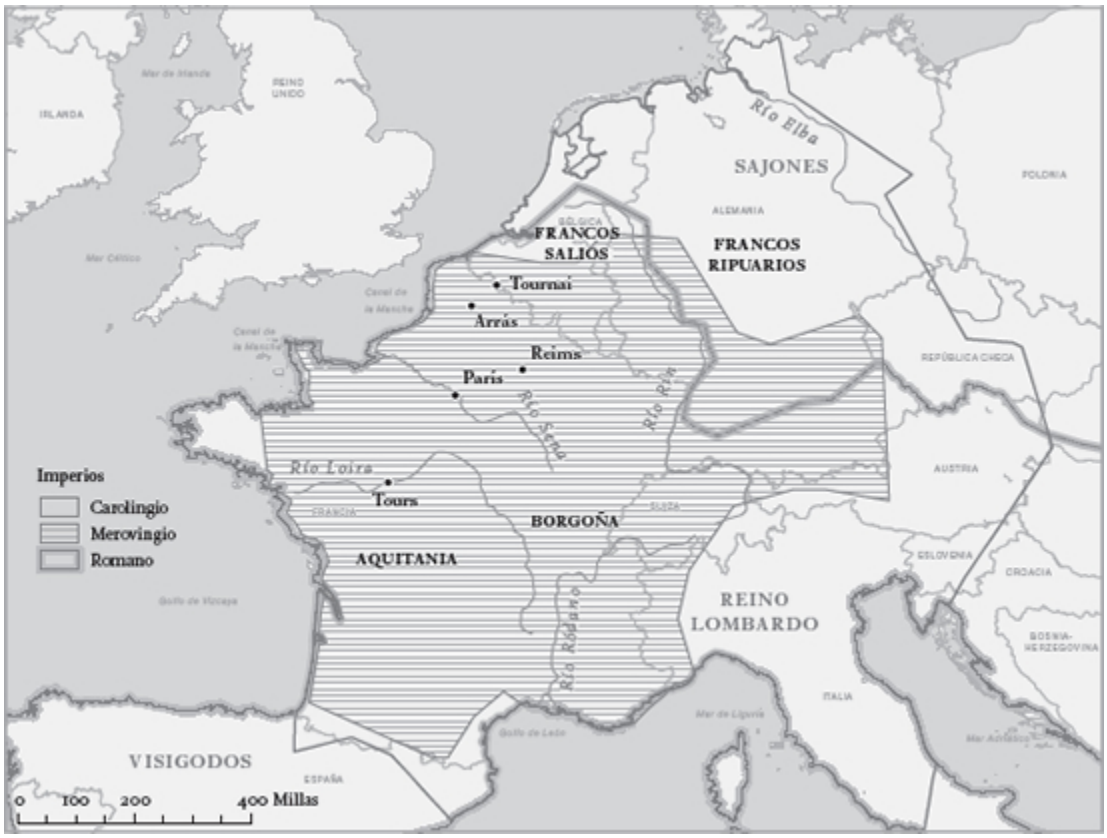
Sin embargo, como hemos discutido en el capítulo anterior, en el siglo XI algunas partes de Europa ya habían desarrollado gobiernos republicanos y experimentaban un enorme crecimiento económico. ¿Cómo llegó Europa hasta ahí? ¿Cómo tuvieron lugar esas revoluciones en el gobierno, la sociedad y la economía, y cómo sentaron las bases para un aumento de la libertad sin precedentes y para los espectaculares avances tecnológicos y económicos de los siglos XVIII y XIX? ¿Cuál fue la ventaja de Europa?

La respuesta a estas preguntas reside en una serie única de acontecimientos históricos que se produjeron hace mil quinientos años y que crearon un equilibrio fortuito entre el poder de una autoridad central y el de los hombres corrientes (no de las mujeres, por desgracia). Es este equilibrio el que puso a Europa en el pasillo, al poner en marcha el efecto de la Reina Roja, y con él un proceso incesante de competición entre el Estado y la sociedad. El equilibrio fue la consecuencia de dos cosas. En primer lugar, a finales del siglo V, sociedades tribales organizadas democráticamente que se basaban en asambleas y normas para la toma de decisiones consensuada asumieron el control de Europa. En segundo lugar, la existencia del legado de elementos cruciales de las instituciones estatales y la jerarquía política asimilados del Imperio romano y de la Iglesia cristiana, cuya influencia centralizadora continuó incluso después de la caída del Imperio romano de Occidente a finales del siglo V. Se puede pensar en esos dos elementos como las dos hojas de una tijera. Por sí solas, no habrían puesto a Europa occidental en un nuevo camino. Pero juntas, las dos hojas de la tijera europea prepararon la escena para la aparición del Leviatán encadenado, y las oportunidades y los incentivos económicos que éste desencadenó.

La política asamblearia de los reyes del pelo largo

Para hacernos una idea de cómo Europa consiguió esto, volvamos a la descripción de la asamblea recogida por Hincmaro, el arzobispo de Reims, en Francia. El libro de Hincmaro, conocido como *De ordine palatii*, fue escrito para Carlomán II, rey de Francia occidental, cuando ascendió al trono. Francia, que ya estaba dividida cuando Carlomán fue coronado, era un reino creado en su origen por los francos,[119] una tribu germánica que había luchado contra los romanos, y veces también con ellos, durante casi dos siglos. Se convirtió en uno de los beneficiarios del colapso del Imperio romano de Occidente, y después desempeñó un papel decisivo en los acontecimientos políticos de la Europa posterior a Roma.

Carlomán formaba parte de la dinastía creada por Carlos Martel a principios del siglo VIII y que su nieto Carlomagno había expandido enormemente. En la fecha de su muerte, en 814, Carlomagno había agrupado en un único Estado a Francia, Bélgica, Países Bajos, Alemania, Suiza, Austria y el norte de Italia (véase el mapa 8). Hincmaro enseñó a Carlomán la manera de gobernar su reino al relatar cómo se había gobernado el reino de Carlomagno según Adelardo, un contemporáneo suyo y testigo de cómo funcionaba entonces el Estado. En particular, esta norma no implicaba que el rey diera rienda suelta a sus deseos, sino que se basara en las asambleas populares. Como indicó Hincmaro:[120]



Mapa 8 Los imperios de los francos: merovingio y carolingio, y las fronteras del Imperio romano.

> En aquel momento se seguía la costumbre de no celebrar más de dos asambleas generales al año. La primera asamblea determinaba el estado de todo el reino para lo que quedaba de año. Ningún cambio en la situación, exceptuando sólo la mayor crisis repentina que afectó al reino, puede cambiar lo que se ha establecido. Todos los hombres importantes, tanto clérigos como laicos, asistían a esta asamblea general. Los hombres importantes acudían para participar en las deliberaciones, y aquellos de menor posición estaban presentes para escuchar las decisiones y en ocasiones también para deliberar sobre aquello que les concernía, y para confirmarlas no bajo coerción, sino por su propio entendimiento y acuerdo.

La participación en la segunda asamblea era más amplia, pero en ambas asambleas un consejo de «personas importantes y consejeros principales del reino» desempeñaba un papel clave y «planteaba al rey cuestiones y recibían respuestas», y

> con tanta frecuencia como aquellos retirados en el consejo lo desearan, el rey iría hasta ellos y permanecería con ellos tanto tiempo como quisieran. Entonces ellos, con toda cordialidad, le dirían cómo habían encontrado los asuntos particulares; con franqueza relataban lo que habían discutido de un lado y de otro, en desacuerdo o disputa o amistosa competencia.

Las élites francas «en el consejo» también podían «convocar a personas ajenas, como por ejemplo [...] cuando querían plantear cuestiones», y el rey aprovechaba esta oportunidad para «entrevistarse con personas que venían de todas partes del reino, para averiguar si traían consigo información digna de consideración». De hecho, antes de ir a la asamblea, cada participante «recopilaba información relativa a cualquier asunto relevante no sólo para su gente, sino para los desconocidos y tanto para los amigos como los enemigos».

Lo que describe Hincmaro era la esencia de las políticas asamblearias de las tribus germánicas, una forma de gobierno notablemente participativa.[121] Carlomagno, y más tarde Carlomán, tuvieron que respetar las reglas de estas asambleas, consultar los deseos de una muestra diversa de la sociedad (masculina) y asegurar cierto grado de consenso en sus decisiones más importantes. Obviamente, el número de personas que podía presentarse en este tipo de asambleas era limitado, pero Carlomagno utilizó mensajeros para que las conclusiones se contaran en reuniones de menor nivel, de modo que todo el reino estuviera informado. Esta participación es la primera hoja de la tijera europea.

El origen de estas asambleas está en la manera en que se organizaban los francos. La mejor descripción que tenemos procede de *Germania*,[122] el libro que Tácito escribió en el año 98. Tácito fue un político romano, funcionario e historiador, y su libro refleja la curiosidad que los romanos sentían por los germanos, que les habían infligido varias derrotas militares catastróficas y cuyas costumbres e instituciones les parecían tan diferentes a las suyas. Para satisfacer esta curiosidad, Tácito planteó una explicación casi antropológica de la organización y la cultura del pueblo germano. Por lo que respecta al sistema político, comenta:

> En asuntos de importancia menor sólo debaten los jefes; en temas principales, la comunidad entera. Pero incluso cuando la decisión es de la plebe, la cuestión es examinada antes por sus jefes [...]. También está permitido en la asamblea acusar e incoar un proceso capital [...]. En estas mismas asambleas se elige a los jefes que administran justicia en los distritos y las aldeas. Cien hombres del pueblo asisten con su consejo y autoridad a cada uno de ellos.

Se puede apreciar de inmediato el paralelismo con la descripción de Hincmaro incluso en los dos tipos de asamblea, una en la que la élite política se reúne y establece la agenda, y otra en la que la participación es masiva. Las asambleas tenían otras tareas, como la presentación de los jóvenes armados con un escudo y una lanza, lo que les convertía públicamente en ciudadanos. En lo que respecta a sus líderes,

> eligen a sus reyes por su nobleza, a sus líderes por su valor. Incluso el poder de los reyes no es absoluto ni arbitrario.

Julio César, que cruzó brevemente el Rin durante su conquista de la Galia, también observó que en tiempos de guerra los germanos elegían a sus líderes en asambleas, pero en tiempos de paz no tenían líderes, excepto unos jefes con poderes limitados. La ausencia de reyes enfadó mucho a algunos escritores, como Gregorio de Tours, cuya *Historia de los francos*, escrita a finales del siglo VI, es nuestra mayor fuente de información sobre los orígenes y el desarrollo político de los francos. Gregorio cita a Sulpicio, de un libro perdido hace mucho tiempo, cuando menciona a «los líderes de la realeza de los francos», pero luego añade con exasperación, «Cuando dice '*regales*' o líderes de la realeza, no está claro si eran reyes o si simplemente ejercían una función real». Para él era incluso más molesto que, cuando por fin parece que Sulpicio habla de un rey franco, «se olvida de decirnos cuál era su nombre». ¿En serio?

La gente que se convertiría en los francos, aunque Tácito no lo menciona de manera explícita, heredó las asambleas populares como una parte central de su organización política. Oímos hablar por primera vez de ellos en los años 250 y 275,[123] cuando junto con los alamanes y otras tribus germánicas, atacaron la provincia romana de la Galia. Parece que los francos fueron una amalgama de otros pueblos germanos, como los bructeros, los ampsivaros, los chamavi y los catos, que más tarde crearon, o se inventaron, una identidad colectiva. Hay pocas evidencias arqueológicas de sus orígenes, pero sabemos por fuentes romanas que en el siglo IV se habían establecido cerca del Rin y que a principios del siglo V estaban luchando con los romanos (véase el mapa 8). Entre los años 400 y 450, la frontera militar romana en el bajo Rin se desmoronó y los francos ocuparon

el territorio. A mediados de siglo, se habían dispersado hacia el oeste, hasta llegar a Arrás y Tournai, en aquellos momentos en Francia, pero aún se organizaban en reinos separados. El reino asentado en Tournai ganó en fuerza e influencia entre 450 y 480, primero bajo el mandato de Clodión y luego de su hijo Meroveo, que estableció lo que sería la dinastía merovingia, que duró casi trescientos años.

Clodión y Meroveo son, en parte, figuras míticas. De hecho, se cuenta que Meroveo fue concebido cuando la esposa de Clodión fue a nadar y se encontró con un monstruo marino llamado quinotauro, dando a la dinastía legitimidad sobrenatural. Los francos aparecen con una importancia histórica más clara con el reinado de Clodoveo, el nieto de Meroveo, quien llegó al trono en 481. Clodoveo fue el verdadero fundador del Estado franco y expandió el reino hasta unir a casi toda Francia en el momento de su muerte, en 511.

Los reyes francos tenían algo con el pelo. Concretamente con el pelo largo. Para los hombres tener el pelo largo era un símbolo de virilidad, tan importante que cortarle el pelo a un chico que tuviera el pelo largo sin el consentimiento de sus padres se consideraba un crimen equivalente a matarlo. Gregorio recoge una ocasión en la que

> Childeberto y Lotario enviaron a Arcadio a la reina [...] con una tijera en una mano y una espada desnuda [desenfundada] en la otra. Cuando estuvo en presencia de la reina, se las ofreció. «Vuestros hijos, que son nuestros señores, solicitan vuestra decisión, graciosa majestad, con respecto a qué debe hacerse con los príncipes. ¿Deseáis que vivan con el pelo corto? ¿O preferiríais verlos muertos?» [...] ella respondió: «Si no van a subir al trono, preferiría verlos muertos que con el pelo corto».

La política asamblearia de los reyes del pelo largo y sus sociedades poderosas y asertivas fueron la primera hoja de la tijera que pondría en el pasillo a los merovingios, los carolingios y otras sociedades europeas vinculadas. La otra hoja vino del Imperio romano.

La otra hoja

La República romana se fundó en el año 509 a. C., tras el derrocamiento del rey Lucio Tarquinio el Soberbio. En el siglo II a. C. la República tenía que enfrentarse a profundos conflictos entre las familias aristocráticas y ricas y el número creciente de ciudadanos romanos. A efectos prácticos, colapsó cuando Julio César se autoproclamó dictador en 49 a. C., aunque el surgimiento del Estado que le sucedió, el Imperio romano, sólo se conformó después de una serie de guerras civiles y del ascenso de Octavio como «Augusto» en 27 a. C.

En ese momento, había poco camino recorrido hacia un Estado institucionalizado. Roma había sido gobernada por el Senado y el ejército, y contaba con pocos burócratas, más allá de los esclavos y los sirvientes de la élite. Aunque con Augusto empezó a establecerse una administración central más sistemática, que se desarrolló, en parte, para alimentar a los residentes de Roma y abastecer al ejército, no fue hasta la segunda mitad del siglo III cuando se desarrolló en el imperio una verdadera administración burocrática.[124] Durante el Bajo Imperio, el Estado romano empleaba al menos a 31.000 funcionarios pagados a tiempo completo, pero es probable que esta cifra esté muy subestimada, ya que excluye al personal municipal, del que no tenemos información precisa. La unidad básica de administración era la provincia, y en el año 305, al final del reinado de Diocleciano, había ciento catorce. Cada una de ellas estaba regida por un gobernador, cuyas principales responsabilidades incluían los impuestos y la impartición de justicia, y que normalmente tenía a cien funcionarios que trabajaban para él. Las provincias se agrupaban en unidades más grandes llamadas diócesis y gobernadas por un funcionario romano, el *vicarius* (vicario), por encima del cual había cuatro prefectos pretorianos, uno en la Galia (que incluía el Reino Unido y España), uno en Italia (que también cubría África y el oeste de los Balcanes), uno en Ilírico (Grecia, Creta y el resto de los Balcanes) y uno en Bizancio, en el este. Estos prefectos tenían un personal muy numeroso, de hasta dos mil personas. Aunque los funcionarios no se reclutaban por medio de ningún examen, los grandes códigos legales del Bajo Imperio romano promulgados por los emperadores Teodosio en 438 y Justiniano en 529 mencionan el mérito y la antigüedad como criterios de ascenso. La mejor descripción que tenemos de cómo

funcionaba esta burocracia proviene del registro dejado por Juan Lido («El Lidio»), que trabajó para el prefecto pretoriano oriental en Bizancio. Juan provenía de la ciudad de Filadelfia, en Lidia, la actual ciudad turca de Alaşehir. Fue reclutado para la función pública por un conciudadano, Zotico, el prefecto pretoriano de Filadelfia. La prefectura oriental se dividió en dos departamentos principales, uno administrativo y judicial, y otro financiero. A Juan se le asignó el primero, y su libro, *De Magistratibus Rei Publicae Romanae*, enumera los altos funcionarios de este departamento: *princeps officii*, *cornicularius*, *adiutor*, *commentariensis*, *ab actis*, *cura epistularum* y *regendarius*. De hecho, una ley de 384, que el Código de Justiniano modificó posteriormente, establece el modelo para esta burocracia con 443 cargos diferentes, divididos en dieciocho grupos enumerados por orden de antigüedad.

> *Scrinium exceporum*:
> Un funcionario con el rango de *perfectissimus* de segunda clase, que es el *primicerius* de toda la escuela.
> Un funcionario con el rango de *perfectissimus* (tercera clase), que es el *primicerius* de todos los *exceptores*.
> Dos funcionarios con el rango de *ducenarius*, que son los *tertiocerius* y los *quartocerius*.
> Un funcionario con el rango de *centenarius*, que es el *primicerius instrumentorum*.
> Dos *epistulares*.
> Treinta y seis *exceptores* que constituyen el primer grado.

Y así continúa con otros diecisiete grupos de funcionarios. Juan comenzó como *exceptor* de rango medio en el año 511.

La burocracia administraba, como cuenta Juan, un complejo grupo de «costumbres, formas y lenguaje» y sus miembros vestían «ropajes distintivos», uniformes de origen militar. Tenía que manejar regulaciones y procedimientos y «registros, títulos e impuestos». Juan también tenía interés en señalar que tenía un *esprit de corps* y una identidad que lo diferenciaba de la «gente corriente». El lenguaje y la escritura eran particularmente importantes. Sólo a los burócratas palatinos con una relación más estrecha con el emperador se les permitía utilizar la *litterae caelestes* (literalmente, «escritura celestial»), un tipo específico de escritura, de uso restringido, utilizado para impedir falsificaciones porque era muy difícil de imitar. Juan cuenta con detalle los diferentes procedimientos burocráticos que deben

seguirse. Por ejemplo, todo lo que se presenta ante el tribunal del prefecto debe resumirse dos veces. Una era responsabilidad de un funcionario conocido como *secretarius*, mientras la otra la escribía el *personalium*, el funcionario judicial de mayor rango. Juan estaba seguro de que estos procedimientos eran cruciales para el buen funcionamiento del gobierno, por ejemplo al proteger del fraude y las pérdidas. Juan señaló: «Y yo mismo recuerdo bien un incidente. Aunque se había celebrado una audiencia, las transacciones que eran relevantes para el caso no se encontraban en ninguna parte. Pero cuando el *personalium*, como se le conoce, fue llevado ante la magistratura, el caso se restableció por completo».

Lo que Juan describe es una amplia burocracia con reglas bien definidas, que operan dentro de un sistema legal complejo. Por supuesto, no era inmune a la influencia personal, y no funcionaba exactamente como especificaban las reglas. El propio Juan consiguió su trabajo no sólo gracias a sus méritos, sino con la ayuda de Zotico, su contacto de Filadelfia. Además, muchos de los altos cargos estaban reservados para las élites, en particular para personas de la clase senatorial, y ciertamente había algo de corrupción. A pesar de estos defectos, al menos los romanos tenían un Estado burocrático con una estructura compleja y una organización territorial. En paralelo a esta institución laica, estaba la jerarquía de la Iglesia que, cuando los francos empezaron a interactuar con Roma, ya se había integrado en las instituciones políticas.

Juntar las dos hojas

La historia temprana de los francos fue una lucha por combinar las tradiciones políticas de abajo arriba de las tribus germánicas con las instituciones estatales de los romanos. Cuando Clodoveo ascendió al trono, no estaba claro cómo se iban a unir esas dos hojas.[125]

Imponerle a los francos una jerarquía política estable fue complicado. Gregorio recuerda que, después de una incursión, Clodoveo se encaprichó con cierta jarra, en concreto un aguamanil, y preguntó a sus hombres, «Os propongo, mis vigorosos saqueadores, que acordéis aquí y ahora concederme este aguamanil además de mi parte correspondiente», a lo que

uno de sus hombres respondió cortando la jarra por la mitad con su hacha y declarando, «¡No tendréis nada de este botín excepto vuestra justa parte». Con el tiempo, Clodoveo se vengaría de este soldado, pero el episodio destaca el *ethos* igualitario y no jerárquico del grupo guerrero, que era uno de los cimientos de la política asamblearia de los francos. Suponía, además, un impedimento significativo para la creación de un Estado.

Un paso importante en el proceso de creación de un Estado fue la conquista de la última subprovincia romana de Soissons. Clodoveo asumió las instituciones romanas y parece que contrató a los administradores romanos. A continuación, en una jugada hábil para juntar las dos hojas, Clodoveo adoptó el cristianismo. No sólo se convirtió él, sino con todo su ejército. A partir de ese día, Clodoveo podía apelar a la jerarquía eclesiástica, que él controlaba para los merovingios. Luego procedió a declararse emperador. El marco en el que lo hizo fue una ceremonia muy romana en la ciudad de Tours, como describió Gregorio:

> En la iglesia de San Martín, cubierto con una túnica púrpura y la capa militar, se coronó a sí mismo con una diadema. Salió en su caballo y con su propia mano lanzó monedas de oro y de plata entre las personas presentes [...]. A partir de ese día se le llamó cónsul o Augusto.

Los líderes de los grupos guerreros germánicos no vestían túnicas de color púrpura ni se llamaban a sí mismos Augusto, pero Clodoveo sí lo hizo. Al hacerlo, juntó la hoja de las asambleas y las normas de abajo arriba de las tribus germánicas con la hoja del modelo romano de Estado centralizado. Lo que surgió fue algo superior a la suma de las partes. El modelo de organización burocrática que Clodoveo tomó de Roma y de la Iglesia cristiana se integró en la política y las normas, diametralmente diferentes, de las tribus germánicas. Esta combinación colocó a los merovingios en el camino de entrada al pasillo.

Además de la vestimenta púrpura, el legado romano también puede verse en la persistencia de la unidad administrativa básica, llamada, como en la época romana, *civitas* o ciudad, junto con sus áreas circundantes. El alto funcionario merovingio a cargo de una *civitas* se llamaba *comes*, literalmente «compañero», traducido a menudo como «conde». Se trataba de un cargo adaptado del *comites civitatis* del Bajo Imperio, que parece

haber sido el modelo para sus funciones: resolver disputas legales, administrar justicia y el liderazgo militar. Los funcionarios subalternos por debajo de los *comes* se llamaban *centenarii*, eran también de origen romano y administraban una unidad llamada *centenae* o centena. El probable origen de esos cien es un grupo de combatientes que formaban una banda guerrera germánica que elegía a su líder, pero, al fusionarse con las instituciones territoriales romanas, el líder guerrero electo se convirtió en funcionario del Estado franco.

Uno de los actos decisivos de Clodoveo como emperador fue la promulgación de un nuevo código legal, la Ley Sálica.[126] (En el encarte de fotos se incluye la imagen de una copia merovingia que ha llegado hasta nosotros.) Clodoveo formaba parte de los francos sálicos, que se distinguían de otro grupo de francos llamados ripuarios, establecidos más al este. La Ley Sálica comenzaba con la formalización de las normas y las costumbres existentes que habían regido el comportamiento de los francos sin Estado. Estas normas incluían reglas complejas para regular disputas. Clodoveo quería codificarlas y, en última instancia, ponerlas bajo el control de su nuevo Estado centralizado. Desde esta perspectiva, la primera cláusula de la Ley Sálica resulta significativa. Dice: «Si alguien es convocado ante la Cosa por la ley del rey, y no acude, será sentenciado a 600 denarios, que son 15 sólidos». Aquí, la «Cosa» es la palabra arcaica para asamblea. Lo primero que Clodoveo debía hacer era asegurarse de que la gente se presentara. Por lo que respecta a la formulación de las leyes, uno de los prólogos que se conservan es particularmente revelador. Dice:

> Con la ayuda de Dios, complació a los francos y a su nobleza, y acordaron que debían prohibir toda escalada de disputas para preservar entre ellos el entusiasmo por la paz [...]. Luego, cuatro hombres, elegidos de entre muchos, se destacaron: sus nombres eran Wisogasto, Arogasto, Salegasto y Widogasto. Procedían de las *villae* de Bothem, Salehem y Widohem, más allá del Rin. Reunidos en tres asambleas legales, y discutiendo los orígenes y los casos atentamente, juzgaron cada caso de la siguiente manera.

De modo que la Ley Sálica, aunque la implantó Clodoveo, no fue una imposición suya a la sociedad. Ni siquiera la escribió él, sino que lo hicieron cuatro legisladores y tres asambleas. Los legisladores, Wisogasto,

Arogasto, Salegasto y Widogasto, tuvieron que enfrentarse a todos los problemas habituales, que incluían «disputas» frecuentes. Así, el «Título XVII. Sobre las heridas» estipula:

1. Si alguien ha querido matar a otra persona y ha fallado el golpe, aquel que se pruebe que lo hizo será sentenciado a 2.500 denarios.
2. Si alguna persona ha querido atacar a otra con una flecha envenenada, y la flecha ha pasado de lado, y se prueba que fue él, será sentenciado a 2.500 denarios.
3. Si alguna persona golpea a otra en la cabeza de modo que aparece el cerebro, y los tres huesos que están sobre el cerebro sobresalen, será sentenciado a 1.200 denarios.
4. Pero si hubiera sido entre las costillas o en el estómago, de modo que la herida aparece y llega a las entrañas, será sentenciado a 1.200 denarios.
5. Si alguien hubiera golpeado a un hombre de modo que la sangre cae al suelo, y se prueba que fue él, será sentenciado a 600 denarios.
6. Pero si un hombre libre golpea a otro hombre libre con su puño de modo que no corre la sangre, será sentenciado por cada golpe (hasta tres golpes) a 120 denarios.

La ley cubría otros ámbitos relacionados con las enemistades, en especial los insultos, de modo que era ilegal calumniar a alguien llamándole zorro o liebre. También regulaba las relaciones entre los francos y los romanos, aunque dejaba claro quién dirigía el asunto. Por ejemplo, el «Título XIV. Sobre los asaltos y robos» afirmaba:

1. Si alguien ha asaltado y robado a un hombre libre, y se prueba que fue él, será sentenciado a 2.500 denarios, que son 63 sólidos.
2. Si un romano ha robado a un franco salio, se observará la ley anterior.
3. Pero si un franco ha robado a un romano, será sentenciado a [pagar] 35 sólidos.

Era peor para los romanos robar a los francos que al contrario. El diferente tratamiento a romanos y francos muestra que aunque los francos tenían leyes, no tenían «igualdad ante la ley», es decir, la idea y la práctica de que las leyes se aplican de igual manera a todo el mundo. Este aspecto crucial que tienen las leyes bajo el Leviatán encadenado sólo surgió lentamente al ponerse en marcha la Reina Roja.

La Ley Sálica no se parecía a la ley romana. Los emperadores romanos, como Augusto, no se preocupaban de hacer leyes que fueran coherentes con las normas imperantes. Ni se les ocurrió sugerir que las leyes se las proporcionaran los legisladores o la sociedad. La Ley Sálica se parecía más a la codificación, regulación y consolidación de las normas existentes que primeramente intentaron Dracón y Solón en la antigua Grecia. Pero en este proceso, las leyes también trajeron consigo la resolución de conflictos bajo la jurisdicción del Estado. A finales del siglo VI, la legislación adoptaba un cariz decididamente más romano, al incorporar elementos del Código Teodosiano. La Ley Sálica supuso un paso más en la unión de la estructura del Estado romano con las normas e instituciones políticas de los francos.

El significado de la manera en que se formuló la Ley Sálica es evidente cuando llegamos al reinado de Carlomagno, que alcanzó el punto culminante de la unión con Roma cuando se coronó a sí mismo emperador de Roma el día de Navidad del año 800. De todos modos, Carlomagno no se comportó como un emperador romano a la hora de relacionarse con su gente. Las mismas asambleas, costumbres y previsiones que encadenaron el reinado de Clodoveo también limitaron el de Carlomagno. Dos edictos reales promulgados en Ratisbona en 789 indican que hubo agentes del Estado que hacían un uso indebido de su poder, y que el rey recibió quejas de la gente porque «no mantienen su ley». El énfasis en «su ley» es crucial. Era la ley de la gente, no del rey, y era tarea del rey hacerla cumplir. De hecho, «si un conde o *missus* o cualquier hombre ha hecho esto, que se sea comunicado al señor rey, puesto que desea ajustar estos asuntos lo más posible a los derechos». En este caso, *missus* significa literalmente «hombres enviados», agentes reales que servían de vínculo entre las provincias y la corte central.

¿Qué ocurría con la libertad? Aunque Clodoveo y Carlomagno lideraron Estados que entraron en el pasillo, en sus imperios no se veían muchos indicios de una libertad floreciente. Se trataba de una época turbulenta en la que pocas personas se sentían seguras frente a la violencia. Los seguidores de Clodoveo eran guerreros y entre los francos las normas marciales eran influyentes. Lo cual puede verse en el hecho de que cuando un joven franco se convertía en ciudadano, la asamblea le regalaba un escudo y una lanza. Además, los francos todavía se encontraban plenamente en la jaula de normas, con costumbres, tradiciones y prácticas que restringían mucho la economía y las actividades sociales de todas las personas, entre otras razones porque en la sociedad franca había muchos tabúes religiosos y culturales, así como una clara jerarquía social. La esclavitud aún era habitual, y los hombres y las mujeres podían convertirse en esclavos de manera voluntaria, de una manera no muy diferente a como vimos en las sociedades africanas, en el capítulo 2, lo que, sin embargo, había desaparecido en Atenas después de las reformas de Solón. La tortura se usaba de manera rutinaria para obtener una confesión en los procedimientos judiciales. Las enemistades también continuaron siendo algo endémico, como indican los fragmentos anteriores de la Ley Sálica. Pero al establecerse en el pasillo, estas sociedades comenzaron un proceso que poco a poco cambiaría todas esas cosas.

Reino desunido

Mientras los francos trataban de unir la Europa occidental, al otro lado del canal de la Mancha había un reino muy desunido. Donde el Imperio romano de Occidente se desmoronó por completo fue en Britania. La moneda, la escritura y la rueda desaparecieron, y las ciudades fueron abandonadas. York, que había sido una importante urbe romana, volvió a ser una zona pantanosa en el siglo v.[127] Las pruebas arqueológicas de este período muestran la existencia de escarabajos que vivieron en hierbas altas y juncos, y hay restos de ratones de campo, ratas toperas, musarañas y cercopoideos que tomaron la ciudad. No eran los únicos recién llegados. También emigraron a las islas pueblos de la Europa continental, en concreto de

Alemania y el sur de Escandinavia, que Beda el Venerable, un historiador del siglo VIII, identificó como «anglos, sajones y jutos». Para entonces, estos pueblos, junto con los supervivientes de la Britania romana y otros migrantes como los celtas de Irlanda y Escocia, habían formado un conjunto inestable de unidades de gobierno enfrentadas, muchas de las cuales sólo se recuerdan hoy por el nombre de condados ingleses actuales como el de Kent.[128] Sin embargo, estas unidades de gobierno se fueron uniendo de manera gradual. En el año 796, a la muerte del rey Offa de Mercia, sólo quedaban cuatro: Wessex en el sur, Anglia Oriental en el este, Mercia en el centro del país y Northumbria en el norte (véase el mapa 9).



Mapa 9 Britania desunida: los reinos durante el siglo IX.

En 871, Alfredo, de veintidós años, sucedió a su hermano Etelredo como rey de Wessex. Es probable que esta sucesión se acordara en un *witan*, la asamblea de los anglosajones.[129] En palabras del abad Aelfrico de Eynsham:[130]

> Ningún hombre puede proclamarse rey a sí mismo, pero el pueblo tiene la opción de elegir un rey que le plazca; pero después de que sea consagrado rey, entonces él tiene dominio sobre el pueblo.

De este período, la mejor descripción de un *witan* que nos ha llegado es del monje Byrhtferth de Ramsey.[131] Describe la segunda coronación del rey Edgar («el Pacífico») en Bath en el año 973:

> En aquel momento era época santa cuando, de acuerdo con la costumbre, los arzobispos y todos los demás obispos distinguidos y los gloriosos abades y las abadesas religiosas, y todos los regidores, funcionarios administrativos y jueces [...] se reunían. Desde «el sol elevándose por el este, desde el oeste, desde el norte y desde el mar» salió el edicto del rey, para que todas estas personas se reunieran en su presencia. Este ejército espléndido y glorioso de su reino no se reunió, pues, para destituirlo, o para tomar la decisión de matarlo o ahorcarlo [...] sino que acudieron por una razón totalmente plausible [...] que los venerables obispos debían bendecirlo, ungirlo y consagrarlo.

Este singular relato deja claro que la asamblea, compuesta por personas como los regidores, funcionarios reales de alto rango normalmente a cargo de un condado, y los funcionarios administrativos que eran sus subordinados, podían haber destituido a Edgar en lugar de coronarlo. Luego el rey juró:

> Prometo en primer lugar que la Iglesia y Dios y todo el pueblo cristiano mantendrán bajo mi autoridad la paz verdadera en todo momento; también prometo que proscribiré el robo y toda clase de maldad a las personas de cualquier condición; y tercero, que en todos los juicios impondré justicia y misericordia.

Poco después de esto, el obispo Dunstan colocó una corona en su cabeza.

La corona era un símbolo romano de autoridad real, que los germanos importaron a Inglaterra. Pero incluso más importante que eso, los sajones introdujeron sus asambleas, en las que se basó el *witan*. En su *Historia eclesiástica del pueblo de los anglos*, Beda relata:[132]

> Los antiguos sajones no tienen un rey, sino muchos señores puestos al frente del pueblo que, al sobrevenir un caso de guerra, echan suertes por igual, y al que la suerte señale lo siguen todos como jefe en el tiempo que dure la guerra y a él obedecen; pero acabada la guerra, todos los señores vuelven a tener el mismo poder.

Además de estas influencias directas, los líderes anglosajones viajaron por Europa y tomaron prestados libremente los modelos institucionales que se encontraron. Alfredo tenía incluso un consejero carolingio, Grimbald de San Bertin. Byrhtferth de Ramsey menciona otra asamblea celebrada en el año 965, a la que también acudieron «un número incalculable de la población» además de «todos los hombres importantes, y los destacados regidores, y los barones poderosos de todos los municipios y pueblos y ciudades y territorios».

Cuando Alfredo ascendió al trono, tenía mucho por hacer. Desde el año 865 las islas británicas estaban ocupadas por lo que la *Crónica anglosajona*, una colección de anales iniciada por Alfredo, menciona como el gran ejército pagano. Este ejército era una enorme fuerza de escandinavos, en su mayoría daneses, que no había ido simplemente a hacer una incursión, sino a conquistar la isla. Alfredo ya había luchado contra ellos varias veces cuando atacaron violentamente a los cuatro reinos. El ejército de Alfredo sufrió entonces una serie de derrotas, y es probable que tuviera que pagar a los daneses para que se retiraran. En 878 los reinos habían sido conquistados, y Wessex, asediado, se quedó solo. Ese verano, sin embargo, Alfredo ya había reorganizado sus fuerzas y asestó una severa derrota a la mitad del gran ejército pagano comandada por el rey danés Guthrum en la batalla de Edlington, en lo que ahora es Wiltshire (véase el mapa 9). Esta victoria dio pie a un tratado de paz con Guthrum, que implicó que los daneses se retiraran a los territorios de Danelaw (donde se mantenía la ley danesa), aproximadamente los antiguos reinos de Anglia Oriental y Northumbria, junto con el este de Mercia. Esta paz relativa permitió que Alfredo reorganizara su reino y reajustara los impuestos y las fuerzas armadas, un paso más en el proceso de construcción de un Estado. Sus sucesores, su hijo Eduardo («el Viejo») y sus tres nietos, Athelstan,

Edmundo y Edred, conquistaron poco a poco el reino escandinavo. Finalmente, Edred expulsó de York a Eric Hacha Sangrienta, el último rey escandinavo, en el año 954. Inglaterra se unificó.

De este período tenemos evidencias detalladas de la naturaleza y las actuaciones de las asambleas. Descubrimos que en 992 las expediciones militares contra los daneses y un tratado posterior fueron hechos por «el rey y todos sus consejeros (*witan*)». La *Crónica anglosajona* recoge cómo las medidas de defensa se discutían después de que «todos los consejeros (*witan*) fueran convocados ante el rey». Pero el *witan* no sólo debatía asuntos de defensa y militares. También legislaba. El texto legal más importante del reinado de Athelstan observaba que «todo esto se estableció en la gran asamblea de Grately, en la que estuvo presente el arzobispo Wulfhelm, con todos los nobles y consejeros que el rey Athelstan había reunido». De los veintidós códigos legales que existen del período entre 899 y 1022, diecinueve incluyen cláusulas similares. A pesar de que Byrhtferth hablaba de un «número incalculable de la población», al igual que en el reino franco, el número de personas que podía acudir a esas reuniones era relativamente pequeño. Sin embargo, como en Francia, los anglosajones llevaron a cabo intentos sistemáticos de hacer consultas más generales y de difundir las decisiones. Durante el reinado de Edgardo, sabemos que «deben escribirse muchos documentos respecto a esto, y enviarse tanto al regidor Alfhere como al regidor Athelwine, y ellos los enviarán en todas direcciones, de modo que esta medida puedan conocerla los ricos y los pobres». Estas asambleas, junto con la ley que ayudaron a formular y promulgar, fueron la base de dos características institucionales cruciales del corredor: el Parlamento inglés y la noción de que los reyes estaban limitados por la ley.

El código legal del rey Alfredo[133] recuerda al fragmento que se conserva de Dracón y a la Ley Sálica de Clodoveo. Por un lado, representa la transición de una sociedad sin Estado, donde los conflictos y las disputas se resolvían a través de enfrentamientos, a una autoridad estatal centralizada. Por otro lado, implica trabajar con las normas existentes y

consolidarlas, no rechazarlas. De modo que dedica bastante tiempo a institucionalizar los castigos para evitar que los enfrentamientos surjan y se recrudezcan. Comienza así:

> Entonces, yo, Alfredo, rey de los sajones occidentales, he mostrado esto a todos mis consejeros, y han declarado que cuenta con la aprobación de todos.

De nuevo invocando el papel del *witan*. En las leyes, un concepto central es el de *wergeld*. El *wergeld*[134] de una persona era la cantidad de dinero que valía su vida si alguien lo mataba. Pagar el *wergeld* detenía un enfrentamiento. Por ejemplo, la cláusula 10 dice: «Si alguien yace con la esposa de un hombre cuyo *wergeld* es 1.200 chelines, pagará 120 chelines de compensación al esposo; a un marido cuyo *wergeld* es 600 chelines, pagará 100 chelines de compensación; a un plebeyo deberá pagar una compensación de 40 chelines». Por lo tanto, las personas con mayor estatus, como los regidores, tenían un *wergeld* más alto y este estatus influyó en cómo se trataban otras violaciones de las leyes. Al igual que en el *Kanun* albanés, en una sociedad basada en la enemistad, si alguien era ofendido, entonces sus familiares eran responsables del castigo, y la responsabilidad por los agravios era colectiva. La cláusula 30 dice: «Si alguien que no tiene parientes paternos lucha y mata a un hombre, sus parientes maternos, si tiene alguno, deberán pagar un tercio del *wergeld* y sus compañeros pagarán un tercio. En caso de incumplimiento del pago del tercio [restante], se le considerará personalmente responsable».

Otras cláusulas resumen cómo determinados conflictos pueden abordarse sin enfrentamiento.

> Declaramos además que un hombre puede luchar en nombre de su señor, si su señor es atacado, sin convertirse en responsable de venganza.

y

> Un hombre puede luchar, sin convertirse en responsable de venganza, si encuentra a otro [hombre] con su esposa casada, en un lugar con las puertas cerradas o debajo de la misma manta.

El código legal también introdujo una especificación detallada de las multas por la pérdida o lesión de diferentes partes del cuerpo, como los dedos de las manos y los pies, los ojos, la mandíbula, etcétera.

Pero las similitudes con el *Kanun* son menos sorprendentes que las diferencias. El código legal de Alfredo no sólo codificaba y racionalizaba las normas existentes para la resolución de conflictos, además las puso bajo la autoridad del nuevo Estado emergente (recordemos que el *Kanun* albanés no estaba escrito y ni siquiera se registró hasta principios del siglo XX). Esto es significativo por al menos dos razones. En primer lugar, subraya la distinción entre el enfrentamiento en un contexto sin la autoridad del Estado y en el comienzo de un proceso de resolución de conflictos controlado por el Estado. Una vez el código legal del rey impone cómo deben resolverse los diferentes conflictos, el siguiente paso es que el Estado empiece a resolverlos, que es lo que al final sucedió después de Alfredo. En segundo lugar, el código legal nos recuerda de nuevo que Alfredo, como líder que se encuentra encadenado por las normas e instituciones existentes, no estaba imponiendo sus leyes a la sociedad, sino trabajando con la sociedad y sus asambleas para racionalizar las normas existentes. Esto se evidencia en el juramento de la coronación de Edgardo en Bath, que constituye la base de la moderna ceremonia de coronación británica. Edgardo prometió juzgar con justicia y misericordia. También es muy evidente en momentos clave en la Inglaterra posterior a Alfredo, en particular durante los reinados de Etelredo («el Indeciso»), Canuto y Eduardo («el Confesor»). Etelredo sufrió una serie de derrotas militares a manos de los daneses y se refugió en Normandía, en Francia. Fue destituido por «todos los consejeros (*pa witan ealle*) que estaban en Inglaterra», pero en términos que fueron claramente impuestos por el *witan*, que implicaba la reforma de sus leyes y comportamiento.

El historiador británico sir Frank Stenton señaló que fue un momento de «gran interés constitucional, como el primer pacto registrado entre un rey inglés y sus súbditos». Pero no supuso una ruptura con el pasado, sino una continuación de las normas políticas anglosajonas y germánicas. De hecho, el *witan* llegó a un acuerdo constitucional similar con el rey danés Canuto cuando se le aceptó como rey en 1016. Y en 1041 cuando Eduardo,

que también había estado en el exilio, regresó a Inglaterra desde Normandía, «los barones de toda Inglaterra» se reunieron con él cuando desembarcó en Hurst Head, en la costa de Hampshire, y le dijeron que sólo lo aceptarían como rey si juraba mantener las leyes de Canuto.

1066 y todo eso

En 1066, Inglaterra fue invadida por Guillermo «el Conquistador»[135] y su ejército normando, que derrotaron decisivamente a las fuerzas inglesas en la batalla de Hastings, en Sussex, donde mataron a su líder, Harold Godwinson. Guillermo expropió a la aristocracia anglosajona e implementó el sistema feudal que habían creado los últimos reyes carolingios de Francia.[136] Pero Guillermo no pudo imponer todo esto sin la aceptación de la sociedad inglesa. De hecho, reivindicó que era el rey legítimo de Inglaterra porque supuestamente Eduardo el Confesor lo nombró su heredero durante los años de exilio que éste pasó en Normandía. En el encarte de fotos se incluye una escena del tapiz de Bayeux, tejido por las mujeres de la corte normanda para celebrar 1066, que muestra a Eduardo otorgándole su reino a Guillermo. Por lo tanto, uno de los primeros actos de Guillermo fue volver a confirmar los códigos legales de Eduardo. Pero este acto también reafirmó las cadenas que ya existían antes de que llegara el Conquistador, asegurando la continuidad entre los dos regímenes.

El orden feudal que los normandos habían adoptado en Francia, y que Guillermo exportó a Inglaterra, fue una consecuencia de la fragmentación del Estado franco después de Carlomagno. El Estado central se debilitó frente al poder de los señores locales y surgió una nueva estructura estatal basada en una serie de relaciones jerárquicas. Toda la tierra, al menos en principio, pertenecía al rey, que se la otorgaba a sus vasallos como feudo a cambio de «consejo y ayuda», en particular ayuda militar. En la época del Libro Domesday, el gran censo que Guillermo recopiló en 1086 para catalogar los bienes de su nuevo reino, había en Inglaterra 846 «arrendatarios jefes», que eran los vasallos principales. Luego estos hombres se dedicaron a lo que se llamó «subenfeudar», es decir, otorgar tierras a vasallos de nivel inferior en una cascada de «consejo y ayuda». Por

lo tanto, si Guillermo necesitaba ayuda en forma de servicios militares, o tal vez dinero, primero llamaba a sus arrendatarios jefes, que luego se dirigían a los que habían subenfeudado, y así sucesivamente. Esta organización feudal fortaleció a las élites terratenientes, que eran los vasallos, y debilitó la capacidad de la gente corriente para participar en la política. Por ejemplo, la oposición abierta al rey, como la que se encontró Eduardo el Confesor a su regreso de Francia, ahora resultaba imposible, ya que se habría interpretado como un incumplimiento de los juramentos feudales. ¿Quizá un paso hacia la salida del pasillo? Sin embargo, en un contexto con asambleas profundamente arraigadas, la participación de la sociedad en la política no podía dejarse de lado con facilidad.

La influencia de las asambleas en seguida fue recreada bajo el requerimiento de dar «consejo y ayuda». Como la política asamblearia de las tribus germánicas, esto implicaba reuniones entre el rey y las élites principales, tanto laicas como religiosas, y en algunos contextos, segmentos de la sociedad mucho más amplios. Es más, la *obligación* de los vasallos de dar consejo resultó no ser tan diferente del *derecho* a dar consejo, sobre todo porque este derecho se había ejercido en el antiguo sistema de gobierno, ratificado cuando Guillermo llegó al poder. Además, aún existía el derecho latente de los hombres libres a ser consultados. En el reinado de Enrique II, el bisnieto de Guillermo el Conquistador, que ascendió al trono en 1154, se unieron varios factores que hicieron que los consejos fueran incluso más poderosos a la hora de encadenar al Estado emergente, en particular en la forma en que interactuaron con el sistema legal.

La ley había estado en transición desde el principio del reinado de Guillermo. Una característica notable de las leyes de Clodoveo y Alfredo es que especifican la compensación a las víctimas, no los castigos del Estado, como las sentencias de prisión o las multas pagadas al Estado. En las leyes de Alfredo, si le cortabas una oreja a alguien, tenías que pagar 30 chelines (tenías que pagar 60 chelines «si se detiene la audición»). Pero no se trataba de una multa que pagabas al Estado: era una compensación para la persona cuya oreja habías arrancado. Durante el gobierno de Guillermo se produjo un cambio hacia castigos con multas que se pagaban al Estado. El ejemplo más famoso fue el delito de *murdrum*, según el cual se multaba a una

comunidad entera (normalmente un «ciento» o una aldea) si se mataba a un normando y la comunidad no entregaba al perpetrador. Una institución relacionada era el *tithing*, un grupo de diez o doce hombres que prestaban juramento para mantener la ley y que era responsable de capturar y presentar a cualquiera de sus miembros que hubiera cometido una ofensa. Si el delito tenía lugar en una determinada comunidad y no se capturaba a nadie, entonces toda la comunidad podía ser multada. A menudo este sistema se llamó *frankpledge*, y de hecho los que hacían la promesa se convirtieron en los ejecutores locales de la ley.

Es probable que la idea de la responsabilidad y el castigo colectivo proceda de los códigos de enemistad que identificaban a grupos de personas, normalmente los miembros de la familia extendida, como los responsables de vengar los agravios. Pero hay una gran diferencia entre que el responsable sea un grupo de parentesco o lo sea una comunidad establecida geográficamente en una aldea, en especial por las implicaciones que esto tiene para la jaula de normas. De hecho, Guillermo eliminó el derecho legal de venganza y siempre intentó desincentivar que los grupos de parentesco y los clanes administraran ellos mismos la justicia y participaran en enfrentamientos y venganzas. Una consecuencia de esto fue la desintegración de las relaciones familiares. Marc Bloch, un historiador francés del feudalismo, señala que en este período

> las vastas familias de hacía no tanto tiempo fueron poco a poco reemplazadas por grupos mucho más parecidos a nuestras pequeñas familias actuales.

Este cambio empezó a ser evidente en la forma en que se ponían los nombres. Al principio del período normando, las personas podían tener un único nombre, asociado a menudo con el nombre de un grupo de parentesco más amplio o clan. Pero en el siglo XII empezaron a añadir un apellido de algún tipo. Al principio se trató de una decisión individual que al parecer empezó en la aristocracia y luego se extendió a toda la sociedad. Quienes no eran aristócratas a menudo eligieron apellidos relacionados con oficios como Smith (herrero), Baker (panadero) y Cooper (tonelero), que reflejaban su ocupación. Bloch destaca el papel fundamental del Estado en este proceso, o como explica él:

> El nombre permanente de la familia, que hoy tienen en común hombres que a menudo carecen de cualquier sentimiento de solidaridad, no fue una creación del espíritu familiar, sino de las instituciones que más fundamentalmente se oponían a ese espíritu: el Estado soberano.

El Estado estaba reconfigurando la naturaleza de la sociedad, y en ese proceso desmanteló poco a poco una miríada de restricciones al comportamiento, de obligaciones y jerarquías sociales.

La naturaleza de la ley adoptó una forma nueva y drástica en el reinado de Enrique II. Durante el reinado del predecesor de Enrique, Esteban, Inglaterra había estado plagada de conflictos de sucesión y guerras civiles. Enrique tenía que reconstruir el país y quería recuperar los territorios que se habían perdido en Escocia, Gales y, sobre todo, en Francia. Además quería apoyar a los Estados que participaban en las cruzadas en Tierra Santa. Para hacer todo esto necesitaba dinero y en 1166 empezó a recaudar un impuesto sobre los ingresos y los bienes. Hasta entonces, el rey había sobrevivido con los ingresos de sus tierras, los pagos feudales y las tasas de las acciones judiciales. El nuevo impuesto resultó controvertido y Enrique lo impuso en un consejo de arzobispos, obispos y magnates de sus feudos franceses «con el consejo y asentimiento de todos». En el caso de impuestos que afectaban a todo el mundo de esa manera, Enrique necesitaba el consentimiento de la sociedad.

Al mismo tiempo que empezaba a recaudar impuestos, implementó una serie de reformas legales que aumentaron mucho el poder del gobierno real sobre el sistema judicial. La más famosa fue la creación de los *eyres*, instituidos en algún momento en torno a 1176. Se trataba de un sistema de jueces reales itinerantes que recorrían el país con amplia autoridad para juzgar diferentes tipos de casos. Pero las reformas de Enrique también desataron la Reina Roja. La sociedad empezó a participar en la resolución de conflictos de nuevas maneras, porque ahora los jueces tuvieron que crear un tipo de tribunal llamado *assizes*, y convocar a «doce hombres honestos» para ayudarles. Esto ya lo había previsto en el *Assize* de Clarendon de 1166 una ley que declaraba:[137]

> La investigación se hará en cada condado y en cada cien, a través de doce de los hombres más honestos de los cien y a través de cuatro de los hombres más honestos de cada aldea bajo juramento, que contarán la verdad, bien haya en su cien o aldea algún hombre acusado o

> notoriamente sospechoso de ser un asaltante o asesino o ladrón, o alguno que sea receptor de asaltantes o asesinos o ladrones.

Esto fue significativo a la hora de establecer el sistema de jurado, incluso si el sistema de *tithing* ya lo preveía en buena medida. También es notable que haga hincapié en la recopilación de pruebas en lugar de determinar la culpa. El *assize* aún no otorgaba al «jurado» el derecho a pronunciarse sobre la culpabilidad o la inocencia, sólo a proporcionar información. El derecho a emitir veredictos vendría después.

La noción de un juicio llevado a cabo por un «jurado de tus pares» es una parte fundamental de la aparición de lo que en Inglaterra se conocería como «derecho común». El otro elemento importante asociado a las reformas de Enrique II es la idea de que los jueces hacen leyes. Cuando los jueces dictaminaban casos, tenían que interpretar las leyes existentes, que eran vagas y con frecuencia imprecisas. Sus dictámenes establecían precedentes de cómo debían interpretarse las leyes y los propios casos se convertían en el fundamento de nuevas leyes. La incipiente autonomía de lo que en Inglaterra se convertiría en una profesión legal, cuyas resoluciones se acumularon en el derecho común, fue otro paso significativo para el desarrollo de una nueva manera de resolver conflictos. Garantizaba que el gobernante no pudiera imponer leyes arbitrarias a la sociedad, porque las normas que actuaban a través del poder de la profesión legal lo limitarían. Ahora la Reina Roja estaba en acción, con consecuencias aún más radicales. Por un lado, en un paso significativo hacia la igualdad ante la ley, la creciente autoridad de la profesión legal significó que las leyes podían aplicarse a cualquiera, incluso al rey. Por el otro, dio a la profesión legal poder para empezar a relajar la jaula de normas, al dictaminar contra las prácticas que eran más restrictivas y menos coherentes con el espíritu de las leyes que se desarrollaban. Como veremos en breve, este poder se manifestó de manera más significativa en el colapso del sistema feudal.

En los escritos de Richard FitzNigel, uno de los jueces itinerantes de Enrique, es evidente que la gente tenía en mente la igualdad ante la ley. Como dice en su famoso tratado sobre el tesoro público, *Diálogo del Exchequer*, publicado en 1180:[138]

> El bosque tiene sus propias leyes, basadas, se dice, no en el derecho común del reino, sino en el decreto arbitrario del rey; de modo que lo que está de acuerdo con la ley forestal no se llama «justo» de manera absoluta, sino sólo «justo» de acuerdo con la ley forestal.

El rey podía hacer leyes. ¡Pero éstas eran «arbitrarias», no «justas»!

Al mirar atrás, podemos observar que esas medidas jugaron un papel definitorio en el fortalecimiento del Estado central a expensas de la sociedad, por ejemplo, al desvincular la autoridad judicial tanto de los tribunales locales como de los tribunales de los señores feudales, que estaban controlados por barones. Sin embargo, este proceso de centralización todavía estaba sujeto a dos importantes limitaciones. En primer lugar, las reformas de Enrique estaban constreñidas por normas, y el derecho común significaba que las decisiones que los jueces tomaban en las comunidades locales creaban precedentes para decisiones futuras, tanto si le gustaba al gobernante como si no. Esto aseguraba que la implementación de las leyes no se pudiera desviar demasiado de las normas existentes. En segundo lugar, la capacidad de los tribunales para imponer la voluntad del Estado a la sociedad estaba muy circunscrita. Por ejemplo, casi todas las acciones y acusaciones legales las iniciaban personas corrientes. Los jueces que se sentaban en los *assizes* y las sesiones trimestrales no tenían poder independiente para investigar. Tenían que esperar a que la gente presentara casos, de modo que la demanda de justicia era crucial.

El hecho de que la sociedad ayudara a convocar una mayor capacidad del Estado no hizo que ésta fuera menos efectiva. Subrayando la naturaleza de la creación del Estado en el pasillo, se produjo un aumento simultáneo en la imposición de las leyes (a menudo la sociedad desempeñó un papel crucial en este proceso), en varios servicios públicos y en la capacidad burocrática del Estado. El último punto puede observarse en las estimaciones del incremento de la cantidad de lacre usado para sellar cartas de la cancillería inglesa, el personal del lord canciller, uno de los consejeros más importantes del rey y el «guardián del sello del rey». Entre finales de la década de 1220 y finales de la de 1260, la cantidad de lacre pasó de 3,6 a 31,9 libras a la semana. Esta multiplicación por diez refleja la enorme

cantidad de documentos que era necesario sellar, resultado de una gran expansión del negocio estatal registrado. La capacidad del Estado estaba creciendo a pasos agigantados.

El efecto de la Reina Roja en acción: la Carta Magna

La reacción de la sociedad ante el fortalecimiento del Estado continuó después de las reformas centralizadoras de Enrique II y después de que su hijo, Juan, ascendiera al trono en 1215.[139] Contrariados por lo que consideraban una incesante exigencia de impuestos del rey Juan, y por sus intentos de liberarse de las constricciones impuestas por la ley y las normas, un grupo de barones se sublevó y tomó Londres. Juan se reunió con ellos el 10 de junio en Runnymede, a orillas del río Támesis, al oeste de Londres, para negociar una paz. El lugar de la negociación era significativo. El nombre Runnymede parece derivar de las palabras anglosajonas *runieg* («reunión ordinaria») y *mede* («prado») y, de hecho, Runnymede fue uno de los lugares donde se había reunido el *witan* durante el reinado de Alfredo. En esta asamblea, los barones empezaron proponiendo lo que se conocería como los «artículos de los barones». Durante los diez días siguientes negociaron la Carta Magna.[140]

La Carta Magna se convirtió en el fundamento de las instituciones políticas inglesas. Se centraba en muchas cosas: el papel de la Iglesia, los rehenes detenidos para controlar a los reyes galeses y escoceses, y los oficiales franceses de Juan (la carta insistía en que debían ser despedidos). Pero sus cláusulas esenciales se centraban en el tema del cobro de impuestos sin consentimiento y en cómo constreñir al rey mediante las leyes e instituciones. Resultó crucial que, aunque la Carta Magna fue negociada por algunos barones rebeldes, el rey se la concedió «a todos los hombres libres de nuestro reino» y se podía apelar a «toda la comunidad de la tierra» para que la hiciera cumplir. Con respecto a los asuntos sobre el cobro de impuestos y cargos «ilegales» impuestos por Juan, el duodécimo párrafo dice:

> Ningún «escudaje» o «ayuda» se puede imponer en nuestro reino sin su consentimiento general.

El «escudaje» era una suma de dinero que el vasallo feudal podía pagar al rey a cambio de eludir su contribución militar. La «ayuda» incluía otros pagos feudales que un vasallo le debía a su señor. Pero la carta no sólo limitaba la ayuda que los vasallos tenían que dar al rey. El decimoquinto párrafo estipulaba: «En el futuro no permitiremos que nadie imponga una «ayuda» a sus hombres libres» a menos que sea «razonable». Aún más sorprendente, la carta protegía a las personas que no eran libres, es decir, a los siervos y villanos. El siguiente párrafo dice:

> Ningún hombre se verá obligado a prestar más servicio por una *knight's fee* [una extensión de tierra que variaba entre unas cincuenta y trescientas hectáreas], u otra posesión libre de tierras, de lo que es debido.

Esto significaba que los villanos estaban protegidos del aumento de los servicios de trabajo. Es más, en las multas judiciales a un «villano» se le perdonaban las «herramientas de labranza». Los villanos también estaban protegidos de manera directa del comportamiento arbitrario de los funcionarios reales, ya que el vigésimo octavo párrafo declaraba: «Ningún condestable u otro funcionario real tomará maíz u otros bienes muebles de cualquier hombre sin pago inmediato». Las palabras *cualquier hombre* son significativas.

La Carta Magna siempre intentó apoyar la participación de la gente en la implementación de la ley y una igualdad amplia, aunque no perfecta, ante la ley. El vigésimo párrafo señalaba que no se podían imponer multas «excepto por la valoración bajo juramento de hombres respetables del vecindario», y el décimo octavo decía que

> las investigaciones [...] sólo se llevarán a cabo en la propia corte del condado. Nosotros mismos [...] enviaremos dos jueces a cada condado cuatro veces al año y estos jueces, con cuatro caballeros del condado elegidos por el mismo condado, llevarán a cabo los *assizes* en la corte del condado.

El párrafo trigésimo octavo afirmaba: «En el futuro, ningún funcionario llevará a juicio a un hombre basándose en su propia declaración y sin pruebas, sin presentar testigos creíbles de que sea verdad», mientras que el siguiente estipulaba:

> Ningún hombre libre será detenido o encarcelado, o despojado de sus derechos o posesiones, o proscrito o exiliado, o privado de su posición de ninguna manera [...] excepto por el juicio legal de sus iguales o por la ley de la tierra.

La carta tiene una parte final destacable, que fue el mecanismo que estableció para garantizar que las cláusulas se implementaran. Exigía la creación de un consejo de veinticinco barones, y si cuatro de ellos se daban cuenta de que el rey o sus funcionarios violaban alguna cláusula, podían «atacarnos de toda forma posible [...] bien tomando posesión de nuestros castillos, tierras, pertenencias o alguna otra cosa que conserve nuestra persona». Cualquiera podía participar, ya que la cláusula continuaba indicando que: «Cualquier hombre que así lo desee puede prestar juramento para obedecer las órdenes de los veinticinco barones para los logros de estos fines».

Este mecanismo de control nunca se implementó, y los barones y Juan en seguida estuvieron en guerra. Sin embargo, los siguientes reyes y asambleas, que pasaron a llamarse grandes concilios, reafirmaron continuamente la autoridad de la Carta Magna como declaración de varios principios políticos cruciales. En 1225, en el Gran Concilio, los «arzobispos, obispos, abades, priores, condes, barones, caballeros, arrendatarios libres y todos en nuestro reino» concedieron formalmente los impuestos. Es significativo que los impuestos fueran acordados no sólo por las élites habituales, sino por los «caballeros y hombres libres». Además, los magnates y los caballeros tomaban decisiones «en su nombre y el de sus villanos», lo que sugiere la noción de una representación de la comunidad más amplia. En abril de 1254, esta representación fue más allá. Por primera vez se eligió a dos caballeros de cada condado, lo que inició un sistema que duraría hasta la Ley de Representación del Pueblo de 1918. Parece que la palabra *parlamento* se usó por primera vez en un caso legal en noviembre de 1236, cuando una medida se retrasó hasta la siguiente reunión del Parlamento en enero de 1237. Durante el Parlamento que convocó en 1264 el rebelde Simón de Montfort sin el permiso del rey, se llamó por primera vez a dos burgueses de cada distrito urbano. Aunque Montfort fue derrotado, la estructura que inició se convirtió en la norma, y los caballeros

y burgueses comenzaron a ser conocidos como «los comunes», una expresión que comparte raíz con *comuna*, que ya vimos en el capítulo anterior.

Fue en este período cuando los caballeros y los burgueses también empezaron a ser elegidos, en lugar de ser designados por el alguacil del rey. A mediados del siglo XIV los comunes y la Cámara de los Lores se reunían de manera separada, marcando el inicio del sistema bicameral que acabó definiendo la democracia inglesa.

El rastro de la Reina Roja se encuentra presente en cualquier aspecto de la evolución del Parlamento inglés. Aunque al principio se basó en las asambleas populares que los anglosajones habían llevado a la isla, ahora el Parlamento se había convertido en una institución mucho más poderosa. Sorprendentemente, esto tuvo lugar a pesar del auge del feudalismo, que podría haber incrementado notablemente el despotismo del rey y las élites, como sucedió en otras partes de Europa. Resulta incluso más sorprendente que todo esto tuvo lugar a medida que crecía la capacidad del Estado, como atestigua su mayor participación a la hora de codificar y hacer cumplir las leyes, en la reorganización de la estructura administrativa del reino y en su creciente presencia burocrática, por ejemplo, con el uso del lacre. Por supuesto, en el siglo XIV el Parlamento no era una institución democrática tal como la entendemos hoy (incluso si dejamos de lado el hecho de que sólo participaban los hombres). Incluso después de 1290, cuando los miembros del Parlamento empezaron a ser elegidos, el derecho al voto se limitaba a los hombres adultos y bastante adinerados. Continuaba siendo una institución para la parte más aristocrática y privilegiada de la sociedad. De todas maneras, la mayor movilización de la sociedad y la institucionalización de su poder durante este período respaldan nuestra interpretación de que Inglaterra ya se encontraba en el pasillo y se encaminaba hacia una capacidad del Estado y de la sociedad mayores, si bien con importantes altibajos. Y este equilibrio de poder no sólo estaba arraigado en el Parlamento, sino que surgió de la manera en que estaba estructurada la sociedad, de cómo ésta desempeñaba un papel crucial en la implementación de las leyes y la prestación de servicios públicos, y de cómo se estaba iniciando el cambio.

Para ver uno de los cambios más significativos, observemos el lenguaje de *caballeros* y *villanos* en las cláusulas de la Carta Magna que reproducimos. La sociedad feudal era una sociedad de órdenes muy jerárquicos y relativamente rígidos: o se luchaba, o se rezaba o se trabajaba. Quienes trabajaban, los villanos o siervos, estaban claramente en el nivel más bajo y se encontraban atrapados en una servidumbre hereditaria. La actitud contemporánea hacia estas personas ha persistido en el uso moderno de la palabra *villano*. En la práctica, esto significaba que ellos y sus descendientes estaban ligados a las tierras de determinados señores y sujetos a varios tipos de restricciones sociales y económicas, así como a «multas». En la Inglaterra del siglo XIV éstas incluían el *merchet*, que implicaba que un villano no podía casarse sin el permiso del señor. Normalmente, el permiso se otorgaba a cambio de un pago de dinero. Otra, el *millsuit*, consistía en una tasa sobre el trigo que cultivaban los villanos, que tenía que molerse en el molino del señor. El *tallage* era una tasa más concreta que se imponía de manera periódica a los villanos que cultivaban la tierra del señor. Los villanos sin tierras no estaban exentos: se veían afectados por el *chevage*. Quizá la multa más gravosa de todas era que los villanos tenían que proporcionar servicios de trabajo gratuitos durante todo el año en la tierra del señor. Esta trama de instituciones feudales que asfixiaba la libertad de los villanos se desmoronó en la segunda mitad del siglo XIV. Su desaparición ocurrió tras la peste negra, la catastrófica propagación de la peste bubónica que aniquiló al menos a un tercio de la población de Europa entre 1347 y 1352. El colapso de la población creó una grave escasez de mano de obra y la desorganización general de la sociedad rural. Los villanos empezaron a negarse a efectuar servicios de trabajo y a obedecer el conjunto de regulaciones feudales. Se negaron a moler su maíz en el molino del señor. No se molestaban en pedir permiso para casarse. Y los tribunales de justicia se negaron a hacer cumplir las viejas reglas. Destacando el papel crucial del Estado en la modificación y configuración de las normas, ahora los villanos podían apelar a los nuevos sistemas de tribunales y de jueces establecidos por Enrique II. Los señores se vieron obligados a ofrecer nuevos tipos de tenencia y acuerdos de arrendamiento

de tierras, que en 1400 ya habían reemplazado a la mayoría de las antiguas tenencias hereditarias basadas en el villanaje. La jaula de normas del orden feudal se desintegraba poco a poco.

La colmena quejica

En 1705 Bernard Mandeville, un filósofo y escritor satírico angloholandés, publicó un poema, «The Grumbling Hive» («La colmena quejica»), en el que comparaba la sociedad inglesa con una colonia de abejas.[141] La gente vivía en «el lujo y la comodidad» y había un equilibrio entre el Estado y la sociedad.

> No eran esclavos de la tiranía,
> ni estaban gobernados por la descabellada democracia;
> sino por reyes, que no podían equivocarse, porque
> su poder estaba circunscrito por las leyes.[142]

Pero aun así, las abejas estaban descontentas, y aunque «ninguna abeja había tenido mejor gobierno», también era verdad que ninguna tuvo «mayor inestabilidad o menos contento». Pero ¿por qué se «quejaba» esta sociedad? Veamos un caso famoso, el de la aldea de Swallowfield, en Wiltshire.[143] En diciembre de 1596, varios habitantes de la aldea se reunieron para escribir una pequeña Constitución. La formaban veintiséis resoluciones diferentes. La vigésimo quinta resolución estipulaba que «toda la compañía promete reunirse una vez cada mes», de modo que habría reuniones regulares con protocolos claros. La primera resolución decía:

> en primer lugar, se acuerda que cualquier hombre será escuchado en nuestra reunión en silencio y uno después de otro, y que no interrumpirá a otro en su discurso. Y que cualquier hombre hablará en tanto que es libre de relatar, y por lo tanto que a partir de ahora la profundidad del juicio de cualquier hombre con razón será tomada en consideración.

Las personas debían ser respetuosas y no interrumpir a los demás mientras hablaban, para que se pudiera considerar la profundidad del juicio de todo el mundo. La undécima resolución requería que se mantuviera un registro adecuado de las reuniones en un libro de papel.

¿De qué trataban las principales resoluciones? Eran, de hecho, leyes consuetudinarias para controlar los delitos menores, como dice la vigésimo quinta resolución, «negligencias y pecados viles». Entre ellos, los hurtos menores, el cotilleo malicioso, el robo de madera, el orgullo, la disidencia y la arrogancia (la décimo octava resolución); la insubordinación y la perturbación de la paz (la décimo quinta resolución); la fornicación y la ilegitimidad (las resoluciones octava y décimo tercera); el matrimonio imprevisor (la vigésima resolución); dar asilo a presos (la vigésimo primera resolución); la profanación del domingo (las resoluciones vigésimo segunda y vigésimo cuarta); y la embriaguez (la vigésimo tercera resolución).

De estas resoluciones se desprende que evidentemente los residentes de Swallowfield pensaban que su comunidad era autónoma. Si esperaban lo suficiente, podían obtener ayuda del Estado central en lo que respecta a la acusación y el castigo. Pero incluso después de la enorme ampliación de la capacidad del Estado que llevó a cabo Enrique II, las comunidades locales concebían e implementaban voluntariamente la mayor parte de la actividad del Estado. Por ejemplo, aunque había uno o dos condestables por cada «ciento» y normalmente un condestable parroquial en cada aldea, éstos tenían que hacer un poco de todo. Los condestables parroquiales eran los responsables de controlar cualquier disturbio, y de hacer cumplir la mayor parte de las diferentes regulaciones y obligaciones económicas, sociales y militares. Tenían que recaudar los impuestos locales, mantener los caminos y los puentes, y asistir a las sesiones trimestrales y a los *assizes* que se celebraban dos veces al año. Los registros legales existentes muestran hasta qué punto se permitió que los individuos y la comunidad capturaran a los delincuentes y los llevaran ante los funcionarios encargados de hacer cumplir la ley.

Veamos el caso de George Wenham de Penhurst, en Sussex, a principios del siglo XVII. Se levantó una mañana y descubrió que había desaparecido un cerdo del establo próximo a su casa. Empezó a buscar por el vecindario, y a ochocientos metros de su casa encontró un lugar que había sido utilizado recientemente para una matanza. Había sangre en el suelo y encontró vísceras tiradas sobre un seto, junto con huellas de cascos de caballo. Wenham siguió las pisadas de los cascos y el rastro de sangre,

pero tuvo que detenerse cuando cayó la noche. El rastro conducía en dirección a la casa de John Marwick. Aunque al final los funcionarios encargados de hacer cumplir la ley se implicaban, eran las víctimas quienes tenían que hacer el trabajo previo de identificar a los delincuentes, y a menudo también capturarlos. Si la gente decidía no hacer cumplir la ley, las ruedas de la justicia se quedaban paradas.

Volviendo a Swallowfield, ¿quiénes fueron las personas que escribieron las resoluciones? No eran parientes cercanos (los grupos de parentesco hacía tiempo que habían dejado de desempeñar ese papel en Inglaterra). No eran las élites locales o el clero. Había dos grandes terratenientes en el vecindario, Samuel Blackhouse y John Phipps, pero ninguno estaba presente. Tampoco lo estaba el sacerdote local. Quienes redactaron la Constitución de Swallowfield fueron más bien aquellos a quienes los historiadores británicos llaman «el tipo de persona media», probablemente el mismo tipo de gente a la que el *assize* de Clarendon se refería como «los hombres más honestos de cada aldea». Ninguno de ellos tenía los suficientes ingresos para estar entre los once contribuyentes enumerados en la declaración de impuestos parlamentaria de 1594 para Swallowfield. Fueron las personas que dirigieron el estado local hasta finales del siglo XVI. Las personas que ocuparon cargos administrativos locales como los de jurado, oficiales de la iglesia anglicana, funcionarios que administraban ayudas para los pobres y el nuevo puesto de condestable local.

Este resuelto compromiso cívico no escapó a la atención de contemporáneos como sir Thomas Smith, un erudito diplomático y miembro del Parlamento inglés. En 1583, poco antes de la Constitución de Swallowfield, Smith publicó *De Republica Anglorum: The Maner of Gouernement o Policie of Realme of England*, que se convirtió en uno de los análisis políticos más famosos de la Inglaterra isabelina. Smith señalaba que: «En Inglaterra usualmente nosotros dividimos a nuestros hombres en cuatro clases, caballeros, ciudadanos o burgueses, artesanos libres y trabajadores». La cuarta clase de personas estaba formada por «jornaleros, campesinos pobres, mercaderes o vendedores que no tienen tierra libre, arrendatarios de tierras, todos los artesanos, como sastres, zapateros,

carpinteros, ladrilleros, albañiles, mamposteros, etc. [...]. Y en las aldeas se les hace comúnmente oficiales de la Iglesia, *alecunners* [funcionarios encargados de probar la cerveza] y muchas veces condestables, cuyo cargo afecta más a la riqueza común». Incluso los trabajadores desempeñaban un papel importante en la gestión del gobierno local y así lo hicieron los hombres libres que «tienen su parte» en la «administración de juicios, correcciones de incumplimientos, en la elección de cargos [...] y en hacer leyes». Con respecto a la administración popular de justicia, Smith declaró que «todo hombre inglés es un alguacil para coger al ladrón».

Este ejemplo, y muchos otros parecidos, muestran que, como implica el efecto de la Reina Roja, se produjo una enorme participación en los niveles más bajos del Estado inglés. La participación y la representación no sólo tuvieron lugar en el Parlamento. Se desarrollaron en todos los niveles y a través de muchos canales. Una estimación sugiere que en 1700, en determinado momento pudo haber cincuenta mil funcionarios parroquiales en Inglaterra, que representaban alrededor del 5 por ciento de los hombres adultos. Como la rotación de los funcionarios era frecuente, el número de personas que ostentaron un cargo debió de ser considerablemente mayor. En 1800 es probable que la cifra fuera más cercana a los cien mil.

Esta participación popular en el funcionamiento del Estado tuvo consecuencias importantes. Para el Estado central y las élites nacionales resultaba muy difícil implementar políticas que no fueran consecuentes con lo que quería la gente local. De hecho, el primer Estado moderno no podía ignorar por completo las normas existentes, porque su legitimidad provenía de la reivindicación de impartir justicia y mejorar el bienestar social, incluso si su capacidad para hacer ambas cosas dependía de la cooperación de la gente corriente. Exactamente igual que en Atenas, observamos la relación multifacética entre las leyes y las normas en el pasillo. Por un lado, las normas movilizaron a la sociedad, limitaron lo que podía hacer el Estado y hasta dónde podía llegar la construcción de éste. Por el otro, la centralización del Estado y las nuevas leyes relajaron poco a poco algunos aspectos de la jaula de normas, en especial cuando la creciente influencia y presencia de los tribunales y de la profesión legal debilitaron el orden feudal, su jerarquía social y su papel en la resolución de conflictos.

Por último, las comunidades locales no sólo decidían si implementar o no las políticas nacionales, también las iniciaban. Antes de principios del siglo XX, la red de seguridad social inglesa para los desamparados y los pobres, tal como estaba implementada, consistía en las Leyes de los Pobres. La primera de esas leyes se promulgó en 1597. Pero incluso antes, hubo muchas iniciativas locales parecidas: en 1549 en Norwich, en 1550 en York, y luego en Cambridge, Colchester e Ipswich entre 1556 y 1557. Las Leyes de los Pobres no nacieron como una política inspirada por la reina Isabel o sus asesores. Fueron iniciativas locales que el Estado continuó e implementó a escala nacional. Hay otros muchos ejemplos en los que el Estado central sigue la iniciativa local. Por ejemplo, un acta de 1555 estipulaba que la parroquia era responsable de la designación de agrimensores para coordinar la reparación de las carreteras locales, pero en Chester dichos agrimensores están documentados desde al menos 1551.

¿Por qué se quejaba entonces la gente? Porque, aun estando dentro del pasillo, quería más, esperaba más y exigía que el Estado aportara más. Al mismo tiempo, competía con el Estado, competía por la autoridad, disputándole el poder.

Una profusión de Parlamentos

La historia que contamos en este capítulo no se limita a Inglaterra; también es europea.[144] Inglaterra es políticamente particular en algunos sentidos de poca importancia, por ejemplo, en el grado de continuidad entre las asambleas anglosajonas y los Parlamentos posteriores, en la manera territorial en que se organizaba la representación parlamentaria y en los variados acontecimientos que fortalecieron aún más las asambleas, como el papel crucial que jugaron en la legitimación de la sucesión de los nuevos reyes. Pero en otras partes de Europa no fue muy diferente, y también experimentaron la fusión de la política asamblearia germánica con las instituciones estatales romanas (incluso si, como veremos en el capítulo 9, al observar Europa con más detalle, existe una gran e interesante diversidad que nuestra teoría también puede ayudar a explicar).

Para comprobarlo debemos regresar a la Carta Magna. ¿En qué medida era única? Respuesta: no lo fue en absoluto. Más tarde, en Brabante en 1356, que posteriormente se dividió para dar lugar a los Países Bajos y Bélgica, el Parlamento consiguió del nuevo duque la «Entrada triunfal», un estatuto que el duque tenía que jurar obedecer e implementar. El duque estuvo de acuerdo en que la asamblea tuviera que dar su consentimiento para la guerra, los impuestos y la acuñación y devaluación de la moneda. Resulta que se pueden encontrar documentos similares y entradas triunfales en toda Europa, y más o menos contemporáneas de la Carta Magna. Entre ellos, un fuero de Pedro I, rey de Aragón, dado a Cataluña en 1205; la bula de oro que otorgó Andrés II de Hungría en 1222; y una carta de Federico II de Alemania en 1220. Estas entradas se centraban en los mismos asuntos, y en particular se aseguraban de que los gobernantes tuvieran que consultar a los ciudadanos y conseguir acuerdos para aumentar los impuestos.

No sólo hubo cartas magnas, también hubo Parlamentos en toda Europa. Comenzaron en España, con las Cortes de León en 1188, y luego se extendieron a la Corona de Aragón, que era la unión de Aragón, Cataluña y Valencia, cada una de las cuales tenía sus propios Parlamentos. Asambleas similares a los Parlamentos se desarrollaron posteriormente en los reinos ibéricos de Navarra y Portugal. En Francia, aunque el desarrollo de una asamblea nacional, los Estados Generales, fue más lento, hubo una gran proliferación de estados regionales. Más al este, en Suiza, los cantones rurales tenían sus propias asambleas, que luego, en 1291, se fusionaron en la Confederación Suiza. Al norte, los principados alemanes que formaban el Sacro Imperio Romano normalmente tenían asambleas, llamadas *landtage*. Al oeste, en lo que se convertiría en Bélgica y los Países Bajos, Flandes, Holanda y Brabante tenían asambleas dinámicas. Hacia el norte, hubo Parlamentos en Dinamarca a partir de 1282 y en Suecia desde mediados del siglo XV. Ambos, junto con el de Frisia occidental en los Países Bajos y el Tirol en Austria, concedieron además representación a los campesinos. Escocia tuvo Parlamento desde el siglo XIII, y en Polonia estaba, y sigue estando hoy, el *Sejm*.

El norte de Italia, por supuesto, tenía su propia versión de la Constitución y los Parlamentos en el contexto de las comunas, como vimos en el capítulo anterior, que también tenían sus orígenes en las asambleas. De hecho, el norte de Italia era el lugar perfecto para que se fusionaran las instituciones estatales del Imperio romano y la tradición de la política asamblearia traída, en primer lugar, por otra tribu germánica, los lombardos, y más tarde por los carolingios. Esto diferenció al norte del sur de Italia, que no tenía un historial de asambleas, y tampoco desarrolló cartas y Parlamentos, ni experimentó el mismo florecimiento de la libertad.

Cuando se observa el continente en los períodos medieval y de la primera modernidad, no sólo vemos entradas triunfales y Parlamentos, sino la vida comunitaria dinámica que administraba sus propios asuntos y participaba en intentos constantes de influir y conformar unas instituciones políticas más centralizadas. Un ejemplo bien documentado es el del territorio alemán de Hesse, donde el gobernante convocaba una asamblea llamada «dieta». La dieta comprendía a los nobles y las élites, pero también a los delegados de las ciudades, y surgió como un foro para aprobar demandas de impuestos. A diferencia del Parlamento inglés, la dieta de Hesse no tenía derecho de redactar leyes, pero tuvo una influencia considerable a través de un proceso de formulación de *gravamina* (reclamaciones), que presentaba al gobernador de Hesse. Este proceso estaba relacionado con una postura paneuropea más general de gobernantes «solicitantes», que fueron particularmente comunes en el caso inglés. En Hesse, a finales del siglo XVI, el Estado recibía mil peticiones anuales que, a finales del siglo XVIII se incrementaron hasta las cuatro mil. Es evidente que los *gravamina* y las iniciativas de la dieta tuvieron un gran impacto en la legislación y las políticas de Hesse. Muchos prólogos de edictos principescos reconocen el papel de las iniciativas locales y documentan que el impulso para hacer determinada política provenía de la Dieta. En 1731, por ejemplo, se mencionan al menos quince iniciativas diferentes de la Dieta como estímulos para las políticas gubernamentales. Entre 1764 y 1767, estas «iniciativas desde abajo», como en realidad aparecen mencionadas, influyeron en los diezmos, la elaboración de la cerveza, los impuestos, la jurisdicción urbana y los seguros contra incendios, entre

muchas otras cosas. También implicaron la solicitud de un código de derecho común que abarcara a todo el territorio de Hesse, sugerencias para la mejora de la escolarización, que se hicieron en 1731, 1754 y 1764, y medidas para promover las manufacturas en 1731 y 1764. La Dieta también exigió más «gobierno abierto», incluidas medidas como la publicación de todas las ordenanzas vigentes, las sentencias judiciales y las resoluciones acordadas en la Dieta.

Los *gravamina* que surgían de la Dieta no sólo abordaban las preocupaciones de los habitantes urbanos y las élites. Vemos quejas sobre la *kontribution*, la forma más gravosa de impuestos, que recaía sobre todo en los campesinos, y también quejas sobre el daño causado por los ciervos y otros animales salvajes. También había quejas continuadas sobre las leyes agrarias que chocaban con las costumbres tradicionales de herencia. Al final, el gobernante cedió y revocó las leyes. La experiencia de Hesse no es en absoluto excepcional. Se observan casos similares en los territorios de la Baja Austria, Hohenlohe y Wurtemberg.

En el origen de esta notable concentración de cartas magnas, Parlamentos y participación popular en la política durante la Europa medieval está la Reina Roja y el impulso que generó tanto para alentar a la sociedad como para aumentar la capacidad del Estado. De hecho, la cantidad de lacre usado no sólo aumentó en Inglaterra; en toda Europa occidental los Estados se volvieron más burocratizados y centralizados.

La sociedad no sólo respondió exigiendo representación, se organizó de muchas otras maneras, incluidas las comunas, como en Italia. También existían muchos tipos de «ligas», alianzas que reivindicaban su autoridad frente a los gobernantes e intentaban influir en sus políticas. Algunas, como la famosa Liga Hanseática, eran grupos de ciudades-Estado que empezaron a unirse alrededor de las orillas del mar Báltico después de la década de 1240. Otra, la Liga Renana, que se formó en 1254, contaba con más de cien miembros, entre ellos ciudades, iglesias e incluso príncipes, siempre dentro de las fronteras del Sacro Imperio Romano. En España hubo varias «hermandades», como las de Castilla y León y la Hermandad General, que se formó en 1282 para enfrentarse al rey Alonso X de Castilla.

Pero la vida en el pasillo nunca es tranquila y no resultó fácil alcanzar un equilibrio pacífico entre las demandas del Estado y la reacción de la sociedad. En el siglo XIV, una de sus consecuencias fue una oleada de revueltas populares motivada por la creciente autoridad del Estado. La gente se sublevó contra el pago de impuestos y contra lo que percibía como abusos de sus gobiernos. La revuelta flamenca de 1323-1328 fue una reacción contra la reintroducción de un «impuesto al transporte»; la *jacquerie* de 1358 en el norte de Francia fue, en parte, una respuesta al aumento de los impuestos durante las décadas de 1340 y 1350; como el movimiento de los tuchín, que convulsionó el Languedoc y el sur de Francia en las décadas de 1360 y 1380; y la revuelta de los campesinos ingleses de 1381 fue una reacción a la imposición de una serie de nuevos impuestos de sufragio que comenzaron en 1377, además de a los intentos de los señores de mantener las restricciones feudales. Curiosamente, el objetivo de estas revueltas fueron los centros políticos, como París o Londres, en los que intentaban influir. Esto se debió a que la gente sentía que formaba parte de una comunidad política, incluso si no le gustaba la manera en que funcionaba esa comunidad, y se sublevaba para mejorar las cosas.

De las «Cosas» al *Alþingi*: Europa fuera del pasillo

¿Observamos en toda Europa los comienzos del Leviatán encadenado? No, por la simple razón de que el necesario equilibrio de poder entre el Estado y la sociedad no estaba presente en todas partes. Algunos lugares, como Islandia, se encontraban fuera de la influencia de las instituciones romanas, lo que hacía mucho más probable que permanecieran con un Leviatán ausente.

En algún momento del siglo IX, vikingos procedentes de Noruega llegaron en barco y poblaron Islandia,[145] que antes había estado deshabitada. Lo que sabemos de este primer período procede de las famosas sagas, las historias orales que pasaron de generación en generación antes de ser escritas en los siglos XIII y XIV. Las investigaciones arqueológicas y lingüísticas sugieren que después del final de la última glaciación, que

comenzó en el tercer milenio antes de Cristo, Escandinavia y el norte de Alemania recibieron oleadas de inmigrantes que hablaban lenguas indoeuropeas. De ahí surgió la rama germánica de las lenguas indoeuropeas, que incluía al alemán y a todas las lenguas escandinavas (excepto el finlandés). Es probable que la clase de instituciones políticas que Tácito describió fueran características no sólo de las tribus germánicas, sino de los pueblos escandinavos. El hecho de que la región del sur de Suecia se llamara Götaland sugiere la existencia de relaciones culturales estrechas entre los pobladores de esta zona y los godos, una de las principales tribus germánicas. Cuando los escandinavos, normalmente los vikingos o nórdicos, pasan a formar parte de la historia documentada, su organización política es similar a la de las primeras tribus germánicas que describieron Julio César y Tácito. Celebraban «cosas» en las que participaban todos los hombres libres, no estaban unificados en Estados y sus jefes tenían poderes muy limitados.

Los primeros colonos de Islandia también tuvieron instituciones similares. Para empezar, es posible que Islandia se dividiera entre unos cincuenta o sesenta jefes diferentes, y en el año 900 las *cosas* se reunían de manera regular. En 930 se estableció una asamblea para toda Islandia, el *Alþingi*, en Thingvellir, que ahora es un parque nacional al este de Reikiavik. Aunque los jefes acordaron el establecimiento del *Alþingi*, no acordaron la creación de un Estado. No había una autoridad centralizadora, sólo el cargo de «portavoz de la ley» que tenía que recitar un tercio de las leyes cada año (tenía un mandato de tres años), aunque esto se volvió menos importante después de 1117, cuando las leyes se pusieron por escrito.

En aquel momento, el *Alþingi* asumió únicamente funciones legales. Al período posterior a 930 se le llamó Estado Libre de Islandia y duró hasta 1262, cuando el país fue sometido por Noruega. Durante este período nunca se formó un Estado, y los jefes independientes lucharon entre sí y se unieron, creando en última instancia un conjunto de señoríos territoriales a cargo de los «reinos». A diferencia de las *cosas*, que con el tiempo evolucionaron y se fortalecieron en Inglaterra y Europa occidental, sus

asambleas se debilitaron y perdieron la capacidad de elegir a sus jefes. Islandia, sin un Leviatán de ningún tipo, se hizo famosa por sus interminables enfrentamientos.[146]

Islandia tenía las cadenas germánicas, pero no la burocracia y las instituciones centralizadoras romanas. Su historia antigua muestra que establecerse en el corredor no tiene nada de sencillo. Ciertamente, no es el resultado natural de las deliberaciones de las sociedades sin Estado o una consecuencia directa de la cultura y las costumbres de las tribus germánicas, ya sea con *cosa* o sin ella. No es suficiente con tener una sola hoja de las tijeras.

El dólar de la Edad Media: el Leviatán bizantino

Aunque el Imperio romano de Occidente cayó en el siglo V, el Imperio romano de Oriente, o Imperio bizantino, sobrevivió y, en ocasiones, hasta prosperó durante otros diez siglos.[147] En el siglo V, Bizancio ya contaba con casi todas las instituciones romanas, de modo que en este poderoso imperio una de las hojas de la tijera europea estaba fielmente representada. De hecho, nuestro relato sobre la burocracia del Bajo Imperio, escrito por Juan Lido, proviene de Bizancio. Un indicador de la fuerza del Estado fue su habilidad para mantener una moneda estable y con una circulación generalizada. Como dijo Cosmas Indicopleustes, un contemporáneo del emperador Justiniano, la moneda de oro bizantina, el nomisma, «se acepta en todas partes, de un extremo al otro de la tierra. Es admirado por todos los hombres y en todos los reinos, porque ningún reino tiene una moneda que se pueda comparar con él». El historiador económico Robert López lo apodó «el dólar de la Edad Media».[148]

Después del colapso del Imperio romano de Occidente, Bizancio se enfrentó a mayores dificultades, en particular a la plaga de Justiniano durante los años 541 y 542, que mermó la población, y a la pérdida de la mitad de su territorio durante las conquistas árabes del siglo VII. Sin embargo, el Estado bizantino siguió cohesionado, y Justiniano llegó a mantener en funcionamiento el sistema fiscal a pesar de la plaga. En palabras del historiador Procopio:[149]

> Cuando la peste se propagó por todo el mundo conocido y en especial por el Imperio romano, aniquilando a la mayor parte de la comunidad agrícola y dejando necesariamente un rastro de desolación a su paso, Justiniano no mostró piedad con los arruinados propietarios. Incluso entonces no se abstuvo de exigir el impuesto anual, no sólo la cantidad con la que gravaba a cada individuo, sino también la cantidad de la que eran responsables sus vecinos fallecidos.

Los bizantinos heredaron de Roma este sistema fiscal y lo implementaron con mucha más fidelidad de lo que lo hicieron los merovingios o los carolingios; Clodoveo fue incapaz de imponer tasas a las tierras, pero los emperadores bizantinos sí. Contaron incluso con un catastro rural que valoraba la tierra y que se actualizaba cada treinta años. La tasa impositiva se estableció en cerca de una veinticuatroava parte del valor de la tierra al año. Había además otros impuestos, que se aplicaban a los animales, incluso a las abejas, y en la década de 660 se introdujo un impuesto doméstico. También había varios tipos de corveas para la construcción de carreteras, puentes y fortificaciones.

El Estado no sólo gravaba la riqueza o la producción, sino que también era un productor. En el siglo VIII era el mayor terrateniente del imperio y vendía su producción. Poseía minas, canteras y talleres para tejer y teñir, y fábricas de armas. También regulaba la economía. En el siglo VIII había una lista de «bienes prohibidos» que no estaba permitido exportar. Entre ellos, los cereales, la sal, el vino, el aceite de oliva, la salsa de pescado, los metales preciosos y mercancías estratégicas como el hierro, las armas y las sedas de alta calidad. El Estado, al menos en Bizancio, proporcionaba comida gratis e incluso trató de regular los beneficios en Constantinopla.

Todo esto refleja un Estado con una gran capacidad, mayor que la de los Estados merovingio o carolingio del oeste. Pero lo que en Bizancio estaba por completo ausente era la otra hoja de la tijera, la política participativa de las tribus germanas. No había asambleas, ninguna representación institucionalizada y, en consecuencia, ni Carta Magna ni Parlamentos.

Así, Bizancio nos proporciona un perfecto ejemplo europeo de la evolución del Leviatán despótico. De hecho, la naturaleza concentrada del poder del Estado permitió que Alejo I Comneno tomara su control en 1081 e impusiera la dominación dinástica en Bizancio. Privatizó el Estado para su familia e incluso reorganizó el sistema de honores y títulos para que se

aplicara a ella, en lugar de hacerlo de manera más general. Utilizó el Estado de Bizancio para intimidar a sus enemigos y asumió el control de la jerarquía de la Iglesia. Es cierto que la capacidad del Estado ya estaba en declive y que en ese momento la proporción de oro en el nomisma era de sólo el 30 por ciento. De hecho, Alejo plantó la semilla que supondría el colapso final del Estado. En 1082 otorgó a los venecianos sus primeros privilegios comerciales y en 1095 intentó utilizar la primera cruzada para recuperar el territorio perdido frente a los selyúcidas turcos en Anatolia. En 1204, la cuarta cruzada saqueó Bizancio, un hecho del que el imperio nunca se recuperaría.

Establecerse en el pasillo

La relación entre el Estado y la sociedad que describimos en Swallowfield, en la Inglaterra de los últimos Tudor, no permaneció estancada. De hecho, el efecto de la Reina Roja implica que para simplemente quedarse donde estaba, Swallowfield tenía que seguir corriendo, desarrollar una mayor capacidad organizativa e intentar mantener a cierta distancia la cara temible del Estado.[150] Cuando en el siglo XVII la dinastía de los Estuardo intentó reivindicar el «derecho divino de los reyes», la sociedad no lo permitió sin más. El conflicto llegó a su punto crítico con la guerra civil inglesa y la ejecución de Carlos I en 1649, y con el derrocamiento de Jacobo II en la Revolución Gloriosa de 1688.

Ciertamente, el siglo XVII no fue una época que se pueda asociar con la libertad. Hobbes, como hemos visto, se vio obligado a recurrir al todopoderoso Leviatán debido al caos y la masacre que supuso la guerra civil inglesa. Pero el viaje que dicha sociedad hizo en el pasillo durante ese siglo acabó asegurando las condiciones previas para la libertad, y la Reina Roja se encontró de nuevo en plena acción. La Revolución Gloriosa incorporó multitud de cambios en las instituciones políticas, entre ellos uno de los más importantes: la reivindicación de la soberanía del Parlamento, que se convirtió entonces en la autoridad ejecutiva indiscutible y sustituyó al rey. Éste no fue el final, porque el Parlamento seguía constituido sobre todo por élites que querían controlar la sociedad. Después de 1688, tenían

nuevas herramientas para hacerlo, porque reforzaron rápidamente la capacidad del Estado inglés. En concreto, el sistema de impuestos especiales creó una administración fiscal que llegó a todos los rincones de la sociedad inglesa. Funcionarios estatales profesionales, como los recaudadores de impuestos, que antes se veían raramente en el campo inglés, estaban de pronto en todas partes, y a los lugareños les resultaban bastante amenazadores. Para mantener su posición, la sociedad tuvo que «subir la apuesta». Charles Tilly estudió la forma en que lo hizo en su libro *Popular Contention in Great Britain, 1758-1834*.

Tilly estaba interesado en la naturaleza cambiante de lo que llamó la «lucha popular», la forma en la que la gente corriente se organizaba de manera colectiva para intentar influir en el gobierno. Señaló que a mediados del siglo XVIII, la lucha tenía que ver con «la gente local y los asuntos locales, más que con los programas y partidos organizados a escala nacional». Pero «entre 1758 y 1833 se había conformado en el Reino Unido una nueva forma de reivindicación [...]. La política popular de masas se había establecido a escala nacional».

En este período surgieron formas de acción colectiva completamente nuevas. Entre ellas, él destaca la «reunión abierta», que se había convertido en «una especie de manifestación [...] una manera coordinada de divulgar el apoyo a una demanda particular que se hacía a quienes tenían el poder. Con frecuencia, una asociación, sociedad o club convocaba la reunión con un propósito determinado. Es más, continuamente las reuniones estaban relacionadas con temas nacionales, e incluían con énfasis asuntos sobre los que el Gobierno y el Parlamento iban a tomar decisiones». Tilly señala que

> los medios a través de los que la gente corriente hace reivindicaciones colectivas [...] experimentaron una profunda transformación: cada vez más, implican una interacción coordinada y a gran escala [y] el contacto directo entre la gente corriente y los agentes del Estado nacional.

En el Reino Unido, lo que condujo a esto fue la intensificación del proceso de construcción del Estado que había empezado después de la Revolución Gloriosa. Tilly sostuvo que el «tamaño» y la «envergadura del Estado» aumentaron, y

> en ese proceso, el Parlamento, que es crucial en cualquier decisión que afecte a los ingresos, gastos y personal del Gobierno, ocupó aún más espacio en las decisiones políticas. Estos cambios [...] promovieron un cambio hacia la acción colectiva que fue de gran escala y alcance nacional.

Fue especialmente significativa la manera en que la gente dejó de centrarse en los problemas locales y parroquiales, ya que «la expansión del Estado hizo que las luchas populares pasaran del ámbito local y de una dependencia significativa del patrocinio a las reivindicaciones autónomas en el ámbito nacional». La ampliación continua de la capacidad y la presencia del Estado después de 1688 hizo que los ingleses subieran su apuesta, y Tilly señala que

> la creciente importancia del Parlamento y de los funcionarios nacionales [...] en el destino de la gente corriente generó amenazas y oportunidades. A su vez, esas amenazas y oportunidades incitaron a las partes interesadas a intentar nuevas clases de defensa y ataque: para adecuar asociación con asociación, para ganar poder electoral, para hacer reivindicaciones directas a su gobierno nacional. A través de una larga y ardua interacción con las autoridades, enemigos y aliados, esas personas corrientes crearon nuevas maneras de actuar juntas en favor de sus intereses y obligaron a sus interlocutores a cambiar sus propias maneras de hacer y a responder a las reivindicaciones. Acumulativamente, las luchas de la gente corriente con quienes ostentaban el poder provocaron grandes cambios en la estructura de poder británica.

La expansión del Estado generó una reacción en la sociedad y esto, a su vez, repercutió en el proceso de construcción del Estado, exactamente como propone el efecto de la Reina Roja. En respuesta a esta recién descubierta competencia, a finales del siglo XVIII el Estado por fin empezó a acabar con la corrupción.

El proceso puesto en marcha por la lucha popular se aceleró en el siglo XIX con una serie de cambios institucionales importantes. La primera ley de reforma de 1832 amplió el derecho al voto del 8 al 16 por ciento de la población masculina adulta, y redistribuyó la representación; se la restó al campo y a los «burgos podridos» dominados por la aristocracia en favor de las ciudades industriales con poblaciones mucho más grandes. Este proceso continuó con la segunda ley de reforma de 1867 y la tercera ley de reforma de 1884, cuando el electorado llegó a alrededor del 60 por ciento de la población masculina adulta. En 1918 se hicieron varios avances cruciales en el pasillo, cuando todos los hombres mayores de veintiún años obtuvieron

el derecho al voto (los derechos políticos de las mujeres llegaron más tarde, como veremos a continuación). Todas estas reformas importantes fueron una respuesta a la organización y las demandas sociales. Por ejemplo, el sufragio universal, la igualdad en las circunscripciones electorales, los Parlamentos anuales y el pago a los miembros del Parlamento, para que la gente corriente también pudiera formar parte de él, fueron las demandas centrales del movimiento cartista de mediados del siglo XIX.

Con este mayor poder institucionalizado de la sociedad frente a las élites, surgió una mayor capacidad del Estado, pero ahora, en buena medida, en línea con las demandas de la sociedad. La primera de una serie de reformas fue la Ley de Santa Helena de 1833, que integró la East India Company en la estructura administrativa del Estado. El Informe Northcote-Trevelyan de 1854 retomó lo que había iniciado la Ley de Santa Helena, y propuso un funcionariado profesional con selección meritocrática. A pesar de que el informe halló oposición, sus principales recomendaciones se fueron implementando poco a poco en las dos décadas siguientes, lo que a la larga condujo al establecimiento de una oposición pública para entrar en el funcionariado. De manera simultánea, las actuaciones del Estado se dirigieron a proveer una amplia gama de servicios públicos, entre ellos la escolarización masiva, que pasó a ser gratuita en 1891, un seguro de salud y un seguro de desempleo y pensiones, todo financiado por impuestos redistributivos. Este proceso culminó con el Informe Beveridge de 1942 y su implementación, que abordaremos en el capítulo 15.

La siguiente jaula que romper

Del mismo modo que un avance hacia el interior del pasillo no termina de golpe con la violencia y los enfrentamientos, tampoco rompe la jaula de normas de una sola vez. La evolución de la libertad es un proceso largo, en especial para aquellos grupos que, como las mujeres, han sido sistemáticamente discriminados y sufren importantes restricciones en su comportamiento social o económico.

Caroline Sheridan experimentó esta cruda realidad en la Inglaterra de la década de 1830. Nacida en 1808, se casó en 1827 con un abogado, George Norton, y adoptó su apellido. Caroline Norton fue una escritora y poeta de talento, pero su esposo era agresivo y violento. En 1836 decidió, por fin, abandonarlo. Sin embargo, de acuerdo con la ley inglesa, ella apenas tenía derechos. Los ingresos de sus escritos iban a parar a su esposo. Sus propiedades eran de él. Como afirmaba sin rodeos en *The Lawes Resolutions of Womens Rights*, una compilación de 1632:[151]

> Lo que tenga el esposo es suyo. Lo que tenga la esposa es del marido.

Ella tampoco tenía ningún derecho. William Blackstone, el gran estudioso británico de la ley, resumió la situación de la ley común en sus *Commentaries on the Laws of England*, publicado en 1765:[152]

> A través del matrimonio, el esposo y la esposa son una persona ante la ley; es decir, el mismo ser o la existencia legal de la mujer se suspende durante el matrimonio.

Todo estaba bajo el control del marido «bajo cuya ala, protección y cobertura, ella lo hace todo».

En 1838, Caroline Norton escribió un panfleto, *The Separation of Mother and Child by the Laws of «Custody of Infants» Considered*.[153] Señaló que según la ley inglesa, un padre podía darle sus hijos a un desconocido y la madre no podía hacer nada al respecto. La dramática publicidad generada por su caso contribuyó a que el Parlamento aprobara en 1839 la Ley del Niño y la Custodia del Niño, que dio a las madres cierta autoridad sobre sus hijos menores de siete años. Caroline Norton no lo dejó ahí. En 1854, publicó *English Laws for Women*, que describía de manera brillante la desigualdad y la hipocresía del *statu quo* legal. Siguió el año siguiente con *A Letter to the Queen on Lord Chancellor Cranworth's Marriage and Divorce Bill*.[154] Señaló:

> En Inglaterra, una mujer casada no tiene existencia legal: su ser es asumido por el de su marido. Años de separación [o] abandono no pueden alterar esta situación [...] la ficción legal sostiene que es «una» con su marido, aunque nunca le vea o sepa de él.
>
> No tiene posesiones [...] su propiedad es la propiedad de su marido [...].

> Una esposa inglesa no tiene siquiera derecho legal a su ropa u ornamentos, su marido puede cogerlos y venderlos si así lo desea, incluso si son regalos de parientes o amigos, o fueron comprados antes del matrimonio.
>
> Una esposa inglesa no puede hacer testamento [...].
>
> Una esposa inglesa no puede reclamar legalmente sus propias ganancias. Bien sea un sueldo por una labor manual o el pago por un trabajo intelectual, si ha escardado patatas o tiene una escuela, su salario es de su marido [...].
>
> Una esposa inglesa no puede dejar la casa de su marido. Él no sólo puede denunciarla para que «se restituyan los derechos conyugales», sino que tiene derecho a entrar en la casa de cualquier amigo o pariente con el que ella se haya refugiado, y que pueda «ampararla» —como se denomina—, y llevársela por la fuerza, con o sin la ayuda de la policía.

En 1857, el Parlamento aprobó la Ley de Causas Matrimoniales, que estableció la base para que las mujeres pudieran pedir el divorcio. En 1870 llegó la Ley de Propiedad de las Mujeres Casadas.

Norton y otras mujeres empezaron a llamar la atención sobre la naturaleza esencialmente discriminatoria de la ley inglesa, que en 1792 Mary Wollstonecraft había identificado con claridad en *Reivindicación de los derechos de la mujer*. El influyente libro de Wollstonecraft[155] afirmaba que a las mujeres «se las trata como seres subordinados y no como parte de la especie humana». Buena parte de su libro era una llamada a la acción para que las mujeres afirmaran su individualidad y se deshicieran de las cadenas que las retenían. Proseguía: «Se han esgrimido muchos argumentos ingeniosos para demostrar que los dos sexos, en el logro de la virtud, deben tender a alcanzar un carácter muy diferente [...]. ¡De qué modo tan grosero nos insultan quienes así nos aconsejan hacer de nosotras sólo animales gentiles domésticos!».

Wollstonecraft reconocía claramente que esta discriminación tenía su origen en las normas y costumbres, así como en las leyes, y señalaba que la dominación que los hombres ejercían sobre las mujeres y esas normas de «obediencia y una atención escrupulosa a una especie de decoro pueril» atrofiaban el desarrollo de las mujeres. Rechazaba de manera contundente ambas cosas al afirmar:

> Sobre esta base se recomienda constantemente la dulzura, la docilidad y el afecto servil del spaniel como las virtudes cardinales del sexo [...].

> Quiero al hombre como compañero; pero su cetro, real o usurpado, no se extiende hasta mí, salvo que la razón de un individuo demande mi homenaje; e incluso entonces la sumisión es a la razón y no al hombre.

Más tarde, se sumó a la causa por la libertad de las mujeres un influyente defensor, el filósofo británico John Stuart Mill, cuyo libro de 1869, *La esclavitud femenina*, supuso un influyente llamamiento a la igualdad real para las mujeres en la vida legal, económica y política. Mill, haciéndose eco de Wollstonecraft, comparó el sometimiento de las mujeres con la esclavitud y sostuvo que «en la cuestión de las mujeres, todos los miembros de la clase sojuzgada viven en un estado crónico de corrupción o de intimidación, o de las dos cosas juntas [...]. La mujer, que se educa, desde la niñez, en la creencia de que el ideal de su carácter es absolutamente contrario al del hombre; se la enseña a no tener iniciativa, a no conducirse según su voluntad consciente, sino a someterse y ceder a la voluntad del dueño». Para Mill, además, estaba claro que había que romper las normas que estaban en la raíz de este sometimiento, en especial cuando sostenía que:

> el hombre ya no nace en el puesto que ha de ocupar durante su vida; que no está encadenado por ningún lazo indisoluble, sino que es libre para emplear sus facultades y aprovechar las circunstancias en labrarse la suerte que considere más grata y digna.

Y añadió que:

> debemos [...] no decretar que el hecho de haber nacido hembra en vez de varón decide la situación de un ser humano para toda su vida, del mismo modo que antes la decidía el hecho de nacer negro en vez de blanco, o pechero en vez de noble [...]. La subordinación de la mujer surge como un hecho aislado y anómalo en medio de las instituciones sociales modernas: es la única solución de continuidad de los principios fundamentales en que éstas reposan; el único vestigio de un viejo mundo intelectual y moral.

En resumen, la opresión de las mujeres violaba gravemente la libertad.

Las victorias de Norton y el apoyo de figuras como Mill señalaron un cambio fundamental en las normas. Pero aún dejaban a las mujeres sin el derecho al voto y a la representación política. Las mujeres seguían sufriendo una tremenda discriminación económica. Esta situación empezó a cambiar en 1918, cuando las mujeres de más de treinta años obtuvieron el

derecho al voto, y finalmente en 1928 se concedió el derecho al voto a todas las mujeres adultas. Estos frutos políticos se produjeron después de una intensa movilización y las protestas de las *suffragettes*, como hemos visto en el prefacio. Como era de prever, los cambios en las normas y las relaciones económicas fueron más lentos. La Ley de Igualdad Salarial de 1970, que estableció el principio legal de la igualdad de género en el trabajo, fue un paso importante, pero la igualdad de las oportunidades económicas y los salarios para las mujeres es aún hoy un trabajo pendiente en Gran Bretaña y en todas partes. El encarte de fotos incluye el retrato de una mujer quemando su sujetador, algo que se convirtió en un acto de emancipación simbólica en la década de 1960.

Los orígenes de la Revolución Industrial

La aparición del Leviatán encadenado a partir de los siglos V y VI supuso una revolución política y social, aunque su desarrollo fuera gradual y en ocasiones incierto. La Revolución Industrial,[156] que se inició a mediados del siglo XVIII en Gran Bretaña, fue su consecuencia económica porque, como en el caso de las comunas italianas que hemos visto en el capítulo anterior, tuvo lugar gracias a la libertad, las oportunidades y los incentivos que el Leviatán encadenado hizo posibles. En el transcurso de pocas décadas, se transformaron la tecnología y la organización de la producción de un buen número de industrias clave. Las pioneras fueron las textiles, donde una serie de descubrimientos innovadores en el hilado, por ejemplo las máquinas de hilar, como la *water frame*, la *spinning jenny* y la *mule*, revolucionaron la productividad. Hubo innovaciones similares en el tejido, con la introducción de la lanzadera volante y varios tipos de telar mecánico. Igualmente transformadoras fueron las novedosas formas de energía inanimada, que empezaron con el motor atmosférico de Thomas Newcomen y después el motor de vapor de James Watt. Este último no sólo hizo que la minería fuera mucho más productiva, al permitir el bombeado del agua hacia el exterior de las minas, también cambió el transporte y la metalurgia. Los trenes de vapor en el siglo XIX y una serie de canales y nuevas carreteras que, a partir de finales del siglo XVII, conectaron las grandes

ciudades, reconfiguraron el panorama para el transporte. Muchas otras industrias, entre ellas la de maquinaria y la agricultura, también experimentaron una revolución gracias a un hierro más barato y de mayor calidad, que hicieron posible la sustitución del carbón por el coque en la fundición del hierro y la producción de arrabio en los altos hornos, y después al acero fabricado con el procedimiento Bessemer.

El progreso en el pasillo de la sociedad británica dispuso las condiciones para la Revolución Industrial. Después del final de la Edad Media, en Europa el centro de gravedad de la actividad económica había empezado a desplazarse hacia el norte, a los Países Bajos e Inglaterra, lo cual estaba íntimamente relacionado con el descubrimiento de las Américas y el impacto de las nuevas oportunidades económicas que éste creó en la carrera entre el Estado y la sociedad. Los países que se encontraban mejor preparados para aprovechar estas oportunidades de una manera que fortaleciera al Estado y a la sociedad fueron capaces de avanzar, primero institucionalmente y después económicamente. En Inglaterra, el equilibrio de poder existente favorecía a la sociedad, por lo que el Estado de los Tudor del siglo XVI fue incapaz de imponer el control monopolístico al acceso al comercio. En consecuencia, se produjo una participación amplia en el comercio con las Américas, lo que fomentó una nueva clase de intereses mercantiles dinámicos y asertivos. Estos nuevos grupos no miraron con buenos ojos los intentos de los monarcas estuardos de aumentar su dominación sobre la vida económica y social, y en seguida iniciaron un prolongado conflicto con la Corona. Sus demandas se centraban no sólo en un mayor acceso a las oportunidades que eran monopolizadas por los aliados de la Corona, sino en cambios institucionales más generales que afianzarían su posición y debilitarían a las élites.

La Revolución Gloriosa de 1688 fue resultado de esta lucha entre la Corona y estos nuevos grupos. Algunas de las consecuencias radicales de esta revolución fueron el surgimiento del Parlamento como principal órgano ejecutivo de Inglaterra y unas oportunidades e incentivos económicos mayores para la gran parte de la sociedad inglesa, así como la reactivación del efecto de la Reina Roja. La movilización de la sociedad se afianzó y su poder se institucionalizó de manera más firme a través del proceso

legislativo, mientras también aumentaba la capacidad del Estado. Igualmente cruciales fueron los cambios en el panorama judicial. El Estatuto de los Monopolios de 1624 había creado el sistema de patentes, que hizo posible la oleada de innovaciones que determinó la Revolución Industrial. Los monopolios domésticos se desmantelaron por completo más tarde, durante la guerra civil inglesa de la década de 1640, lo que garantizó unas oportunidades económicas distribuidas de manera mucho más amplia. Por último, la Revolución Gloriosa estableció la independencia de la judicatura con el Acta de Establecimiento o Ley de Instauración de 1701, un avance significativo hacia la igualdad ante la ley, la aplicación imparcial de las leyes y los contratos, y la garantía de los derechos de propiedad. El Estado no sólo eliminó impedimentos para la actividad económica y empezó a proporcionar servicios públicos cruciales. También ayudó e incentivó activamente la industria (y, en esto, no tuvo ningún problema en vulnerar la libertad de otras personas; por ejemplo, el Estado apoyó a los comerciantes ingleses de esclavos y se benefició por ello, y sus Leyes de Navegación hicieron que fuera ilegal que los barcos extranjeros llevaran bienes a Inglaterra o a sus colonias, lo que ayudó a los mercaderes y fabricantes ingleses a monopolizar el comercio).

Todos estos cambios económicos y sociales desataron una enorme experimentación y energía innovadora. Miles de personas, procedentes de todos los estratos de la sociedad, empezaron a perseguir sus propias ideas y caminos para mejorar la tecnología, resolver problemas pendientes, fundar negocios y ganar dinero. Resultó crucial que esta experimentación no sólo estuviera descentralizada, sino que la autoridad política no la limitase. De este modo, personas distintas pudieron seguir estrategias diferentes para innovar mejor, tener éxito allí donde otros habían fracasado y, quizá lo más importante en este proceso, formular problemas e ideas completamente nuevos. Se puede comprobar la importancia de esta clase de experimentación en algunas de las tecnologías icónicas de la Revolución Industrial, como el motor de vapor. Innovadores y emprendedores como Robert Boyle, Denis Papen, Thomas Savory, Thomas Newcomen, John Smeaton y James Watt abordaron de maneras distintas el problema del uso

de la energía proveniente del vapor y cada uno experimentó a su modo en un proceso acumulativo que, en última instancia, dio lugar a unos motores de vapor mucho más eficientes y potentes.

Donde tal vez quedan mejor reflejados tanto la naturaleza de la experimentación, con muchos comienzos falsos y una multitud de planteamientos distintos, como su papel crucial en los avances innovadores es en la búsqueda de una manera que permitiera a los barcos determinar su longitud[157] en el mar. La latitud podía calcularse a partir de las estrellas, pero la longitud era un reto más difícil. Con frecuencia los barcos se perdían en el mar y los problemas que esto causaba se volvieron evidentes en octubre de 1707, cuando cuatro barcos de guerra británicos de una flota de cinco que regresaban de Gibraltar calcularon mal la longitud y se hundieron en las rocas de las islas de Sicilia. Se ahogaron dos mil marinos. El Gobierno británico estableció el Consejo de la Longitud y en 1714 ofreció una serie de premios para incentivar la búsqueda de una solución a ese problema.

Se sabía que una solución era tener dos relojes a bordo de un barco. Uno puesto, por ejemplo, a la hora del tiempo medio de Greenwich, y otro que podía ser reajustado cada día a mediodía en el mar según el sol. Así se podía saber la hora en Greenwich y la hora donde te encontrabas. La diferencia entre esas dos horas te permitía calcular la longitud. El problema era que los relojes eran imprecisos, pues se basaban en péndulos que en el mar se desfasaban irremediablemente o estaban hechos de metales que se expandían o contraían bajo distintas condiciones climáticas. El gran físico Isaac Newton, a quien el Gobierno le encargó el asesoramiento sobre maneras de calcular la longitud, estaba convencido de que la solución tenía que estar en la astronomía y la posición de las estrellas. Aunque estaba de acuerdo en que el recurso de los relojes funcionaba en teoría, en la práctica estaba condenado al fracaso porque:

> en razón del movimiento del barco, la variación de calor y frío, húmedo y seco, y la diferencia de gravedad en distintas latitudes, ese reloj todavía no se ha creado.

Y probablemente nunca se haría.

La gente experimentó con toda clase de soluciones, algunas de ellas muy disparatadas. El propio Galileo inventó una especie de máscara llamada *celatone*, diseñada para poder calcular la longitud al mirar a Júpiter, utilizando la cadencia de los eclipses de sus lunas. (En el encarte de fotos se muestra una reconstrucción de esta máquina.) Otra propuesta implicaba el uso de perros heridos y una misteriosa sustancia llamada «polvo de la simpatía». Supuestamente, el polvo tenía la capacidad de sanar a cierta distancia si se esparcía sobre algo perteneciente a la persona o el animal heridos. Era indispensable que esta sanación conllevara dolor. La idea era mantener a un perro herido a bordo y que todos los días, a mediodía, alguien en Londres aplicara el polvo a una venda que había sido utilizada por el perro, y éste saltaría indicando así que era mediodía en Londres. (Suena completamente chiflado hasta que recuerdas que el propio Newton era alquimista y pasó buena parte de su vida intentando convertir «metales comunes» en oro.) Otra idea fue anclar una gran cantidad de barcos en mar abierto y disparar enormes cañones en determinados momentos para que otros barcos que estuvieran a una distancia suficiente para oírlos supieran qué hora era.

John Harrison, un carpintero sin estudios de Barrow upon Humber, en el norte de Inglaterra, dio al fin con el descubrimiento. Harrison logró resolver con éxito todos los problemas que Newton había descrito. Se deshizo del péndulo, eliminó el uso de lubricantes que se expandían o contraían dependiendo del clima, y en su lugar recurrió a una madera dura tropical, el lignum vitae, que desprende su propia grasa. Para solucionar el problema de los metales que se expandían, colocó tiras de latón y acero juntas, de tal modo que la expansión de una se veía compensada por la otra. Harrison no llegó a la solución de manera directa. Fueron necesarios treinta años y una serie de prototipos para llegar a su llamado H-4 en 1761. En ese proceso, realizó muchas innovaciones significativas, por ejemplo, utilizó rodamientos por primera vez, una tecnología que aún hoy se usa para reducir la fricción rotatoria en la mayoría de las máquinas. La búsqueda obsesiva de una solución para la longitud, y todas las ideas extravagantes a las que dio pie, fueron satirizadas por William Hogarth en una serie de

cuadros titulada *The Rake's Progress*. El último de la serie muestra el infame asilo mental de Londres, Bedlam, lleno de quienes se han vuelto locos por la búsqueda del modo de calcular la longitud.

Una consecuencia de toda esta ajetreada experimentación fue la mayor movilidad social. Cuando las personas de orígenes modestos triunfaban con su esfuerzo, no sólo ganaban dinero, sino que lograban el reconocimiento social. Pensemos en Richard Arkwright, que inventó la *water frame* y probablemente estableció en 1771 la primera fábrica moderna en Cromford, Derbyshire. Arkwright era el más pequeño de los siete hijos de un sastre, tan pobre que fue incapaz de mandar a Richard a la escuela. Pero Arkwright acabó siendo nombrado caballero y ascendió a lo más alto de la sociedad inglesa. O veamos el caso de James Watt, el inventor del motor de vapor Watt, que procedía de una familia escocesa de clase media. En 1819, diez años después de su muerte, Watt contaba con una estatua en Westminster Abbey (donde también hay una lápida en recuerdo de John Harrison). La abadía alberga las tumbas de muchos reyes y reinas de Inglaterra y de gente famosa, como William Wilberforce, el hombre que lideró la campaña para abolir el comercio de esclavos en el siglo XVIII. Ninguna jaula de normas bloqueó la experimentación o la capacidad de esos hombres para triunfar.

La Revolución Industrial se inició en Gran Bretaña por la misma razón que las comunas italianas empezaron a sostener la innovación y el crecimiento económico en la Edad Media: el Leviatán encadenado floreció en el pasillo y esto provocó que la gente tuviera una libertad y unas oportunidades económicas mayores. Impulsado por la Reina Roja, durante este proceso el Estado británico se volvió más efectivo y desarrolló una mayor capacidad, pero no se deshizo de sus cadenas. Entonces, la capacidad creciente del Estado encadenado fomentó el progreso de la libertad, en lugar de contenerla. En esto, Gran Bretaña iba por delante de otras partes de Europa. Pero este capítulo también ha mostrado que muchas sociedades europeas ya se movían en el interior del pasillo, aunque cada una con sus altibajos y limitaciones. A medida que los leviatanes de Francia, Bélgica, Países Bajos y Alemania estaban cada vez más encadenados y adquirían

una mayor capacidad, también mejoraron la libertad, las oportunidades económicas y los incentivos de sus poblaciones, y la industrialización se extendió a esas zonas.

¿Por qué en Europa?

La historia de Europa es muy rica, compleja y variada, algo a lo que no podemos hacer justicia en este capítulo. Nos hemos centrado, en cambio, en mostrar cómo nuestro marco conceptual aporta una interpretación muy diferente de esta historia y de los orígenes de la distintiva serie de instituciones y prácticas políticas y sociales que han surgido en Europa durante los últimos mil quinientos años.

Son muchas las teorías que ven algo distintivo en Europa mucho antes de la Edad Media —su cultura judeocristiana, su geografía única, sus valores europeos, lo que sea— que hizo que sus posteriores desarrollos políticos y su ascenso económico fueran inevitables. Nuestro relato discrepa mucho de esas teorías.

No hubo nada único en la temprana historia europea que predeterminara el ascenso del Leviatán encadenado, aparte del fortuito equilibrio de poder creado por las dos hojas de la tijera europea: las instituciones estatales del Imperio romano y las normas e instituciones participativas de las tribus germánicas. Por sí misma, ninguna fue suficiente para dar lugar al Leviatán encadenado. Cuando sólo estuvo presente la primera hoja, como en Bizancio, surgió una clase típica de Leviatán despótico. Cuando sólo estuvo presente la segunda hoja, como en Islandia, el desarrollo político fue escaso y sin duda no tuvo lugar ningún proceso de construcción de un Estado. En otra época, con distintas circunstancias, con diferentes eventualidades en momentos críticos y quizá con actores políticos menos hábiles que Clodoveo y Carlomagno intentando unirlas, las dos hojas juntas podrían no haberse equilibrado mutuamente de la misma manera. Pero durante los tumultuosos siglos V y VI, tras el colapso del Imperio romano de Occidente, juntas crearon un equilibrio precario, que colocó a Europa en el pasillo estrecho y permitió el auge del Leviatán encadenado.

Estar en el pasillo no creó la libertad de manera inmediata. La violencia, los asesinatos y el caos prosiguieron, muchas veces de manera muy intensa, durante más de un milenio. Sin embargo, esta posición fue el principio de un proceso que limitó el despotismo y muy poco a poco condujo al desarrollo de las condiciones previas para la libertad. Estar en el pasillo no era una garantía de que apareciera el Leviatán encadenado en toda su gloria (como veremos en el capítulo 9, al abordar cómo los grandes *shocks* pueden echar a una sociedad del pasillo, y en el capítulo 13, cuando seamos testigos de que la carrera entre el Estado y la sociedad puede perder el control). Pero lo extraordinario, desde el punto de vista de la historia global, es que un puñado de sistemas políticos entraron en el pasillo y siguieron evolucionando ahí, aumentando la capacidad de sus Estados y sociedades con toda la fuerza de la Reina Roja.

Las implicaciones de la entrada de Europa en el pasillo y las dinámicas de la Reina Roja que ésta desencadenó fueron realmente espectaculares. En Europa, la libertad adoptó de manera más clara la forma que reconocemos hoy día (aunque fuera un proceso largo, doloroso y en ocasiones evidentemente violento). También en Europa, esta libertad y el entorno económico y social conformado por el Leviatán encadenado generaron oportunidades e incentivos económicos generalizados, apoyaron el funcionamiento de los mercados y crearon un ambiente en el que la experimentación, la innovación y los hallazgos tecnológicos pudieron florecer y preparar el camino para la Revolución Industrial y la prosperidad duradera.

Nuestra teoría subraya que estas lecciones son aplicables más allá de Europa. Si hubiera algo únicamente europeo, algo manifiesto en el auge de Europa, no podríamos sacar conclusiones basadas en la experiencia europea para sociedades que hoy se enfrentan a los mismos problemas. Pero según nuestra teoría, no es así. Claro que las instituciones centralizadas romanas y las normas y las asambleas populares de las tribus germánicas fueron únicas en la Europa de los siglos V y VI. Pero el principio general —que para entrar en el pasillo, una nación necesita que exista un equilibrio entre unas instituciones estatales poderosas y centralizadas y una sociedad asertiva y movilizada capaz de resistir ante el poder del Estado y de encadenar a sus

élites políticas— se puede aplicar de manera más amplia. De hecho, en el resto del libro veremos que la ausencia de instituciones que al mismo tiempo aumenten la capacidad del Estado y sostengan la libertad de sus ciudadanos casi siempre está relacionada con la falta de ese equilibrio de poder entre el Estado y la sociedad. Este equilibrio no es únicamente un asunto europeo y ha surgido en distintas circunstancias, geografías y entornos culturales, como ya hemos visto en el capítulo anterior y veremos de nuevo más adelante.

Capítulo 7

El mandato del cielo

Volcar el bote

La historia china[158] tomó un camino muy distinto de la europea, uno que creó una libertad mucho menor. Pero no comenzó de esta manera. Para ver lo que ocurrió, vayamos a una era de la historia china conocida como los períodos de Primavera y Otoño, que empezó en el siglo VIII a. C. Durante los períodos de Primavera y Otoño nació Confucio, cuya filosofía ha sido un pilar de la sociedad y las instituciones del Estado chinas desde entonces. El confucianismo daba una gran importancia al bienestar de la gente y sostenía que el gobernante virtuoso debía promoverlo. Como dijo Confucio:[159]

> Quien gobierna por su virtud es como la estrella polar, que permanece en su sitio mientras los demás astros giran en torno a ella.

Su discípulo más famoso, Mengzi (con frecuencia llamado Mencio) afirmó que «el pueblo merece la más alta estima» y reprodujo un documento previo que sostenía que «el cielo ve por los ojos del pueblo, el cielo oye por los oídos del pueblo».[160] Esas ideas fueron habituales en esta época. El propio Confucio señaló que «un Estado no puede mantenerse una vez ha perdido la confianza del pueblo».

La prueba de que estas ideas eran relevantes para la política del período proceden de la antigua *Crónica de Zuo Zhuan* (o *Comentario de Zuo*). En ésta se cita a Ji Liang, empleado por el estado de Sui. Ji Liang advirtió al emperador de que «el pueblo es el señor de las deidades. Por lo tanto, los reyes sabios atendían primero a los asuntos del pueblo, y después atendían a las deidades».[161]

¿Por qué el pueblo era «el señor de las deidades» y merecedor de «la más alta estima»? Lo más probable era que se debiera a que durante este período la sociedad estaba suficientemente bien organizada como para tener cierta influencia en la política. De hecho, durante esta época el poder político en China estaba tan fragmentado que los académicos se refieren a las sociedades rivales como «ciudades-Estado», e incluso las comparan con las ciudades-Estado griegas.[162] En Atenas, la política giraba en torno a la capital y los ciudadanos podían favorecer o destruir carreras y ambiciones políticas. El *Zuo Zhan* documenta al menos veinticinco casos en los que los habitantes de ciudades importantes influyeron de manera activa en las luchas de poder intestinas, incluso en conflictos por quién debía convertirse en el señor. Del mismo modo que en Atenas, en el Estado de Zheng el pueblo se reunía para discutir y criticar las medidas políticas y la conducta del gobierno. Se dice que un famoso primer ministro de esta era, Zichan, afirmó:[163]

> El pueblo por la mañana y al anochecer se retira y reúne para debatir las bondades o maldades de quien detenta el poder. Si yo implemento lo que ellos consideran bueno y correcto o lo que consideran malo, entonces ellos son mis maestros.

Continúa señalando que tratar de excluir al pueblo sería «como obstruir el río: cuando rebosa la presa, más gente resulta perjudicada». Mengzi estaba de acuerdo con esa opinión. Escribió:

> Hay una manera de llegar al pueblo: cuando llegas a sus corazones, llegas al pueblo. Hay una manera de llegar a los corazones: reúnelos con lo que desean, no hagas lo que detestan, y eso es todo.

Un tratado filosófico posterior, conocido como el *Xunzi*, resumía la política de ese período:[164]

> El gobernante es un bote; los plebeyos son el agua. El agua puede llevar al bote; el agua puede volcar el bote.

Entre las fotos del encarte reproducimos una edición de la página original del *Xunzi* que incluye esta sentencia en caracteres chinos.

Todos-bajo-el-cielo

A la agitación intelectual de los períodos de Primavera y Otoño le siguió la consolidación política y el surgimiento de siete grandes Estados territoriales, y algunos más pequeños, atrapados en una guerra incesante (véase el mapa 10).[165] Este período de los Reinos combatientes dio pie a una nueva filosofía política muy despótica llamada legalismo,[166] que se convirtió en un pilar clave de la dominación del Estado chino sobre la sociedad. Shang Yang, también conocido como señor Shang, fue uno de sus pensadores y practicantes más influyentes. Nacido en el año 390 a. C., en mitad del período de los Reinos combatientes, era plenamente consciente del caos que podía crear la debilidad estatal. Como Hobbes, que casi dos milenios más tarde daría con una solución similar, el señor Shang vio la solución en el aumento del poder de un Leviatán, porque «el mayor beneficio para el pueblo es el orden». Si en ese proceso la sociedad se veía debilitada, mejor, puesto que Shang pensaba que:

> cuando el pueblo es débil, el Estado es fuerte; de ahí que el Estado [...] procure debilitar al pueblo.

No sólo pensaba y escribía estos pensamientos, sino que procedió a implementarlos. Desde su lugar natal en el Estado de Wei, Shang Yang se trasladó a Qin para convertirse en consejero de su gobernante, el señor Xiao. Bajo los auspicios de Xiao, Shang Yang propuso una serie de reformas radicales, que plantearon un nuevo enfoque legal, reestructuraron las relaciones con la tierra, iniciaron la reforma de la estructura administrativa del Estado y fundaron instituciones estatales más profesionales. Durante el siguiente siglo, las reformas centralizadoras convirtieron a Qin en un poder económico y militar que conquistaría a todos los demás Estados y fundaría el primer imperio chino y la primera dinastía reconocida.

Que ya desde el principio éste era el objetivo de Shang Yang resulta evidente en el primer capítulo de *El libro del señor Shang*, el documento que recoge sus ideas y ha llegado hasta nosotros. El capítulo titulado «Revisar las leyes» establece un debate entre el señor Xiao y tres asesores,

entre ellos Shang Yang. Al señor le preocupaba que las innovaciones institucionales provocaran la crítica de «todos-bajo-el-cielo». Xiao no sólo estaba preocupado por la opinión de la gente de Qin, sino por todos-bajo-el-cielo, es decir, todo el mundo. El señor de Qin pensaba así porque había hecho suyo un concepto previo, del anterior estado de Zhou, cuyos gobernantes desarrollaron la idea de que el mandato de gobernar se les había dado desde el cielo.

A partir de entonces, los emperadores de China afirmarían que también ellos habían recibido el «mandato del cielo». Pero ¿cómo puede una sociedad limitar a un gobernante cuyo mandato procede directamente del cielo?

Shang Yang no creía que esas restricciones fueran deseables. Sus objetivos eran sencillos: «un Estado rico y un ejército fuerte». Sólo ese Estado poderoso sería capaz de poner orden y asegurarse de que a la sociedad no se le ocurriera participar en la política. Sin esta clase de orden, se daría pie a la discordancia, y eso debía impedirse. El *Xunzi* sostiene en un lenguaje sorprendentemente hobbesiano:



Mapa 10 China en el período de los Reinos combatientes (475-222 a. C.).

> Los humanos nacen con deseos. Cuando tienen deseos pero no logran el objeto de sus deseos, no pueden sino buscar medios de satisfacción. Si no hay medida o límite para su búsqueda, no pueden sino luchar entre ellos. Si luchan entre ellos, entonces se produce el caos, y si se produce el caos, entonces se empobrecerán.

Era natural buscar el orden y las instituciones que pudieran lograrlo. Pero ¿cómo iba a hacerlo Qin? La herramienta principal sería la ley, pero no de la manera en que en el contexto europeo la ley se desarrollaba a partir de las normas de la sociedad y constreñía a los gobernantes, como hemos visto en el capítulo anterior. En la visión de Shang Yang, la ley y el poder del Estado tenían que utilizarse para convertir a todo el mundo en agricultor o en guerrero. Serían recompensados por cultivar o por luchar, y castigados si no lo hacían.

> Se puede inducir a la gente a cultivar y a luchar [...] todo depende de cómo los superiores les concedan [rangos y emolumentos]. Los que no trabajan pero comen, que no luchan pero alcanzan la gloria, que no tienen rango pero son respetados, que no tienen emolumentos pero son ricos, que no tienen cargo pero lideran, a esos se les llama «villanos».

En otras palabras, el Estado, y sólo el Estado, puede decidir quién y qué se valora. Sin el reconocimiento del Estado, eres un villano. El pueblo debía ser controlado «como el trabajador del metal controla el metal y el alfarero, la arcilla». Para asegurarse de que la gente se centraba en la agricultura, era crucial no «permitir que la gente cambie de ubicación por iniciativa propia» y penalizar cualquier otra clase de actividad económica. Una forma de lograrlo era estructurar —o, de hecho, distorsionar— los mercados para hacer que la agricultura fuera muy atractiva. Shang Yang proponía:

> Si puedes provocar que los mercaderes y los vendedores ambulantes y la gente artera y tramposa no prosperen, entonces incluso si no quieres enriquecer al Estado, es lo que lograrás. De ahí que se diga: «El que quiere que los granjeros enriquezcan al Estado encarece la comida dentro de las fronteras. Debe imponer múltiples impuestos a quienes no cultivan y fuertes tasas a los beneficios de los mercados».

Quienes no cultivaban la tierra eran «gente artera y tramposa». Era una noción que tendría profundas consecuencias para el futuro económico de China, puesto que el pensamiento legalista acabaría conformando tanto la manera en que el Estado enfocaba los negocios como la manera en que los mercaderes, industriales y campesinos llegaron a temer el Estado y evitaron la cooperación con él.[167]

En el modelo legalista, el orden era la prioridad, y debía ser logrado por un gobernante todopoderoso que aplastara a la sociedad con el peso del Estado y de su ley. Aunque el modelo confuciano no coincidiera con el planteamiento de mano dura del legalismo y recomendara preceptos morales y ganarse «la confianza del pueblo», los dos enfoques estaban de acuerdo en el principio básico del despotismo: que la gente corriente no tuviera ninguna influencia en la política y, sin duda, que no se convirtiera en un contrapeso frente al poder del Estado y el emperador. Sólo el comportamiento moral del gobernante le haría tener en cuenta el bienestar de sus súbditos. Como dijo Confucio:

> Los plebeyos no debaten cuestiones de gobierno.

El auge y caída, y el nuevo auge, del sistema pozo-campo

El logro de Shang Yang fue proponer un modelo de construcción del Estado despótico que permitió a Qin imponerse a los otros seis Estados beligerantes durante los siguientes cien años, poner fin a esa época caótica y establecer el Imperio Qin. Los detalles sobre cómo debía organizarse el Estado cambiaron en los siglos subsiguientes, a medida que las sucesivas dinastías experimentaron con distintas versiones. La razón fue que, si bien el modelo de Shang Yang era bueno a la hora de eliminar a los competidores iniciales, no facilitaba una guía efectiva para saber cómo gobernar los nuevos territorios unificados.

La versión que crearon el primer emperador Qin, Qin Shi Huang, y su principal asesor, Li Si, implicaba un control muy estricto. El imperio estuvo dividido primero en treinta y seis, y más tarde en cuarenta y dos comandancias, cada una de las cuales estaba encabezada por un gobernador,

un comandante militar y un superintendente. Por debajo de estos cargos había una complicada jerarquía de funcionarios que ejercían un sofocante control sobre la sociedad, justo como habría defendido Shang Yang.

Los documentos administrativos publicados por el historiador Enno Giele ilustran la naturaleza de este control. Muestran cómo un supervisor de la unidad de un subcondado escribió al jefe del condado para aprobar el nombramiento de unos nuevos jefe de aldea y cartero en una aldea local. Cuatro días después de que se hiciera la petición, recibió una respuesta negativa. La petición fue rechazada porque la aldea sólo contaba con veintisiete hogares y se consideraba demasiado pequeña para contar con esos funcionarios. Estos documentos revelan la intrincada red de funcionarios cuyo nombramiento se hacía de manera centralizada y la eficiencia con que se manejaban las peticiones, por no mencionar el alcance de su conocimiento (que había sólo veintisiete hogares).

El Estado Qin también impuso un sistema uniforme de pesos y medidas, una moneda unificada y un calendario, y estandarizó la escritura del chino. Construyó un elaborado sistema de caminos que emanaban de la capital, Xianyang. Una de las innovaciones más importantes y duraderas fue el «sistema pozo-campo»,[168] llamado así por el carácter chino que simboliza el pozo de agua (similar al símbolo #), una representación visual de nueve terrenos de igual tamaño necesarios para aprovisionar a un soldado-guerrero. El sistema pozocampo ponía énfasis en la distribución igualitaria de la tierra, además de en la carga fiscal y militar. Aparece por primera vez en los escritos de Mencio, que sostenía que:

> un gobierno benévolo debe empezar por la inspección y adjudicación de tierras. Cuando los límites no están bien trazados, ni la división de la tierra de acuerdo con el sistema pozo-campo ni la tasa de grano reservada para los emolumentos del gobernante serán equitativas.

En este punto, se hizo evidente un problema del modelo de Shang Yang. Apoyar un sistema tan intrusivo no era suficiente para tener un «Estado rico», también era necesario obligar a la sociedad a pagar impuestos muy elevados. A fin de cuentas, alguien tenía que aportar los recursos y el trabajo requeridos para construir los ocho mil guerreros de terracota de tamaño real que Qin Shi Huang había encargado para su

mausoleo. Una consecuencia de estos impuestos tan altos fue el incremento significativo de las revueltas populares que, poco después de la muerte de Qin Shi Huang, llevaron al derrocamiento de la dinastía Qin, después de sólo quince años de existencia y dos emperadores. El ganador último de la inestabilidad política posterior fue Liu Bang, un campesino del conquistado Estado Chu, que fundó la nueva dinastía Han bajo el título de emperador Gaozu, quien suspendió la recaudación de impuestos y, con el tiempo, los redujo a una quinta parte de las cosechas. También redujo el alcance de los servicios de trabajo obligatorios que había impuesto el Estado Qin.

Los ajustes que Gaozu llevó a cabo fueron un intento de avanzar en una dirección más confuciana. Se basó en los preceptos legalistas y los combinó con las ideas del confucianismo. Los gobiernos y las leyes de China posteriores, y hasta el presente, pueden interpretarse como una fusión y una oscilación entre estas dos filosofías, de manera que todos se hallan en algún lugar entre Shang Yang y Confucio. Independientemente de dónde se encontraran en el espectro, coincidieron en algunos principios básicos. El más crucial fue el principio básico del Leviatán despótico, el de un gobierno monárquico con un emperador omnipotente, que no dejaba que el pueblo tuviera ningún papel ni voz en el gobierno. El emperador siempre estaba por encima de la ley. Después surgió la idea de que el Estado debería estar formado y ser dirigido por gente de talento, lo cual era necesario para que el emperador gobernara la sociedad tal como deseaba. También tenía raíces en la filosofía confuciana, que mantiene que «quien se distingue en el aprendizaje debería dedicarse al servicio oficial» y que se debería «promover a quienes son merecedores y talentosos». El último principio clave era que el emperador debía preocuparse por el bienestar del pueblo y estar constreñido por preceptos morales, lo cual llegaba a incluir la idea de que el emperador debía promover la prosperidad económica de los ciudadanos o, por utilizar un término de las dinastías posteriores, que debía «almacenar la riqueza entre el pueblo». Estos tres principios suponían una especie de contrato social que confería al Estado cierta legitimidad. Si se violaban, el pueblo podía rebelarse.

Hizo falta algún tiempo para que los emperadores chinos dieran con un modelo institucional funcional que satisficiera estos tres principios. El punto de inflexión se produjo cuando se dieron cuenta de que era difícil controlar exhaustivamente a la sociedad de la manera que habían concebido Shang Yang o los Qin. Era demasiado caro. Para financiar este método tenías que recaudar impuestos muy elevados, ya fuera en especie, dinero o trabajo, y eso era incoherente con el último principio. Al no existir ningún medio para permitir que la gente tuviera voz en el gobierno o en cómo se gastaban los impuestos, las tasas impositivas altas provocaban descontento y, en última instancia, contribuían a fomentar rebeliones. Como veremos, los levantamientos no desaparecieron, pero los emperadores posteriores decidieron mitigar la rebelión y el descontento reduciendo los impuestos, aunque eso también significara una capacidad estatal menor para proveer servicios públicos e incluso para la aplicación estable de la ley.

Organizar la autoridad para satisfacer estos tres principios era complicado y nunca funcionó a la perfección. De hecho, había una constante lucha entre el modelo Shang Yang de control exhaustivo y coerción y la estrategia confuciana más relajada, basada en una mayor distancia de la sociedad y la idea de sentar ejemplo con el buen gobierno. Los Han, aunque redujeron las tasas y el trabajo obligatorio, al principio mantuvieron buena parte de la visión de los Qin. Los Qin habían establecido el control directo de la mayoría de los activos productivos, entre ellos las minas, bosques e incluso procesos de manufactura, como las fundiciones y los talleres. Lo mismo hicieron los Han. Sin embargo, al tener menos ingresos fiscales, se vieron obligados a moderar su control sobre la sociedad y poco a poco retrocedieron en la implementación del modelo Qin.

Con el tiempo, el sistema pozo-campo se invirtió y aparecieron en el campo grandes terratenientes. Sin embargo, la ausencia de cualquier restricción al poder del gobernante omnipotente permitía que estos movimientos siempre pudieran revocarse. En los siguientes dos mil años, China se vio periódicamente sacudida por varios intentos de reafirmar el modelo de Shang Yang, el más reciente de los cuales fue el ascenso al poder de los comunistas en 1949, que implementaron su propia versión del sistema pozo-campo en forma de agricultura colectivizada. La encarnación

contemporánea del modelo confuciano es lo que hemos visto a partir de 1978 bajo el gobierno de Deng Xiaoping, cuando se revocó la colectivización y los líderes chinos empezaron a atacar la corrupción, puesto que violaba los principios confucianos del gobierno virtuoso. Para saber lo que probablemente ocurra en China en el futuro, es importante comprender esta oscilación histórica entre legalismo y confucianismo.

Después de la desaparición de los Qin, el primer intento de reintroducir un estricto control estatal sobre la economía procedió del emperador Wu de Han, que gobernó cincuenta y cuatro años, entre 141 y 87 a. C. Wu inició el monopolio real de la producción de hierro y sal, y estableció un control sobre la mayoría de las industrias y actividades comerciales. El historiador contemporáneo Sima Quian observó que «la riqueza de todo el mundo se agotaba para servir al gobernante, y aun así éste no estaba satisfecho». Las reformas de Wu no fueron duraderas.

La siguiente persona que lo intentó fue Wang Mang, que se convirtió en regente de un niño emperador Han en el año 1 a. C., y cinco años más tarde, cuando el niño murió, se declaró emperador. Wang promovió un intento coordinado de retomar el control sobre la economía y la sociedad que se había ido perdiendo de manera gradual. Decretó que toda la tierra era del Estado, confiscó las propiedades de muchos grandes terratenientes y creó más monopolios estatales. En el año 23 estalló una insurrección popular contra sus medidas políticas que culminó con la conquista del palacio imperial y la muerte de Wang. Después, el modelo pozo-campo se revirtió de nuevo y en el año 30 el servicio militar universal había sido abolido, de modo que la sociedad ya no se basaba en el complejo agricultor-soldado.

La dinastía Han terminó en el año 220 y fue sustituida por una serie de regímenes de corta duración. En el norte estos regímenes estuvieron dominados por tribus nómadas del interior de Asia, mientras que en el sur surgieron varias ramificaciones del poder Han. Antes de la reunificación de China bajo la dinastía Sui en el año 581, se produjeron de nuevo intentos de volver a repetir el modelo de Shang Yang, entre ellos el de la dinastía Wei del Norte, que gobernó entre 386 y 524 en el norte de China. En el año 485, los Wei propusieron su «sistema equitativo de tierra», que después de 581

mantuvieron los Siu y más tarde la dinastía Tang, cuando asumió el poder en el año 618. Lo que selló el destino de esta nueva versión del sistema pozo-campo fue la rebelión An Lushan, que estalló contra los Tang en 755. Aunque fue finalmente sofocada en 763 después de saquear Chang'an, la capital, el levantamiento le costó la vida a cientos de miles de personas y devastó el Estado Tang. Con la capacidad del Estado para controlar a la sociedad hecha trizas, el sistema equitativo de tierra se desmoronó y la propiedad privada se convirtió en la norma.

En 960 una nueva dinastía, los Song, sustituyó a los Tang e inició otra reestructuración similar a la transición inicial entre los Qin y los Han. Aunque la continuidad fue significativa, el modo de gobierno pasó del legalismo al confucianismo. Una consecuencia de esta reestructuración fue la consolidación más definitiva del control burocrático, con el establecimiento de un sistema de exámenes para entrar en el funcionariado que sustituyó al sistema anterior de reclutamiento, basado principalmente en recomendaciones. (Otra consecuencia fue un rápido crecimiento económico, como veremos algo más adelante.) Sin embargo, más tarde la meritocracia en el funcionariado sería sistemáticamente socavada tanto por la venta de cargos, que comenzó en el siglo XVII cuando los recursos fiscales del Estado disminuyeron, como por las continuas intromisiones del gobierno.

En 1127 la parte norte de la China Song fue conquistada por los jurchen, procedentes del Asia interior, que formaron una nueva dinastía, los Jin. En respuesta, los Song trasladaron su capital al sur, pero después tanto los Jin como lo que quedaba del Imperio Song fueron conquistados por los mongoles, liderados por Kublai Kan, que estableció la dinastía Yuan. Después de la muerte de Kublai en 1294, hubo otros diez emperadores antes de que la dinastía Yuan también colapsara en medio de las revueltas masivas que tuvieron lugar en la década de 1350. Mientras tanto, los mongoles reconfiguraron la organización previa del Estado chino, al imponer un modelo personalizado basado en la jerarquía de las tribus mongolas y organizar a los chinos en clases ocupacionales hereditarias. Se introdujeron los servicios de trabajo, así como una plétora de nuevos

impuestos. Para satisfacer la demanda de bienes y mano de obra, se llevaban artesanos a la capital mongola, Dadu, la actual Pekín, de forma masiva.

Los Yuan fueron derrocados por Zhu Yuanzhang, que fundó la dinastía Ming en 1368, después de dos décadas de guerra civil. Tras adoptar el título de emperador Hongwu, situó a los Ming en el extremo del espectro más cercano a Shang Yang. Hongwu actuó con rapidez para concentrar más poder en sus manos, por ejemplo aboliendo el cargo de primer ministro, que hasta entonces había actuado como representante de los funcionarios. En 1373 abolió el sistema de exámenes porque no le gustaban los resultados, y purgó varias veces al funcionariado de manera radical y violenta. Más tarde, Hongwu intentó que China regresara a una nueva versión del sistema pozocampo. Durante su reinado de treinta años, intentó revertir la mercantilización de la economía e incluso volvió a cobrar impuestos en especie en lugar de dinero. En 1374, prohibió el comercio con el extranjero con un edicto conocido como «la prohibición del mar», que duraría hasta casi el final del siglo XVI (y luego volvería a ser impuesto de manera periódica).

En 1380, Hongwu empezó la expropiación masiva de tierras propiedad de grandes terratenientes. Al final de su reinado, posiblemente la mitad de la tierra de las provincias centrales de Jiangnan, alrededor del delta del Yangtsé, donde estaba la capital, Nanjing, había sido incautada por el Estado. El poder estatal despótico continuó siendo palpable durante la dinastía Ming. En la década de 1620, con la creación de la «facción» Donglin en torno a la academia Donglin del condado de Wuxi, a unos ochenta kilómetros al oeste de Shanghái, se levantó un movimiento de crítica al Estado inspirada en el confucianismo. Tuvieron incluso el descaro de componer un memorial al que llamaron los «Veinticuatro crímenes» (del Estado). La respuesta del emperador Tianqi fue ejecutar a doce de los líderes, mientras que un decimotercero se suicidó. Se purgó a cientos más, acusados de ser simpatizantes. Sus defensores continuaron en otros grupos inspirados por ellos, como la Sociedad de la Restauración (Fushe), pero en la década de 1660 fueron reprimidos sin piedad por los Qing. La crítica no estaba permitida.

La transición de los Song a los Ming, que condujo a China hacia el legalismo, nos recuerda que un Estado desenfrenado no significa libertad para sus ciudadanos. Más bien lo contrario, normalmente es la base de la dominación en manos del Estado, que es lo que el señor Shang recomendaba y los Ming cumplieron gustosamente.

Cortar la coleta

El creciente despotismo del Estado Ming condujo a una serie de levantamientos, como la Rebelión de los turbantes rojos en la década de 1620, que subrayaron uno de los problemas fundamentales del modelo legalista. La dinastía fue finalmente destruida por la disensión interna y el oportunismo de otro pueblo expansionista del Asia interior, los manchúes, que formaron la dinastía Qing.[169] Un relato de primera mano de la expansión del poder manchú procede de una historia local del condado de Tancheng,[170] situado cerca de la costa, más o menos a medio camino entre Pekín y Shanghái:

> Fue el 30 de enero de 1643 cuando el gran ejército invadió la ciudad, masacró a los funcionarios y mató al 70 u 80 por ciento de la aristocracia, los empleados y la gente corriente; dentro y fuera de las murallas de la ciudad mataron a decenas de miles, en las calles y los patios y los callejones las personas, todas agrupadas, eran asesinadas o heridas, los supervivientes se pisoteaban, y quienes huían resultaban en su mayoría heridos. Hasta el 21 de febrero de 1643 el gran ejército estableció sus campos en las fronteras de nuestro condado [...]. Permanecieron veintidós días, durante los cuales en la zona muchas personas fueron saqueadas y quemadas, asesinadas y heridas. También destruyeron Ts'ang-shanpao, matando allí a más de diez mil hombres y mujeres.

En 1644, los manchúes, aunque no parecía que intentaran «ganarse los corazones y las mentes», habían tomado Pekín y establecido la que sería la última dinastía china. Antes de que pudieran llegar allí, un líder bandido, Li Zicheng, creó otra dinastía que duró seis semanas. Su régimen improvisado clasificó a las élites, los eunucos, los mercaderes, los grandes terratenientes y los altos funcionarios por niveles de ingresos y se quedó con un 20 o 30

por ciento de su riqueza. El propio Li acumuló una fortuna de setenta millones de taeles de plata. Empezó incluso a hablar del sistema equitativo de tierra antes de ser expulsado del trono por el ejército manchú.

Los manchúes, como los mongoles, eran extranjeros y tenían que poner a los indígenas chinos bajo su control.[171] Una estrategia interesante fue el «decreto de tonsura» que estipulaba que todos los hombres tenían que adoptar el peinado de los manchúes, con la frente rapada y una cola de caballo. Los Qing decidieron que ésa era una buena manera de obligar a los chinos a adaptarse a la nueva dinastía. En marzo de 1647, tres años después de que los manchúes ocuparan Pekín, Chang Sang, el gobernador de la provincia de Kansu, hacía un viaje de inspección. El 4 de marzo había llegado a Yung-ch'ang, un condado situado justo en el interior de la Gran Muralla. Todos los estudiantes de la escuela del condado se habían reunido para recibirlo. Chang señaló: «Me fijé en un hombre que parecía haber mantenido el pelo en la parte frontal de la cabeza. Después de llegar al *yamen* del condado [la residencia del magistrado local], convoqué a todos los estudiantes para el examen académico» y «fui personalmente hasta el hombre en cuestión y le quité el sombrero. Ciertamente, no tenía en absoluto el pelo rapado». Los funcionarios locales aseguraron a Chang que se habían colocado carteles notificando el decreto de tonsura y que el culpable, Lü K'o-hsing, no tenía excusa. Chang hizo que Lü fuera encarcelado y escribió al emperador pidiendo su ejecución inmediata, «para imponer las leyes de la dinastía gobernante». La respuesta no tardó en llegar: «Que sea ejecutado al momento. Pero ¿qué hay de los funcionarios locales, el cabeza de familia, el jefe local y los vecinos?».[172] El resultado fue que a Lü se le cortó la cabeza sin afeitar, que se mostró en público para «advertir a las masas». El patriarca de la familia de Lü, junto con el jefe local y los vecinos, fueron golpeados y el magistrado del condado fue multado con el sueldo de tres meses.

La preocupación de la dinastía Qing por los peinados continuó durante todo su reinado. En 1768 se propagó por el imperio un temor popular al «robo de almas». A los hombres se les cortaba la coleta para, supuestamente, robarles el alma. Un alma capturada permitía que alguien ejerciera poder sobre los demás. El Gobierno chino, bajo el mandato del

emperador Qianlong, reaccionó vigorosamente frente a las acusaciones de cortes de coletas. Una técnica que se utilizaba habitualmente para llegar al fondo de un caso era el *chia-kun*, o «viga de presión», que se aplicaba para extraer una confesión. Podía ser una «prensa de tobillos», un dispositivo que permitía aplastar lentamente los tobillos, o un instrumento alternativo que creaba múltiples facturas en las tibias.

En 1769 un monje, Hai-yin, fue acusado de robar almas. Al ser detenido se descubrió que llevaba consigo mechones cortos de pelo, que él afirmó haber obtenido años antes, y que de hecho los llevaba en una vara a la vista de todos. Fue interrogado y las autoridades locales decidieron que era necesaria la tortura para obtener la verdad. Pero el monje era resistente y, al cabo de unos días, las autoridades locales observaron que «si lo seguimos torturando ahora, podría morirse, y entonces no podríamos descubrir nada». «Cierto», garabateó el emperador Qianlong en una tinta color bermellón que utilizaba cuando escribía notas en documentos oficiales. Hai-yin aún resistió más y el emperador fue informado de que lamentablemente el prisionero «había contraído la enfermedad imperante en la estación» y también se le habían infectado las heridas de la tortura. De hecho, la situación resultaba tan frustrante que el magistrado local decidió que sería «mejor ejecutarlo públicamente para disipar los recelos de la gente», puesto que después de la detención de Hai-Yin habían empezado a circular rumores. Por lo tanto, «hicieron llevar al criminal a la plaza pública y lo decapitaron, y la cabeza se dejó expuesta ante la muchedumbre». Otro monje, Ming-yuan, fue acusado de algo similar. Una semana después de ser detenido estaba muerto. «Visto», añadió el emperador en bermellón. De modo que no eran sólo los francos quienes estaban obsesionados con el pelo, aunque los Qing mostraran su obsesión de una manera distinta.

La imposición del decreto de tonsura no fue la única manera en que los Qing indicaron al pueblo recién conquistado que iban en serio. En mayo de 1645, las élites del delta del Yangtsé se rebelaron contra el nuevo Estado y los generales Qing masacraron a alrededor de doscientos mil hombres, mujeres y niños. El relato de un testigo, Wang Xiuchu, en *Una crónica de*

diez días en Yangzhou es una lectura estremecedora. Después de que las fuerzas Qing destruyeran la ciudad de Yangzhou, los supervivientes fueron enviados a una marcha forzada:[173]

> Aparecieron algunas mujeres [...] que iban parcialmente desnudas, y se hundían tanto en el fango que éste les llegaba hasta las pantorrillas. Una abrazaba a una niña, a quien un soldado azotó y arrojó al barro antes de llevársela. Un soldado blandía una espada y lideraba la marcha, otro empuñaba su lanza y nos empujaba desde atrás, y un tercero estaba en el medio, caminando adelante y atrás, para asegurarse de que nadie se iba. Varias docenas de personas estaban agrupadas como un rebaño de vacas o cabras. Y cualquiera que se quedara atrás era azotado o directamente lo mataban. Las mujeres iban unidas con una pesada cuerda que llevaban alrededor del cuello, atadas unas a otras como perlas. Se tambaleaban a cada paso, estaban cubiertas de barro. Por todas partes había bebés tirados en el suelo. Los órganos de los que habían sido pisoteados como hierba por las pezuñas de los caballos o los pies de la gente estaban manchados de barro, y los llantos de los que aún estaban vivos llenaban todo el ambiente. Cada cuneta o estanque por el que pasábamos estaba lleno de cadáveres, cuyos brazos y piernas los sostenían mutuamente. Su sangre había corrido hasta el agua y la combinación del verde y el rojo producía un espectro de colores. También los canales estaban llenos hasta arriba de cadáveres.

Despotismo de bajo coste

Al ser extranjeros, los Qing pensaban que su reinado era más precario que el de sus predecesores y les preocupaba que los impuestos fomentaran la oposición a su gobierno. Como hemos visto, se trataba de un tema recurrente que se remontaba a la fundación de la dinastía Han. Un motivo de temor era la conspiración de Ma Ch'ao-chu de 1752. Ma era un campesino de Hupei que cayó bajo la influencia de un monje que le persuadió de que tenía un gran destino. Ma empezó a establecer conexiones con lo que quedaba del régimen Ming, que entonces habitaba el «reino del mar del Oeste» y era gobernado por un «joven señor» Ming. El reino, supuestamente, contaba con treinta y seis mil guerreros armados, además del general Ming Wu San-kuei. Ma reunió seguidores, afirmando que en su reino era un general y que en cualquier momento unas máquinas voladoras mágicas llevarían al ejército del reino para que atacara el valle del Yangtsé. Cuando el movimiento de Ma empezaba a cobrar fuerza, unos funcionarios imperiales descubrieron por casualidad espadas recién forjadas en lo que resultó ser uno de sus campamentos. Ma huyó, pero algunos de sus

parientes fueron capturados. Empezó una persecución que se prolongó durante años y llevaría a la detención de cientos de sospechosos, a pesar de lo cual nunca se encontró a Ma. Los discípulos capturados relataron que, tras unirse al grupo e incorporarse a una de las bases de Ma, la gente «se manchaba la boca con sangre y tragaba hechizos de papel. También se dejaba crecer el pelo y no se rapaba la frente», un gesto claramente contrario a los Qing. Los detenidos eran «torturados con extrema severidad» y sólo se les perdonaba la vida si confesaban. El emperador Qianlong anotó en bermellón: «Una sola chispa puede iniciar un incendio en la pradera».

El Estado Qing siempre estaba temeroso de una rebelión (y con buenos motivos), aunque esto no significaba que no emprendiera acciones arbitrarias. Entre ellas, la reimposición de la prohibición del mar de los Ming[174] y el desplazamiento obligatorio, impuesto por el emperador Kangxi en 1161, de básicamente todo el mundo que vivía en la costa del sur de China a más de 16 kilómetros hacia el interior para controlar el comercio y la piratería.

Para hacer frente a la amenaza de rebelión, en 1713 los Qing decidieron dar un paso hacia el lado confuciano del eje legalismo-confucianismo y congelar la principal fuente de ingresos del Estado en términos nominales: los impuestos sobre la tierra. A partir de entonces todo el mundo pagaría una suma fija de dinero por *mu* (que, convencionalmente, equivale a alrededor de 0,6 hectáreas). Como durante el siglo los precios subieron de manera sustancial, el valor real de los ingresos fiscales disponibles para el Estado cayeron drásticamente. No habría mucha provisión de servicios bajo el gobierno Qing.

De hecho, los pocos servicios públicos que proveía el Estado, como el sistema de graneros para mitigar las hambrunas y grandes proyectos de infraestructuras como el Gran Canal, decayeron. El Estado ya no se podía permitir comprar el grano necesario para disponer de existencias en los graneros y en 1840 el Canal estaba muy deteriorado y era imposible su navegación. Entre 1824 y 1826 todo el sistema para controlar las aguas del río Amarillo se vino abajo como consecuencia de la falta de mantenimiento de las esclusas y los diques.

Es importante comprender cómo estaba organizado el Estado chino en esa época, y por qué era incapaz de sostener actividades comerciales e industriales o proveer muchos servicios públicos. En la parte superior había seis ministerios o consejos: personal, ingresos, ritos, guerra, obras y castigos. La terminología fue duradera e interesante: no justicia, sino *hsing pu*, que se traduce como «castigo». De hecho, los códigos legales más antiguos que se conocen, que están inscritos en vasijas de bronce, no se llamaban libros de leyes o códigos legales, sino «libros de castigo», muy en consonancia con la manera en que Shang Yang pensaba en la ley. El código Tang del año 653 es el código legal completo más antiguo que tenemos (del código Qin sólo se conservan fragmentos). Con el transcurso de los años se modificó sustancialmente y los Qing hicieron su propia versión en 1740. Esos códigos reafirman que las leyes chinas no estaban ahí para proveer justicia, y sin duda no para apoyar la libertad, sino para administrar y regular la sociedad. No estaban interesados en los derechos de los acusados frente el Estado. Cualquier norma podía ser modificada o anulada por el emperador, que estaba por encima de la ley. El trato a los acusados durante los procedimientos judiciales sugiere que éstos eran culpables hasta que se demostrara lo contrario. En el caso de que se hubieran olvidado de algo, el estatuto 386 del código penal de los Qing permitía que se apaleara duramente a quien «hiciera lo que no debe».

Como hemos visto, una de las razones de la fama del Estado chino era que escogía a los funcionarios mediante un sistema de exámenes competitivos. La aspiración a la meritocracia ya estaba presente en la época de los Qin, pero se volvió más sistemática con los Song y quizá llegó a su zénit con los Qing. El examen constaba de tres niveles. En el inferior la gente intentaba obtener el título de licenciado. En 1700, quinientas mil personas obtuvieron este nivel más bajo. Dos veces cada tres años, varios miles de ellas obtenían un certificado que les permitía reunirse en la capital de su provincia para una prueba que duraba tres días y dos noches. Alrededor del 95 por ciento suspendía. Era mucho lo que estaba en juego.

Aprobar el examen provincial garantizaba un estatus permanente de élite e importantes exenciones fiscales y legales. Los miembros del funcionariado no podían ser detenidos, investigados o torturados sin el

permiso del emperador, y si eran hallados culpables, los castigos habituales infligidos a la gente corriente, como los golpes con bastones de bambú, el exilio o las ejecuciones eran conmutables por multas monetarias. También existía la posibilidad de conseguir un cargo de funcionario. Pero quedaba un peldaño más por ascender. En el año posterior al examen provincial, quienes lo habían superado se reunían en Pekín para el examen metropolitano. Sólo había trescientos puestos vacantes, y el 90 por ciento de los candidatos suspendía. Los trescientos ganadores eran nombrados personalmente por el emperador; los que habían obtenido una puntuación mayor eran elegidos para trabajar en los ministerios centrales, y los que tenían una inferior eran asignados como funcionarios subnacionales, por ejemplo magistrados. En el período Qing, había alrededor de mil trescientos condados, agrupados en ciento ochenta prefecturas, que a su vez se juntaban en dieciocho provincias, cada una con un gobernador. Cada condado tenía un magistrado, el brazo ejecutivo del Estado Qing en el condado. Como a finales del siglo XVII la población del imperio era de alrededor de trescientos millones de personas, esto significaba que de media un magistrado estaba a cargo de unas 230.000 personas. Los grandes condados podían tener fácilmente un millón de habitantes. Cada magistrado contaba con personal que trabajaba para él, pero no eran empleados del Estado: o bien les pagaba el magistrado con su propio estipendio o tenían que vivir de lo que los expertos en China traducen como «exprimir», lo que podían sacarle a la gente corriente. Con respecto a sus funciones judiciales, el magistrado era al mismo tiempo el detective, el fiscal, el juez y el jurado. Además, estaba a cargo de las obras públicas, la defensa y la policía.

¿Qué preguntas se hacían en estos difíciles exámenes para acceder al funcionariado? En 1669 los examinadores de Shantung preguntaron a los aspirantes del condado de Tancheng que valoraran y explicaran tres fragmentos de texto. De las *Analectas* de Confucio, «Quienes conocen la verdad» y «El maestro dijo: “El hombre nace para la integridad. Si un hombre pierde la integridad, y sin embargo sigue vivo, sólo ha escapado de la muerte gracias a la buena fortuna”. El maestro dijo: “Quienes conocen la verdad no son iguales que quienes la aman, y quienes la aman no son iguales que quienes se complacen con ella”». También tenían que

reflexionar sobre el hombre sincero: «¿Debe este individuo tener algún ser o cualquier cosa más allá de sí mismo de la que depender? Llámesele un hombre en su ideal, ¡qué sincero es! Llámesele un abismo, ¡qué profundo es! Llámesele cielo, ¡qué vasto es!». También había un pasaje de Mencio. Todos los estudiantes suspendieron. De hecho, ningún estudiante de Tancheng aprobó el examen entre 1646 y 1708.

Aunque el sistema de exámenes era competitivo, no ponía a prueba ni fomentaba ningún conocimiento técnico o, en realidad, ninguna habilidad que fuera relevante para la gestión de una burocracia o el gobierno del país. Los magistrados debían aplicar la ley sin ninguna formación legal y no había abogados privados ni profesionales del derecho. También se habían introducido en el sistema muchos elementos no meritocráticos. Hasta un tercio de los magistrados eran nombrados por recomendación de los gobernadores. Y lo que tal vez es más importante, todo el sistema estaba muy personalizado en el emperador, que podía nombrar, promover y degradar a la gente a voluntad. Como decía el propio Qianlong, «la evaluación y selección [de los altos funcionarios] nacerá cada día en Nuestro pecho».

En respuesta a la falta de ingresos fiscales que se inició en la década de 1680 con el emperador Kangxi, los Qing empezaron a vender masivamente certificados de aprobado de los exámenes, con lo cual, de hecho, estaban subastando la pertenencia a la élite. En 1800, se estimaba que había unos 350.000 poseedores de títulos comprados. Como el Estado Qing era incapaz de pagar a la gente debidamente, se desarrolló una orgía de corrupción que llegó a su punto culminante a finales del siglo XVIII durante el «reinado» de Heshen.

Nacido alrededor de 1750, Heshen era un mero guardia de palacio que en 1775 llamó la atención del emperador Qianlong. Supuestamente, el emperador vio en él a una concubina de la que había estado enamorado en su juventud. En seguida colmó a Heshen con veinte puestos burocráticos, entre ellos la presidencia del Consejo de Ingresos. Heshen no tardó en crear una inmensa red de corrupción, incorporando cargos que dependían de sus favores. También desarrolló poder de veto sobre todos los nombramientos del Estado. Exigía sobornos por todos los cargos y favorecía a las personas

que consideraba que le eran leales. En el transcurso de sus veinte años de mandato sobre el funcionariado chino, parece que socavó sistemáticamente el funcionamiento del Estado Qing en todos los niveles.[175] En cuanto murió el emperador Qianlong, su hijo, el emperador Jiaqing, hizo detener a Heshen y le obligó a suicidarse. Se le presentó una lista de veinte delitos,[176] entre ellos montar a caballo e ir en palanquín por la Ciudad Prohibida. Lo más condenatorio, sin embargo, era su acumulación de activos y posesiones, que incluían «20 pabellones y quioscos originales; 16 pabellones añadidos recientemente; una residencia principal con 13 secciones y 730 habitaciones; un ala residencial oriental con 7 secciones y 360 habitaciones; un ala residencial occidental con 7 secciones y 360 habitaciones; una nueva residencia de estilo Huizhou con 7 secciones y 620 habitaciones; una contaduría con 730 habitaciones; un jardín con 64 pabellones y quioscos; 800.000 *mu* [6 *mou* = 0,4 hectáreas] de tierra de cultivo». Además de todas estas propiedades, a Heshen se le encontraron casi 1.645 kilos de oro puro, 54.600 lingotes de plata, un millón y medio de cuerdas de *cash* de cobre, grandes cantidades de jade, ginseng, rubíes, 380 cucharitas de plata y 108 cuencos de plata para lavarse la boca. Heshen se convirtió en un símbolo del rápido declive del Estado Qing. Significativamente, con todo, aunque Heshen fue eliminado, el emperador Jiaqing no llevó a cabo una purga generalizada en el funcionariado. Ni se produjeron reformas serias en el Censorado, la institución que en teoría debía investigar a los magistrados y funcionarios de bajo rango. En la época Qing, esta institución estaba presente sólo en Pekín y apenas era capaz de supervisar un imperio tan grande. La falta de capacidad estatal y de servicios públicos prosiguió.

Al no existir ningún foro para ser expresado, el descontento alimentado por la corrupción y la ineficiencia del funcionariado, y por la naturaleza arbitraria del gobierno de los Qing, generó de nuevo rebeliones. Entre 1796 y 1804, la secta del Loto Blanco inició un gran levantamiento, organizado probablemente como respuesta a la arbitraria extorsión que era instigada por los colaboradores de Heshen en el Estado. En 1850 el imperio fue sacudido por la rebelión Taiping, tal vez iniciada por contrariados poseedores de certificados de examen que eran incapaces de encontrar

cargos oficiales debido a las prácticas corruptas. Eso devastó al país durante catorce años, causó la muerte de millones de personas e hizo que el Estado cayera en la bancarrota.

Una sociedad dependiente

El rasgo definitorio del despotismo es su capacidad para negar a la sociedad los medios para participar en la toma de decisiones políticas. Es exactamente lo que sucedió en China, donde cualquier elemento de participación popular en el gobierno fue aniquilado cuando surgió el Estado Qin. Nunca reapareció. ¿Tal vez la sociedad tenía otras maneras de controlar y conformar al Leviatán chino? La rebelión era sin duda una opción real, que creaba muchas preocupaciones a los emperadores chinos. Sin embargo, la amenaza de rebelión no era una presencia constante y no se traducía en una influencia sistemática en la toma de decisiones políticas. ¿Qué hay de las organizaciones sociales autónomas (lo que en ocasiones se denomina la «sociedad civil»), capaces de articular demandas y hacer sugerencias al Estado chino? ¿Existían esas organizaciones sociales en China, aunque no hubiera asambleas populares ni otros medios de control social institucionalizado sobre el gobierno?

Un lugar donde sería esperable ver esas organizaciones y movilizaciones sociales es la ciudad comercial de Hankou,[177] en el río Yangtsé, que ahora forma parte de Wuhan. A finales del siglo XVIII y durante el XIX, Hankou fue una metrópolis vibrante, repleta de mercaderes y artistas. En la ciudad empezaron a surgir gremios y otras asociaciones voluntarias. Los intereses comerciales más poderosos eran los de unos doscientos mercaderes de sal que escogían a su propio «mercader jefe». Se estableció una tasa sobre las transacciones de sal que se ponía en «dinero de caja» y se utilizaba para mitigar las hambrunas y pagar el coste de las milicias que protegían los negocios. Había también asociaciones de otros grupos de mercaderes. Esto podría considerarse el principio de una organización social autónoma.

Pero las apariencias pueden engañar, especialmente en Hankou. En esta sociedad había poca autonomía y poca solidaridad local. Todos los grupos de mercaderes tenían su origen en «asociaciones de lugares de origen» que procedían de distintas partes de China; los mercaderes de sal eran de Huizhou, mientras que los de té procedían de Cantón y Ningpo, y ni siquiera vivían en Hankou la mayor parte del año. El gremio del té era una rama de otro establecido en Shanghái. Estas asociaciones consistían en grupos de familias procedentes de regiones o ciudades específicas, que se agrupaban para compartir capital o información, y con frecuencia vivían juntas en vecindarios separados. Los distintos grupos establecían una cooperación limitada con los demás mercaderes y tenían poco interés en invertir en los servicios públicos y las organizaciones de Hankou. De hecho, una clara señal de la falta de solidaridad local era que los mercaderes de distintas partes de China, en lugar de trabajar juntos, se enzarzaban en conflictos constantes. En 1888 varios miembros de los gremios de Anhui y Hunan se enfrentaron por un embarcadero, y cuando el magistrado local determinó en favor del primero, el segundo atacó a los de Anhui. Las carreras anuales de barcos dragón se volvieron tan violentas, con los cantoneses peleándose con los de Hubei, que tuvieron que ser prohibidas. De modo que la naturaleza de la actividad mercantil hacía difícil que la sociedad local se organizara o desarrollara su propia identidad.

Más significativo que las disputas locales era la naturaleza del negocio más importante de la ciudad, la sal. No era el tipo de empresa en la que los aspirantes a empresarios compitieran para ampliar sus negocios. La sal era un monopolio estatal, y el poder y la riqueza de los mercaderes de sal era consecuencia de la concesión del Estado. Normalmente, el comerciante principal era un prometedor miembro de la burocracia imperial que había aprobado los niveles más bajos del examen para el funcionariado y debía su cargo a un nombramiento oficial. Esto hizo que los comerciantes de sal fueran cargos casi gubernamentales, y que los almacenes y mercados de sal fueran considerados parte del dominio público. Ni siquiera el dinero de caja estaba bajo el control colectivo de los mercaderes de sal, ni se utilizaba habitualmente para prestar servicios públicos a la ciudad o a los

comerciantes. Más bien, lo controlaba el principal comerciante y a menudo se utilizaba para contratar a amigos y parientes en la administración de la sal.[178]

En el siglo XIX, observamos la proliferación de nuevas clases de oficinas empresariales, entre ellas la Oficina Oficial del Ferry, la Oficina de Telégrafos y la Oficina Lijin (que estaba a cargo de los nuevos impuestos). Pero los nombramientos de estas oficinas eran supervisados por los funcionarios provinciales. Es notable la ausencia de cualquier descripción de actividades llevadas a cabo por las oficinas, los gremios o los mercaderes organizados para tratar de influir en los funcionarios locales o en el funcionamiento del Estado. Sin duda sucedía entre bambalinas, pero no era tolerado en público, lo que significaba que no existió como vehículo de participación popular en la elaboración de políticas. Después de 1863, el monopolio de la sal fue reorganizado y se permitió que unos seiscientos mercaderes compraran certificados para comerciar con la sal. Por lo tanto, el control oficial del comercio se volvió aún más intenso. Otros gremios se mostraron activos en el mantenimiento de calles, la apertura de carriles para bomberos y la construcción de puentes, pero esas acciones eran iniciadas por el Estado. En 1898, cuando se estableció una Cámara de Comercio en Hankou, fue debido a un edicto imperial. Nada de esto se parece al Swallowfield del capítulo anterior, donde fue la comunidad local la que instigó su propia organización, inició nuevos servicios públicos y demandó una mayor y mejor gobernanza del Estado.

En Europa, al menos desde el siglo XVII, los medios de comunicación libres desempeñaron un papel crucial en la organización de una sociedad activa y asertiva. Esto tampoco tuvo su equivalente en China. Parece que hasta la década de 1870 no hubo un periódico disponible en Hankou, el *Shenbao*. Pero el *Shenbao* era publicado en Shanghái por un inglés, Ernest Major, y aunque tenía noticias sobre Hankou, parece improbable que fuera una herramienta para crear una sociedad más movilizada.

De modo que, visto más de cerca, incluso cuando se podría esperar que surgiera una sociedad más autónoma y asertiva, observamos algo bastante distinto: una sociedad servil y dependiente del Estado.

Dependiente o no, quizá la sociedad china se benefició del poderoso control del Estado, puesto que esto relajó la jaula de normas y creó un espacio mayor para las libertades social y económica. Hemos visto cómo otras iniciativas para construir un Estado, como las de Mahoma y Shaka del capítulo 4, rompen normas sofocantes y alteran las alianzas basadas en el parentesco que se interponen en su camino, de modo que aligeran un poco la jaula de normas. Pero en el contexto chino, los grupos de parentesco parecen jugar un papel importante a pesar del despotismo del Estado. Por ejemplo, las asociaciones de lugares de origen estaban basadas en linajes. De hecho, el Estado alentaba y apoyaba éstas y otras relaciones de parentesco como parte de su estrategia para manejar a la sociedad.

Para ver la importancia del linaje en China,[179] vayamos a los Nuevos Territorios, la parte de la China continental contigua a Hong Kong. En 1955, esa región aún estaba gobernada por los británicos y el comisionado mandó un cuestionario para tratar de determinar cuándo se habían establecido en la aldea determinados apellidos y el número de generaciones transcurridas desde entonces. En la zona de Ping Shan se estudiaron treinta y cuatro aldeas. En veintisiete de ellas todas las personas tenían el mismo apellido: una podía citar una genealogía que se remontaba a 29 generaciones, otra a 28 generaciones, ocho a 27, una a 26, una a 25, dos a 23, dos a 22, y una, respectivamente, a 16, 15 y 14, etcétera. Pero esto no era lo más asombroso. De las ocho aldeas que podían remontar sus ancestros hasta 27 generaciones, siete llevaban el apellido Tang.

Tal vez se trataba simplemente de que a los Tang les gustaba salir con otros Tang (aunque ninguno de nosotros tenemos amigos de apellido Robinson o Acemoglu, ni vivimos cerca de nuestros parientes). No obstante, ésa no era la razón principal de esa homogeneidad. Se debía a que los Tang poseían colectivamente tierras de su linaje y tenían salas y templos dedicados a sus ancestros en los que honraban a sus antepasados Tang a través de rituales y ceremonias. En un condado de la provincia de Guangdong, cerca de los Nuevos Territorios, antes de la revolución comunista varios grupos del mismo linaje poseían el 60 por ciento del total de la tierra. En otro condado de Guangdong, la proporción era del 30 por ciento. Por lo tanto, los linajes no sólo eran un grupo de individuos, sino

que se organizaban de manera corporativa, y esas instituciones, sus salones y tierras, tienen una profunda historia en China. Los linajes imponían sus propias reglas y normas estrictas. Se hacían cargo de las disputas y los desacuerdos. A su vez, el Estado chino los fomentaba y alentaba porque se consideraban útiles para controlar a la sociedad y gestionar desacuerdos, sobre todo visto lo superficial que era el arraigo de los magistrados en el territorio y su limitada capacidad para gobernar la sociedad, resolver conflictos o proveer servicios básicos. A partir del Estado Song, el Estado chino se propuso delegar estas tareas en los grupos de linaje. Ya en 1064, los Song aprobaron un edicto fomentando la creación de propiedades de bien común, que eran la base de las tierras de linaje. Después, los linajes asumieron muchas funciones. Si te metías en una disputa, era mucho más probable que te reunieras con el anciano del linaje que con el magistrado del condado. Con frecuencia, sin embargo, estos ancianos no aparecieron de manera espontánea, sino que el Estado legisló su existencia. Una orden de 1726 estipuló:

> En las aldeas y las comunidades rurales amuralladas con linajes de más de cien o más miembros que habitan juntos [...] un *tsu-cheng* [jefe de linaje] se establece en cada linaje.

Los linajes, pues, estaban integrados en el Estado a nivel local. Los Ming desarrollaron las iniciativas de los Song, que propiciaron la construcción de salones dedicados a los ancestros y la institucionalización de las estructuras familiares. A cambio de proporcionar servicios equivalentes a los de un Estado, los linajes obtenían derechos y beneficios, como la oportunidad de participar en el monopolio de la sal. Los Tang eran los «señores del mercado» con derecho de monopolio para mantener un mercado en su área, y con derecho exclusivo a construir tiendas en la vecindad de un mercado. También disponían de su propia milicia.

Un revés de la fortuna china

La historia del despotismo estatal que hemos esbozado tuvo claras implicaciones no sólo para la libertad, sino para la economía china.[180] En comparación con el período de los Reinos combatientes, la aparición de un

Estado centralizado con capacidad para mantener el orden, hacer cumplir las leyes, subir los impuestos e invertir en infraestructuras probablemente tuvo importantes efectos positivos en la actividad económica y aseguró una fuente de crecimiento despótico. Pero las limitaciones de este crecimiento son evidentes. Como hemos visto, tras empezar con el modelo de agricultura pozo-campo, se produjeron intentos periódicos de regular y controlar la sociedad de una manera estricta, en los que el poder despótico del Estado eliminaba las oportunidades y los incentivos económicos para la mayoría de los chinos. Las dificultades económicas resultantes y el descontento desencadenaban entonces movimientos que se alejaban de la visión que tenía el señor Shang de una economía estrechamente controlada, y se acercaban al planteamiento confuciano, donde el control era más relajado y los impuestos más bajos. Aunque estas relajaciones mejoraban en cierto grado los incentivos privados, creaban un Estado que carecía de ingresos fiscales y de la capacidad de imponer las leyes, el orden y proporcionar los servicios públicos necesarios para que se llevaran a cabo inversiones privadas más importantes. A medida que estos distintos planteamientos económicos iban y venían, la suerte económica china mejoraba y empeoraba. Pero nunca iba más allá del crecimiento despótico. No había libertad, no había oportunidades generalizadas, había pocos incentivos. De modo que no habría revolución industrial ni despegue económico.

Las consecuencias del cambio de una fase de crecimiento despótico a otra son evidentes en el colapso de los Qin y la aparición de los Han. Resultan incluso más claras en la posterior transición entre los Estados Tang y Song. La rebelión An Lushan, en sí misma una obvia reacción al excesivo control del Estado Tang, destruyó el sistema equitativo de la tierra. Los onerosos servicios de trabajo obligatorio del Estado Tang ya no se podían imponer, y en seguida le siguió el declive de otros tipos de trabajo servil. El entramado de regulaciones del mercado se debilitó de una manera similar. El comercio se había limitado a determinados mercados, y los comerciantes habían sido activamente discriminados. El propio Estado llevaba a cabo todo el comercio de larga distancia y gestionaba mil granjas estatales. Todo este sistema se fue atrofiando poco a poco.

De esta destrucción no sólo surgió una organización de la sociedad más confuciana, sino una nueva economía de mercado más grande y una clase de crecimiento menos despótico. A medida que la rebelión An Lushan desplazaba a la población hacia el sur, la economía se concentró alrededor de los terrenos inundables alrededor del río Yangtsé. A esto le siguió un aumento de la inversión en la recuperación de tierras y la construcción de pólders, y una expansión del cultivo del arroz, además del té, que por primera vez se convirtió en una bebida común. También durante este período vemos la aparición de mercados nacionales para los bienes de lujo, como las sedas finas, la laca, la porcelana y el papel. Otros bienes, como los tejidos, se organizaban entonces alrededor de la producción para el mercado. El comercio no sólo tenía lugar en el interior de China. Creció enormemente el comercio ultramarino con Japón y con toda Asia del Sur. Los Song introdujeron el primer papel moneda del mundo, que facilitó una expansión del comercio que ya estaba en auge, y crearon el entorno que llevó a la invención de toda clase de tecnologías nuevas y fascinantes, como la imprenta de tipos móviles, la pólvora, el reloj de agua, el compás, los molinos de viento, la tecnología para fundir hierro, varios instrumentos astronómicos y una forma temprana de rueca. También se produjo una significativa mejora de la productividad agrícola, en parte debido a la irrigación generalizada. Con todo, estas tecnologías estaban motivadas por la demanda del Estado y se hallaban bajo su control. Los famosos relojes de agua eran construidos por y para funcionarios del Gobierno. Las innovaciones agrícolas y la irrigación eran proyectos del Estado, del mismo modo que los avances en la metalurgia.

Independientemente de sus fuentes, el aumento de la productividad agrícola fue más que suficiente para respaldar la duplicación de la población en la China Song, y la innovación y los mercados en desarrollo significaron que alrededor de 1090, cuando disponemos de información fiable, China tuviera el nivel de vida medio más alto del mundo, alrededor de un 16 por ciento superior al de Inglaterra. Este enorme logro de la dinastía Song muestra el poder potencial del crecimiento despótico, en especial en una era en la que la tecnología era simple comparada con los estándares modernos y podía ser guiada por el Estado. Mientras Europa

daba tumbos por el pasillo, y el Estado y la sociedad luchaban entre sí, China podía adelantarse porque el Estado despótico podía ordenar que se hicieran cosas que los nacientes leviatanes encadenados no podían hacer.

Pero no fue duradero. El crecimiento despótico nunca lo es. La dinastía Yuan que sucedió a la Song desvirtuó el funcionariado meritocrático, introdujo un sistema de empleo hereditario, dio marcha atrás en la expansión del comercio y la industria y, en términos generales, recortó las oportunidades y los incentivos económicos.[181] El retroceso se completó con el acceso de los Ming al poder, que establecieron su propia versión del sistema pozo-campo, prohibiciones marítimas y una tremenda inseguridad para todos los negocios privados. El comercio y la urbanización se contrajeron y los incentivos para innovar se desvanecieron. China empezó a quedar por detrás de Europa.

Un ejemplo esclarecedor de cómo los emperadores Ming reprimieron el desarrollo económico procede, una vez más, del comercio de la sal. El Gobierno empezó a vender el derecho al monopolio de la sal a cambio de transportar el grano a los soldados de las regiones fronterizas. Alguien obtenía el derecho a producir sal mandando grano para el Gobierno. Cuando el grano era entregado, el mercader recibía un certificado que debía canjear en la capital, Nanjing, para recibir otro certificado que le permitiera vender una determinada cantidad de sal. Algunos mercaderes empezaron a especializarse en trasladar el grano a la frontera y después vender los certificados de haber transportado el grano a otros que posteriormente vendían la sal. El precio de esos certificados fluctuaba, puesto que el Gobierno también concedía el derecho a vender sal a los miembros de la familia real, los eunucos del palacio y los altos funcionarios de la burocracia. En 1617 el emperador decidió eliminar los certificados, lo que hizo que los que estaban pendientes de canjear perdieran todo su valor y, en realidad, implicó la expropiación de los derechos de propiedad de quienes los tenían. Después vendió el monopolio del comercio de la sal a distintas casas mercantiles selectas. Se inició así un sistema que acabaría conociéndose como «supervisión del Gobierno, gestión del mercader», que en la práctica consistía en que algunos individuos bien relacionados ganaban dinero gracias a las concesiones del Gobierno. En 1832, el sistema

que habían establecido los Ming se cambió de nuevo, esta vez para atraer a los pequeños inversores. Pero como hemos visto antes, en 1863 en Hankou se volvió a alterar, lo que aumentó el control del Estado. La participación en el monopolio de la sal era un asunto arriesgado.

La transición de los Ming a los Qing dio lugar a un caos aún mayor, que incluyó la imposición de la prohibición marítima una vez más en 1662. Aunque la prohibición del comercio internacional se levantó en 1683, el comercio con los europeos se restringió de manera severa. A partir de 1757, los europeos sólo podían comerciar en Cantón y el derecho a comerciar con ellos se concedía a un monopolio llamado Cohong. Y no sólo funcionaba así el comercio internacional, las minas de cobre de Yunnan se organizaron del mismo modo.

Sin embargo, la transición de los Ming a los Qing parece haber llevado a un cierto renacimiento económico. Los Qing permitieron el comercio siempre y cuando se produjera bajo su control y se considerara beneficioso para el bienestar de la sociedad rural. Siguieron, al principio, proporcionando algunos servicios públicos básicos, muy en especial el «sistema de graneros siempre normal» para contrarrestar las hambrunas. Los Qing también relajaron lo que quedaba del sistema de empleo hereditario de los Ming en 1683 y abolieron el trabajo obligatorio y servil en 1720. Esta relajación llevó a otro período de comercio doméstico floreciente y al crecimiento de la población. Pero este renacimiento era todavía un crecimiento despótico, con todas sus limitaciones.

Había numerosas razones para que fuera así. La más obvia era que en China la historia de las actuaciones arbitrarias del Estado, por ejemplo en el caso del monopolio de la sal, todavía implicaba unos derechos de propiedad bastante inseguros y reducía los incentivos para la inversión o la innovación. En vista de la ausencia de cualquier limitación a los poderes del Leviatán chino, no había nada, exceptuando una completa rebelión, que pudiera impedir que el Estado expropiara el fruto del trabajo del pueblo, con la salvedad de los preceptos morales confucianos sobre «almacenar la riqueza entre el pueblo». Pero la historia de los Ming o los primeros Qing

mostró que incluso aunque el espíritu estuviera predispuesto, la carne con frecuencia era débil. Sólo los muy optimistas o los insensatos podían confiar en estas garantías morales en la China de los Ming y los Qing.

No se trataba únicamente de la falta de incentivos encarnada en unos derechos de propiedad inseguros. Una resistencia general, que empezaba en lo más alto de la jerarquía, hacia las actividades mercantiles, las nuevas tecnologías y la movilidad social bloqueaba la prosperidad económica. Como temían que la actividad económica, en especial la que se desarrollaba ajena a la supervisión del Estado, desestabilizara el *statu quo*, todas las dinastías chinas, y no sólo la Qing, desconfiaron del comercio y de la industria. Ésta fue una de las razones principales por la que las prohibiciones marítimas se volvían a imponer de manera periódica. Era también el motivo por el que las autoridades chinas eran reacias a las nuevas tecnologías. En la década de 1870, la empresa británica de Jardine, Matheson & Co. construyó la primera vía de ferrocarril de China, la línea Wusong, que unía el puerto de dicha localidad con Shanghái. Fue adquirida por el Gobierno de los Qing y debidamente destruida. Esta desconfianza, y con frecuencia hostilidad, hacia las nuevas tecnologías y las nuevas prácticas tuvo consecuencias significativas. En contraste, hemos visto en el capítulo anterior cómo las revoluciones industriales europeas y su drástica mejora de las condiciones de vida desde finales del siglo XVIII en adelante se basaron en la adopción de nuevas tecnologías.

Aún más importante fue la incapacidad o la indisposición del Estado Qing para construir la infraestructura necesaria para la actividad económica y unas instituciones económicas modernas. El componente civil del código legal Qing se centraba casi exclusivamente en la familia y no establecía directrices sobre los contratos comerciales. En su lugar, los Qing dejaban que los individuos escribieran los contratos que quisieran fuera de cualquier marco legal, quizá para que fueran los linajes quienes los hicieran cumplir (de nuevo la jaula de normas). Esto creó una maraña de contratos y acuerdos, y elementos cruciales como la responsabilidad limitada no aparecieron hasta principios del siglo XX. El Gobierno Qing ni siquiera imponía un sistema uniforme de pesos y medidas. De acuerdo con H. B. Morse, un canadiense que trabajó en la Aduana Marítima de China entre

1874 y 1908, los pesos y medidas variaban por localidad e incluso en un mismo lugar, y eran distintos en los diferentes negocios. El *dou*, por ejemplo, era una medida de capacidad pero, dependiendo de dónde te encontraras, variaba entre los 2,88 litros y 29,5 litros. Después estaba el pie, el *chi*, pero lo que eso significara dependía de si eras sastre o carpintero, y de dónde trabajaras. De acuerdo con Morse, un *chi* podía ser cualquier cosa entre 21,84 y 70,61 centímetros. La medida común de área, un *mou*, mostraba la misma variabilidad. Podía ser cualquier cosa entre 0,04 hectáreas y 0,9 hectáreas. Los gremios locales y las asociaciones empresariales adoptaban y reconocían distintos estándares, pero el Estado no hacía nada por sistematizarlos.

De manera más general, el Estado Qing, situado en el lado confuciano del péndulo Shang-Confucio, recaudaba pocos impuestos y era incapaz de proveer muchos de los servicios públicos necesarios para que florecieran las actividades económicas. El sistema legal era tan inadecuado, en parte, porque el Estado tenía un número muy pequeño de magistrados que se encargaban de la resolución de las disputas y los desacuerdos entre 450 millones de chinos. Con pocos recursos en posesión del Estado, no sólo la administración de justicia, sino también las infraestructuras y el célebre sistema de graneros empezaron a debilitarse.

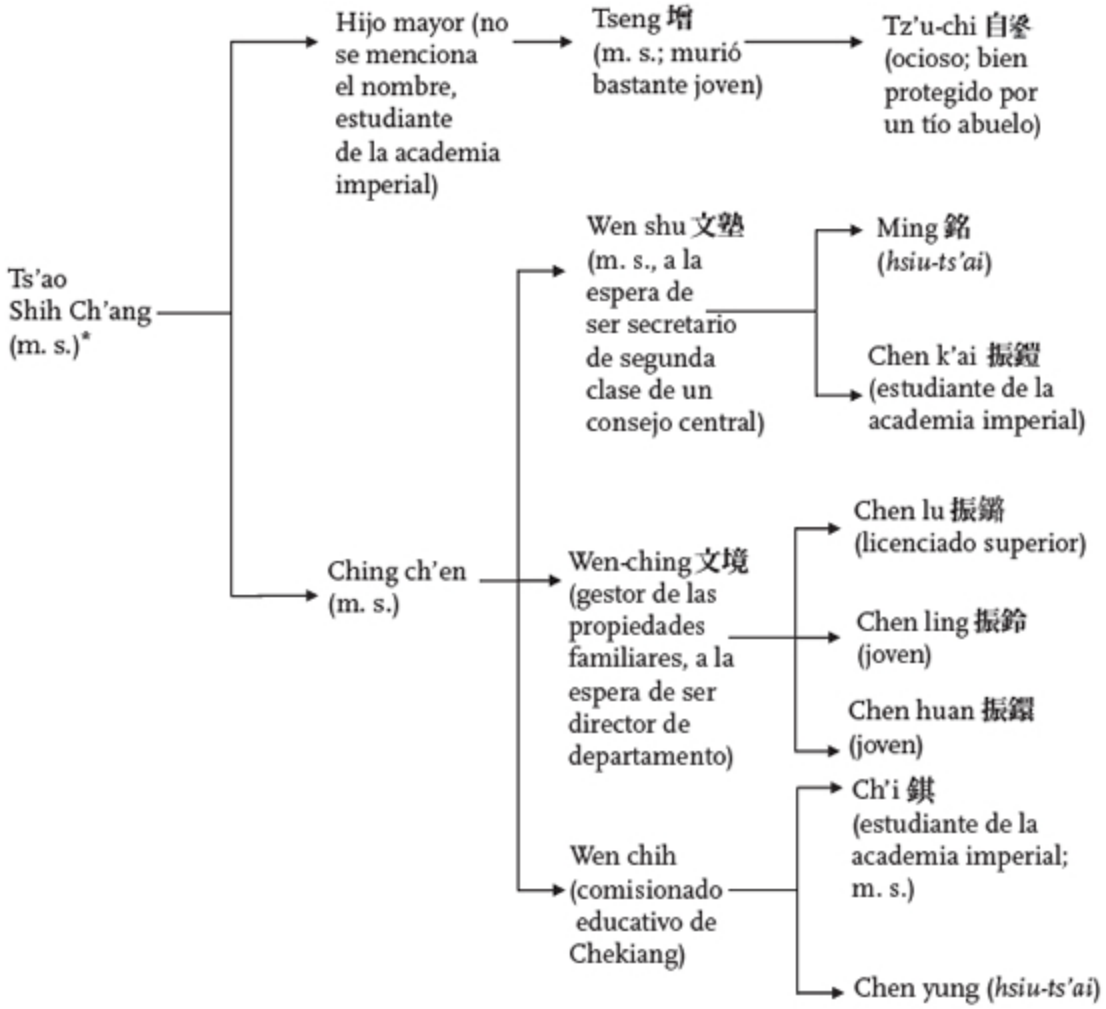
Todos estos problemas estaban arraigados en las deficiencias políticas básicas del sistema chino. El Estado Qing era despótico, incluso aunque decidiera seguir la impronta del señor Shang y no cobrar impuestos elevados. El despotismo significaba que la sociedad y la comunidad empresarial eran incapaces de hacer demandas e influir en las políticas del Estado, por ejemplo, en relación con un mejor cumplimiento de los contratos, unos derechos de propiedad más seguros y predecibles, mejores infraestructuras o el apoyo a la inversión y la innovación.

El contraste con la experiencia europea es, de nuevo, llamativo. En torno a esa misma época, la mayoría de los Estados europeos empezaron a desempeñar un papel crucial en la estandarización de medidas y la provisión de un marco legal para apoyar las relaciones económicas. Los ciudadanos europeos, además, estaban desarrollando con rapidez una voz en la política. Los británicos, por ejemplo, podían votar y pedir al Parlamento

que aprobara las leyes que ellos querían, y lo hacían con entusiasmo. En China, lo máximo a lo que podían aspirar los hombres de negocios era a tener los contactos adecuados, beneficiarse de los monopolios concedidos por el Estado y disfrutar de la seguridad que daban esas conexiones. Ésa fue una de las razones principales por las que las familias de mercaderes de la era Qing estuvieron tan dispuestas a sumarse al funcionariado.

La historia del mayor y más rico grupo de mercaderes del período Qing, una asociación ligada al lugar de origen de Anhui, ilustra bien estas presiones y maquinaciones. Los mercaderes de Anhui, que tenían sedes en Hankou, Suzhou y Yangzhou, comerciaban con sal, tejidos, té y otras mercancías varias a lo largo del río Yangtsé. Pero, como muestra de un patrón más general entre los principales mercaderes, sus familias raramente permanecían mucho tiempo en activo y preferían dedicar sus recursos a preparar a sus hijos para los exámenes del funcionariado. Una familia que ejemplificó este patrón fueron los Ts'ao en los siglos XVIII y XIX. Al inicio se centraron en el comercio de la sal, pero no tardaron en fusionar el negocio con la educación y la consecución de puestos en el gobierno. Ts'ao Shih-ch'ang, que inició la prosperidad de la familia, era un mercader de sal. Su hijo mayor se convirtió en un alumno de la academia imperial, mientras su otro hijo, Ching-Ch'en, permaneció en el comercio de la sal. En la siguiente generación, un hijo se dedicó al comercio de la sal, mientras que el resto de la descendencia de Ching-ch'en entró en el Gobierno. A principios del siglo XIX, sólo una rama de la familia seguía ligada a algún tipo de negocio. El resto tenía diplomas imperiales y se había integrado en la aristocracia y las élites estatales (como muestra el árbol genealógico de Ts'ao en el mapa 11). Esta transición era habitual. En Hankou, por ejemplo, los mercaderes de Anhui crearon lo que se convertiría en una famosa academia para preparar a sus hijos, o a los de otros, para los exámenes imperiales. Si esta academia hubiera ofrecido educación para trabajadores y hombres de negocios, habría sido útil para la actividad económica. Pero no se centraba en impartir conocimientos útiles, sino en preparar a los vástagos de las familias privilegiadas para el arcano examen del funcionariado. No careció de éxito: entre 1646 y 1802 las grandes familias de mercaderes de sal lograron que 208 de sus descendientes tuvieran éxito a nivel provincial y

139 más lograran introducirse en el nivel metropolitano. Por supuesto, si no lograban aprobar los exámenes, siempre podían comprar los cargos, y durante el mismo período 140 miembros de esas familias lo hicieron.



* m. s. es la abreviatura de «mercader de sal».

Mapa 11 De mercaderes de sal a funcionarios del Gobierno: la familia Ts'ao en el siglo XVIII.

¿Por qué los mercaderes de sal estaban tan dispuestos a abandonar el negocio y convertirse en funcionarios? La sal era rentable, como era de esperar de un monopolio estatal chino. Como era una fuente de ingresos tan importante para el Estado Qing, los mercaderes que tenían el monopolio recibían su justa recompensa, lo cual hace aún más sorprendente que esas familias estuvieran tan dispuestas a que sus hijos lo dejaran. ¿Podía ser por el prestigio de convertirse en parte de la burocracia china? La verdadera

razón era un tanto distinta. Ni siquiera el monopolio de la sal era seguro, puesto que el Estado podía volverse contra ti en cualquier momento, como hemos visto en el caso de los emperadores Ming. De modo que no era mala idea dejarlo mientras pudieras. Es más, tener a parte de la familia en la burocracia imperial significaba una mayor seguridad. Y durante este período la propia burocracia imperial no fue un mal negocio, como ilustra una novela de la época, *Los mandarines*, de Wu Jingzi.[182] En un pasaje, cuenta cómo un tal Fan Jin ha dedicado sin éxito su vida a intentar aprobar el examen más bajo de la jerarquía. A la edad de cincuenta y cuatro años, Fan Jin ha suspendido el examen más de veinte veces en el transcurso de treinta y cuatro años. Un nuevo comisionado de educación siente pena por él y decide aprobarle. Fan Jin puede ahora hacer el siguiente nivel de examen a nivel provincial. La reacción de sus parientes, sin embargo, es de incredulidad. Resuelto, Fan Jin decide hacer el examen, pero cuando vuelve a casa, su familia no ha comido durante dos días y tiene que ir al mercado a vender su único pollo para comprar arroz. Mientras está ahí, llegan a su casa varios heraldos a caballo para anunciar que ha aprobado el examen provincial. Inmediatamente es visitado por un miembro de la élite en la que ahora ha sido admitido:

> El señor Zhang descendió del palanquín y entró. Llevaba la caperuza de gasa de los mandarines, una túnica de color girasol, cinturón dorado y zapatos negros [...]. Tomó de su sirviente un paquete de plata y afirmó: «No he traído nada para mostrar mi respeto salvo estos cincuenta taels de plata, que os ruego que aceptéis. Vuestra honorable casa no es suficientemente buena para vos, y no será muy conveniente cuando tengáis muchos visitantes. Tengo una casa vacía en la calle mayor junto a la puerta oriental, que tiene tres patios con tres habitaciones en cada uno [...]. Permitidme que os la obsequie».

Los regalos para su familia siguen llegando:

> Mucha gente acudió a Fan Jin después de aquello y le regalaron presentes de la tierra y las tiendas; mientras algunas parejas pobres acudían a servirle a cambio de protección. En dos o tres meses tenía sirvientes y sirvientas, por no hablar de dinero y arroz [...]. Se mudó a la nueva casa y durante tres días entretuvo a sus invitados con banquetes y óperas.

Aprobar un examen como ése no sólo te hacía rico, te ponía por encima de la ley. Otra novela china del siglo XVIII, *Sueño en el pabellón rojo*, escrita por Cao Xueqinesto, ilustra bien este tema. El libro cuenta la

historia de un nuevo magistrado que hace frente a un caso de asesinato. Pero el asesino es un hombre poderoso de la comunidad, cuyo nombre aparece en el *Preservador de la vida de los mandarines*, el libro que contiene la lista de las familias ricas y poderosas de la zona. El magistrado tiene que soltarle, porque si eras rico o aprobabas el examen y te volvías alguien relevante en la comunidad, las leyes no se te aplicaban. Podías quedar impune de un asesinato.

El mandato de Marx

Hoy día China ya no es un imperio. El Estado imperial se vino abajo en 1912, y a un breve período de gobierno republicano le siguieron el reino de los señores de la guerra y el autocrático gobierno del Kuomintang. La guerra civil posterior terminó en 1949 con el triunfo de los comunistas liderados por Mao Tse-Tung. No habría más mandato del cielo. El legalismo del señor Shang y los preceptos morales de Confucio serían suplantados por la ideología comunista. Una ruptura con el pasado.

Con la salvedad de que no lo fue. Las continuidades fueron tan intensas como las diferencias. El mandato del cielo fue sustituido por el mandato de Marx. El rasgo definitorio del Estado chino desde los tiempos de los Qin había sido su abrumadora dominación de la sociedad. Eso no cambió. De hecho, empeoró bajo el gobierno del Partido Comunista a consecuencia de la insistencia de Mao en asegurar una mayor presencia del partido y el Estado en todo el país. A pesar de sus posturas despóticas, el Estado Qing estaba ausente en buena parte del país, y sobre todo en el campo. Al haber llegado al poder al frente de una revolución campesina, Mao intentó cambiar eso en seguida. Como hemos visto en el capítulo 1, cuando se produjo el Gran Salto Adelante, las organizaciones y los miembros del partido estaban en todas partes.

Lo que creó la continuidad con el período imperial fue la esencia del despotismo, la incapacidad de la sociedad para organizarse e influir en la elaboración de las políticas al margen de la jerarquía del Estado. Mao quería que el único medio para la participación política fuera el Partido Comunista, lo que en realidad significaba el control del Estado y la élite

política sobre los ciudadanos sin una influencia recíproca. Esto se volvió dolorosamente claro cuando, durante la Campaña de las Cien Flores y la Revolución Cultural, se produjeron llamamientos periódicos a la crítica de abajo arriba que después fueron violentamente aplastados. La sociedad no tenía voz bajo el comunismo.

La visión de la economía de Mao también revela una importante continuidad con los períodos anteriores, en especial con el modelo del señor Shang para la regulación y el control rígidos de la actividad económica. Bajo una pátina de ideología marxista, la colectivización de la agricultura intentó lo que el sistema pozo-campo había pretendido un milenio antes. Sus consecuencias fueron mucho peores. La colectivización agrícola, combinada con el fomento de la industria bajo el auspicio del Gran Salto Adelante, provocó hambrunas que llegaron a matar a treinta y seis millones de personas.

Tampoco las actitudes de Mao y del Partido Comunista hacia las empresas privadas fueron tan distintas de las del señor Shang, que las llamaba «gente artera y tramposa». De igual manera, Confucio afirmó que «el caballero entiende lo correcto, mientras que la persona mezquina sólo entiende el beneficio». Los mercaderes e industriales fueron tratados de una manera bastante parecida a como habían sido tratados durante el Estado imperial y hasta 2001 no se les permitió convertirse en miembros del partido. No fue hasta 2007 cuando se aprobó una ley sobre los derechos de propiedad privada para hacer que sus activos fueran más seguros.

Crecimiento bajo un liderazgo moral

Las cosas cambiaron en 1976, tras la muerte de Mao. Una amarga lucha en lo más alto de la jerarquía del Partido Comunista terminó en 1978 con la supremacía de Deng Xiaoping sobre el partido y el Estado. Deng inició una transformación radical de la economía que preparó el terreno para el posterior y grandísimo *boom* de la economía china. ¿Deberíamos ver una ruptura en esa transición?

Aunque sin duda hubo muchos elementos nuevos en la economía y la política de China después de 1978, y es crucial reconocerlos, también hay continuidades notables.[183] En la transición de Mao a Deng hay muchos elementos que se parecen a las transiciones de los Tang a los Song y de los Ming a los Qing, que previamente habían estimulado el crecimiento económico relajando el control del Estado sobre la economía y dando espacio de maniobra al mercado y las empresas privadas. Como en el caso de las transiciones anteriores, las transformaciones económicas se debieron a una combinación de estallidos espontáneos de la sociedad, que había estado sufriendo adversidades económicas, y la decisión de la élite de sustituir un control de la economía del tipo del señor Shang por un planteamiento más confuciano. Observamos lo anterior en la primera zona de China que experimentó un rápido crecimiento industrial en la década de 1980, Wenzhou, en la provincia de Zhejiang, al sur de Shanghái. Ya en 1977, antes de las reformas de Deng, el *People's Daily*, el periódico del Partido Comunista, se quejó de que había «un alarmante caso de restauración contrarrevolucionaria en Wenzhou». El periódico decía:[184]

> La colectivización se ha convertido en agricultura privada, ha aparecido el mercado negro, las empresas colectivas se han venido abajo y han sido sustituidas por fábricas clandestinas y mercados laborales clandestinos.

En realidad, las reformas rurales habían precedido de hecho a la liberalización de la agricultura de Deng Xiaoping en 1978. En 1986 Wenzhou recibió el estatus de «zona experimental»,[185] que le daba libertad respecto a «las actuales reglas y regulaciones, y las políticas de la nación». En ese momento, el 41 por ciento de la producción industrial ya se hallaba en el sector privado (frente al 1 por ciento de 1980). Alarmado por estos acontecimientos, el partido instruyó a los cuadros locales para que pusieran énfasis en el liderazgo comunista en asuntos económicos, y se restringieron la cobertura periodística y las visitas de fuera de la región. Si el Partido Comunista no podía parar lo que estaba pasando en Wenzhou, no quería que se retransmitiera. E intentó pararlo. Los cuadros locales intentaron activamente restringir el desarrollo del sector privado, por ejemplo con la campaña «antiburguesía liberal» de los años 1986-1987. Hubo que esperar a

1988 para que el Partido Comunista chino reconociera las empresas privadas de más de siete empleados. Antes, había mantenido la ficción de que toda la producción no estatal era obra de los «hogares». Cuando el Partido Comunista renunció a intentar controlar todos los aspectos de la economía, se produjo un enorme aumento del emprendimiento (en gran medida, ese control ya se había desvanecido durante la Revolución Cultural, lo que hizo que parte de la relajación posterior fuera inevitable). En 1990, Wenzhou creó su propia zona de procesamiento de exportaciones y construyó su propio aeropuerto. En este caso, en Wenzhou la verdadera iniciativa procedía de la sociedad, no del Estado.

Con todo, el elemento de arriba abajo definió más tarde la dirección de la economía china. De acuerdo con la visión de Deng, el poder político seguiría en manos del Partido Comunista, que se suponía que gobernaba de una forma más moral que bajo la dirección de Mao. De hecho, existe un paralelismo sorprendente entre el Partido Comunista meritocrático que aprovecha el mejor talento para gobernar el país y la burocracia imperial de los imperios previos que reclutaba a los mejores cerebros chinos. Bajo la tutela del partido, este sistema crearía suficiente espacio de maniobra para que floreciera la economía de mercado. En ciertos aspectos, funcionó de una manera extraordinaria. China se ha convertido en la segunda economía más grande del mundo, y su crecimiento espectacular, cuya media es del 8,5 por ciento desde 1978, es la envidia de todos los líderes del mundo.

También es innegable que las oportunidades y los incentivos económicos han mejorado. China se ha convertido en una sociedad emprendedora y varios de los fundadores y gestores de las corporaciones chinas de mayor éxito, entre ellos Jack Ma, de Alibaba, proceden de familias modestas en ciudades de provincias (nueve de los diez empresarios chinos más ricos provienen de ciudades provinciales, y sólo uno es oriundo de una de las seis ciudades más grandes, Pekín, Shanghái, Guangzhou, Shenzhen, Chongqing y Chengdu). De hecho, habría sido imposible que China consiguiera lo que ha logrado en las últimas cuatro décadas sin esa ampliación de las oportunidades y los incentivos. Sin embargo, sigue tratándose de un crecimiento despótico, auspiciado por el Estado y sujeto a su voluntad, y no se puede dar por sentado que el liderazgo moral del

Partido Comunista vaya a señalar siempre en la dirección del crecimiento económico continuado. Existe la posibilidad de que el poder sin cadenas sea utilizado indebidamente para obtener ganancias privadas y destruya el potencial del crecimiento económico. El cierre del mercado de Ziushui,[186] en Pekín, en 2004, ilustra cómo el uso del poder despótico para el beneficio privado puede socavar los incentivos. Se trataba de un próspero mercado al aire libre que se inició de manera espontánea en 1985, cuando el gobierno desreguló el comercio y los mercados. En 2004, se había convertido en uno de los espacios de comercio minorista con más actividad de la ciudad, con entre diez mil y veinte mil visitantes que realizaban transacciones por un valor aproximado de doce millones de dólares diarios. Ese año los funcionarios del gobierno local decidieron cerrar el mercado y recolocarlo en un nuevo espacio cubierto. El nuevo espacio lo construyó y lo controlaba un nuevo empresario con las conexiones políticas adecuadas, que luego procedió a subastar el privilegio de operar en el nuevo mercado. Una puja llegó a los 480.000 dólares. En realidad, de una manera no tan distinta a como los emperadores Ming hicieron con los mercaderes de sal, el Gobierno expropió los derechos de propiedad de los antiguos dueños de los puestos y se los transfirió a alguien completamente distinto. No es muy descabellado pensar que algunos de los beneficios se compartieron con gente del gobierno local.

Otro ejemplo reciente de factores políticos que bloquean la actividad económica son las Township Village Enterprises (TVE).[187] Las TVE fueron una innovación de la década de 1980 que, en esencia, eran empresas privadas, pero a menudo sus propietarios eran los gobiernos locales. La explicación preferida de los economistas sobre por qué esta organización tuvo tanto éxito es que, con las instituciones imperfectas de China, el establecimiento de una coalición con los funcionarios del gobierno local era una forma de que los emprendedores protegieran sus derechos de propiedad. A partir de la década de 1990, sin embargo, las TVE empezaron a disminuir y durante la década siguiente desaparecieron por completo. No parece que esto estuviera motivado por una transición natural hacia una economía más eficiente, sino que refleja el hecho de que los políticos nacionales decidieron favorecer a las grandes empresas propiedad del

Estado que no querían enfrentarse a la competencia de las TVE, que en gran parte eran rurales. Se ordenó a las TVE que se centraran en las áreas rurales y les denegaron el crédito. Las asfixiaron con decisiones políticas hasta hacerlas desaparecer. Éste es sólo un aspecto de un problema más general: en China, los derechos de propiedad aún se crean políticamente y no hay ni una judicatura independiente ni ninguna intención de aplicar las leyes de una manera igualitaria a las élites políticas, al igual que durante los períodos imperiales. Podría esperarse que el liderazgo moral del Politburó del Partido Comunista, o mejor, las conexiones con los funcionarios adecuados, no desaparecerán de manera demasiado abrupta. De modo que la forma de que un emprendedor mantenga sus derechos de propiedad es entrar en el Estado y permanecer en buenos términos con él, de la misma manera que los hombres de negocios hacían durante la dinastía Qing. Esto puede ayudar a explicar la enorme expansión del Partido Comunista en los últimos veinte años. Muchos hombres de negocios importantes, entre ellos Jack Ma, son miembros del partido.

Otro paralelismo con el pasado es que el Estado comunista sigue preocupado por las revueltas y la inestabilidad política. En 2005, cuando el descontento rural sacudió a las regiones agrícolas,[188] el Partido Comunista respondió aboliendo los impuestos sobre las tierras, un impulso similar al que llevó a los Qing a congelar el valor nominal de los impuestos sobre las tierras en 1713. Para el Estado Qing, la incapacidad de recaudar impuestos suficientes para proveer servicios públicos fue un problema importante. Hasta ahora, el rápido crecimiento económico ha solventado este problema y permitido al Estado chino construir una enorme cantidad de nuevas infraestructuras. Pero ¿qué pasará cuando el crecimiento económico se ralentice? El Partido Comunista ha construido su legitimidad en torno al crecimiento económico continuado y su liderazgo moral. A su líder actual, el presidente Xi, le gusta citar a Confucio y compararse con la estrella polar. Pero las cosas pueden cambiar, en especial si desaparece el respeto que Xi y el liderazgo chino esperan. No es una posibilidad remota que el crecimiento económico y la transformación social asociada a él puedan llegar a ser percibidos como políticamente desestabilizadores y el partido se vuelva contra el cambio económico por considerarlo políticamente amenazador.

Por ejemplo, después de las protestas en la plaza de Tiananmén de 1989, casi se revertió el programa de reformas de Deng Xiaoping, porque las élites comunistas culparon de ellas a las reformas económicas y los cambios sociales que indujeron el movimiento en favor de la democracia.

Por supuesto, uno podría esperar que China, en última instancia, hará la transición hacia una sociedad con menos ansiedad por el crecimiento y el orden, más libertad y una mayor seguridad. Un argumento famoso en las ciencias sociales, llamado en ocasiones la «teoría de la modernización»,[189] sostiene que a medida que una nación se hace rica, se vuelve más libre y más democrática. ¿Podemos esperar una transformación así en China? Es improbable. Casi dos milenios y medio de viaje por el camino despótico, lejos del pasillo, significan que es poco probable que cualquier cambio de dirección sea fluido y es muy posible que en China cualquier esperanza de un «fin de la historia» rápido siga siendo una fantasía. (En otros países las evidencias tampoco apoyan la premisa optimista de la teoría de la modernización.)

Si la modernización no trae de manera automática la libertad, ¿podemos esperar que el modelo forjado por el Partido Comunista chino asegure la innovación vibrante en una economía organizada de acuerdo con líneas despóticas? ¿Puede promover la innovación sin libertad? ¿Puede destinar recursos a áreas como la inteligencia artificial para obtener una ventaja innovadora? Las evidencias históricas sugieren que la respuesta es negativa, al menos por lo que respecta a la innovación diversa y continuada. La ausencia de una sociedad autónoma y de oportunidades e incentivos generalizados no significa que no vaya a haber crecimiento: China ha logrado un crecimiento rápido, aunque haya estado motivado por la inversión y la industrialización basadas en tecnología existente. No significa que la innovación y el progreso tecnológico no vayan a producirse, como demuestran los éxitos tempranos de la experiencia de China durante la dinastía Song y la Unión Soviética. La Unión Soviética no sólo produjo algunos de los mejores matemáticos y físicos del mundo, sino que hizo importantes avances tecnológicos en un buen número de áreas, para empezar en la tecnología militar y la carrera espacial. En la actualidad, incluso Corea del Norte, a pesar de su control sobre la economía y la

sociedad más parecido al modelo de Shang Yang, ha logrado producir armas avanzadas. Pero en todos estos casos los éxitos se producen en respuesta a las demandas del Gobierno y a la confrontación de problemas bien asentados en áreas limitadas (y no en pequeña medida, transfiriendo y copiando avances existentes en otras partes). La innovación diversa y continuada en una amplia gama de ámbitos, esencial para el crecimiento futuro, no depende de solventar problemas existentes, sino de imaginar los nuevos. Eso requiere autonomía y experimentación. Puedes proporcionar enormes cantidades de recursos (y datos para aplicaciones de inteligencia artificial), puedes ordenar que los individuos trabajen mucho, pero no les puedes ordenar que sean creativos. La creatividad es el ingrediente clave para la innovación sostenida y depende de manera crucial de que un gran número de individuos experimenten, piensen por sí mismos y de maneras distintas, rompan las reglas, unas veces fracasen y otras tengan éxito, que es exactamente lo que hemos visto en los capítulos 5 y 6 entre la gente ajetreada, desordenada y socialmente móvil de las ciudades-Estado italianas y los emprendedores de la Revolución Industrial. Pero ¿cómo se puede replicar eso sin libertad? ¿Y si te cruzas en el camino de alguien poderoso o vas contra las ideas sancionadas por el partido? ¿Y si rompes las reglas? Mejor no experimentar.

De hecho, fue exactamente esta clase de innovación basada en la experimentación, que asume riesgos y rompe las reglas, lo que se le escapó a los planeadores soviéticos durante setenta años, y la economía china tampoco la ha descubierto todavía. Se pueden destinar recursos a patentes, universidades, nuevas tecnologías, e incluso crear grandes recompensas para el éxito (para algunos científicos soviéticos, la recompensa era seguir con vida). Pero no es suficiente si no puedes replicar la naturaleza inquieta, desordenada y desobediente de la verdadera experimentación, y ninguna sociedad fuera del pasillo ha logrado hacerlo hasta ahora.

No es probable que el crecimiento chino se extinga en los próximos años. Pero como otros episodios de crecimiento despótico, su reto existencial está en desatar la experimentación a gran escala, la asunción de riesgos y la innovación. Como todos los ejemplos previos de crecimiento despótico, es improbable que lo logre.

La libertad con características chinas

La libertad no nace fácilmente bajo el despotismo. No es distinto en la China actual. Mientras que Hong Kong y Taiwán, tan cercanas a China y cortadas por el mismo patrón cultural, han creado sociedades que han demostrado tener una poderosa exigencia de libertad, China ha ido en una dirección diferente. Al mismo tiempo que escribimos esto, el Gobierno chino prueba su «sistema de crédito social». Cada ciudadano chino será monitorizado y se le dará una puntuación de crédito social. El control se ejerce sobre las actividades en línea, pero el Gobierno también está colocando doscientos millones de cámaras de reconocimiento facial en todo el país, como ilustra la imagen de la plaza de Tiananmén, en el corazón de Pekín, del encarte de fotos. En su novela distópica *1984*, George Orwell escribió una frase que se haría célebre: «El Gran Hermano está observando». Tecnológicamente, en 1949 eso era un sueño (o una pesadilla). Ya no lo es. Si una persona tiene las mejores puntuaciones en crédito social recibirá un trato especial en hoteles y aeropuertos, le será más fácil conseguir créditos bancarios y tendrá acceso preferencial a las universidades de élite y los trabajos muy cualificados. Como dice la propaganda:

> Permitirá a los dignos de confianza deambular libremente bajo el cielo mientras que dificultará a quienes merezcan descrédito dar un simple paso.

Pero ¿con qué grado de libertad? Comprar alcohol en el supermercado: mala idea, pierdes unos cuantos puntos. También se restarán puntos si un pariente o un amigo hace algo que no gusta a las autoridades. Con quién sales o te casas también influirá en tu puntuación. Si tomas una decisión que al Partido Comunista no le gusta, te quedarás aislado de la sociedad, no podrás viajar, alquilar un coche o un piso, o incluso conseguir un trabajo. Todo esto suena como una jaula, no creada por normas, sino por el ojo vigilante del Estado.

Una clara aplicación de la mentalidad del crédito social y de lo que significa para la libertad se puede observar en el oeste de China, en Xinjiang, el hogar de millones de musulmanes uigur. Los uigures se han

enfrentado a una discriminación constante, a la represión y encarcelamientos en masa, así como al uso más intensivo de las técnicas de vigilancia del Estado.[190] Ahora tienen que tolerar «grandes hermanos y hermanas» en sus casas, que monitorean cada una de sus palabras y acciones. La primera oleada de estos monitores sociales se instaló en 2014, cuando alrededor de 200.000 miembros del Partido Comunista fueron enviados a Xinjiang para «visitar al pueblo, beneficiar al pueblo y unir los corazones del pueblo», aunque fueran tan bienvenidos por los uigures como lo fueron los habitantes de las ciudades que Mao envió al campo durante la Revolución Cultural. En 2016, en una segunda oleada se enviaron 110.000 monitores como vanguardia de la campaña «Unidos como una familia», que los colocó en las casas de los uigures cuyos parientes habían sido encarcelados o ejecutados por la policía. Una tercera oleada de un millón de cuadros se envió en 2017. Por las mañanas, los hermanos y las hermanas cantan juntos delante de la sede local del Partido Comunista chino y acuden atentamente a sesiones de información sobre la visión que tiene el presidente Xi de una «nueva China».

Los uigures son constantemente observados para comprobar su lealtad. ¿Hablan bien chino? ¿Existe alguna señal de una esterilla de oración o de que se arrodillen hacia La Meca? ¿Acaso he oído un saludo islámico (como *as-salamu alaikum*)? ¿Tienen un ejemplar del Corán? ¿Qué pasa durante el Ramadán?

Para la mayoría, la libertad con características chinas no es en absoluto libertad.

Capítulo 8

La Reina Roja rota

Una historia de odio

En 2007 Manoj y Babli cometieron una terrible equivocación: se enamoraron.[191] Eran de Karoran, una pequeña aldea del estado de Haryana, en el noroeste de la India. Manoj había dejado la escuela y conseguido un trabajo como aprendiz en una tienda de reparaciones de aparatos electrónicos. Babli iba a la escuela para chicas local, al otro lado de la carretera. Se conocieron en la tienda, y no fue un amor a primera vista, fue poco después. Ella llevó a arreglar su teléfono móvil, que funcionaba a la perfección, y cuando él le preguntó, ella respondió, «por supuesto que no le pasa nada. Sólo quería verte otra vez».

Manoj y Babli eran de la misma casta o *jati*.[192] Ambos eran jats de Banwala. Los jats son lo que en India se conoce como «otra clase atrasada». Esto en sí no era un problema. De hecho, en el sistema de castas indio existen reglas estrictas de endogamia, lo que significa que la gente tiene que casarse con alguien de su casta. Pero dentro de una casta hay más restricciones y el problema grave era que Manoj y Babli pertenecían a la misma *gotra* o clan. Un clan es un grupo de parentesco. De acuerdo con la ley india, no había ninguna razón legal por la que Manoj y Babli no pudieran casarse, pero en ese país hay cosas más poderosas que la ley.

Cuando decidieron fugarse y casarse, Manoj y Babli violaron una regla del sistema de castas tan antigua que, de hecho, se estableció en el famoso tratado sobre el arte de gobernar, el *Arthashastra*, escrito por Kautilya[193] en algún momento alrededor del año 324 a. C.. Kautilya era un estratega y consejero de Chandragupta Maurya, el gobernador que creó el primer gran imperio Maurya, que abarcaba el norte de India. En una parte que describe

las diferentes obligaciones y responsabilidades de las distintas castas, Kautilya estipula que «las obligaciones de un padre de familia son: ganarse el sustento mediante el ejercicio de su profesión; casarse con una mujer de la misma *varna* pero no de la misma *gotra*».

Con *varna*, Kautilya se refiere a una de las cuatro grandes distinciones sociales que dividen a la población india: brahmanes, chatrias, vaishyas y shudras. Son cuatro subgrupos diferenciados en los que se divide a la mayoría de los indios, y esta identidad se pasa de padres a hijos. Kautilya también era muy claro sobre lo que se suponía que debían hacer las diferentes *varnas*:

> Las obligaciones de los brahmanes son: estudiar, enseñar, cumplir los rituales que les son prescritos, oficiar en los rituales de otras personas, dar y recibir regalos.
> Las obligaciones de los chatrias son: estudiar, cumplir los rituales que les son prescritos, vivir de [la profesión de] las armas y proteger cualquier vida.
> Las obligaciones de los vaishyas son: estudiar, cumplir los rituales prescritos, la agricultura, la cría de ganado y el comercio.
> Las obligaciones de los shudras son: el servicio a los nacidos dos veces [es decir, a las tres *varnas* superiores] [o] una actividad económica [como la agricultura, la cría de ganado y el comercio], la profesión de artesano [o] artista [como actor o cantante].

Sólo los primeros tres eran «nacidos dos veces» y estaban legitimados para tomar parte en determinadas ceremonias religiosas. En el nivel inferior de esta jerarquía estaban los shudras, cuyo destino era servir a las *varnas* superiores y asumir tareas de baja categoría, como ser artista. Es posible que en origen los shudras estuvieran compuestos por pueblos que los indoarios conquistaron cuando en un pasado lejano migraron a India y se integraron en su sociedad. En lo más alto estaban los brahmanes, la *varna* sacerdotal especializada en la educación, así como en las ceremonias religiosas. Luego iban los chatrias, que eran sobre todo guerreros y soldados, y tras ellos los vaishyas, que se dedicaban al comercio, las manufacturas y la agricultura. Fuera de este sistema, y muy al final de la jerarquía social, se encontraban las personas históricamente conocidas como los «intocables» o dalits, a las que ahora se menciona, de manera más formal, como pertenecientes a las castas registradas y tribus registradas.

Los *jatis*, que se hallan dentro de las *varnas*, son los grupos que con mayor propiedad se llaman castas. Los jats son un *jati*. Resulta útil pensar que el sistema de castas está compuesto de estos *jatis*, de los que en India hay alrededor de tres mil, con cada *jati* integrado en una de las *varnas*. Así pues, los jats de Banwala a los que pertenecían Manoj y Babli eran miembros del *jati* de los jat, que a su vez eran parte de los shudras, que ahora se consideran parte de, según una terminología más moderna las «otras clases atrasadas».

Esta organización social histórica no es única de la India. Como hemos visto, la Inglaterra medieval también fue una sociedad de «órdenes», y los historiadores a menudo hacen una distinción tripartita entre quienes rezaban, quienes luchaban y quienes trabajaban.[194] De manera aproximada, esto se corresponde con los brahmanes, los chatrias y los vaishyas/shudras. La gente también adoptaba el nombre de su trabajo que, como veremos, es una parte clave del sistema de castas indio. Si en la Inglaterra del siglo XIII te dedicabas a la forja, posiblemente te apellidabas Smith (herrero); si hacías barriles, eras Cooper (tonelero); si hacías pan, eras Baker (panadero). Era probable que el hijo de un Smith también fuera herrero. El historiador británico Richard Britnell[195] utilizó datos sobre apellidos para desarrollar indicadores de en qué medida la Inglaterra medieval era diversa económicamente. No tenía datos reales sobre la economía, sólo datos de nombres de personas procedentes de registros de impuestos, pero resultó ser lo mismo. Si conocías los apellidos de la gente, sabías cuál era su ocupación económica, y en consecuencia sabías cómo se organizaba la economía. Estos nombres han perdurado en el tiempo, pero como vimos en el capítulo 6, su vínculo con la ocupación se ha debilitado con los cambios sociales y económicos. Una de las razones de la ruptura entre el apellido y la ocupación es que esta relación nunca se institucionalizó de la misma manera que en la India. En concreto, nunca se integró en la religión y en la naturaleza del Estado.

En la India, el hecho de que una norma registrada por Kautilya hace casi dos mil quinientos años se imponga todavía hoy ilustra claramente la persistencia de las identidades y las normas de las castas. Pero ¿cómo se imponen? Manoj y Babli tuvieron que presentarse ante un tribunal en

Kaithal porque la familia de Babli acusó a Manoj de haberla secuestrado. Tuvieron que atestiguar que estaban legalmente casados y no se había producido ningún secuestro. Para sorpresa de Babli, aparecieron su hermano Suresh y su primo Gurdev. ¿Cómo sabían que iba a tener lugar la vista judicial? También estaban allí otros dos primos. Con todo, Manoj y Babli habían previsto que podían tener problemas, de modo que, como les sugirió su abogado, habían pedido al tribunal protección policial. Después de la vista judicial, la policía los llevó en coche hasta el autobús para regresar a Chandigarh, donde se habían casado y se escondían de los familiares que los censuraban. Bajaron del coche en la parada de autobús de Pehowa para coger el autobús a Chandigarh. Sus familiares los habían seguido. Al parecer la policía reconocía el problema. Enviaron a dos agentes con Manoj y Babli en el autobús, para asegurarse de que no pasara nada. Dos primos subieron al autobús. Otros iban en un coche. El autobús partió, pero cuando llegó a la ciudad de Pipli, los dos policías dijeron que ése era el límite de su jurisdicción y tenían que irse. Manoj y Babli estaban solos. En su desesperación, se cambiaron a un autobús con destino a Delhi; sus primos los siguieron. En un área de peaje, poco antes de la ciudad de Karnal, un todoterreno Mahindra Scorpio plateado viró frente al autobús y lo bloqueó. Manoj y Babli fueron obligados a salir de sus asientos y entrar en el Escorpio. Desaparecieron y nunca más se les volvió a ver con vida. Sus cuerpos, hinchados y mutilados, con los pies atados, fueron sacados del canal de Balsamand Minor.

Aunque podría pensarse que Manoj y Babli eran las víctimas, el consejo de castas local decidió excluir socialmente a la familia de Manoj. En el pueblo, no se permitía que nadie hablara con ellos o les vendiera algo. Si alguien rompía esta regla, sería multado con veinticinco mil rupias (unos trescientos cincuenta dólares) y excluido del resto de la aldea.

India en la jaula de normas

En la evolución del Estado indio y de su sociedad, la jaula de normas es el elemento fundamental. Mientras en Atenas y Europa la Reina Roja no sólo generó el desarrollo del Estado y la sociedad, sino que en el mismo proceso

empezó a relajar la jaula de normas, en India no sucedió lo mismo. La consolidación del sistema de castas y el sometimiento del Estado a su rígida jerarquía fragmentó la sociedad e hizo que se volviera contra sí misma.

La sociedad nunca es una entidad monolítica, y sus conflictos internos y las desigualdades que éstos generan desempeñan un papel central en la política de una nación. La Reina Roja reconfigura estas divisiones mediante la competencia y la cooperación entre el Estado y la sociedad como vimos, por ejemplo, a finales del siglo XVIII en el Reino Unido, donde la expansión de la capacidad del Estado indujo a la sociedad a desarrollar nuevas identidades, nuevas organizaciones y demandas más generales. Por el contrario, la fragmentación y las divisiones que fomentó el sistema de castas significó que nada de esto pudo suceder en la India; la sociedad no pudo organizarse y controlar al Estado, y no hubo dinámicas de la Reina Roja que reconfiguraran las identidades de la sociedad, incluso aunque la península, como en Europa, tuviera una larga historia de participación popular en el gobierno. En su lugar, como la participación política se basaba en las castas, y el propio Estado apoyaba y era protegido por el sistema de castas, las identidades basadas en castas se reafirmaron de manera repetida, con consecuencias espantosas para la libertad.

El sistema de castas explica la falta de libertad en la India, pero también ayuda a explicar la pobreza del país. El hecho de que el estatus heredado deje atrapadas a las personas en una ocupación, supone un enorme impedimento para la movilidad social y la innovación. Pero esto es sólo el extremo visible de las oportunidades y los incentivos enormemente desiguales que genera un sistema basado en una jerarquía social rígida y una dominación que llegan a cualquier rincón de la sociedad. A pesar de que la India es una democracia desde el 26 de enero de 1950 y de que «liberalizó» su economía en la década de 1990, la dominación de las castas y la gama de normas restrictivas, divisivas y jerárquicas han perdurado y engendrado un Estado carente de capacidad real o de demasiado interés en ayudar a sus ciudadanos más pobres.

Para entender esto mejor, comencemos por el final de la jerarquía de castas, con los dalits.

La gente rota

¿Qué significa exactamente dalit? La palabra no aparece en el tratado de Kautilya, sus orígenes son mucho más recientes. A los dalits se les solía llamar los intocables. El gran estadista indio B. R. Ambedkar, que después de la independencia de 1948 ayudó a redactar la primera versión de la Constitución india, acuñó el término *dalits*. Significa, literalmente, «gente rota». Pero ¿de dónde vienen los intocables?

La intocabilidad significa lo que dice la palabra: no se te puede tocar. Para una persona de casta superior, tocar a un dalit provoca una «contaminación» que sólo puede eliminarse a través de una limpieza ritual. Como dijo un trabajador dalit entrevistado en 1998 por Human Rights Watch en el distrito de Ahmedabad, en Guyarat:

> Cuando estamos trabajando, nos piden que no nos acerquemos a ellos. En las cantinas de té, tienen vasos de té separados y nos obligan a limpiarlos y nos obligan a apartar los platos. No podemos entrar en los templos. No podemos usar los grifos de agua de las castas superiores. Tenemos que desplazarnos un kilómetro para conseguir agua [...]. Cuando requerimos nuestros derechos del Gobierno, los funcionarios municipales amenazan con despedirnos. Así que no decimos nada. Esto es lo que le sucede a las personas que reclaman sus derechos.

No se trata únicamente de una cuestión de contacto físico. Si un dalit proyecta una sombra sobre un brahmán, será necesaria una limpieza ritual. Los dalits no deben llevar zapatos en presencia de los «nacidos dos veces». A Ambedkar, que también era dalit, no le gustaba la idea de la intocabilidad y se aseguró de que la Constitución india la prohibía. El artículo 17, «La abolición de la intocabilidad», declara de manera inequívoca:

> La intocabilidad queda abolida y su práctica en cualquier forma está prohibida. La imposición de cualquier desventaja que surja de la intocabilidad será un delito punible de acuerdo con la ley.

Aun así se estima que en la actualidad puede haber hasta doscientos millones de dalits en la India. ¿Cómo es eso posible?

La declaración más famosa de Ambedkar acerca de la intocabilidad proviene de una conferencia que preparó en 1936. Nunca la dio, porque cuando hizo circular su borrador, se consideró tan escandaloso que en

seguida se le retiró la invitación. La publicó por su cuenta y la tituló «La aniquilación de la casta». Ambedkar sabía de lo que estaba hablando; cuando era niño se le había permitido ir a una escuela para «tocables», pero tenía que sentarse en un saco, apartado del resto de los niños, para no contaminarles el suelo. No podía beber en todo el día, porque el único grifo que había era para las castas más altas. Ambedkar empieza describiendo cómo era ser intocable:[196]

> Al intocable no se le permitía usar la calle pública si aparecía un hindú, para que no contaminara al hindú con su sombra. Al intocable se le exigía que tuviera un cordón negro, bien en la muñeca o alrededor del cuello, como señal o marca para prevenir que los hindúes se contaminaran al tocarlo por equivocación. En Pune [...] al intocable se le exigía llevar, atada a la cintura, una escoba para barrer a su paso el polvo que pisaba, para que un hindú que caminara por el mismo polvo no se contaminara. En Pune, al intocable se le exigía que llevara una olla de barro colgada del cuello allí donde fuera, para recoger sus esputos, para que su saliva caída en el suelo no contaminara a un hindú que, sin saberlo, pudiera pisarla.

Pero la intención de Ambedkar no era sólo abolir la intocabilidad. Ambedkar quería echar abajo todo el sistema de castas porque entendió sus diversos efectos perniciosos. Lo atacó desde un punto de vista económico. Para él no tenía sentido (y tampoco lo tiene para nosotros) que las castas, *varnas* y *jatis* tuvieran ocupaciones específicas. Por supuesto, él sabía que esto se basaba en la dominación y era una fuente decisiva de falta de libertad. Pero lo que era incluso más importante, comprendió que las castas hacían que la sociedad se volviera contra sí misma y permaneciera dividida y desorganizada. Escribió que

> el sistema de castas no es sólo una división del trabajo. Es también una división de los trabajadores. Una sociedad civilizada sin duda necesita que exista una división del trabajo. Pero en una sociedad no civilizada esa división del trabajo viene acompañada de esta división antinatural de los trabajadores en compartimentos estancos. El sistema de castas [...] es una jerarquía en la que la división de los trabajadores clasifica a unos por encima de otros [...]. En cierto aspecto, divide a los hombres en comunidades separadas. En un segundo aspecto, sitúa a estas comunidades en un orden jerarquizado, unas por encima de otras en estatus social.

En otras ocasiones, utilizaba una metáfora distinta, cuando asociaba el sistema de castas con «una torre de muchos pisos sin escalera y sin entrada. Todos se ven obligados a morir en el piso en que nacieron».[197] La división del trabajo creada por el sistema de castas es irracional desde un punto de

vista económico porque «supone un intento de asignar tareas a los individuos de antemano; seleccionadas no en base a su capacidad original y cualificación, sino al estatus social de los padres». No se podía construir una economía moderna basándose en el «dogma de la predestinación», y cualquier intento de hacerlo sería como tratar de construir «un palacio en un montón de estiércol».

Ambedkar también fue muy claro acerca de las terribles consecuencias que tenía el sistema de castas para la libertad y la política. Una sociedad de castas no sólo estaba esencialmente alejada de la libertad, sino que Ambedkar subrayaba que las castas creaban una sociedad muy fragmentada, desorganizada y débil. «Las castas [...] han desorganizado y desmoralizado por completo a los hindúes», escribió, y eso se debía a que «la sociedad hindú como tal no existe. Es sólo un grupo de castas». Excepto cuando deben unirse frente a un enemigo exterior, «cada casta procura separarse y diferenciarse de las demás [...] el ideal hindú debe ser como una rata que vive en su agujero y evita tener cualquier contacto con las demás [...]. Por lo tanto, los hindúes no son una mera mezcla de castas, sino muchos grupos en conflicto, cada uno viviendo para sí mismo y para su ideal egoísta». El papel abrumador de las castas en la identidad de las personas es la razón por la que «no se puede decir que los hindúes formen una sociedad». En esencia, esto es debido a que

> la responsabilidad del hindú es sólo con su casta. Su lealtad se limita sólo a su casta. La virtud ha pasado a estar determinada por la casta y la moralidad ha pasado a estar vinculada a la casta [...]. Hay caridad, pero empieza en la casta y termina en la casta. Existe solidaridad, pero no con los hombres de las demás castas.

¿Qué sucede con la naturaleza iliberal de la sociedad de castas? Quizá sea obvia, dada las limitaciones a la ocupación, la forma de vida, la residencia y muchas otras cosas que van asociadas a la casta. Pero Ambedkar se refería a algo más importante: el sistema de castas sólo podía mantenerse mediante la dominación y la amenaza de violencia. Señala que en el *Ramayana*, la gran epopeya hindú, el rey Rama decapita a un shudra al que encuentra meditando. Los shudras no son nacidos dos veces, se supone que no meditan, y eso está muy claro en Kautilya. Las Leyes de

Manu, el código más antiguo de la India, son inflexibles con que sea el rey quien haga cumplir el sistema de castas y especifica sanciones muy severas por romper con las *varna*. Por ejemplo, el castigo para un shudra que recite o incluso escuche los vedas, la antigua y sagrada literatura de los hindúes, puede ser que le corten la lengua o le echen plomo fundido en los oídos.

Las labores de menor categoría no se reservaban para los shudras, sino para los dalits. Entre ellas, trabajos como el de recolector manual de basura, tareas como la retirada de cuerpos de animales muertos y desechos humanos (véanse en el encarte de fotos ejemplos de estos trabajos). Otras ocupaciones propias de los dalits son las de zapatero, curtidor y barrendero callejero. Los niños dalit se venden a acreedores de las castas superiores para pagar deudas y las niñas dalit se venden a los templos del sistema devadasi que, de hecho, es una forma de prostitución institucionalizada. Los hombres, mujeres y niños dalit desempeñan trabajos agrícolas en condiciones deplorables por una miseria. Human Rights Watch reproduce estadísticas gubernamentales que sugieren que hay al menos un millón de dalits, y es probable que muchos más, que trabajan como limpiadores manuales, recogiendo las heces de las letrinas públicas y privadas y deshaciéndose de los animales muertos. Uno de los limpiadores entrevistados en el estado de Andhra Pradesh explicó:[198]

> En un baño puede haber hasta cuatrocientos asientos que tienen que limpiarse de forma manual. Es la ocupación más ínfima del mundo, y la lleva a cabo la comunidad que ocupa el estatus más bajo en el sistema de castas.

La naturaleza degradante del trabajo que tienen que hacer forma parte de la dominación que las castas superiores ejercen sobre ellos, y que las normas y la amenaza de violencia respaldan. La comunidad le dice a muchos de estos limpiadores que no tienen otra opción que hacer ese trabajo. Cuando una campaña, la *Rashtriya Garima Abhiyan* (Campaña Nacional por la Dignidad), empezó a informar a los limpiadores manuales del estado de Madhya Pradesh de que si querían podían dejar ese trabajo, once mil de ellos lo hicieron de inmediato. Pero las amenazas y presiones

sobre ellos continuaron. Uno contó que «una de las personas para las que limpiaba me advirtió de que "Si ahora vienes a mi granja, te cortaré las piernas"».

La naturaleza del sistema de castas y la jaula de normas que éste creó socavan la capacidad de la sociedad india para actuar de manera colectiva. Tal como señaló Ambedkar, la sociedad está dividida contra sí misma. La Reina Roja está rota.

Los que dominan

Los que dominaban eran a menudo la *varna* superior en la jerarquía de castas, los brahmanes. Históricamente, incluso en las aldeas con muchas castas, los brahmanes dominaban la política local e instituciones políticas como la asamblea local de la aldea, el *panchayat*, una institución a la que volveremos más adelante en este capítulo. Una autobiografía de Thillai Govindan[199] publicada en 1903 documenta varias reuniones de los *panchayats* locales para adjudicar casos legales en una aldea de Tamil Nadu, donde vivía. En una de ellas, de las veinticinco personas que se reunieron, dieciocho eran brahmanes. Durante su trabajo de campo en el mismo estado a principios de la década de 1960, el antropólogo André Béteille[200] descubrió que los brahmanes, aunque sólo constituían una cuarta parte de la población de la aldea, tradicionalmente habían dominado por completo el *panchayat*.

Pero cuando Béteille empezó a estudiar la comunidad, las cosas habían empezado a cambiar. Esto se debió en parte a que los brahmanes habían migrado a las áreas urbanas, donde su mejor educación les permitía acceder a profesiones mejor pagadas y a empleos gubernamentales, y en parte a que la política democrática había empoderado a las castas más numerosas. En la aldea que estudió Béteille, esta casta eran los kallas, un *jati* shudra. Se convirtieron en el grupo más poderoso no sólo porque eran la *varna* numéricamente superior en la aldea. Fue también, como señala Béteille, porque

> los kallas tienen una tradición de violencia que hace que los adi dravidas vacilen a la hora de desafiar su autoridad.

El término *adi dravidas* (que significa, literalmente, «drávidas originales») se usa en Tamil Nadu para designar a los dalits.[201] Empezó a utilizarse a principios del siglo XX para desestigmatizar a la comunidad paraiyar, un grupo intocable. De los paraiyars proviene la palabra *paria*, que el diccionario de inglés de Oxford define como un marginado, una persona *non grata*, rechazada, un intruso, un leproso. Los drávidas fueron las primeras personas que habitaron el sur de la India antes de las migraciones indoarias, que parece que fueron las que trajeron en un principio el sistema de castas, de modo que la intención de describirlos como drávidas originales era elevar su estatus.

El antagonismo entre lo que el sociólogo indio M. N. Srinivas llamó la «casta dominante»[202] de una aldea y los dalits es habitual, y a menudo está cargado de violencia. Human Rights Watch lo estudió en Tamil Nadu, en el contexto del conflicto entre los dalits y otra *jati* shudra, los thevars. Como dijo una persona a la que entrevistaron:

> Los thevars rechazan a los dalits. Ellos no son una comunidad superior. Son terratenientes, pero en un sentido modesto. No son superiores en educación, pero aun así emplean a los dalits como trabajadores.

De modo que había razones económicas para mantener a los dalits bajo control, pero Human Rights Watch destapó un sistema de jerarquía y dominación mucho más generalizado. Como les contó un político thevar, sin rastro de ironía:

> En el pasado, hace veinte o treinta años, los harijans [los dalits] disfrutaban de la práctica de la «intocabilidad». En el pasado las mujeres disfrutaban la opresión de los hombres [...]. La mayoría de las mujeres dalit disfrutaba sus relaciones con los hombres thevar. Disfrutaban que la comunidad masculina thevar las tuviera como concubinas. No se hacía a la fuerza. Con los dalits nada se hace a la fuerza. Por eso no reaccionan. No se pueden permitir reaccionar, dependen de nosotros para tener trabajo y protección [...]. Sin los dalits no podemos vivir. Queremos trabajadores en los campos. Nosotros somos terratenientes. Sin ellos no podemos cultivar o cuidar el ganado. Pero las relaciones de las mujeres dalit con los hombres thevar no son de dependencia económica. Es lo que ella quiere de él. Él lo permite. Si él tiene poder, entonces ella siente más cariño por el patrón.

Estas relaciones de dominación no sólo anulan la libertad del dominado, sino que envenenan el funcionamiento de las instituciones políticas locales. Se supone que en el *panchayat* hay asientos reservados para los dalits. Esta reserva puso en cuestión la hegemonía previa de las castas dominantes. En 1996, en la aldea de Melavalavu, en Tamil Nadu, la comunidad de castas mayoritarias, que incluía a los thevars, hizo saber que ningún dalit debía postularse para el *panchayat*. Una historia del *Times of India* contó que «se les advirtió de que perderían sus trabajos como trabajadores agrícolas y no se les permitiría pastar ganado o coger agua de los pozos ubicados en tierras *patta* [no utilizadas] pertenecientes a las castas dominantes». Las elecciones se habían programado para octubre, pero ante esta intimidación tuvieron que cancelarse, porque todos los candidatos dalit se retiraron. En febrero, Murugesan, un dalit, tuvo la osadía de presentarse. Como las castas dominantes boicotearon las elecciones, ganó. Sin embargo, a partir de entonces necesitó protección policial y no pudo entrar en los edificios del *panchayat* porque los thevars se lo impidieron. Murugesan fue objeto de continuas amenazas, y en junio de 1997 fue asesinado. Un relato de primera mano relata:

> Eran casi cuarenta. Todos eran thevars. Apuñalaron a Murugesan en la parte derecha del abdomen. Era un cuchillo muy largo. Desde el exterior del autobús, Ramar [el líder] ordenó a los thevars que mataran a todos los parias. De doce, seis fueron asesinados en el acto. Sacaron a los seis del autobús y los apuñalaron en la carretera con podones de más de ciento ochenta centímetros [...]. Cinco thevars se juntaron, pusieron a Murugesan en el suelo, fuera del autobús, y lo decapitaron, luego tiraron la cabeza a un pozo a medio kilómetro.

Después de esta masacre, una intervención externa permitió que cinco mujeres dalit salieran elegidas para el *panchayat*. En respuesta, los thevar despidieron a los trabajadores dalit e impidieron que otros les contrataran. Los niños dalit tenían miedo de ir a la escuela. Una de las mujeres elegidas le dijo a Human Rights Watch:

> La sede está en la zona de las castas hindúes. No se me permite entrar en la sede. Así que tenemos que celebrar nuestras reuniones aquí, en la sala de la televisión; es una oficina provisional. Todavía nos amenazan. Me vigilan y siguen [...]. Si las mujeres dalit elegidas fueran allí, la casta superior haría algún daño. Si las mujeres insistieran en entrar en la sede, las golpearían. Tengo un escolta policial. Tiene una pistola, pero la pone dentro de su bolsa [...]. Todo está paralizado.

En otra aldea tamil, una mujer llamada Veludavur le habló a Human Rights Watch de la violencia sexual endémica que sufren las mujeres dalit:

> En la aldea, los thevars entraban en las casas y tenían relaciones sexuales con las mujeres dalit. Usaban la fuerza y cometían violaciones. Mi esposo murió, así que si me hubiera quedado, me habría ocurrido lo mismo [...]. Dejé todas las tierras. Éste es el destino normal de las personas dominadas.

La economía enjaulada de la casta

Aunque los dalits se encuentren en la base de un sistema de castas que segrega a la gente social y económicamente, se podría ser escéptico ante la idea de que esta antigua jerarquía social sea tan rígida como para determinar la ocupación de las personas en tiempos recientes. ¿Quién podría imponerlo? Ciertamente, no forma parte de la ley india. Pero ya hemos visto el poder de las normas de las castas a la hora de hacer cumplir sus regulaciones, e incluso de alentar el asesinato de las personas que las infringen. ¿Podrían estas normas haber creado una asociación duradera entre el nombre de una persona, su casta y su ocupación?[203]

La primera persona que investigó sistemáticamente esta cuestión fue un administrador colonial británico, E. A. H. Blunt,[204] que en 1931 publicó *The Caste System of Northern India*. Utilizando datos sobre castas y ocupación de los censos coloniales británicos, Blunt estimó hasta qué punto los diferentes *jatis* asumían sus ocupaciones tradicionales. En primer lugar, clasificó los diferentes *jatis* en doce categorías generales, desde la agricultura, los peones y los sirvientes de las aldeas, las actividades pastorales y las profesiones liberales hasta el comercio y la industria, los distribuidores de alimentos y bebidas e incluso los mendigos. Dentro de estas clases generales, había ocupaciones mucho más especializadas. Por ejemplo, en la agricultura estaban el cultivo de flores y verduras, el cultivo de amapolas y el cultivo de castañas de agua. Dentro de las profesiones liberales, estaban la astrología, la escritura y, por supuesto, el sacerdocio, que se correlacionaba con los brahmanes. Dentro del comercio y la industria, Blunt identificó treinta y cinco especializaciones diferentes que se correspondían casi una a una con los diferentes *jatis*. Por ejemplo, los del

jati lohar eran herreros, los sonar eran orfebres y los pasi eran recolectores de vino de palma. Obviamente, la agricultura era de lejos la ocupación más común, la profesión del 90 por ciento de las castas de esta categoría. Pero la agricultura era menos interesante que las demás, porque era una ocupación mucho más general, a pesar del cultivo de las castañas de agua. Resultaron más sorprendentes los resultados de las ocupaciones específicas. Blunt descubrió que el 75 por ciento de los barrenderos seguían su profesión, así como el 75 por ciento de los orfebres (los sonar), el 60 por ciento de los pasteleros y tostadores de grano, el 60 por ciento de los barberos y lavanderos, y el 50 por ciento de los carpinteros, tejedores, prensadores de aceite y alfareros.

Pero esta segregación no significa que las diferentes castas sean autárquicas. Están vinculadas por el sistema *jajmani*,[205] que especifica una red de servicios y favores que las diferentes castas deben proporcionarse entre sí. Aparentemente, se trata de un amplio sistema de entrega mutua de regalos en especie. Sin embargo, los regalos de algunas personas son mucho más valiosos que los de otras. La primera descripción detallada de cómo funcionaba esto la hizo en la década de 1930 un misionero, William Wiser, en Karimpur, una aldea del norte de la India cercana a la confluencia de los ríos Ganges y Yamuna, en el estado de Uttar Pradesh. Wiser, junto con su mujer, Charlotte, escribió posteriormente una etnografía de Karimpur, documentando la intensa dominación en la aldea:

> Los líderes de nuestra aldea están tan seguros de su poder que no se esfuerzan en exhibirlo. El visitante ocasional no halla demasiado que le permita distinguirlos de los otros granjeros [...]. Y aun así, cuando uno de ellos aparece entre los hombres de la casta que les sirve, estos últimos expresan respeto y miedo en cada palabra y gesto cautelosos. Los que sirven han aprendido que mientras su sumisión no se cuestione, la mano que les dirige descansa con levedad. Pero si entre ellos se permite cualquier movimiento hacia la independencia o incluso la indiferencia, el modo paternal se convierte en un dominio estrangulador [...] en cada detalle, los líderes han vinculado la vida de los aldeanos con la suya. Su favor puede contribuir a la prosperidad de un hombre y su desaprobación puede hacer que fracase.

En Karimpur había 754 personas divididas en 161 familias. Los brahmanes constituían 41 de las 161 familias y Wiser identificó en total veinticuatro *jatis* diferentes, dos tipos de brahmanes, dos tipos de chatrias, doce *jatis* shudras distintos y ocho categorías de intocables. Describió un

intrincado sistema de servicios tradicionales que los diferentes *jatis* tenían que hacerse entre sí. Empecemos por los brahmanes. En principio, los brahmanes eran sacerdotes que atendían las necesidades religiosas del resto de las castas. De las familias brahmanas que ejercían el sacerdocio, la más prestigiosa sólo servía a las demás familias brahmanas, y a su vez ella recibía servicios religiosos de una familia aún superior de fuera de la aldea. Las siguientes familias brahmanas en la jerarquía atendían las necesidades religiosas de los chatrias y los shudras. A los brahmanes, que poseían la mayoría de la tierra de la aldea, las demás castas les debían servicios. Un carpintero, nacido en el *jati* barhai, tenía que quitar y afilar la reja de su arado una o dos veces por semana. Cuando era temporada de cosecha, debía mantener las hoces afiladas y renovar su mango tan a menudo como fuera necesario. Si se rompía un carro, tenía que arreglarlo y hacer otros recados que requirieran sus habilidades. Otras castas, como los herreros, barberos, portadores de agua y alfareros tenían tareas fijas parecidas que debían llevar a cabo para diferentes personas. A cambio, existían pagos preestablecidos, normalmente en especie, que variaban según la casta. Por ejemplo, cada estación un brahmán daría al carpintero y al herrero 4,8 kilos de grano por cada arado que poseyeran. Los que no eran brahmanes darían 6,4 kilos de grano por arado. Estas diferencias fueron habituales incluso cuando se trataba de pagos en moneda. El costurero, por ejemplo, recibía de un brahmán la mitad de lo que pagaría un no brahmán por la misma pieza de ropa. Cuando un brahmán compraba leche, le costaba un 50 por ciento menos que a un no brahmán. Determinada extensión de la tierra de la aldea se reservaba para las castas superiores; los brahmanes se quedaban la mayoría, pero la tierra también se asignaba a los carpinteros, barrenderos, prensadores de aceite, costureros y lavanderos. El servicio más oneroso de todos tenía lugar en los campos propiedad de los brahmanes, donde a las familias de las castas inferiores se les exigía trabajar por una remuneración fija.

En la parte inferior de la jerarquía social, por supuesto, estaban los intocables. Había ocho familias de chamars, curtidores que tenían un número de tareas establecidas como desollar animales, hacer cuero y

utilizarlo para arreglar zapatos, cestas y bolsas. Con respecto a un chamar, los Wiser observaron:

> En la aldea no se le considera un individuo, sino un fulano chamar. Fuera de los asuntos íntimos de la vida familiar, su tiempo y sus servicios y el tiempo y los servicios de sus hijos, están en manos de su amo. Su esposa también debe estar preparada para ayudar en los campos o en las tareas más gravosas de la casa del patrón, siempre que sea requerida. El trabajo y los intereses del patrón son lo primero. Si les queda algo de tiempo, el chamar y sus hijos lo dedican a la parcela de tierra que se les otorga como pago por sus servicios. No hace planes ni emprende nada que requiera tiempo o dinero sin el consentimiento de su patrón.

Así pues, el *jajmani* era un intrincado sistema de servicios con pagos fijos y acostumbrados que las personas estaban obligadas a realizar, basado en la división hereditaria del trabajo encarnada en el sistema de castas. Esto puede recordar a la economía de los tiv, regulada y limitada por normas estrictas, que vimos en el capítulo 4. Pero mientras los tiv imponían esas normas a las relaciones económicas para preservar la igualdad, en especial la igualdad política, el sistema de castas indio era antigualitario de manera deliberada. No todos servían a todos. Por ejemplo, treinta y ocho de las familias brahmanas no servían a nadie, pero recibían servicios de los demás, y las condiciones del servicio siempre favorecían a las castas superiores. Exactamente como expresó Ambedkar, la gente estaba atrapada en «compartimentos estancos», que bloqueaban sus incentivos y oportunidades. En general, el talento y la capacidad se asignan mal, se desperdician. En el altar de la jaula de normas india, no sólo se sacrifica la libertad, sino la eficiencia económica. No es de extrañar que el país haya sufrido una pobreza endémica y esté subdesarrollado (y podríamos añadir que nada de esto mejoró durante los ciento cincuenta años de la East India Company y el gobierno colonial británico, ni antes, con la hegemonía del Imperio mogol, que se basaron en el sistema de castas y lo reforzaron).

Pero si la India es tan jerárquica y está tan escindida por divisiones, ¿cómo es posible que haya mantenido elecciones democráticas desde su independencia, y que a menudo sea considerada la democracia más grande del mundo? ¿Por qué este sistema democrático no ha logrado movilizar algo parecido a la Reina Roja? La respuesta a la primera pregunta, como veremos a continuación, está relacionada con el historial de participación

política popular en la India, en muchos sentidos similar a la de las tribus germánicas que discutimos en el capítulo 6. La respuesta a la segunda está relacionada, de nuevo, con los factores que identificó Ambedkar, que conforman la política democrática de la India de manera semejante al sistema de castas.

Las repúblicas antiguas

Antes de que existiera la escritura, gran parte de la historia se recitaba de manera oral y así pasaba de una generación a otra de historiadores. Con frecuencia, los gobiernos utilizaron estas historias orales para preservar las tradiciones dinásticas, en parte para legitimar su poder. Pero también los bardos y contadores de historias las conservaban, tanto por placer como por legitimación. Éste es el origen de las grandes obras de la literatura griega, la *Ilíada* y la *Odisea*, atribuidas a Homero, que relataban la historia de la guerra de Troya y el período posterior. Esta guerra tuvo lugar alrededor del año 1200 a. C., pero sus historias se escribieron al menos seiscientos años después. Entre tanto se preservaron de manera oral.

También la India[206] tiene sus versiones de la *Ilíada* y la *Odisea*, en especial, el *Mahabharata* y el *Ramayana*, que se compusieron en algún momento entre los años 400 a. C. y 400. Incluso antes, y más útil para nuestro propósito, están los llamados Vedas. Hay cuatro, conservados oralmente por los brahmanes, los sacerdotes de la religión hindú, que se pusieron por escrito ya en 1000 a. C. Uno de ellos, el Rgveda, contiene más de mil himnos y poemas. Se cree que los Vedas eran la literatura de los pueblos indoarios que durante un largo período de tiempo migraron a la India, probablemente en numerosas oleadas. El Rgveda contiene descripciones de la sociedad, la guerra y la política. Pero cualquier interpretación de estas descripciones requiere prudencia, porque a menudo no está claro si representan la historia o una ficción.[207] Sin embargo, podemos hacernos una idea bastante clara de cómo eran las instituciones políticas. Había jefes, llamados rajás, que eran elegidos, o al menos escogidos, y su poder estaba muy circunscrito por asambleas llamadas *vidatha*, *sabha* y *samiti*, aunque se desconoce la manera exacta en que estas

instituciones trabajan entre ellas. Parece que la *sabha* era la menor, quizá porque incluía sólo a las élites, mientras la *samiti* era mayor, quizá al incluir a todos los ciudadanos adultos masculinos y libres. La importancia de las asambleas se ilustra en un pasaje de otro de los Vedas, el Atharvaveda, en el que un rey afirma:[208]

> En concordia, que las dos hijas de Prajapati, *sabha* y *samiti*, me protejan. Que todos los hombres que conozca, me respeten y ayuden. Justas sean mis palabras, oh, padres míos, en las reuniones.
>
> Sabemos que tu nombre, oh, *sabha*, tu nombre es intercambio de palabras. Que todas las compañías que integran la *sabha* estén de acuerdo conmigo.
>
> De los hombres aquí sentados, hago míos el esplendor y la tradición. Indra me hace destacar en esta compañía reunida.

Prajapati, el dios creador, se considera el origen de las asambleas, que se presentan como órganos para la deliberación y la discusión. El pasaje deja claro que el rey necesita su apoyo.

De hecho, los rajás se parecen bastante a los líderes guerreros de las tribus germánicas descritas por Tácito. Por ejemplo, parece que la *vidatha* fue una asamblea en la que se dividía el botín de guerra. La palabra *tribu* es la que también usan los historiadores indios para describir la organización social de este período. El Rgveda menciona treinta tribus diferentes. Al parecer, la sociedad se basaba en grupos de parentesco y clanes.

En el período védico tardío, probablemente alrededor del año 6000 a. C., observamos una divergencia entre los diferentes tipos de Estado. En algunas partes del norte de la India, los jefes empezaron a convertirse en reyes de monarquías hereditarias sancionadas por la religión, y el sistema de *varnas* supervisado por los brahmanes comenzó a desempeñar un papel fundamental en la legitimación de la autoridad de la monarquía hereditaria.[209] En otros lugares, la política asamblearia persistió e incluso se intensificó. Los historiadores llamaron a estos últimos estados *gana-sanghas*.

El *gana-sangha* mejor documentado es el estado de Licchavi,[210] situado en Vaishali, en la actualidad llamada Basarh, en el estado de Bihar, al norte del río Ganges (véase el mapa 12). Una fuente contemporánea afirma que «en esa ciudad [Vaishali] siempre hay 7.707 reyes [rajás] para gobernar el reino y de la misma manera virreyes, generales y tesoreros».

Otra fuente informa de que hay «hasta 7.707 licchavis de la familia gobernante y en Vaishali está su residencia. Y todos ellos son dados a la discusión y el debate». Los historiadores interpretan estos números y sugieren que la ciudadanía de Vaishali era probablemente de 4 ≈ 7.707 o 30.828 personas y tal vez una cuarta parte de ellos, los «reyes», tenía derechos políticos especiales y formaba la asamblea. Esto estaba en el corazón del estado de Licchavi, que pudo tener entre doscientos mil y trescientos mil habitantes. Como proporción del conjunto de la población, si el número total de ciudadanos era de treinta mil, entonces sería bastante parecida al porcentaje de ciudadanos en la antigua Atenas o en Roma en el momento de las guerras púnicas. La asamblea elegía a un consejo de nueve personas que hacía la mayor parte del trabajo administrativo rutinario, y uno de ellos era elegido como rey jefe con autoridad ejecutiva. Es posible que una vez ocupado, este cargo se mantuviera de por vida. El propio Buda aparece presentado en un texto diciendo que los licchavis «celebraban asambleas públicas concurridas y frecuentes» y se reunían, debatían «en concordia» y «se levantaban en concordia». Las decisiones se tomaban por mayoría y los cargos que tenían que realizar tareas específicas, como uno llamado *salaka-gahapaka*, se elegían. Se estipulaban cinco cualidades para asumir este cargo. Un hombre tenía que ser «de los que no se guían por la parcialidad [...] la malicia [...] la locura [...] el miedo, y uno que sepa qué votos se han conseguido y cuáles no». El título *salaka-gahapaka* se deriva de *salaka*, que significa «trozo de madera», el cual, como nuestras papeletas electorales modernas, se utilizaba para registrar los votos. Los licchavis tenían otras instituciones notables, entre ellas una estructura judicial que supuestamente tenía ocho niveles, con una jerarquía de cortes de apelación que tenía una gran participación popular, al igual que en la antigua Atenas. Aunque nuestra información sobre los licchavis sea la más abundante, parece que otros estados contemporáneos, como el de Sakia, de donde procede Buda, tuvieron instituciones republicanas y democráticas similares.



Mapa 12 Los imperios indios y las cunas de la política participativa.

La importancia de los *gana-sanghas* puede juzgarse por la forma en que Kautilya se refiere a ellos en el *Arthashastra*. Kautilya fue el equivalente indio más parecido a lord Shang y de igual manera trató de redactar un manual sobre el arte de gobernar y un conjunto de instrucciones para los futuros gobernantes sobre cómo organizar su Estado. Al considerar la construcción de un Estado ideal, Kautilya no presta atención a las asambleas y tiene en mente un sistema monárquico y muy jerárquico. Pero en la parte del libro que aborda la política exterior, Kautilya considera de manera explícita los *gana-sanghas*,[211] a los que denomina *sanghas*. Señala:

> Debido a que los *sanghas* son entidades cohesionadas, los enemigos no pueden romperlos [con facilidad].

> El jefe de un *sangha* deberá ganarse a su pueblo con un comportamiento justo, siendo sereno y diligente en la búsqueda de actividades que agraden y beneficien a su pueblo.

Resulta aún más extraordinario que los *gana-sanghas* también desarrollaron la idea de que la gente acordara de manera colectiva la creación de las instituciones de gobierno. Esto se articuló mejor en escritos budistas como el *Diga Nikaya*.[212] Sakia, el lugar de nacimiento de Buda, fue, como hemos señalado, uno de los *gana-sanghas*, y de acuerdo con este texto hubo un largo período de excelencia y felicidad antes de que apareciera la corrupción. Con esta corrupción llegaron las diferencias en el color, el sexo y, de repente, fueron necesarios comida, bebida y sustento. La vida en el cielo dio paso a la vida en la tierra. Las personas empezaron a crear instituciones como la familia y la propiedad, y le siguieron las disputas e incluso el robo. Como resultado, la gente se unió para elegir a un gobernante que fuera «el más favorecido, el más atractivo y el más capaz». Una vez elegida, la persona acordaba «indignarse cuando uno debiera indignarse con razón, censurar lo que debiera censurarse con razón, desterrar a quien merece ser desterrado». Para compensarle, la gente acordó darle arroz. El *Digha Nikaya* apunta que el gobernante se elegía y tenía tres títulos: *mahasammata*, *khattiya* y *raja*. El primero significa «elegido por todo el pueblo», el segundo «señor de los campos» y el tercero «el que se gana al pueblo por medio del *dharma*».

La palabra *dharma* usada en el *Digha Nikaya* es significativa. Proviene del *Dharmashastra*, un grupo de textos, el más antiguo de los cuales data de entre los años 600 y 300 a. C. El *dharma* es la conducta adecuada de una persona que vive en sociedad y la palabra puede traducirse como «conducta honrada». Los beneficios de esta conducta moral eran la acumulación de mérito espiritual que auguraba una buena vida futura después de la reencarnación. El *dharma* fue la versión india de los principios éticos confucianos chinos, establecidos para inducir al líder a gobernar de manera moral, en beneficio del pueblo. Vimos en el capítulo anterior que, aunque todos los emperadores chinos afirmaban adherirse a los principios confucianos, éstos no siempre limitaron su comportamiento de manera efectiva. Lo mismo sucedió con el *dharma* en la India.

Cuando aparecieron las monarquías, desarrollaron una lógica muy diferente para justificar la nueva estructura de autoridad, que estuvo crucialmente muy influida por el sistema de *varnas*. En muchos textos, la justificación del poder del Estado se vincula a la necesidad de mantener un orden social basado en las *varnas*. Esto queda claro en Kautilya, cuando sobre el sistema de *varnas* señala que:

> cuando se viole, el mundo llegará a su fin debido a la confusión de las castas y los deberes. Así pues, el rey nunca permitirá que la gente se aparte de sus deberes; porque quienquiera que mantenga su deber, adhiriéndose siempre a las costumbres de los arios, y siguiendo las reglas de la casta y las divisiones de la vida religiosa, será feliz seguro, tanto aquí como en el más allá.

De modo que el rey tenía que centrarse en asegurar que la gente cumpliera sus deberes de acuerdo con su *varna* y su casta. A su vez, el sistema de *varnas*, bajo la apariencia de rituales brahmánicos, legitimaba al Estado. Esto es evidente en el ritual de coronación más famoso de la época, el *ratnahavimsi*. El rey iba a la casa de cada *ratnin*, o poseedor de objetos valiosos, y oraba allí. Diferentes autores enumeran un número distinto de *ratnins*, entre once y quince, pero todos están de acuerdo en una cosa: el brahmán era el primero. Esta ceremonia indicaba quién tenía el poder y ante quién era el rey responsable de su autoridad. Esta relación entre las *varnas* y el Estado es otra de las razones cruciales por las que en la India la Reina Roja no podía funcionar. Se suponía que el Estado apoyaba y honraba el sistema de *varnas*, no que debiera romperlo. El sistema de castas, a su vez, preservó la jerarquía e impidió que la sociedad desafiara al Estado.

Los mauryas, guiados por Kautilya, lograron crear un imperio de una escala nunca antes conocida en la India (véase el mapa 12). Una manera de hacerse una idea de su amplitud es por la localización de los llamados edictos en la roca de Ashoka, el nieto de Chandragupta, el más famoso de los emperadores mauryas. Ashoka gobernó entre los años 268 y 232 a. C. Hizo grabar varias leyes y principios rectores en rocas y estelas repartidas por todo el reino, presumiblemente para que el pueblo tuviera acceso a ellas. Los principales edictos en la roca se tallaron en Kandahar, en el oeste de lo que hoy es Afganistán; en Yerragudi, al sur de Hyderabad, en la moderna Andhra Pradesh; en Dhauli, en el este en la moderna Odisha

(antes, Orissa); y lejos, en el norte, en Shahbazgarhi, en Pakistán. Esto da una idea de la amplitud del imperio de Ashoka, y el texto de los edictos nos brinda una oportunidad de ver cómo gobernó. Aunque el *Arthashastra* sugiere que el Imperio maurya tenía una complicada burocracia que llegaba hasta la aldea, los historiadores modernos creen que eso es muy poco probable.

En este punto, el libro de Kautilya trataba más de lo que era deseable que de lo que en realidad pasaba y habría sido factible. Para compensar la falta de tal control, Ashoka se convirtió al budismo y difundió el *dharma* como filosofía de gobierno; los edictos reflejan lo que se suponía que esto significaba. En el edicto principal de la roca 6, Ashoka afirma:[213]

> Los informadores tienen que informarme de los asuntos del pueblo en cualquier momento [y] en cualquier lugar, mientras estoy comiendo, en el harén, en el interior del apartamento, en el establo de las vacas, en el palanquín [y] en el parque. Y en cualquier lugar despacharé los asuntos del pueblo.
>
> Y también, si en el concilio [de Mahāmātras] surge una disputa, o se propone una enmienda, en relación con cualquier donación o proclamación que yo esté ordenando verbalmente, o [en relación con] un asunto nuevo que ha sido delegado al Mahāmatrās, se me debe informar de inmediato, en cualquier lugar [y] en cualquier momento.
>
> Así lo he ordenado. Porque nunca me siento satisfecho al ejercer y despachar negocios.

Aquí Ashoka proyecta la imagen de un gobernante muy responsable preocupado por el bienestar de su pueblo. La última línea de este edicto es interesante. Ashoka observa con sarcasmo, «Pero es difícil llevar esto a cabo sin gran entusiasmo». De hecho, el gran entusiasmo estuvo ausente. El Imperio mauryan colapsó en el año 187 a. C., menos de cincuenta años después de la muerte de Ashoka.

Los *gana-sanghas* sobrevivieron a la aparición de los mauryas y perduraron mucho tiempo. Aunque en el norte de la India, durante los mil años posteriores al colapso del Imperio maurya, una serie de Estados menores aparecieron y desaparecieron, tal vez sólo con la aparición del sultanato de Delhi en el siglo XIII, y posteriormente con la creación del Imperio mogol después de 1526, se crearon en toda la India instituciones estatales más despóticas. Antes de eso encontramos, por ejemplo, a los chauhans[214] —uno de los principales clanes de rajputs, que gobernaron Rajastán antes de la creación del sultanato de Delhi—, que tenían que

conseguir la aprobación de una asamblea de la aldea para recaudar nuevos impuestos. En el mismo contexto, encontramos también la palabra *panchayat* usada para designar a la asamblea, palabra que, como hemos visto, todavía se usa en la India para las asambleas políticas y de la casta local. Incluso cuando empezaron a desarrollarse instituciones más despóticas, a menudo no penetraron en las sociedades locales de todos los lugares, especialmente en el sur, a las que ahora nos dirigimos.

La tierra de los tamil

Las asambleas y los sistemas representativos no fueron exclusivos del norte de la India. Los había en todas partes y probablemente más en el sur de la península. Allí, incluso los mogoles no pudieron consolidar su control y hubo bastante autonomía hasta el período colonial británico, que empezó con el gobierno de la East India Company (que duró hasta 1857) y luego continuó con el control directo del Gobierno británico hasta la independencia en 1947.

Analicemos el Estado de los chola, que ilustra no sólo las dinámicas asambleas del sur de la India,[215] sino la manera en que los Estados centralizados se unieron a partir de un proceso de abajo arriba en el que formas de gobierno autónomas se juntaron de manera voluntaria. El Estado Chola gobernó extensas zonas del sudoeste de la India desde su base en Tamil Nadu, la tierra de los «tamil» (véase el mapa 12). Es probable que comenzara en el siglo VIII o IX y durara hasta el final del siglo XIII. La primera capital estuvo en Thanjavur, al sudoeste de la moderna Chennai, en Tamil Nadu; entre las capitales posteriores estuvieron Kanchipuram y Madurai. A nivel local, su organización se basaba en las asambleas de las aldeas.[216] En las aldeas dominadas por campesinos, estas asambleas se llamaban *ur*, mientras en las aldeas donde los brahmanes ostentaban el poder, se llamaban *sabha*, un término que ya hemos oído antes. Parece que la *ur* comprendía a todos los hombres adultos de la aldea, como la *sabha*. Pero también existen algunas pruebas que sugieren que los miembros de la *sabha* se elegían por sorteo entre las personas que cumplían ciertos

requisitos. Una notable inscripción en un templo de Uttaramerur, una aldea controlada por brahmanes, apunta muchos detalles sobre cómo funcionaban estas instituciones.

> Habrá treinta circunscripciones. En estas treinta circunscripciones, los que viven en cada circunscripción se reunirán en asamblea y seleccionarán a las personas que posean los siguientes requisitos para su inclusión en el sorteo:
>
> Debe poseer más de un cuarto de la tierra que paga impuestos. Debe vivir en una casa construida en su propio terreno. Su edad debe ser menor de setenta y mayor de treinta y cinco. Debe conocer los mantras y los bráhmanas [del corpus védico].
>
> Incluso si sólo posee una octava parte de la tierra su nombre se incluirá, siempre que haya aprendido un Veda y uno de los cuatro Bhashyas.

A esto le seguía una larga lista de familiares que no podían considerarse al mismo tiempo. Una persona tampoco cumplía los requisitos para la asamblea si era «alguien que ha robado la propiedad de otros. Alguien que ha tomado platos prohibidos». También se descartaba a cualquiera que hubiera estado en un comité en algún momento de los tres años anteriores o que hubiera estado antes en un comité pero nunca hubiera rendido cuentas.

> Excluyendo a todos estos, los nombres se escribirán en una lista de candidatos para las treinta circunscripciones y [...] se pondrán en una vasija. Cuando se deban extraer las listas de candidatos, se convocará una reunión completa de la gran asamblea que incluya a los miembros jóvenes y viejos.

A continuación se detallaba una serie de instrucciones para extraer las listas de candidatos, que aseguraba que nadie pudiera hacer trampas. Por sorteo, se elegía a treinta hombres, uno por circunscripción. Estos hombres participaban en varios comités, como el Comité del Jardín, el Comité del Depósito y el Comité Anual. No sabemos con exactitud lo que hacía el Comité del Jardín, pero es probable que el Comité del Depósito organizara los depósitos de agua y los servicios públicos cruciales para el agua potable y la irrigación. Esta última se menciona a menudo en las inscripciones. Por ejemplo, una dice:[217]

> La asamblea brahmana [...] llega a un acuerdo con dos hermanos [...]. Debido a que el agua no llega al canal que fluye hasta el lago de la aldea de los hermanos, la asamblea quitará el cieno de su propio lago, aportará la mitad del trabajo para un canal de conexión y permitirá que el agua

de escorrentía de su propio lago recorra ese canal hasta el lago de la aldea vecina.

Una inscripción de otra aldea debate sobre «dos pequeños canales», y

una reunión entre la asamblea local brahmana y la asamblea nadu, que es mayor, determina los límites terrestres de estos canales en relación con los campos circundantes, sin bajar el nivel del agua de los canales que van a una aldea vecina.

Otras aldeas tuvieron el Comité Quíntuple y el Comité de Oro.

Mientras que en Siena, Italia, las asambleas se convocaban con el tañido de una campana, en una aldea tamil se hacía con el redoble de un tambor. La *ur* y la *sabha* también se encargaban de recaudar impuestos, algunos de los cuales se los quedaban y otros se remitían al Estado chola. También resolvían disputas sobre la tierra y otros asuntos legales.

Ahora es cuando se pone realmente interesante. Las *urs* y las *sabhas* se agruparon en una unidad mayor, llamada *nadu*,[218] que hemos mencionado antes en las resoluciones sobre los canales. Parece que las *urs* y las *sabhas* individuales elegían a los representantes para el *nadu*, que adoptaban decisiones colectivas. Un rasgo clave es que el patrón geográfico de los *nadu* es muy irregular, y algunos eran muy pequeños. Por ejemplo, una inscripción apunta que el *nadu* de Adanur-nadu contenía sólo dos aldeas. Otra deja constancia de que el *nadu* de Vada-Chriuvayil estaba formado por un grupo de cuatro aldeas. Sin embargo, algunos *nadus* tenían hasta once o catorce aldeas. El historiador Y. Subbarayalu usó cientos de inscripciones, la mayoría situadas en templos, para dibujar mapas de los *nadus* del *mandalam* chola, el corazón del reino situado en torno al valle del río Kaveri. Éstos muestran que la forma y el área de los diferentes *nadus* variaban mucho, incluso en el valle del río, donde es probable que la densidad de población fuera bastante uniforme. Esto se debía, más que a la imposición de algún Gobierno central sobre el territorio, a que el Estado chola era una amalgama de aldeas que antes habían sido autónomas. El Estado se había creado desde abajo, de manera algo parecida al Estado suizo que veremos en el próximo capítulo. Otra inscripción del siglo XII confirma esta conclusión al hacer hincapié en que debe obtenerse el consentimiento del *nadu* para que Rajadhiraja II ascienda al trono chola.

También es significativo que la región terminara llamándose Tamil Nadu, traducido hoy día como «tierra de los tamil», de modo que la misma palabra que designaba a las agrupaciones de las aldeas, *nadu*, acabara describiendo la región, más amplia, de los tamil.

Del *gana-sangha* al Lok Sabha

Hemos visto que en la India la palabra *sabha* tiene raíces profundas. Se remonta al menos hasta las asambleas de los estados *gana-sangha* del norte de la India, hace más de dos mil quinientos años. En la actualidad, la cámara baja del Parlamento indio se llama Lok Sabha, que significa «asamblea del pueblo». Pero ¿en qué medida esta continuidad es real?

La respuesta: bastante real.[219] La India es un país grande y heterogéneo, y no hay duda de que existieron grandes variaciones en el funcionamiento de los *sabhas*, a pesar de que parece que los hubo en todas partes. Los Estados del norte de la India, sobre todo los del Imperio mogol,[220] fueron el fruto de una invasión externa y no ciertamente de una innovación de abajo hacia arriba de la misma manera que lo fue el Estado chola. Sin embargo, los mogoles no construyeron el tipo de burocracia estatal que hubiera sido necesaria para reemplazar a los *sabha* y a sus repúblicas de aldea. En cambio, estuvieron dispuestos a tolerar la autonomía local siempre que se pagaran los impuestos sobre la tierra. El principal método para llevar esto a cabo fue un sistema de tributación agrícola:[221] los mogoles le dieron a una persona conocida como *zamindar* el derecho a recaudar impuestos en un área específica, y éste podía quedarse con una parte de los impuestos, generalmente el 10 por ciento. Los mogoles tenían funcionarios de impuestos que podían recopilar información precisa sobre la producción y la productividad locales, pero no crearon un sistema burocrático de recaudación fiscal. ¿Cómo cobraban los *zamindars* los impuestos? En ocasiones eran élites armadas anteriores a los mogoles que tenían sus propios recursos coercitivos, pero con frecuencia recaudaban los impuestos en colaboración con las autoridades de la aldea. En otros casos no había *zamindars*, y los mogoles trataban directamente con las autoridades locales, que eran responsables colectivamente de los impuestos.

También hubo continuidad en estas instituciones de la aldea. Los funcionarios de la East India Company británica las reconocieron en el siglo XVIII, sobre todo después de 1765, cuando el emperador mogol le concedió a la compañía el derecho a recaudar impuestos en Bengala y Bihar. La situación está bien sintetizada en el famoso *Fifth Report from the Select Committee on the Affairs of the East India Company*,[222] presentado en el Parlamento británico en 1812. El informe se centraba en las innovaciones institucionales de la compañía a partir de 1765, en particular con respecto al cobro de la recaudación de impuestos. Pero además deja constancia de un análisis interesante de la vida en la aldea india.

> Una aldea [...] vista políticamente [...] se parece a una corporación o municipio. Su adecuado sistema de funcionarios y sirvientes consiste en lo siguiente. El *potail*, o habitante principal, que tiene la superintendencia general de los asuntos de la aldea, resuelve las disputas de los habitantes, atiende a la policía y cumple con el deber [...] de recaudar impuestos dentro de su aldea, un deber que su influencia personal y riguroso conocimiento de la situación y las preocupaciones de la gente lo convierten en el mejor cualificado para desempeñar.

Luego el informe enumera un largo número de funcionarios de la aldea que desarrollan diferentes tareas, que incluye «el superintendente de depósitos y cursos de agua», y señala que «bajo esta simple forma de gobierno municipal los habitantes del país han vivido desde tiempo inmemorial». En la década de 1830, sir Charles Metcalf escribiría que[223]

> las comunidades de la aldea son pequeñas repúblicas y tienen casi todo lo que necesitan dentro de ellas, y son prácticamente independientes de cualquier relación exterior [...]. La unión de las comunidades de la aldea, cada una de las cuales forma en sí misma un pequeño estado separado, ha contribuido, creo, más que cualquier otra causa a la preservación del pueblo indio a través de las revoluciones y cambios que ha sufrido.

El informe no usa la palabra *panchayat*, pero ésta aparece poco después en otras fuentes contemporáneas y en documentos coloniales. Por ejemplo, el *Village Communities in the East and West*, de Henry Sumner Maine, publicado en 1871, se refiere a la existencia de «consejos de aldea» en la India con funcionarios electos, mientras que *The Origin and Growth of Village Communities in India*, de B. H. Baden-Powell, publicado en 1899, contiene una amplia discusión sobre los *panchayats*, aunque parece considerarlos en buena medida oligárquicos. En 1915, John Matthai[224]

observaba que «el rasgo más característico del gobierno de la comunidad de una aldea era el *panchayat* o consejo de la aldea» que «puede significar bien una reunión general de los habitantes o un comité selecto elegido entre ellos». De hecho, en 1880 las autoridades británicas ya trataban de conseguir acceso a estas instituciones de la aldea. El *Report of the Indian Famine Commission* de aquel año documenta:

> En la mayor parte de la India existe algún tipo de organización en la aldea que ofrece un mecanismo natural y disponible [...] para la ayuda a la aldea. Para el progreso futuro del país, el fomento del principio de autogobierno local, por el que asuntos de todo tipo deben dejarse cada vez más a la dirección local.

En 1892 una ley estipuló que la gente debía elegir a los *panchayats* «de cualquier manera que sea conveniente», mientras que una ley de 1911 aprobada en Madrás permitía la elección de los *panchayats* y enumeraba un gran número de tareas que debían llevar a cabo, entre ellas la iluminación de las calles públicas, la limpieza de las calles públicas, alcantarillas, depósitos y pozos, y la creación y mantenimiento de escuelas y hospitales.

No es una coincidencia, pues, que la visión ideal de la India que tenía Mahatma Gandhi se basara en las aldeas autárquicas, que él llamó *Hind Swaraj* o *Indian Home Rule*. La autoridad colonial británica intentó tener acceso a las mismas tradiciones. Después de la independencia, estas instituciones de la aldea se fortalecieron. La cláusula 243 de la Constitución india permite la creación de una Gram Sabha, una asamblea de aldea compuesta por adultos capacitados para votar que elegirán democráticamente un *panchayat* para que gobierne los asuntos de la aldea. Estas instituciones consiguieron aún más poder con la Ley Panchayati Raj de 1992, que creó una jerarquía de tres tipos de *panchayats* y los institucionalizó en el sistema político indio.

No hay honor entre *varnas*

Así pues, en la India la democracia tiene raíces profundas. Pero arraigada o no, la política democrática no funciona demasiado bien en una sociedad que se vuelve contra sí misma, confundida por una jerarquía aún más profunda.

Esto puede observarse en el norte del estado de Bihar[225] (véase el mapa 12), donde la democracia local creó una dinámica adicional que divide a la sociedad y socava la capacidad del estado, en lugar de desarrollarla; lo contrario de lo que habríamos esperado de la Reina Roja. Y esta vez no se trató de los nacidos dos veces que atacaban en grupo a los que estaban por debajo de ellos, sino de las castas inferiores socavando a las castas superiores, sobre todo entre 1990 y 2005, cuando los ministros principales del estado fueron Lalu Prasad Yadav o su esposa Rabri Devi.

Bihar es uno de los estados más pobres de la India. En 2013, alrededor de un tercio de sus cien millones de habitantes vivía en la pobreza. Se trata de una de las tasas de pobreza más altas de la India. En cambio, sólo un 11 por ciento de la población de Tamil Nadur es pobre, y en Kerala sólo el 7 por ciento. Bihar también tiene la tasa de alfabetización adulta más baja de todos los estados indios, el 64 por ciento de acuerdo con el censo de 2011, muy por debajo de un estado como Kerala, que tiene el 94 por ciento. En Bihar, la pobreza y el analfabetismo eran generalizados debido a la ruinosa capacidad del estado. El vecino estado de Jharkhand, que fue parte de Bihar hasta el año 2000, cuando se separó, muestra unas tasas alarmantes de absentismo de los maestros: un 40 por ciento de los profesores que deberían estar en la escuela son imposibles de localizar.[226] La situación en Bihar es similar.

El estado local de Bihar tiene tan poca capacidad, de hecho, que no puede cobrar los pagos que se supone que el Gobierno central le da. Los estados indios reciben una gran parte de sus ingresos del Gobierno central, y para obtenerlos tienen que solicitarlos y completar varios trámites burocráticos. Por supuesto, esto requiere (una pequeña) capacidad. Es necesario rellenar los formularios a tiempo, localizar qué está disponible, hacer presupuestos y aprobar planes de gasto. Pero grandes cantidades de dinero destinadas a Bihar nunca se adjudicaron o gastaron. Veamos, por ejemplo, el *Sarva Shiksha Abhiyan*, un importante programa para mejorar la educación primaria, algo que Bihar necesita con desesperación. Entre 2001 y 2007, se reservaron cincuenta y dos mil millones de rupias para Bihar, pero en realidad sólo se gastó la mitad de esa cantidad, veintiséis mil millones. Al mismo tiempo, en el período entre 2002 y 2006, se destinaron

al estado cuarenta mil millones de rupias a través de un programa conocido como *Rashtriya Sam Vikas Yojana*. Se trataba de dinero que podía utilizarse para financiar diferentes tipos de inversiones en infraestructuras físicas y sociales en zonas atrasadas. El Gobierno del estado de Bihar sólo fue capaz de conseguir diez mil de los cuarenta mil millones y, de ellos, sólo logró gastar el 62 por ciento. Aún peor fue la implementación del principal programa para mejorar las carreteras rurales, el *Gram Sadak Yojana*. En este caso, Bihar logró gastar sólo el 25 por ciento del dinero que se le había asignado. Mientras tanto, la mitad de los 394 proyectos pertenecientes al Plan Integrado de Desarrollo Infantil aprobado por el Gobierno nacional nunca se pusieron en marcha. Sistemáticamente, el estado reclama al Gobierno nacional menos de lo que sería posible, e incluso de lo que logra reclamar gasta muchísimo menos de lo que podría.

Todo esto se debía a la estructura ineficiente del estado local de Bihar. Estaba centralizado de una manera absurda; cualquier decisión relacionada con gastos que superaran los 2,5 millones de rupias (el equivalente a cincuenta y cinco mil dólares estadounidenses a mediados de la década de 2000) tenía que aprobarla el Consejo de Ministros del estado. Esto causaba enormes retrasos, y debido a que era necesario gastar el 60 por ciento de cualquier pago procedente de Delhi antes de que se produjeran otros pagos, a menudo era demasiado tarde para solicitar o usar algo que no fuera el primer pago. Según un informe del Banco Mundial de 2005:[227]

> Las normas existentes en la función pública conciben un sistema de contratación, asignación, promoción, sanciones y recompensas basado en el mérito. Sin embargo, el sistema funciona de manera *ad hoc*, sin transparencia ni meritocracia. Los problemas relacionados con el ambiente de trabajo (incluidos aquellos a los que se enfrentan las empleadas), las infraestructuras y el alojamiento, las tensiones locales y los salarios retrasados afectan a la moral de la plantilla [...]. Los magistrados del distrito parecen frustrados por la centralización, la ausencia de apoyo y comprensión de sus superiores, y la inacción frente a los informes de ilegalidades e ineficiencia en los niveles subordinados.

Este análisis sugiere un completo fracaso de las instituciones del estado, pero hay algo más. No sólo se trataba de que «el sistema funciona de manera *ad hoc*, sin transparencia ni meritocracia», en muchos casos en realidad no había nadie allí para que el sistema pudiera funcionar. En la

década de 1990 hubo un gran número de puestos vacantes en el Gobierno que no se cubrieron, lo que provocó una grave escasez de ingenieros. La principal razón de esta situación no fue la falta de gente cualificada, sino el hecho de que el comité de promoción departamental no se reunía e, incluso cuando las reuniones se celebraban, las recomendaciones del comité no se aprobaban. La consecuencia fue que los puestos de ingeniero jefe de los dos principales departamentos de ingeniería, el Departamento de Construcción de Carreteras y la Organización de la Ingeniería Rural, estuvieron vacantes durante mucho tiempo. Los quince puestos de ingeniero jefe de esos dos departamentos, así como 81 de los 91 puestos de ingeniero superintendente, estaban igualmente vacantes. En un nivel inferior de la burocracia, de los 6.393 puestos para ingenieros ejecutivos, adjuntos y júnior, 1.305 estaban vacantes. Este fracaso para designar personas era endémico. Un documento de 2006 publicado por el propio Gobierno de Bihar vincula directamente el problema de las vacantes a la incapacidad para acceder a los fondos del Gobierno nacional:[228]

> Se ha producido una escasez grave de personal técnico en todos los niveles del Departamento de Construcción de Carreteras y de la Organización de la Ingeniería Rural. No se ha llevado a cabo ninguna contratación significativa en los niveles de entrada y los ascensos no se han materializado. La Organización de Control de la Calidad del Departamento de Construcción de Carreteras no es funcional debido a la necesidad de equipo, químicos y personal. La Sección de Planificación Previa tampoco es funcional. Se ha producido un colapso absoluto de la administración técnica. Esto supone una seria limitación, no sólo para la implementación de los trabajos, sino también para la preparación de propuestas de proyectos que permitan conseguir más fondos del Gobierno central o de otras fuentes.

La incapacidad para cubrir las vacantes, para solicitar y gastar los recursos, y en general la falta de capacidad del estado de Bihar no sólo son consecuencias de la desorganización. Son el resultado de estrategias políticas arraigadas en la división y la fragmentación de la sociedad. De hecho, la falta de capacidad del estado, aunque siempre ha estado presente tanto en Bihar con en gran parte de la India, se intensificó de manera significativa a partir de 1990, cuando Lalu Prasad Yadav[229] se convirtió en ministro principal. Los yadav son un *jati* que forma parte de la *varna* shudra y son la casta más numerosa del estado. Como en la mayoría de los lugares en la India, históricamente las castas superiores, en concreto los brahmanes,

habían dominado la política de Bihar. Pero con Lalu Yadav lo shudras sustituyeron a los brahmanes y se hicieron con el control de la política local. Para ganar el poder, los yadav forjaron una nueva coalición política con las castas inferiores a ellos, así como con los musulmanes que estaban fuera del sistema de castas. Su objetivo explícito era reemplazar en el poder a las castas superiores. Esto es clave para entender las vacantes. Las personas que en principio estaban preparadas para ser ingenieros o desempeñar otros trabajos muy cualificados eran de las castas superiores. Lalu Yadav se negó a designarlos. Incluso si la consecuente incapacidad del estado significaba la pérdida de recursos y la incapacidad de proporcionar unos servicios públicos que sus partidarios necesitaban con desesperación, Lalu Yadav minimizó el impacto del «desarrollo», afirmando que éste sólo beneficiaba a las personas de las castas superiores.

La Reina Roja rota

La India es un enigma. Un país muy pobre con un fracaso endémico del Estado y una política disfuncional. Es, al mismo tiempo, la mayor democracia del mundo, con una intensa rivalidad política. ¿Qué explica esta mezcla desconcertante? Hemos sostenido que las raíces de la democracia india se remontan a su historia de participación popular en la política, que recuerda a la política asamblearia de las tribus germánicas que abordamos en el capítulo 6. Pero los paralelismos con la trayectoria europea se acaban aquí. Mientras en Europa la Reina Roja se puso a trabajar y de manera simultánea amplió la capacidad del Estado e institucionalizó y fortaleció la movilización de la sociedad y, en ese proceso, destruyó la jaula de normas, tal cosa no sucedió en la India,[230] lo cual se debe a la naturaleza y el legado del sistema de castas. La división en castas no sólo creó jerarquías arraigadas y desigualdades en la sociedad, sino que distorsionó la naturaleza de la política. La sociedad, fragmentada y en guerra consigo misma, no fue capaz de controlar a las instituciones del Estado y, en particular, le faltó la habilidad necesaria para presionar al Estado para que desarrollara una capacidad mayor. Los brahmanes de la casta superior estaban demasiado ocupados dominando al resto y el resto estaba demasiado preocupado por su

posición en la jerarquía social. Todo el mundo está demasiado atrapado en la jaula de normas. Al menos históricamente, el Estado consideró que era su deber imponer y reforzar el sistema de castas, fortaleciendo la jaula de normas en todo momento.

Cuando después de la independencia llegó la democracia, las castas definieron las líneas directrices de la rivalidad política y debilitaron la competencia democrática. Como observó el antropólogo Béteille: «La debilidad del *panchayat* de la aldea parece surgir de la imposición de una estructura democrática formal en un sustrato social que está segmentado y cuya naturaleza es jerárquica». Con la política democrática a nivel estatal y nacional sucedió lo mismo. La Reina Roja continuó rota cuando la división en castas hizo imposible que la sociedad se organizara más allá de la jerarquía social existente, lograra que los políticos rindieran cuentas ante ella e indujera al Estado a servir a su pueblo. En su lugar, con frecuencia la política de castas debilitó aún más la capacidad del Estado, como hemos visto en Bihar.

La Reina Roja rota tuvo consecuencias predecibles en términos de pobreza. Pero fundamentalmente significó que, incluso dentro del contexto de la política democrática, la libertad había sido inexistente no sólo para los dalits, sino para todos los indios, quienes de manera colectiva continúan dominados por la jerarquía social y la jaula de normas de la casta.

Capítulo 9

El diablo en los detalles[231]

La diversidad europea

Aunque como hemos visto en el capítulo 6 las dos hojas de la tijera europea situaron a buena parte del continente cerca o en el interior del pasillo, se mantuvo cierto grado de diversidad que se desarrolló durante los siglos posteriores. Inglaterra se movió en el pasillo hacia una forma de gobierno mucho más participativa, que supervisaba la ampliación de la capacidad del Estado. La Confederación Suiza, comprimida entre Francia, Italia, el sur de Alemania y Austria, ya estaba asimismo dentro del pasillo y había creado un «ejército ciudadano» para defenderse contra los Habsburgo y una poderosa asamblea que controlaba la política. En palabras de Nicolás Maquiavelo en *El príncipe*, escrito en 1513:[232]

> Roma y Esparta durante muchos siglos permanecieron armadas y libres. Los suizos están extremadamente armados y son muy libres.

De hecho, el veredicto general de los historiadores es que los campesinos suizos «carecían de la servidumbre feudal y, como signo de su libertad, estos campesinos de las montañas llevaban armas y exigían «honor» incluso a los nobles [...]. Las estructuras de sus clanes medievales tenían poco que ver con la apariencia de nuestras formas democráticas, pero esos campesinos eran "libres"». Más al norte, sin embargo, Prusia desarrolló una clase de Estado muy distinto, cuyo carácter despótico resume la ocurrencia del filósofo francés Voltaire, según el cual aunque

> otros Estados disponen de un ejército, Prusia es un ejército que dispone de un Estado.[233]

Un poco más al sur, en Albania o Montenegro, la situación era completamente distinta, sin una autoridad estatal centralizada y con continuos enfrentamientos como consecuencia del vacío creado por la ausencia de Estado incluso hasta bien entrado el siglo XX. El escritor e intelectual montenegrino Milovan Djilas describió el alcance de los enfrentamientos en la década de 1950, al escribir sobre la historia de su propia familia:[234]

> Los hombres de varias generaciones han muerto a manos de los montenegrinos, hombres de la misma fe y el mismo apellido. El abuelo de mi padre, mis dos abuelos, mi padre y mi tío fueron asesinados, como si una temible maldición se cerniera sobre ellos [...]. Una generación tras otra, y la cadena de sangre no se rompía. El miedo y el odio heredados de los clanes enfrentados era más poderoso que el miedo y el odio al enemigo, los turcos. Tengo la sensación de que nací con sangre en los ojos. Mi primera visión fue de sangre. Mis primeras palabras fueron sangre y bañadas en sangre.

¿Qué explica estas diferencias? ¿Por qué estas unidades políticas europeas divergieron de una manera tan radical cuando partían de condiciones básicamente similares?

En este capítulo explicamos cómo nuestro marco conceptual se puede aplicar para responder a estas preguntas y, al mismo tiempo, mostramos la manera en que esclarece de forma más general los efectos de los cambios políticos, internacionales, económicos y demográficos, en ocasiones denominados «cambios estructurales». La forma más común en que los científicos sociales han abordado las implicaciones de los distintos factores estructurales es sosteniendo que éstos crean afinidades naturales para ciertas clases de desarrollo económico y político; por ejemplo, se sostiene que la guerra y la movilización militar inducen una mayor capacidad estatal, mientras que ciertas clases de cultivos, como el azúcar y el algodón, conducen al despotismo, y otros, como el trigo, preparan las condiciones para la política democrática. Nuestro marco muestra por qué esto no es necesariamente así. El mismo factor estructural puede tener impactos muy distintos en la trayectoria de una unidad política dependiendo del equilibrio de poder previo entre el Estado y la sociedad.

Las ideas clave pueden considerarse en el contexto de la figura del capítulo 1 que resume nuestro marco conceptual. Este cuadro, que aquí se reproduce como la figura 2, deja claro que la existencia de unas condiciones muy similares en lo que respecta al poder del Estado y la sociedad no son ninguna garantía de que dos unidades políticas distintas sigan trayectorias muy similares. Eso depende de si están en el mismo lado de la frontera que demarca las regiones de los leviatanes despótico, encadenado o ausente. Este gráfico también subraya el hecho de que los efectos de los factores estructurales serán muy distintos dependiendo de la posición inicial de las distintas naciones. Consideremos un aumento de la capacidad del Estado, que en el gráfico se corresponde con un movimiento vertical ascendente a medida que aumenta el poder del Estado (mientras el poder de la sociedad permanece constante). Podría ser éste el cambio que introduce a una unidad política en el pasillo, como indica la flecha marcada como flecha 1 en el gráfico. Pero también podría ser la fuerza que desplaza a una sociedad que estaba alojada en el pasillo fuera de él y la acerca al Leviatán despótico, como ilustra la flecha 2. O podría no tener tantas consecuencias, porque acerca un poco al pasillo a una sociedad con un Leviatán ausente, pero no altera el destino a largo plazo, como muestra la flecha 3. De modo que cuando se trata de los efectos de los factores estructurales, el diablo sin duda está en los detalles.

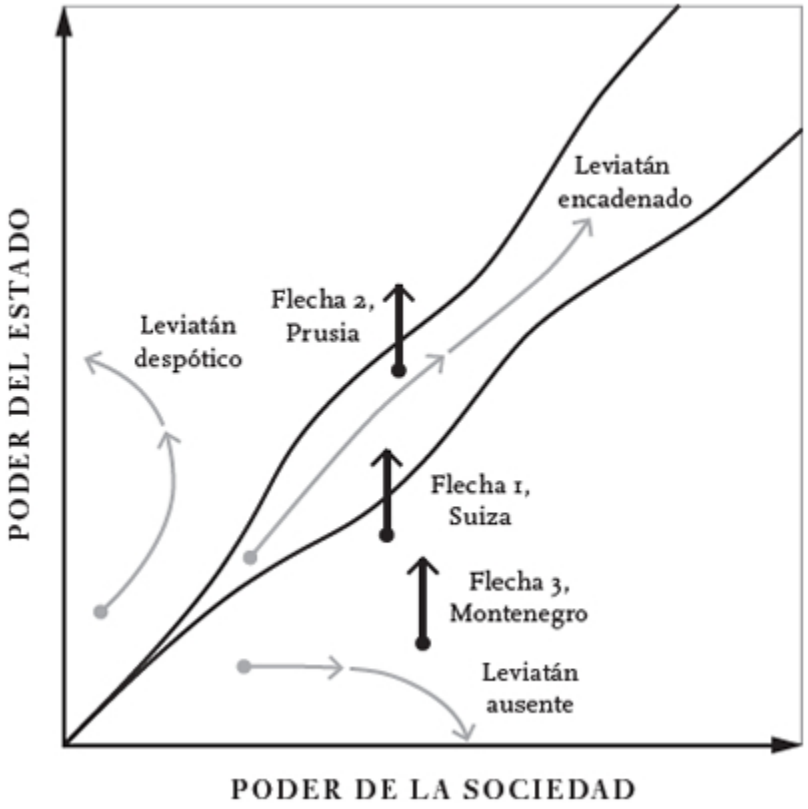


Figura 2 Los efectos divergentes de un aumento del poder del Estado.

En el resto de este capítulo desarrollamos estas ideas, centrándonos en la historia europea y el contraste entre Suiza, Prusia y Montenegro, y una clase muy específica de factor estructural: el aumento de la capacidad y el poder del Estado propiciado por la movilización militar y la guerra. Estas ideas y sus aplicaciones no se limitan a la historia europea. Demostramos que también son útiles para comprender la manera en que algunos grandes *shocks* más recientes han generado respuestas muy diversas, por ejemplo, en el contexto del colapso de la Unión Soviética, que dio pie al nacimiento de toda clase de Estados en la Europa del Este y Asia. Por último, abordamos cómo la primera oleada de globalización económica de la segunda mitad del siglo XIX afectó de manera distinta a las diferentes sociedades poscoloniales, centrándonos en particular en la divergencia entre Costa Rica y Guatemala.

La guerra hizo al Estado, y el Estado hizo la guerra

Este título es una cita literal del sociólogo político Charles Tilly,[235] que formuló una de las teorías más famosas sobre el papel que desempeña un factor estructural específico —la creciente incidencia y amenaza de guerra entre Estados— en la construcción de un Estado. Aplicó esta idea a la Europa occidental de principios del período moderno con el argumento de que la amenaza de un estado de guerra intensificado después de la «revolución militar» del siglo XVII llevó a la creación de los Estados modernos.[236] La revolución militar introdujo armas de fuego más portátiles y poderosas, nuevas tácticas militares y mejores fortificaciones. A continuación vinieron los ejércitos permanentes y una incrementada competición entre Estados. Tilly sostuvo que eso también revolucionó la política, porque forzó a los Estados a crear sistemas de recaudación de impuestos mucho más efectivos e infraestructuras para poder pagar, equipar y transportar grandes ejércitos. En relación con nuestra teoría, esto se corresponde con un aumento inducido del poder del Estado para hacer frente a las necesidades de la guerra. Tilly tenía razón en que un cambio así puede alterar de manera fundamental las dinámicas del desarrollo político, como ilustra la flecha 1 de la figura 2, pero también puede tener consecuencias bastante distintas.

Suiza es el ejemplo perfecto del argumento de Tilly, aunque en este caso la construcción del Estado fue anterior a la revolución militar. Históricamente, Suiza[237] formaba parte del Sacro Imperio Romano, la institución sucesora de la parte oriental del Imperio carolingio de Carlomagno. El imperio aún tenía un emperador, pero se había fragmentado en muchas unidades políticas pequeñas y relativamente independientes, y el emperador, de hecho, era elegido por algunas de ellas. Ya hemos visto cómo en el norte de Italia, que estaba bastante lejos del centro del imperio en Alemania, estas entidades políticas afirmaron su independencia. Suiza también estaba en la periferia del imperio, aunque no separada y aislada por los Alpes como Italia. El control imperfecto del Sacro Imperio Romano sobre esta zona permitió que las entidades políticas que componían Suiza, los cantones, desarrollaran sus propios sistemas y asambleas. Esos cantones, algunos rurales, otros en gran medida urbanos, acabaron pues reproduciendo el modelo más general de la política asamblearia heredada

de las tribus germánicas, que había vuelto a aparecer a medida que el imperio se debilitaba. La Confederación Suiza se creó en 1291, cuando los cantones de Uri, Schwyz y Unterwalden, juraron y firmaron la *Bundesbrief* (Carta Federal), en Rütli, una pradera sobre el lago de Lucerna (véase el mapa 13). La carta era un intento de centralizar la autoridad y se centraba sobre todo en el orden público y el desgobierno. La primera cláusula fundamental decía:[238]



Mapa 13 La divergencia europea: Brandeburgo-Prusia, Suiza y Montenegro.

> Así pues, todas las personas de la comunidad del valle de Uri, el conjunto del valle de Schwyz y la comunidad de personas de la parte baja del valle de Unterwalden reconocen la malicia de los tiempos y, para su propia protección y preservación, han prometido asistirse mutuamente con todos los medios posibles, con cualquier consejo y favor, con las personas o los bienes dentro de sus valles y sin ellos, contra cualquiera y todo aquel que inflija sobre ellos o cualquiera entre ellos actos de violencia o injusticia contra personas o bienes.

Era, en realidad, un pacto que obligaba a los tres cantones a socorrerse mutuamente y proporcionaba un marco para resolver desacuerdos, al afirmar que «en caso de que surgieran disputas entre cualquiera de los pueblos unidos por este juramento, los más prudentes entre los confederados solventarán el conflicto entre las partes. Todos los demás confederados defenderán este veredicto contra cualquiera que lo rechace». No especificaba quiénes eran los «más prudentes», pero se interpreta esta cláusula como la estipulación del arbitrio de uno de los cantones si los otros dos, o los ciudadanos de los otros dos, se enzarzaban en una disputa. ¿Quizá estén aquí las raíces de la legendaria habilidad de los suizos para llegar a pactos?

Uri, Schwyz y Unterwalden eran parte del Sacro Imperio Romano. Se suponía que estaban sometidos al duque de Austria, de los Habsburgo. Hacer pactos no era asunto suyo. Los Habsburgo no aprobaron esa organización autónoma, y sin duda no les gustó la cláusula que decía:

> Hemos además prometido y establecido que nosotros en estos valles no aceptaremos ningún juez que haya obtenido su cargo por dinero o por cualquier otro precio y que no sea residente o nativo.

Ya no se tolerarían más jueces Habsburgo. En 1315 el primer ejército Habsburgo fue expulsado después de la batalla de Morgarten. A continuación se produjeron más pactos y surgió lo que se acabaría llamando la Confederación Suiza. Lucerna se unió en 1332. La Liga de Zúrich de 1351 estipulaba de manera específica que todo aquel que la firmara acudiría en ayuda de cualquier otro que estuviera amenazado por los Habsburgo. Glaris se unió en 1352 y Berna en 1353. El duque Leopoldo II de Austria decidió poner fin a la testarudez suiza, pero su ejército fue derrotado por las fuerzas sumadas de la confederación en 1386 en la batalla de Sempach. El propio Leopoldo murió allí junto con muchos otros nobles locales que habían luchado a su lado. Esto no liberó exactamente a los suizos de la dominación de los Habsburgo. Hubo que esperar hasta la última batalla, en 1499, a la que siguió el Tratado de Basilea, que reconocía la autonomía *de facto* de la confederación. La decidida construcción de abajo arriba del Estado suizo continuó a lo largo del siglo XV. Como parte de este proceso,

la gente rural se liberó de cualquier obligación feudal restante y, a medida que eso sucedía, lo que quedaba de la nobleza suiza desapareció lentamente. Entonces, la transformación que estaba teniendo lugar entre los suizos ya había sido percibida en todo el imperio y se acuñó la expresión *schweytzer warden*, «hacer como Suiza». Significaba que los campesinos intentaban ser autónomos. Desde 1415, empezó a reunirse regularmente una asamblea formada por delegados de todos los cantones de la confederación. Se admitió a Friburgo y Soleura en 1481, a Basilea y Schaffhausen en 1501 y a Appenzell en 1513.

Esto sucedió, de manera coherente con la teoría de Tilly, en el contexto de las crecientes amenazas militares de los Habsburgo, que hacían que para los cantones fuera más beneficioso unirse y aumentar la capacidad del Estado suizo. La victoria de Sempach había mostrado el poder de la infantería suiza incluso al enfrentase a caballeros armados. Ya en 1424 Florencia pidió la Asamblea de la confederación de mercenarios, y durante los siglos posteriores los suizos se especializaron en proporcionar esos soldados a los países en guerra de toda Europa. Al principio, el reclutamiento de estos mercenarios estaba descentralizado, organizado por empresarios privados y varios cuerpos cantonales. Pero resultó evidente que la actividad mercenaria suponía una amenaza para la seguridad y la autoridad del Estado. De modo que en 1503 la asamblea aprobó una ley que estipulaba que la Asamblea tenía que aprobar cualquier reclutamiento. Un motivo era evitar la posibilidad de que dos ejércitos suizos se enfrentaran mutuamente, como había sucedido en Novara en 1500, con uno de ellos empleado por Francia y el otro luchando por Milán. La paz final con los Habsburgo no impidió nuevas amenazas de Francia, Milán y los duques de Wurtemberg, y continuaron las exigencias militares a las que se enfrentaba el Estado suizo, como también lo hizo el proceso de construcción del Estado.

En el caso suizo la amenaza de guerra, en particular la persistente amenaza de los Habsburgo de reestablecer el señorío del Sacro Imperio Romano, parece haber sido un incentivo importante para que los cantones y las ciudades, ya de por sí individualistas, se unieran en una confederación más grande, centralizaran la autoridad y aumentaran la capacidad de su

Estado. Antes de esta centralización, es probable que los cantones suizos estuvieran fuera del pasillo y se basaran en estructuras de clanes, y no en leyes o en la autoridad del Estado, para resolver disputas o hacer cumplir las leyes. Pero esta herencia también significaba que los campesinos suizos eran libres y la sociedad ya estaba movilizada. La centralización que empezó en 1291 se produjo en el contexto de una sociedad que tenía la fuerza suficiente para resistir y equilibrar el creciente poder del Estado, lo que dio pie a la transición hacia el pasillo e inició un proceso de expansión gradual de las capacidades tanto del Estado como de la sociedad.

El movimiento del Estado y la sociedad a lo largo del pasillo creó no sólo las condiciones para la libertad, sino también, de manera predecible, los incentivos y las oportunidades para la prosperidad económica. Los suizos se volvieron famosos, primero, por sus relojes y más tarde por la maquinaria industrial, y luego se hicieron con la industria farmacéutica global. Utilizaron su ventaja comparativa en vacas y leche para convertirse en grandes productores de chocolate. Suiza tiene el mayor ingreso per cápita de todos los países de Europa (sin contar pequeños enclaves como Luxemburgo o Mónaco).

En Suiza, la guerra hizo al Estado, como habría dicho Tilly, pero también hizo a la sociedad. Suiza siguió construyendo una de las democracias más vibrantes de Europa. Pero como subraya la figura 2, ese proceso no está ni mucho menos predestinado. La amenaza de guerra puede suscitar también dinámicas muy distintas.

La clase de Estado que hizo la guerra

En Europa no hace falta ir muy lejos para ver que si la guerra hizo al Estado, dio lugar a distintas clases de Estado en diferentes circunstancias. El ejemplo principal es Prusia.[239] Aunque nunca fue parte del Sacro Imperio Romano, en 1618 Prusia se fusionó mediante un matrimonio con Brandeburgo, que sí lo era (véase el mapa 13). La familia que gobernaba Brandeburgo, los Hohenzollern, se convirtió en la familia dirigente de Brandeburgo-Prusia, cuyo gobernante era conocido como elector. Eran tiempos difíciles, puesto que se estaba librando la Guerra de los Treinta

Años y los ejércitos invasores cruzaban Europa. El elector Jorge Guillermo intentó con desesperación quedar al margen del conflicto, pero tuvo que ceder cuando el rey de Suecia, Gustavo Adolfo, le dijo que la neutralidad no era una opción. «¿Qué puedo hacer? Tienen todas las grandes armas», fue como Jorge Guillermo informó del incidente, como es bien sabido. Brandeburgo resultó particularmente devastado y perdió hasta la mitad de su población.

En 1640 Federico Guillermo I llegó al trono como nuevo elector. Gobernó durante cuarenta y ocho años y estableció un nuevo rumbo para Brandeburgo-Prusia, y en ese proceso llegó a ser conocido como el Gran Elector. La experiencia prusiana durante la Guerra de los Treinta Años convenció a Federico Guillermo de que necesitaba «armas grandes». Como él dijo:

> He experimentado antes la neutralidad; incluso bajo las circunstancias más favorables, te trata mal. He prometido nunca más ser neutral mientras viva.

Esto significaba una mayor capacidad del Estado. Con armas grandes, el Estado podría ejercer un control mayor. Pero para conseguir armas grandes, eran necesarios mayores ingresos fiscales. Sería fácil recaudar más ingresos fiscales si Federico Guillermo pudiera aumentar su poder sobre la sociedad, y eso es lo que hizo. Con anterioridad, los impuestos tenían que negociarse con varios cuerpos representativos, como los estados de Kurmark de Brandeburgo. Empezó intentando conseguir concesiones permanentes de impuestos que le liberaran de la necesidad de buscar la aprobación de los Estados. En 1653, negoció el llamado Receso de Brandeburgo, que le proporcionó 530.000 táleros en un período de seis años. De manera crucial, él se encargó de recaudar los impuestos, y no los estados de Kurmark. A cambio, concedió a la nobleza, que conformaba la cámara de los Estados, un estatus de exención de impuestos. Ésta fue una inteligente estrategia de dividir y gobernar, que separó con éxito las distintas cámaras de los Estados y aseguró que no formaran una fuerza unificada contra él. Procedió a obtener concesiones similares de los Estados prusianos.

Después, Federico Guillermo ignoró la autoridad de los Estados y empezó a cobrar impuestos sin su consentimiento, algo que podía hacer porque la decisión de 1653 le permitía iniciar la construcción de una administración de hacienda. En 1655 fundó el *Kriegskommissariat* (el «comisariado de guerra»), que se ocupaba tanto de la recaudación de impuestos como de la organización militar. En 1659, los Estados ya estaban atrofiados y se limitaban a gestionar cuestiones locales. Mientras tanto, Federico Guillermo burocratizó el Estado y otras dimensiones del Kurmark. Transformó el Consejo Real, conformado por unos cuantos aristócratas, en una administración formada por funcionarios profesionales. Entre 1348 y 1498, se fundaron en Europa central dieciséis universidades y en 1648 habían abierto otras dieciocho, lo cual significaba que había un gran grupo de licenciados bien cualificados que se habían formado en derecho romano a los que se podía atraer para hacer funcionar una burocracia meritocrática. Los gobernadores se nombraban para gestionar los diferentes territorios bajo el control del elector. Después de 1667, introdujo impuestos indirectos al comercio. La administración de las propiedades reales también se reconfiguró y la tierra se alquiló a agricultores privados a cambio de dinero, lo que aumentó drásticamente los ingresos del Gobierno. En 1688, Brandeburgo, Prusia y el ducado de Cléveris, los territorios más grandes, pagaban un millón de táleros al año en impuestos, mientras que 600.000 táleros procedían de las otras regiones bajo el control de Federico Guillermo.

A partir de 1701, el hijo de Federico Guillermo, Federico III, cambió Brandeburgo-Prusia por Reino de Prusia y se coronó a sí mismo rey Federico I. Su hijo, llamado rey Federico Guillermo I (no confundir con el Gran Elector del siglo previo con idéntico nombre) gobernó entre 1713 y 1740, y su nieto, Federico II, conocido como Federico el Grande,[240] lo hizo a partir de 1740. Padre e hijo intensificaron el proyecto que había iniciado el Gran Elector.

En 1723, la burocracia se reestructuró de nuevo con la creación del Directorio General, al fusionarse el anterior comisariado de guerra con la administración de las propiedades reales y poniéndolo todo al servicio del ejército. En 1733, Federico reorganizó por completo la base del

reclutamiento militar. Dividió el territorio en cantones de cinco mil hogares y le asignó a cada uno un regimiento para el reclutamiento. A los diez años, cada niño varón era incluido en las listas de reclutamiento. Aunque algunas ocupaciones y personas estaban exentas, al menos una cuarta parte de la población era incluida en las listas. Esto aumentó de manera radical el tamaño del ejército. En 1713, el ejército tenía alrededor de treinta mil soldados en tiempos de paz. En 1740, cuando Federico el Grande heredó el poder de su padre, la cifra era de ochenta mil. Mientras tanto, su padre había logrado aumentar los ingresos fiscales casi un 50 por ciento. Federico el Grande tenía una nueva estrategia para ampliar aún más la base impositiva de Prusia y su maquinaria militar: lanzó una agresiva estrategia de expansión territorial.

La guerra pudo hacer al Estado en Prusia, pero fue uno famoso por ser despótico. Así es sin duda como los gobernantes pensaban en él. El propio Gran Elector observó: «Mientras Dios me dé aliento, impondré mi gobierno como un déspota». Federico el Grande estaba de acuerdo y afirmó:

> Un Gobierno bien dirigido debe tener un sistema firmemente establecido [...] en el cual las finanzas, la policía y el ejército se combinan para promover el mismo fin, el fortalecimiento del Estado y la expansión de su poder. Ese sistema sólo puede derivarse de un cerebro.

En el siglo XVI, Prusia, como muchas otras partes del Sacro Imperio Romano, estaba dentro del pasillo con unos Estados poderosos que limitaban a la monarquía. La guerra, que aumentaba el poder del Estado, lo empujó fuera del pasillo, como ilustra la flecha 2 de la figura 2, un resultado muy distinto del que la guerra contribuyó a crear en Suiza. Prusia no miró atrás y avanzó con rapidez por el camino despótico.

Esto tuvo consecuencias predecibles para la libertad, que lejos de florecer como en el caso suizo, fue completamente extinguida. Según la valoración del enviado británico Hugh Elliott:

> La monarquía prusiana me recuerda a una inmensa cárcel en el centro de la cual aparece el gran guardián a cargo del cuidado de sus cautivos.

Libertad en las alturas

El impacto de la guerra no se limita a la creación de leviatanes encadenados o despóticos. Montenegro[241] tenía un gran número de semejanzas con Suiza. También había formado parte del Imperio romano, aunque de manera más periférica, y compartían una ecología montañosa y una economía basada en la ganadería. El gran historiador Fernand Braudel destacó la manera en que el territorio europeo creaba determinadas clases de sociedades, al sostener que «las montañas son montañas; es decir, sobre todo un obstáculo, y por lo tanto un refugio, una tierra de los libres».[242] Libres como los suizos. Pero en cierto sentido la gente también era bastante libre en Montenegro y Albania. Edith Durham, una de las primeras europeas occidentales que estudió de manera sistemática los Balcanes, inicia su famoso libro, *High Albania*, con el verso de un poema de lord Tennyson, «De antaño se sentaba la libertad en las cumbres».[243] Pero la relación entre la libertad y el Estado es compleja. Como hemos visto, la expansión del Estado con frecuencia es combatida porque la gente quiere preservar su libertad frente a la autoridad. Eso es exactamente lo que sucedió en Montenegro, a pesar de que experimentara de manera continua la presión de la guerra.

En realidad, antes de 1852 Montenegro era una teocracia en la que, sin embargo, el obispo gobernante, el *vladika*, no podía ejercer autoridad coercitiva sobre los clanes que dominaban la sociedad. Después de una visita en 1807, el general francés Marmont observó: «Este *vladika* es un hombre espléndido, de unos cincuenta y cinco años de edad, con un fuerte espíritu. Se conduce con nobleza y dignidad. Su autoridad positiva y legal no es reconocida en su país».[244] Ciertamente, la autoridad del Estado tampoco era muy reconocida en su país.

La clave para comprender por qué esto era así y por qué en Montenegro no se formó ningún Estado es que estaba más alejado del pasillo que Suiza. Estaba formado por grupos de parentesco, clanes y tribus que carecían de los elementos de centralización que los suizos habían heredado de los carolingios. Hay muchas semejanzas entre Montenegro y otras sociedades, como los tiv, que han rechazado categóricamente la

autoridad estatal centralizada. Como un académico dijo de Montenegro, «los intentos continuados de imponer un Gobierno centralizado estaban en conflicto con la lealtad tribal».[245]

La guerra contra los otomanos indujo a los clanes a intentar coordinarse más. En 1796, justo antes de la batalla clave de Krusi, una asamblea de jefes tribales montenegrinos se reunió en Cetiña y adoptó una medida llamada *stega*, o «cierre», que proclamaba la unificación de las tierras centrales montenegrinas. Dos años más tarde se reunieron de nuevo y aceptaron convocar un «consejo» de cincuenta miembros; en términos prácticos, era la primera vez que existía una estructura institucionalizada de gobierno por encima de la tribu. En 1796, el primer intento de crear un código legal, promovido por el *vladika* Pedro I, reflejó el hecho de que el orden de la sociedad estaba regulado por la institución de las venganzas de sangre e incluía las cláusulas:[246]

> Un hombre que golpee a otro con su mano, pie o pipa, le pagará una multa de cincuenta cequíes. Si el hombre golpeado mata al momento a su agresor, no será castigado. Ni será castigado un hombre por matar a un ladrón sorprendido en el acto.
>
> Si un montenegrino en defensa propia mata a un hombre que le ha insultado [...] debería considerarse que la muerte fue involuntaria.

Esto se parece más a la Ley Sálica de Clodoveo o al código legal del rey Alfredo que a un sistema legal moderno. Pero en este caso apenas se produjeron los subsiguientes esfuerzos de Clodoveo o Alfredo para construir un Estado. Los enfrentamientos continuaron sin la presencia de la autoridad de un Estado centralizado.

La ausencia de una autoridad estatal y la prevalencia de las venganzas duró el tiempo suficiente como para que el antropólogo Christopher Boehm[247] fuera capaz de reconstruirlas con gran detalle en la década de 1960. Boehm capta la dificultad esencial de la autoridad central de Montenegro al escribir: «Sólo cuando su líder central intentó institucionalizar medios contundentes para controlar las disputas, los hombres de las tribus se mantuvieron firmes en su derecho a seguir sus tradiciones antiguas. Esto se debió a que percibían esa interferencia como una amenaza a su autonomía política básica». Boehm se refiere a los

intentos del *vladika* Njegos de establecer la autoridad del Estado en Montenegro en la década de 1840. Djilas analizó la misma situación en los siguientes términos:[248]

> Fue el choque entre dos principios: el Estado y el clan. El primero defendía el orden y una nación, y se oponía al caos y la traición; el segundo defendía las libertades de los clanes y se oponía a las acciones arbitrarias de una autoridad central impersonal: el Senado, la guardia, los capitanes.

Djilas registra que las reformas de Njegos fueron inmediatamente confrontadas por la revuelta de los clanes Piperi y Crmnica porque «la imposición del gobierno y un Estado estaba acabando con la independencia y la libertad interna de los clanes».[249] A Njegos le sucedió su sobrino Danilo, que en 1851 se convirtió en el primer príncipe laico de Montenegro, pero su proyecto de construir algo parecido a un Estado también se encontró con una fiera oposición. El intento de subir los impuestos en 1853 provocó el levantamiento de los clanes, y los Piperi, Kuči y Bjelopavlići se declararon Estados independientes. Un miembro de los Bjelopavlići asesinó a Danilo en 1860.

La guerra creó Estados de distinta clase en Suiza y Prusia, pero no tanto en Montenegro o, en ese sentido, tampoco en la vecina Albania, donde la sociedad siguió estando muy fragmentada y recelaba del poder centralizado. Cuando los montenegrinos lucharon contra los otomanos, no crearon una poderosa autoridad centralizada, sino que utilizaron sus estructuras tribales. La presión para aumentar la capacidad del Estado, como en el caso de la flecha 3 de la figura 2, fue insuficiente para que Montenegro o Albania se acercaran al pasillo. Permanecerían con un Leviatán ausente.

Nuestra teoría también subraya las consecuencias irónicas de esta resistencia por la libertad. Aunque siguieron libres del control estatal y mantuvieron sus estructuras de clan igualitarias, los montenegrinos continuaron sujetos a la dominación y la inseguridad debido a las disputas endémicas. Para ellos, esto era mejor que ser dominados por los otomanos o el *vladika*, pero aún estaba muy lejos de la libertad. La sociedad estaba armada y era violenta. Una pregunta interesante es: ¿por qué, en contraste

con muchas otras sociedades sin Estado, como los asante, los tiv y los tonga que hemos visto en África, Montenegro o Albania no desarrollaron normas para controlar las disputas y la violencia recurrente? Una posibilidad es que esto se debiera, de hecho, a las guerras incesantes. En estas sociedades, la violencia tenía que ser parte de cualquier orden y eso dificultó la creación de cualquier clase de orden social no violento.

Diferencias que importan

Los lectores que conozcan nuestro libro anterior, *¿Por qué fracasan los países*?, verán algunos paralelismos entre la explicación que damos aquí de las implicaciones divergentes de los factores estructurales y el papel de las pequeñas diferencias institucionales durante las encrucijadas críticas en nuestra obra anterior. Nuestro análisis en *¿Por qué fracasan los países*? hacía hincapié en cómo los grandes *shocks* pueden generar respuestas muy distintas dependiendo de las instituciones vigentes. Aquí, nuestra teoría va más allá, porque distingue entre sociedades bajo el control de Estados despóticos y las que carecían de un Estado centralizado, y también porque se centra de manera explícita en las dinámicas de la capacidad del Estado y en la habilidad de la sociedad para controlar al Estado y a las élites. Este marco más completo lleva a una discusión más matizada, al aclarar las fuentes del comportamiento divergente: cambios en varios factores estructurales pueden llevarnos a distintas partes de la figura 2. Este marco subraya las implicaciones dinámicas de esas diferencias de un modo que va mucho más allá de nuestro libro anterior. Por ejemplo, Prusia, como Suiza, fue capaz de construir una capacidad estatal considerable frente a las amenazas crecientes de la guerra entre Estados, pero esto condujo a una clase muy distinta de evolución del Estado.

De hecho, de manera coherente con la teoría de este libro, Prusia acabó teniendo, en última instancia, menos capacidad estatal que Suiza. En un primer momento, esto puede parecer paradójico. Todo ese énfasis en controlar la sociedad, aumentar los ingresos y librar guerras, ¿acaso no debería llevar a un gran aumento de la capacidad? El hecho de que no lo

haga es una de las implicaciones distintivas de nuestra teoría, como ya ha subrayado el capítulo 2. En ausencia del efecto de la Reina Roja, el desarrollo de la capacidad del Estado siempre será incompleto.

Veamos uno de los servicios públicos más básicos que debe proveer el Estado, la resolución de disputas y la justicia. Aunque Prusia creó un Estado despótico, lo hizo sin la cooperación de la sociedad. En consecuencia, las instituciones del Estado se construyeron sobre las estructuras feudales preexistentes. Los nuevos sistemas basados en méritos se fusionaron con una estructura más antigua descrita por un historiador como «mantenida por el patrocinio aristocrático, la herencia social, el amateurismo y, con frecuencia, los cargos en propiedad». Esta propiedad fue evidente en la importancia que tuvieron varias familias aristocráticas, por ejemplo, los Heinitz, Von Reden, Von Hardenberg, Von Stein, Dechen Gerhard y sus parientes, que dominaban los puestos burocráticos. A medida que ocupaban los puestos más altos, reprimían intensamente a los siervos en lo más bajo, que suponían el 80 por ciento de la mano de obra en la agricultura. Lo lograron por medio del control de los tribunales feudales, que podían administrar castigos que iban desde las pequeñas multas por delitos menores a castigos corporales, entre ellos los azotes y el encarcelamiento. De modo que había poca aplicación de justicia, y en su lugar se utilizaban sistemáticamente los tribunales para imponer el orden feudal. Aunque parecía impresionante, este Estado despótico tenía dificultades para imponer la mayor parte de sus políticas. Una consecuencia evidente de esta falta de capacidad, a pesar de todos los ingresos fiscales y los gastos militares, fue la derrota aplastante de los ejércitos prusianos en Jena en 1806. La gran ventaja francesa provino del hecho de que tres personas distintas estaban nominalmente a cargo del ejército prusiano y tenían cinco planes distintos de batalla sobre los que no se pusieron de acuerdo.

La situación en Suiza era muy distinta. La Confederación Suiza se fundó en 1291, con la exigencia de la resolución objetiva de las disputas, que los tribunales de los Habsburgo no proporcionaban. Los magistrados se elegían a nivel local y el Estado se construyó desde abajo, mediante una serie de promesas, compromisos y pactos legítimos que reconocían la

autonomía y el autogobierno de la sociedad local. Las obligaciones feudales se desvanecieron o se negoció su desaparición. Los tribunales feudales fueron poco a poco sustituidos por la igualdad ante la ley. Los suizos erradicaron la clase de despotismo local que los campesinos prusianos tenían que soportar (y con el que no cooperaban si podían evitarlo).

Armados con este marco general, ahora revisitaremos varios puntos de inflexión en la historia europea, algunos de los cuales ya fueron abordados en *¿Por qué fracasan los países*?, pero ahora con conocimientos adicionales sobre las dinámicas de lo que implican para los Estados y las sociedades de Europa.

En los siglos XIV y XV, un punto de inflexión importante en Europa fue el colapso de la población después de la peste negra. Como hemos visto en el capítulo 6, el orden feudal, aunque no pudiera eliminar por completo el equilibrio entre el Estado y la sociedad en Inglaterra, había creado una ventaja significativa para las élites, con su control de los campesinos y la sociedad en muchas partes de Europa. Con poblaciones decrecientes y una sociedad más envalentonada como resultado de la gran escasez de mano de obra, las élites feudales se volvieron menos capaces de controlar y obtener impuestos y obligaciones de trabajo servil de sus siervos. Los siervos pidieron que se redujeran sus obligaciones y, a pesar de las restricciones feudales sobre la movilidad laboral, empezaron a abandonar las casas señoriales. En nuestro marco, este cambio se corresponde con un aumento del poder de la sociedad, y en muchas partes de la Europa occidental el resultado fue un alejamiento del control despótico del Estado y de las élites sobre la sociedad. Supuso un avance significativo en el pasillo. Pero en la Europa oriental, donde en el siglo XIV los terratenientes y las élites ya eran más dominantes, las cosas salieron de una manera bastante distinta. En este caso, la movilización de los campesinos fue más limitada e insuficiente para acercar estos lugares al pasillo, y no se produjo un daño duradero al poder del Leviatán despótico. Después, el segundo acto de esta confrontación se manifestó con la «segunda servidumbre», que aumentó de manera significativa la dominación de las élites sobre la sociedad. En este contexto

de decrecimiento de la población en toda Europa y la creciente demanda de productos agrícolas en Occidente, los poderosos terratenientes de la Europa oriental tuvieron incentivos para aumentar sus demandas a los campesinos, que consiguieron ejerciendo un mayor control sobre ellos. A finales del siglo XVI, en el Este había surgido una explotación mucho más intensa de los siervos. De modo que mientras Inglaterra, Francia y los Países Bajos avanzaban en el pasillo, Polonia, Hungría y otras partes de Europa oriental se adentraron aún más en las tierras del Leviatán despótico.

Las influencias potencialmente divergentes en el desarrollo político de una nación no sólo proceden de las amenazas militares o los *shocks* demográficos, sino de grandes oportunidades económicas. Un cambio así, que reconfiguró las trayectorias europeas, llegó con el descubrimiento de Cristóbal Colón de las Américas y el paso por el cabo de Buena Esperanza de Bartolomé Díaz. Una vez más, los distintos equilibrios entre el Estado y la sociedad produjeron respuestas divergentes. En Inglaterra, como hemos mencionado en el capítulo 6, los estrechos límites que tenían la Corona y sus aliados sobre lo que podían hacer respecto a la monopolización del comercio de ultramar significaron que fueron nuevos grupos de mercaderes quienes se beneficiaron más de estas oportunidades económicas. Esto potenció un aumento del poder y la firmeza de la sociedad en su larga lucha contra la Corona. Los mercaderes, que ya se habían beneficiado del comercio con el Nuevo Mundo, pretendían seguir haciéndolo y, por lo tanto, se convirtieron en algunos de los principales partidarios del Parlamento durante la guerra civil inglesa que tuvo lugar entre 1642 y 1651, y después se concentraron de nuevo en grandes sectores de la oposición a Carlos II y Jaime II en la época previa a la Revolución Gloriosa. Aunque en Inglaterra estas nuevas oportunidades económicas alteraron el equilibrio entre el Estado y la sociedad en favor de esta última, no hicieron lo mismo en España y Portugal, donde las monarquías habían sido capaces de crear monopolios de ultramar. Esta diferencia se debió, en gran medida, al equilibrio de poder inicial, que favoreció a las élites en esos países. La Iberia romana había sido conquistada también por una tribu alemana, los visigodos, que dejaron un legado de asamblea, más tarde institucionalizado en las Cortes de Castilla, León o Aragón (véase el mapa 8 en el capítulo 6).

Pero después de las invasiones árabes que empezaron en el siglo VIII, y que empujaron a Iberia fuera del pasillo, éstas sobrevivieron sólo en el norte del país. La «reconquista» de la península de los árabes intensificó enormemente los instintos despóticos del Estado ibérico. Así, las monarquías española y portuguesa más despóticas y sus aliados pudieron controlar con mayor éxito la economía y monopolizar las oportunidades del comercio atlántico. En consecuencia, en lugar de hacer frente a una oposición más firme, se hicieron más ricas, más poderosas y aún más despóticas, y la sociedad se paralizó aún más. En la península Ibérica no habría respiro del despotismo.

La siguiente gran oportunidad económica de desarrolló de manera similar. Hemos visto en el capítulo 6 cómo en Gran Bretaña el ritmo de la transformación social se volvió mucho más intenso, y el efecto de la Reina Roja más ferviente, después de la Revolución Industrial. Estos cambios brindaron una multitud de posibilidades económicas nuevas, y en la mayoría de los casos fueron personas de todos los sectores de la sociedad quienes se aprovecharon de ellas. Pero en partes de Europa que ya habían divergido considerablemente no se produciría ese efecto de la Reina Roja. En el Imperio Habsburgo o en Rusia, como contamos en *¿Por qué fracasan los países*?, el Leviatán despótico aumentó su control e incluso rechazó la introducción de nuevas tecnologías industriales y ferrocarriles, por miedo a que despertaran a sus sumisas sociedades.

De modo que es el mismo patrón que vemos en todos estos ejemplos. Las líneas generales de la historia europea, de manera muy similar a la historia en otras partes del mundo, fueron conformadas en gran medida por el impacto de grandes *shocks* pero, de manera crucial, esto sucede en un contexto definido por el equilibrio de poder entre el Estado y la sociedad.

En el astillero Lenin

Los efectos divergentes de los grandes *shocks* han dado forma a los efectos de otros episodios icónicos, entre ellos el colapso de la Unión Soviética en 1991.[250] En Rusia, el Estado soviético era un espécimen perfecto de Leviatán despótico y actuaba como la fuente de poder despótico de Europa

del Este y de las repúblicas soviéticas que controlaba en Asia. Su colapso en 1991 se debió, pues, a un acusado deterioro del poder del Estado. Como escribió en su ensayo *El poder de los sin poder* Václav Havel, el dramaturgo y disidente checo que no tardaría en ser presidente:[251]

> El área del bloque de poder no sólo se basa en todas partes en los mismos principios y se estructura del mismo modo [...] sino que en todos los países lo atraviesa la red de los instrumentos de manipulación de un centro de gran potencia a cuyos intereses está totalmente subordinado.

Pero ahora no sólo se trataba de una desintegración de los «instrumentos de manipulación» soviéticos y de la capacidad del Estado para controlar a la sociedad. A los países, cuya independencia era tan reciente, se les dejó sin sistemas impositivos y sin muchos otros aspectos de las administraciones modernas.

Esto, como es natural, no sucedió de repente. Cuando en 1985 Mijaíl Gorbachov llegó al poder en la Unión Soviética, su plan consistía en revitalizar, no en destruir. Inició las políticas conjuntas de *glásnost* («apertura») y *perestroika* («reestructuración»). Gorbachov estaba especialmente interesado en la *perestroika*, que le permitiría reconfigurar las instituciones y los incentivos de la estancada economía rusa. Pero temía que los partidarios de la línea dura del Partido Comunista nunca aceptaran esas reformas, de modo que las complementó con una apertura política diseñada para debilitarlos. No está claro si previó los riesgos, pero su estrategia acabó dejando al descubierto un descontento generalizado, sobre todo en regiones molestas con el control centralizado de Moscú. En ningún lugar este descontento fue mayor que en la Europa del Este y en los países bálticos que la Unión Soviética había ocupado al final de la segunda guerra mundial. Las protestas antisoviéticas ya habían estallado antes, en Hungría en 1956 y en la Primavera de Praga en 1968, donde Václav Havel se había fogueado políticamente, pero habían sido aplastadas. En enero de 1990, el Partido Comunista polaco votó su disolución, y en diciembre del año siguiente Mijaíl Gorbachov se vio obligado a declarar extinta la Unión Soviética. Rusia en seguida se vio inundada de economistas y expertos occidentales que iban a ayudar al nuevo Gobierno a forjar la transición

hacia una democracia liberal basada en el mercado. También lo estaba Polonia, pero los dos países siguieron caminos extraordinariamente distintos.[252]

Dependiendo de dónde estuviera el país con respecto al pasillo, el derrumbe del poder del Estado provocado por el colapso soviético tuvo efectos muy distintos. Aunque compartían muchas similitudes, Rusia se había adentrado mucho más en el territorio del Leviatán despótico. Cuando Gorbachov se hizo con el poder, Polonia se encontraba bajo el gobierno férreo de Wojciech Jaruzelski, pero aun así se encontraba más cerca del pasillo porque su Estado, respaldado por el poder soviético, ejercía una dominación menor sobre la sociedad y su sociedad civil no estaba tan debilitada como en Rusia. De hecho, el ascenso al poder de Jaruzelski había sido la respuesta a un nuevo despertar de la sociedad civil polaca en 1980-1981. El colapso de la Unión Soviética hizo que Jaruzelski perdiera su cargo y empujó a Polonia al interior del pasillo.

Hubo también otras diferencias más profundas. Para empezar, la colectivización masiva de la agricultura que Stalin había impuesto en Rusia y en Ucrania nunca se llevó a cabo en Polonia. En general, a la gente se le dejaron sus tierras; existía cierto respiro, cierto espacio vital para que la sociedad civil pudiera crecer bajo la sombra de la hoz y el martillo. Irónicamente, fue en el astillero Lenin de Gdansk donde la sociedad polaca realmente se organizó. Liderada por Lech Walesa, un sindicalista independiente, Solidaridad surgió en septiembre de 1980. Un año más tarde, se había propagado con rapidez por toda la sociedad polaca y alcanzaba los diez millones de miembros, tal vez dos tercios de la población activa. El Gobierno respondió con la ley marcial y el nombramiento de Jaruzelski. Pero a esas alturas, Solidaridad era demasiado grande para ser desmantelada con facilidad y se llegó a un punto muerto. En enero de 1989, Jaruzelski había aceptado la idea de llegar a un acuerdo para compartir el poder. En abril de 1989, Solidaridad firmó los Acuerdos de la Mesa Redonda con el Gobierno, que permitían que se celebraban elecciones en junio de ese año. Pero todo estaba amañado para que los comunistas, que tenían escaños reservados, obtuvieran la mayoría y Jaruzelski fuera elegido presidente. Jaruzelski tenía la esperanza de que Solidaridad se apaciguara con las

elecciones. Así es exactamente como caracterizó el dramaturgo alemán Bertolt Brecht la actitud del Estado de Alemania del Este frente a las elecciones en la década de 1950:[253]

> ¿No sería más fácil
> en ese caso que el Gobierno
> disolviera al pueblo
> y escogiera otro?

Pero Jaruzelski había calculado mal. Donde hubo libre competencia, el Partido Comunista perdió todos y cada uno de los escaños, lo que socavó completamente la legitimidad del acuerdo. Solidaridad presionó, y en agosto había asumido el gobierno y designado a Tadeusz Mazowiecki como primer ministro.

Mazowiecki se enfrentaba ahora a la poco envidiable tarea de planear la transición desde el socialismo. La primera cuestión en la lista era la reestructuración económica, y nombró a Leszek Balcerowicz para que diseñara una estrategia. Esta estrategia resultó ser un ejemplo famoso de lo que se conocería como «terapia de *shock*», un «salto» dramático a la economía de mercado. Balcerowicz eliminó los controles de precios, permitió que las empresas propiedad del Estado fueran a la bancarrota y gravó los sueldos de las empresas públicas para, deliberadamente, hacer que no fueran competitivas frente al nuevo sector privado. ¡Y, efectivamente, quebraron! La renta nacional cayó de manera abrupta y se produjeron despidos masivos en las industrias gestionadas por el Estado, que se dejaron hundir.

La sociedad reaccionó y protestó. La democracia, en lugar de pacificar el movimiento de los trabajadores, condujo a una incesante oleada de huelgas a medida que los ingresos empezaron a caer y el desempleo a aumentar. Si en 1990 hubo doscientas cincuenta huelgas, en 1991 fueron trescientas cinco, más de seis mil en 1992 y más de siete mil en 1993. Las protestas, las manifestaciones y las huelgas supusieron una importante fuente de presión que llevó al Gobierno a construir un consenso social alrededor de su programa. Después de la elección de Walesa como presidente, Balcerowicz aceptó incluir a los sindicatos en el debate sobre las

políticas salariales y, en concreto, sobre el controvertido impuesto a los aumentos de sueldo en las empresas propiedad del Estado. A finales de 1991, Balcerowicz fue despedido, pero la transición ya había movilizado a la sociedad. En 1992 en el Parlamento polaco, el Sejm, había veintiocho partidos políticos distintos y, por supuesto, muchos desacuerdos sobre cómo seguir avanzando. A pesar de estas divisiones, el Sejm logró negociar la «Pequeña Constitución», que era un sistema mixto de parlamentarismo y presidencialismo que estuvo en funcionamiento hasta que finalmente se introdujo una nueva Constitución en 1997. Mientras tanto, Walesa intentó aumentar su poder a expensas del Sejm, pero no pudo. El compromiso político llevó a un ajuste de la transición económica del país. El Gobierno empezó a asignar más recursos al sector estatal e intentó amortiguar el dolor de la terapia de *shock*. Se introdujo un nuevo impuesto sobre la renta personal generalizado. En febrero de 1993, el ministro de Trabajo, Jacek Kuroń, propuso la formación de una comisión tripartita en la cual el Gobierno, los directivos y los sindicatos podrían discutir la elaboración de las políticas económicas. En Occidente algunos estallaron por la manera en que eso socavaba la transición a una economía de mercado, pero dio legitimidad a las reformas y contó con el apoyo general de la población, sin lo cual la transición hacia el pasillo habría carecido de una oportunidad, como veremos ahora en Rusia.

En Polonia, la entrada en el pasillo creó las condiciones para la libertad, y en seguida se construyó una democracia vibrante respaldada por una sociedad civil muy movilizada. La Unión Europea aceptó a Polonia en su club convencida por su historial de políticas democráticas y derechos civiles. Sin embargo, entrar en el pasillo no genera la libertad de manera inmediata, que sólo aparece después de que la Reina Roja haya entrado en acción. En 2015, el partido Ley y Justicia llegó al poder y la Unión Europea le sancionó por intentar socavar la independencia del Tribunal Supremo. La libertad siempre es un trabajo en curso, de manera especial en los países que han sufrido décadas de gobierno despótico.

La desdomesticación del oso ruso

Al mismo tiempo que el general Jaruzelski empezaba a negociar con Solidaridad en la primavera de 1989, Gorbachov propuso su propia versión, cuidadosamente diseñada, de democratización para la Unión Soviética. Como parte de este proceso, Borís Yeltsin fue elegido presidente del Soviet Supremo ruso en mayo de 1990. En agosto, Yeltsin informó a los demás líderes regionales de que debían «tomar tanta soberanía como podáis tragar», anuncio que se haría famoso. Los miembros del Soviet partidarios de la línea dura intentaron llevar a cabo un golpe para frenar lo inevitable y detuvieron a Gorbachov. Yeltisn desafió el golpe con valentía, encaramándose a la torreta de un tanque. Sobrevivió y el golpe fracasó. En Navidad, la Unión Soviética había caído y en el verano de 1991 Yeltsin fue elegido para ocupar el recién creado puesto de presidente ruso. Su plataforma, gracias a la cual ganó a cuatro comunistas y un nacionalista duro, incluía un programa radical de reforma del mercado como el de Polonia. Democracia, reformas económicas... parecía que el Estado despótico ruso estaba siendo domesticado.

Yeltsin escogió a Yegor Gaidar para dirigir el programa de reforma económica, y Gaidar, a su vez, nombró a Anatoly Chubáis para que iniciara la privatización de las industrias propiedad del Estado.[254] Gaidar y Chubáis tuvieron que elaborar una estrategia para poner en manos privadas los principales activos de la Unión Soviética. A partir de la primavera de 1992, el Gobierno empezó a vender pequeñas empresas como tiendas y restaurantes. La gente podía convertirse en propietaria de su piso gratis, o casi gratis. A finales de 1992, Chubáis empezó con las grandes empresas. Se exigió a las entidades de tamaño grande y mediano que vendieran el 29 por ciento de sus acciones en «subastas por cupones», y en octubre de 1992 se emitieron cupones para cada ruso adulto por un valor nominal de diez mil rublos, que podían adquirirse en la oficina local del Sberbank por sólo veinticinco rublos. En enero de 1993, casi un 98 por ciento de los rusos había retirado sus cupones. Estos cupones podían venderse o utilizarse para pujar por acciones de determinadas compañías cuando fueran privatizadas.

Las primeras subastas se celebraron en diciembre de 1992, para alrededor de catorce mil empresas. La mayoría de los activos de esas compañías fueron a parar, sin embargo, a los trabajadores y los directivos.

Una ley permitía a los trabajadores y directivos comprar con descuento, y utilizando los fondos de la propia empresa, el 51 por ciento de las acciones con derecho a voto de una empresa. De hecho, la mayoría de los activos de las empresas privatizadas se entregaron con enormes descuentos a personas relacionadas con ellas. Incluso las acciones que se habían distribuido de manera más general se volvieron a concentrar. En 1994, los trabajadores eran propietarios del 50 por ciento de la empresa media rusa; en 1999, este porcentaje había caído hasta el 36 por ciento. En 2005, el 71 por ciento de las empresas medianas y grandes de la industria y la comunicación tenían un solo accionista que poseía la mitad de las acciones.

La etapa más controvertida de la privatización fue el acuerdo de «préstamos por acciones» de 1995, según el cual los activos más valiosos del Estado en el sector de la energía y los recursos se entregaron a un grupo de gente conectada políticamente que prometió financiar la campaña de reelección de Yeltsin. Así es como funcionaron los detalles. Se utilizaron las acciones estatales de doce empresas muy rentables concentradas en el sector de la energía como garantías de préstamos bancarios. Si los préstamos no se devolvían, los bancos tendrían derecho a vender las acciones. De hecho, el Gobierno nunca tuvo la intención de pagar las deudas. Entre noviembre de 1996 y febrero de 1997, el Gobierno vendió acciones de los gigantes energéticos Yukos, Sidanko y Surgutneftgas, y en todos los casos los bancos compraron las acciones en subastas en las que las pujas procedentes del exterior eran ignoradas o descalificadas. Después de la reelección de Yeltsin, dos personas muy implicadas en este acuerdo, Vladímir Potanin y Borís Berezovski, fueron incluidas en el Gobierno. Berezovski y otro oligarca, Vladímir Gusinsky, dominaron los medios de comunicación a través del control de dos canales de televisión nacionales.

Mientras tanto, Yeltsin había presionado para incluir en la Constitución un poder presidencial fuerte, cosa que logró. Nadie era capaz de enfrentarse a él y, a diferencia de Polonia, la transición rusa no había implicado la movilización masiva de la sociedad. Nadie se organizó en masa contra el «acuerdo de préstamos por acciones», y la gente votó para que Yeltsin volviera al poder con la ayuda del dinero que consiguió de sus nuevos partidarios. Pero la nueva élite rusa utilizó su poder para extraer toda clase

de concesiones del Estado. En 1996, el Ministerio de Economía declaró que la cerveza era una bebida no alcohólica para que las grandes cerveceras pudieran evitar un aumento de los impuestos. Pero vivían en un sistema con mucho poder potencialmente despótico en lo más alto, y después de que Yeltsin abandonara la escena, cayeron presas de Vladímir Putin. En lugar del Estado «liberal democrático» que los occidentales esperaban que surgiera en la década de 1990, después del 2000 una nueva clase de despotismo se estaba consolidando y utilizaba el manual del antiguo Estado soviético.

Alexander Litvinenko vivió esto desde dentro. Litvinenko era un operador del Servicio Federal de Seguridad (FBS) de Rusia, la sucesora del KGB (acrónimo ruso de Comité para la Seguridad del Estado) de la era soviética. Incluso se alojaba en el mismo edificio de la plaza Lubianka. A partir de 1994, Litvinenko y la FSB estuvieron muy implicados en la guerra contra los separatistas chechenos. En ese conflicto, como afirmó Litvinenko, «los servicios secretos disponían de una generosa libertad operativa: podían detener, interrogar y matar sin constricciones legales», como en los buenos viejos tiempos y durante la «transición a la economía de mercado» de Rusia. El Gobierno decidió crear una nueva unidad de alto secreto con el acrónimo URPO. La URPO no tardó en implicarse en toda clase de «actividades» y a Litvinenko lo destinaron a trabajar para ésta. Más tarde explicó:

> Mi unidad recibió la orden de planear el asesinato de Borís Berezovski, el empresario convertido en político y cercano al presidente Yeltsin. Nadie nos dijo la razón, pero no era necesario: Berezovski era el oligarca más visible.

No se trataba de la «terapia de *shock*» que habían imaginado los economistas occidentales, pero expuso las nuevas actividades de los servicios de seguridad. No se limitaron a proponer la muerte de los amigos del presidente. También acumularon grandes fortunas personales, lo cual se consiguió a través de una coalición con los señores de la droga e implicó extorsiones masivas. Litvinenko recordó cómo

el propietario de una tienda local había recibido la visita de un hombre que afirmaba ser un agente de policía y le exigía dinero a cambio de protección. Las demandas aumentaron cada vez más, de cinco mil dólares al mes a nueve mil dólares, y luego a quince mil dólares y aún más. Después el tendero recibió una visita en su casa: le dieron una paliza y lo amenazaron.

Litvinenko observó horrorizado y tomó nota. Pero ¿en quién confiar? En julio de 1998 pensó que había encontrado un respiro. Yeltsin nombró a un hombre relativamente ajeno para liderar la FSB. Vladímir Putin, un antiguo teniente coronel de la KGB. Litvinenko acudió a él y puso sus cartas sobre la mesa, detallando todos los delitos y fraudes que había documentado. Recordó que «antes de nuestra reunión, me pasé toda la noche dibujando un cuadro con nombres, lugares, vínculos. Todo».[255] Putin escuchó pensativamente y el mismo día abrió un «archivo» sobre él. Litvinenko fue despedido de la FSB. Un amigo le dijo: «No te envidio, Alexander. Hay dinero común implicado». ¿Dinero común? Eso significaba que Putin estaba implicado en los mismos fraudes. Un conocido mutuo dijo: «Putin te aplastará [...] y nadie puede ayudarte». En octubre de 2000 huyó del país con su familia y el Reino Unido le concedió asilo político. Escribió dos libros que documentaban lo que había descubierto sobre la corrupción y la violencia del Estado ruso. Pero el brazo de la FSB es largo. El 1 de noviembre de 2006, Litvinenko cayó enfermo en Londres después de un encuentro con dos antiguos agentes de la KGB. Habían puesto veneno en su té y murió tres semanas después por un síndrome de radiación aguda inducido por polonio 210.

Cuando Putin asumió el poder, los oligarcas estaban acabados, se habían exiliado o estaban en prisión, y sus activos fueron expropiados, a menos que fueran aliados de Putin. Lo siguiente fue cualquier atisbo de libertad que hubiera surgido desde 1989. Hoy día, en Rusia, los medios de comunicación independientes son suprimidos y los periodistas, asesinados. Los políticos que osan oponerse a Putin, el más reciente Alexéi Navalny, son encarcelados o se les prohíbe participar en la política. El despotismo ha vuelto, y sin domesticar.

¿Por qué la «transición» rusa fracasó de una manera tan estrepitosa? La razón más básica es que Rusia estaba demasiado lejos del pasillo. Después del colapso de la Unión Soviética, si bien se reconstruyeron las

instituciones del Estado, no se hicieron muchos esfuerzos por reformar el aparato de seguridad. De hecho, los políticos pensaban que serían capaces de utilizarlo en su propio beneficio, como en Chechenia. En la raíz del problema se encontraba la falta de movilización popular, o incluso de intereses privados independientes que pudieran detener el ejercicio del poder descontrolado del Estado y limitar los niveles de arbitrariedad que Yeltsin permitió. Por sí mismas, la privatización y la reforma económica no podían crear la distribución de activos generalizada y legítima que podría haber constituido los fundamentos económicos de un Leviatán encadenado. Esto permitió que Putin invirtiera las ganancias de lo conseguido durante la década de 1990 y consolidara un nuevo despotismo. De hecho, la desigualdad causada por la privatización, en particular el acuerdo de los «préstamos por acciones», no sólo reconcentró la propiedad de activos claves en Rusia, sino que también deslegitimó por completo el proceso de reformas, lo cual facilitó mucho que una reforzada KGB, bajo el liderazgo de Putin, se hiciera con el control de la economía y de la sociedad.

Rusia estaba demasiado lejos del pasillo. Aunque el colapso del Estado despótico soviético empujó en la dirección adecuada, no fue suficiente para domesticar al Estado ruso, que simplemente retomó lo que el Estado soviético había dejado y reconstituyó su poder despótico sobre la sociedad.

Del despotismo a la desintegración

Aunque el declive del poder del Estado y de las élites del Partido Comunista fue insuficiente para apartar a Rusia de la órbita del Leviatán despótico, fue más que suficiente para cambiar por completo la trayectoria de un Estado que tenía un control mucho más precario de su sociedad, como la ex República Soviética de Tayikistán, en la frontera con Afganistán y China. Cuando la Unión Soviética se desmoronó, Tayikistán tuvo que decidir su futuro. En un principio, el primer secretario del partido, Qahhor Mahkamov, apoyó a los golpistas que encarcelaron brevemente a Gorbachov en agosto de 1991. Cuando el golpe fracasó, las inmensas

manifestaciones que tuvieron lugar en Dusambé, la capital, obligaron a Mahkamov a dimitir. El mes siguiente, Tayikistán era independiente y poco después Rakhamon Nabiyev fue elegido presidente.

Para seguir lo que sucedió después en Tayikistán hay que comprender el *avlod*. En palabras de la socióloga tayika Saodot Olimova, «un *avlod* es una comunidad patriarcal de parientes consanguíneos que tienen un ancestro común e intereses comunes, y en muchos casos propiedades compartidas y medios de producción y presupuestos domésticos combinados o coordinados».[256] Se parece un poco a la jaula de normas que hemos visto en las sociedades sin Estado, con la salvedad de que este sistema sobrevivió primero al reinado despótico de los rusos y después al Estado soviético. Tayikistán fue conquistado por los rusos en la segunda mitad del siglo XIX y luego gobernado por los soviéticos hasta 1991, pero las estructuras sociales subyacentes, los clanes, se mantuvieron relativamente inalterados.[257] En una encuesta nacional de 1996, el 68 por ciento de los tayikos dijo que pertenecían a un *avlod*. Resulta útil pensar en los clanes como agregaciones regionales de estos *avlods*. El politólogo Sergei Gretsky describe cómo, en la década de 1940, se permitió a los clanes de Juyand ocupar una buena parte de la administración local del Estado soviético:[258]

> Cuando los juyandis ascendieron a las posiciones superiores del partido y el Gobierno en Tayikistán [...], apoyaron el localismo como pilar fundamental de su política, y mantuvieron vivas las rivalidades regionales, al tiempo que se reservaban ellos el papel de árbitro [...]. En Tayikistán la sabiduría popular lo expresó de la siguiente manera: «Leninobod gobierna, Gharm hace negocios, Kulob vigila, Pamir baila, Qurghonteppa ara».

Leninobod es la capital de la región de Juyand y está situada en el noroeste del país. Aunque este Gobierno era despótico, el Estado soviético controlaba Tayikistán de manera indirecta a través de los clanes regionales. Buena parte del arbitrio se producía por medio de las relaciones y las alianzas entre clanes, y fuera de las instituciones formales del Estado.

El presidente electo Nabiyev procedía de una de las familias gobernantes tradicionales de Juyand. En seguida se enfrentó a la oposición de otras partes del país, en especial de Gharm y Pamir, que empezaron a organizar manifestaciones. En respuesta, Nabiyev repartió dos mil

metralletas y formó fuerzas irregulares para reprimir a la oposición. Sus oponentes lograron tomar la capital y los juyandis se retiraron para iniciar una guerra de guerrillas que acabaron ganando.[259] Durante este proceso, el Estado colapsó por completo y Tayikistán se sumió durante cinco años en una horrible guerra civil entre las alianzas regionales basadas en clanes. El número de muertos no se sabe con seguridad, pero las estimaciones oscilan entre los diez mil y los cien mil. Más de una sexta parte de la población fue desplazada y la renta nacional cayó un 50 por ciento.

La diferencia entre Tayikistán, Polonia y Rusia es clara: Tayikistán, gobernado por los soviéticos por medio de clanes y alianzas regionales, empezó el proceso de transición con un Estado débil y una sociedad sin medios institucionalizados para participar en la política. Lo que ocurrió a continuación fue un desastre. Cuando el poder despótico de los soviéticos se vino abajo en 1991, el país no tenía un modo sencillo de mediar en las disputas entre clanes, que entonces se intensificaron ante la perspectiva de asumir el control de los activos del país y los vestigios del Estado soviético. Los clanes se armaron y lucharon mientras el Estado se desintegraba.

De modo que, después del colapso de la Unión Soviética, vemos un tapiz de divergencias aún más complejo. El declive del poder del Estado no fue suficiente para sacar a Rusia del despotismo, pero sí para abrir una puerta del pasillo para Polonia y más que suficiente para precipitar a Tayikistán a una situación en la que, al total desmoronamiento del Estado, le siguieron la guerra civil y los conflictos entre clanes. La figura 3 esboza cómo en nuestro marco estas distintas respuestas pueden proceder del mismo impulso: el colapso de la Unión Soviética que llevó a un declive del poder del Estado. La flecha 1 es el escenario optimista en el que la reducción del poder del Estado lleva al país al pasillo, como fue el caso de Polonia. La flecha 2 es el caso, como sucedió en Rusia, en el que un país empieza tan lejos del pasillo que incluso después del declive del poder del Estado, el Leviatán despótico mantiene el control. Por último, la flecha 3 ilustra la posibilidad de que, si en origen un Estado y una sociedad son

suficientemente débiles, el mismo cambio puede causar que el control del Estado se desvanezca por completo, llevando a la sociedad hacia el Leviatán ausente.

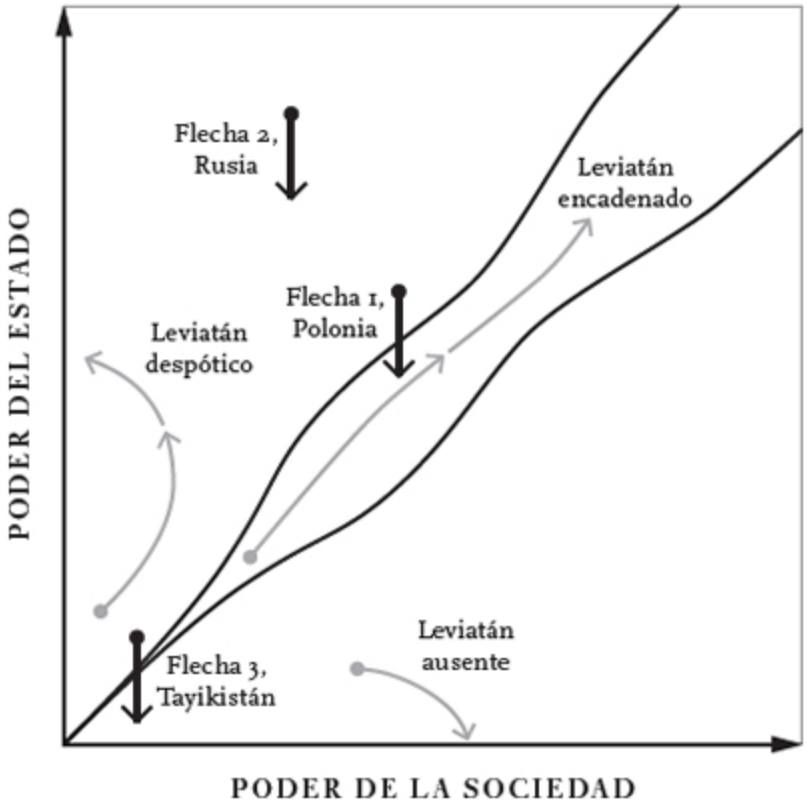


Figura 3 La divergencia soviética.

Esta pluralidad de resultados pone de manifiesto que, incluso si han pasado décadas desde que el Estado ganara poder a expensas de la sociedad, los *shocks* de una magnitud suficientemente grande —en este caso el colapso de la Unión Soviética— pueden reconfigurar por completo las trayectorias posteriores del Estado y de la sociedad. La evolución del Leviatán siempre está sujeta a una miríada de influencias y disrupciones.

Porque tenemos necesidad

Las oportunidades económicas creadas por nuevas tecnologías no sólo han influido en el desarrollo de las naciones europeas. También han conformado el patrón de divergencia colonial, como ilustran las trayectorias divergentes

de Costa Rica y Guatemala en el siglo XIX.[260]

En un principio, las instituciones de estos dos países vecinos centroamericanos, Costa Rica y Guatemala, eran similares. Ambos se encontraron bajo el control despótico del Estado colonial español hasta 1821. Pero en los cien años siguientes divergieron de manera tan radical como cualquiera de los ejemplos que hemos visto en este capítulo. Poco a poco, Costa Rica fue testigo del fortalecimiento de su sociedad y a finales del siglo XIX entró en el pasillo. En 1882, Costa Rica celebraba elecciones regulares y pacíficas, y el papel del ejército y la represión general habían empezado a desvanecerse. Esos cambios no sólo significaron para los costarricenses una seguridad mucho mayor y un grado de violencia menor, sino un mundo social y económico muy distinto. Por ejemplo, en 1900, el 36 por ciento de los adultos estaba alfabetizado, y en 1930, dos tercios de los adultos sabían leer y escribir.

Guatemala tenía un aspecto muy, muy distinto. La vida de la ganadora del premio Nobel de la paz Rigoberta Menchú[261] da una idea de en qué medida y por qué era distinto. Menchú es del pueblo indígena quiché de Guatemala, un país formado por «veintidós etnias indígenas [...] y consideramos que una de las etnias también son los compañeros ladinos, como les llaman, o sea, los mestizos; serían veintitrés etnias». Los ladinos son los descendientes de los españoles, o al menos descendientes de españoles e indígenas. Menchú cuenta la historia de su abuela:

> Estuvieron con un señor que era el único rico del pueblo [...] y mi abuelita se quedó de sirvienta del señor y sus dos hijos se quedaron pastoreando animales del señor, haciendo pequeños trabajos, como ir a acarrear leña, acarrear agua y todo eso. Después, a medida que fueron creciendo, el señor decía que no podía dar comida a los hijos de mi abuelita, ya que mi abuelita no trabajaba lo suficiente como para ganarles la comida a sus tres hijos. Mi abuelita buscó otro señor donde regalar a uno de sus hijos. Y el primer hijo era mi padre que tuvo que regalarlo a otro señor. Ahí fue donde mi papá creció. Ya hacía grandes trabajos, pues hacía su leña, trabajaba ya en el campo. Pero no ganaba nada pues por ser regalado no le pagaban nada. Vivió con gentes [...] así [...] blancos, gentes ladinas. Pero nunca aprendió el castellano ya que lo tenían aislado en un lugar donde nadie le hablaba y que sólo estaba para hacer mandados y para trabajar [...]. Estaba muy rechazado de parte de ellos e incluso no tenía ropa y estaba muy sucio, entonces les daba asco de verlo.

Finalmente el padre de Menchú se marchó y encontró trabajo en las fincas cafeteras, junto a la costa pacífica de Guatemala. Se llevó a su madre y «así es cuando pudo sacar a mi abuelita de la casa del rico, ya que casi era una amante del mismo señor donde estaba, pues, las puras necesidades hacían que mi abuelita tenía que vivir allí y que no había como salir a otro lado». Las fincas se convirtieron en su vida. Menchú nació en 1959. «Desde chiquita, me llevaba mi mamá cargada a la finca.» Las recogían furgones en las montañas. Menchú relata: «La ida en el camión es de lo que me recuerdo. Es algo para mí que no sabía ni cómo era [...]. El camión es de cuadrillas para cuarenta personas. Y entre las cuarenta personas, van animales, perritos, gatos, pollitos que la gente trae del altiplano para llevarlos a la costa durante los días que van a estar en la finca». El viaje duraba dos noches y un día durante el cual la gente ensuciaba el camión y vomitaba. «Cuando íbamos en camino [...] no se soportaba el olor de toda la suciedad, de animales y de gentes [...] parecíamos gallinas que salen de una olla que apenas podíamos caminar.»

Desde los ocho años, Rigoberta trabajó en la plantación de café, y luego en una plantación de algodón; nunca fue a la escuela. (La foto del encarte muestra una escena contemporánea de niños guatemaltecos recogiendo café.) A los trabajadores se les daban tortillas y frijoles para comer, pero en la cantina de la finca también había otras cosas, sobre todo alcohol. «En todas las fincas de Guatemala existe una cantina [...]. Esa cantina es del mismo terrateniente que está establecida ahí para los trabajadores. Entonces casi la mayor parte del sueldo se gasta [...] se iba a tomar para olvidarse de todo.» Pero Rigoberta aprendió a ser muy cuidadosa. «Mi mamá decía, no toquen ninguna cosa que después tenemos que pagar [...] le decía a mi mamá, ¿para qué venimos a la finca? Y mi mamá decía: porque tenemos necesidad de venir.»

Rigoberta recordó la primera vez que vio al terrateniente. «Venía bien gordo, bien vestido, hasta con reloj y todo, y en ese tiempo nosotros no conocíamos el reloj.» Rigoberta no tenía zapatos, mucho menos un reloj. Cuando llegó el terrateniente,

> Iban como quince soldados [...]. El caporal dijo: «Alguien de ustedes tiene que bailar cuando el terrateniente esté aquí" [...]. Vienen los caporales, nos empiezan a traducir lo que el terrateniente dijo y lo que decía el terrateniente es que todos nosotros teníamos que ir a rayar un papel [...]. Todos nosotros teníamos que ir a rayar un papel [...]. Me recuerdo que venía el papel con unos cuadros con tres o cuatro dibujos [...]. De una vez advirtió el terrateniente que el que no va a rayar el papel, iba a ser despojado de su trabajo después del mes. O sea, de una vez lo echaba del trabajo, y no le iba a pagar.
>
> Entonces se fue el terrateniente pero después [...] muchas veces soñé [...] sería el miedo, la impresión que me quedó de la cara del señor [...] todos los niños del lugar donde estábamos, huyeron [...] y lloraban de ver el señor ladino y peor cuando vieron las armas y el soldado. Entonces, pensaban que los iban a matar a sus papás. Y eso pensé yo también, que iban a matar a toda la gente.

Finalmente tuvieron lugar las «elecciones» al estilo guatemalteco. «Llegaron a la finca y nos dijeron que había ganado nuestro presidente, que lo habíamos votado. Entonces no sabíamos nosotros si eran votos los que nos llevaron, pues. Entonces mis papás se reían cuando decían "nuestro presidente" porque para nosotros era presidente de los ladinos, no era nuestro presidente.»

El Estado de Guatemala era lejano, extraño. Para la mayoría de la población ni siquiera era un Estado, era un Estado para los ladinos. La primera vez que Rigoberta fue a la capital, Ciudad de Guatemala, tuvo que ser cuidadosa. Su padre había sido llamado al INTA (Instituto Nacional de Transformación Agraria) y «explicaba mi papá, que había una cárcel para los pobres y si uno no iba a esa oficina, lo metían en la cárcel [...]. Y mi papá decía: "Estos señores no te dejan entrar si no los saludas y si no les respetas. Cuando entramos allí, no hagas bulla, no hables", decía mi papá». En el campo, el pueblo quiché tenía que lidiar con una jerarquía de funcionarios del gobierno, comenzando por el comisionado militar, luego el alcalde y luego el gobernador, todos ladinos. En lugar de prestar servicios públicos, los funcionarios se dedicaban a sobornar: «Para hablar con el comisionado militar hay que darle primero una mordida; una mordida decimos nosotros en Guatemala a una cantidad de dinero para que apoye». Rigoberta concluyó con tristeza: «En Guatemala, si tiene que ver con el gobierno, no hay forma de que podamos defendernos». Lo intentaron. El padre de Rigoberta y su hermano empezaron a organizar la aldea local. El 9 de septiembre de 1979, su hermano fue asesinado por el ejército.

> Lo llevaron por los montes donde había piedras, troncos de árboles. Caminó como dos kilómetros a puros culatazos, a puros golpes [...]. Toda la cara la tenía desfigurada por los golpes, de las piedras, de los troncos, de los árboles, mi hermano estaba todo deshecho [...]. Le amarraban, le amarraban los testículos [...]. Y lo dejan en un pozo, no sé como le llaman, un hoyo donde hay agua, un poco de lodo y allí lo dejaron desnudo durante toda la noche. Mi hermano estuvo con muchos cadáveres ya muertos [...]. Mi hermano estuvo más de dieciséis días en torturas. Le cortaron las uñas, le cortaron los dedos, le cortaron la piel, quemaron parte de su piel. Muchas heridas, las primeras heridas estaban hinchadas, estaban infectadas. Él seguía viviendo. Le raparon la cabeza, le dejaron puro pellejo y, al mismo tiempo, cortaron el pellejo de la cabeza y lo bajaron por un lado y los dos lados y le cortaron la parte gorda de la cara. Mi hermano llevaba torturas de todas partes en su cuerpo.

No contento con esta barbarie, el ejército llevó a los torturados al pueblo para enseñarle una lección a la gente. «El capitán daba un panorama de todo el poder que tenían, la capacidad que tenían. Que nosotros como pueblo no teníamos la capacidad de enfrentar lo que ellos tenían.» A los torturados, incluido el hermano de Rigoberta, los cubrieron de gasolina y les prendieron fuego. Era una dominica brutal sobre la sociedad. Un mundo absolutamente diferente de la vecina Costa Rica.

¿Por qué tenía lugar este salvajismo en Guatemala mientras Costa Rica ya había controlado la violencia, había construido una democracia apoyada por una sociedad bastante bien organizada y creado las condiciones previas para la libertad? ¿Cómo divergieron tanto? La respuesta está relacionada con el café.

Terreno para la divergencia

El rápido crecimiento de Europa occidental y Norteamérica en el siglo XIX hizo algo más que transformar sus economías. Al crear una enorme demanda de cultivos tropicales, como el azúcar, el tabaco, el algodón y el café, y las oportunidades tecnológicas para transportarlos por el mundo, este crecimiento también reconfiguró las sociedades poscoloniales. Los barcos de vapor aparecieron a principios de siglo, y en 1838 el *SS Great Western,* diseñado por el emprendedor británico Isambard Kingdom Brunel, fue el primer barco de vapor construido para un servicio regular entre Bristol y Nueva York. El *Great Western* estaba hecho de madera y utilizaba ruedas de paleta laterales impulsadas con vapor. En 1845, Brunel presentó

el *Great Britain*, cuyo casco era de hierro y utilizaba una hélice a vapor. Los cascos de hierro eran más baratos y se podían utilizar para construir barcos mucho más grandes, y las hélices eran mucho más potentes que las ruedas de paleta.

Después de estos cambios tecnológicos, se volvió rentable exportar en grandes cantidades cultivos como el café a lugares lejanos del mundo. América Central fue el epicentro de este comercio no sólo porque su clima era excelente para el cultivo del café, sino porque estaba situada cerca de los mercados florecientes de Estados Unidos, donde las importaciones de café se duplicaron entre 1830 y 1840, y después aumentaron otro 50 por ciento en 1850. Esto fue seguido de un aumento constante de los precios del café durante el resto del siglo.

Para sacar provecho de esta demanda creciente, se necesitaban algunos servicios públicos básicos. Hubo que construir carreteras y las infraestructuras suficientes para exportar los cultivos, y hubo que resolver el asunto de los derechos de propiedad de la tierra para que la gente estuviera dispuesta a asumir las inversiones necesarias para plantar café (puesto que, después de plantar el arbusto del café, son necesarios entre tres y cuatro años para que dé frutos). Esto requería la expansión de la capacidad del Estado. En Costa Rica y Guatemala fue esta demanda de un Estado con poder y capacidad mayores lo que sustentó los desarrollos posteriores.

Costa Rica formó parte del Reino de Guatemala durante el período colonial, y ambas se unificaron por un breve tiempo con México en 1821, después de lograr la independencia, y después se unieron a la República Federal de Centroamérica. Costa Rica se separó en 1838 y finalmente se convirtió en una nación independiente. Había sido un lugar periférico en tiempos coloniales, y escapó de las reformas borbónicas destinadas a reforzar los Estados coloniales y aumentar los ingresos fiscales. Después de que enfermedades importadas mermaran su población en el siglo XVI, quedaron pocos pueblos indígenas, y no tenía metales o minerales preciosos por los que valiera la pena excavar. En el momento de la independencia, tenía una población de sesenta o setenta mil personas, la mayoría asentadas en el valle central de las tierras altas. La economía colonial, por lo general, estaba subdesarrollada, con la salvedad de un breve *boom* del cacao en la

costa caribeña en el siglo XVII. Guatemala, que controlaba el monopolio colonial, había bloqueado el desarrollo del tabaco que crecía en Costa Rica. Por lo tanto, en Costa Rica no había élites poderosas ni una ciudad o un pueblo dominantes en el momento de la independencia. Los cuatro centros de población principales, Cartago (la capital colonial y centro de los grupos conservadores), San José, Alajuela y Heredia, eran fieros rivales. Cada pueblo llevaba a cabo su política exterior y buscaba alianzas con facciones poderosas en los países vecinos, como Colombia. Como dijo el político e intelectual argentino Domingo Sarmiento, «las repúblicas sudamericanas han pasado todas más o menos por la propensión a descomponerse en pequeñas fracciones, solicitadas por una anárquica e irreflexiva aspiración a una independencia ruinosa, oscura [...]. Centroamérica ha hecho un Estado soberano de cada aldea».[262]

En 1823 y 1835 esta «propensión a descomponerse» acabó en guerras civiles y después San José se autoproclamó capital. Y aunque los pueblos podían competir, también podían cooperar. En 1821, cuando se avecinaba la independencia de Latinoamérica, el Ayuntamiento (o cabildo) de Cartago, la capital colonial, invitó a los ayuntamientos de otros pueblos para discutir la manera en que debían declarar la independencia. En octubre de ese año, los cuatro pueblos principales, junto con Ujarrás, Barba y Bagaces proclamaron conjuntamente el «Acta del Ayuntamiento», que declaraba la independencia de España. En diciembre habían firmado el Pacto de la Concordia, que estableció una junta de gobierno compuesta por siete miembros electos popularmente. La ubicación de la institución rotaría entre los cuatro pueblos principales. Estos pueblos utilizaban de manera continua el cabildo abierto, una forma de reunión abierta del ayuntamiento que permitía una participación política mucho más amplia.

Aunque Costa Rica se liberaba poco a poco de su pasado vinculado al Imperio español, continuó siendo pobre y subdesarrollada. El único activo que tenía era una gran cantidad de tierra sin explotar. La primera oleada de políticos que apareció después de 1821 lo entendió bien. Así como Estados Unidos aprobó en 1787 la Ordenanza del Noroeste para gobernar la expansión de la Unión, los costarricenses hicieron lo mismo. En 1821, San José daba tierras gratis a cualquiera que las vallara, las cultivara y exportara

sus frutos. Después, el Gobierno central aprobó, en 1828, 1832 y 1840, leyes que garantizaban la propiedad y subsidios para el café a los pequeños propietarios. En 1856, todas las tierras públicas habían sido vendidas. Esas leyes pusieron a disposición de la gente esas tierras del valle central que antes habían sido propiedad del Estado. Los propios pueblos intentaron atraer el trabajo y a los migrantes, al venderles la tierra a precios bajos e incentivando la producción de café. Una medida de 1828 provocó la aparición de asentamientos y explotaciones agrícolas más allá de los cuatro municipios mediante la concesión de cuarenta y cinco hectáreas de tierra gratuitas en áreas infrapobladas. Costa Rica fue, de hecho, el primer país de América Central que empezó a exportar café y en la década de 1840, después de la independencia, las exportaciones se multiplicaron por cinco, hasta alcanzar las 3.800 toneladas.[263] En ese momento, el café representaba un 80 por ciento de las exportaciones de Costa Rica. Esa década fue testigo de la construcción de la primera carretera que unía el valle central con el puerto de Puntarenas, en el Pacífico, para que el café pudiera ser transportado por carros tirados por bueyes en lugar de a lomos de mulas.

Esta temprana dinámica para la distribución de la tierra fue la responsable de la ausencia de una numerosa clase de terratenientes en Costa Rica. En su lugar, las élites económicas de Costa Rica se concentraron en el control de las finanzas, la compra y la exportación del cultivo. Por lo tanto, nunca se estableció ninguna coalición que favoreciera los tipos de coerción laboral que eran tan habituales en Guatemala. Hasta las familias ricas que entraron en el negocio del café estaban, por lo general, bien diversificadas. Sin duda, la élite costarricense intentó reducir el precio al que compraban el café a los pequeños propietarios, y se benefició de los altos precios de los créditos y las finanzas, que lucharon por proteger. El ejemplo más famoso de esta lucha se produjo cuando en 1859 la familia Montealegre derrocó al presidente Juan Rafael Mora porque éste propuso crear un banco para conceder préstamos directamente a los pequeños propietarios, rompiendo así el poder de mercado de los financieros. Pero nada de esto arruinó la economía del café de los pequeños propietarios. El historiador Ciro Cardoso

resumió el estado de la economía costarricense como «hay un absoluto predominio de las pequeñas granjas, tanto en número como en el total de tierra ocupada».

El negocio del café requería apoyo institucional. Para empezar, la tierra tenía que ser medida y había que definir e implementar los derechos de propiedad. Después de la independencia, el presidente Braulio Carrillo empezó a construir un Estado que fuera capaz de llevar a cabo esas obligaciones. Promulgó códigos civiles y penales, y construyó por primera vez una burocracia estatal. También reorganizó las fuerzas armadas nacionales y creó una fuerza policial nacional. Aunque él se consideraba un dictador vitalicio, no hizo grandes esfuerzos para establecer un gran ejército y se contentó con uno de no más de quinientos soldados. La explicación más probable de las medidas políticas de Carrillo es que, como los federalistas de Estados Unidos, reconoció que sin una autoridad central sería difícil proveer los servicios públicos básicos que el nuevo país necesitaba para aprovechar las nuevas oportunidades económicas y mantener el orden frente a la rivalidad de los cuatro pueblos principales. Pero al igual que los federalistas, es probable que también fuera cauteloso con el problema del Gilgamesh —cómo controlar un Estado muy poderoso — y se abstuvo de crear un gran ejército. Después de que Carrillo fuera depuesto en 1842, el poder creciente de las élites del café se volvió evidente, cuando las distintas familias y facciones respaldaron a distintos candidatos a la presidencia y las elecciones se vieron enturbiadas por la participación de las fuerzas armadas. Presidentes como Mora fueron derrocados en revueltas, y otros, como Jesús Jiménez en 1970, fueron apartados de su cargo a golpes. A instancias de la familia Montealegre, Jiménez fue sustituido por Tomás Guardia Guardia, el primer militar que ejerció como presidente en la Costa Rica del siglo XIX. Permaneció en el poder doce años, y durante ese tiempo profesionalizó el ejército con la ayuda de asesores prusianos y redujo su tamaño, de modo que en 1880 sólo había 358 soldados profesionales (aunque existía una milicia que podía ser llamada en casos de emergencia). Como resultado de estas reformas, los militares permanecieron fuera de la política. Después de la muerte de Guardia en 1882, Costa Rica empezó a celebrar elecciones regulares,

aunque hasta 1948 no se pudo controlar el fraude electoral. Al igual que Carrillo, Guardia expandió la capacidad del Estado, al aumentar el tamaño del funcionariado cerca del 40 por ciento. También organizó la construcción del primer ferrocarril, que unía el valle central con la costa. En lugar de en un ejército, Costa Rica invirtió en educación. La gran reforma educativa de 1888 inició el aumento de la alfabetización.

A esas alturas, Costa Rica ya estaba en el pasillo y avanzaba por él. En 1948, la lenta transición hacia la democracia por fin se consolidó, después de que unas elecciones fraudulentas llevaran a una breve guerra civil, en la que los rebeldes liderados por José Figueres resultaron victoriosos. Figueres encabezó una junta durante dieciocho meses antes de dar paso al legítimo ganador de las elecciones de 1948. En ese período supervisó algunos cambios radicales, entre ellos la abolición del ejército. Costa Rica es el país más grande del mundo que no tiene ejército (otros son Andorra, Liechtenstein y un grupo de pequeñas naciones isleñas, como Mauricio y Granada). La junta también creó una convención constitucional y aprobó una serie de leyes para desarrollar una burocracia meritocrática, introducir la educación pública obligatoria y conceder el derecho al voto a las mujeres y los analfabetos. Desde entonces, Costa Rica ha sido democrática y pacífica, un logro bastante extraordinario en una región en la que a partir de la década de 1950 todos los demás países han sido dictaduras en algún momento, con frecuencia durante largos períodos de tiempo.

Represión en la finca

Mientras en Costa Rica se desarrollaba una economía basada en el café de los pequeños propietarios, y con ella una forma de Leviatán encadenado, en Guatemala también se expandía el café, pero en una dirección muy distinta y represiva.[264] La razón por la que Rigoberta Menchú fue testigo de tal salvajismo se puede encontrar en la estructura de coerción laboral que rodeaba al cultivo de café en Guatemala. La lógica era que cualquier cosa que pudiera amenazar esta maquinaria debía ser aplastada con una fuerza extrema.[265]

Guatemala había sido la sede del poder colonial en América Central y, a diferencia de Costa Rica, tenía un influyente gremio de mercaderes conservadores y grandes terratenientes poderosos. Su economía también estaba mucho más desarrollada. La Sociedad de Cosecheros de Añil se había fundado en 1794. Guatemala también tenía una densa población indígena. Después de la independencia, el país fue gobernado por un dictador, Rafael Carrera, que estuvo en el poder, *de facto* o *de iure*, durante la mayor parte del período entre 1838 y su muerte en 1865. Como escribió el biógrafo de Carrera, Ralph Lee Woodward:[266]

> A pesar de la importancia que tenía el ejército de Carrera como base del poder del dictador, fue la consolidación de la élite conservadora de la capital lo que dio al régimen su carácter, y fue importante para el establecimiento de políticas que hicieron de Guatemala la «ciudadela del conservadurismo» [...]. Aunque Carrera siempre se reservó el derecho de tomar las decisiones finales [...] normalmente permitía que un pequeño grupo de asesores aristocráticos y bien educados elaborara y ejecutara las políticas. En Guatemala, la consolidación de esta élite conservadora y su control sobre la sociedad, la economía y la estructura política de la capital es lo que distingue de manera tan clara el período 1850-1871.

Durante este período Guatemala mantuvo las políticas de la era colonial, entre ellas varios tipos de monopolio. En marcado contraste con Costa Rica, apenas hubo intentos de desarrollar las exportaciones agrícolas. De todos modos, el crecimiento de los mercados condujo a una gradual expansión de la producción de café. En 1860, las exportaciones eran insignificantes, pero crecieron con rapidez durante esa década. En 1871, el café suponía la mitad de las exportaciones totales de Guatemala. Ese año, el gobierno de Vicente Cerna y Cerna, uno de los sucesores conservadores de Carrera, fue derrocado por una revolución que llevó a los «liberales» al poder, primero a Miguel García Granados y poco después a un dirigente más duradero, otro caudillo militar, Justo Rufino Barrios, que gobernó hasta 1885.

El objetivo explícito del nuevo régimen era desarrollar la economía de la exportación agrícola. Para lograrlo, trató de privatizar los consorcios de tierras. Entre otras cosas, esto implicaba la expropiación a los pueblos indígenas. Entre 1871 y 1883, cuatrocientas mil hectáreas de tierra fueron privatizadas. Uno de los problemas cruciales fue que una gran parte de la

población indígena se encontraba en las tierras altas, mientras que las principales áreas de cultivo de café estaban más abajo, hacia la costa del Pacífico. Barrios utilizó el poder coercitivo del Estado para ayudar a que los grandes terratenientes también tuvieran acceso a la mano de obra. En Guatemala había una larga tradición de trabajos forzados que se remontaba a los primeros días coloniales, cuando se dividió a los pueblos indígenas en concesiones de encomienda para los conquistadores españoles. El nacimiento de una producción de café a gran escala indujo al Estado a recodificar y aumentar la intensidad de la coerción mediante la reintroducción o la reinvención de instituciones de la era colonial como el mandamiento, y también a través del peonaje por deuda, que resulta muy evidente en la descripción que hace Rigoberta de la cantina de la finca. El mandamiento era un sistema en el que los empleadores podían pedir y recibir hasta sesenta trabajadores por quince días de trabajo asalariado. Estos trabajadores se podían reclutar a la fuerza, a menos que mediante su libro de trabajo personal pudieran demostrar que recientemente se había realizado ese servicio de manera satisfactoria. Las políticas relacionas con la tierra no sólo se diseñaban para asignar tierras a las personas con conexiones políticas, también pretendían facilitar la coerción laboral socavando la economía de subsistencia de los pueblos indígenas de las tierras altas. Sin posibilidad de subsistencia, sería más fácil que se incorporaran a la economía asalariada con pagas bajas o mediante la coerción si era necesario. La manera de hacerlo consistía en eliminar las tierras comunales tradicionales y privar a la gente de la posibilidad de una vida de subsistencia. Para vivir, tenías que bajar a la finca.

Nada había cambiado mucho en el momento en que Rigoberta lo describió. Esta estrategia se complementó por otras regulaciones, como las leyes para «prohibir la vagancia», otro pretexto para forzar a la gente a trabajar. Mientras el Gobierno de Guatemala se centraba en la «privatización de la tierra» y otras políticas relacionadas, no fue capaz de proporcionar demasiado en términos de servicios públicos. Había una razón por la que Rigoberta no fue a la escuela. Como documentan sus memorias, en la década de 1960 el trabajo infantil era algo generalizado; sus pequeños dedos eran demasiado útiles como para no ponerlos a trabajar en la

recolección de café. La falta de interés en la prestación de cualquier clase de servicio público se manifiesta en los datos sobre educación y alfabetización en Guatemala. En 1900, apenas un 12 por ciento de los adultos sabía leer y escribir. En una fecha tan tardía como 1950 era sólo el 29 por ciento, mientras que casi todos los adultos en Costa Rica sabían leer y escribir.

El Estado guatemalteco no se contentó con expropiar la tierra de la gente en el siglo XIX. Todavía lo hacía en las décadas de 1960 y 1970, mientras Rigoberta crecía. Un día, en torno a 1967, apareció una gente que empezó a medir la tierra que la aldea de Rigoberta cultivaba en las tierras altas. Ella recordaba: «El Gobierno dice que la tierra es nacional. Esa tierra me corresponde a mí, y yo se las doy para que ustedes la cultiven [...]. Quiere decir que nosotros o nos quedábamos de mozos o nos íbamos de la tierra».

¿Trabajar para quién? Las familias políticamente conectadas. Ella nombra a las familias Martínez, García y Brol que habían estado dando «grandes mordidas» para que el Gobierno les asignara la tierra. Aunque trataron de quejarse:

> No nos dábamos cuenta, pues, que era lo mismo ir con la autoridad que ir con el terrateniente [...]. Nos echaron de la aldea, de la casa [...]. Salvajemente entraron los guardaespaldas de los García [...]. Primero nos sacaron a la gente, a toda, y sin permiso de entrar en la casa. Luego, entraron a sacar todas las cosas de los indígenas. Me recuerdo que en este tiempo, guardaba mi mamá sus collares de plata, recuerdos de sus abuelitos y que nunca apareció más todo eso. Todo se lo robaron. Después nuestros trastos, nuestras ollas de barro, los sacaron [...] llegaban al suelo y ya estaban quebrados todos.

Huyeron.

La asombrosa divergencia que tuvo lugar en Costa Rica y Guatemala en el transcurso de los últimos ciento cincuenta años no fue algo predeterminado. Los dos países tenían historias similares, geografías similares y un legado cultural similar, y en el siglo XIX se enfrentaron a las mismas oportunidades económicas. Pero de nuevo, esto es coherente con las implicaciones de nuestro marco conceptual. El mismo impulso, provocado por cambios económicos internacionales, destinado a aumentar la capacidad del Estado,

tuvo consecuencias enormemente distintas porque se produjo en contextos donde el equilibrio entre el Estado y la sociedad era distinto. Comparada con Costa Rica, Guatemala tenía algo parecido a una historia de coerción laboral militarizada y una población indígena significativamente mayor, y había heredado las instituciones estatales despóticas del Reino de Guatemala. Allí, los incentivos para la construcción del Estado procedentes del *boom* del café de finales del siglo XIX crearon, pues, un poderoso Leviatán despótico. En Costa Rica, el colapso del Imperio español significó la ausencia de unas instituciones estatales centrales y poderosas, y que cuatro pueblos se disputaran el control. El café les ayudó a controlar el colapso y situó a Costa Rica en el pasillo. En donde fue más evidente el efecto de la Reina Roja es en la manera en que esto llevó a una economía del café de pequeños propietarios sostenida por servicios públicos y unos derechos de propiedad de la tierra mejorados. En unas pocas décadas, este proceso forjó la base social para una democracia funcional.

Por qué importa la historia

Hemos visto varios ejemplos del mismo estímulo para construir un Estado más fuerte, o en algunos casos las mismas fuerzas que reducen el control despótico del Estado, que tienen implicaciones muy distintas en la trayectoria posterior de los Estados y las sociedades. Ésta es la lección más importante de este capítulo. En contraste con la importancia previa que le concedieron gran parte de las ciencias sociales, los factores estructurales no crean fuertes disposiciones para que surja determinado modelo económico, político o social. Al contrario, generan «efectos condicionales», lo que significa que sus implicaciones dependen mucho del equilibrio de poder existente entre el Estado y la sociedad.

Aunque esta cuestión es general y nos ayuda a comprender determinados momentos decisivos de la historia europea, así como la global, tiene algunas implicaciones muy novedosas, más allá del alcance de este capítulo. La más importante, que esos factores estructurales, sobre todo los relacionados con la naturaleza de las relaciones económicas y las tendencias creadas por las relaciones internacionales, no sólo cambian la

posición de una nación en las figuras 2 y 3, sino que también pueden reconfigurar las forma de las distintas regiones de esas figuras. Lo más crucial es que las líneas que demarcan los límites de los leviatanes despótico, encadenado y ausente, cambian a medida que lo hacen estos factores. Esto, como veremos en los capítulos 13 y 14, nos dice mucho sobre qué clases de sociedades tienen más probabilidades de construir y mantener un Leviatán encadenado porque tienen un pasillo más ancho.

En este capítulo nuestra explicación también clarifica por qué en nuestro marco la historia es importante. Cuando una sociedad ya está en el pasillo, se comporta de manera muy distinta a cuando está en la órbita del Leviatán despótico o vive bajo el Leviatán ausente, de modo que las diferencias históricas tienden a persistir. Por esta razón, el equilibrio de poder entre el Estado y la sociedad a menudo se mantiene. Pero, naturalmente, este equilibrio depende a su vez de determinadas relaciones económicas, sociales y políticas, y es en este sentido que la estructura de la economía o de la política de un país no sólo determina el ancho del pasillo, sino su trayectoria futura. Por ejemplo, un historial de trabajos forzados hace que el Estado y las élites sean más poderosos frente a una sociedad consumida, y que en consecuencia los trabajos forzados tengan más probabilidades de persistir e intensificarse, como ilustra nuestra explicación sobre la historia guatemalteca; o la colectivización de la agricultura en el pasado hace que el despotismo tenga más probabilidades de perdurar porque castra a la sociedad, como destaca nuestra explicación de la historia reciente de Rusia. De hecho, es esta persistencia la que impide cualquier tendencia simple, que haya un «final de la historia» en el que todas las naciones acaben convergiendo hacia las mismas clases de Estados, sociedades o instituciones. La historia continúa y genera divergencias que no son fáciles de borrar o deshacer. Y lo que es más interesante, las distintas evoluciones históricas de la relación entre el Estado y la sociedad pueden tener implicaciones cruciales cuando se confrontan con los cambios en los factores estructurales y grandes *shocks* como los abordados en este capítulo. Esto se debe tanto a que, como acabamos de señalar, elementos como un historial de trabajos forzados, la industrialización o una jerarquía social muy arraigada afectan a la forma del pasillo, como a que los países con

distintos pasados se encontrarán con distintos equilibrios de poder entre el Estado y la sociedad, estableciendo la base para consecuencias divergentes a partir de esos mismos factores estructurales.

Esta explicación subraya también, y los capítulos posteriores lo confirmarán, que la historia no es el destino. Los países entran y salen del pasillo y alteran sus trayectorias históricas, aun cuando la probabilidad de que suceda y la manera en que lo hacen están muy influidas por su historia (dónde se sitúa el país en el cuadro) y por condiciones económicas, políticas y sociales que determinan la forma del pasillo. Este planteamiento nos facilita una manera de pensar sobre lo que los científicos sociales llaman «agencia», la capacidad de los actores clave para influir en el curso de sus sociedades, por ejemplo, formando coaliciones nuevas y duraderas, articulando nuevas demandas, quejas y relatos, o descubriendo innovaciones tecnológicas, organizativas o ideológicas (como hemos visto en el capítulo 3). En nuestro marco, la agencia no es importante porque pueda reconfigurar libremente la trayectoria de una nación como si fuera una pizarra en blanco. Más bien, la agencia, al igual que ocurre a veces con contingencias que parecen completamente insignificantes, puede tener efectos duraderos, al inclinar el equilibrio de poder vigente y modificar la manera en que la sociedad responde a los factores estructurales. En el capítulo 2 hemos visto con los federalistas el papel que pueden tener en la construcción del Estado los líderes que son capaces de articular una nueva visión y formar nuevas coaliciones. Hemos observado lo mismo en el caso costarricense. Aunque había notables diferencias estructurales entre Costa Rica y Guatemala, el camino que tomó Costa Rica estuvo muy influido por individuos como Braulio Carrillo en las décadas de 1830 y 1840. Su decisión de separar Costa Rica de la República Federal de Centroamérica permitió al país divergir del resto del istmo. Su decisión de construir unas instituciones estatales más efectivas permitió que se desarrollara la economía del café de los pequeños propietarios. Quizá lo más interesante es que su decisión de que el ejército fuera pequeño sentó las bases para que el papel del ejército en la política costarricense fuera relativamente débil, y para su eventual abolición en 1948. Si Carrillo hubiera tomado decisiones distintas, es probable que hoy Costa Rica se parecería mucho más a

Guatemala. Fue necesario que otro individuo, José Figueres, aboliera finalmente el ejército y creara la base constitucional para un Estado moderno y una democracia funcional. Como en el caso de las decisiones de Carrillo, no había nada predeterminado en lo que hizo Figueres, rodeado como estaba por la reciente dictadura de los Somoza en Nicaragua. En todo esto, la agencia influyó en la manera en que se desenvolvieron las fuerzas destacadas en las figuras 2 y 3, pero su actuación no fue independiente del equilibrio de poder vigente. De hecho, habría sido imposible que Carrillo o Figueres construyeran un Leviatán encadenado si Costa Rica hubiera tenido la misma agricultura que reprimía a la mano de obra en Guatemala.

Capítulo 10

¿Qué pasa con Ferguson?

Un asesinato a mediodía

Poco después del mediodía del 9 de agosto de 2014, Michael Brown, un afroamericano de dieciocho años, murió tiroteado por el agente de policía Darren Wilson en Ferguson, Misuri, una ciudad del condado de San Luis.[267] Brown había robado un paquete de cigarrillos en una tienda y estaba con un amigo cuando Wilson, que se había enterado del robo por la radio, les pidió que se detuvieran. Se produjo un forcejeo con Wilson todavía en el coche, y se dispararon dos tiros. Brown se escapó y Wilson lo persiguió, y acabó disparándole seis veces. Apenas pasaron noventa segundos entre el encuentro de Wilson y Brown y la muerte del joven.

Este trágico asesinato tuvo lugar en el contexto de unas relaciones muy tensas entre la mayoritaria población afroamericana de Ferguson y su fuerza policial, que es casi por completo blanca. El asesinato de Brown dio paso a días de prolongados disturbios que llamaron la atención del mundo sobre la ciudad. Les siguieron más disturbios cuando un gran jurado decidió no procesar al agente Wilson. El informe posterior del Departamento de Justicia sobre el Departamento de Policía de Ferguson (FDP) reveló alarmantes violaciones de los derechos constitucionales de los ciudadanos de Ferguson, en particular de los ciudadanos negros. De acuerdo con el informe, en el FDP era habitual hostigar a los afroamericanos. Por ejemplo:

> En verano de 2012, un hombre afroamericano de treinta y dos años se sentó en su coche para descansar después de jugar al baloncesto en un parque público de Ferguson. Un policía se detuvo detrás del coche del hombre, bloqueándolo, y le exigió su identificación y número de la Seguridad Social. Si ningún motivo, el policía le acusó de ser un pedófilo, refiriéndose a la presencia de niños en el parque, y le ordenó que saliera del coche para cachearlo, aunque el

policía no tenía ninguna razón para creer que el hombre estuviera armado. El policía también pidió registrar el coche. El hombre se negó y citó sus derechos constitucionales. En respuesta, según el informe, el policía lo arrestó a punta de pistola, acusándolo de ocho violaciones de la normativa municipal. Una de las acusaciones, la de hacer una declaración falsa, fue por proporcionar en un principio la forma corta de su nombre (es decir, «Mike» en lugar de «Michael») y una dirección que, aunque válida, era diferente de la que aparecía en su permiso de conducir. Otra acusación fue por no llevar puesto el cinturón de seguridad, aunque estaba sentado en un coche aparcado.

El informe señalaba que la tendencia de la policía de Ferguson a dar el alto sin una sospecha razonable y a arrestar sin una causa probable, junto con el uso excesivo de la fuerza, violaba la cuarta enmienda; su infracción de la libertad de expresión, así como las represalias por expresiones protegidas, violaban la primera enmienda. Y lo que es peor, la «fuerza excesiva» era una constante en Ferguson.

En enero de 2013, un sargento de patrulla dio el alto a un hombre afroamericano después de ver que hablaba con un individuo en un camión y después se iba. El sargento detuvo al hombre, aunque no articuló ninguna sospecha razonable de que se estuviera llevando a cabo una actividad delictiva. Cuando el hombre declinó responder preguntas o someterse a un registro —que el sargento intentó llevar a cabo a pesar de no expresar razón alguna para creer que el hombre estaba armado— el sargento lo agarró por el cinturón, sacó su ECW (arma de control electrónica, conocida habitualmente como taser) y ordenó al hombre que obedeciera. El hombre se cruzó de brazos y objetó que no había hecho nada malo. El vídeo grabado por la cámara integrada de la ECW muestra que el tipo no hizo ningún movimiento agresivo hacia el policía. El sargento disparó la ECW y empleó un ciclo de cinco segundos de electricidad, lo que hizo que el tipo cayera al suelo. Casi de inmediato, el sargento descargó la ECW de nuevo, lo que luego justificó en su informe afirmando que el hombre intentó ponerse en pie. El vídeo deja claro, sin embargo, que nunca intentó levantarse; sólo se retorcía de dolor en el suelo. El vídeo también muestra que el sargento descargó la ECW casi de manera continua durante veinte segundos, más de lo descrito en su informe.

Lo que sucedió en Ferguson no es un incidente aislado. Violaciones parecidas de los derechos básicos de los afroamericanos y el uso de una fuerza excesiva se han generalizado en muchas ciudades y pueblos del país. El trauma creado por las fuerzas policiales entre las personas a las que se supone que deben proteger ilustra las consecuencias de este abuso, junto con la violencia endémica en muchas zonas urbanas marginales de Estados Unidos. Dejando a un lado el daño provocado por el asesinato y la violencia física, un estudio reciente sobre un vecindario pobre del centro de Atlanta,

en Georgia, descubrió que hasta el 46 por ciento de las personas sufría un trastorno de estrés postraumático (TEPT).[268] ¿No fue este tipo de trauma lo que sufrieron los veteranos de guerra que fueron testigos de niveles de violencia y peligro extremos mientras luchaban en Afganistán o Irak? Sí, pero eso no es tan diferente de la amenaza diaria que experimentan los habitantes de los barrios pobres del centro de muchas ciudades. De hecho, su tasa media de TEPT, del 46 por ciento, es superior a la de los veteranos de guerra, que se sitúa entre el 11 y el 20 por ciento.

Esto no se parece demasiado a la libertad. En estos barrios, el miedo y la violencia están por todas partes. Al igual que lo está la dominación. ¿Qué esta ocurriendo en Ferguson? ¿Y en Estados Unidos?

El daño colateral del excepcionalismo estadounidense

El relato más común de la historia de Estados Unidos destaca su excepcionalismo en la creación de unas instituciones republicanas duraderas, empezando por la brillante concepción de su Constitución. La realidad es más compleja. De hecho, hay mucho que admirar en la evolución del Leviatán estadounidense, pero a lo largo de su trayectoria también ha causado daños colaterales, como en Ferguson. Como contamos en el capítulo 2, en cierto sentido los federalistas crearon el Leviatán estadounidense. Su proyecto para la construcción de un Estado no carecía de inquietudes. Les preocupaba que un presidente poderoso pudiera escapar a todo control y abusar de su poder, o que fuera capturado por algún grupo, o «facción»; de ahí los controles y contrapesos y la separación de poderes entre el ejecutivo y el legislativo. También les preocupaba que hubiera demasiada participación popular; de ahí la elección indirecta de los senadores por las legislaturas estatales y el Colegio Electoral para elegir al presidente. Tuvieron que hacer concesiones a quienes se mostraban preocupados por la conservación de los «derechos de los estados» y la autonomía de los estados constituyentes; de ahí los límites del poder federal y la aceptación de que todo lo que no se especificaba en la Constitución era competencia de los estados. También tuvieron que hacer concesiones a la

gente corriente movilizada, rebelde y suspicaz preocupada por que esto pudiera llevar al despotismo; de ahí la Carta de Derechos y los límites a los impuestos federales.

La historia de este capítulo es que esta arquitectura, aunque sirvió para situar a Estados Unidos en el pasillo, fue un pacto fáustico. Una de las principales cosas que protegió fue la capacidad de los dueños de esclavos sureños para explotarlos, haciendo que las manos del Estado no sólo estuvieran atadas, sino también manchadas. Estas cadenas manchadas significaron que en algunos aspectos importantes el Estado federal quedó debilitado. Por un lado, es obvio que no protegió de la violencia, la discriminación, la pobreza y la dominación a los esclavos y después a sus ciudadanos afroamericanos. También es representativo de este patrón que fueran los ciudadanos pobres y negros de Ferguson quienes fueron hostigados, multados, encarcelados o incluso asesinados.

Por otro lado, las concesiones a los estados y las diferentes limitaciones también significaron que el Estado federal se vería lastrado a la hora de proteger a todos sus ciudadanos, y no sólo a los afroamericanos, de la violencia y las dificultades económicas.

Otra consecuencia relacionada con la arquitectura de la Constitución, en concreto con los límites a los impuestos federales, es la dificultad que tiene el Estado para proporcionar servicios públicos generalizados. Puede observarse esto en la frecuente dependencia de colaboraciones público-privadas para proporcionar los servicios públicos más básicos, desde varios esfuerzos bélicos al seguro médico o el mantenimiento del orden público. Las sociedades público-privadas implican que el Estado proporciona apoyo, incentivos y a veces financiación pero luego confía en el sector privado o determinados sectores de la sociedad para implementar políticas, y a veces también para influir en su orientación. Con frecuencia, en las discusiones se elogia esta estrategia como una forma de aprovechar la energía y la creatividad del sector privado. A veces ha sido así y, lo que es más importante, ha ayudado a que Estados Unidos permaneciera en el pasillo, a pesar de graves conflictos y una miríada de nuevos retos que el Estado ha tenido que afrontar. La Reina Roja contribuyó luego a la expansión constante de la capacidad del Estado estadounidense, pero su debilidad e

incapacidad para abordar problemas urgentes se han mantenido y, como resultado, muchas cosas se han quedado en el camino. Algunos servicios públicos, como la atención médica y las infraestructuras, por no mencionar la redistribución de los ingresos a través de los impuestos, son mucho más difíciles de proporcionar eficazmente con sociedades público-privadas, porque los mercados, aun con el apoyo del Estado, a menudo no cuentan con el nivel adecuado de provisión o cobertura. El modelo de sociedad público-privada se vuelve aún más problemático cuando se trata de la aplicación de la ley y la resolución de conflictos. Ya hemos visto varias veces que la «sociedad» no es una entidad monolítica, y que serán sus sectores más movilizados, políticamente comprometidos y poderosos los que logren ajustar las relaciones y las normas sociales a sus intereses, de la misma manera que hacían los ancianos y los hombres en muchas sociedades sin Estado (capítulo 2) o los brahmanes en la India (capítulo 8). Lo mismo ha ocurrido en general en Estados Unidos, e incluso más cuando se trata de sociedades público-privadas. Han sido estos sectores los que han formado parte de estas sociedades y han logrado imprimir sus deseos en la resolución de conflictos, la aplicación de la ley y los servicios públicos. Los afroamericanos y los pobres, los grupos peor organizados en la sociedad de Estados Unidos, con frecuencia han sido dejados de lado, con consecuencias negativas para su libertad.

Como otros leviatanes encadenados, el Estado estadounidense ha tenido bastante éxito a la hora de proporcionar oportunidades e incentivos económicos, y la unificación de los mercados de este vasto territorio y la mínima coordinación de las medidas políticas entre los estados que siguieron a la Constitución crearon un ambiente propicio para el crecimiento económico. Los estadounidenses aprovecharon gustosamente esta ventaja. La economía se industrializó con rapidez en el siglo XIX, y se convirtió en el líder tecnológico mundial en el XX. Pero esta prosperidad también ha llevado la impronta del excepcionalismo estadounidense. Con sus limitaciones al Estado central, el poder duradero de las élites y los estados, y el modelo de sociedades público-privadas, el crecimiento económico de Estados Unidos ha estado asociado a una desigualdad

significativa, con ciertos sectores de la población que han sido completamente excluidos de sus beneficios, y no sólo los esclavos antes de la guerra civil.

Desde esta perspectiva, no es sorprendente que Estados Unidos tenga una tasa de homicidios cinco veces superior a la media de Europa occidental. Ni que haya elevados niveles de pobreza en muchas partes del país y que los afroamericanos a menudo hayan sido excluidos de las oportunidades y los servicios públicos. Ni debería sorprendernos que este modelo de sociedades público-privadas no haya funcionado bien para proporcionar una red de seguridad social a los estadounidenses pobres. A medida que la sociedad se movilizó más y se volvió más asertiva, a veces se ha convencido al Leviatán estadounidense para que interviniera para llenar ese vacío con programas como la «Guerra contra la pobreza» del presidente Johnson, pero con frecuencia ha sido un esfuerzo insuficiente.

De manera tal vez paradójica, también veremos que esta trayectoria del Leviatán estadounidense ha tenido otra consecuencia importante e inesperada: la falta de un control efectivo sobre las actividades del Estado en algunos aspectos cruciales. Confinado por el corsé impuesto por las concesiones de los federalistas y el modelo de asociación público-privada, el Estado estadounidense no pudo hacer frente a los desafíos de seguridad cada vez más complejos que supusieron la guerra fría[269] y el reciente aumento del terrorismo internacional. Ni pudo desempeñar de manera efectiva el papel de país más poderoso, el policía *de facto* del mundo. Así que desarrolló estas capacidades de manera lateral, sin demasiada supervisión de la sociedad. Esto preparó la escena para un Leviatán que, aunque sujeto a una miríada de constricciones y todavía con la huella de su debilidad fundacional, estaba a cargo de un servicio de seguridad y unas fuerzas armadas sin cadenas. La cara temible del Leviatán estadounidense quedó a la vista cuando Edward Snowden reveló las extraordinarias actividades de vigilancia y de recopilación de datos que la Agencia de Seguridad Nacional (NSA, por sus siglas en inglés) había dirigido contra ciudadanos estadounidenses, y que habían tenido lugar sin ningún tipo de control social o incluso de otras ramas del Gobierno.

¿Qué Carta de Derechos?

¿Por qué el Departamento de Policía de Ferguson hostigaba tanto a los ciudadanos negros de la ciudad? La respuesta breve es: el dinero, sin duda mezclado con racismo. Ferguson utilizaba a su Departamento de Policía para recaudar ingresos. Se ordenaba a los agentes poner tantas multas como fuera posible para aumentar mucho los ingresos de la ciudad. Esto significaba que podía usarse cualquier pretexto para ponerle una multa a alguien, una multa enorme. El Departamento de Justicia documentó casos en los que a la gente se le cobraron 302 dólares por una infracción en la manera de caminar, 427 dólares por una violación de la perturbación de la paz, 531 dólares por hierbas altas y maleza, 777 dólares por resistirse a la detención, 792 dólares por no obedecer y 527 dólares por no acatar, acusaciones que los agentes parecían usar indistintamente. Una vez multado, si no comparecías ante el tribunal, se te ponían más multas. El informe recogía un ejemplo representativo:

> Una mujer afroamericana tiene un caso abierto que se inició en 2007, cuando, en una única ocasión, aparcó su coche de manera ilegal. Recibió dos citaciones y una multa de 151 dólares, más tasas. La mujer, que durante varios años pasó por dificultades económicas y períodos en los que no tenía vivienda, fue acusada de siete delitos por falta de comparecencia, por no acudir a citas del juzgado o por multas de aparcamiento entre 2007 y 2010. Por cada falta de comparecencia, el juzgado emitió una orden de detención e impuso nuevas multas y tasas. De 2007 a 2014 la mujer fue detenida dos veces, pasó seis días en la cárcel y pagó 550 dólares al juzgado por los sucesos derivados de este único caso de aparcamiento ilegal. Las actas judiciales muestran que en dos ocasiones intentó realizar pagos parciales de 25 y 50 dólares, pero el juzgado devolvió esos pagos, negándose a aceptar nada que no fuera el pago completo [...]. En diciembre de 2014, siete años después, a pesar de deber inicialmente una multa de 151 dólares y haber pagado ya 550 dólares, aún debía 541 dólares.

Como estos abusos se dirigían contra la comunidad afroamericana, esto condujo a un serio deterioro de la confianza de ésta en las instituciones del Estado y de su cooperación con ellas. El Departamento de Policía de Ferguson no administraba justicia, administraba multas. La función básica de aplicación de la ley se desmoronó y la policía paso a ser vista con suspicacia y pavor.

Pero ¿cómo podía el Departamento de Policía de Ferguson violar los derechos constitucionales de los habitantes de su ciudad con tal impunidad? ¿No se supone que la Carta de Derechos los protege?[270] Bien, en realidad sólo hasta cierto punto. El acuerdo que dio lugar a la Carta de Derechos sólo se aplica al Gobierno federal, no a los estados; a fin de cuentas, fue una concesión de los creadores del Estado federal a las legislaturas estatales. Los estados acabaron teniendo algo llamado «poder policial», lo que les concede una inmensa discrecionalidad. Aunque el texto real de la Carta de Derechos no lo explica con detalle, en su momento se entendió así. En 1833, el Tribunal Supremo resolvió definitivamente el asunto, al dictaminar que la Carta de Derechos sólo es aplicable a las medidas que puede adoptar la legislatura nacional. Por ejemplo, la primera enmienda declara que:

> El Congreso no hará ley alguna por la que adopte una religión como oficial del Estado, o se prohíba practicarla libremente; o que coarte la libertad de expresión o de prensa; o el derecho del pueblo a reunirse pacíficamente y a pedirle al gobierno la reparación de agravios.

La cuarta enmienda afirma que:

> El derecho de la gente a que sus personas, viviendas, papeles y efectos se hallen a salvo de inquisiciones e incautaciones arbitrarias será inviolable, y no se expedirán al efecto mandamientos que no se apoyen en un motivo verosímil, estén corroborados mediante juramento o protesta y describan con particularidad el lugar que deba ser registrado y las personas o cosas que han de ser detenidas o embargadas.

Pero el dictamen de 1833 dejó claro que los estados podían aprobar leyes que coartaran la libertad de expresión y permitieran inquisiciones e incautaciones arbitrarias puesto que no les afectaba la Carta de Derechos. Sólo se le prohibió a la legislatura nacional hacer tales leyes. En los estados del Sur, el objetivo principal de esta interpretación de la Carta de Derechos era garantizar que los esclavos no tuvieran ninguno de los derechos que tenían los «ciudadanos libres».

El intento de secesión del Sur de Estados Unidos y su derrota al final de la guerra civil en 1865 deberían haber sido la sentencia de muerte para esta visión de la Carta de Derechos. De hecho, la decimocuarta enmienda, aprobada en 1868, incluía la frase:

> Ningún estado podrá dictar ni dar efecto a cualquier ley que limite los privilegios o inmunidades de los ciudadanos de Estados Unidos; tampoco podrá estado alguno privar a cualquier persona de la vida, la libertad o la propiedad sin el debido proceso legal; ni negar a cualquier persona que se encuentre dentro de sus límites jurisdiccionales la protección de las leyes, iguales para todos.

Pero el Tribunal Supremo decidió repetidamente que esto no invalidaba el poder policial de los estados. En 1885, el juez asociado Stephen Field sostuvo que «ni la decimocuarta enmienda, amplia y completa como es, fue concebida para interferir en el poder de un estado, denominado a veces su poder policial».

Esto debe entenderse en el contexto del Período de Redención en el Sur después de 1877. La decimocuarta enmienda fue una de las tres enmiendas cuyo objetivo era la reconstrucción del Sur, es decir, las reformas institucionales destinadas a acabar con la esclavitud y garantizar que los afroamericanos tuvieran oportunidades económicas y derechos políticos. Pero en 1877, el presidente Rutherford Hayes redobló el pacto fáustico original y logró la mayoría en el Colegio Electoral al llegar a un acuerdo con los políticos del Sur para retirar las tropas del Norte y acabar con la reconstrucción. Cuando las tropas del Norte se fueron, el Sur fue «redimido»: el sentido de la reconstrucción se revirtió y muchas de las antiguas instituciones represivas se rehicieron con una nueva apariencia. Particularmente notorias fueron las leyes de «Jim Crow», que consolidaron la segregación racial. En la década de 1890, los estados del Sur estaban reescribiendo sus Constituciones para privar del voto a los negros a través de impuestos al sufragio y exámenes de alfabetización. El poder policial estaba en el centro de la medida. El Norte aceptó dejar solo al Sur y tolerar a Jim Crow, y la «interpretación» de que la Carta de Derechos no era aplicable a las legislaturas estatales resultó crucial en este acuerdo.

Es cierto que los propios estados escribieron enmiendas a sus Constituciones en forma de «cartas de derechos». Las primeras treinta y cinco cláusulas de la actual Constitución de Misuri constituyen una carta de derechos. Pero éstas no estaban pensadas para tener la misma penetración, y de hecho no la tuvieron, que la Carta de Derechos federal a la hora de proteger a los ciudadanos contra el poder del estado. El informe del Departamento de Justicia deja claro que la normativa municipal de

Ferguson viola la carta de derechos de Misuri. Observa que la sección 29-16(1) declara ilegal «no obedecer la orden legítima o solicitud de un agente de policía en el desempeño de sus deberes oficiales, donde tal desobediencia interfiera, obstruya o dificulte al agente el desempeño de esos deberes». El informe descubrió que muchos casos legales iniciados por esta disposición comenzaron con un agente que ordenaba a un individuo que se detuviera aunque no hubiera un indicio objetivo de que estuviera involucrado en ninguna infracción. En esas circunstancias, la orden de detención no es una «orden legítima», porque el agente carece de una sospecha razonable de que se esté produciendo una actividad delictiva. Sin embargo, las personas no se detuvieron, fueron arrestadas.

El Sur que creó la redención perduró hasta la década de 1960. Se produjo una gran alteración con la designación de Earl Warren para el Tribunal Supremo en 1953,[271] justo cuando el movimiento por los derechos civiles estaba ganando fuerza. Warren decidió que la Constitución tenía que adaptarse a las circunstancias cambiantes, y en el tribunal había una mayoría de jueces que pensaba igual. Decidieron que gran parte de las medidas policiales que se usaban en los estados del Sur para reprimir y hostigar a los activistas de los derechos civiles eran inconstitucionales, fueran o no fueran poder policial.[272]

La primera oportunidad que tuvo el Tribunal Supremo para hacer algo importante al respecto llegó el 23 de mayo de 1957, cuando varios agentes de policía entraron en casa de Dollree Mapp en Cleveland, Ohio. Mapp trabajaba en el juego ilegal, o «negocio de los números», y la policía había recibido un soplo de que encontrarían en su casa a un hombre llamado Virgil Ogletree, sospechoso de haberle puesto una bomba a un jefe rival del juego de números, Don King (el hombre que más tarde llegaría a ser el agente del boxeador Muhammad Ali). La policía encontró a Ogletree, aunque resultó ser inocente. También encontraron algunos boletos de apuestas y varias revistas pornográficas que Mapp afirmó que un antiguo inquilino había dejado allí. Fue acusada y sentenciada a siete años de cárcel por posesión de material pornográfico. Mapp llevó el caso al Tribunal Supremo,[273] afirmando que no había una base razonable para sospechar que esos materiales fueran suyos y que la policía no tenía una orden de registro.

En su veredicto sobre el caso *Mapp contra Ohio*, el tribunal declaró que la cuarta enmienda prohibía a los estados llevar a cabo registros sin motivo y concluyó que «todas las pruebas obtenidas mediante registros e incautaciones que violen la Constitución federal son inadmisibles en un juicio penal en un tribunal estatal». Obsérvese la expresión «tribunal estatal». Después, el Tribunal Supremo siguió con una lista de otros comportamientos de los estados que, si bien podían ser coherentes con las cartas de derechos propias de esos mismos estados y su poder policial, no eran coherentes con la Constitución. En *Gideon contra Wainright* (1963), dictaminó que cualquier persona acusada de un crimen tenía derecho a un abogado. En *Malloy contra Hogan* (1964), los jueces decidieron que el derecho a no autoinculparse, que forma parte de la quinta enmienda (de ahí la expresión «acogerse a la quinta»), era aplicable a los tribunales estatales. En el famoso caso de *Miranda contra Arizona* (1965), dictaminaron que las confesiones obtenidas de personas a las que que no se les habían leído sus derechos eran inadmisibles en los tribunales estatales. Y en *Parker contra Gladden* (1966) y *Duncan contra Luisiana* (1968), establecieron que la sexta enmienda daba a las personas el derecho a un jurado imparcial en los tribunales estatales. El efecto acumulativo de estas resoluciones fue hacer que los sistemas de justicia penal de los estados se adaptaran a la Carta de Derechos federal. Los hechos de Ferguson, sin embargo, sugieren que se trata de un proceso inacabado.

Este patrón discriminatorio contra los afroamericanos tiene raíces profundas y, paradójicamente, se entrecruzó con la creación de la libertad estadounidense para algunos.

Esclavitud estadounidense, libertad estadounidense

La esclavitud fue un tema central en los debates sobre el alcance del Gobierno federal. Los esclavos no sólo eran una enorme parte de los «activos» de algunas de las personas más ricas de las trece colonias originales, sino que su estatus era un elemento crucial para la futura distribución del poder político en el nuevo Estado federal. En *American Slavery, American Freedom*, el historiador Edmund Morgan se preguntaba

cómo fue posible que tantas figuras importantes que formularon la Constitución —George Washington, James Madison y Thomas Jefferson— fueran dueños de esclavos en Virginia. Jefferson fue el principal autor de la Declaración de Independencia, que declara con magnificencia:

> Sostenemos como evidentes estas verdades: que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre éstos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; que para garantizar estos derechos se instituyen entre los hombres los gobiernos, que derivan sus poderes legítimos del consentimiento de los gobernados.

Hay que señalar muchas cosas sobre esta afirmación, como que la atención se centra en los «hombres» y no en la gente. Pero más descarado aún es que, obviamente, el Gobierno que concibió Jefferson, quien poseía alrededor de seiscientos esclavos, no iba a ser instituido en última instancia con su consentimiento o para su «búsqueda de la felicidad». Más bien se aseguró de que no tuvieran derechos durante otros ochenta y siete años.

El propósito de Morgan no sólo era condenar la hipocresía de estas opiniones, sino entender las conexiones entre esclavitud y libertad. ¿Cómo podían coexistir? Y ¿residía en cierta medida la libertad de los hombres blancos en el hecho de que los negros sufrían una inmensa falta de libertad?

Volviendo a los inicios de la colonización en Virginia, cuando la Virginia Company fundó Jamestown en 1607 no había planes para importar esclavos. El primer pilar, y el más fundamental, de la concepción inicial fue explotar a los pueblos indígenas. Pero había pocos indígenas en las tierras de Virginia.

El segundo pilar fue contratar a personas inglesas que se apuntaban para siete años de servicio a cambio de alojamiento y comida y un pasaje gratis a las Américas. Se intentó la opción de los trabajadores contratados, pero resultó que, una vez en tierra, eran difíciles de controlar, sobre todo porque podían escaparse por la frontera abierta. Tratarlos con más dureza tampoco era una opción interesante, porque haría muy difícil inducir a otros a que fueran. En 1618, la estrategia de la Virginia Company pasó de intentar explotar a los pueblos indígenas y trabajadores contratados a una basada en

estimular a los colonos. Los liberaron de sus contratos de trabajo, les dieron tierras e hicieron que esta transición fuera creíble al conceder a los hombres blancos derechos políticos en una recién concebida Asamblea General.

Pero las colonias no eran económicamente viables. Al principio los colonos habían intentado cultivar el tabaco autóctono, pero la calidad no era buena. John Rolfe, que como es bien sabido se casó con la princesa local Pocahontas, experimentó con diferentes variedades de las Indias Occidentales con resultados mucho mejores. En 1614 se exportó desde Jamestown el primer cargamento de tabaco. En otoño de 1619 se compró el primer grupo de unos veinte esclavos a un barco holandés de paso a cambio de provisiones. Aunque al inicio la Virginia Company lo desincentivó con rotundidad, el tabaco hizo, con el tiempo, que la colonia fuera próspera. Después de que en 1624 se hundiera la compañía, ya no había nada que retuviera a la gente. Los trabajadores contratados podían utilizarse para trabajar en el tabaco, pero en seguida quedó claro que comprar esclavos era más barato. La colonia se extendió geográficamente y muchos colonos se convirtieron en terratenientes y plantadores de tabaco. Cuando el espacio comenzó a llenarse, se replantearon la naturaleza de la Asamblea y en 1670 decidieron restringir el sufragio, señalando que muchos[274]

> que tienen poco interés por el país, a menudo organizan tumultos en las elecciones y perturban la paz de su Majestad, y luego, con la discreción de sus votos, mantienen la conservación del mismo.

Por otro lado, con los terratenientes se podía confiar en que se comportaran de manera más responsable. Apenas un año antes, la Asamblea había aprobado «Una ley sobre el asesinato ocasional de esclavos» que estipulaba que «si algún esclavo se resistía a su amo [...] y si por lo extremo del correctivo da la casualidad de que muere, esta muerte no contará como crimen, sino que el amo [...] será absuelto de abuso, ya que no se puede presumir que la malicia premeditada (que sólo ella hace que constituya delito de asesinato) induciría a cualquier hombre a destruir su propiedad».[275] Al fin y al cabo, ¿quién se mostraría malicioso con su propiedad?

A medida que florecía la economía esclavista, algunos se hicieron muy ricos y acumularon grandes plantaciones con numerosos esclavos. Pero no sólo se beneficiaron los propietarios de grandes plantaciones. Hubo ciudadanos menos prósperos que también adquirieron tierras y esclavos, aunque en cantidades más modestas. La riqueza generada por el complejo tabaquero-esclavista se compartió de manera más equitativa entre los blancos. Entre 1704 y 1750, por ejemplo, el tamaño medio de las propiedades en Tidewater, el área situada a lo largo de los canales navegables que proporcionaron las primeras tierras para la plantación de tabaco, cayó de 169 a 136 hectáreas. Al mismo tiempo, el número de propietarios de tierras aumentó en un 66 por ciento. Al observar de manera más general la bahía de Chesapeake, las evidencias procedentes de testamentos muestran una distribución constante y más equitativa de la riqueza en el siglo XVIII. En 1720, el 70 por ciento de las personas que morían tenían propiedades valoradas en 100 libras o menos. En la década de 1760 esa gente constituía algo más del 40 por ciento, con el correspondiente aumento del número de personas que tenían más de 100 libras. La Asamblea de Virginia, que con anterioridad había cambiado el sistema de sufragio para excluir a aquellos sin propiedades, adoptaron políticas favorables a esa misma gente. Redujo el impuesto de sufragio y legisló condiciones y términos mejorados para los sirvientes blancos. En cualquier caso, la mayoría de los hombres blancos se estaba convirtiendo en terrateniente. Por lo tanto, la economía esclavista creó una cierta solidaridad entre la gente blanca. En Virginia todos los esclavos eran pobres y, de hecho, todos los pobres eran esclavos. Como señaló el diplomático inglés sir Augustus John Foster a principios del siglo XIX, los virginianos «pueden profesar un amor ilimitado por la libertad y la democracia como consecuencia de la enorme cantidad de gente, que en otros países podría convertirse en turbas, que allí está compuesta casi en su totalidad por sus propios esclavos negros».

Pasemos ahora al otro objetivo principal de la Constitución de Estados Unidos: controlar a las personas y su participación en la política. Se puede plantear incluso si la nueva Constitución de Filadelfia se habría redactado y ratificado si no hubiera sido por la rebelión de Shay en Massachusetts, que

había tenido lugar el invierno anterior. En ella, cuatro mil hombres se levantaron contra los impuestos y las regulaciones gubernamentales. El Estado federal había sido incapaz de encontrar fondos para movilizar a un ejército que impidiera la rebelión, que fue finalmente sofocada por la milicia estatal de Massachusetts. Este episodio aumentó la preocupación por los levantamientos populares y la movilización política. No sólo era necesario un Estado fuerte que desempeñara todas estas funciones, tenía que ser un Estado que, si la gente corriente se interesaba demasiado en la política y se involucraba en ella, fuera inmune a su captura. De modo que repartir mucho el poder a través de la separación de poderes y las elecciones indirectas era una solución para el problema de Gilgamesh y la preocupación que generaba un Estado federal que actuara de manera despótica por voluntad propia, pero también era una forma de asegurarse de que las instituciones estatales no pudieran ser controladas por la gente corriente. Este peligro aterrorizaba tanto a los federalistas como a las élites sureñas cuya riqueza estaba vinculada a los esclavos y la economía de sus plantaciones. Así que tenían ante sí la oportunidad de matar dos pájaros de un tiro: al limitar la capacidad de la gente corriente para ejercer el poder político, los federalistas conseguían al mismo tiempo uno de sus objetivos y hacer que el proyecto fuera más aceptable para las élites del Sur que, de otra manera, podían resistirse a su proyecto de construcción del Estado. Además, muchas de las élites de entonces, como Jefferson, confiaban en que incluso los blancos que no pertenecían a las élites compartieran su punto de vista y así se les pudieran conceder «ciertos derechos inalienables» y «libertad» sin miedo a que quisieran compartir esos privilegios con los esclavos. De modo que la idea de libertad que surgió durante el proceso de construcción del Estado estadounidense fue a la vez magnífica (para los blancos) y engrilletada (para los negros), con consecuencias predecibles.

El enrevesado camino de la construcción del Estado estadounidense

La Constitución de Estados Unidos consiguió, de una vez, abordar los problemas clave a los que se enfrentaban los federalistas. Creó un Estado; aseguró que sus poderes no pudieran ser acaparados por facciones de la

población corriente, garantizando así el derecho de propiedad, un tema de particular importancia para las élites estadounidenses; mantuvo la autonomía de los estados; y concedió a la gente, a su pesar, unos derechos esenciales frente al potencial abuso del Estado. A su pesar, de mala gana, pero también con el conocimiento de que incluso los blancos más pobres compartían muchos de los intereses de las élites, por ejemplo, como hemos visto en la economía esclavista.

Pero al repartir el poder entre los diferentes organismos y grupos se corría el riesgo de crear una paralización importante. Esto se volvió evidente más tarde, sobre todo cuando surgieron los partidos políticos organizados. Un partido podía tener mayoría en el Congreso y otro diferente tener mayoría en el Senado, puesto que se elegían de acuerdo a reglas diferentes. El presidente, escogido mediante otro método, podía no ser capaz de conseguir un apoyo mayoritario en ninguna de las cámaras. Pero esta paralización potencial hizo que controlar al Gobierno federal resultara más fácil y, por lo tanto, que la Constitución fuera más aceptable para los estados. Pero había también una desventaja clara. Aunque el principal objetivo de la Constitución era crear un Estado central poderoso con más capacidad, este sistema generaba también cierta incapacidad. Esta incapacidad era particularmente dañina para las políticas sociales y la redistribución de los ingresos, puesto que siempre había alguien que podía oponerse y bloquearlas. Esta combinación de fortaleza y debilidad del Estado, algo que los federalistas tuvieron que tolerar para satisfacer todos sus objetivos, y la manera en que se ha manejado en el tiempo, es un elemento distintivo del excepcionalismo estadounidense en la construcción del Estado.

En algunos aspectos, la creación del Estado estadounidense funcionó bastante bien. La debilidad del Estado federal significaba que no podía convertirse en un Leviatán despótico, y la sociedad lo sabía. Garantías como el poder policial de los estados fueron un elemento crucial para, primero, convencer a la élites estatales de que ratificaran la Constitución, y en general para impedir que después bloquearan su ampliación. Luego se produjo un poderoso efecto de la Reina Roja, que fortaleció las instituciones del Estado. Al mismo tiempo, sin embargo, la debilidad inicial

se mantuvo y dificultó que durante los siglos XIX y XX el Estado pudiera satisfacer las crecientes demandas que procedían de una sociedad atrapada por cambios económicos y sociales muy rápidos.

Un efecto secundario inicial de esta debilidad fue la falta de ingresos. Con el sistema fiscal recién creado, el Gobierno pudo financiar el ejército de George Washington que marchó al oeste de Pennsylvania para aplastar la Rebelión del whisky. Pero la Constitución establecía que «No se establecerá ningún impuesto directo ni de capitación, como no sea proporcionalmente al censo o recuento que antes se ordenó practicar». De modo que no había «impuestos directos», en particular impuestos sobre la renta, para el Gobierno federal. La Constitución daba con una mano y con la otra te lo quitaba. ¿Cómo iba el Estado federal a lograr sus objetivos sin ingresos?

Tuvo que improvisar. Esta improvisación acabó convirtiéndose en una estrategia basada en sociedades público-privadas, en la que el Gobierno confiaba en el sector privado tanto para implementar como para establecer el sentido de muchas de sus funciones importantes, y limitaba su papel a proporcionar tierras, incentivos y algunos subsidios. Por ejemplo, el Gobierno quiso asegurarse de que las costas este y oeste del país estuvieran conectadas por una línea ferroviaria, pero no podía construirla él mismo. Por un lado, antes de la guerra de Secesión, los políticos del Sur habían bloqueado la ruta que preferían los del Norte. Por el otro, el Gobierno no tenía dinero para construir la línea ferroviaria. De modo que decidió incentivar que lo hiciera el sector privado. En 1862, Abraham Lincoln firmó la Ley del Ferrocarril del Pacífico. La ley concedió a las compañías ferroviarias préstamos garantizados respaldados por el Gobierno y grandes extensiones de tierra a lo largo de la línea ferroviaria. La sección segunda de la ley concedía derecho de paso de algo más de 60 metros a ambos lados de la vía férrea y permitía a la compañía ferroviaria tomar libremente cualquier material necesario para su construcción. La sección tercera dio a las compañías ferroviarias hasta 1.295 hectáreas de tierra a cada lado de la línea de ferrocarril por cada 1,6 kilómetros de vía que establecieran (la asignación de las compañías ferroviarias se duplicó en 1864). Esto creó enormes incentivos para que las empresas ferroviarias realizaran el trabajo, ya que una vez construido el ferrocarril, la tierra sería valiosa y podrían

venderla con un beneficio considerable. Vimos en el capítulo 1 que la empresa ferroviaria Union Pacific, tan pronto como construyó la línea en Wyoming, fundó la ciudad de Cheyenne y comenzó a vender la tierra. Nada de esto requería nuevos gastos, de modo que el Gobierno federal no necesitó subir los impuestos.

La estrategia basada en la asociación público-privada para construir el ferrocarril transcontinental no sólo tenía que ver con gastar el menor dinero gubernamental posible. También pretendía encadenar a un incipiente Leviatán despótico. Se centró en incentivar que el sector privado hiciera trabajos que en otras partes del mundo hubiera realizado el Gobierno, para que el Estado no se volviera demasiado grande o poderoso. También lograba la implicación del sector privado, de modo que el Leviatán quedaba muy controlado.

En 1862, trabajar con el sector privado para proporcionar servicios públicos básicos no era algo nuevo. Una de las instituciones más icónicas del siglo XIX estadounidense, la Oficina de Correos de Estados Unidos, también se creó según este modelo. En 1792, el primer Congreso aprobó la Ley de la Oficina de Correos para crear un servicio postal federal y rápidamente consiguió formar una enorme red que conectaba el país. El servicio postal pronto se convirtió en el empleador único más importante del Gobierno.[276] En 1816, el 69 por ciento del personal federal civil eran encargados de oficinas postales. En 1841, esta cifra llegó al 79 por ciento, y había más de 9.000 encargados. En 1852, *The New York Times* lo describió como la «poderosa rama del gobierno civil», pero el servicio postal también era una sociedad público-privada. El correo era transportado por diligencias privadas subvencionadas por el Gobierno federal. En 1828 había más de 700 contratistas de correo privados. La sociedad permitió al Gobierno federal establecer una presencia generalizada en todo este vasto territorio. En relación con su población, en aquel momento Estados Unidos tenía el doble de oficinas postales que el Reino Unido y cinco veces más que Francia. Durante sus famosos viajes en 1831, esta omnipresencia del servicio postal fue evidente para Tocqueville, quien observó:[277]

> Hay una circulación asombrosa de cartas y periódicos en estos bosques salvajes [...]. No creo que en los distritos más ilustrados de Francia exista un movimiento intelectual tan rápido ni de semejante escala como en esta tierra remota.

También señaló la manera en que aportaba un «gran vínculo entre las mentes» y «penetra» en el «corazón de las tierras remotas». El servicio de correos no sólo era indicativo de la presencia y la funcionalidad del Estado. También facilitaba el flujo de información, y ayudó a que se difundieran las ideas y se estimularan otras nuevas. Hizo que muchas actividades económicas cruciales, como las patentes y la protección de los derechos de propiedad intelectual, fueran mucho más sencillas. La historiadora económica Zorina Khan señala que «en Estados Unidos, los inventores rurales podían solicitar patentes sin demasiados obstáculos, porque las solicitudes se podían presentar por correo sin franqueo. La Oficina de Patentes y Marcas Registradas de Estados Unidos también tenía depósitos por todo el país, donde los inventores podían enviar sus modelos de patentes a costa de la Oficina Postal. No resulta sorprendente, pues, que gran parte del auge inicial de las patentes durante la primera industrialización de Estados Unidos tuviera lugar en las zonas rurales». Además, alrededor de la década de 1830, el servicio postal era una institución burocrática moderna, que trabajaba y se comportaba de manera bastante autónoma.

A pesar de estar constreñido por la Constitución, el Estado federal podía expandirse en dos áreas cruciales. El ferrocarril y el servicio postal abarcaban estados individuales y era necesario cierto grado de cooperación o coordinación interestatal. La justicia y la seguridad tenían necesidades parecidas. La Constitución daba al Congreso el derecho «para reclutar y mantener ejércitos, pero ninguna autorización presupuestaria de fondos que tengan ese destino será por un plazo superior a dos años». La estipulación de los dos años se debió a la reticencia para crear un ejército permanente, ya que podría constituir una amenaza para la democracia. A pesar de esta restricción, el Gobierno federal logró crear un ejército y una marina efectivos, junto con los arsenales y astilleros necesarios para proveerlos. Lo hizo aprovechando las milicias estatales.[278]

En 1812, el país estaba en guerra con el Reino Unido y con varias naciones de indios nativos. Los británicos secuestraban barcos estadounidenses y amenazaban con invadirlos, mientras los indios atacaban puestos fronterizos. El presidente Madison se dirigió a Andrew Jackson, el jefe de la milicia de Tennessee. En primer lugar, Jackson dirigió a sus hombres contra los Red Sticks, un grupo de muscoguis rebelde que había estado atacando Alabama. Con una fuerza de cuatro mil hombres, atacó su base en Horseshoe Bend, Alabama, en marzo de 1814, matando a mil Red Sticks, entre ellos muchas mujeres y niños. Después, Jackson se dirigió al sur de Nueva Orleans. Fortificó la ciudad y, en diciembre de 1814 y enero de 1815, venció a los británicos en cuatro batallas sucesivas, matando al 25 por ciento de las fuerzas invasoras. A continuación, en 1816, Jackson reunió a sus fuerzas para invadir la Florida española. El ataque acabó con la captura del gobernador español en Pensacola y condujo a la cesión formal del territorio de Florida a Estados Unidos.

Observamos otra clase de asociación público-privada en la construcción del sistema judicial federal. Estados Unidos adaptó una versión del derecho consuetudinario británico en el que los jueces, y no sólo los legisladores, hacen la ley cuando evalúan casos legales y establecen precedentes. Aún más importante fue que desde el principio permitió que los jueces desempeñaran un papel crucial e influyente en las actuaciones y políticas gubernamentales. El sistema legal de Estados Unidos también subcontrató en parte a ciudadanos privados la investigación de las infracciones y la presentación de demandas. Así, cuando el título VII de la Ley de Derechos Civiles de 1964 prohibió la discriminación laboral en el sector privado por motivos de raza, género, nacionalidad o religión, no confió su implementación a las agencias gubernamentales, sino a demandas privadas presentadas bajo el título VII. Esta decisión contribuyó de manera significativa al auge de los pleitos privados durante las últimas cinco décadas. Con cerca de veinte mil casos anuales, los pleitos por discriminación laboral son hoy la segunda mayor categoría de litigio en las cortes federales, después de las peticiones de libertad de reclusos. La acción privada en los tribunales también fue alentada por los potencialmente grandes perjuicios económicos y la concesión de honorarios a los abogados

por ganar pleitos. De igual manera, en Estados Unidos las infracciones de las corporaciones suelen controlarlas demandas colectivas privadas, no la burocracia ni el poder fiscal del sistema judicial de Estados Unidos. Al llevar la asociación público-privada en asuntos legales a su extremo, la ley de Estados Unidos acabó dependiendo de las demandas privadas para hacer frente al fraude contra el Gobierno. Basándose en una disposición del derecho consuetudinario inglés llamada *qui tam* que hace mucho que se dejó de usar en el Reino Unido, la ley estadounidense permite que individuos privados presenten demandas contra partes que defraudan al Gobierno. Si una demanda tiene éxito, el demandante recibe una fracción (que oscila entre el 15 y el 25 por ciento) de la cantidad que recupera el Gobierno federal.

Este singular proceso de evolución judicial ha frenado el poder del Gobierno federal (con un poder judicial independiente que actúa como barrera frente a las extralimitaciones del Gobierno), ha desarrollado un sistema legal arraigado en las solicitudes y preocupaciones de (al menos algunos de) sus ciudadanos y ha hecho que la creciente capacidad del Estado fuera aceptable para los sectores poderosos de la sociedad. Al igual que el servicio postal, el poder judicial desempeñó un papel clave a la hora de trabar Estados Unidos con un grupo de reglas común, que también hizo posible la expansión hacia el oeste. Lo primero que ocurrió en el territorio cuando aún tenía menos de cinco mil habitantes fue que el Congreso designó a un gobernador y dos jueces.

Las asociaciones público-privadas se complementaron con otra solución política, las asociaciones federales-locales. El federalismo estadounidense acabó significando no sólo la división del poder entre los gobiernos federal, estatal y local, sino la transferencia de la aplicación de la ley y de muchos servicios públicos a las autoridades locales. Así, aunque Estados Unidos tiene un sistema de educación que se basa en la provisión pública de la educación primaria y secundaria, esta provisión se hace a nivel local, la llevan a cabo los distritos escolares y la financian sobre todo los municipios con sus ingresos fiscales. El origen de este sistema se remonta a la décima enmienda, que reservaba a los estados el poder de proporcionar y controlar la educación. Aunque el poder del Gobierno federal para recaudar

ingresos estaba limitado, no ocurría lo mismo con los estados y los gobiernos locales. De modo que al principio de la república muchos estados aprobaron leyes que permitían a sus municipios implantar impuestos para financiar la educación local. En el siglo XIX, estos ingresos financiaron escuelas en áreas urbanas y municipios, pero también «escuelas comunes» rurales, cuyo rasgo distintivo era su financiación y control local. Las escuelas comunes enseñaban asignaturas básicas, pero de una manera que era coherente con las preferencias y valores de sus comunidades. En coherencia con la asociación público-privada, el Estado federal desempeñó de nuevo el papel de inductor y financiador. La Ordenanza de Tierras de 1785, escrita por Thomas Jefferson, dividió las tierras federales del noroeste en municipios de poco más de 1.150 hectáreas, y a cada municipio en treinta y seis secciones, y los ingresos de una sección se reservaban para financiar las escuelas. Los estados de Illinois, Indiana, Michigan, Ohio y Wisconsin, incorporados más tarde a esas tierras, tuvieron por tanto recursos reservados para la educación escolar. La misma disposición continuó después, con más secciones reservadas para generar ingresos para la escolarización en California y el suroeste.

Cuando en el siglo XIX y principios del XX se hizo evidente por primera vez la malnutrición entre los escolares, fueron los ayuntamientos los que empezaron a proporcionar comidas gratuitas en la escuela a los niños de las familias pobres. El Gobierno federal se incorporó después, para subvencionar y ampliar estos programas, en especial con la Ley Nacional de la Comida Escolar de 1946. Cuando el grado de discriminación que sufrían los estudiantes con discapacidades, y la pobre educación que recibían, llamaron la atención pública, el Congreso aprobó la Ley para la Educación de Todos los Niños Discapacitados de 1975, pero dejó la financiación de la educación especial a los distritos educativos y los estados, que todavía asumen más del 90 por ciento del coste.

En todos estos ejemplos somos testigos de un Leviatán estadounidense fuertemente encadenado, obligado a desarrollar métodos nuevos y creativos para ampliar su capacidad cuando se enfrenta a retos desconocidos y a veces urgentes. Resulta notable que, en la versión estadounidense del efecto de la Reina Roja, la debilidad del Estado central también haya sido una

fuente de su fortaleza. Ha fomentado que el Estado desarrollara nuevos modelos para trabajar con la sociedad y los Gobiernos locales que permitieran abordar estos problemas, y siempre ha dado confianza a los actores a la hora de ceder poder al Estado federal, con la seguridad de que éste seguía estando limitado. De modo que el Estado central amplió sus competencias y su capacidad, al tiempo que mantenía su debilidad original y permanecía en el pasillo: una brillante manera de crear un Leviatán encadenado en continua evolución. Pero como ya hemos anticipado, este éxito tuvo importantes aspectos negativos.

Venceremos

El relato habitual de la historia de Estados Unidos no sólo es incompleto cuando olvida las consecuencias perjudiciales de las concesiones y la arquitectura de la Constitución. También ignora el papel crucial que en todo momento desempeñaron la movilización social y la Reina Roja. La Constitución y la Carta de Derechos, como hemos visto, no fueron el regalo de unas élites benevolentes, fueron el resultado del tira y afloja entre las élites y el pueblo, y sin esta lucha continua, habrían resultado tan ineficaces como lo fue la creación de Enkidu para la libertad en Uruk.

No hay mejor manera de ilustrar esto que con las actividades y éxitos del movimiento por los derechos civiles. Tal vez los dos logros más famosos del movimiento fueron la Ley de Derechos Civiles de 1964 y la Ley del Derecho al Voto de 1965. A medida que, durante la década de 1950, el movimiento por los derechos civiles se organizaba y ganaba adeptos, concibió una serie de estrategias para enfrentarse a las políticas discriminatorias de los estados sureños, que hasta entonces habían podido permanecer seguros al margen de la Carta de Derechos federal. Al principio, el Gobierno federal intentó mantenerse neutral y sólo intervino cuando se vio obligado por el deterioro generalizado del orden público. El movimiento por los derechos civiles empezó a intensificar sus actividades para forzar la actuación federal. Una de las estrategias fueron los «viajes de la libertad», en los que grupos racialmente mixtos cogían autobuses interestatales para infringir las leyes de segregación sureñas. En mayo de

1961, varias hordas atacaron a los viajeros de la libertad en varios lugares de Alabama, creando tal destrucción que el Departamento de Justicia pidió al tribunal del distrito federal de Montgomery, la capital del estado, que interviniera. El fiscal general Robert Kennedy,[279] hermano del presidente, envió a 600 *marshals* estadounidenses a Montgomery para proteger a los viajeros de la libertad. Pero el primer impulso del Gobierno de Kennedy había sido intentar evitar la intervención y tratar de minar la solidaridad de los activistas de los derechos civiles. Un ejemplo fue el Proyecto para la Educación del Votante, cuya intención parece que era dirigir a los activistas hacia acciones que Kennedy consideraba menos perturbadoras. La gente del movimiento por los derechos civiles captó el mensaje. En 1963, lanzaron un plan para desbaratar las leyes segregacionistas en Birmingham, Alabama, con la intención de provocar una reacción tan fuerte que el Estado federal tuviera que intervenir de manera más sistemática. Como dijo el activista Ralph Abernathy:[280]

> Los ojos del mundo se dirigen a Birmingham esta noche. Bobby Kennedy está mirando hacia aquí, a Birmingham, el Congreso de Estados Unidos está mirando a Birmingham. El Departamento de Justicia está mirando a Birmingham. ¿Estáis preparados, estáis preparados para el desafío? [...]. Yo estoy dispuesto a ir a la cárcel, ¿lo estáis vosotros?

Más controvertida fue la «cruzada de los niños» del 2 de mayo, cuando seiscientos niños fueron detenidos, el más joven de ellos de ocho años. El presidente John F. Kennedy no tuvo más opción que concluir que «los sucesos de Birmingham y de otros lugares han intensificado tanto el clamor por la igualdad, que ninguna ciudad, estado o cuerpo legislativo puede juiciosamente optar por ignorarlos». El mes siguiente, Kennedy propuso lo que sería la Ley de Derechos Civiles de 1964, que supuso el principio del restablecimiento del poder político de los afroamericanos y también de la lucha contra las normas que los discriminaban económica y socialmente, predominantes en el Sur, pero que no sólo se limitaban al Sur.

El movimiento por los derechos civiles no se detuvo ahí. El siguiente destino fue Selma, en Alabama. En enero de 1965, los activistas de los derechos civiles empezaron una larga campaña para evidenciar la violación de los derechos básicos de los negros, en particular de su derecho al voto.

El 7 de marzo, alrededor de seiscientos activistas iniciaron una marcha desde Selma hasta Montgomery. Fueron atacados por agentes de las fuerzas de seguridad locales: diecisiete manifestantes fueron hospitalizados y otros cincuenta heridos. Entonces, el presidente Kennedy ya había sido asesinado y Lyndon B. Johnson se había convertido en el nuevo presidente. Johnson intensificó la intervención federal en el Sur, y un juez federal local, Frank Johnson, dictaminó que «la ley es clara en que el derecho a solicitarle al propio Gobierno la reparación de las ofensas puede ejercerse en grandes grupos [...] y estos derechos se pueden ejercer marchando, incluso por las carreteras públicas».[281]

Igual que las manifestaciones de Birmingham habían dado pie a la Ley de Derechos Civiles, la marcha de Selma despejó el camino para la Ley del Derecho al Voto de 1965, que abolía muchas de las trampas —en concreto, pruebas de alfabetización e impuestos al sufragio— que se habían usado para privar del derecho al voto a los afroamericanos. Una semana después de la marcha de Selma, el presidente Johnson dio su famoso discurso «Venceremos». Comenzaba así:[282]

> Esta noche hablo por la dignidad del hombre y el destino de la democracia [...]. En ciertas ocasiones, la historia y el destino se encuentran en un único momento y un único lugar para determinar un punto de inflexión en la interminable búsqueda de la libertad del hombre. Así fue en Lexington y Concord [...]. Así fue la semana pasada en Selma, Alabama.

Johnson comparó el movimiento por los derechos civiles con la guerra de Independencia de Estados Unidos de los «patriotas» de Massachusetts. Tenía razón: ambas eran reacciones de la sociedad contra el despotismo. El discurso de Johnson hizo entender que la naturaleza encadenada del Leviatán estadounidense no sólo tenía que ver con una arquitectura constitucional inteligente, sino que dependía de manera crucial de la movilización y la creciente asertividad de la sociedad.

La vida en el pasillo estadounidense

A medida que la naturaleza de los retos cambió, el Leviatán estadounidense asumió más responsabilidades, a veces incluso liberándose temporalmente de la sujeción de su debilidad original. Como ocurrió con el movimiento por los derechos civiles, a menudo esto fue una respuesta a las demandas de la sociedad.[283]

Un punto de inflexión representativo de las dinámicas del efecto de la Reina Roja fue la Era Progresista, en la que el Gobierno federal aumentó su respuesta a las nuevas demandas, mientras simultáneamente los cambios sociales e institucionales intensificaron los controles y contrapesos sobre el Estado. Las oportunidades económicas y el mercado nacional unificado creado por el Estado federal en el siglo XIX, y sobre todo después de la guerra de Secesión, provocaron un rápido crecimiento y una rápida industrialización. Se trató de un proceso desigual, con frecuencia dominado por un puñado de empresas que eran sus beneficiarias, en especial aquellas que sabían cómo aprovecharse del sistema. En consecuencia, el período que Mark Twain describió como «la Edad Dorada», desde la década de 1870 hasta principios del siglo XX, fue testigo de la aparición de enormes empresas que acabarían dominando sus sectores o incluso toda la economía. Liderados por magnates ferroviarios como Cornelius Vanderbilt y Jay Gould, industriales como John D. Rockefeller y Andrew Carnegie, y financieros como John Pierpont Morgan, estos «barones ladrones» no sólo invirtieron de forma masiva e impulsaron la expansión económica, sino que amasaron fortunas sin precedentes y abusaron de manera habitual de su poder económico y político. Era crecimiento, pero muy desigual, empeorado por el hecho de que las instituciones estadounidenses del siglo XIX no estaban preparadas para controlar a estos hombres poderosos y sin escrúpulos y a sus *trusts*, como se conocía entonces a estas empresas. El Leviatán estadounidense reaccionó ante las circunstancias económicas y políticas cambiantes y aumentó su capacidad para regular estos monopolios, empezando por la Ley de Comercio Interestatal de 1887, el primer paso hacia una regulación nacional de la industria, seguida de la Ley Antimonopolio Sherman de 1890, la Ley Hepburn de 1906 y la Ley Antimonopolio Clayton de 1914. Tres presidentes activistas sucesivos, Theodore Roosevelt, William H. Taft y Woodrow Wilson, utilizaron estas

leyes para deshacer los monopolios. Taft no sólo persiguió los monopolios, sino que en 1913 cambió el panorama de la economía estadounidense al proponer la decimosexta enmienda, que implantó un impuesto federal sobre la renta.

Pero en este proceso no sólo se fortaleció el Estado. Estas leyes y la elección de presidentes activistas fueron consecuencia de la creciente movilización popular del movimiento progresista, que acercó a los agricultores descontentos y a las clases medias urbanas para ejercer una poderosa influencia en la política de la época. Los medios de comunicación, incluidos los periodistas de investigación conocidos como *muckrakers*, empezaron a desempeñar un papel más activo y a influir en las políticas públicas, al exponer los abusos de los barones ladrones y la manera en que manipulaban la política para su propio beneficio. La decimoséptima enmienda de 1913 introdujo las elecciones directas y acabó con la elección de senadores por parte de las legislaturas estatales. Con esto, empezó a reducirse la desproporcionada influencia de los magnates en la legislatura, que David Graham Phillips satirizó brillantemente en la serie de artículos que publicó en 1906 en la revista *Cosmopolitan*, titulada «La traición del Senado».

La expansión de la capacidad del Estado central y su papel en la economía se aceleraron durante la presidencia de Franklin Delano Roosevelt. Una vez más, se trató de una respuesta a las recientes exigencias creadas por las nuevas condiciones económicas, en esta ocasión en forma de la recesión económica más severa de los tiempos modernos, la Gran Depresión. El New Deal[284] de Roosevelt puso en marcha una regulación más estricta de los bancos (con la Ley de Emergencia Bancaria de 1933, la Ley de Valores de 1933 y, en especial, la fundación de la Corporación Federal de Seguros de Depósitos, que aseguraba pequeños depósitos para evitar pánicos bancarios), una importante expansión del gasto gubernamental en obras públicas con el establecimiento de la Administración de Obras Públicas y la Autoridad del Valle del Tennessee, un nuevo programa para respaldar los precios y los ingresos agrícolas bajo los auspicios de la recién fundada Administración de Ajuste Agrícola, la moderna Seguridad Social en 1935 y el Plan de Cupones para Alimentos en

1939, que han continuado siendo los fundamentos de la política de bienestar estadounidense. Roosevelt también firmó la Ley Nacional de Relaciones Laborales de 1935 y para imponer su cumplimiento creó una complicada burocracia, que investigaba si las empresas cumplían las normas y presentaba demandas judiciales si no era así (aunque, como hemos visto, hubo leyes posteriores, como el título VII de la Ley de Derechos Civiles, que renunciaron a este enfoque y volvieron al modelo de sociedad público-privada).

La «Gran Sociedad»[285] del presidente Johnson inició una expansión igualmente significativa del papel del Estado federal en la economía. Johnson presentó el principio central del programa, la «guerra contra la pobreza», en su discurso sobre el estado de la Unión de 1964 al declarar que «hoy, aquí y ahora, esta Administración declara la guerra incondicional a la pobreza en Estados Unidos».

También esto fue una respuesta a los cambios sociales, impulsada por unas tasas de pobreza altas y persistentes en muchas partes de Estados Unidos y por las crecientes desigualdades entre los blancos y los negros, que se habían convertido en la población mayoritaria en muchos barrios marginales urbanos. Estas condiciones económicas se consideraron la causa principal del aumento de los índices de delincuencia. Grandes disturbios en Nueva York, Rochester, Chicago, Filadelfia y, sobre todo, Los Ángeles en 1964 y 1965 hicieron que estas preocupaciones se volvieran más urgentes. Además de ampliar y hacer permanentes programas del New Deal como la Seguridad Social y los cupones de alimentos, la Gran Sociedad aumentó los pagos y la cobertura de los seguros de invalidez, inició programas de formación profesional para jóvenes desfavorecidos en el contexto de la ambiciosa Ley de Oportunidades Económicas de 1964, y fundó las Agencias de Acción Comunitaria encargadas de ayudar a los ciudadanos pobres. Los que aún hoy son los dos pilares de la financiación pública de la atención sanitaria en Estados Unidos, Medicare para los estadounidenses mayores y Medicaid para los beneficiarios de ayudas sociales, se crearon con la Ley de Seguridad Social de 1965. Tal vez los programas de educación fueron más innovadores, entre ellos el programa Head Start, que proporcionaba educación preescolar a los niños pobres, y la Ley de

Educación Bilingüe de 1968, para que los distritos escolares locales ayudaran a los niños de familias de habla no inglesa, y la enorme ampliación de la ayuda federal a las universidades y a los estudiantes con pocos recursos para que fueran a la universidad.

Aunque la movilización de la sociedad había provocado un crecimiento espectacular de la capacidad del Estado federal, la arquitectura de la Constitución continuaba influyendo en la manera en que se desarrollaban algunos de esos programas, así como en sus resultados (Ronald Reagan bromeó sobre la guerra contra la pobreza, al decir que «el Gobierno federal declaró la guerra a la pobreza, y la pobreza ganó»). Consideremos, por ejemplo, la emblemática Ley de Seguridad Social de Franklin Delano Roosevelt. Hasta el New Deal, Estados Unidos no había logrado desarrollar ninguna política de seguridad social que fuera generalizada, mientras que el Reino Unido ya había ido en esa dirección en 1906 y Alemania incluso antes, en la década de 1880. En Estados Unidos existían los planes de pensiones privados, pero cubrían a menos del 10 por ciento de los trabajadores. La mayoría de las personas tenía que depender de su familia o de lo poco que ellos pudieran ahorrar para tener recursos para la vejez. El Gobierno proporcionaba pensiones a los veteranos y a las viudas de los veteranos, y éstas representaban el 85 por ciento de las pensiones en 1928. El elemento central de la Ley de Seguridad Social fue un sistema obligatorio de pensiones de jubilación. La primera sección afirmaba:

> Con objeto de permitir que cada estado provea asistencia financiera, en la medida de sus posibilidades en las condiciones de dicho estado, a las personas mayores necesitadas, se autoriza por la presente la asignación para el año fiscal que finaliza el 30 de junio de 1936, la suma de 49.750.000 dólares, y por la presente se autoriza la asignación para cada año fiscal posterior una suma suficiente para llevar a cabo los objetivos de esta sección.

De modo que los estados eran centrales para la aplicación de las medidas. La ley especificaba cuánto se ganaría tras la jubilación, lo que dependía del salario de la persona antes de jubilarse, pero en ningún caso la cantidad sería superior a 85 dólares mensuales. Era una cantidad modesta, alrededor de la mitad del salario medio de la época; pero representaba un compromiso radical del Gobierno con un programa social universal.

Irónicamente, la seguridad social hizo que para las empresas las pensiones privadas fueran más atractivas, porque podían destinarlas a sus trabajadores más cualificados y mejor pagados, para los que las pensiones del Gobierno no serían suficientes. De hecho, antes de la Ley de Seguridad Social las empresas privadas no implantaban planes de pensiones para los trabajadores mejor pagados sin al mismo tiempo hacer algo para los demás trabajadores. Pero para los empleadores dar esas prestaciones a todos los trabajadores habría resultado muy caro. Cuando la ley se aprobó, los trabajadores con ingresos bajos tuvieron acceso a las pensiones, reduciendo la inhibición de las empresas a la hora de dirigir los planes privados a los trabajadores mejor pagados. Como señaló un portavoz de la Corporación Nacional de Productores Lácteos: «Lo primero que nos llamó la atención fue que sólo 1.200 personas del total de nuestros empleados recibían más de 3.000 dólares. Entre esos 1.200 estaban casi todos los empleados que tenían una influencia real en el desarrollo de la empresa, en cómo lograr el éxito frente a los competidores [...]. De modo que decidimos [...] que ni los empleadores ni los empleados con salarios por debajo de 3.000 dólares pagarían nada al plan, y dejaremos que el programa de impuestos de la seguridad social se encargue de los salarios inferiores a 3.000 dólares».

Como resultado, las empresas se aprovecharon de esta nueva medida política. Al hacerlo, se beneficiaron del hecho de que los pagos de las pensiones eran deducibles de impuestos para el empleador, ya que se consideraban un gasto similar al de un salario y, al mismo tiempo, estas pensiones para los empleados, y hasta cierto límite sus propias contribuciones, sólo se gravarían como impuesto cuando fueran cobradas durante la jubilación, trasladando el pago de impuestos al futuro. Al implantar las pensiones públicas universales, el Gobierno subsidió simultáneamente las pensiones privadas. Es más, los empleados con salarios altos siempre iban a ganar demasiado para beneficiarse de la Seguridad Social. De modo que se estableció la base de un sistema dual, en lugar de un sistema público de pensiones universal que cubriera a todo el mundo. Como era de esperar, después de la implantación de la Seguridad Social, la cobertura de las pensiones privadas aumentó con rapidez, de menos del 10 por ciento al 40 por ciento de la fuerza laboral en la década de 1970. De

hecho, para empezar, la cobertura del sistema público distaba mucho de ser universal, porque los políticos del Sur obligaron al presidente Roosevelt a excluir la agricultura y a los trabajadores domésticos para evitar dar prestaciones a los afroamericanos.

Si la situación de Estados Unidos con respecto a las pensiones difiere de la de otros países desarrollados, el planteamiento de la atención médica, a pesar de la Gran Sociedad de Johnson, lo hace de manera aún más evidente. En Estados Unidos no hay nada parecido a una Seguridad Social. Las únicas políticas universales son Medicare para los mayores y Medicaid para algunos sectores pobres de la sociedad. Por el contrario, la mayoría de los estadounidenses recibe la atención médica a través de sus empleadores, a través de un seguro médico privado que está muy subvencionado por el Gobierno. De modo que la simbiosis público-privada se inclina aún más hacia lo privado.

Las sociedades público-privadas y las limitaciones del Estado, incluso a medida que éste ganaba confianza, también han conformado otras dimensiones de las actuaciones estatales. Explican cómo Estados Unidos se movilizó para la segunda guerra mundial y la forma en que se organizó para luchar durante la guerra fría. También aclaran el controvertido papel que tuvieron en la guerra de Irak contratistas y empresas como Halliburton y Blackwater. Vale la pena recordar que Edward Snowden, cuando hizo públicas las explosivas revelaciones sobre el programa secreto de recopilación de datos de la Agencia de Seguridad Nacional, era un contratista privado de la Agencia Central de Inteligencia.

¿Quién se burla de ti en la Ruta 66?

Para el Estado estadounidense, la combinación variable de provisión pública y privada era una forma conveniente de conseguir mayor capacidad con el paso del tiempo, pero eso también significó que se encontraba particularmente incapacitado para abordar algunos problemas cruciales. Muchos de los desafíos urgentes a los que hoy se enfrenta el país, que van desde altos niveles de pobreza y falta de acceso a la atención médica (según los estándares de otras naciones ricas) al número de delitos (colosal,

comparado con el de otros países) y la falta de protección de los ciudadanos (evidente en Ferguson, Misuri o en Hyde Park, Chicago, donde vive uno de los autores), tiene su origen en esta construcción de Estado que lo incapacita.

El asesinato de Michael Brown debe considerarse en el contexto del lamentable estado de las relaciones entre los ciudadanos y la policía de Ferguson. Es el complejo resultado de muchas cosas, pero resulta habitual en muchas zonas urbanas. Los «guetos», como se ha llamado a estas áreas urbanas, tienen en todas partes los mismos problemas; albergan de manera desproporcionada a minorías raciales; ofrecen menos empleo y oportunidades económicas que cualquier otro lugar del país y las tasas de pobreza son de lejos mucho más altas de lo normal;[286] tienen una falta grave de servicios públicos y tienen índices delictivos mucho mayores, en particular crímenes con armas de fuego y homicidios. Esta última característica es una de las razones de la tensa relación con la policía. En Estados Unidos hay más o menos un arma de fuego por persona, lo que significa más de trescientos millones de armas. El país con el segundo mayor número de armas en relación con su población es Yemen, aunque allí sólo tienen media arma por persona. En otros países apenas hay armas: en el Reino Unido y en China, por ejemplo, hay un arma de fuego por cada veinte personas. En Estados Unidos hay tantas armas que llegan a todos los rincones de la sociedad, incluidos estos guetos con sus enormes problemas sociales. Una de las consecuencias de la distribución generalizada de armas es que la policía tiene miedo, por lo que dispara primero y pregunta después. Tienen motivos para estar asustados. La ciudad de San Luis fue la capital del asesinato de Estados Unidos en 2015, seguida de cerca por Baltimore y Detroit, en el segundo y tercer puesto respectivamente. Ese año en San Luis el índice de asesinatos fue de 59 por cada 100.000 personas, lo que significa que hubo 188 homicidios. Esto se puede comparar con la media estadounidense de 5 por cada 100.000 para los homicidios, que es unas cinco veces superior a la media de Europa occidental.

En alrededor de dos tercios de los homicidios que se producen en Estados Unidos hay implicadas armas de fuego. El extraordinario número de armas en el país y su papel en los homicidios están relacionados de

manera directa con la Constitución y la garantía de la segunda enmienda del «derecho del pueblo a poseer y portar armas». El derecho a portar armas, hoy día «armas de fuego», ha sido confirmado una y otra vez por el Tribunal Supremo, sin importar la magnitud de la matanza sufrida por gente inocente. En 2008, en el caso *Distrito de Columbia contra Heller*,[287] el tribunal derogó leyes vigentes en Washington, D. C. para restringir el acceso de la gente a las armas de fuego y mantener las armas legales descargadas en casa. Afirmó, por primera vez, que la propiedad de las armas no estaba en absoluto relacionada con la pertenencia a una milicia, sino con la autoprotección. El enunciado original de la segunda enmienda, un intento de mantener la debilidad del Estado federal, ha dejado a su paso un largo rastro de muerte y violencia. Es destacable que el alcance de la segunda enmienda se haya ampliado con el tiempo, reflejando tanto el sentimiento general de la población sobre la importancia de que los individuos se protejan a sí mismos (en lugar de que lo haga el Estado central) como el papel de las organizaciones y los grupos de interés privados, en este caso la Asociación Nacional del Rifle, que se ha opuesto de manera efectiva a cualquier tipo de control sobre las armas en la política estadounidense.

Pero en Ferguson el daño colateral provocado por la manera peculiar en que se ha construido el Estado de Estados Unidos no comienza ni termina con la violencia de las armas de fuego. Ferguson no siempre ha sido una zona conflictiva de tensiones raciales.[288] Solía ser un área suburbana de clase media, habitada no por afroamericanos u otras minorías, sino por gente blanca relativamente adinerada que vivía en casas unifamiliares. En 1970, menos del 1 por ciento de la población de Ferguson era negra. De hecho, hasta la década de 1960 fue una «ciudad del atardecer», uno de los rasgos de la falta de libertad en Estados Unidos, una ciudad en la que los afroamericanos no podían permanecer cuando caía la noche. Como señalamos en el capítulo 2, en la mitad de los condados que la Ruta 66, el famoso símbolo de la libertad personal, recorría entre Chicago y Los Ángeles, había ciudades del atardecer.[289] San Luis, la primera parada mencionada en la canción que hicieron famosa Nat King Cole y Chuck Berry, tenía muchas ciudades del atardecer. Ferguson bloqueó la carretera

principal procedente del vecino suburbio de Kinloch, predominantemente negro, con una cadena y materiales de construcción. Sólo mantenía abierta otra carretera durante el día para que el personal de servicio y los trabajadores domésticos (negros) pudieran ir a sus trabajos en Ferguson. Sin embargo, después de 1970, la población negra de la ciudad creció con rapidez, hasta el 14 por ciento en 1980, el 25 por ciento en 2000, el 52 por ciento en 2010 y el 67 por ciento en la actualidad. Este cambio rápido reflejó algunas dinámicas muy comunes en la naturaleza de las áreas urbanas de Estados Unidos, que resultan cruciales para entender quién se burla de ti y hasta qué punto en Ferguson en el momento del asesinato de Michael Brown.

Volvamos a la historia de cómo Ferguson se convirtió en un gueto en la década de 1930. Hasta ahora, hemos visto el New Deal como un período de iniciativas políticas nacionales y progresistas, como la Ley de Seguridad Social, que intentó crear políticas universales de bienestar social (a pesar de que la resistencia de los estados del Sur provocó su fracaso). Pero la historia de las políticas disfuncionales no sólo es una historia de los estados. El Estado federal no sólo no supo proponer políticas progresistas; implementó otras que eran regresivas. En Ferguson, el ejemplo más relevante es la Autoridad Federal de Vivienda (FHA, por sus siglas en inglés) creada por la Ley Nacional de Vivienda de 1934. La FHA tenía objetivos encomiables, uno de los cuales era asegurar las hipotecas para facilitar que los bancos las otorgaran. Si un banco te concedía una hipoteca pero no podías pagarla, la FHA ingresaba y pagaba lo que quedara pendiente. Es obvio que había riesgos mayores y menores, y para considerarlos la FHA incluyó unos «mapas de seguridad residencial» en su manual para suscripciones de 1936. Estos mapas, elaborados por la Corporación de Préstamos para Propietarios de Viviendas, dividió las áreas urbanas en cuatro zonas, a las que llamó A, B, C y D. La A designaba los vecindarios más convenientes y la D los peores. En los mapas, las áreas D estaban delimitadas con un lápiz rojo, iniciando así la práctica conocida como *redlining*, que significa «bordear de rojo» y alude a la discriminación racial en la concesión de hipotecas. (El mapa de San Luis con los círculos rojos se reproduce en el encarte de fotos.) El *redlining* acabó convirtiéndose en un término para cualquier

discriminación racial. No había mucha ambigüedad sobre lo que se suponía que significaba la zona D. El manual para suscripciones contiene una esclarecedora sección sobre «Protección de influencias adversas». La sección 228 aboga por el uso de una «restricción completa» para protegerse de las influencias adversas. La siguiente sección indica que «las barreras naturales o establecidas de manera artificial resultan efectivas para proteger un vecindario [...] de las influencias adversas» e impiden en particular la «infiltración» de «grupos raciales discordantes». Es más, al valorar un área «el evaluador debe investigar las áreas que rodean la ubicación para determinar si existen grupos raciales que son o no compatibles», ya que como es lógico deben evaluar la «probabilidad de que la ubicación sea invadida por dichos grupos». Por si esto no fuera lo bastante claro, el manual indicaba después que «para que un vecindario mantenga la estabilidad es necesario que las propiedades continúen ocupadas por las mismas [...] clases raciales».

Por supuesto, en la práctica las áreas D eran sobre todo vecindarios negros cuyos residentes no podían conseguir que la FHA asegurara sus casas. Es decir, los afroamericanos no podían obtener hipotecas. Se utilizaron otras estrategias complementarias para asegurarse de que los afroamericanos no pudieran comprar propiedades en las áreas A, que en su mayoría eran barrios residenciales suburbanos blancos. Estas estrategias incluían «restricciones completas» y explícitas que prohibían a los residentes vender sus propiedades a una persona negra.

El efecto final de estas medidas fue la consolidación de una enorme segregación residencial. En 1947, la FHA tuvo que rebajar el lenguaje racial de su manual,[290] y en 1948 el Tribunal Supremo dictaminó que las cláusulas explícitamente raciales eran inconstitucionales. Pero se siguieron produciendo otras prácticas discriminatorias contra los negros. Un informe reciente de la Oficina Federal de Investigaciones, el FBI, aporta pruebas coherentes que apuntan a que la empresa inmobiliaria de Donald Trump discriminó a los solicitantes negros de sus apartamentos de alquiler. El informe cita a un antiguo portero que repite las instrucciones de su supervisor de que «si una persona negra viniera a 2650 Ocean Parkway y

preguntara por un apartamento para alquilar, y él, que es [suprimido] no estuviera allí en ese momento, debía decirle que el alquiler era el doble de lo que en realidad era, para que no pudiera permitirse el apartamento».

Está claro que la discriminación residencial y otras prácticas segregacionistas dirigidas a minorías han dejado una huella duradera, e incluso hoy se observan grandes discontinuidades en la composición racial de los vecindarios que se encuentran en los límites de los mapas dibujados en la década de 1930. En 1974, un panel de tres jueces del tribunal federal de apelaciones del octavo circuito concluyó que

> la vivienda segregada en el área metropolitana de San Luis era [...] en gran medida el resultado de una discriminación racial deliberada en el mercado de la vivienda llevada a cabo por el sector inmobiliario y las agencias de los gobiernos federal, estatal y local.

A medida que la población de las áreas D aumentó y superó las unidades de vivienda disponibles, algunos afroamericanos afortunados lograron conseguir casas en áreas que con anterioridad habían sido exclusivamente para blancos, incluso en las ciudades del atardecer. Cuando lo hicieron empezó un proceso llamado *blockbusting*, en el que agentes inmobiliarios asustaban a los habitantes blancos para que vendieran a precios muy rebajados, tras advertirles de que el vecindario se iba a volver negro y sus propiedades perderían todo su valor. Estas tácticas podían hacer que una ciudad se «inclinara» rápidamente del blanco al negro, y eso es en gran medida lo que ocurrió en Ferguson a partir de la década de 1970. A continuación se produjo el colapso de la prestación de servicios públicos, lo que convirtió la ciudad en un gueto. Una de las primeras personas negras que compró una casa en Kirkwood, otro suburbio blanco de San Luis, fue Adel Allen. Recordaba que, al principio de mudarse allí,

> teníamos patrullas cada hora. Nuestras calles se barrían con esmero, cada mes. La recogida de basura era regular y se hacía con dignidad. El alumbrado público funcionaba siempre. Había servicios; las calles se limpiaban cuando había nieve, etcétera.

Pero cuando la composición del barrio cambió, los servicios desaparecieron.

> Ahora tenemos un alumbrado absolutamente inadecuado para la ciudad [...]. Ahora tenemos los coches abandonados de la gente de otras partes de la ciudad que los deja aparcados en nuestras calles cuando quieren abandonarlos [...]. Así, ahora están convirtiendo esto en un gueto. El mantenimiento de los edificios es mejor que cuando pertenecían a los blancos, pero los servicios de la ciudad son muchos menos. Creo que en otras partes de la ciudad se está obligando a hacer aceras, por ejemplo. Nosotros estamos pidiendo aceras.

Esto se parece bastante a lo que ocurrió en Ferguson. Veamos el distrito escolar de Normandy, donde Michael Brown se graduó en el instituto ocho días antes de su muerte. La calidad de la educación era tan ínfima que en 2103 el estado le revocó la acreditación de distrito escolar.

La naturaleza limitada de las políticas federales estadounidenses, que obliga al Gobierno a acudir a asociaciones público-privadas y a confiar en las autoridades locales incluso cuando no está justificado, generó además otras consecuencias negativas. Veamos la atención médica. Estados Unidos gasta alrededor de un 50 por ciento más en atención sanitaria como proporción de la renta nacional que la media del «club de las naciones ricas», la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). Sin embargo, la proporción de su población que carece de acceso a atención sanitaria es la mayor. En 2011, la OCDE[291] calculó que aproximadamente el 85 por ciento de los estadounidenses tenía «cobertura de seguro médico para un conjunto básico de servicios». De esta cifra, alrededor del 32 por ciento provenía de seguros públicos y el 53 por ciento de seguros privados. Incluso México tiene cubierta una proporción mayor de la población. Los altos niveles de gasto son compatibles con esa escasa cobertura porque en Estados Unidos la distribución del gasto es mucho más desigual y el control de los costes mucho más débil que en el resto de la OCDE. Ambos rasgos son consecuencia del peculiar modelo estadounidense basado en asociaciones público-privadas. En 1998, antes de las reformas del Obamacare, se estimaba que del 20 por ciento de la fuerza laboral con menores ingresos, sólo el 24 por ciento tenía un seguro médico. Los mismos problemas afectan al sistema de pensiones donde quienes tienden a llevarse los beneficios son los trabajadores mejor pagados. También en 1998, del 20 por ciento de la fuerza laboral con menores ingresos, sólo el 16 por ciento contaba con una pensión privada, mientras para el 20 por ciento con mayores ingresos la tasa de cobertura era del 72

por ciento. Cuando el Obamacare intentó introducir una opción pública para que las personas tuvieran acceso a un seguro de bajo coste, fue rechazado porque dependía demasiado del sector público. De modo que incluso cuando Estados Unidos intentó dirigirse hacia la cobertura universal de la atención médica, no pudo desviarse demasiado del modelo de asociación público-privada.

Esta combinación público-privada siempre acaba destinando los beneficios procedentes de las subvenciones del Gobierno a la gente más rica. El Departamento del Tesoro de Estados Unidos calculó en el año 2000 que la cantidad total de las subvenciones fiscales en el sistema sanitario y de pensiones sumaba 100.000 millones de dólares anuales (lo que significa que si se eliminaran, el Gobierno recibiría 100.000 millones de dólares más por ingresos fiscales). Dos tercios de estas subvenciones fueron a parar a la quinta parte más rica de los estadounidenses. Sólo un 12 por ciento fue para el 60 por ciento más pobre. Por su naturaleza, el modelo público-privado es mucho menos equitativo de lo que serían los programas universales, pero la organización del Estado estadounidense no permite que estos últimos se adopten.

¿Por qué no podemos recoger todas las señales en todo momento?

En retrospectiva, tal vez sea entendible que las cadenas y las concesiones impuestas al Leviatán estadounidense desde su fundación lo hayan debilitado y obligado a inventarse soluciones innovadoras, y a veces peculiares, para abordar problemas nuevos y ampliar su capacidad.

La causa de este resultado paradójico fue que cuando la aparición de nuevos problemas de seguridad y el creciente papel internacional hicieron necesario que el Estado estadounidense asumiera más responsabilidades, esto no podía hacerse fácilmente dentro del corsé que había creado la Constitución. El Estado tuvo que improvisar para crear estas capacidades lejos de la mirada de la sociedad y del control de las instituciones estadounidenses: una fórmula para desencadenar al Leviatán.

La historia del FBI[292] y de su director, J. Edgar Hoover, ejemplifica este desarrollo paradójico. El Departamento de Justicia se fundó en 1870 y su cometido era defender la ley y luchar contra la delincuencia, incluida aquella contra Estados Unidos. Pero no tenía a su disposición ninguna fuerza policial. Al reproducir el modelo de asociación público-privada, los presidentes estadounidenses anteriores a Theodore Roosevelt y sus Departamentos de Justicia tuvieron que confiar en una empresa privada, la Agencia Nacional de Detectives Pinkerton, como su fuerza policial y, a veces, también como espías. Roosevelt, como parte de su campaña de ampliación del Estado, quiso crear una fuerza policial federal. Su fiscal general, Charles J. Bonaparte, fue al Congreso en 1908 para obtener el permiso y el dinero para crear esa fuerza. La Cámara de Representantes rechazó la solicitud de plano. El representante George E. Waldo, un republicano de Nueva York, resumió sus temores al afirmar que una agencia así sería «un importante golpe para la libertad y las instituciones libres, si en este país surgiera un departamento del servicio secreto central como lo hay en Rusia».

La manera habitual en la que el Gobierno federal había hecho frente a esas limitaciones en otros asuntos era encontrar un acuerdo que apaciguara las preocupaciones de aquellos preocupados por su poder creciente. Pero no lo hizo en esta ocasión. Bonaparte ignoró el rechazo y estableció una nueva división de investigación usando los fondos para gastos del Departamento de Justicia aprovechando que el Congreso estaba en un receso. Únicamente se lo notificó al Congreso después y le aseguró que el nuevo departamento no sería una fuerza policial secreta. Pero el genio ya había salido de la lámpara. Y no volvería a entrar una vez Hoover empezó a trabajar.

En 1919, Hoover se convirtió en el jefe de la División Radical del Departamento de Justicia, encargada de vigilar a los «enemigos del Estado». En ese momento, la División Radical tenía más de cien agentes e informantes, y podía arrestar a personas acusadas de subversión. Hoover, que se alió con el fiscal general A. Mitchell Palmer, empezó a elaborar una larga lista de comunistas, anarquistas, socialistas y personas de otras ideologías que consideraba subversivas, sobre todo entre los inmigrantes. Cientos de ellos fueron deportados por sus opiniones políticas durante las

llamadas «redadas de Palmer» organizadas por Hoover, quien fue ascendido a jefe de la Oficina de Investigación en 1924, y permaneció en ese puesto hasta su muerte en 1972. Durante ese tiempo, supervisó la enorme ampliación del personal y los poderes del departamento, que en 1935 cambió su nombre por el de Oficina Federal de Investigación. Hoover convirtió el FBI en una fuerza de vigilancia masiva que no rendía cuentas ante el Congreso, los tribunales y ni siquiera el presidente. El FBI que dirigió Hoover intervino las conversaciones de decenas de miles de ciudadanos estadounidenses debido a sus opiniones políticas, entre ellos Martin Luther King, Jr., John Lennon y Malcolm X; espió directamente a los líderes de la Unión Soviética y China (algo prohibido explícitamente por su estatuto), e incluso llegó a socavar el poder y la autoridad de varios presidentes estadounidenses. El culmen de las actividades encubiertas del FBI fue el programa COINTELPRO, desarrollado entre 1966 y 1971, cuyo objetivo era vigilar y desacreditar a varios grupos y organizaciones políticas nacionales, infiltrarse en ellos y, por lo demás, neutralizarlos. Entre estos grupos estaban los organizadores del movimiento contra la guerra de Vietnam, los activistas y líderes del movimiento por los derechos civiles, varias organizaciones negras y una serie de grupos de izquierda, la gran mayoría de los cuales no era violenta. Bajo la protección de este programa a Martin Luther King se le espió, desacreditó públicamente y, a través de una carta anónima, se le animó a suicidarse.

El Comité Church,[293] al que en 1975 se le asignó la tarea de investigar los abusos del FBI y de otras agencias, y que estaba liderado por el senador Frank Church, concluyó que

> las actividades nacionales de la comunidad de la inteligencia violaron a veces prohibiciones reglamentarias específicas e infringieron los derechos constitucionales de los ciudadanos estadounidenses. Las cuestiones legales que los programas de inteligencia implicaban a menudo no fueron tenidas en cuenta. En otras ocasiones fueron ignoradas intencionadamente basándose en la creencia de que como el programa servía a la «seguridad nacional», la ley no era aplicable [...]. Muchas de las técnicas usadas serían intolerables en una sociedad democrática incluso si todos los objetivos hubieran estado implicados en actividades violentas, pero COINTELPRO fue mucho más allá [...]. La Oficina llevó a cabo una sofisticada operación de vigilancia destinada claramente a impedir el ejercicio de los derechos a la libertad de expresión y de reunión recogidos en la primera enmienda.

El aumento progresivo del poder sin control de las agencias de seguridad no se limitó al FBI. La CIA,[294] que surgió de la Oficina de Servicios Estratégicos y de la Unidad de Servicios Estratégicos, dos agencias encargadas de tareas de espionaje, recopilación y análisis de información, contrainteligencia y otras operaciones encubiertas durante la segunda guerra mundial, se estableció oficialmente en 1947. Su misión y supervisión se definieron mal desde el principio. La CIA ha estado implicada en varios golpes contra Gobiernos extranjeros, que normalmente las demás ramas del Gobierno desconocían y no controlaban. Entre ellos hubo varios golpes de Estado con éxito llevados a cabo contra líderes de Gobiernos extranjeros elegidos democráticamente, como el primer ministro de Irán, Mohammad Mosaddeq, en 1953, el presidente de Guatemala, Jacobo Arbenz, en 1954, Patrice Lumumba del Congo y el presidente de Chile, Salvador Allende, en 1973, así como varios complots fracasados en Siria, Indonesia, República Dominicana, Cuba y Vietnam antes de la guerra. Aunque se supone que la CIA no actúa contra ciudadanos estadounidenses, también ha participado en escuchas telefónicas nacionales y «rendiciones extraordinarias», que implican el traslado extrajudicial de individuos sospechosos de terrorismo a prisiones secretas o países donde es probable que sean torturados.

Aunque el ejército todavía es una de las instituciones en las que más confía la sociedad estadounidense, su papel y su poder fue ampliándose a medida que se intensificó la implicación de Estados Unidos en asuntos extranjeros y su participación en la guerra fría, y luego en la guerra contra el terrorismo. Casi todo esto ha ocurrido al margen del control de la sociedad y los legisladores. A pesar de que el presidente Dwight D. Eisenhower ordenó algunas de las operaciones de la CIA contra gobiernos extranjeros, en su discurso de despedida[295] en enero de 1961 expresó su preocupación por el poder sin restricción de las fuerzas armadas estadounidenses, en especial cuando se aliaban con compañías que les suministraban armas y equipo. Eisenhower profetizó que

> debemos cuidarnos de que el complejo militar-industrial adquiera una influencia injustificada, ya sea ésta buscada o no. La posibilidad del aumento desastroso de un poder inapropiado existe y persistirá. Nunca debemos dejar que el peso de esta combinación ponga en peligro nuestras

> libertades o procesos democráticos. No deberíamos dar nada por sentado. Sólo una ciudadanía alerta e informada puede forzar el encaje adecuado de una enorme maquinaria industrial y militar de defensa con nuestros métodos y objetivos pacíficos, para que la seguridad y la libertad puedan prosperar juntas.

Bien dicho. Pero ¿cómo puede hacer eso la ciudadanía si no tiene ni idea de en qué andan metidos el FBI, la CIA o el ejército?

Las revelaciones sobre los programas de escucha de la NSA deben verse, por lo tanto, como una continuación de esta tendencia a ampliar los poderes militares y de seguridad lejos de la supervisión y el control de otras ramas del Gobierno y de la sociedad en general. La información revelada por Edward Snowden indica que la NSA[296] usó varios medios diferentes, que iban desde servidores de internet y satélites hasta cables de fibra óptica subacuáticos y grabaciones telefónicas, para recopilar información sobre extranjeros, incluidos líderes de países aliados de Estados Unidos, como Alemania y Brasil, y también sobre millones de estadounidenses. Parece que la ampliación de la misión de recolección de datos llevada a cabo por la NSA tuvo lugar sobre todo bajo la protección de Keith Alexander, su presidente entre 2005 y 2014, cuya actitud desatada se resume en su expresión: «¿Por qué no podemos recoger todas las señales en todo momento?».[297]

La ironía de la debacle de la NSA es que, aunque parece que la agencia excedió de manera clara y considerable sus supuestos límites y recopiló información contra civiles estadounidenses de manera inconstitucional, lo hizo mediante una versión distorsionada de la sociedad público-privada: confió en contratistas privados y coaccionó a (o recibió la cooperación de) compañías telefónicas, como AT & T y Verizon, y proveedores de servicios de internet como Google, Microsoft, Facebook y Yahoo!

El paradójico Leviatán estadounidense

Es posible, quizá incluso convincente, ver el surgimiento del Leviatán estadounidense como una historia de éxito: una sociedad comprometida con la libertad, una Constitución que consagra derechos y protecciones, un Estado que nació encadenado y permaneció y evolucionó en el pasillo

gracias al peso de las cadenas, un caso en el que la Reina Roja empodera poco a poco al Estado para que aumente su alcance y capacidad sin liberarse de las restricciones impuestas por la sociedad y su Constitución fundacional. Podemos incluso sostener que la historia estadounidense tiene mucho que enseñar a otros países sobre cómo equilibrar los poderes del Estado y la sociedad. Pero también hemos visto que en esta lectura optimista de la historia estadounidense faltan dos elementos importantes. En primer lugar, la libertad creada por el Leviatán estadounidense se debe tanto a la movilización de la sociedad como a una concepción inteligente de su Constitución. Sin una sociedad movilizada, asertiva e irreverente, las protecciones de la Constitución no habrían valido mucho más que el pergamino en el que estaban escritas. En segundo lugar, la arquitectura de la Constitución, en la medida en que ha sido importante, también ha tenido un lado oscuro. Las concesiones que introdujo han hecho que el Estado federal fuera incompetente y no haya estado dispuesto a proteger a sus ciudadanos contra el despotismo local, hacer cumplir sus leyes de manera igualitaria para todos o suministrar el tipo de servicios públicos de alta calidad y generalizados que otras naciones ricas proporcionan habitualmente a su gente. Cuando se produjeron excepciones notables en este letargo del Estado federal, fue la movilización de la sociedad quien las provocó y, a veces, sus sectores más desfavorecidos y discriminados. Pero, paradójicamente, más allá de la debilidad y la incapacidad del Estado creado por la Constitución, otras de sus dimensiones se han desarrollado al margen del alcance de la sociedad e incluso de otras ramas del Gobierno, y se han desencadenado cada vez más. Sí, un éxito excepcional, pero muy contradictorio.

En este contexto, un asunto urgente es si el Estado estadounidense, limitado como está por las estrictas restricciones impuestas en su fundación y el modelo de sociedad público-privada que se desarrolló como resultado, puede hacer frente a los retos cada vez más complejos que se avecinan. ¿Puede proteger mejor a sus ciudadanos y generar más oportunidades para toda la población? ¿Cómo puede lograr la flexibilidad necesaria para proponer nuevos modelos que aumenten su capacidad y le permitan enfrentarse a nuevos desafíos mientras permanece encadenado por la

sociedad y las instituciones? ¿Será capaz la sociedad estadounidense de presionar al Estado para que afronte estos problemas mientras aumenta la vigilancia? Volveremos a estas preguntas en el capítulo final.

Capítulo 11

El Leviatán de papel

Pacientes del Estado[298]

Es un día de primavera en septiembre de 2008 en Buenos Aires, la capital de Argentina. El verano está a la vuelta de la esquina, pero hace fresco. Paula está intentando inscribirse en un programa de bienestar llamado Nuestras Familias para recibir subsidios a los que tienen derecho los argentinos pobres. «Ésta ha sido la espera más larga», le dijo al sociólogo Javier Auyero. «He estado en esto desde marzo. Me pidieron que viniera muchas veces; siempre falta algo, un documento, un papel.» Pero «tenés que estar tranquila, tenés que ser paciente. En este asunto tenés que tener paciencia. Es una ayuda que el Gobierno te da, así que tenés que tener paciencia».

La paciencia es la principal virtud para quienes quieren acceder a servicios públicos en Argentina. Leticia, otra aspirante a Nuestras Familias, «está sola, de pie al fondo de la sala de espera». Ha venido a la oficina tres veces en las últimas dos semanas. «Estoy acostumbrada a esperar. Tengo que esperar en todas partes. Pero lo peor es que te hacen venir acá y luego allá [...]. Vine hace dos semanas; me dijeron que volviera en tres días. Volví y la oficina estaba cerrada. Volví el día siguiente y me dijeron que no había fondos en el programa.» Termina: «Tenés que esperar, porque así son las cosas acá. Tenés que venir muchas veces porque si no venís, no consigues nada».

Otro de los testimonios de Auyero caracteriza de manera brillante la naturaleza de la interacción entre el Estado argentino y sus ciudadanos.

> María: Se retrasan en atenderte. No te escuchan, están ahí pero no te escuchan.

Entrevistador: ¿No te prestan atención?

M: No sé si están desayunando, hasta las diez desayunan, beben mate, [comen] galletas; hablan entre ellos.

E: ¿Y cómo hacés para que te presten atención?

M: No, espero a que me atiendan.

E: ¿Esperás a que te presten atención?

M: Es que tenés que esperar.

E: De todas las veces que fuiste, ¿recordás si ha habido algún altercado?

M: Una vez, sí... un paciente gritaba...

E: ¿Qué clase de paciente, alguien con alguna enfermedad?

M: No, un paciente acá, una mujer que esperaba con paciencia.

Los argentinos no son ciudadanos con derechos, son pacientes del Estado que pueden ser atendidos o no. Milagros, otra «paciente», habla de que te «hacen ir de acá para allá». «Aquí te desanimás, porque [los funcionarios de prestaciones sociales] te dicen que vengas el día X... Te dicen que vengas el lunes, luego el miércoles y después el viernes... y son días de trabajo.» La última vez que fue a la oficina se marchó «sin nada» sintiéndose «impotente», pero enfatiza que «acá no dije nada».

El Estado es arbitrario, crea incertidumbre y frustración, manipula y quita poder a la gente, que se ve reducida a esperar y rogar. No hay una rutina, hay incesantes excepciones. ¿Cuándo abre la oficina? ¿Cuáles son los procedimientos? ¿Qué documentos necesito? Nadie está seguro. Muchos argentinos dicen: «Nos patean de acá para allá como a un balón».

Auyero escribió en sus notas de campo:

11 de septiembre: Una mujer de Paraguay obtiene su cita a pesar de que no tiene el certificado de nacimiento con la apostilla. Hoy he visto a Vicky. Está acá por segunda vez porque la primera vez que vino le negaron la cita porque a su certificado de nacimiento le faltaba la apostilla.

La investigación de Auyero no sólo le llevó a las salas de espera de Nuestras Familias, sino también a la oficina en la que solicitas el Documento Nacional de Identidad, el DNI. En principio, la oficina abre a las seis de la mañana y empieza a dar citas hasta las diez, cuando cierra. Vuelve a abrir a las seis de la tarde hasta las diez de la noche. La gente empieza a hacer cola la noche anterior. Pero las reglas y las horas de apertura cambian constantemente. «26 de octubre: Vuelvo [...] después de las observaciones de la mañana espero en una gran cola fuera. Son las 14.50 de la tarde. ¡Y está vacío! No hay nadie fuera. Ni gente, ni vendedores, ¡nada! Un poli me dice: "La gente de la oficina salió y dijo que habían cerrado por lo que quedaba de día".» Pero, de manera alternativa, las puertas pueden abrirse y admitir a gente en cualquier momento. O no. «24 de octubre: Ya no se espera fuera [...]. La gente espera dentro del edificio en una gran sala de espera. 7 de noviembre: La gente hace cola fuera del edificio. Les dicen que está prohibido esperar en fila fuera y que deben volver a las seis de la tarde. Los funcionarios intentan sin éxito disolver la fila. 9 de noviembre: Los funcionarios dejan a la gente hacer fila fuera, y también permiten una fila en el pasillo exterior.» Auyero sigue:

> **2 de octubre:** Una mujer me pregunta si creo que el lunes será festivo. Le han dicho que vuelva el lunes (el 12 de octubre es festivo en Argentina). Le digo que si le dijeron que volviera el lunes es porque no será festivo. Asumo que no dan citas para días imposibles. La mujer me corrige y dice que la última vez le dieron cita para un domingo.

Resultó que el lunes era festivo.

Hasta ahora nos hemos centrado en tres clases de leviatanes: ausente, despótico y encadenado. El Estado argentino no parece ser ninguno de ellos. No está ausente: existe, tiene leyes complejas, un gran ejército, una burocracia (aunque los burócratas no parecen estar muy interesados en hacer su trabajo), y parece funcionar en cierta medida, especialmente en la capital, Buenos Aires (aunque mucho menos en otras zonas). No es un Leviatán despótico; sin duda, los burócratas argentinos que acabamos de conocer parecen no rendir cuentas ni responder ante la sociedad (la marca distintiva de un Estado despótico) y son bastante capaces de mostrar

crueldad con la gente. Como contemplaron los argentinos durante la «guerra sucia» de la dictadura militar entre 1974 y 1983, cuando hasta 30.000 personas «desaparecieron» (asesinadas en secreto por la junta), sus funcionarios y policías pueden recurrir a la violencia asesina. Pero el despotismo del Estado argentino es desorganizado y errático. Está lejos de la clase de autoridad que el Estado chino utiliza para controlar a su gente. Cuando los funcionarios querían que la gente dejara de hacer cola en el exterior, los ignoraban. Con frecuencia son incapaces de regular la economía o de imponer leyes en todo el país. Obviamente, tampoco se trata de un Leviatán encadenado, carece de la capacidad estatal que hemos asociado con el Leviatán encadenado y la posibilidad de que la gente influya y controle al Estado. ¿Qué clase de Estado es el Estado argentino?

En este capítulo veremos que es una clase de Estado común en Latinoamérica, África y otras partes del mundo. De hecho, tiene mucho en común con el Estado de la India, en el sentido de que fue fundado y apoyado por la debilidad y la desorganización de la sociedad. Combina algunas de las características definitorias del Leviatán despótico, en el sentido de que no responde a la sociedad y no es controlado por ella, con la debilidad del Leviatán ausente. No puede resolver conflictos, imponer leyes o proveer servicios públicos. Es represivo pero no poderoso. Es débil de por sí y debilita a la sociedad.

Ñoquis en la jaula de hierro

El estudio de Auyero versaba sobre la burocracia. Ésta es vital para la capacidad del Estado. Como hemos mencionado en el capítulo 1, su gran teórico fue el sociólogo alemán Max Weber. En la teoría de Weber, lo que distinguía el mundo moderno del pasado era la «racionalización», manifiesta en las empresas modernas, que calculaban costes, ingresos, beneficios y pérdidas. Estaba también en los gobiernos, que racionalizaban la elaboración de políticas e imponían estructuras administrativas impersonales. Weber llamaba a esto «autoridad racional-legal» y consideraba la burocracia su epítome:[299]

> El tipo más puro de ejercicio de la autoridad legal es aquel que emplea a un personal administrativo burocrático [...] que consiste [...] en funcionarios individuales que son nombrados y funcionan de acuerdo con los siguientes criterios: 1) son personalmente libres y se hallan sujetos a la autoridad sólo con respecto a sus obligaciones oficiales impersonales; 2) están organizados en una jerarquía de puestos claramente definida; 3) cada puesto tiene una esfera de competencia claramente definida en el sentido legal [...]; 5) los candidatos son seleccionados en función de cualificaciones técnicas [...]; son nombrados, no elegidos [...]; 7) el cargo es tratado como la única, o al menos la principal, ocupación del sujeto [...]; 9) el funcionario trabaja de manera completamente separada de la propiedad de los medios de administración y sin apropiarse de su cargo; 10) está sujeto a una estricta y sistemática disciplina en la conducta del puesto.

De modo que la burocracia era dirigida de acuerdo con procedimientos impersonales; los burócratas eran profesionales no sometidos a nadie excepto a sus obligaciones oficiales; eran seleccionados y promocionados de acuerdo con el mérito, y serían disciplinados si hacían lo que no debían. Para Weber, el poder de la burocracia era irresistible. En una sección titulada «La superioridad técnica de la organización burocrática» escribió:

> La razón decisiva para el avance de la organización burocrática ha sido siempre su superioridad puramente técnica sobre cualquier otra forma de organización. El aparato burocrático plenamente desarrollado se compara con otras organizaciones exactamente como lo hace la máquina con los medios de producción no mecánicos. Precisión, velocidad, ausencia de ambigüedad, conocimiento de los archivos, continuidad [...] reducción de fricciones y de costes materiales y de personal, todo ello está llevado al punto óptimo en la administración estrictamente burocrática.

Para Weber, el triunfo de la autoridad racional-legal era inevitable. Pero también reconocía que podía ser deshumanizador. Sostenía que, aunque en el pasado la gente podía trabajar porque decidía hacerlo, ahora «estamos obligados a hacerlo». En el mundo moderno hay un orden «vinculado a las condiciones técnicas y económicas de la producción mecánica que hoy día determinan las vidas de todos los individuos que nacen en este mecanismo, no sólo aquellos preocupados por la adquisición económica, con una fuerza irresistible». Para capturar lo insidiosa que esa fuerza podía ser, Weber acuñó la metáfora de la «jaula de hierro»,[300] en la que estábamos atrapados por esta generalización de la autoridad racional-legal.

La precisión, la velocidad, la ausencia de ambigüedad, el conocimiento de los archivos... No se parece demasiado a lo que Auyero observó en Buenos Aires. La burocracia de la que él fue testigo era lenta, ambigua e incierta, y había una copiosa ignorancia de los archivos. ¿Dónde estaba la jaula de hierro de Argentina?

Las pruebas de Auyero muestran que el Estado argentino estaba muy personalizado: si no te implicabas personalmente, no existía la posibilidad de obtener servicios; de eso se trataba ser un «paciente»: tenías que construir una relación personal con un burócrata para esperar resultados. Sus evidencias no mencionan directamente otros aspectos de la noción ideal de Weber. ¿Acaso los burócratas con los que María o Leticia interactuaban habían sido reclutados de acuerdo con su mérito, como Weber previó? Es improbable, puesto que el reclutamiento en la burocracia argentina está dominado por los «ñoquis».[301]

Los ñoquis son una especialidad gastronómica italiana, deliciosas bolas de masa que fueron llevadas a Argentina por inmigrantes italianos. En Argentina, tradicionalmente, se sirven el 29 de cada mes. Pero la palabra tiene un doble significado en Argentina: también hace referencia a los «trabajadores fantasma» del Gobierno, gente que en realidad no aparece por el trabajo pero que cobra su sueldo. Hay muchos ñoquis en Argentina. Cuando Mauricio Macri se convirtió en presidente de Argentina en 2015, despidió a veinte mil ñoquis que afirmaban haber sido nombrados por el Gobierno previo de la presidenta Cristina Fernández de Kirchner, del Partido Peronista (que recibe su nombre de su fundador, Juan Domingo Perón).[302] Fueran como fuesen contratados los 20.000 ñoquis, sin duda no fueron contratados «seleccionados en función de sus cualificaciones técnicas». También está claro que trabajar para el Gobierno no era la «la única, o al menos la principal, ocupación del sujeto». Uno podría también dudar de que estuvieran «sujetos a una estricta y sistemática disciplina en la conducta del puesto». Por lo general, eran trabajadores del partido y partidarios del Partido Peronista que recibían sus «trabajos» gracias a sus conexiones políticas. Eso les hacía ajenos a cualquier acción disciplinaria que pudiera haberles amenazado si no hacían su trabajo, fuera éste el que fuese. La presencia de ñoquis probablemente tuvo una gran influencia en lo

que Auyero observó. Tener a veinte mil personas así merodeando por la burocracia puede tener graves impactos negativos en la capacidad del Estado, más allá del hecho de que sean totalmente inútiles. Estos impactos eran muy fáciles de observar durante la presidencia de Cristina Fernández de Kirchner.

Como hemos visto en el capítulo 2, una función central del Gobierno es recolectar información sobre sus ciudadanos para comprender las necesidades de la sociedad y para controlarla. Uno pensaría que el Leviatán de Hobbes prestaría una atención no menor a recolectar información sobre sus ciudadanos. Pero también hemos visto que las cosas no funcionan exactamente así en el Líbano, y no es tampoco como funcionan en Argentina. En 2011, Argentina fue el primer país que el Fondo Monetario Internacional censuraba por no aportar datos precisos sobre los niveles de precios y de los ingresos nacionales.[303] *The Economist* dejó de publicar datos procedentes de Argentina porque consideraba que carecían de toda fiabilidad.[304] Ése es uno de los inconvenientes de llenar la jaula de hierro de ñoquis.

Pero seguimos con un rompecabezas. Weber pensaba que la jaula de hierro era inevitable y que la racionalización de la sociedad era imparable. Afirmó: «Las necesidades de la administración de masas la hacen hoy completamente indispensable. La elección es sólo entre la burocracia y el diletantismo en el campo de la administración». ¿Cómo explicamos lo de Argentina? ¿Diletantismo?

Suspender la prueba del pato

En la década de 2000, Argentina tenía un Estado de apariencia moderna, con una burocracia, un sistema judicial, ministros, programas económicos y sociales, representantes en todos los cuerpos internacionales, como Naciones Unidas, y una presidenta, Cristina Fernández de Kirchner en el momento de la investigación de Auyero, que recibía trato de alfombra roja por parte de otros jefes de Estado. El Estado argentino tenía todos los

detalles del Estado moderno y el aspecto de un Leviatán. Para adaptar la «prueba del pato» a nuestro contexto: si parece un Estado, nada como un Estado y grazna como un Estado, probablemente es un Estado. Pero ¿es así?

En realidad no, no en el sentido en el que hemos estado describiendo los Estados hasta ahora. Los leviatanes despótico y encadenado tienen una notable capacidad para hacer cosas. No es el caso del Estado argentino. El dictador chino Mao Tse Tung solía llamar a Estados Unidos «tigre de papel» para sugerir que su poder era ilusorio. Llamamos a los Estados como los de Argentina, Colombia y varios otros países latinoamericanos y africanos, países que suspenden la prueba del pato y a pesar de las apariencias carecen de cualquier cosa que vaya más allá de la capacidad estatal más rudimentaria, leviatanes de papel.[305] Los leviatanes de papel tienen el aspecto de un Estado y son capaces de ejercitar un cierto poder en algunos dominios limitados y en algunas grandes ciudades. Pero su poder es hueco; es incoherente y está desorganizado en la mayoría de dominios y se halla casi completamente ausente cuando vas a zonas del país periféricas sobre las que se supone que rige.

¿Por qué estos leviatanes de papel no acumulan más poder? A fin de cuentas, ¿no querrían las élites políticas que controlan el Estado y los propios burócratas del Estado tener más capacidad para hacer cosas? ¿Para dominar la sociedad? ¿Para enriquecerse más, robar más si es posible? ¿Qué pasó con la «voluntad de poder» que incentivaba los esfuerzos para construir el Estado? Las respuestas a estas preguntas nos dicen mucho sobre la naturaleza de muchos Estados del mundo. No es que en las sociedades que han acabado albergando leviatanes de papel no exista esa voluntad de poder, sino que los peligros para los líderes políticos y las élites que se dejan llevar por esa voluntad de poder son demasiado grandes. Hay dos razones fundamentales para ello.

La primera, paradójicamente, tiene que ver con el efecto de la Reina Roja, que hemos visto que robustece el desarrollo simultáneo del Estado y la sociedad en el pasillo. El efecto de la Reina Roja se origina en el deseo de la sociedad de controlar mejor y protegerse mejor contra un Estado más capaz y unas élites políticas más fuertes. Los mismos impulsos están presentes fuera del pasillo; si el Estado se vuelve más despótico, será mejor

que encuentres una manera de protegerte de ello. Pero a menos que los constructores del Estado estén seguros de que pueden sofocar cualquier reacción no deseada de la sociedad y asirse al poder frente a sus rivales, estos impulsos generarán problemas. Vamos a referirnos a estos problemas generados por la construcción del Estado como el «efecto de movilización»: en su intento de construir capacidades, los líderes políticos pueden acabar movilizando a la oposición en su contra. Esto no está desvinculado de la pendiente resbaladiza que pone en marcha la creación de una jerarquía política. Del mismo modo que algunas sociedades que fueron suficientemente poderosas como para limitar la desigualdad política y al mismo tiempo tenían miedo de la pendiente resbaladiza, las élites políticas que no se hallan restringidas por la sociedad pueden estar preocupadas por las reacciones y la competición que movilizaría la profundización de la capacidad del Estado. El efecto de movilización estuvo presente en algunos de los ejemplos icónicos de construcción del Estado, como la creación del Estado islámico liderada por Mahoma o la construcción del Estado en China. Pero en estos casos, los constructores del Estado o bien tenían tanto poder que no debían preocuparse demasiado por esa movilización, por ejemplo, porque tenían una «ventaja» (capítulo 3), o no tenían otra opción dadas las amenazas exteriores o la rivalidad en la que están atrapados (el Estado Qin y el señor Shang tenían otras cosas por las que preocuparse, más existenciales, en el período de los Reinos combatientes, como hemos visto en el capítulo 7). Pero veremos que, en otras circunstancias, el efecto de movilización puede ser una fuerza paralizante contraria a la construcción de la capacidad del Estado.

La segunda razón por la que los leviatanes de papel son bastante comunes y no son capaces de abandonar su parálisis es que la incapacidad estatal, en ocasiones, es una herramienta poderosa en manos de los líderes sin escrúpulos. Para empezar, ejercer el control político tiene mucho más que ver con convencer a los demás para que sigan tus órdenes que con la pura represión. Las herramientas para recompensar la obediencia son muy útiles en este empeño, y dar puestos en la burocracia a amigos y partidarios, o a quienes quieren convertirse en partidarios, es una herramienta muy poderosa. Pero imaginemos que empiezas a construir capacidad estatal

institucionalizando un reclutamiento meritocrático y un sistema de promoción burocrática como los que concibió Weber. Eso significaría que se acabaron los ñoquis, que no hay más oportunidades para utilizar esos puestos a modo de recompensas (¿cómo sobreviviría el Partido Peronista en ese caso?). Esto crea una poderosa lógica política que favorece abandonar la meritocracia y la construcción de la capacidad del Estado.

Por supuesto, no todo tiene que ver con la alta política. Poder utilizar el sistema judicial y la burocracia de acuerdo con tus deseos tiene otros beneficios más mundanos. Poco después de que el presidente Macri despidiera a los ñoquis, tuvo que prohibir que miembros de su Gobierno contrataran a sus parientes. La esposa del ministro de Trabajo y dos de sus hermanas se quedaron sin su puesto, al igual que la madre y el padre del ministro del Interior.

Se trata de un patrón mucho más general. Las reglas impersonales en la judicatura y la burocracia, que van en paralelo a la capacidad estatal, limitan la capacidad de los gobernantes y los políticos para utilizar las leyes de la forma en que supuestamente lo describió el expresidente brasileño Getúlio Vargas: «Para mis amigos, todo; para mis enemigos, la ley». Esa arbitrariedad legal, muy distinta de la manera en que la ley se desarrolló en el interior del pasillo en Europa, permite a la élite política utilizar las instituciones del Estado para reprimir a la oposición mientras se enriquece a sí misma, quedándose con tierras de otros, concediendo monopolios a amigos y saqueando directamente al Estado. Del mismo modo que el efecto de movilización, la capacidad para beneficiarse del uso arbitrario de la ley alienta la incapacidad y la desorganización del Estado. No sólo en Argentina, sino en muchos otros leviatanes de papel.

Que los leviatanes de papel no logren construir capacidad estatal es un arma de doble filo para sus ciudadanos. Un Estado menos capaz será menos capaz de reprimir a sus ciudadanos ¿Podría ser esto la base de una cierta libertad? Por desgracia, no suele ser el caso. De hecho, los ciudadanos de los leviatanes de papel tienen lo peor de los dos mundos. Sus Estados son aún bastante despóticos; apenas reciben nada de ellos, y siguen sin rendir cuentas ante los ciudadanos y no tienen demasiados escrúpulos a la hora de reprimirlos o asesinarlos. Al mismo tiempo, no son beneficiarios del rol del

Estado en la resolución de disputas, la aplicación de la ley y la provisión de servicios públicos. Los leviatanes de papel no intentan crear libertad o relajar las normas adversas a la libertad. De hecho, como veremos, los leviatanes de papel con frecuencia refuerzan la jaula de normas en lugar de relajarla.

No es lugar para carreteras

¿Qué podría disparar en la práctica el efecto de movilización? El historiador Eugen Weber, en su estudio sobre la creación del Estado y la sociedad de Francia, *Peasants into Frenchmen*, propuso varias «agencias de cambio», factores que consideraba que habían sido cruciales en el desarrollo de la sociedad francesa moderna. El libro empezaba con un capítulo titulado «Carreteras, carreteras y aún más carreteras». A su modo de ver, las infraestructuras básicas, que crean una comunidad nacional, pueden movilizar a la sociedad, cambiar sus demandas y transformar la agenda política. En resumen, pueden generar lo que hemos llamado el efecto de movilización.

El Estado colombiano, otro espécimen perfecto del Leviatán de papel, nunca ha estado interesado en construir carreteras. Hoy día, unas cuantas capitales departamentales siguen sin estar conectadas con el resto del país si no es por aire, o quizá por un río. ¿Es imaginable que Augusta, en Maine, no estuviera conectada por carretera con el resto de Estados Unidos?

Un ejemplo interesante procede del departamento del Putumayo, en el sur de Colombia, cuya capital es Mocoa (véase el mapa 14). En 1582, Fray Jerónimo Escobar señaló:

> Está el pueblo arrimado a unas montañas fuera de camino, de suerte que para entrar allí es menester gran trabajo [...]. Este dicho pueblo de Agreda [Mocoa] no va en aumento, antes espanta como nadie quiere estar allí, porque como está la tierra adentro, no hay trato de comunicación [...] que pasan todos harta miseria.



Mapa 14 Colombia: élites, paramilitares y el trampolín de la muerte.

Las cosas no habían mejorado mucho en 1850, cuando un prefecto del entonces territorio de Caquetá, justo al norte de Putumayo, señaló que «el viaje de Pasto [capital del departamento vecino de Nariño] a esta ciudad [Mocoa] es agotador, y a menudo conduce a lugares horribles. Los de constitución débil viajan a espaldas [de] indios en posiciones ridículas, extravagantes y dolorosas; cogidos con paca y atados como cerdos».

Putumayo era un lugar temible para la gente de la capital, Bogotá. El futuro presidente Rafael Reyes decía en su biografía de sus días explorando la región:

> Estas selvas vírgenes y desconocidas, esos inmensos espacios, me fascinaron y me atrajeron para que los explorara, los cruzara y [...] abriera caminos para el progreso y el bienestar de mi país; esas selvas eran absolutamente desconocidas para los habitantes de la cordillera, y la idea de penetrarlas me aterrorizaba, porque la imaginación popular la poblaba de bestias salvajes y monstruos, además de los numerosos caníbales salvajes que se hallaban allí.

Reyes tenía una solución para ese aislamiento: en 1875 propuso la construcción de una carretera de Pasto, la capital del departamento vecino de Nariño, a Mocoa (que también aparece en el mapa 14).[306] En 1906, Reyes era presidente y autorizó un estudio de potenciales rutas. Un ingeniero, Miguel Triana, obtuvo el contrato para construir la carretera. Hizo el estudio, pero la carretera no se inició. Se concedió otro contrato a Víctor Triana, pero en 1908 el nuevo proyecto se abandonó por falta de fondos. En 1909, el Gobierno nacional decidió poner a los sacerdotes capuchinos del valle de Sibundoy a cargo de la construcción, y al gobernador de Nariño a cargo del dinero. Con la ayuda de mano de obra forzada indígena, los capuchinos lograron terminar en 1912 los ciento veinte kilómetros de carretera de Pasto a Mocoa, pero sólo después de que un ataque de soldados peruanos a una guarnición militar colombiana en La Pedrera, en el río Caquetá, llevara al Gobierno nacional a aportar treinta y seis mil pesos. A finales de 1912, sin embargo, la carretera estaba en mal estado. Un administrador local escribió al ministro del Gobierno que «por lo que se refiere al estado de la carretera de Pasto a este lugar (Mocoa), la mayor parte de la carretera ha sufrido daños debidos al derrumbamiento de las laderas y plataformas y la destrucción de empalizadas en las zonas llanas y cenagosas, al punto de que el tráfico, incluso para quienes viajan a pie, es ahora extremadamente difícil». Un ingeniero afirmó que había graves problemas con el diseño y la construcción de la carretera; los puentes estaban «mal construidos» y el ancho de la carretera era «inadecuado para las necesidades del tráfico».

El gran escritor irlandés Samuel Beckett tenía un lema. «Empieza otra vez, fracasa otra vez, fracasa mejor.» Podría haber sido escrito para los leviatanes de papel. En 1915, el Gobierno nacional hizo una licitación pública para reparar la carretera y terminar la parte hasta Puerto Asís, en las orillas del río Putumayo. En diciembre de 1917, el Gobierno canceló el contrato porque el contratista no había cumplido sus obligaciones. Volvió a

ponerlo en manos de los capuchinos. Un telegrama al Ministerio de Obras Públicas de Mocoa en junio de 1919 decía: «Carretera nacional totalmente abandonada. De aquí a San Francisco treinta desprendimientos de tierras; de aquí a Umbría, todos los puentes destruidos». En 1924, la carretera fue quitada de nuevo de las manos de los capuchinos debido de nuevo a una «ejecución insatisfactoria de las obras» y se dio el contrato a un ingeniero de Pasto. En 1925, una ley decretó la mejora de los primeros veinticinco kilómetros de la carretera saliente de Pasto para que pudiera ser utilizada por vehículos de motor. Pero en 1928, con cinco kilómetros construidos, el Gobierno eliminó la financiación. En 1931, la Ley 88 incorporó la carretera a la red nacional de carreteras, lo que significaba que la parte hasta Puerto Asís se convertiría en una carretera para vehículos de motor.

En el capítulo 9 hemos abordado la máxima de Charles Tilly: «La guerra hizo al Estado, y el Estado hizo la guerra». Si es así, en 1932 a los colombianos no les habría venido mal un descanso. En ese año estalló un conflicto fronterizo con Perú y el Gobierno colombiano etiquetó la carretera como «carretera de defensa nacional» y asignó ciento veinte mil pesos a su mantenimiento y expansión. La evaluación de un ingeniero llegó a la conclusión de que la carretera era «poco menos que un engendro». La carretera de grava llegó a Puerto Asís en noviembre de 1957, veinticinco años después de que Perú hubiera ganado la guerra y se hubiera anexionado una gran parte del territorio colombiano. En el caso de Colombia, no había carreteras ni mucho Estado, con guerra o sin ella.

Aunque se abrió una especie de carretera hasta Puerto Asís, pronto adquirió un apodo siniestro pero descriptivo: el «trampolín de la muerte». En 1991, el periódico nacional *El Tiempo* informó de que «toda la carretera a Putumayo es horrible. Los conductores que la cruzan a diario la llaman la carretera de la muerte [y] los viajeros se ven constantemente amenazados por la guerrilla». En 2005, el presidente Álvaro Uribe promovió la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Suramericana. En 2016 se habían construido unos quince kilómetros de carretera, pero los trabajos se suspendieron por falta de fondos.

¿Qué clase de sociedad crea la ausencia de carreteras en Colombia? Una sociedad dispersa en bolsillos aislados. En 1946, en un discurso ante la Sociedad de Agricultores de Colombia, Alberto Lleras Camargo, que se convertiría en presidente en 1958, señaló:

> Cuando nos referimos a campañas de salud, crédito o educación rurales que van a salvar al campesino, ¿no sabemos que la mayoría de esos programas llegan [sólo] a las aldeas y los escalones más altos de la sociedad colombiana? [...]. Entre el 71 por ciento de nuestros compatriotas que viven en el campo y el resto de la sociedad no hay comunicación directa, no hay contacto, no hay carreteras, no hay canales de intercambio directo. A quince minutos de Bogotá hay campesinos que pertenecen a otra era, a otra clase social y otra cultura, separados de nosotros por siglos.

Pero así es como le gusta al Leviatán de papel: una sociedad muy fragmentada centrada en cuestiones parroquiales. En el caso británico, hemos visto en el capítulo 6 que las cuestiones parroquiales desaparecieron a medida que la sociedad se movilizaba más en respuesta a la construcción del Estado. No fue el caso de Colombia. En 2013, el país se hallaba en un estado de convulsión por una serie de huelgas y protestas. En julio de ese año, mineros en huelga arrollaron Quibdó, la capital del departamento del Chocó (también mostrado en el mapa 14).[307] Los mineros insistían en que se reconociera a los mineros informales, y querían «subsidios y crédito preferencial para los mineros, además de asistencia técnica». Además, pedían al Gobierno que «deje de vender tierra a compañías mineras transnacionales». En la lista no había otras demandas que las inmediatas de los mineros. De manera reveladora, no hay carretera desde Quibdó al resto del país. Lo mismo era cierto en las muchas otras huelgas que tuvieron lugar en distintas partes del país. La Dignidad Cafetera, en la región de cultivo de Colombia, quería que el Gobierno les diera subsidios al precio del café, exigían la democratización de la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia e insistía en que la minoría fuera regulada con más rigidez en zonas cafeteras. La Dignidad Papera, Lechera y Cebollera eran organizaciones que afirmaban representar a los productores de patatas, leche y cebollas. También pedían subsidios al precio, esta vez para sus cultivos. Sostenían que debía prohibirse la rehidratación de la leche en polvo, y que debía existir una compensación por la importación de leche en

polvo y patatas congeladas o precocinadas. La Dignidad Panelera, organizada por los productores de azúcar crudo, querían que el Gobierno introdujera aranceles más elevados a los sustitutos del azúcar importados y le exigían que comprara 3.500 toneladas de panela (el azúcar integral de caña que producían). Se trata de una sociedad con pocas expectativas de movilización, y eso es cómodo para las élites colombianas y fácil de manejar por el Gobierno del país. Unos pocos subsidios aquí, unas cuantas compras de panela allí, y el genio está de vuelta en el interior de la lámpara.

El orangután con esmoquin

No se trata sólo de la falta de infraestructuras. Como en Argentina, la burocracia no es tampoco el fuerte de Colombia, y por razones parecidas. En 2013, en algunos ministerios nacionales un 60 por ciento de los empleados eran «personal provisional», reclutado fuera de las reglas meritocráticas y muy probablemente contratado por medio del clientelismo. Los colombianos son menos aficionados a los ñoquis que los argentinos, pero aun así logran colocar a unos cuantos de ellos entre el funcionariado.

Las consecuencias de la falta de reglas y procedimientos burocráticos quedaron dramáticamente ilustradas durante los años en que Samuel Moreno[308] fue alcalde de Bogotá, la capital, entre 2008 y 2011. Moreno creó un «Gobierno a la sombra» para Bogotá, que delegó en su hermano Iván. Éste construyó lo que los colombianos llaman ahora un «carrusel de contratos», que estaba a cargo de asignar todos los contratos de la ciudad. Los hermanos utilizaron eso como mecanismo para conseguir sobornos, que con frecuencia llegaban al 50 por ciento del contrato. Para ocultar todas las actividades ilegales, con frecuencia se reunían en Miami, adonde viajaban en avión privado. Los hermanos desarrollaron una jerga: su parte del contrato se llamaba «una mordida», la misma jerga que hemos visto en Guatemala en el capítulo 9. La joya de la corona de las mordidas era el contrato para gestionar el sistema de transporte público integrado de la ciudad, que transporta a millones de personas al día. La mordida de los Moreno era de ocho pesos por pasajero. Los hermanos no se detuvieron ahí. Lo saquearon todo. Los hospitales existentes eran muy lucrativos, pero

construir nuevos creaba aún mejores oportunidades para robar, y entre el 25 y el 30 por ciento de las inversiones iban a parar a los Moreno. Decidieron quién se llevaba el contrato de las ambulancias, y después los hermanos Moreno y sus amigos procedieron a llevarse la mitad de lo asignado. Si no pagabas la mordida, no conseguías el contrato y los hermanos te decían que eras «demasiado barato». De modo que se apartaron 45.000 millones de pesos (15 millones de dólares estadounidenses) para construir un puente que uniera la carrera 9 con la calle 94 y solventar los atascos de tráfico en una parte de Bogotá. El trabajo de construcción no llegó a empezar y el dinero desapareció. Nadie sabe cuánto se llevaron los hermanos; una conjetura es que podrían ser hasta 500 millones.

Samuel Moreno no era alguien ajeno a la política colombiana. Su abuelo, Gustavo Rojas Pinilla, fue dictador militar en la década de 1950 e intentó reinventarse como demócrata en la década de 1960. Como Moreno, las élites políticas colombianas tienen la costumbre de saquear el presupuesto estatal. Cuando tienen la oportunidad, saquean también la tierra.

Una inmensa parte de la Colombia rural está clasificada legalmente como «baldío» y es propiedad del Gobierno. La investigación de James Robinson ha documentado que, desde inicios del siglo XIX, el Gobierno colombiano ha promulgado muchas leyes que han regido la distribución de la tierra y la emisión de títulos. La Ley 160, aprobada en 1994, especificó que la gente que había estado asentada en un baldío cinco años o más podía pedir al Instituto Colombiano de Reforma Agraria (INCORA) el título de la tierra que ocupaba. Esta clase de concesión sólo se aplicaba a ciudadanos que no disponían de tierras. La gente pobre o desplazada tenía prioridad, y la extensión de tierra que una persona podía reclamar estaba limitada a una «unidad agrícola familiar», una extensión de tierra que el INCORA juzgaba que permitía a una familia «vivir con dignidad». Pero resultó que las élites bien conectadas podían hacerle trampas al sistema fácilmente. Especialmente cuando contaban con la ayuda de sofisticados bufetes de abogados bogotanos, bien versados en el arte de forzar y romper la ley. Un caso notable implica a Riopaila-Castilla, una empresa azucarera del valle del Cauca. La empresa engañó al sistema creando veintisiete sociedades por

acciones simplificadas en 2010 con la ayuda del bufete de abogados Brigard y Urrutia. Compraron cuarenta y dos parcelas de baldío en el departamento oriental de Vichada, equivalentes a 35.000 hectáreas, todas reservadas para los pobres y los desplazados pero concedidas a Riopaila. Estratagemas similares le permitieron a Luis Carlos Sarmiento, el hombre más rico de Colombia, adquirir 16.000 hectáreas de baldío. Cuando un periodista le preguntó cómo un bufete de abogados respetable podía facilitar violaciones de la ley tan escandalosas, un abogado de Brigard y Urrutia contestó:[309]

> La ley está ahí para ser interpretada. Aquí no es blanco o negro.

La naturaleza fragmentada e ineficiente del Leviatán de papel tiene grandes consecuencias para la libertad, en particular, para el control de la violencia. Max Weber definió el Estado como «una comunidad humana que reclama (con éxito) el monopolio del uso legítimo de la violencia dentro de un determinado territorio».[310] Debido a la forma en que utilizan el poder, los leviatanes de papel no pueden tener ese monopolio de la fuerza física, legítimo o no. Colombia también ilustra las consecuencias devastadoras de la falta de monopolio de la violencia por parte del Estado.

En su investigación sobre Colombia, James Robinson, junto con sus colaboradores María Ángela Bautista y Juan Sebastián Galán, ha documentado que, en 1977, Ramón Isaza, un exsoldado y agricultor, inició un grupo llamado «los escopeteros».[311] Isaza tenía una finca en la municipalidad de Puerto Triunfo, al este del departamento de Antioquia (véase el mapa 14). Documentos judiciales registraron cómo, a mediados de la década de 1970, la guerrilla marxista FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) había creado un nuevo frente en la zona e iniciado una política de «cobro de impuestos» a los hacendados locales y a expropiar sus vacas y ganado. En 1977, Isaza compró diez escopetas, el acto que dio su nombre al grupo. Tendieron una emboscada a las FARC, mataron a sus miembros y robaron sus armas. En el año 2000, los escopeteros habían cambiado su nombre por el de Autodefensas del Magdalena Medio, recibieron apoyo de los terratenientes y se expandieron en seis frentes. Un frente era liderado por el yerno de Isaza, Luis Eduardo Zuluaga (apodado MacGyver por el personaje de televisión

estadounidense). MacGyver comandaba el Frente José Luis Zuluaga (FJLZ), llamado así por su hermano, que había sido asesinado por las guerrillas. El FJLZ controlaba un inmenso territorio cuyo espacio central constaba de unos 5.000 kilómetros cuadrados. El frente tenía un sistema legal escrito, los estatutos, de treinta y dos páginas de extensión, e intentaban imponerlo de manera equitativa, hasta el punto de que lo aplicaban tanto a sus miembros como a los civiles. El FJLZ también disponía de una burocracia y estaba dividido en un ala militar conformada por alrededor de doscientos cincuenta combatientes uniformados, una ala civil de «recolectores de impuestos» y un «equipo social» que tampoco estaba militarizado y se centraba en su proyecto político de combatir a las guerrillas marxistas. Regulaban el comercio y la vida social, tenían una declaración de principios, una ideología, un himno, una oración y una emisora de radio llamada Integración en Estéreo. El frente incluso concedía medallas, entre ellas la Orden de Francisco de Paula Santander y la Gran Cruz de Oro. ¿Cómo pagaba a sus burócratas y soldados? Cobraba impuestos a los terratenientes y hombres de negocios de la zona que controlaba e intentaba cobrarlos también a la producción, específicamente de leche y patatas. El frente construyó decenas de kilómetros de carreteras, extendió la red eléctrica y construyó escuelas. En La Danta, su cuartel general, el frente construyó una clínica de salud, reconstruyó un asilo de ancianos, construyó casas que asignaba por sorteo a vecinos pobres y puso en marcha un centro de artesanía y construyó una plaza de toros, aunque MacGyver dijo a Bautista, Galán y Robinson: «No me gustan las corridas de toros, son crueles con los animales».

La zona no estaba controlada por el Estado colombiano, sino por Isaza y MacGyver. En una declaración ante un magistrado tras la desmovilización del grupo en 2006, Ramón Isaza explicó su papel en las elecciones de la siguiente manera:

> Lo que hicimos fue en las veredas, como La Danta, también en San Miguel o Cocorná que no tenían policía, que eran pueblos pequeños lejos de las carreteras principales y no había militares ni policía. Ahí protegimos esas regiones, pero no le dijimos a nadie que votara a ninguna persona en concreto. Ahí más bien vigilamos. ¿Qué vigilamos? Que quizá las elecciones no fueran manipuladas, que quizá hubiera peleas o discusiones. Eso lo hicimos en todas las regiones en las que estaban esos pueblos, dimos seguridad a las elecciones.

Los colombianos con frecuencia excusan a su Leviatán de papel señalando que el país tiene altas montañas y junglas. Pero Isaza y sus frentes se hallaban en la carretera principal, entre las dos ciudades más grandes, Bogotá y Medellín, justo debajo de la nariz y a plena vista del Estado colombiano. Como dijo irónicamente otro poderoso jefe paramilitar colombiano, Ernesto Báez, en este caso a otro juez: «¿Cómo iba a operar un pequeño Estado independiente dentro de un Estado de derecho como el nuestro?». La respuesta es: en un Leviatán de papel, bastante fácilmente.

El Estado colombiano no sólo descuida e ignora a sus ciudadanos, sino que los victimiza de manera activa. Un ejemplo procede del llamado escándalo de los falsos positivos.[312] Cuando Álvaro Uribe fue escogido presidente en 2002, su mandato era intensificar la lucha contra las guerrillas de izquierdas. Introdujo una serie de poderosos incentivos para los militares, como bonus económicos y vacaciones, si mataban a guerrilleros. Una consecuencia de esta política fue que los miembros del ejército asesinaron hasta a tres mil civiles inocentes y los vistieron de guerrilleros. Un fiscal colombiano hasta se refirió a la unidad militar, el Batallón Pedro Nel Ospina, como un «grupo de asesinos dedicado a crear víctimas que después simulaban haber matado en combate».[313] Si los guerrilleros y los paramilitares no acaban contigo, puede que lo haga el ejército.

Otra consecuencia del Leviatán de papel colombiano fue señalada hace casi doscientos años por Simón Bolívar, el «libertador» de América Latina, que lideró su revolución contra el Gobierno colonial español, al afirmar:[314]

> Estos caballeros piensan que Colombia está llena de hombres simples que han visto reunidos alrededor de un fuego en Bogotá, Tunja o Pamplona. Nunca han puesto los ojos en los caribes del Orinoco, los llaneros del Apure, los pescadores de Maracaibo, los barqueros del Magdalena, los bandidos de Patia, los ingobernables pastusos, los guajibos de Casanare y todas las demás hordas salvajes de africanos y americanos que vagan como ciervos por las selvas de Colombia.

Bolívar está diciendo que las élites colombianas en realidad ni conocen ni comprenden el país que afirman estar gobernando (y que están saqueando). De hecho, el famoso presidente colombiano del siglo XIX Miguel Antonio Caro, la mente tras la Constitución de 1886, que estuvo en vigor hasta 1991, no salió de Bogotá en toda su vida (tampoco lo hizo, por cierto, el sucesor de su sucesor, José Manuel Marroquín). ¿Para quién

estaba escribiendo la Constitución? Los caballeros de «Bogotá, Tunja y Pamplona», por supuesto. La periferia del país era gobernada desde Bogotá y recibía pocos recursos o servicios públicos. De 18.500 kilómetros de carreteras en 1945 sólo 613 kilómetros (ninguno pavimentado) estaban en los territorios periféricos que conformaban tres cuartas partes de la superficie de Colombia. Las élites políticas de Bogotá se aseguraban de que la periferia siguiera siendo periférica. Pero antes de llegar a la conclusión de que las cosas iban bien en Bogotá, al menos cuando Samuel Moreno no estaba en el poder, la próxima vez que vayas allí intenta mandar una carta. ¿Qué habría dicho Tocqueville?

El político colombiano Darío Echandía dijo en una ocasión que la democracia colombiana era como un «orangután con esmoquin». Es una afirmación que captura la naturaleza del Leviatán de papel. El esmoquin es la apariencia exterior de un Estado ordenado con una burocracia que funciona, aunque en ocasiones se utilice para saquear al país y con frecuencia esté desorganizado. El orangután es todas las cosas que el Leviatán de papel no puede y no quiere controlar.

Arar en el mar

Nada de esto se creó de la noche a la mañana. Para comprender cómo evolucionó el Estado colombiano, volvamos de nuevo a Bolívar, ahora mientras yace enfermo de tuberculosis en la ciudad portuaria de Barranquilla. El 9 de noviembre de 1830, escribió a su viejo amigo el general Juan José Flores. En 1830, la Latinoamérica continental se había liberado del colonialismo español y España sólo retenía las islas de Cuba, partes de Hispaniola y Puerto Rico. Pero Bolívar estaba desilusionado. Escribió:[315]

> V. sabe que yo he mandado 20 años y de ellos he sacado más que pocos resultados ciertos. 1.º La América es ingobernable para nosotros. 2.º El que sirve una revolución ara en el mar. 3.º La única cosa que se puede hacer en América es emigrar. 4.º Este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada, para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles, de todos colores y razas. 5.º Devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos. 6.º Si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último período de la América.

¿Por qué era tan pesimista? ¿Por qué pensaba que intentar gobernar «América», con lo que se refería a Latinoamérica, era como «arar en el mar»? Quizá lo más importante era que la sociedad latinoamericana había sido creada con la premisa de jerarquía y desigualdad políticas. La sociedad colonial era una jerarquía institucionalizada con los españoles blancos en lo alto y los pueblos indígenas, y en muchas zonas los esclavos negros, en lo más bajo. Con el tiempo, las élites españolas se volvieron nativas de Latinoamérica y fueron conocidas como criollos (Bolívar era uno de ellos), y a medida que tenía lugar el mestizaje, se creó un elaborado sistema de castas para identificar quién era superior a quién. Las castas fueron conmemoradas en una serie de pinturas en el México colonial, una de la cuales reproducimos en una foto del encarte. Eso importaba porque las leyes y los impuestos se aplicaban de manera distinta a la gente en función de su estrato social, y si tenías el poder suficiente, simplemente no se te aplicaban las leyes. Sin ninguna igualdad ante la ley, ésta era ilegítima a ojos de la mayoría de los latinoamericanos, lo que les hizo adoptar el famoso lema de la era colonial: «obedezco pero no cumplo», reconozco tu derecho a emitir leyes y órdenes pero mantengo mi derecho a hacer caso omiso de ellas. Y lo que es aún más importante, significaba un alto grado de jerarquía, dominación y desigualdad, puesto que los indígenas y los esclavos negros eran explotados sistemáticamente. La jerarquía, la dominación y la desigualdad todavía son evidentes hoy día.

Sus orígenes pueden advertirse regresando a la carretera entre Pasto y Mocoa, que cruzaba el valle de Sibundoy. Después de la conquista de las Américas, los pueblos indígenas del valle habían sido dados a una encomienda, habían sido literalmente «confiados» a un español, conocido como encomendero. Muchos indígenas habían muerto de enfermedades infecciosas que los españoles habían traído consigo desde el Viejo Mundo, pero aún quedaban 1.371 a los que explotar. De acuerdo con la encomienda, muchos animales, aves y la producción de los indios tenían que ir al convento y al cacique (una palabra importada en Latinoamérica desde el Caribe y utilizada para designar a un jefe o gobernante indígena). También

especificaba que «ciento cuarenta y cinco indios trabajen en las minas ocho meses», diez indios en la tierra del encomendero y «ocho indios para el servicio doméstico del cacique» y demás prácticas de trabajos forzados.

Esta sociedad muy desigual, en última instancia, se mantenía unida por la fuerza, y los latinoamericanos sabían que no podía sobrevivir bajo la clase de instituciones democráticas que habían surgido en Estados Unidos. En el siglo XIX no quedaban encomiendas, pero habían sido sustituidas por un nuevo sistema de explotación en el que el «tributo» de los indios seguía constituyendo la base fiscal del Estado. La premisa de desigualdad en este momento era, si acaso, más intensa que nunca. La perpetuación de este sistema, razonaban Bolívar y otros, requería un poder autocrático mucho más fuerte que el que iba a obtener cualquier presidente estadounidense. Pero eso no significaba que fuera a ser fácil mantener una sociedad así. Aquí cobra importancia el segundo factor principal que llevaba a la ingobernabilidad.

Como muchas colonias, la América española tenía algunas instituciones estatales impuestas por los colonos (la más notable, la fuerza suficiente para reprimir a los indígenas), pero era gobernada «indirectamente» desde España. La encomienda del valle de Sibundoy daba mucha producción, aves y cerdos al cacique porque éste era el representante indirecto de los españoles, que no crearon burocracia ni administración estatal, sino que manipularon a la jerarquía política indígena para que lo hiciera. En el momento de la revuelta contra los españoles, dejando a un lado el ejército, había sólo ochocientas personas en toda Colombia trabajando para el Estado español.

Estos dos factores dejaron una sociedad con una desigualdad y jerarquía enormes, pero sin un Estado efectivo. Eso significaba que no había instituciones estatales o aparatos legales para controlar a los «caribes del Orinoco, los llaneros del Apure, los pescadores de Maracaibo, los barqueros del Magdalena, los bandidos de Patia, los ingobernables pastusos, los guajibos de Casanare». Las élites criollas se agarraron a lo que conocían. Intentaron crear una sociedad autocrática y centralizada en la medida que pudieron, pero para cubrirse las espaldas la respaldaron con muchas de las mismas estrategias que los españoles habían utilizado para

gobernar su imperio colonial. No había lugar para el Estado weberiano. El Gobierno era una herramienta para controlar el poder, y la ley, un instrumento para estabilizar este desigual *statu quo*.

La diferencia entre los conceptos de límite del poder presidencial entre Latinoamérica y Estados Unidos queda perfectamente ilustrada en el discurso que Bolívar dio en 1826 en Lima, Perú, después de haber escrito personalmente una Constitución para el nuevo país de Bolivia, ahora liberado de España. ¿Cuánta gente tiene un país que lleva su propio nombre? Uno es Cristóbal Colón, que dio su nombre a Colombia. Arabia Saudí lleva el nombre de la familia Saud, y la familia Luxemburgo, uno de los restos supervivientes del Sacro Imperio Romano, también tiene uno. El gran emprendedor del colonialismo británico en África, Cecil Rhodes, tenía un país con su nombre, Rodesia, hasta 1980, cuando se cambió por Zimbabue. Es un club pequeño y exclusivo, y normalmente no te conviertes en uno de sus miembros si gobiernas el país democráticamente. Al presentar su Constitución para Bolivia, Bolívar se centró en el papel del presidente:[316]

> El presidente de la República viene a ser en nuestra Constitución como el sol que, firme en su centro, da vida al universo. Esta suprema autoridad debe ser perpetua; porque en los sistemas sin jerarquías, se necesita más que en otros un punto fijo alrededor del cual giren los magistrados y los ciudadanos, los hombres y las cosas. Dadme un punto fijo, decía un antiguo, y moveré el mundo. Para Bolivia, ese punto es el presidente vitalicio.

La Constitución boliviana especificaba un presidente vitalicio y lo convertía en «el sol». Inicialmente, esa persona sería escogida por «legisladores». Los presidentes posteriores serían escogidos por el presidente vitalicio existente. La idea de un presidente escogiendo a quien le seguiría resultó tener una larga vida en Latinoamérica. Todavía en 1988, los presidentes mexicanos eran escogidos por dedazo. Google Translate no ha logrado traducir esa palabra al inglés, pero la raíz de la expresión es la palabra española *dedo*. Un *dedazo* es cuando le das un golpecito a alguien en la espalda con el dedo para decirle: «tu turno». Es difícil de traducir, pero Bolívar sabía lo que significaba; era una garantía infalible de que la presidencia estaría en las manos seguras de la élite. A fin de cuentas, parecía muy probable que él fuera a ser escogido como primer presidente, y

de hecho, lo fue. En teoría, la Constitución boliviana contaba con cierta separación de poderes y controles y contrapesos, pero también permitía al presidente vitalicio nombrar personalmente a todos los oficiales militares y comandar el ejército. Mézclese con eso un poco de «obedezco pero no cumplo» y el resto, como suele decirse, es historia.

La guerra de Independencia de Estados Unidos contra Gran Bretaña desató toda clase de energías y movimientos radicales, y lo mismo sucedió en las guerras de independencia latinoamericanas.[317] Pero, una vez más, las élites latinoamericanas lograron construir instituciones políticas para controlar esa energía, aunque el propio Bolívar nunca lograra implementar sus planes. Incluso cuando las Constituciones latinoamericanas permitían la clase de controles y contrapesos, e incluso los derechos para los ciudadanos, que consagraba la Constitución estadounidense, siempre eran arramblados por fuertes poderes presidenciales formales o el desprecio de la ley. Ramón Castilla, el autoritario presidente de Perú, explicó de manera clara esta lógica:[318]

> La primera de mis funciones constitucionales es la preservación del orden interno; pero la misma Constitución me obliga a respetar los derechos de los ciudadanos [...] el cumplimiento simultáneo de ambas obligaciones sería imposible. El primero [...] no podría cumplirse [...] sin ciertas medidas para tener bajo control a los enemigos de ese orden de una manera más rigurosa de lo previsto por las leyes. ¿Debería acaso sacrificar la paz interna del país por los derechos constitucionales de unos pocos individuos?

Si los derechos constitucionales se interponían en el camino, peor para ellos. La mente tras el Estado chileno, Diego Portales, articuló esa noción de una manera aún más rotunda:[319]

> Con los hombres de ley no puede uno entenderse; y así ¿para qué carajo sirven las Constituciones y papeles, si son incapaces de poner remedio a un mal que se sabe existe [...]? En Chile la ley no sirve para otra cosa que no sea para producir la anarquía, la ausencia de sanciones, el libertinaje, el pleito eterno [...]. ¡Maldita ley, entonces, si no deja al brazo del Gobierno proceder libremente en el momento oportuno!

La idea de que el «Gobierno» debería «proceder libremente en el momento oportuno» es bastante distinta de cómo se espera que se comporte el Estado en el pasillo.

Esta idea del poder, una vez más, está arraigada en la historia latinoamericana. Alexis de Tocqueville identificó sus orígenes en su libro *La democracia en América*, de 1835. En él sostuvo que en Sudamérica los españoles encontraron el territorio «habitado por pueblos [...] que ya se habían apropiado del suelo cultivándolo. Para fundar sus nuevos Estados tuvieron que destruir o esclavizar a muchas poblaciones». Sin embargo, seguía: «Norteamérica sólo estaba habitada por tribus nómadas que no utilizaban las riquezas naturales del suelo. Norteamérica era aún, en realidad, un continente vacío, una tierra salvaje, a la espera de habitantes». La afirmación de Tocqueville de que Norteamérica era un «continente vacío» no es correcta, pero la clave del argumento, que no se pudo desarrollar basándose en la explotación de pueblos indígenas sedentarios, es cierta. Esto significaba que la clase de sociedad muy desigual y jerárquica que emergió en Sudamérica no podía reproducirse en el Norte (a pesar de que los primeros colonos lo intentaron). La sociedad esclavista del Sur de Estados Unidos se parecía mucho a Latinoamérica, en parte por los bajos niveles de servicios públicos, la prosperidad de las élites y, por supuesto, la falta de libertad para la mayoría. Pero el sur de Estados Unidos estaba enclavado en un marco institucional creado en parte por las dinámicas estado-sociedad del Norte, muy distintas, y cuando intentó librar la Guerra de Secesión para librarse de esas dinámicas, perdió. Eso no fue el fin del sistema despótico y explotador del sur de Estados Unidos, como hemos visto en el capítulo anterior, pero puso al conjunto de Estados Unidos en un curso distinto que Latinoamérica.[320]

En Latinoamérica, la sociedad permaneció lastrada e incapaz de conformar la política y controlar al Estado.

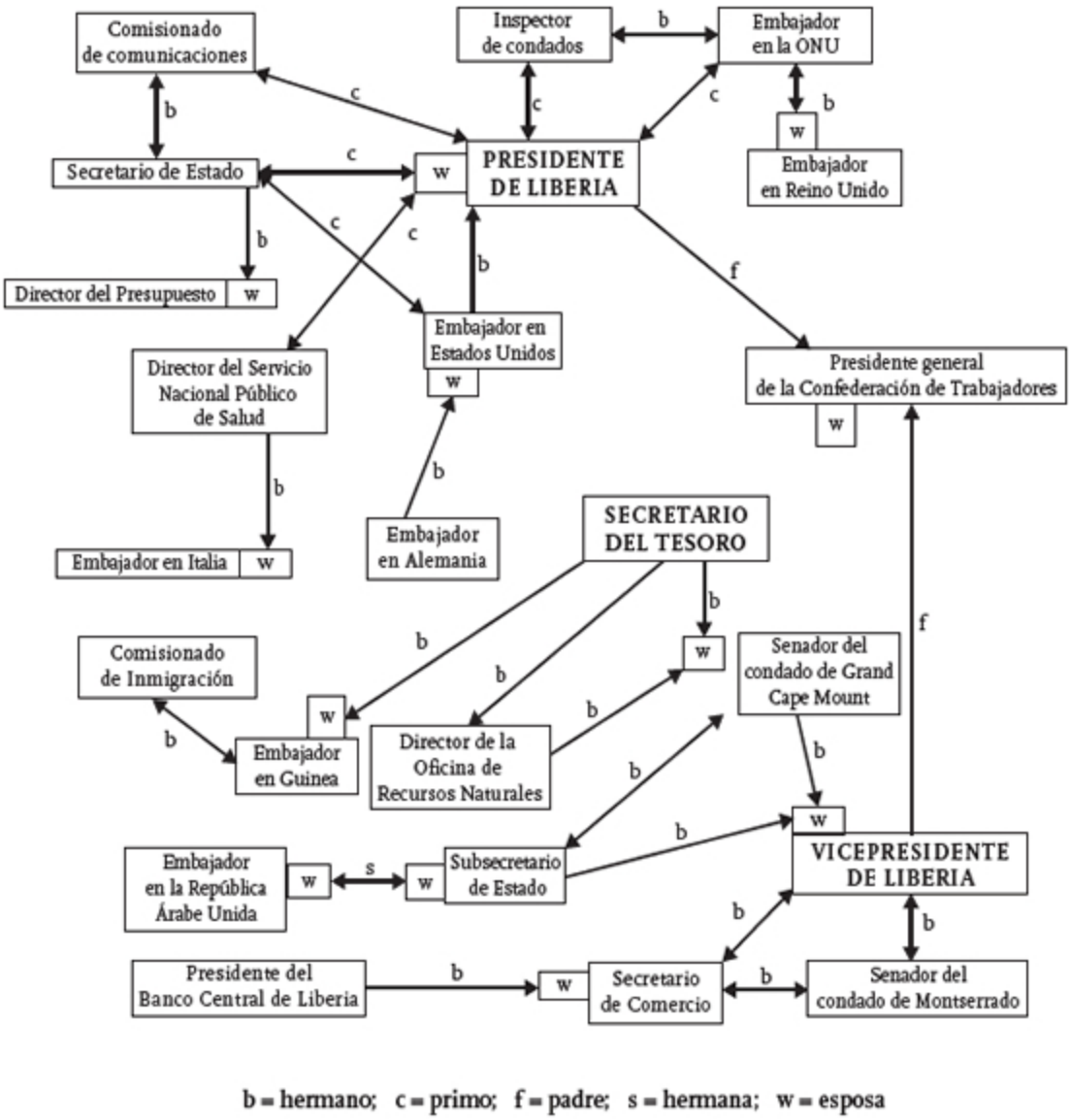
Misisipi en África

Los leviatanes de papel no están confinados a Latinoamérica, ni mucho menos. También son la forma de Estado característica del África subsahariana. De hecho, los dos mecanismos que apuntalan la continuada debilidad y desorganización del Estado operan en África con un añadido. Vamos a verlos uno a uno. Primero, el miedo a la movilización social.

Uno de los ejemplos mejor documentados de este miedo procede de Liberia, en el África occidental. En 1961, la recién creada Agencia para el Desarrollo Internacional de Estados Unidos (USAID) mandó un equipo de académicos a Liberia para que estudiaran su desarrollo. Se pusieron manos a la obra con sus ideas habituales sobre por qué los países pobres son pobres. Pero pronto se dieron cuenta de que la situación era muy distinta. Como más tarde dijo uno de ellos, el antropólogo social George Dalton:[321]

> El retraso económico de Liberia no se puede atribuir a la falta de recursos o a la dominación por parte de intereses financieros o políticos extranjeros. La dificultad subyacente es más bien que los gobernantes tradicionales américo-liberianos, que temen perder el control político de la gente tribal, no han permitido que se produzcan los cambios que son necesarios para desarrollar la sociedad y la economía nacionales.

¿Quiénes eran estos gobernantes américo-liberianos? Para entender esto, tenemos que recordar que Liberia fue creada como colonia en 1822 por la Sociedad Americana de Colonización (ACS). Su cometido era servir de hogar para esclavos africanos liberados y repatriados desde Estados Unidos. Los descendientes de esos esclavos repatriados se convirtieron en américo-liberianos. En 1847, Liberia se declaró independiente de la ACS y en 1877 emergió el True Whig Party (TWP) y dominó la política hasta que, en 1980, fue derrocado por un golpe militar encabezado por Samuel Doe. El TWP fue liderado por américo-liberianos que en la década de 1960 conformaban menos de un 5 por ciento de la población. Como describe Dalton: «Al igual que los portugueses en Angola o los afrikáners en Sudáfrica, los gobernantes de Liberia son los descendientes de una minoría ajena de colonos. Familias américo-liberianas».



Mapa 15 Parentesco en Liberia: los nombramientos políticos del presidente Tubman en 1960.

Liberia se convirtió en una sociedad de dos clases. Distintas leyes, distintos servicios públicos y acceso diferencial a la educación gobernaban a los américo-liberianos y a los «pueblos tribales».

Antes de 1944, las tierras interiores no tenían ninguna clase de representación. Dalton observó: «Irónicamente, es la ética del Misisipi lo que de manera más cercana caracteriza su perspectiva: retener el poder a la manera tradicional y mantener a los nativos en su lugar». Ahora se empieza

a ver por qué los américo-liberianos temían la movilización social. Construir un Estado efectivo podría haber movilizado a los liberianos indígenas que constituían el otro 95 por ciento de la población.

En Liberia, al igual que en otros países africanos, también se ve claramente el otro mecanismo fundamental que sostiene a los leviatanes de papel, la utilización del poder arbitrario en una burocracia y un sistema judicial que no son meritocráticos y están desorganizados. El Estado liberiano es utilizado de manera sistemática para recompensar a los partidarios. Por ejemplo, Dalton descubrió en la década de 1960 que «para comprender la política liberiana, es más útil el conocimiento de las relaciones de parentesco que el conocimiento de la Constitución de Liberia». Recolectó sofisticados datos sobre cómo las élites políticas llenaban las posiciones burocráticas con sus parientes cercanos. (El mapa 15, por ejemplo, muestra las desconcertantes conexiones familiares en la élite política liberiana en la década de 1960, durante la presidencia de Tubman.)

La naturaleza no meritocrática de los Estados africanos también queda subrayada en el trascendental libro de Tony Killick *Development Economics in Action*.[322] Killick trabajó para el gobierno de Kwame Nkrumah en Ghana a principios de la década de 1960 y fue testigo de primera mano de los desastrosos fracasos económicos de su régimen. Killick quería comprender qué los causaba. Dejó constancia de la construcción de una fábrica de enlatado de fruta «para la producción de productos del mango, para los cuales se reconocía que no había mercado local [y] que se decía que excedía por algún múltiplo el total del comercio global de esos productos». Vale la pena citar el informe del propio Gobierno sobre la fábrica:

> **Proyecto:** Se construirá una fábrica en Wenchi, Brong Ahafo, para producir 7.000 toneladas de mangos y 5.300 toneladas de tomates al año. Si la producción media de los cultivos de la zona será de cinco toneladas por acre por año para los mangos y cinco toneladas por acre para los tomates, para proveer a la fábrica debería haber 1.400 acres de mangos y 1.060 acres de tomates.
>
> **El problema:** La provisión de mangos presente en la zona procede de tres árboles esparcidos entre los arbustos y los tomates no se cultivan a escala comercial, de modo que la producción de estos cultivos tendrá que empezar de cero. Los mangos tardan de cinco a siete años en dar frutos

> a partir del momento en que se plantan. Cómo obtener suficiente material para la plantación y organizar la producción de las materias primas se convirtieron rápidamente en los principales problemas de este proyecto.

Killick escribió: «Es difícil imaginar un comentario más irrecusable sobre la eficiencia de la planificación del proyecto». ¿Qué estaba pasando? La fábrica no tenía como finalidad un mayor desarrollo económico, sino que creaba innumerables oportunidades para emplear a partidarios políticos en una región en la que el presidente Nkrumah quería apoyo. No tenía ningún sentido construir la fábrica donde lo hicieron, y proyectos como éste socavaban la coherencia del funcionariado y «la eficiencia de la planificación de proyectos». Pero tenía mucho sentido político. Como le dijo Nkrumah a sir Arthur Lewis, su asesor económico, que había obtenido el premio Nobel de la Paz: «El consejo que me has dado, por razonable que sea, tiene un punto de vista esencialmente económico y ya te he dicho, en muchas ocasiones, que no siempre puedo seguir ese consejo porque soy un político y debo hacer apuestas sobre el futuro».

Killick, además, documentó que el Gobierno de Nkrumah también vivía con miedo de suscitar la movilización social. La economía del desarrollo estándar en esa época sostenía que era crucial que un país en desarrollo generara una fuerte «clase emprendedora» de gente de negocios que pudiera liderar la transformación hacia una economía más industrializada. Pero Killick observó:

> Aun en caso de que hubiera existido la posibilidad [de crear una clase emprendedora indígena], es dudoso que Nkrumah hubiera querido crear esa clase, por razones de ideología y poder político. Él era muy explícito sobre esto y decía: «Si alentáramos el crecimiento entre nosotros de capital privado ghanés estaríamos obstruyendo nuestro avance hacia el socialismo». Hay pruebas de que también temía la amenaza que pudiera suponer para él una clase de ricos hombres de negocios ghaneses.

De hecho, E. Ayeh-Kumi, uno de sus principales asesores económicos, señaló que «[Nkrumah] me informó de que si permitía que crecieran los negocios africanos, lo harían hasta convertirse en un poder rival para él y el prestigio del partido, y haría todo lo que pudiera para impedirlo, cosa que hizo». Su solución fue limitar el tamaño de las empresas ghanesas. Killick señala: «Dado el deseo de Nkrumah de que las empresas privadas ghanesas

siguieran siendo pequeñas, su argumento de que "la inversión de capital debe buscarse fuera porque no hay una clase burguesa entre nosotros que pueda llevar a cabo la inversión necesaria" era hipócrita». Sigue añadiendo que Nkrumah «no quería a los capitalistas extranjeros, pero prefería alentarles a ellos en lugar de a los emprendedores locales, a los que quería poner restricciones». Mejor capitalistas extranjeros que movilización social.

Otro libro trascendental sobre la economía y la política africanas, *Markets and States in Tropical Africa*, de Robert Bates,[323] ilustra cómo el uso arbitrario de la ley era una poderosa estrategia política. Bates estaba intentando explicar el lúgubre rendimiento económico de las naciones africanas después de la independencia, y en particular por qué el sector agrícola, que debería haber sido el motor del crecimiento, tenía un pésimo rendimiento. Obtuvo la sencilla respuesta de que los gobiernos con sedes urbanas, como el de Nkrumah en Ghana, estaban imponiendo tasas fiscales punitivas al sector agrícola. Los agricultores dejaron de invertir y producir porque las tasas impositivas eran muy altas. ¿Cómo podía responder el Gobierno? Una manera obvia habría sido aumentar los precios, reducir las tasas y restaurar los incentivos. Pero Bates señaló: «Si los gobiernos de África concedieran un aumento del precio a todos los productores rurales, los beneficios políticos serían escasos, puesto que tanto partidarios como disidentes obtendrían beneficios de esa medida». En lugar de hacer eso, los gobiernos mantenían los precios bajos y utilizaban otros instrumentos políticos que podían orientar de una manera arbitraria.

> El otorgamiento de beneficios en forma de proyectos de obras públicas, como las granjas estatales, por otro lado, tiene la ventaja de permitir que los beneficios sean asignados de manera selectiva.

Lo mismo era cierto en el caso del fertilizante subsidiado dado a los partidarios y negado a los oponentes. Bates recuerda una conversación en 1978 con un cultivador de cacao con problemas. Él le pregunta al granjero por qué no organizaba una resistencia contra las políticas del Gobierno.

> Fue a una caja fuerte y sacó un paquete de documentos: licencias para sus vehículos, permisos de importación para recambios, títulos de sus propiedades inmobiliarias y sus obras, y los artículos del acta que le eximía de la mayor parte de sus impuestos sobre la renta. «Si intentara

organizar resistencia a las políticas del Gobierno sobre los precios agrícolas —dijo mientras exhibía esos documentos—, me llamarían enemigo del Estado y perdería todo esto.»

«Para mis amigos, todo; para mis enemigos, la ley», estilo ghanés.

Los gobiernos de Ghana después de la independencia no operaban en un vacío social. Recordemos que en el capítulo 1 hemos introducido la noción de la jaula de normas utilizando la investigación de Robert Rattray en Ghana. Cuando el país consiguió la independencia, sólo treinta años después de que Rattray escribiera, las fuerzas que describía seguían poderosamente presentes. El filósofo Kwame Anthony Appiah recuerda que su padre le decía, cuando él era niño en Kumasi, en la década de 1960, que «uno nunca debe preguntar por los ancestros de la gente en público».[324] La tía de Appiah era descendiente de una familia de esclavos. Como dice otro proverbio asante: «Revelar demasiado de los orígenes destruye una ciudad». La densa red de normas, obligaciones mutuas y restos de las instituciones que las sostenían seguían ahí. La jaula de normas conformaba de manera evidente la manera en que funcionaba la política después de la independencia y por qué Njrumah organizaba el Estado como lo hacía. Las redes de reciprocidad y parentesco y las relaciones étnicas se traducían en un Estado extremadamente no weberiano en el que quienes tenían el poder eran empujados a utilizar su influencia para favorecer a quienes dependían de ellos, como se ha visto con el caso de la fábrica de Wenchi. De una manera similar, los dependientes estaban obligados a ayudar y apoyar a sus benefactores, por ejemplo en las elecciones. La jaula de normas creó un ambiente social que perpetuó el Leviatán de papel y bloqueó la capacidad de la sociedad para actuar colectivamente mientras, al mismo tiempo, entorpecía la capacidad del Estado. Cuanto más explotaba el Leviatán de papel la red de dependencias mutuas y vínculos étnicos, más reafirmaba la jaula de normas que éstas creaban en muchas sociedades africanas.

El mundo poscolonial

Los leviatanes de papel no están restringidos a Latinoamérica y África, habitan en muchas partes distintas del mundo. Varios de ellos, como los que hemos visto en este capítulo, tienen una cosa en común: son producto de la colonización europea. Esto es así incluso en el caso de Liberia, que no fue tanto una colonia como un puesto de avanzada para esclavos posteriormente liberados en una colonia europea, Estados Unidos de América. Esto se debe a que la manera en que los poderes coloniales europeos gobernaron y manipularon las instituciones de muchas de sus colonias creó las condiciones para que emergieran los leviatanes de papel.[325]

¿Qué pasa con los residuos de la colonización que crean un Estado así? Como ya hemos visto en el contexto latinoamericano, dos ejes fueron particularmente importantes. En primer lugar, los poderes coloniales introdujeron las instituciones estatales, pero sin ninguna posibilidad de que la sociedad las controlara (especialmente porque los colonizadores no tenían ningún interés en que los africanos controlaran el Estado o su burocracia). En segundo lugar, intentaron hacer todo esto con tacañería, propagando el «gobierno indirecto», en el que el poder era delegado a los locales, como los jefes en África, lo cual significaba que no emergía una burocracia o un sistema judicial meritocráticos. Recordemos que en el capítulo 2 hemos explicado que Lugard quería gobernar Nigeria de manera indirecta. Para lograrlo, tenía que establecer un cuerpo político con el que pudiera interactuar, lo que en términos prácticos significaba estructuras como las de un Estado. Pero ¿quiénes serían los burócratas, los recolectores de impuestos, los jueces y los legisladores en ese Estado? No los británicos. En 1920 sólo había 265 funcionarios británicos en toda Nigeria. No había nadie más que los jefes tradicionales, y eso significaba que no había ningún aparato administrativo nacional que funcionara tras la independencia.

La falta de capacidad y la carencia de servicios públicos fueron constantes durante los tiempos coloniales. Pero las cosas no hicieron más que empeorar después de la independencia en 1960, cuando los británicos se levantaron y se marcharon de Nigeria para que los nigerianos pudieran gobernarse a sí mismos. Pero ¿con qué Estado? Una especie de Leviatán, pero delgado como una hoja de papel en su capacidad para resolver conflictos, recolectar impuestos, proveer servicios públicos e incluso

mantener el orden básico. Como hemos visto en los casos de Argentina, Colombia, Liberia y Ghana, entonces hicieron efecto los incentivos políticos.

Al legado de instituciones estatales impuestas de manera caprichosa y el gobierno indirecto, se añadió un tercer factor que debilitó aún más el Estado y la sociedad: la naturaleza arbitraria de los países poscoloniales. Una de las razones por las que era tan atractivo para Nkrumah utilizar el Estado como herramienta política era que Ghana no tenía coherencia como nación. No había un idioma nacional, no había una historia común, no había una religión o una identidad comunes, no había un contrato social legítimo. A finales del siglo XIX, los ingleses habían amalgamado una serie de dispares entidades políticas africanas con muy distintos niveles de centralización y diferentes tradiciones políticas. De hecho, en Ghana podías encontrar desde uno de los Estados más centralizados del África precolonial, los asante en el sur, a sociedades completamente carentes de Estado como los tallensi, en el norte. Esta incoherencia significaba que había poca movilización social, y esto hacía particularmente atractivo para líderes como Nkrumah usar de manera arbitraria el Estado y la ley para mantenerse en el poder. En esencia, los leviatanes de papel se formaban en el terreno dejado por los imperios coloniales, que creaban Estados débiles y sociedades débiles, y una situación en la que era muy probable que una cosa perpetuara a la otra.

Un último factor completó los fundamentos del Leviatán de papel: el sistema estatal internacional. El mundo de posguerra estaba ostensiblemente basado en Estados independientes que seguían las reglas internacionales, cooperaban en instituciones internacionales y respetaban mutuamente sus fronteras. Funcionó (en parte porque Occidente lo impuso). Es extraordinario que, aunque amalgamados con distintas clases de sociedades y una miríada de entidades sin fronteras nacionales y sin unidad nacional, los Estados africanos, en esencia, no hayan librado guerras entre sí durante los últimos sesenta años (aunque las guerras civiles han sido un lugar común en el continente y han desbordado las fronteras nacionales en algunos casos notables, como la Gran Guerra en el este de la República Democrática del Congo). Este sistema cimentó los leviatanes de papel

porque dio legitimidad internacional a esos Estados, aunque suspendieran estrepitosamente el test del pato. Una vez te dan el tratamiento de alfombra roja en la comunidad internacional, y una vez puedes saquear cuanto quieras en el plano doméstico, el hecho de que tu poder en realidad no exista importa poco.

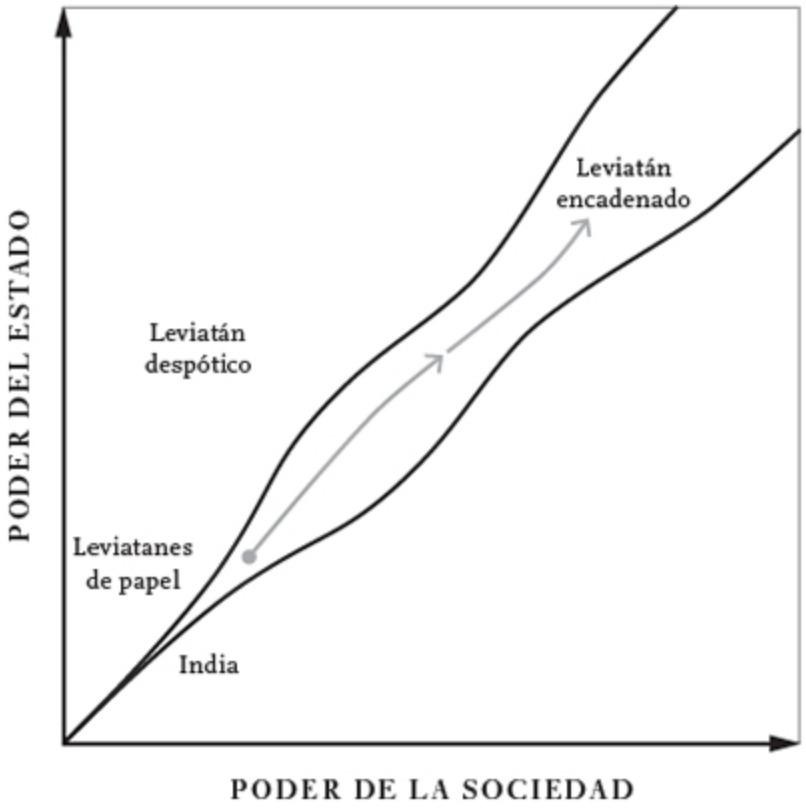


Figura 4 Los leviatanes de papel.

Podemos juntar todas estas hebras utilizando la figura que hemos introducido en el capítulo 2, que replicamos aquí como figura 4. Nuestro enfoque implica que los leviatanes de papel se encuentran cerca de la esquina inferior izquierda, al lado del Leviatán despótico: poco poder social, poco poder estatal, pero aun así despótico. Esto da más pistas acerca del miedo al efecto de movilización: un aumento del poder de la sociedad puede mandar al Leviatán de papel a la órbita del Leviatán ausente o incluso, en última instancia, meterlo de un empujón en el pasillo, con efectos perjudiciales para la capacidad de las élites de controlar la política. En este contexto, también es útil contrastar el Leviatán de papel con el

Estado indio. Como hemos visto en el capítulo 8, el Estado indio también es desorganizado y débil, y se mantiene por la naturaleza fragmentada de la sociedad, como el Leviatán de papel. Pero también hay notables diferencias. En la India la situación fue forjada por la historia de las relaciones de casta y la jaula de normas que ésta creó, no por el historial del gobierno colonial. Esto también implica que fue la peculiar organización social lo que mantuvo débil al Estado. Esto coloca a la India más cerca de un Estado limitado y constreñido por la sociedad, es decir, un Estado débil más que uno despótico. Como tal, en términos de nuestra figura, la India está al otro lado de la línea que marca la división entre los leviatanes ausentes y despóticos. En la India, no es el miedo al efecto de movilización lo que mantiene al Estado débil e incapaz, es el insoportable peso de las divisiones en castas.

Las consecuencias de los leviatanes de papel

La clase de Estado estudiada en este capítulo, y el de muchos países del mundo poscolonial, es muy distinta de los leviatanes despótico, ausente y encadenado que hemos visto hasta ahora. Este Leviatán de papel tiene algunas de las peores características de los leviatanes ausente y despótico. En la medida en que tenga algún poder, es despótico, represivo y arbitrario. Básicamente, la sociedad no lo controla y él intenta mantenerla siempre débil, desorganizada y desconcertada. Da a los ciudadanos escasa protección ante el estado de guerra y no intenta liberarlos de la jaula de normas (y puede, de hecho, utilizar la jaula para sus propios fines). Esto se debe a que el Leviatán de papel no se preocupa por el bienestar de sus ciudadanos y sin duda tampoco por su libertad. Pero también se debe a que carece de la capacidad para hacer mucho, quizá con la salvedad de enriquecer a las élites políticas al mando. Hemos sostenido que las raíces del Leviatán de papel se hallan en el miedo de las élites políticas a la movilización social, que constreñiría su capacidad para beneficiarse de su control del Estado y el saqueo de los recursos de la sociedad. También hemos señalado cómo las acusadas desigualdades, las estructuras de Estado y el historial de gobierno indirecto heredados de los tiempos coloniales, así

como la transición abrupta y caótica del gobierno colonial a la independencia y el sistema estatal internacional prepararon el terreno para el Leviatán de papel.

El Leviatán de papel no sólo ha sido malo para la libertad. También ha sido un desastre para la prosperidad económica. Hemos visto que las oportunidades económicas y los incentivos tienen que basarse en la ley, la seguridad y unos servicios públicos efectivos y equitativos, y ésa es la razón por la que el crecimiento económico no existe bajo el Leviatán ausente. El Leviatán despótico puede imponer leyes, resolver conflictos (aunque con frecuencia en favor de los políticamente poderosos), controlar el saqueo y, si lo desea, ofrecer servicios públicos. A partir de esto, puede desatar el crecimiento despótico, como ha quedado recientemente ilustrado por el espectacular auge de China. No es el caso del Leviatán de papel. No tiene la capacidad de hacer muchas de estas cosas, y con frecuencia no quiere controlar el saqueo. De modo que el peaje del Leviatán de papel en Latinoamérica y África no ha sido sólo el miedo, la violencia y la dominación constantes de la mayoría de ciudadanos, sino una economía plagada de corrupción y organizada de manera ineficiente que muestra poco crecimiento. La prosperidad, así como la libertad, tendrán que esperar.

La incapacidad del Leviatán de papel también prepara el escenario para el conflicto descontrolado y la guerra civil, como ilustra Liberia. Entre 1989 y 2003, el Estado liberiano colapsó y el país se vio devastado por dos guerras civiles. Las estimaciones del número total de bajas en las dos guerras civiles ascienden a medio millón o más. Aunque se ha producido una cierta reconstrucción y estabilización desde entonces, la naturaleza delgada como una hoja de papel del Estado liberiano persiste hasta hoy, con la resultante incapacidad y negativa a proveer servicios públicos, aunque el país se haya vuelto mucho más popular entre la comunidad internacional desde entonces. En 2013, los veinticinco mil estudiantes que se presentaron al examen de entrada en la Universidad de Liberia suspendieron.[326] Ninguno, al parecer, estaba cualificado para entrar en la universidad, una increíble instantánea de la baja calidad de los institutos liberianos. En 2018, desaparecieron de los contenedores del puerto de Monrovia billetes recién

impresos por valor de unos 104 millones de dólares, alrededor del cinco por ciento de la renta nacional del país. Liberia tiene los mismos estándares de vida que tenía en la década de 1970.

Capítulo 12

Los hijos de Wahhab

El sueño del táctico

En Occidente, Oriente Próximo, especialmente Arabia Saudí, se ha convertido en el epítome de la falta de libertad, donde el libre albedrío personal está cercenado por las costumbres, la religión y el despotismo. ¿Qué explica esta tormenta perfecta de despotismo sin controles y una sofocante jaula de normas? Es un resultado sorprendente, dado el éxito del impulso de Mahoma para la construcción de un Estado, que se originó en una región de Arabia Saudí, y la espectacular civilización que los imperios islámicos construyeron en los siglos posteriores. ¿Qué sucedió? ¿Por qué en Oriente Próximo la jaula de normas se volvió tan firme y agobiante, cuando hemos visto cómo muchos otros impulsos para construir un Estado relajaban, en lugar de intensificar, las restricciones de la jaula?[327]

Como hemos visto en el capítulo 3, el Estado de Mahoma se expandió rápidamente por buena parte de Oriente Próximo y el norte de África. Pero no por todas partes. Arabia está dividida en varias regiones distintas (como hemos visto en el mapa 4 del capítulo 3). Medina y La Meca están en Hiyaz, entre los montes Sarawat, que recorren el lado occidental de la península bordeando el mar Rojo. Al este, las montañas terminan y empieza la gran vastedad del desierto interior árabe, el Nechd. El general Erwin Rommel, que encabezó el Afrika Korps alemán durante la segunda guerra mundial, llamó al desierto «el sueño del táctico y la pesadilla del contramaestre».[328] Así era el Nechd.

En lugar de enfrentarse a esta pesadilla logística, los imperios islámicos posteriores a Mahoma se extendieron en dirección norte, hacia Damasco y Bagdad, y después hacia el oeste, por Egipto y el norte de

África, donde podían conquistar Estados que ya estaban centralizados. Incluso más tarde, después de que varios de los primeros califatos colapsaran y la sede del poder islámico se desplazara a Constantinopla y el Imperio otomano, el Nechd se resistió a la integración. Los otomanos controlaron el Hiyaz y las ciudades santas musulmanas, además de Mesopotamia entre el Tigris y el Éufrates, pero dejaron el interior de Arabia más o menos de lado.

Aunque los beduinos del Nechd se convirtieron al islam, evitaron la centralización política. Todas las grandes religiones son flexibles y están abiertas a múltiples interpretaciones e implementaciones (de otro modo, ¿cómo iban a expandirse con tanto éxito?). Pese a que Mahoma pretendía crear un Estado poderoso y describió la naturaleza de la autoridad centralizada en la Constitución de Medina, en esta cuestión el Corán era menos específico. De hecho, sólo hay dos suras (capítulos) que aborden de manera directa las cuestiones constitucionales. En una, se subraya la obediencia a la autoridad. Otra llama a la consulta, lo acostumbrado entre las tribus beduinas del desierto. Había mucho espacio para calmar el escepticismo de los árabes ante la autoridad centralizada. Tal vez lo más importante era que en el islam no existía una jerarquía eclesial compleja, con sacerdotes, obispos y papas. En su lugar, cada musulmán podía relacionarse directamente con Dios sin intermediarios (de una manera no muy distinta a las denominaciones protestantes). Esto dificultaba que una autoridad centralizada pudiera imponer sus deseos a las comunidades locales, e hizo que la nueva religión fuera más tolerable para las tribus beduinas. También implicó que la estructura tribal que existía en lugares como el Nechd tuviera más posibilidades de persistir y fusionarse con las enseñanzas del islam.

De modo que el Nechd continuó dividido en tribus autónomas y rivales gobernadas por jeques o emires hasta bien entrado el siglo XVIII. La rivalidad a veces se tornaba violenta. En el oasis de Diriyah, justo a las afueras de Riad, la capital actual de Arabia Saudí, una serie de asesinatos provocó la llegada de un nuevo emir, Muhámmad bin Saud, que asumió el poder en 1726 o 1727. Fueron los descendientes de Saud quienes en 1932 le pusieron su nombre al aún no imaginado reino de Arabia Saudí. Las fuentes

de información más antiguas que existen sobre los Saud proceden de finales del siglo XIX y todas coinciden en que hubo un acontecimiento fundamental para el destino de los Saud y el reino: su primer encuentro con Muhámmad ibn Abd al-Wahhab.

Al-Wahhab procedía de Uyaina, un pueblo oasis a unos treinta kilómetros al norte de Diriyah. Su familia estaba inmersa en las enseñanzas islámicas y su padre era un cadí, un juez que designaba el emir local para resolver casos usando la ley islámica, la sharia. Esta ley había surgido al mismo tiempo que Mahoma y los primeros imperios islámicos. Sus elementos más básicos eran el libro sagrado, el Corán, y sus hadices, una larga colección de dichos y acciones que se atribuyen a Mahoma y fueron escritos por sus seguidores. Durante la Alta Edad Media varias escuelas de pensamiento, de las cuales las más importantes eran la hanafí, la shafi'i, la hanbalí y la jafarí, empezaron a debatir en qué constituía la sharia. Si bien todas estaban de acuerdo en la centralidad del Corán y los hadices, no lo estaban tanto sobre el grado en que los jueces podían crear precedentes o dictar sentencias basadas en analogías. De estas escuelas, la hanbalí era la más conservadora. Rechazaba cualquier evolución de la ley en esa dirección, y su interpretación de la sharia dominó el Nechd.

Al-Wahhab había memorizado el Corán a los diez años y empezó a viajar por Irak, Siria e Irán. Volvió al Nechd para empezar a predicar a principios de la década de 1730. En ausencia de una jerarquía religiosa, cualquiera con conocimiento del Corán y los hadices podía ser reconocido como *ulama*, un maestro religioso que podía emitir fetuas, que eran sentencias que articulaban interpretaciones particulares de las escrituras islámicas, normalmente en el contexto de algún problema o debate contemporáneo. En algún momento durante sus viajes, Al-Wahhab formuló una interpretación distinta del islam y lo que él consideró que eran sus carencias en Arabia. Siguiendo la escuela hanbalí, pensó que, al venerar a los ídolos, el pueblo se había alejado de la verdadera religión. Recordemos que antes de la revelación de Mahoma en La Meca, la Kaba había sido un santuario de distintos dioses preislámicos. El culto a esos dioses continuaba, y la gente veneraba a los santos y la tumba de Mahoma en Medina. Para Al-

Wahhab eso era idolatría. Predicó que la guerra santa, la yihad, podía librarse contra cualquiera que participara en esa idolatría. Esas interpretaciones le resultaron muy útiles a Saud, que era un táctico astuto.

Pero antes, Al-Wahhab tenía que desarrollar su doctrina y reunir seguidores. Dos de sus ideas resultaron ser particularmente atractivas para los gobernantes: la gente debe obedecer a las autoridades y debe pagar el azaque, el impuesto religioso obligatorio estipulado en el Corán. El azaque no era popular entre los beduinos del Nechd, y en ese período parece que apenas se pagaba. Se suponía que era utilizado para caridad y actividades religiosas, pero presumiblemente los jeques y los emires también se llevaban su parte. El fundamento de lo que se convertiría en el wahabismo, sin embargo, era la idea de que todo aquel que no pagara el azaque era un infiel.

Al-Wahhab puso en marcha su nueva doctrina en Uyaina. Taló un árbol sagrado con sus propias manos. No se iban a venerar los árboles. Destruyó la tumba de Zayd ibn al-Kattab, un compañero del profeta, que se había convertido en lugar de peregrinaje. No se iban a venerar tumbas, no habría otro peregrinaje que el *hadj*, el peregrinaje anual a La Meca. Cuando una mujer de Uyaina fue declarada culpable de fornicación, Al-Wahhab aplicó una estricta interpretación de la sharia y ordenó que fuera lapidada hasta morir. Eso fue ir demasiado lejos, y en vista a la oposición de los ulemas locales, que rechazaban sus nuevas y radicales enseñanzas, Al-Wahhab fue obligado a huir de Uyaina a Diriyah. Allí llegó a un acuerdo con Saud. No existe un relato de primera mano del trascendental encuentro, pero Al-Wahhab quería el apoyo militar que le permitiera librar la yihad con la que planeaba difundir su nueva doctrina. Saud vio el potencial que tenía el wahabismo para convertirse en una poderosa herramienta de expansión militar y control social. Así que le pidió a Al-Wahhab que se quedara en Diriyah y apoyara la campaña militar prevista en el Nechd. También exigió que Al-Wahhab estuviera de acuerdo en que podía cobrar impuestos regulares sobre las cosechas locales. Al-Wahhab aceptó lo primero, pero no lo segundo. En su lugar, le aseguró a Saud que podría hacerse con un quinto del botín de la yihad, y señaló que eso sería mucho más dinero que el impuesto a las cosechas. El trato se selló. Saud confiaría en el wahabismo y

éste confiaría en Saud. El matrimonio tendría un éxito fabuloso. Desde su pequeño oasis, los Saud se expandieron, primero se hicieron con poder en el Nechd, y en 1803 le habían arrebatado al Imperio otomano La Meca e Hiyaz. Un relato documenta cómo Saud tomó Al-Hasa, al este del Nechd:[329]

> Cuando llegó la mañana y Saud se puso en marcha tras la plegaria, cuando ellos [los wahabíes] subieron a los camellos y los caballos y dispararon sus pistolas al mismo tiempo, el cielo se oscureció, la tierra tembló, nubes de humo se alzaron en el aire y muchas mujeres embarazadas perdieron a sus hijos. Después todos los habitantes de Al-Hasa acudieron a Saud, arrojándose en busca de su piedad.
>
> Les ordenó a todos que se presentaran ante él, y eso hicieron. Se quedó allí unos cuantos meses, matando, exiliando y encarcelando a todo aquel que quería, confiscando propiedades, destruyendo casas y erigiendo fortalezas. Les exigió cien mil dírhams y recibió esa suma [...]. Algunas personas [...] recorrían los mercados y apresaban a quienes llevaban una vida disoluta [...]. Algunas personas fueron asesinadas en el oasis, algunos fueron llevados al campamento y se les cortó la cabeza delante de la tienda de Saud hasta que todos fueron destruidos.

Por primera vez, la península Arábiga estaba más o menos unificada bajo un Estado, aunque en el sur, lo que hoy son Yemen y Omán, continuó siendo independiente. A Ibn Jaldún nada de esto le habría sorprendido: la gente del desierto que tenía *asabiya* estaba conquistando las zonas urbanas bajo el estandarte del islam.

El sistema político que se desarrolló en el Nechd a partir de la década de 1740, y que finalmente se consolidó en Arabia Saudí, era muy distinto del que existía antes. En aquel momento, los jeques tribales tenían que consultar con otros notables en consejos llamados *majlis*. El escritor y explorador inglés Charles Dougherty señaló que aún era así en las décadas de 1860 y 1870. El principio era: «Que hable aquí quien lo desee, la voz del último se escucha entre ellos; es un hombre de la tribu».[330]

De hecho, los jeques eran elegidos y, potencialmente, cualquier beduino podía llegar a esa posición, aunque lo habitual es que estuviera monopolizada por las familias importantes. Como en ese mismo siglo señaló un poco antes el viajero suizo Johann Ludwig Burckhardt:[331]

> El jeque no tiene autoridad real sobre los individuos de su tribu.

Una versión en miniatura del Leviatán ausente. Cuando en 1756 murió Muhámmad bin Saud, le sucedió su hijo Abd el-Aziz Muhámmad bin Saud, que siguió necesitando ganarse la legitimidad siendo elegido por la gente de Diriyah. Pero este equilibrio entre Estado y sociedad pronto se vio alterado. Abd el-Aziz prosiguió con las conquistas de su padre, utilizando la conversión al wahabismo como pretexto para la expansión militar y la anexión de territorios de la región. Una copia de una carta, que se leía en voz alta a quienes iban a ser conquistados, afirma:[332]

> Abd el-Aziz a los árabes de la tribu de X: ¡Saludos! Vuestra obligación es creer en el libro que os mando. No seáis como los idólatras turcos, que dan a Dios un intermediario humano. Si sois verdaderos creyentes, seréis salvados; de no ser así, libraré la guerra contra vosotros hasta la muerte.

Cuando un oasis era conquistado, se enviaba a predicar a los ulemas wahabistas. Saud sustituía a los emires y los jeques locales con personas escogidas por él. Nombraba a cadíes wahabistas para que implementaran su estricta versión de la sharia. También nombraba a un funcionario conocido como *muhtasib*. El *muhtasib* tenía varios roles administrativos, como supervisar el comercio y los pesos y las medidas, y también se aseguraba de que se observaran prácticas clave en el islam, como la plegaria. Bin Saud también construyó una burocracia bastante compleja de recaudadores de impuestos para reunir el azaque, y supuestamente mandaba cada año a setenta equipos de recaudadores, cada uno de los cuales constaba de siete recolectores. También empezó a resolver disputas tribales. En 1788, Al-Wahhab emitió una fetua que declaraba que los Saud eran los emires hereditarios y que todos los wahabitas tenían que jurar lealtad a los gobernantes Saud. El despotismo de los Saud se fusionaba así con la jaula de normas wahabita.

El triunfo inicial de los Saud y los wahabitas sobre los otomanos no duró mucho. El sultán otomano encargó a Mehmet Alí, el general de origen albano que se había convertido *de facto* en gobernante independiente de Egipto, que combatiera la amenaza wahabita a su Gobierno. Mohamed Alí, y más tarde su hijo Ibrahim Pasha, invadieron Hiyaz y destruyeron el ambicioso Estado Saud en 1818. Pero era difícil gobernar el Nechd. En

1824 se formó un segundo Estado saudí, pero como los otomanos gobernaban en Hiyaz con más seguridad, nunca tuvo la autoridad o el alcance del Estado inicial. Se vino abajo en 1891, derrotado por una familia rival del Nechd, y los Saud se exiliaron en Kuwait. No por mucho tiempo.

Domesticar a los ulemas

En 1902, los Saud estaban de vuelta, liderados por Abd el-Aziz bin Saud, el trastataranieto de Muhámmad bin Saud. Abd el-Aziz cruzó a pie el desierto desde Kuwait y conquistó Riad; Diriyah había sido abandonada después de ser destruida por Ibrahim Pasha en 1818. Saud tenía una nueva versión del arma secreta religiosa de sus ancestros: el ikhwan. El Ikhwan, que significaba, literalmente, los «hermanos», era una organización religiosa secreta iniciada por el cadí de Riad, un miembro de la familia Al-Shaick, descendiente de Al-Wahhab. Formaban asentamientos dedicados a una versión estricta del islam, impedían la entrada de los extranjeros, establecían un rígido código de conducta y fuertes normas de cooperación y apoyo mutuo. También heredaron la costumbre wahabita de declarar la yihad a quienes no se adherían a sus reglas. Muhámmad bin Saud había visto el potencial que tenía el wahabismo para su iniciativa de construir un Estado y lo utilizó para atacar a sus rivales. Lo mismo hizo Abd el-Aziz con los ikhwan.

Los primeros asentamientos ikhwan se remontan a 1913 en Al-Artawiyah, al noroeste de Riad. Abd el-Aziz en seguida empezó a darles dinero y semillas y les ayudaba a construir mezquitas y escuelas. A esta ayuda siguieron las armas y la munición, a pesar de que los ikhwan parecían preferir armas tradicionales como las espadas. Alentó la creación de más asentamientos y los construyó él mismo, y persuadió a los ulemas de Riad de que emitieran una fetua en favor de la vida asentada y la agricultura. Logró hacerse con el derecho a nombrar a los cadíes de los asentamientos, normalmente de la familia Al-Shaikh, lo que fortaleció la alianza Saud-wahabita. Entonces se sometió a los ikhwan a un servicio militar y se convirtieron en las fuerzas de choque de Abd el-Aziz. (En el encarte de fotos se muestra una foto de este período que ha llegado hasta

nosotros en la que aparecen los ikhwan.) Ellos luchaban para la yihad, él por un reino. Era un equilibrio difícil, pero durante un tiempo esos objetivos confluyeron alrededor del eje despotismo-jaula de normas. Ya en 1914, sin embargo, tuvo que hacer que un ulema emitiera otra fetua apelando a la tolerancia para dominar a los ikhwan.

Las cosas llegaron a un punto crítico cuando el Imperio otomano, que aún controlaba Hiyaz y las ciudades santas, entró en la primera guerra mundial del lado de los alemanes. Los británicos, entre ellos Lawrence de Arabia, animaron al emir de La Meca, Hussein, a que liderara la famosa revuelta árabe de 1916, prometiéndole que cuando los otomanos fueran derrotados ellos asegurarían la aparición de un Estado árabe «en los límites y fronteras propuestos por el jerife de La Meca», pero que excluyera «zonas de Siria» que estaban al oeste de «los distritos de Damasco, Homs, Hama y Alepo». En 1918, el ejército otomano se desmoronó y los británicos aprovecharon las ambigüedades del acuerdo con Hussein para limitar su Estado al Hiyaz. Junto con los franceses, se dividieron el resto del viejo Imperio otomano, con la excepción de una parte de Turquía. Hussein estaba furioso por la traición y en 1919 se negó a firmar el Tratado de Versalles. Mientras tanto, Abd el-Aziz y los ikhwan consolidaron su dominación en el Nechd. Al principio, no tenían la intención de enfrentarse a los soldados otomanos ni, más tarde, el gobierno de Hussein en Hiyaz, apoyado por los británicos. Pero la oposición de Hussein a los planes de posguerra de Gran Bretaña, en especial a los que tenían que ver con Palestina, llevaron a los británicos a desplazar su apoyo a Abd el-Aziz en 1924. Envalentonado, invadió el Hiyaz. La Meca cayó en octubre de ese año y Medina fue conquistada en diciembre de 1925.

Abd el-Aziz se convirtió en rey del Nechd y Hiyaz gracias a los ikhwan. Tenía lo que quería, pero los ikhwan no. Estaban en una yihad contra los apóstatas, y no sólo aquellos confinados en la península árabe. Empezaron a lanzar ataques contra el protectorado británico de Transjordania, pero fueron derrotados por la fuerza aérea británica. Abd el-Aziz decidió que los ikhwan habían hecho su trabajo y eran más una

molestia que un activo. Se volvió contra ellos, los derrotó en la batalla de Sabilla y detuvo y mató a sus líderes. En 1932 unificó el Hiyaz y el Nechd en el Reino de Arabia Saudí.

La derrota de los ikhwan fue un mensaje poderoso de que, en la coalición de los Saud con el wahabismo, los Saud eran quienes mandaban. Pero los reyes saudíes tardaron algún tiempo en institucionalizarlo en su forma moderna. Se produjo un momento crucial tras la muerte de Abd el-Aziz en 1953. Le sucedió su hijo Saud, pero tuvo lugar una intensa rivalidad con otros hermanos que querían el trono, en especial su medio hermano Fáisal. Éste resultó ser mucho más astuto políticamente. Mientras Saud sufría problemas de salud, poco a poco Fáisal asumió muchas atribuciones políticas y construyó una coalición de partidarios en el seno de la familia real. Finalmente, seguro de su poder, Fáisal pidió a los ulemas que consideraran la exclusión de Saud de los asuntos de Estado. Éstos, obedientemente, emitieron una fetua el 29 de marzo de 1964, que destacaba dos puntos principales: en primer lugar «Saud era el soberano del país y debía ser respetado y reverenciado por todos»; en segundo lugar, «como primer ministro, el príncipe Fáisal puede gestionar libremente los asuntos internos y externos del reino sin consultar con el rey». Era, en realidad, un golpe de Estado, sancionado por la autoridad religiosa. Con la salvedad de que no había precedentes para esta decisión en el Corán ni en ninguna escritura relevante; los ulemas sólo reconocían dónde residía el poder. Pero ni siquiera eso fue suficiente para Fáisal y sus partidarios. Decidieron que tenían que deshacerse por completo de Saud. En octubre de 1964, Fáisal convocó de nuevo a los ulemas, ahora para encontrar la manera de justificar la deposición del rey Saud. Uno de quienes participaron en esas negociaciones recordó cómo el grupo de Fáisal[333]

> en varias ocasiones se puso en contacto con el jeque Muhámmad ibn Ibrahim [...] para persuadirle de que emitiera una fetua para deponer al rey Saud [...]. Era necesaria la acción para preservar la unidad de la comunidad y el Estado islámico. Los ulemas tenían que apoyar la decisión de la casa real. El jeque Muhámmad decidió, pues, reunir a los ulemas en su casa [...]. Después de una breve conversación sobre la situación del país, llegaron a la conclusión de que era necesario confirmar la elección de la casa real.

El jeque Muhámmad era el gran muftí, el ulema más importante del país. Estas palabras resultan sorprendentes. Aunque es probable que históricamente Al-Wahhab y sus descendientes tuvieran mucha autonomía frente a los Saud, aquí está claro que en 1964 los ulemas hacían lo que les dijera la facción de los Saud que fuera más poderosa, y aceptaron deponer al rey después de una «breve conversación». La fetua de la deposición de Saud fue, pues, emitida el 1 de noviembre.

Fáisal se convirtió en rey. Antes de su reinado, la relación entre la familia real y los ulemas era informal. Fáisal cambió esto y forjó una estructura institucional que podía controlar de manera más directa. Anunció una serie de reformas que incluían crear «un consejo asesor formado por veintidós miembros que serán escogidos entre los juristas y eruditos más importantes». Tenían el encargo de «emitir directrices y dar consejo sobre cuestiones de interés para los miembros de la comunidad musulmana».

Hasta 1971 no se creó finalmente el Comité del Gran Ulema, al parecer por la oposición del gran muftí jeque Muhámmad. Después de su muerte, en 1969, Fáisal abolió el cargo de gran muftí (más tarde se reintrodujo.) El Comité del Gran Ulema tiene varios subcomités que consideran distintas clases de problemas y emiten fetuas relacionadas con diferentes aspectos de la ley islámica. Pero sólo pueden atender cuestiones que han sido autorizadas por el gabinete real, que puede modificar sus asuntos a voluntad. El comité, pues, se convirtió en una herramienta para domesticar a los ulemas.

Quizá la prueba más llamativa de esto tuvo lugar en 1990. Después de que el ejército de Sadam Husein invadiera Kuwait, los saudíes estaban aterrados por la posibilidad de ser los siguientes e invitaron a Estados Unidos a que mandara tropas para protegerles. Al rey Fahd, el hermano de Fáisal que accedió al trono en 1982, le preocupaba que eso se interpretara como una contradicción con el autoproclamado papel de los Saud como defensores de las ciudades santas de La Meca y Medina. Pero el gran ulema en seguida emitió una fetua para tranquilizar a los saudíes. Señalaba que para defender la nación[334]

> por todos los medios posibles [...] el Consejo Supremo de los Ulemas apoya lo que el gobernante ha emprendido, concédale Dios el éxito: la llegada de fuerzas equipadas con instrumentos capaces de asustar y aterrorizar a quien quisiera cometer una agresión contra este país. La obligación es dictada por la necesidad en las circunstancias actuales y la dolorosa realidad la hace inevitable, y su base legal y la evidencia dictan que el hombre a cargo de los asuntos de los musulmanes deberá buscar la ayuda de quien tiene la habilidad de lograr el objetivo pretendido. El Corán y la Sunna del Profeta (actividades y declaraciones) han indicado la necesidad de estar listo y tomar precauciones antes de que sea demasiado tarde.

La Sunna se refiere al conjunto de prácticas, normas y creencias de la comunidad islámica extraídas del Corán y los hadices. Para los ciudadanos saudíes, sin duda fue un alivio saber que la presencia de «cruzados», como los llamaría más tarde Osama bin Laden, en suelo saudí era perfectamente coherente con la Sunna. ¡Uf!

La intensificación de la jaula de normas

La historia de Arabia Saudí ejemplifica la jaula de normas y su intensificación. Las normas de las sociedades que carecen de una autoridad centralizada con frecuencia evolucionan para limitar el comportamiento de multitud de maneras, bien sea para regular conflictos o para prevenir la desestabilización del *statu quo*. Estas normas tienen sus raíces en las costumbres, creencias y prácticas de la gente, y están arraigadas en las religiones y la práctica religiosa. Así ocurrió en el caso del islam, a pesar del importante esfuerzo de Mahoma por construir una autoridad centralizada en Medina y otros lugares. Con las iniciativas de la escuela legal hanbalí y el wahabismo, con su énfasis en la tradición y la oposición a la innovación, estas normas se reprodujeron de manera poderosa. Luego se acordó el trato con bin Saud, que explotó el afán wahabita por la expansión militar, y él y sus sucesores se adhirieron a las normas y restricciones de la corriente dominante wahabita como parte de este *quid pro quo*. Un precio pequeño a cambio de un reino.

Pero en manos de bin Saud y Abd el-Aziz, las ideas y restricciones wahabitas empezaron a tener impacto mucho más allá del oasis de Diriyah. En Oriente Próximo, otros aspirantes a déspota empezaron a utilizar las mismas ideas y estrategias, reforzando de una manera similar la jaula de

normas para apoyar el poder despótico. Tres factores interrelacionados explican la popularidad de esta estrategia en la región. El primero se debe a la estructura institucional del islam. Como hemos visto, en el islam, en especial en el islam suní, no hay jerarquía eclesial, ningún sacerdote intermedio entre el individuo y la deidad. Los ulemas, que tienen formación religiosa, pueden guiar a la gente en la interpretación de las escrituras y emitir fetuas. Por un lado, esto significa que cualquiera con el conocimiento suficiente del Corán y los hadices puede desempeñar este papel e interpretar el islam y sus enseñanzas (una dinámica cuyas implicaciones abordaremos en breve). Por otro lado, esta estructura organizativa abrió la puerta a que los ulemas fueran controlados y que la emisión de fetuas sirviera para apuntalar el régimen saudí. No había nada como jerarquía de la Iglesia católica para ejercer de contrapeso a las maquinaciones saudíes. Otros regímenes despóticos en Oriente Próximo hicieron lo mismo.

Un segundo factor está relacionado con el hecho de que, como ya hemos señalado, el Corán no es un documento constitucional, y está abierto a la interpretación sobre el grado de poder conferido a los gobernantes. Por ejemplo, como el Corán y la Constitución de Medina no dicen nada sobre quién debe formar parte de los consejos y consultar con el gobernante, había mucho margen para que los Saud ignoraran los consejos existentes, los *majlis* de las tribus beduinas, limitaran su papel a los asuntos locales y controlaran por completo quién se sentaba en los mayores *majlis Ash-Shura* o el Consejo de la Sura.

Un tercer factor es una visión hobbesiana de las relaciones entre el Estado y la sociedad que se desarrolló y consolidó durante el reinado de los imperios islámicos despóticos. Por ejemplo, el famoso filósofo del siglo X Al-Ghazali, señaló:[335]

> la tiranía de un sultán durante cien años causa menos daño que una tiranía de un año ejercida por unos súbditos contra otros [...]. La revuelta sólo estaba justificada contra un gobernante que fuera claramente contra el mandamiento de Dios o su profeta.

Por lo tanto, el estado de guerra era mucho peor que el despotismo, en la medida en que un déspota se ajustara a la sharia, debía ser tolerado.

Esta interpretación del islam proporcionaba un conjunto de principios atractivos para un déspota potencial (y como veremos, la historia de Oriente Próximo provocó que hubiera muchos). Parecía fácil de manipular, no suponía una fuerte inclinación hacia la democracia o cualquier otra clase de responsabilidad política y predicaba la sumisión, siempre que se siguiera la sharia. Pero, por supuesto, el islam era mucho más que eso, era todo un sistema de creencias acerca de cómo uno debe vivir su vida de acuerdo con las leyes de Dios. Muchos de estos principios fueron codificados en la Arabia de la década de 620 y reflejaban las normas de la región y el período. Grupos como los hanbalitas o los wahabitas enfatizaron una interpretación estricta y tradicionalista de la sharia y crearon una jaula de normas muy restrictiva, algo bastante anómalo en el mundo moderno.

Esta jaula de normas no era simplemente una herramienta poderosa en manos de los Saud. Era también el precio que tenían que pagar por su coalición con los wahabitas. Por ejemplo, Abd el-Aziz había fundado en 1926 un tribunal comercial con siete magistrados, de los cuales sólo uno era una figura religiosa. Intentaba así modernizar mínimamente las relaciones económicas. En 1955, el ulema convenció al rey Saud de que aboliera por completo este tribunal. En 1976, Fáisal lo resucitó y creó tres tribunales comerciales, uno en Riad y uno en cada una de las grandes ciudades portuarias de Yeda y Damman. Ahora, sin embargo, la mitad de los magistrados tenían que ser ulemas. En 1969, dos tercios tenían que ser ulemas. La sharia venció todo intento de introducir códigos comerciales civiles modernos.

Se podría pensar que después de la derrota de los ikhwan y la domesticación de los ulemas, la familia real saudí tenía una situación ventajosa y podía haber empezado a relajar partes de la jaula de normas que no se ajustaban a sus intereses políticos o económicos. Sin embargo, como ilustra la fetua del rey Fahd sobre la defensa de la nación, en un sistema abiertamente despótico sin ningún diálogo con la sociedad, a menudo se pide a las autoridades religiosas que reafirmen las políticas y prácticas saudíes. Esta dinámica empeoró mucho después de dos acontecimientos que se produjeron en 1978 y 1979. El primero fue la Revolución Islámica, que amenazó la pretensión saudí de ser el abanderado del islam en la región. En

el segundo, más preocupante para la familia Saud, cientos de insurgentes (nadie conoce el número exacto) liderados por un hombre llamado Juhayman al-Otaybi entraron en la Gran Mezquita de La Meca. Al-Otaybi procedía de un asentamiento establecido por el rey Abd el-Aziz para albergar a los ikhwan, y su padre y muchos de sus parientes eran miembros activos de la hermandad y habían sido parte del alzamiento contra el rey. Sus quejas y las de los insurgentes tenían raíces wahabitas. Sostenían que la casa de Saud se había occidentalizado y desviado de las enseñanzas de Mahoma y pedían la vuelta a una interpretación del islam más tradicional. Señalaban (con razón) que los ulemas habían sido conquistados por los Saud y perdido su legitimidad. La reacción de la familia saudí en el Gobierno, después de un largo asedio que fue derrotado con la ayuda de fuerzas especiales paquistaníes y francesas, y de que al-Otaybi y sus seguidores fueran capturados y decapitados, fue redoblar la apuesta por el wahabismo. La interpretación y la enseñanza de la religión se volvieron más estrictas, en especial como forma de adoctrinar a los jóvenes saudíes en las escuelas, y una vez más la jaula de normas se intensificó.

Los intocables de Arabia Saudí

En 1955, el rey Saud anunció que habría educación pública para chicas. Pero cuatro años más tarde, ante la resistencia mostrada por los ulemas, la política saudí se cambió y puso la educación bajo la supervisión de los ulemas. El gran muftí y los ulemas mantuvieron este control hasta 2002. No se trata sólo de la educación de las mujeres; cada aspecto del tratamiento a las mujeres en la sociedad saudí está constreñido por la jaula de normas forjada por el pacto Saud-Wahhab.[336]

En Arabia Saudí, un responsable clave del cumplimiento de la jaula es el Comité para la Promoción de la Virtud y la Prevención del Vicio, cuyos miembros son conocidos como *mutaween*, que suele traducirse como «policía religiosa». Los *mutaween* tienen el encargo de obligar a la gente a adherirse a la sharia y a las normas islámicas, como el estricto código de vestimenta de las mujeres. Se toman esto en serio, muy en serio; tan en serio que en marzo de 2002, cuando se declaró un incendio en una escuela

de chicas de La Meca, intentaron impedir que las chicas que iban vestidas de manera inapropiada —sin el pañuelo para la cabeza y las abayas (las ropas negras que requiere la interpretación tradicional que el reino hace del islam)— salieran del edificio en llamas. Murieron quince chicas.[337] Se citó a un trabajador que participó en el rescate, que dijo:

> Cuando las chicas salían por la puerta principal, esas personas las obligaban a volver por otra. En lugar de echar una mano y ayudar en el trabajo de rescate, utilizaban las manos para pegarnos.

Se podría pensar que el Comité para la Promoción de la Virtud y la Prevención del Vicio es una vieja institución islámica, pero no es así. Es cierto que, como hemos visto, a medida que el Estado saudí se expandía, nombraba a *mutasibs* para conquistar oasis y que, entre sus obligaciones, estaba imponer normas y leyes religiosas, y las raíces de esta institución se remontan al califato abasí de principios de la Edad Media. Pero «el Comité» era una nueva institución, cuya progenitora, «la Compañía» para la Promoción de la Virtud y la Prevención del Vicio fue creada en 1926 por Abd el-Aziz tras completar la conquista del Hiyaz. La compañía se convirtió en el comité en 1928. A medida que el Estado de los Saud consolidaba su poder, la jaula de normas se volvió más intensa. En parte esto se debió a las concesiones a los ulemas wahabitas. Pero también porque era bastante útil para consolidar el despotismo. La jaula ayudaba a mantener a la gente bajo control incluso cuando la economía y la vida empezaron a modernizarse, de ahí la creación del comité.

En Arabia Saudí, la peor parte de la jaula de normas se la llevan las mujeres. En 2014, una estudiante de la Universidad Rey Saud de Riad murió porque no se permitió que enfermeros masculinos la trataran.[338] Los hombres que no son parientes cercanos no pueden tocar a las mujeres, ni siquiera darles la mano educadamente, no digamos ya proporcionar cuidados médicos básicos. En Arabia Saudí, las mujeres son las intocables.

El código de vestimenta, la estipulación de no tocar, y la red de regulaciones que colocan a las mujeres bajo el control de los hombres provienen de interpretaciones particulares del Corán. La sura 4, verso 34, dice que «los hombres están a cargo de las mujeres en virtud de la

preferencia que Dios ha dado a unos sobre otros, y en virtud de lo que (en ellas) gastan de sus riquezas». En Arabia Saudí, esto se interpreta como que las mujeres están bajo el control de los hombres, como los niños, y se considera que esta lectura es coherente con la única cláusula, la número 41, de la Constitución de Medina de Mahoma, formulada en 622, que menciona a las mujeres y dice: «Una mujer sólo recibirá protección con el consentimiento de su familia».

De modo que las mujeres están bajo el control de su familia (léase «hombres»). En Arabia Saudí, la dominación de los hombres sobre las mujeres está institucionalizada por medio del sistema de guardianes. Cada mujer debe tener un guardián varón del que necesita obtener permiso para hacer muchas cosas, como viajar. El guardián puede ser su padre, su marido o incluso su hijo. Si una mujer viaja sin un guardián, debe llevar una tarjeta amarilla que documenta el número de viajes y durante cuántos días le ha permitido viajar su guardián. También necesita permiso para abrir una cuenta bancaria, alquilar un piso, fundar una empresa o pedir un pasaporte. El portal electrónico del Gobierno estipula que un guardián masculino debe rellenar la solicitud de pasaporte de una mujer. ¡Una mujer necesita incluso el permiso de un hombre para salir de la cárcel cuando ha terminado su condena!

Hasta hace poco era necesario un permiso para conseguir un trabajo. Aunque esto ha cambiado, la ley saudí exige lugares de trabajo segregados con distintas áreas para hombres y mujeres, lo cual desincentiva significativamente contratar a mujeres. Si una mujer quiere estudiar en el extranjero, debe ir acompañada por un pariente varón. Las mujeres no pueden comer en un restaurante que no tenga una sección «familiar» separada por una pared y una entrada independiente para mujeres. Una fetua del Gran Consejo establece que «una mujer no debe salir de su casa si no es con el permiso de su marido».

Por supuesto, no hay igualdad ante la ley. En los casos legales, el testimonio de una mujer vale la mitad que el de un hombre. De igual manera, bajo la sharia, las mujeres heredan la mitad de la cantidad heredada por los hombres. Las mujeres tienen problemas para poner denuncias o ser escuchadas en un tribunal sin que intervenga un guardián legal. Los

tribunales, presididos por jueces varones, por lo general se niegan a aceptar el testimonio de una mujer en los casos delictivos. Dos mujeres le contaron a investigadores de Human Rights Watch que los jueces se habían negado a dejarlas hablar en un tribunal porque consideraban sus voces «vergonzosas». Sí permitieron que su guardián hablara en nombre de ellas. Pero ¿qué pasa cuando los guardianes o maridos abusan de las mujeres?

Una clasificación de paridad de género hecha por el Foro Económico Mundial coloca a Arabia Saudí en el puesto 141 de 149 países (Emiratos Árabes Unidos, a pesar de los premios por igualdad de género que hemos visto en el prefacio, sólo está un poco mejor situado que Arabia Saudí, en el puesto 121). Esta clasificación tiene en cuenta muchos aspectos: uno es la participación en la fuerza laboral, que en Arabia Saudí es de sólo el 22 por ciento, frente al 56 por ciento en Estados Unidos.

Las autoridades religiosas siempre han defendido el sistema de guardianes y la discriminación sistemática contra las mujeres. En la década de 1990, cuando se pidió al Gran Ulema que hiciera una resolución sobre la pertinencia de que las mujeres postergaran el matrimonio para terminar su educación universitaria, emitió una fetua decretando que[339]

> una mujer desarrolle una educación universitaria, que es algo que no necesitamos, es una cuestión que requiere ser examinada. Lo que considero [correcto] es que si una mujer termina la escuela elemental y es capaz de leer y escribir, de modo que puede beneficiarse de la lectura del Libro de Dios, sus comentarios, y los hadices proféticos, eso es suficiente para ella.

Cuando se le preguntó por el empleo femenino, dictaminó:[340]

> Alá todopoderoso [...] ordenó a las mujeres que permanecieran en sus casas. Su presencia pública es el principal factor de la expansión de la *fitna* [conflictos]. Sí, la sharia permite que las mujeres salgan de su casa sólo cuando sea necesario, siempre que lleven hijab y eviten toda situación sospechosa. Sin embargo, la regla general es que deben permanecer en casa.

Y, sin duda, nada de tocar. Tampoco liderar. Otra fetua de la misma institución afirmó que las mujeres no podían ocupar posiciones de liderazgo por encima de hombres debido a su «deficiente razonamiento y racionalidad, además de su pasión, que prevalece sobre su pensamiento».[341]

La defensa típica que los funcionarios del Gobierno saudí hacen de estas reglas es que Arabia Saudí es una sociedad conservadora y que las reglas reflejan la manera en que la gente piensa.

Pero esta afirmación no está respaldada por las pruebas disponibles. Un estudio en Riad preguntó a los hombres si estaban de acuerdo con una cuestión sencilla: «En mi opinión, se debería permitir a las mujeres que trabajaran fuera de casa». El 87 por ciento se mostró de acuerdo con esa afirmación.[342] Pero reafirmando la jaula de normas, muchos hombres aún no se sentían cómodos con que sus esposas trabajaran fuera de casa, debido a la reacción de los demás. En concreto, pensaron que otros hombres serían menos favorables a que las mujeres trabajaran fuera de casa y sólo un 63 por ciento creía que los demás hombres de su barrio estarían de acuerdo con la misma afirmación. De modo que en la jaula de normas todo el mundo tiene miedo de lo que dirán los otros sobre la más básica liberación de las mujeres. El trabajo de las mujeres se estigmatiza y la jaula de normas se refuerza.

Aunque los estudiosos pueden citar el Corán y los hadices para mantener el control de los hombres sobre las mujeres, todo está sujeto a imperativos políticos. Todavía en 1996, el Gran Ulema emitía una fetua que declaraba de manera categórica que la sharia no permitía que las mujeres condujeran:[343]

> No hay duda de que eso [conducir] no está permitido. Que las mujeres conduzcan deriva en muchos males y consecuencias negativas. Entre ellas está que se mezclen con hombres sin estar con su guardián. También lleva a pecados malignos debido a los cuales esa acción está prohibida.

Obviamente, en vida de Mahoma no había coches. Una fetua como ésta no es más que una interpretación especulativa de lo que habrían significado los principios islámicos básicos en el caso de que en la década de 620 hubiese habido coches y las mujeres condujeran. Sin embargo, el hecho de que en Arabia Saudí no se permitiera conducir a las mujeres se volvió cada vez más en algo vergonzoso para el régimen, a la que los medios internacionales se referían una y otra vez. En 2017 se anunció que esto cambiaría con el programa de reformas del príncipe coronado

Mohammed bin Salmán. Pero un momento. En 1996, el Gran Consejo había anunciado que permitir que las mujeres condujeran estaba, sin duda, contra la sharia. Ningún problema; los Saud le hicieron emitir una nueva fetua declarando que, después de todo, era perfectamente islámico.

Nabucodonosor cabalga de nuevo

Aunque Arabia Saudí sea el símbolo de la intensificación de la jaula de normas, otros regímenes despóticos de la región han seguido el mismo manual. Veamos el Gobierno de Sadam Husein en Irak. Irak nació como un mandato británico del mismo sombrío plan que el emir Hussein de La Meca pensó que era un engaño que le quitaba a los árabes su verdadera recompensa por luchar contra el Imperio otomano. Para endulzar la píldora, los británicos hicieron rey de Irak a Fáisal, uno de los hijos de Hussein. Irak era una creación colonial, una amalgama de tres provincias otomanas, Mosul, Bagdad y Basora. Poner a Fáisal al frente de ella era una extraña muestra de política colonial; cuando fue coronado, la banda tocó el himno nacional británico, «Dios salve al rey», porque Irak aún no tenía el suyo. La monarquía no duró. Irak se volvió independiente en 1931 y el primer golpe tuvo lugar en 1936, y fue seguido por dos décadas de intensa inestabilidad política hasta que miembros de los Oficiales Libres, un grupo liderado por el general de brigada Abdul Karim Qasim derrocó finalmente a la monarquía en 1958. En las primeras horas del golpe, los hombres de Qasim ejecutaron sumariamente al rey y a su familia.

Qasim impuso el control estatal sobre los ulemas e intentó secularizar el Estado. Pero sus intentos duraron poco. Fue asesinado en 1963 por golpistas militares que simpatizaban con el partido Baaz. Fundado en 1847, en Siria, el Baaz tenía una ideología arraigada en el panarabismo, el anticolonialismo y el socialismo. A pesar de que los baazistas eran laicos, no tenían ningún problema en utilizar el islam para someter a la sociedad e intensificar la jaula de normas. Este proceso empezó en 1968, cuando los baazistas asumieron definitivamente el poder mediante otro golpe, y escaló después de 1979, cuando Sadam Husein se hizo con el poder personal. Sadam no era militar, pero había ascendido despiadadamente en el partido.

Aprovechó su oportunidad cuando llegó. Para consolidar su dominio del poder, Sadam tomó como rehenes a familiares de un tercio de los miembros del Consejo de Comando Revolucionario. Después se puso realmente en marcha. Orquestó y grabó una confesión de Muhyi Abdel-Hussein, el secretario del Consejo de Comando Revolucionario (Sadam era vicepresidente), que fue mostrada a miembros del partido de todo el país. De acuerdo con una versión documentada por un historiador:[344]

> Un Sadam estremecido por la pena se dirigió a los reunidos con lágrimas cayéndole por las mejillas. Llenó los vacíos del testimonio [de Abdel-Hussein] y señaló dramáticamente con el dedo a sus viejos colegas. Los guardias arrastraron a gente fuera de la sala y entonces Sadam llamó a los principales ministros del país y líderes del partido para que formaran ellos mismos los pelotones de fusilamiento.
>
> Parece que unos quinientos baazistas de alto rango fueron ejecutados el 1 de agosto de 1979.

Sadam tenía ahora el control pleno. Convirtió a los ulemas en empleados asalariados del Estado y sus subordinados. Construyó una elaborada ideología para legitimar su gobierno, afirmando pertenecer a un linaje que se remontaba al gran rey babilonio Nabucodonosor, del siglo V a. C. Por supuesto, Nabucodonosor no era musulmán pero a medida que el Gobierno de Sadam se iba volviendo cada vez más precario y menos legítimo, éste intentó reforzar su poder no sólo con largas apelaciones al islam, sino mediante cualquier medio que se le ocurriera. Un año después de asumir el poder, Sadam invadió Irán, iniciando así la desastrosa guerra entre Irán e Irak. Tenía la esperanza de poder explotar las debilidades del régimen iraní posterior al derrocamiento del sah en 1979 y de hacerse con sus campos petrolíferos. Pero se produjo un sangriento empate que duró ocho años.

En 1982, Sadam había dejado a un lado por completo sus raíces laicas.[345] Hablaba de la yihad y terminaba sus discursos con frases religiosas como «Dios os defenderá y os protegerá y os llevará por el camino de la victoria». En una celebración del cumpleaños del profeta, en 1984, Sadam fue elogiado junto con «nuestro liderazgo histórico, ingenioso, que emprendía la yihad, luchando por el futuro de nuestro pueblo iraquí y elevando nuestra religión islámica monoteísta, guiado por el mensaje del eterno islam». Cuando invadió Kuwait seis años más tarde, Sadam ya

afirmaba que «fue Dios quien nos [léase: me] mostró el camino [...]. Dios nos ha bendecido». Su retrato arrodillado para rezar empezó a adornar los espacios públicos, como se muestra en el encarte de fotos. Después de la completa derrota a manos de la (sobre todo) estadounidense Operación Tormenta del Desierto en enero de 1991, Sadam intensificó sus apelaciones al islam. Inició un enorme programa de educación islámica, doblando o hasta triplicando la cantidad de dinero que se dedicaba en la escuela a estudiar el Corán y los hadices. Los adultos, incluidos los ministros del Gobierno, eran obligados a recibir clases sobre el Corán, y se puso en marcha el Centro Sadam para la Lectura del Corán y la Universidad Sadam para los Estudios Islámicos. El conocimiento de los profesores sobre las escrituras era sometido a exámenes y los prisioneros podían reducir sus sentencias si lograban memorizar con éxito pasajes fundamentales de los textos religiosos. En 1992, Sadam insistió en que las palabras *Allahu Akbar* (Dios es grande) fueran incorporadas a la bandera de Irak y anunció en público que la bandera se había vuelto[346]

> el estandarte de la jihad y la fe [...] contra la horda infiel.

Sadam se presentaba entonces a sí mismo como «el comandante de la congregación de los creyentes» y daba lustre a su buena fe religiosa intensificando la jaula de normas. En el Decreto n.º 59 de 1994 aprobó la primera de una larga serie de leyes inspiradas en la sharia que transformarían el código legal iraquí. Para los atracos y robos de coches, el castigo sería la amputación de la mano a la altura de la muñeca. Para un segundo delito, sería la amputación del pie izquierdo a la altura del tobillo. Pronto, los cambistas de dinero no autorizados recibieron los mismos castigos, como lo hacían los «banqueros especuladores». Estas medidas habían sido precedidas en 1990 por unas leyes que introdujeron las «costumbres tribales» en los códigos penales, convirtiendo en legal, por ejemplo, que los parientes de una mujer adúltera la mataran.

Sadam siguió intensificando la jaula de normas, decretando medidas similares al sistema de guardianes varones de Arabia Saudí. No se permitía a las mujeres viajar al extranjero a menos que lo hicieran en compañía de un pariente varón. Anunció que las mujeres debían dejar el trabajo y

quedarse en casa, pero no implementó ese decreto porque, al parecer, consideró que sería demasiado impopular. Al nuevo Gobierno instalado por Estados Unidos en 2003 se le dejó la tarea de despedir a todas las juezas de Irak con el argumento de que su trabajo era antiislámico.

La estrategia saudí de conjugar un despotismo sin controles con una intensa (y reciente) jaula de normas no sólo le resultó atractiva a Sadam, sino a muchos otros regímenes de Oriente Próximo. La región era una tierra fértil para esta alianza nefasta por numerosas razones. El primer incentivo era el historial de gobierno despótico. Los imperios islámicos evolucionaron en una dirección rígidamente despótica por las razones que identificó Ibn Jaldún. El Gobierno otomano continuó, e incluso agravó, esta evolución despótica. Había pocas maneras para que la sociedad pudiera hacer oír su voz en la toma de decisiones políticas o cualquier clase de rendición de cuentas de los gobernantes con la salvedad de la rebelión. Después de la primera guerra mundial, los poderes coloniales europeos sustituyeron a los otomanos. Las aspiraciones de autogobierno e independencia que se habían ido incrementando en las décadas precedentes, con frecuencia con el apoyo de los británicos y los franceses, fueron aplastadas y pronto se creó un tejido de Estados clientelares artificiales. Tenían poco en común con las estructuras y las fronteras políticas existentes, con la salvedad de su inclinación al despotismo. Después llegó el petróleo, que se convirtió en la mayor exportación para la región. Los recursos naturales que conllevan grandes recompensas para quienes controlan el poder político tienden a disparar el despotismo, y la historia reciente de Oriente Próximo no ha sido una excepción. Después se produjo la fundación del Estado de Israel y los incesantes conflictos árabe-israelíes que le siguieron. El escenario estaba preparado para que la explotación de la religión y la jaula de las normas crearan y recrearan el despotismo en toda la región.

Las semillas del 11-S

Hemos visto que no es coincidencia que en Oriente Próximo los Estados despóticos estén asociados con una jaula de normas intensificada. No hay duda de que Arabia Saudí es el caso más extremo: no hay otro país musulmán que muestre esa agresiva separación de hombres y mujeres en el lugar de trabajo. Pero todos estos Estados han jugado por igual a explotar la estructura descentralizada del islam para aumentar su autoridad política. En Egipto, en 1962, la Universidad de Al-Azhar, la voz más autorizada del islam suní, emitió una fetua declarando que la paz con Israel era antiislámica. Pero cuando en 1979 el presidente Anwar Sadat firmó los Acuerdos de Camp David con el primer ministro israelí Menachem Begin, el jeque de Al-Azhar emitió una fetua citando el Corán y los tratados que Mahoma había firmado, para demostrar que en realidad la paz con Israel era coherente con los principios islámicos. Cuando el ejército egipcio quiso firmar la paz con Israel, podía contar con que los ulemas acudirían al rescate.

El economista Jean-Philippe Platteau ha señalado una implicación más de esta relación simbiótica entre los ulemas, o al menos una parte de ellos, y los Estados despóticos de Oriente Próximo. Recordemos que cuando Al-Wahhab se convirtió en ulema nadie le designó como tal, simplemente empezó a enseñar y la gente lo reconoció como una autoridad religiosa y un hombre sabio. Emitía dictámenes y la gente empezó a escucharle. De modo que si bien el Estado saudí puede tener su Gran Consejo de Ulemas y decirles qué fetuas emitir, no puede impedir que alguien se autoproclame ulema y emita fetuas contradictorias. Eso es exactamente lo que hizo Osama bin Laden. En 1996 emitió su primera fetua[347] lamentándose del terrible estado de Oriente Próximo, pero en especial de Arabia Saudí, donde la gente

> cree que esta situación es una maldición que le ha impuesto Alá por no oponerse al comportamiento y las medidas opresivas e ilegítimas del régimen gobernante: ignorar la divina ley de la sharia; privar al pueblo de sus derechos legítimos; permitir que los estadounidenses ocupen la tierra de los dos lugares sagrados; el encarcelamiento, injusto, de sinceros eruditos. Los honorables ulemas y eruditos, así como mercaderes, economistas y personas eminentes del país están avisados de esta situación desastrosa.

Gran parte de la fetua de Osama bin Laden es una diatriba antiestadounidense, pero también hacía hincapié en sus ideas sobre el problema real en Arabia Saudí, «el régimen gobernante», y pedía una yihad contra él.

La estrategia política de los Estados de Oriente Próximo no sólo anula la libertad al intensificar la jaula de normas. También planta las semillas de la violencia, la inestabilidad y el terrorismo. La jaula de cada sociedad restringe las libertades al regular el comportamiento y el discurso, de qué habla la gente y cómo lo hace. La jaula de normas de Oriente Próximo hace muy difícil que se desarrolle un discurso que critique al déspota, porque éste afirma representar la religión. Si se le critica, se está criticando la religión. Esto genera una tendencia natural a formular y desarrollar las críticas señalando que el déspota no es lo suficientemente religioso y que tú eres más devoto. En palabras de Platteau:

> Cuando los déspotas usan la religión para legitimarse en un ambiente muy competitivo, pueden provocar un contramovimiento en la forma de contrataque religioso en el que el gobernante y sus oponentes compiten por demostrar su superior fidelidad a la fe.

Esto es exactamente lo que estaba haciendo Osama bin Laden. Su fetua señalaba la «suspensión de la ley islámica de la sharia y su sustitución con leyes reglamentarias y la entrada en una confrontación violenta con devotos eruditos y jóvenes justos». Tal vez los Saud habían podido conquistar a la mayoría de los ulemas, pero quedaban los «devotos eruditos» como Osama bin Laden. De hecho, aunque los Saud lo intentaron, no lograron conquistar a Osama bin Laden. Forjó un movimiento social y un programa radical y violento en torno a su odio a Occidente y a Estados Unidos, pero también en torno a su odio y desdén por los Saud y el «comportamiento y las medidas opresivas e ilegítimas del régimen gobernante».

El hecho de que la estrategia de manipular a los ulemas para los fines del Leviatán despótico haya sido utilizada con más intensidad y éxito en Arabia Saudí ayuda a explicar cómo se formó Osama bin Laden en el crisol saudí, y por qué quince de los diecinueve secuestradores que hicieron chocar los aviones contra los edificios estadounidenses el 11 de septiembre

de 2001 eran ciudadanos saudíes. La mezcla de leviatanes despóticos y la estructura institucional del islam no sólo intensifica la jaula de normas, sino que crea terrorismo, violencia e inestabilidad.

Capítulo 13

La Reina Roja fuera de control

Una revolución de destrucción

El 23 de marzo de 1933, el Parlamento alemán se reunió en el Teatro de la Ópera Kroll, en Berlín.[348] La inusual ubicación fue necesaria porque el edificio del Parlamento, el Reichstag, había ardido el mes anterior. Era el turno de que Otto Wels, el líder del Partido Socialdemócrata, se dirigiera al Parlamento. Wels fue la única persona que habló ese día, con la salvedad del recién nombrado canciller y líder del Partido Nazi, Adolf Hitler. Wels argumentó con fuerza contra la Ley Habilitante de Hitler. La ley, el siguiente paso en lo que el político alemán Hermann Rauschning llamó «la revolución de la destrucción», abolía en términos efectivos el Parlamento y daba todo el poder a Hitler para un período de cuatro años. Wels no creía que su discurso fuera a cambiar nada, y esperaba de veras que le dieran una paliza, lo detuvieran o algo peor, y había llegado preparado con una cápsula de cianuro en el bolsillo. Por lo que había visto hasta ese momento, había decidido que era mejor suicidarse que caer en manos de los nazis y sus unidades paramilitares, como la sección de asalto (también conocida como camisas pardas o SA) y las escuadras de protección (las SS). Wels sabía que se había abierto el primer campo de concentración en Dachau el día antes y que 200 presos políticos ya habían sido trasladados allí. Lo sabía porque los nazis habían alardeado públicamente de lo que les iba a suceder a sus enemigos. Hitler había hablado de esos campos ya en 1921, y el jefe de las SS, Heinrich Himmler, había dado una rueda de prensa el 20 de marzo para anunciar la apertura de Dachau. Wels habló en un clima de intensa

intimidación y violencia latente. El teatro de la ópera estaba lleno de banderas nazis y esvásticas, y en los pasillos y las salidas se apiñaban miembros de las SA y las SS.

Wels reconoció que la ley iba a ser aprobada, pero argumentó enérgicamente contra ella, afirmando:[349]

> En esta hora histórica, los socialdemócratas alemanes profesamos nuestra lealtad a los principios básicos de humanidad y justicia, libertad y socialismo. Ninguna Ley Habilitante puede darte el poder de destruir ideas que son eternas e indestructibles [...]. De nuevas persecuciones los socialdemócratas pueden obtener una vez más nuevas fuerzas. Saludamos a los perseguidos y oprimidos [...] nuestros amigos en todo el país. Su constancia y lealtad [...] el coraje de sus convicciones, su confianza inquebrantable, prometen un futuro más brillante.

Por desgracia, la aprobación de la ley era una conclusión inevitable. Los nazis, de una forma u otra, habían conseguido el apoyo de todos los delegados que habían podido asistir con la excepción de los socialdemócratas.[350] Lo que era tan inesperado era que las cosas hubieran llegado a ese punto crítico en la democracia de Weimar, con Hitler como canciller y el Parlamento a punto de disolverse. El Partido Nacional Socialista Obrero Alemán, el partido nazi, era un movimiento marginal que había recibido sólo el 2,6 por ciento del voto en las elecciones de 1928. La Gran Depresión, que destruyó hasta la mitad de la producción de la economía alemana, un creciente descontento y, después, una serie de gobiernos ineficientes habían causado un enorme giro de los votantes hacia los nazis en las primeras elecciones tras el inicio de la Depresión en 1930, a lo que siguió un aumento aún mayor del porcentaje del voto nazi en las elecciones de 1932. En las últimas elecciones libres que celebró Alemania, en noviembre de 1932, los nazis recibieron alrededor de un 33 por ciento del voto. Las siguientes elecciones, en marzo de 1933, dos meses después del acceso de Hitler a la cancillería, tuvieron lugar bajo un reino de terror y represión por parte de los camisas pardas y la policía controlada por los nazis. Los nazis tuvieron entonces hasta el 44 por ciento del voto. Bajo el sistema de representación proporcional de Weimar, esto se convirtió en 288 de 647 diputados. Para aprobar la Ley Habilitante los nazis necesitaban que al menos dos tercios de los miembros elegidos estuvieran presentes y que recibiera una mayoría de dos tercios de los presentes. Estaban muy lejos de

eso, especialmente si todo el mundo se presentaba. Primero prohibieron que asistieran los 81 comunistas miembros del Parlamento, y al no contarlos consiguieron bajar el cuórum de 432 a 378. De los 120 socialdemócratas, sólo había 94 presentes, los demás estaban en la cárcel, enfermos o demasiado aterrorizados para presentarse. Los 94 votaron contra la ley, pero eso no fue suficiente porque todos los demás partidos la apoyaron. Una legislatura democráticamente elegida había votado en favor de su desaparición.

Que esto fuera a suceder no era un secreto, aunque los nazis fueran en ocasiones ambiguos acerca de sus objetivos. Su programa electoral de 1930 afirmaba:[351]

> Por medio de su victoria, el Movimiento nacionalsocialista superará la vieja clase y mentalidad de Estado. Permitirá la reconstrucción de un pueblo a partir de la locura de Estado y el absurdo de clase. Educará al pueblo para la firmeza de hierro. Superará la democracia y aumentará la autoridad de la personalidad.

Pero ¿qué significaba exactamente «superar la democracia»? Hitler también había hablado de que necesitaba sólo cuatro años, de ahí la duración inicial de la Ley Habilitante (se renovó en 1937 y de nuevo en 1939 y fue hecha permanente en 1943). En un discurso el 10 de febrero de 1933 en el Palacio de los Deportes de Berlín,[352] afirmó: «Dadnos cuatro años y os prometo que, tal como nosotros, tal como yo he asumido este cargo, lo abandonaré. No lo he hecho por el salario ni por las ganancias, lo he hecho por vosotros». Pero el día después de su discurso, cuando Hitler se reunió en secreto con industriales para recaudar dinero para la campaña electoral de los nazis, Hermann Göring afirmó que la siguiente elección sería la última no para los próximos años, sino para cien. En un discurso público del año anterior, el 17 de octubre de 1932, Hitler ya había declarado:[353] «Si algún día llegamos al poder nos aferraremos a él, de modo que dios nos ayude. No les permitiremos que nos lo quiten de nuevo». El día que Hitler se convirtió en canciller, su futuro ministro de propaganda Joseph Goebbels anunció: «Preparad la campaña electoral. La última».[354]

¿Cómo se llegó a eso? La República de Weimar alemana había construido una democracia vibrante y una población muy educada y políticamente activa. ¿Por qué estaba sucumbiendo a la revolución de la destrucción a manos de una banda de matones?

Para responder a estas preguntas tenemos que remontar los pasos de la República de Weimar. Cuando Alemania se rindió en octubre de 1918, sus almirantes navales planearon un último temerario y desesperado ataque a Gran Bretaña y la costa holandesa. En respuesta, sus marineros se amotinaron. Estos acontecimientos escalaron hasta estallar en una revolución en toda regla en noviembre, que llevó al florecimiento de los Consejos de Soldados y Obreros en toda Alemania y la creación del Consejo de los Diputados del Pueblo. El 9 de noviembre, el káiser Guillermo II abdicó y se exilió, y se fundó la República de Weimar con el socialdemócrata Friedrich Ebert como primer canciller. Ebert intentó contener la movilización revolucionaria creando, entre otras coas, una estructura paralela llamada Consejo Ejecutivo de los Consejos de Obreros y Soldados. En diciembre, Ebert estaba desplazando a soldados leales a Berlín para desarbolar el Consejo de los Diputados del Pueblo. Armó a paramilitares nacionalistas reclutados entre antiguos soldados, conocidos como Freikorps, y cuando la revuelta comunista estalló en enero de 1919, siguió con el asesinato de sus líderes, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. Las declaraciones de repúblicas socialistas en Baviera y Bremen fueron también recibidas con una inmediata represión por parte de unidades militares leales y los Freikorps.

A pesar de toda esta violencia e inestabilidad, Alemania parecía estar entrando en el pasillo y la Reina Roja estaba obrando con toda su fuerza. Alemania tenía una cámara legislativa con sufragio adulto masculino desde 1848, pero por lo general seguía dominada por la élite prusiana, tanto por la presencia de una cámara alta controlada por la élite como por el control prusiano de las instituciones estatales y la burocracia. En muchos sentidos, se trataba de una continuación del Estado despótico que Federico Guillermo I había iniciado a mediados del siglo XVII. A pesar de estos obstáculos, el Partido Socialdemócrata se había convertido en un actor importante antes de la guerra. Después de la abdicación del káiser, la Constitución de

Weimar introdujo el sufragio universal adulto y eliminó el control de la cámara alta sobre la política. Pero sólo fue un paso en las dinámicas de la Reina Roja que se desplegarían después de la guerra. El colapso de los ejércitos alemanes intensificó el descontento que muchos alemanes sentían con las instituciones del país y provocó un aumento de la movilización social. Los ciudadanos exigían más poder, mayores derechos y una representación política efectiva. Florecieron los sindicatos y lograron que los empleadores aceptaran la jornada laboral de ocho horas, sujeta a largas y estériles negociaciones antes de la guerra.

Una gran parte de esta movilización social era lo que algunos llamaban *Vereinsmeierei* («la obsesión asociativa»). Florecían en cantidades de récord asociaciones, clubes y organizaciones de la sociedad civil. Parecía que si tres alemanes o más se reunían, era probable que se pusieran a redactar una Constitución o fundar un club. Como dice el historiador Peter Fritzsche:

> Más asociaciones voluntarias atraían a más miembros y lo hacían de una manera más activa que nunca antes. Del mismo modo que los tenderos, los panaderos y los comerciantes se habían organizado en grupos de interés económico, también gimnastas, folcloristas, cantantes y asistentes a misa se reunían en clubes, reclutaban nuevos miembros, programaban reuniones y planeaban toda clase de conferencias y giras.

Aquélla no fue sólo una era de movilización social. La jaula de normas se estaba también viniendo abajo, especialmente entre las mujeres, que habían logrado el derecho al voto en la República de Weimar en 1919. El libro de Elsa Herrman de 1929, *Ésta es la nueva mujer*, celebraba la nueva identidad y libertad de las mujeres. Condenaba los estereotipos tradicionales del papel tradicional de la mujer en la sociedad, señalando que «la mujer de ayer vivía exclusivamente para el futuro y encaminaba sus acciones hacia él. Ya como una niña a medio crecer, trabajaba y llenaba su arcón de la esperanza para la dote futura. En los primeros años de matrimonio hacía todo el trabajo de casa que podía para ahorrar gastos [...]. Ayudaba a su marido en los negocios o las actividades profesionales».[355] Pero las cosas estaban cambiando:

> La nueva mujer se ha establecido el objetivo de demostrar en su trabajo y en sus hechos que las representantes del sexo femenino no son personas de segunda clase que sólo existen en la dependencia y la obediencia.

El sufragio femenino no era la única innovación en las instituciones políticas alemanas después de la derrota del país en la primera guerra mundial. La Constitución, redactada en la ciudad de Weimar[356] después de las elecciones de enero de 1919, hacía de Alemania una república con un presidente electo en lugar de una monarquía hereditaria. Concedía igualdad ante la ley y también toda clase de derechos individuales. Ahora la gente era libre de expresar sus opiniones, reunirse y participar en política. El artículo 124 decía:

> Todos los alemanes tienen derecho, por medios que no entren en conflicto con las leyes penales, a formar sociedades o asociaciones. Este derecho no puede limitarse por medidas preventivas. Estas regulaciones también se aplican a las sociedades religiosas.
>
> Toda asociación tiene el derecho a constituirse siguiendo los preceptos del Código Civil. Este derecho no se le puede negar a ninguna asociación por sus objetivos políticos, sociopolíticos o religiosos.

Junto con una movilización social sin precedentes, durante la era de Weimar se produjo un enorme cambio cultural y una gran creatividad. La escuela de arte Bauhaus, fundada en 1919 bajo la visionaria dirección de Walter Gropius y Ludwig Mies van der Rohe, forjó una nueva síntesis de arte y diseño. El grupo de pintores Los Cuatro Azules, entre los que estaban Wassily Kandinsky y Paul Klee, emergió de un grupo previo, El Jinete Azul. Tanto Kandinsky como Klee daban clases en la Bauhaus. Compositores modernistas como Arnold Schönberg y Paul Hindemith revolucionaron la música orquestal. Fritz Lang y Robert Wiene crearon el cine expresionista.

Pero como sucede habitualmente con las indisciplinadas dinámicas de la Reina Roja, a medida que la sociedad se volvía más fuerte, la élite reaccionaba. A pesar de que el Partido Socialdemócrata permaneció en el poder durante buena parte del período, la élite aún controlaba la burocracia y podía contar con la lealtad de la mayor parte del ejército. Y cuando éste fallaba, acudían a los Freikorps. Reprimieron la movilización social y el Consejo de los Diputados del Pueblo. Esta reacción de la élite profundizó la polarización en la Alemania de entreguerras.

El florecimiento de la sociedad civil alemana también puso en movimiento otras reacciones que tuvieron importantes consecuencias institucionales. Ebert había utilizado el ejército para reprimir fuerzas más radicales a finales de 1918 y principios de 1919. Pero esta estrategia podía desatar otras respuestas en contra de él y de Weimar. Había también peculiaridades institucionales que tendrían importantes consecuencias en los años siguientes. Justo desde el principio, la república de Weimar estuvo paralizada por el hecho de que alrededor de la mitad de los representantes electos no creían en sus instituciones. En torno a una quinta parte de la izquierda eran comunistas partidarios de una revolución al estilo ruso. Para ellos el Estado democrático de Weimar era «burgués» o incluso «fascista». Alrededor del 30 por ciento de los representantes de la derecha, como la mayoría de las élites tradicionales aliadas con ellos, querían un regreso al *statu quo* previo a 1914, que estaba dominado por los conservadores, y restaurar la monarquía, y algunos otros, como los nazis, rechazaban completamente la legitimidad de las instituciones republicanas. Nada es quizá más revelador que las escenas en el Parlamento después de las elecciones de 1930, cuando los nazis se convirtieron en una presencia significativa por primera vez. Ciento siete nazis, uniformados con camisas marrones, se confabularon con los 77 miembros comunistas para alterar los procedimientos. Tanto la derecha como la izquierda gritaron y obstruyeron los asuntos parlamentarios y abusaron de las reglas, planteando incesantemente puntos del día. Ni derecha ni izquierda respetaban la institución para la que habían sido elegidos.

De hecho, como reflejo de la generalizada falta de confianza en las instituciones del Estado, los nazis no eran los únicos que tenían grupos paramilitares. Ya hemos visto el papel clave que tuvieron los paramilitares de los Freikorps en la lucha contra los comunistas en Múnich y otros lugares. Los Freikorps no estaban tan lejos de las SA, que habían nacido en 1920 como «Sección de Gimnasia y Deporte» de los nazis y habían absorbido en masa a veteranos de los Freikorps, entre ellos Ernst Röhm, que se convirtió en el comandante de las SA. Los socialdemócratas también tenían su propio grupo paramilitar, llamado Reichsbanner, y los comunistas

tenían el suyo, la Liga de los Combatientes del Frente Rojo. Extrañamente, a pesar de la historia de las fuertes instituciones estatales de Prusia, el Estado de Weimar nunca tuvo por completo el monopolio de la violencia.

Estas posiciones intransigentes y el sistema electoral basado en la representación proporcional hacían muy difícil que la democracia de Weimar funcionara. En 1928 había representados en el Reichstag quince partidos políticos distintos, entre ellos el partido de los Campesinos de Sajonia y el Partido Alemán de los Granjeros. Otros veintiséis partidos habían presentado candidatos sin éxito, diluyendo los votos de los partidos principales. Ningún partido por sí mismo tuvo nunca una mayoría en ninguna de las elecciones en Weimar, de modo que todos los gobiernos fueron coaliciones. Durante la mitad de este período, el Gobierno ni siquiera tenía una mayoría en el Parlamento, lo que significaba que tenía que construir una coalición nueva para cada nueva ley. Entre 1919 y 1933 hubo veinte gobiernos distintos, cada uno de los cuales tuvo una duración media de sólo 239 días. La frustración y la inmovilidad subsiguientes llevaron a que, para avanzar, los gobiernos se basaran cada vez más en las prerrogativas del presidente. Los inmensos poderes de emergencia que el artículo 48 de la Constitución de Weimar daba al presidente facilitaron este activismo presidencial. Aunque estos poderes, en principio, podían ser revocados mediante un voto parlamentario, el presidente podía disolver el Parlamento, lo que le permitía utilizar el artículo 48 cuando quería. El primer presidente, Friedrich Ebert, invocó el artículo 48 en 136 ocasiones distintas, a pesar de que en teoría era una cláusula de emergencia.

Una coalición arcoíris de los descontentos

Los nazis llegaron a esta sociedad muy movilizada, con un sistema de partidos fragmentado y en descomposición.[357] El Partido Nazi evolucionó desde el Partido de los Trabajadores de Alemania que había sido fundado en Múnich en 1919. Adolf Hitler, entonces aún un cabo en el ejército, fue uno de los primeros reclutados y rápidamente se distinguió por su atractiva oratoria y fue nombrado jefe de propaganda. El cambio de nombre en 1920 fue pensado para ampliar el atractivo del partido añadiendo el término

socialista. En 1921, la implacabilidad y el carisma de Hitler le habían permitido asumir el liderazgo del partido con una autoridad completa sobre los objetivos y la estrategia. En noviembre de 1923 cometió un error. Pensó que los nazis serían capaces de conseguir que unidades militares locales de Múnich les apoyaran en el llamado Putsch de la Cervecería. Fue un fiasco. El partido fue prohibido y Hitler detenido.

Que el *putsch* tuviera lugar en Múnich no fue una coincidencia. El partido nazi había sido prohibido casi en todas partes después de junio de 1922, cuando el ministro de Asuntos Exteriores, Walther Rathenau, fue asesinado por nacionalistas de extrema derecha. Pero en Baviera el partido era aún legal y florecía bajo el Gobierno del derechista Gustav Ritter von Kahr, que había apoyado a grupos paramilitares en 1918-1919 y mantenido su propio grupo independiente, conocido como Fuerza de Defensa Vecinal. La posición de muchos conservadores era que los nazis eran criminales y matones, pero criminales y matones útiles; podía aprovecharse su energía para restaurar el régimen previo a Weimar. El Putsch de la Cervecería fue un paso excesivo, sin embargo. Kahr repudió el *putsch* y los militares se mantuvieron firmes.[358]

Sin embargo, el posterior juicio de Hitler muestra que las autoridades locales le tenían simpatía. Se aseguraron de que el juicio tuviera lugar en Múnich y Georg Niethardt, un reconocido nacionalista, fue nombrado juez. Niethardt dio a Hitler una plataforma desde la que dirigirse al tribunal durante horas, convirtiendo aquel asunto en lo que un periodista del momento llamó un «carnaval político». Después de los comentarios iniciales de Hitler, uno de los jueces declaró: «¡Qué tipo extraordinario es este Hitler!».

Hitler fue condenado a cinco años de cárcel, pero fue liberado a principios de diciembre de 1924, sólo trece meses después de su detención original. Durante este cómodo paso por la cárcel, Hitler escribió su famoso libro *Mein Kampf*. También aprendió una lección crítica: en lugar de recurrir al *putsch*, el partido Nazi tendría que seguir el camino democrático para llegar al poder.

Pero incluso en las elecciones de 1928, los nazis no eran más que un partido marginal, que conseguía menos de un tres por ciento de los votos. Eso cambió por completo con el crac de Wall Street de 1929 y el inicio de la Gran Depresión mundial. Aunque el pleno impacto de ésta no llegó a Alemania hasta 1930, ya en 1929 experimentó un colapso de la inversión. En 1930, la renta nacional cayó un 8 por ciento. En 1931 había caído una cuarta parte y en 1932 casi un 40 por ciento. Muchos alemanes vieron cómo sus ingresos se desplomaban de manera vertiginosa, pero la mayor carga cayó en quienes perdían el trabajo mientras la tasa de desempleo se disparaba al 44 por ciento, la más elevada registrada entre las economías avanzadas. En comparación, el desempleo en Estados Unidos en 1932 era del 24 por ciento, mientras que en Gran Bretaña era del 22 por ciento.

Pero los desempleados no votaron predominantemente a los nazis. Tendían a apoyar a los partidos de izquierdas, como lo hacían quienes eran miembros de los sindicatos. Fue la inmensa inseguridad económica del momento lo que llevó a las clases medias protestantes, tenderos y granjeros, así como a los jóvenes urbanos descontentos, a verse atraídos por las vagas promesas de renacimiento nacional que hacían los nazis.

Los nazis se convirtieron en un partido atrapalotodo para los desilusionados con el sistema de partidos existente y la política de Weimar, formando lo que el historiador Richard Evans describe como «una coalición arcoíris de los descontentos».[359]

En marzo de 1930, el presidente, Paul von Hindenburg, nombró un nuevo Gobierno con Heinrich Brüning, del Partido de Centro, como canciller. El Partido de Centro era el tercer partido más grande, tras los socialdemócratas y el conservador Partido Popular Nacional Alemán, y tenía 61 de 491 escaños. El nombramiento de Brüning por Hindenburg anunció el declive del dominio parlamentario, puesto que se llevó a cabo sin consultar con el Parlamento, y la mayoría de los nuevos ministros del Gobierno no estaban afiliados a ninguno de los partidos. El Gobierno de Brüning fue incapaz de aprobar un presupuesto. En respuesta, Hindenburg disolvió el Parlamento. De acuerdo con la Constitución, se tenían que celebrar unas nuevas elecciones en menos de sesenta días. En ellas, el voto al Partido Nazi se disparó hasta el 18,25 por ciento, con 107 escaños en el

nuevo Parlamento. Hindenburg nombró canciller de nuevo a Brüning, y éste bregó ante una creciente crisis económica hasta que fue sustituido por Franz von Papen en junio de 1932. Los comunistas, conchabados con los nazis, trataron inmediatamente de organizar un voto de censura, pero antes de que pudieran lograrlo Hindenburg disolvió de nuevo el Parlamento. Se celebraron nuevas elecciones tras sesenta días, en julio de 1932, pero en este período Hindenburg, y de hecho Papen, pudieron gobernar sin oposición parlamentaria. Aprovecharon esta oportunidad para, el 20 de julio, emitir un decreto de emergencia que declaraba a Papen Reichkomissar (comisionado del Reich) para Prusia, lo que le daba el control directo del Gobierno prusiano. Esta clase de decreto de emergencia sería luego utilizado de manera perversa por los nazis, desdeñando el gobierno democráticamente elegido del Estado de Prusia y asumiendo el control de su inmensa fuerza de seguridad. El propio Papen no pareció tener ninguna reserva sobre el derrocamiento de un gobierno democráticamente elegido en Prusia. En sus memorias afirmó que su objetivo al llegar al poder era restaurar el sistema imperial y la monarquía, y parece que se descartó un plan para abolir las elecciones más tarde, en 1932, sólo por la amenaza de un voto de censura. En ese momento, repitiendo los errores de otras élites tradicionales, Papen alumbró la estrategia de utilizar la popularidad de los nazis como una manera de revertir las instituciones políticas al *statu quo* anterior a Weimar. Resultó ser un error de cálculo mayúsculo.

En las elecciones del 31 de julio de 1932, el voto a los nazis se disparó por encima del 37 por ciento, lo que les dio 230 escaños en el Reichstag. Después de negociaciones sin frutos para la formación de un nuevo Gobierno, Hindenburg disolvió de nuevo el Parlamento y gobernó sin oposición por medio de Papen. En las nuevas elecciones, en noviembre, el apoyo a los nazis quedó reducido al 33,1 por ciento y 196 escaños. Seguía siendo un punto muerto. Papen fue sustituido el 3 de diciembre por el ministro de Defensa del Reich, Kurt von Schleicher, un exgeneral que deseaba organizar un golpe para establecer un gobierno autoritario conservador con el apoyo del ejército pero, crucialmente, sin los nazis. La desintegración del Parlamento estaba clara. En 1930, los parlamentarios ocuparon su puesto durante 94 días y aprobaron 98 leyes, y el presidente

Hindenburg emitió sólo cinco decretos de emergencia. En 1932, ocuparon su escaño sólo 13 días y únicamente aprobaron cinco leyes. Hindenburg, por otro lado, estuvo mucho más ocupado, y aprobó 66 decretos de emergencia. En un vano intento de crear un nuevo gobierno que pudiera funcionar, Hindenburg aceptó, a instancias de Papen, nombrar canciller a Hitler el 30 de enero de 1933. Éste indujo a Hindenburg a disolver el Parlamento. Hitler estuvo a cargo del Estado hasta que se celebraron nuevas elecciones el 5 de marzo de 1933.

El 27 de febrero, un comunista holandés, Marinus van der Lubbe, posiblemente en colaboración con otros, quemó el Reichstag. Esto dio a Hitler la excusa perfecta para declarar que el acto era el inicio de un golpe comunista. Indujo a Hindenburg a utilizar el artículo 48 para aprobar el Decreto del Incendio del Reichstag, que suspendía la mayoría de libertades civiles en Alemania, incluido el *habeas corpus*, la libertad de expresión, la libertad de prensa, el derecho a la libre asociación y reunión pública, y el secreto postal y telefónico. Con este decreto en la mano, Hitler pudo utilizar todo el poder paramilitar y organizativo del Partido Nazi para intimidar y someter cualquier forma de oposición antes de las elecciones de marzo. Para ello fue de gran ayuda que Franz von Papen hubiera tomado el Gobierno prusiano, puesto que Hitler nombró a Göring ministro del Interior de Prusia, con lo que quedó al mando de la policía de media Alemania.

Los siguientes pasos fueron el Teatro de la Ópera Kroll, la Ley Habilitante y el final de la democracia de Weimar.

La Reina Roja de suma cero

Por impactante que sea, el colapso de la democracia de Weimar no fue sólo consecuencia de acontecimientos imprevistos y de la fuerte personalidad de Adolf Hitler. La República de Weimar tenía profundas fallas que hacían que el efecto de la Reina Roja resultara potencialmente inestable, estuviera más cargado de peligros, fuera más susceptible de salirse de control. En este capítulo, estudiamos por qué fue así en Alemania y clarificamos las circunstancias bajo las que la competición dinámica entre Estado y sociedad pueden sacar a una nación del pasillo.

La primera de las fallas de Weimar tiene que ver con la naturaleza de la competición entre el Estado y la sociedad. El efecto de la Reina Roja en la antigua Atenas (capítulo 2) o en el caso de Estados Unidos (capítulos 2 y 10) implicaba que los dos lados construían su capacidad para tener una ventaja, pero esto no significaba que el Estado reprimiera e intentara castrar a la sociedad. Tampoco implicaba movilización social destinada a destruir por completo a las élites (por ejemplo, cuando una élite ateniense era enviada al ostracismo, no se le confiscaban las propiedades). De hecho, Solón y Clístenes y padres fundadores de Estados Unidos como George Washington y James Madison emergieron como árbitros aceptables tanto para las élites como para las no élites, e institucionalizaron el poder de la sociedad contribuyendo al mismo tiempo a la expansión de la capacidad del Estado. Esto creó un ambiente político en el que se desarrollaba la capacidad del Estado con una mejor regulación, instituciones para la provisión de servicios públicos y la capacidad para resolver conflictos, un ejemplo de «suma positiva» de la Reina Roja, en el que los dos lados acaban fortaleciéndose como resultado de la competición. La situación en Alemania era distinta y más polarizada. Por polarización nos referimos a que parecía haber poco espacio para un compromiso entre las élites y el segmento de la sociedad más movilizado y dispuesto a dejar su impronta en la política alemana (en particular, el movimiento de los trabajadores y su más importante organización, el Partido Socialdemócrata). En consecuencia, en lugar de apoyar la cooperación Estado-sociedad y una construcción del Estado con base amplia, las dinámicas de la Reina Roja alemanas resultaron ser mucho más de «suma cero», y cada lado pretendía destruir al otro para sobrevivir.

La Reina Roja de suma cero en Alemania se debió, sobre todo, pero no sólo, a las actitudes de las élites alemanas. Las élites del ejército, la burocracia, la judicatura, la academia y el mundo empresarial no aceptaron la democracia de Weimar y quisieron propiciar un retorno a la sociedad más autoritaria y controlada por la élite del famoso canciller del siglo XIX Otto von Bismarck. El ejército, dominado por la élite prusiana, asociaba la nueva democracia con la derrota en la guerra y los onerosos términos del Tratado de Paz de Versalles que tuvo que aceptar. La élite empresarial se sentía

amenazada por el Partido Socialdemócrata y la movilización generada por la política de masas. Estas actitudes no sólo fueron partidarias de la represión en lugar de la cesión en momentos críticos, sino que también crearon un ambiente que condujo al auge de varias organizaciones marginales de derechas, como el Partido Nazi.

Esto es particularmente visible en el apoyo tácito que los nazis recibieron de la élite alemana. Hitler y sus aliados no sólo recibieron un tratamiento favorable de las élites después del fracasado Putsch de la Cervecería. La policía y la judicatura con frecuencia se ponían de lado de los camisas pardas que daban palizas, y en ocasiones mataban, a comunistas y socialdemócratas, con lo que los envalentonaban en su campaña de terror. El estadístico Emil Julius Gumbel recogió datos de 1919 a 1922 que mostraban que 22 asesinatos políticos cometidos por izquierdistas llevaron a 38 condenas y 10 ejecuciones, mientras que los 354 asesinatos políticos cometidos por derechistas, en su mayoría nazis, llevaron a sólo 24 condenas y ninguna ejecución.

También las universidades alemanas estaban poniéndose de lado de la derecha contra la izquierda. En palabras de Richard Evans: «En las universidades alemanas era donde resultaba más evidente la lealtad política de los jóvenes a la extrema derecha. Muchas de ellas eran centros de estudio con tradiciones que se remontaban a la Edad Media [...]. La inmensa mayoría de profesores [...] eran también fuertemente nacionalistas». En consecuencia, las universidades estuvieron entre las primeras instituciones que abrazaron la ideología nazi en la década de 1920, y un inmenso número de estudiantes universitarios se unieron al partido. Como hemos visto, todo esto llegó a un punto crítico después de que empezara a aumentar el apoyo a los nazis, y grandes partes de la burocracia y el ejército, y más ominosamente el presidente, Hindenburg, no emprendieron acciones para contener su auge; preferían a los nazis, a los que consideraban que podrían controlar, no sólo frente a los comunistas, sino también frente a los socialdemócratas.

Pero ¿por qué en Alemania las élites, los funcionarios y los burócratas se oponían tanto al experimento de Weimar? Parte de la razón tiene que ver con factores estructurales que determinaban la naturaleza de la vida en el

pasillo. Básicamente, estaban cortados por el mismo patrón, arraigados en la aristocracia terrateniente de Prusia. Con frecuencia, los intereses terratenientes veían el fortalecimiento de la sociedad y el principio de la democracia en términos de suma cero. Y con razón. Los industriales y los profesionales pueden florecer económica y políticamente en el pasillo, porque tienen activos (en forma de experiencia, conocimiento y habilidades) que siguen siendo valiosos incluso cuando la economía se transforma y porque su existencia urbana les da nuevas oportunidades para organizarse y seguir siendo políticamente relevantes en mitad de las dinámicas de la Reina Roja. No es el caso de los propietarios de tierras. Y la situación de la República de Weimar no era distinta (a pesar de que esos intentos fueron obstaculizados por el presidente Hindenburg, que a su vez procedía de la aristocracia con tierras prusiana y comprendía bien sus preocupaciones). Los terratenientes también temían, de nuevo con razón, ser marginados a medida que el centro de gravedad político se alejaba de ellos a causa de la política democrática. Todo esto los convertía en escépticos del floreciente Leviatán encadenado.

El papel de las élites terratenientes en la Alemania de entreguerras ilustra un aspecto más general. Hasta ahora hemos puesto énfasis en la distinta naturaleza de la política en el interior y en el exterior del pasillo. En este capítulo estamos viendo cómo la lucha entre el Estado y la sociedad puede sacar a una nación del pasillo estrecho. Pero está claro que cuanto más estrecho es el pasillo, más fácil es que una sociedad salga de él. Veamos la figura 5, por ejemplo. En el cuadro de la izquierda vemos un pasillo que es muy estrecho, mientras que el de la derecha es más ancho. En el próximo capítulo abordaremos los diversos factores que dan forma al pasillo y cómo eso determina la posibilidad no sólo de permanecer en él, sino de salir de él. Por ahora, podemos señalar que la importancia del poder y la riqueza de los terratenientes, como en la Alemania de Weimar, es uno de los factores que hace que el pasillo sea más estrecho, porque el miedo de los terratenientes a perder sus tierras y el poder político les hace aversos a asumir compromisos y coexistir con una sociedad movilizada, y al mismo

tiempo su intransigencia contribuye a radicalizar la sociedad. Así pues, la situación de Alemania se parecía mucho más a la del cuadro izquierdo de la figura 5 y, por lo tanto, estaba más plagada de inestabilidad.

Las actitudes de la élite terrateniente prusiana y las dificultades estructurales que planteaban para la vida en el pasillo no eran infrecuentes, pero los prusianos fueron más capaces de formar una coalición para resistir a la movilización social. Para empezar, muchos de los funcionarios, jueces y burócratas en los puestos más elevados procedían de esta clase social y compartían sus puntos de vista. La élite prusiana había seguido estando relativamente cohesionada y siendo dominante políticamente durante la segunda mitad del siglo XIX, mientras se producía el cambio social. Esto les convenció de que podían controlar la política alemana y, si era necesario, dar marcha atrás al reloj hasta los días de Otto von Bismarck.

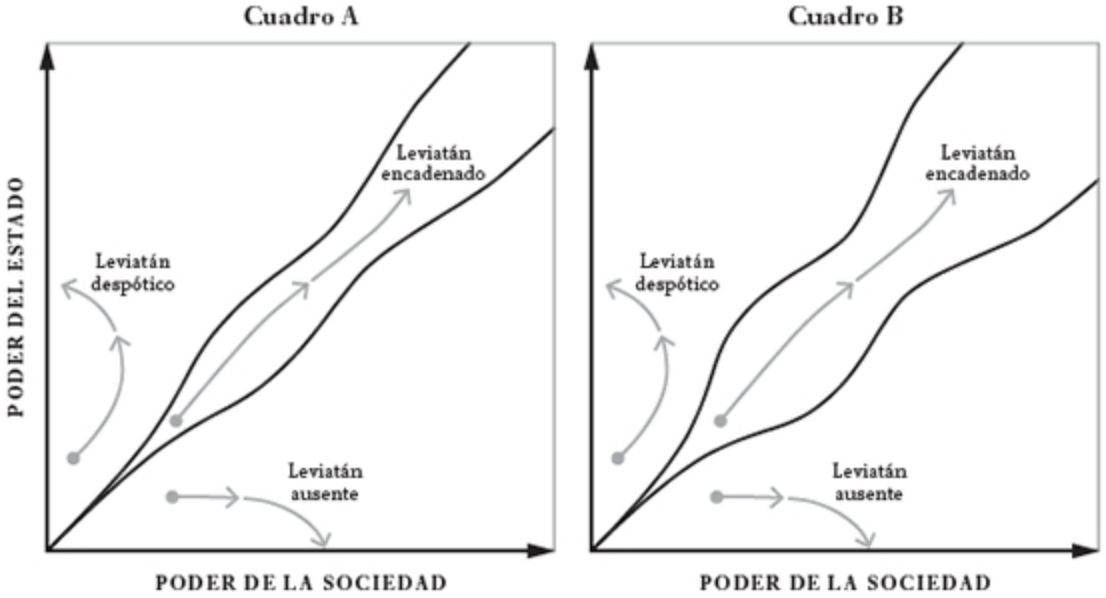


Figura 5 La forma del pasillo.

No sólo la élite mostró poco compromiso con la democracia de Weimar. Los votos de los trabajadores alemanes estaban divididos entre muchos partidos, pero sobre todo entre los comunistas y los socialdemócratas. Los comunistas soñaban con propiciar una revolución al estilo ruso y trabajaron para socavar la democracia y el Parlamento de Weimar, en ocasiones incluso en coalición con su enemigo mortal, los

nazis. Aunque los socialdemócratas se convirtieron en el partido más asociado a la República de Weimar, y contaban con muchos líderes pragmáticos e incluso oportunistas como Ebert, su compromiso con la política democrática también era en ocasiones tenue. Tenían sus raíces en la política marxista y sólo recientemente habían roto con los comunistas, no tanto porque estuvieran en desacuerdo sobre el objetivo último de crear una sociedad socialista, sino por el apoyo al esfuerzo de guerra alemán. En comparación con otros partidos socialdemócratas europeos, los alemanes tenían un pedigrí marxista más fuerte, lo que les hacía mucho más amenazadores para las élites empresariales y contribuía a la polarización.

Esta polarización que resultó de la falta de compromiso y la estrategia antagonista de todas las partes fue, al mismo tiempo, la causa y la consecuencia de la naturaleza de las organizaciones de la sociedad civil en los años de Weimar. Si hubiera sido testigo de ello, Tocqueville se habría sentido mucho más impresionado por la floreciente vida asociativa de la Alemania de entreguerras que por los Estados Unidos de mediados del siglo XIX. Sin embargo, todo esto sucedía de acuerdo con posiciones sectarias. Incluso en los pueblos pequeños, las asociaciones estaban divididas entre las de los católicos, los nacionalistas, los comunistas y los socialdemócratas. Un joven con simpatías nacionalistas pertenecería a clubes nacionalistas, acudiría a una iglesia nacionalista y probablemente socializaría y se casaría en el interior de estos círculos nacionalistas. Lo mismo se podría decir de los católicos, los socialdemócratas y los comunistas. Esta movilización social polarizada contribuyó aún más al efecto de la Reina Roja de suma cero, que implicaba que cada lado intentaba socavar al otro. No había solones o james madisons que se dirigieran al mismo tiempo a la sociedad y al Estado en la Alemania de Weimar.

Esto también preparó el terreno para la segunda falla de la democracia de Weimar. Las dinámicas de la Reina Roja con frecuencia aumentan el conflicto en la sociedad, de tal modo que la capacidad de las instituciones para resolver y contener estos conflictos se vuelve muy importante para canalizarlos en la dirección de la competición por la construcción de capacidades y no de la inestabilidad. El hecho de que los tribunales ni

aumentaran la capacidad para gestionar la miríada de nuevos conflictos que tenía Alemania ni aceptaran la legitimidad de la movilización social, especialmente de la izquierda, significaba que no había árbitros imparciales en estos conflictos. Y, en parte como resultado, los conflictos se intensificaban, con lo que la sociedad se polarizaba aún más. La naturaleza fracturada y paralizada del Parlamento alentó aún más a los partidos extremistas e impidió concesiones democráticas que podrían haber manejado estos conflictos. En cierto sentido, las instituciones no podían correr tan rápido como el Estado y la sociedad, lo que hacía mucho más probable que la Reina Roja se saliera de control.

Lo que influye en la manera en que se produce la lucha entre el Estado y la sociedad no son sólo los factores estructurales. Como hemos señalado en el capítulo 9, el liderazgo de determinados grupos o individuos puede, en ocasiones, tener un papel definitivo, para bien o para mal. La carismática resolución y vitalidad que Adolf Hitler dio a los movimientos marginales de derechas de la Alemania de entreguerras, aunque en gran medida demente, sin duda contribuyó a la rápida caída de la República de Weimar y al carácter del régimen asesino que la sustituyó.

Con todas estas fallas y las habilidades oratorias y el carismático liderazgo de Hitler, el camino de la democracia de Weimar estaba destinado a ser desplazado. Pero todo esto podría ser una mera anécdota hoy si no hubiera sido por el tercer factor estructural: el enorme impacto de la Gran Depresión, que intensificó el conflicto y la polarización en la sociedad y deslegitimó a las instituciones democráticas de la época. Especialmente, porque el fragmentado Parlamento fue incapaz de hacer frente a la crisis económica. Weimar estaba ahora asomándose al borde del pasillo.

Despotismo desde abajo

El problema de la Reina Roja es que la misma energía que alimenta la construcción de la capacidad del Estado y la sociedad también puede sacar de control y desestabilizar la vida en el pasillo. Pero, en última instancia, lo que condenó al floreciente Leviatán encadenado alemán no fue un golpe organizado por las élites prusianas o el ejército. Eso era lo que muchos entre

las élites tradicionales, como Kurt von Schleicher, esperaban organizar, como hemos visto. Pero lo que realmente puso fin a ese episodio fue un movimiento social de abajo arriba. Aunque hubo algunos industriales y burócratas de élite, jueces y profesores universitarios que apoyaron a los nazis desde el primer momento, el partido fue sobre todo un movimiento de clases medias descontentas y jóvenes. Hasta bien entrada la década de 1930, el movimiento nazi era poco más que camisas pardas provocando el caos, metiéndose en peleas callejeras y pegando y en ocasiones asesinando a comunistas, socialdemócratas y judíos. En una fecha tan tardía como julio de 1932, Joseph Goebbels utilizaría un discurso de campaña para urgir: «¡Ahora, gente, alzaos y haced que estalle la tormenta!». Si el Partido Nazi era el agente procedente de la parte baja de la sociedad que sacó a Alemania del pasillo, ¿no debería haber llevado eso al colapso de la capacidad del Estado y de su control sobre la sociedad? ¿Acaso la sociedad posnazi no debería haberse parecido un poco a Tayikistán después de la caída de la Unión Soviética, como hemos visto en el capítulo 9, o quizá al Líbano?

Obviamente, no es eso lo que sucedió. Aunque el movimiento nazi procedía de abajo, no debilitó el despotismo del Estado y su dominación sobre la sociedad; por el contrario, fortaleció ambas cosas. Hubo espacios en los que el control nazi redujo la capacidad estatal, muy notablemente en la policía, el sistema judicial y la burocracia, con la llegada de nazis comprometidos ideológicamente u oportunistas que no estaban calificados para el trabajo y no estaban interesados en llevar a cabo sus obligaciones de manera imparcial. Pero en la mayoría de aspectos, el Estado alemán se volvió más despótico y poderoso bajo los nazis, el ejército creció en tamaño y responsabilidad, la burocracia organizó deportaciones en masa y la exterminación de los judíos, y las fuerzas de seguridad adquirieron inmensos poderes, como ejemplifica la Gestapo. El programa nazi incluía una creciente represión, una debilitación de la movilización social y de las asociaciones y una intensificación de la supremacía del Estado sobre la sociedad. En esto, los nazis eran similares a los fascistas italianos, que habían sido su modelo. El Putsch de la Cervecería de Hitler estaba inspirado en la Marcha de Roma de Mussolini, quien capturó el espíritu del fascismo y el nazismo al afirmar:[360]

> Para el fascista, todo está en el Estado, y nada humano o espiritual existe, y mucho menos tiene valor, fuera del Estado. En este sentido, el fascismo es totalitario, y el Estado fascista es la síntesis y unidad de todos los valores, interpreta, desarrolla y da fortaleza a toda la vida del pueblo.

El historiador del fascismo Herman Finer resumió la filosofía del Estado fascista como «no hay ciudadanos, sólo hay súbditos».[361] Esta filosofía debía mucho a los orígenes militares del fascismo y el nazismo y su rechazo a cualquier clase de contrapeso al poder de sus líderes o el Estado una vez tomaban el control. También tenía sus raíces en que esos movimientos eran reacciones a la movilización social socialista y comunista, y por lo tanto consideraban como objetivo natural el restablecimiento del control despótico del Estado sobre la izquierda.

Y lo que es más importante: aun en caso de estar ausentes estas inclinaciones ideológicas, no habría sido posible que una nación como la Alemania de Weimar evolucionara de la misma forma que el Líbano hoy, dada su historia de fuertes instituciones estatales. Una vez que esas instituciones —el ejército, la policía, el sistema judicial y la burocracia— están ahí, susceptibles de ser tomadas, cualquier grupo que obtuviera ventaja política las tomaría y las utilizaría, procediera o no de abajo, aunque defendiera el matonismo. De modo que, aunque la Reina Roja alemana se salió de control y dio las riendas a grupos que tenían su origen en la movilización de las bases, una vez fuera del pasillo seguía siendo más probable que estas instituciones estatales fueran remodeladas y utilizadas en beneficio del nuevo grupo dominante sobre los demás. Especialmente después de que se eliminaran las constricciones democráticas y de otra naturaleza sobre el poder estatal. Así que los nazis destruyeron el floreciente Leviatán encadenado y tomaron el poder, y rápidamente reestablecieron e intensificaron la dominación despótica del Estado sobre la sociedad.

Cómo se sale de control la Reina Roja

El problema del pasillo es que puedes salir de él. Hemos visto que una manera de hacerlo es como en el caso de la República de Weimar. También algunas de las razones por las que era probable que esto sucediera en Alemania.

Los tres factores que ponían a la Alemania de entreguerras en una posición precaria —la polarización entre el Estado y la sociedad, que hacía improbables las concesiones y convertía el efecto de la Reina Roja en una cuestión de suma cero; la incapacidad de las instituciones para contener y resolver los conflictos; y *shocks* que desestabilizaron a las instituciones e hicieron más profundo el descontento— aparecen de una forma u otra en muchos ejemplos en los que la Reina Roja escapa al control. Pero esto no significa que siempre se produzca un movimiento de abajo arriba que socave al Leviatán encadenado, como en Alemania. Es posible que sean las élites quienes reestablecen el Leviatán despótico a medida que emergen como la parte más fuerte de la competición con la sociedad, o que se sientan capaces o dispuestas a utilizar el poder que tengan para reafirmar su control, quizá porque están amenazadas por la polarización. Esto, veremos, es lo que pasó en Chile cuando Augusto Pinochet lideró un golpe violento que derrocó la democracia en 1973.

O puede que determinados segmentos de la sociedad pongan fin a la vida en el pasillo porque están convencidos de que ya no pueden controlarla. Eso es lo que derribó a la mayoría de las comunas italianas que hemos estudiado en el capítulo 5. Y lo que sucede en muchas partes del mundo hoy.

¿Cuánta tierra necesita un inquilino?

Hemos visto que los leviatanes encadenados no se crean de la noche a la mañana. Son el resultado de una larga lucha entre el Estado y la sociedad. En 1958, Chile estaba experimentando la última fase de esa lucha, que ya había llevado a la emancipación política de una gran parte de la mano de obra rural, conocida como «inquilinos».[362] La connotación de esa palabra en el Chile rural era un poco más siniestra que en su uso habitual. Aunque no eran esclavos ni siervos, en la práctica los inquilinos estaban tan atados a

las granjas que cuando la gente las vendía, incluía a los inquilinos en la venta. Los inquilinos trabajaban en las granjas y además ofrecían otros «servicios». Entre ellos, era particularmente importante su contribución al poder político de los terratenientes, puesto que estaban obligados a votar lo que les indicaran. Cuando se celebraban unas elecciones, los terratenientes mandaban a los inquilinos en autobús al colegio electoral, donde les daban las papeletas y les decían a quién votar. Su voto no era secreto y los terratenientes podían observar todo el proceso. Cualquiera que fuera contra los deseos de los terratenientes se arriesgaba a ser despedido y desposeído.

¿Cómo pudo Chile estar en el pasillo en 1958 con esta clase de prácticas? Recordemos que estar en el pasillo es un proceso. El pasillo puede empezar cuando el Estado y la sociedad tienen capacidades equilibradas pero modestas. En esto, Chile no era distinto de otros lugares. El voto secreto sólo llegó a las elecciones británicas en 1872. En una fecha tan tardía como 1841, el político conservador y tres veces primer ministro lord Stanley señaló: «Cuando un hombre intentaba estimar el resultado probable de la elección en los condados de Inglaterra, lo hacía calculando el número de grandes propietarios de tierras en el condado y sumando el número de inquilinos bajo cada uno de ellos».[363] De hecho, en la Inglaterra rural, los grandes terratenientes controlaban una fracción tan grande de la población votante que su control determinaba el resultado de una elección. Al igual que en el Chile de la década de 1950, si un «inquilino» iba contra su terrateniente, se enfrentaba a problemas. El gran economista británico David Ricardo reconoció esto en 1824, y escribió que: «Es la burla más cruel decirle a un hombre que puede votar a A o a B cuando sabes que está en tanta medida bajo la influencia de A, o de los amigos de A, que a su voto por B se le respondería con su destrucción. No es él quien tiene el voto, de manera real y sustancial, sino su terrateniente, puesto que es en su beneficio e interés lo que se ejerce en el sistema presente».[364]

La lógica de lord Stanley se aplicaba también en Chile. Durante el debate en el Senado sobre la introducción del voto secreto,[365] el senador socialista Martones argumentó a favor de introducir el voto secreto porque:[366]

> si la ley [la vieja ley electoral sin voto secreto] no existiera, en lugar de haber nueve senadores socialistas habría dieciocho, y ustedes [los conservadores] estarían reducidos a dos o tres [...] [risas] Se ríen, pero la verdad es que no habría dos senadores conservadores de O'Higgins y Colchagua, que se corresponden exactamente con el número de inquilinos en los fundos que pertenecen a los hacendados conservadores de esa región. Los conservadores tendrían uno o quizá ninguno.

El voto secreto, introducido en 1958, tuvo efectos críticos en las elecciones chilenas. Para empezar, transformó las expectativas políticas de Salvador Allende. Éste se había presentado a candidato presidencial por el Partido Socialista en 1952 y había conseguido sólo un 5,4 por ciento de los votos. En 1958 era candidato de una coalición que habían construido los socialistas, conocida como FRAP (Frente de Acción Popular) y le había ido mucho mejor, consiguiendo el 28,8 por ciento de los votos, sólo un 3 por ciento menos que el ganador, Jorge Alessandri.

Allende era un gran ejemplo del lema según el cual «si no lo consigues a la primera, sigue intentándolo». Lo hizo en 1964 y perdió por tercera vez. Pero a la cuarta, en 1970, fue la vencida. Aunque sólo obtuvo el 36,6 por ciento del voto, sólo un 1,5 por ciento más que su rival de toda la vida, Alessandri, el Congreso lo escogió presidente con el apoyo del Partido Demócrata Cristiano, que había quedado tercero en las elecciones presidenciales. En 1970, Allende encabezaba una nueva coalición de izquierdas llamada, con cierta ironía, visto el resultado, Unidad Popular. Pretendía transformar a Chile en un país socialista.

En la sociedad chilena no había consenso para ello. Pero Allende había cabalgado una ola provocada por el voto secreto y otros cambios políticos y sociales que estaban desplegándose de acuerdo con las líneas de la Reina Roja. Por ejemplo, en 1958 también se produjo la legalización del Partido Comunista, que formaba parte del FRAP y de Unidad Popular. Además, el registro de los votantes se volvió obligatorio: no registrarse podía ser castigado incluso con pena de cárcel. Esto llevó a un gran aumento del electorado, de 1,25 millones de personas en 1960 a 2,84 millones en 1971, cuando finalmente se incluyó a los analfabetos. El Gobierno demócrata cristiano de Eduardo Frei de la década de 1960, que llegó al poder en parte en respuesta a estos cambios, lideró no sólo un abanico de reformas, entre las cuales se encontraba la distribución de las tierras, sino un

fortalecimiento general de la sociedad.[367] Y conviene no olvidar que en 1961 también se lanzó la Alianza por el Progreso del presidente John F. Kennedy. El 13 de marzo de ese año, Kennedy declaró:[368]

> Nos proponemos completar la revolución de las Américas, construir un hemisferio en el que todos los hombres puedan esperar un estándar de vida apropiado y todos puedan vivir sus vidas con dignidad y en libertad. Para lograr este objetivo, la libertad política debe acompañar al progreso material [...]. Transformemos una vez más el continente americano en un inmenso crisol de ideas y esfuerzos revolucionarios, un tributo al poder de las energías creativas de los hombres y las mujeres libres, como un ejemplo a todo el mundo de que la libertad y el progreso caminan de la mano. Despertemos una vez más nuestra revolución americana hasta que guíe las luchas de la gente en todas partes.

El uso frecuente de la palabra *revolución* es irónico, porque la Alianza por el Progreso era en parte un plan para mantener a raya la revolución socialista que se estaba expandiendo por todo el continente. Era una de las respuestas políticas del Gobierno estadounidense a la Revolución cubana. (Un mes después del discurso de Kennedy, se lanzó otra respuesta en Bahía de Cochinos, Cuba.) La Alianza sostenía que la reforma de la tierra transformaría América Latina. De acuerdo con las palabras de Kennedy, la Alianza planeaba «satisfacer las necesidades básicas de los americanos en forma de techo, trabajo y tierra, salud y escuela».

De manera poco sorprendente, la tierra estaba en la mente de muchos de los inquilinos con nuevos derechos políticos. Esto, más el hecho de que ahora estaba siendo promovida por Estados Unidos, puso la reforma de la tierra en la agenda política de 1964. En 1967, Frei lanzó un programa de reforma agraria con el objetivo de redistribuir tierras y expropiar todas las granjas que tenían el equivalente de 80 hectáreas en el valle de Maipo. (Esto significaba que las granjas podían ser más grandes en lugares en los que la tierra era de una calidad inferior.) Anticipándose a la reforma de la tierra, se habían organizado alrededor de 200 sindicatos rurales, que entonces eran ilegales. Fueron legalizados por medio de la misma ley. En 1970 había cerca de 500 sindicatos de esa clase. Hubo un aumento en las huelgas laborales, que pasaron de 88.000 en 1960 a 275.000 en 1969.

Ilustrando una vez más a la Reina Roja en acción, en respuesta a esta movilización social, Frei no sólo inició una reforma de la tierra, sino que también aumentó la capacidad del Estado. En particular, Frei intentó reducir la capacidad de los políticos para utilizar medidas clientelares para comprar apoyos mientras hacían poco por la población a la que en teoría servían. Lo hizo de distintas formas. Por ejemplo, utilizando un veto presupuestario para eliminar los gastos dedicados en las leyes que satisficieran a un determinado sector. Y también reduciendo la capacidad de los congresistas para influir en los proyectos de obras públicas y los salarios. La jurisdicción del Congreso y el Senado sobre el presupuesto también disminuyó.

El programa de Allende contaba con obstáculos importantes. Por ejemplo, no tenía mayoría en el Congreso. Era presidente gracias a los demócrata cristianos, que sólo le habían votado después de que aceptara introducir en la Constitución un «estatuto de garantías».[369] Éste introdujo nuevos derechos individuales en la Constitución de 1925. Las enmiendas muestran claramente lo que preocupaba a los demócrata cristianos y a otros. Una cláusula afirma: «No podrá ser constitutivo de delito o abuso sustentar y difundir cualquier idea política». Otros tienen que ver con el miedo a que el sistema educativo pudiera utilizarse como herramienta de propaganda, por ejemplo, afirmando: «La educación que se imparta a través del sistema nacional será democrática y pluralista, y no tendrá orientación partidaria oficial. Su modificación se realizará también en forma democrática, previa libre discusión en los organismos competentes de composición pluralista». Otras cláusulas indican la preocupación por los grupos paramilitares. Una afirmaba: «La fuerza pública está constituida única y exclusivamente por las Fuerzas Armadas y el Cuerpo de Carabineros, instituciones esencialmente profesionales, jerarquizadas, disciplinadas, obedientes y no deliberantes». Tenían razones para estar preocupados.

Una vez en el poder, Allende empezó a implementar su plan. Éste incluía intensificar la reforma de la tierra y la expropiación, y crear cooperativas de trabajadores. También tenía planes para la nacionalización masiva de la industria. Su política económica también incluía conceder grandes aumentos de los salarios a los trabajadores. Algunas de estas políticas, como las subidas de sueldo para los trabajadores públicos, podían

ser implementadas fácilmente por decreto presidencial. Pero otras requerían el acuerdo del Congreso. ¿Qué haría Allende cuándo éste no estuviera de acuerdo? ¿Operar fuera de la Constitución? Eso era lo que el «estatuto» debía prevenir, pero ¿quién iba a aplicar el estatuto? En marzo de 1971, Allende concedió una entrevista al filósofo marxista francés Régis Debray.[370] En un momento dado, Debray señaló: «Usted, digamos, tiene el poder ejecutivo. Pero no el legislativo, el judicial, ni tampoco el aparato represivo. La legalidad, las instituciones ésas no las hizo el proletariado; la Constitución la hizo la burguesía para sus propios fines». Allende respondió:

> Evidente, tienes razón, pero escúchame un poquito, ya vamos a llegar allá. ¿Qué dijimos en la campaña electoral? Dijimos que si era difícil ganar la elección y no imposible, la etapa entre la victoria y la toma del gobierno iba a ser muy difícil y más difícil todavía era construir, porque nosotros estamos haciendo un camino nuevo, un camino de Chile para Chile, de los chilenos para nuestro país. Y hemos dicho que aprovecharemos aquellos aspectos de la Constitución actual para abrir paso a la nueva Constitución, la Constitución del Pueblo. ¿Por qué? Porque en Chile podemos hacerlo. Nosotros presentamos un proyecto y resulta que el Congreso lo rechaza; nosotros vamos al plebiscito».

De modo que Allende estaba avanzando su creencia de que el socialismo podía implementarse en Chile por medios constitucionales. Aunque carecía de mayoría legislativa, podía hacer progresar el proyecto apelando de manera directa al pueblo, por medio de un plebiscito. No estaba claro cómo iba a funcionar eso. A fin de cuentas, Allende había logrado sólo el 36,6 por ciento del voto. Cuando Debray le presionó, Allende señaló:

> Ganamos dentro de sus reglas del juego. La táctica nuestra fue correcta, la de ellos equivocada. Pero yo le dije al pueblo: «Entre el 3 de septiembre y el 4 de noviembre, Chile se va a sacudir más que una pelota de fútbol pateada por Pelé».

Aunque Allende pudiera creer que podía llevar a Chile al socialismo por medios constitucionales, muchos en su coalición no lo hacían, y Allende no podía controlarlos. Grupos de trabajadores ocuparon granjas y fábricas, ignorando los procesos legales, y el Gobierno procedió a ratificar las ocupaciones. La reforma de la tierra y la nacionalización se volvieron caóticas. Como señaló el periódico *El Mercurio* en un editorial de 1972, «ni

el presidente de la república, Salvador Allende, ni los partidos de la UP [...] creen, ni siquiera remotamente, que puedan tomarse medidas represivas contra grupos de trabajadores, agricultores y estudiantes que violan la ley».[371] Esos grupos comprendían eso y se aprovechaban de ello. Estas acciones se justificaban cada vez más por la idea de que las instituciones políticas eran creaciones de los oponentes de la UP y, por lo tanto, estaban diseñadas para defender el *statu quo*, un *statu quo* que la UP estaba comprometida a cambiar. Esto era de nuevo un efecto de la Reina Roja de suma cero, muy distinto del que hemos visto en la antigua Grecia o en Estados Unidos. Como se vería, la política chilena se volvió aún más polarizada. El auditor general condenó la polarización de la política sosteniendo en una rueda de prensa que una institución como la suya no era ni «revolucionaria ni reaccionaria». Era necesario el compromiso, pero no había disposición a llegar a compromisos. El senador Carlos Altamirano del Partido Socialista sostuvo:[372]

> Están quienes simulan pedir «diálogos democráticos» con la Democracia Cristiana. Como socialistas decimos que un diálogo es posible con todas las fuerzas que claramente se definen contra los explotadores y contra el imperialismo. Queremos y desarrollaremos un diálogo al nivel de las masas, con todos los trabajadores, sean nuestros militantes o no, pero rechazamos diálogos con líderes y partidos reaccionarios y contrarrevolucionarios.

Cuando los miembros de la democracia cristiana llegaron a un compromiso tentativo con el Gobierno, su facción conservadora, que advirtió de la «amenaza comunista», lo derribó. La suerte estaba echada. La violencia estalló en todos los bandos.

Cuando Debray pregunta a Allende sobre cómo haría frente a la violencia de la oposición, este respondió: «Nosotros la vamos a contener, primero, con la fuerza de su propia ley. Además, a la violencia reaccionaria vamos a contestar con la violencia revolucionaria, porque sabemos que ellos van a romper las reglas del juego». Allende tenía razón en que el otro bando rompería las reglas del juego, pero estaba bastante equivocado en que podría enfrentarlo con la violencia revolucionaria.

Fue derrocado por un golpe el 11 de septiembre de 1973. Se había producido un intento antes, y los oponentes de Allende estaban presionando al ejército para que lo intentara de nuevo. *El Mercurio* publicó un artículo

en junio que afirmaba: «Para cumplir la tarea de la salvación política, tenemos que renunciar a todos los partidos políticos, la mascarada de las elecciones, la propaganda envenenada y engañosa, y entregar a unos pocos militares selectos la tarea de poner fin a la anarquía política».[373]

El proceso de movilización social y de fortalecimiento de la sociedad que tuvo lugar en Chile en la década de 1960 fue igualado por el fortalecimiento del Estado. Pero a partir de 1970 esto sólo llevó a demandas más radicales. Estas demandas alimentaron el miedo entre las élites chilenas, que estaban preocupadas por la expropiación masiva de tierras y empresas. La reacción de la élite sacó a Chile el pasillo.

La política del Gobierno de Estados Unidos estaba alimentando este fuego. En ese momento, Kennedy estaba anunciando una «revolución» de libertad política para Latinoamérica. La CIA estaba gastando dinero y esfuerzos en Chile para desestabilizar al Gobierno de Allende. El informe del Comité Selecto del Senado sobre Inteligencia acerca de la «Acción encubierta en Chile 1963-1973»,[374] desclasificado en 2010, observa que la CIA intentó intervenir en todas las áreas de la vida chilena para alterar las realidades políticas. Dio más de dos millones de dólares al Partido de la Democracia Cristiana para contribuir a la financiación de su campaña electoral de 1964. Se entregaron otros cuatro millones de dólares a los partidos anti-Allende a partir de 1970. Dio un millón y medio de dólares a *El Mercurio*, que fue considerado el periódico anti-Allende más influyente. Financió «sindicatos democráticos» contra la confederación sindical liderada por los comunistas. El presidente Nixon dio órdenes directas para que la CIA intentara impedir que Allende asumiera el poder después de su elección. El informe del Senado afirma:

> Después de que Allende terminara primero en las elecciones [...] el presidente Nixon se reunió con Richard Halms, el director de la Inteligencia Central, Henry Kissinger y John Mitchell. Helms recibió la orden de impedir que Allende asumiera el poder [...]. Rápidamente quedó claro que un golpe militar era la única manera de impedir el acceso de Allende al poder. La CIA estableció contacto con varios grupos de conjurados militares y finalmente entregó armas a un grupo.

Se suponía que el golpe debía empezar con el secuestro del jefe militar, el general René Schneider. Éste recibió un disparo y murió y el golpe se vino abajo y fracasó. Es controvertido en qué medida la CIA contribuyó a precipitar el golpe de 1973; algunos documentos estadounidenses relevantes siguen clasificados. El informe del Senado afirma que, si bien «no hay evidencias claras de asistencia estadounidense directa al golpe», «Estados Unidos —por sus acciones previas, su posición del momento y la naturaleza de sus contactos con el ejército chileno— transmitió la señal de que no miraría con desaprobación un golpe militar».

El golpe, que Estados Unidos no miró «con desaprobación», desató un torrente de violencia y asesinatos entre el pueblo chileno. Alrededor de 3.500 personas fueron asesinadas por sus creencias y actividades políticas. Se prohibieron los sindicatos, la acción colectiva se volvió imposible y se cerró el Congreso en seguida. Lo que empezó con la habitual carrera entre el Estado y la sociedad en el pasillo y una intensificación de la fuerza de la sociedad en la década de 1960 escapó al control y acabó con Chile saliendo del pasillo y entrando en un período de despotismo de diecisiete años.

En el caso chileno estamos viendo también a la Reina Roja de suma cero, que lleva a la polarización y a intentos de las dos partes de socavar a la otra en lugar de encontrar un terreno común o un compromiso. Los factores estructurales que hacían que el pasillo fuera particularmente estrecho y que la Reina Roja estuviera plagada de peligros en la República de Weimar tenían muchos paralelismos en el caso chileno. Para empezar, estaban las élites terratenientes, aterradas por la reforma de la tierra y por el eclipse de su poder político. Eso alimentó una creciente renuencia de la élite a aceptar la movilización social y la redistribución. La creciente polarización, resultado de la intransigencia de la élite y de la ideología marxista radical del Gobierno de Allende, fue un factor definitivo también. Como lo fue la incapacidad de las élites chilenas, entre ellas el Congreso y los tribunales, para mediar en el conflicto. Ambos grupos, pues, llegaron a la conclusión de que los conflictos serían resueltos por medio de la fuerza. No hubo ningún *shock* externo similar a la Gran Depresión que desestabilizara a

Chile, lo que subraya que un país puede fácilmente salir del pasillo sin necesidad de una ruptura externa. De todos modos, las políticas de Allende y la oposición de una élite que se negaba a llegar a compromisos crearon una severa recesión provocada por ellos mismos, lo que se sumó al caos.

Chile, como Alemania, salió del pasillo. En este caso, lo que terminó con las perspectivas de un Leviatán encadenado chileno (al menos por un tiempo) no fueron las camisas pardas, sino un golpe militar apoyado por las élites.

Por quién doblan las campanas

En 1264 tuvo lugar una solemne reunión en la ciudad de Ferrara, en el norte de Italia.[375] Fue presidida por el *podestà*, que, como hemos visto en el capítulo 5, era un ejecutivo externo llevado a dirigir el gobierno de las comunas republicanas italianas. El acta de la reunión dice:

> Nosotros Pierconte de Carrara, *podestà* de Ferrara, en plena asamblea de todo el pueblo de la ciudad de Ferrara en la plaza de la ciudad, reunida de la manera habitual con un redoble de campanas, por el deseo, consentimiento y orden de toda la comuna y población reunida en esta asamblea [...] hemos decretado lo que sigue [...]. El magnífico e ilustre señor de Obizzo, nieto y heredero del fallecido magnífico señor de Azzo de feliz memoria [...] será gobernador y gobernante y general y señor permanente de la ciudad de Ferrara y sus distritos a su propia voluntad. Poseerá jurisdicción, poder y gobierno en la ciudad y fuera y tendrá el derecho de aumentar, hacer, ordenar, proveer y disponer como desee y como le parezca útil a él. Y en general tendrá poderes y derechos como señor permanente de la ciudad de Ferrara y su distrito para hacer y disponer todas las cosas de acuerdo con sus deseos y órdenes.

Quizá sea necesario repetirlo. «Toda la comuna y población» reunida en asamblea había creado un «señor permanente». Las cosas después se volvían aún más raras, porque aquello no tenía que ver sólo con el señor de Obizzo. La declaración seguía: «Deseamos que todo lo anterior se aplique a perpetuidad no sólo al señor de Obizzo, sino después de su muerte deseamos que su heredero sea gobernador y gobernante y general señor de la ciudad». No sólo era un señorío permanente, sino que era hereditario; era la creación de un gobierno dinástico consumado por «toda la comuna y población» reunida «en plena asamblea de todo el pueblo». La comuna republicana había votado su desaparición.

Para comprender lo que pasó en Ferrara, y en buena parte del resto de la Italia comunal, tenemos que retroceder un poco. Ya hemos visto cómo las comunas emergieron en la Alta Edad Media a partir de las instituciones políticas participativas lombardas y carolingias. Y cómo crearon elaborados sistemas de gobierno republicano que mantenían encadenados a los leviatanes. También ayudó a las comunas el legado de Roma, donde las élites eran urbanas y en consecuencia era más fácil controlar la sociedad, que también se organizaba en zonas urbanas. Pero las élites no desaparecieron una vez las comunas tomaron el poder. Con frecuencia mantenían haciendas y vínculos feudales en el campo, lo que les permitía preservar su riqueza y su influencia política. Las comunas intentaron luchar contra eso, y aprobaron leyes que pretendían restringir las relaciones feudales. Declaraban cosas como que «ningún hombre se volverá vasallo de otro ni le jurará lealtad». En la comuna de Perugia, esto se llevó al extremo, y cualquiera implicado en un juramento de vasallaje, incluido cualquier notario que diera fe de él, podía ser sometido a la pena capital. Una de las preocupaciones era que los vasallos podían ser armados fácilmente y amenazar con desestabilizar la comuna. Y así era.

En línea con la lógica de la Reina Roja, y por parafrasear a William Shakespeare, «el curso de la verdadera competencia nunca fluyó suavemente». Esto fue sin duda cierto en el caso de la competición entre las élites y las comunas. Las élites no se quedaron de brazos cruzadas ante la creación de las comunas. Empezaron a organizarse. De hecho, mientras emergían las comunas, las élites empezaron a formar un tipo de asociación llamado consorcio (*consorzeria*). Se trataba de alianzas en las que las élites acordaban acudir en ayuda mutua, especialmente en su lucha contra las comunas. El acuerdo de un consorcio de 1196 dice: «Juramos ayudarnos mutuamente sin fraude y con buena fe [...] con nuestra torre y casa común y juramos que ninguno de nosotros actuará contra los demás directamente o por medio de un tercero».

La referencia a la torre es significativa. En toda Italia, las élites empezaron a construir torres. Las comunas no tardaron en promulgar leyes que limitaban su altura. Aún sobresalen en el horizonte de las modernas Bolonia y Pavía. (Véase en el encarte la foto de algunas de las torres que

quedan en Bolonia.) En realidad, esas torres eran fortificaciones. El viajero Benjamín de Tudela observó en la década de 1160 que en Génova «cada cabeza de familia tiene una torre en su casa y en tiempos de tumulto luchan entre sí desde lo alto de las torres».[376] Vio algo similar en Pisa. En 1194, un ciudadano genovés documentó luchas en la ciudad de Pistoya entre dos grupos, llamados los Negros y los Blancos.[377]

> Los Negros habían fortificado la torre de los hijos del señor Iacopo y desde allí hicieron mucho daño a los hijos del señor Ranieri. Y los Blancos habían fortificado la casa del señor Lazzari... Esa casa hizo mucho daño a los Negros con fuego de ballesta y piedras, de modo que no podían luchar desde la calle. Cuando los Negros vieron que estaban siendo enfrentados por sirvientes en el interior de la casa, Vanne Fucci y algunos de sus compañeros subieron hasta ella y la atacaron por el frente con fuego de ballesta y después la ganaron prendiendo fuego en un lado de la casa y entrando por el otro lado. Quienes estaban dentro empezaron a huir y ellos los persiguieron, hiriendo y matando y saqueando la casa.

Está claro que en muchas comunas algo no iba bien en la resolución de conflictos.[378] Los Negros y los Blancos eran *elite consortia* en competición, y se enfrentaban de manera incesante. Esta clase de enfrentamientos entre familias de élite italianas está recogida en la literatura por los Capuletos y los Montescos de William Shakespeare en su obra *Romeo y Julieta*. En Reggio, un enfrentamiento real entre las familias Da Sesso y Da Fogliano se prolongó durante cincuenta años y se cobró 2.000 vidas. En un momento dado, la familia Da Fogliano cercó a los Da Sesso, que en lugar de rendirse, supuestamente discutieron si echar a suertes comerse los unos a los otros. ¡Al parecer eso era un fin menos malo que ser capturados!

La élite no sólo luchaba entre sí, también amenazaba todo el edificio de gobierno republicano. Muchas comunas habían sido incapaces de eliminar todos los privilegios de la élite y las relaciones feudales. En una fecha tan tardía como 1300, en muchos lugares, entre ellos Milán, Génova, Pisa, Mantua, Módena y Rávena, las élites aún controlaban varias aduanas, impuestos y el derecho a acuñar monedas y determinar pesos y medidas. Algunos, como la familia Visconti en Milán, ejercían activamente esos derechos. Las propiedades de ciudadanos en varias comunas estaban restringidas por varias clases de feudos, y los contratos se firmaban a partir de las leyes y costumbres feudales.

En oposición a esta actividad de la élite y los privilegios continuados, los ciudadanos se movilizaban bajo la guisa del *Popolo*, el pueblo. En el capítulo 5 hemos mencionado brevemente un cargo ejecutivo llamado *Capitano del Popolo*, que estaba a cargo de la organización de la gente. El *Popolo* era una contramovilización contra la élite. En Bérgamo, cada miembro del *Popolo* tenía que hacer un juramento:[379]

> Haré cuanto esté en mi poder para asegurar que el consejo [...] y todos los puestos y honores de la comuna de Bérgamo sean escogidos en interés de la comunidad y no por razón de cualquier partido o partidos [...].
>
> Si cualquier partido o alianza en la ciudad de Bérgamo o cualquier asamblea toma las armas o empieza a luchar y si pretendieran actuar contra el honor y el buen estado del *podestà* [...] o contra la comuna o esta corporación [el *Popolo*] [...] defenderé y ayudaré y mantendré al [...] *podestà* [...] y la comuna de todas las formas que sea capaz.

La existencia del *Popolo* era en sí misma una señal de que no todo iba bien en las comunas. La sociedad tenía que organizarse para defender a las comunas de las élites. Pero ¿acaso las comunas y sus instituciones legales no podían hacer frente a las peleonas élites? ¿Por qué tenía la gente que asumir esa tarea? En Bolonia, el *Popolo* se justificaba sosteniendo que era necesario para que «los lobos rapaces y los mansos corderos puedan andar con pasos iguales». Los lobos rapaces eran las élites, la gente ordinaria, los corderos. Las raíces del *Popolo* diferían en distintas ciudades. Algunos procedían de gremios, otros de asociaciones geográficas, y muchos tenían elementos militares. Se modelaron a partir de las comunas, de ahí el papel clave del *Capitano*, el primero de los cuales parece haber surgido en Parma en 1244. Estipulaban una representación fija para sus miembros en los consejos de la comuna. En Vicenza, ya en 1222, la mitad de los cargos de la comuna eran asignados al *Popolo*. Al mismo tiempo, exigían que las élites sólo tuvieran una representación limitada en esos cargos. Incluso exigían mayores derechos legales que las élites. En Parma «el juramento de cualquier miembro del *Popolo* debe ser una prueba plena contra cualquier magnate u hombre poderoso».[380] No así al revés. En la década de 1280, en Florencia y Bolonia el *Popolo* hacía listas de familias de élite y demandaba que hicieran pagos como garantías de su futuro buen comportamiento.

Para empeorar las cosas, la división entre élites y *Popolo* no era la única brecha que sacudía Italia. Las comunas, recordemos, eran nominalmente parte del Sacro Imperio Romano, el Estado sucesor de la parte oriental del Imperio carolingio de Carlomagno, que éste había dividido entre sus hijos. Aunque las comunas habían logrado su independencia *de facto*, aún las había que apoyaban al imperio y otras que se oponían a él. Las primeras eran conocidas como gibelinas, un nombre supuestamente derivado del castillo de Waiblingen, una propiedad de los Hohenstaufen, la dinastía reinante del imperio durante la mayor parte del siglo XII y la familia de su gobernante más dominante, Federico Barbarroja. Las segundas eran llamadas güelfas, cuyo nombre derivaba de la palabra germana *Welf*, la familia de uno de los principales oponentes de Federico Barbarroja, Otto IV. El conflicto entre los gibelinos y los güelfos era tan agrio como el que existía entre las élites y el *Popolo*. Cuando los güelfos tomaron el control del Gobierno de Florencia en 1268, inmediatamente confeccionaron una lista de los gibelinos, 1.050 personas en total, de las cuales 400 fueron mandadas al exilio.

Ahora ya tenemos una cierta idea de lo que pasaba en Ferrara. La creación de las comunas había suscitado una reacción de las élites feudales. Ésta a su vez llevó a la reacción de los ciudadanos en forma del *Popolo*. Éste empezó a inclinar el sistema legal en su favor, expulsando a las élites de la representación de la comuna y estableciendo su propia representación de maneras no democráticas. Las élites, a su vez, intentaron no sólo subvertir el sistema, sino derrocarlo. Con frecuencia lo hacían en el nombre de un «partido», como los güelfos, que en Florencia y Lucca nombraron al rey de Sicilia, Carlos de Anjou, como *podestà* para un término de seis años, con lo cual delegaban en él la tarea de escoger quién gobernaría las ciudades. Cuando los güelfos tomaron el poder de Florencia y Bolonia, todos los cargos, incluidos los militares, fueron reservados para los miembros del partido. Con frecuencia los «partidos» adoptaban los nombres de familias individuales de la élite y se convertían en vehículos para derrocar a la comuna. En Milán estaban los partidos Visconti y Della Torre; en Como, los Rusconi y los Vittani; en Bolonia, los Lambertazzi y los Geremei; y en Orvieto, los Monaldeschi y Filippeschi. Al principio, las

élites lograron aumentar su control sobre los regímenes republicanos. En Ivrea, cerca de Turín, la ciudad prometía lealtad e incluso «vasallaje» al marqués de Montferrat, y le prometió la mitad de los ingresos de la ciudad y le permitió nombrar al *podestà*. En otros casos, como Venecia, hasta entonces una de las ciudades-Estado más exitosas de Italia, las élites se limitaron a cambiar las reglas para excluir a otros del poder político. El músculo militar también ayudó a consolidar el gobierno de la familia Bonacolsi en Mantua en 1272, los Polenta en Rávena en 1275, los Da Camino en Treviso en 1283 y los Malatesta en Rímini en 1295. En 1300, al menos la mitad de las ciudades que habían sido comunas estaban bajo un mando despótico. Las consecuencias no tardaron en ser obvias. En Ferrara, donde hemos empezado, se restringió drásticamente la participación popular en los consejos y se suspendieron los gremios y las confraternidades. Los nuevos señores habían empezado a mandar.

El *Popolo* respondió ante esta insidiosa y poderosa élite, pero no sólo luchando contra ella. Era probable que el poder político volviera completamente a la élite, por lo que era mejor derrocar todo el sistema. El proceso empezó en Plasencia en 1250 cuando, bajo el liderazgo del *Popolo*, Uberto de Iniquiate fue elegido *podestà* y miembro del *Popolo* por un año. Pero pronto la duración del cargo se extendió a cinco años. Y se estipuló que, si moría, su hijo asumiría el cargo. Esos acontecimientos eran comunes. Buoso da Dovara[381] inicialmente asumió el cargo de *podestà* en Cremona para cinco años en 1248. En 1255 era *podestà* de por vida en Soncino. Uberto Pallavicino recibió cargos de *podestà* vitalicios en Vercelli, Plasencia, Pavía y Cremona. En Perugia el *Popolo* ayudó a catapultar a Ermanno Monaldeschi al poder. Después de dejar el cargo, uno de los partidarios de Monaldeschi propuso que se suspendiera la Constitución y se formara una comisión de doce personas para reformar las instituciones de la ciudad. La comisión decidió darle a Monaldeschi poder casi absoluto y el título de *gonfaloniere* (portaestandarte) de por vida.

En realidad, las comunas estaban condenadas a causa de los conflictos que no podían contener. No pudieron eliminar la amenaza de las élites, que disparó la contramovilización de la gente. El conflicto entre los dos grupos no pudo ser contenido por las instituciones y, de hecho, ambos grupos

decidieron trabajar fuera de ellas e incluso derrocarlas. La inestabilidad resultante llevó al fin de las comunas. En Ferrara, el señor Obizzo y su familia parecían una apuesta más segura que el conflicto y la violencia constantes o, peor aún, la toma del poder por la élite.

El atractivo de los autócratas

La manera en que las comunas italianas desmantelaron sus instituciones participativas y, en el proceso, se disolvieron resulta desconcertante al principio. ¿Acaso la sociedad no quería defender su existencia en el pasillo?

Hemos sostenido que la respuesta es que sí, pero sólo si la gente cree que puede permanecer en el pasillo a pesar del poder y la oposición de la élite. Si se vuelven pesimistas y creen que las dinámicas de la Reina Roja darán cada vez más ventajas a la élite y eso llevará a su despotismo, entonces pueden optar por darle el poder a un autócrata que no rinde cuentas y que, esperan, será más favorable a sus intereses de lo que lo sería un régimen dominado por una élite. Aunque esto es con frecuencia un pensamiento ilusorio, no ha impedido que sociedades destruyan su propio Leviatán encadenado para obtener una ventaja en su lucha contra la élite.

Un factor común en la historia de la desaparición de las comunas italianas y el derrocamiento de las democracias de Weimar y Chile es el poder y la oposición de los intereses de los terratenientes. El efecto de la Reina Roja, a su vez, se convirtió progresivamente en una lucha de suma cero, existencial, en lugar de una carrera entre el Estado y la sociedad que mejoraba las capacidades de ambos. Esto es visible en el caso italiano: las élites empezaron a pelear no sólo por mejorar su posición frente a las comunas, sino para destruirlas. Y las comunas llegaron a considerar la coexistencia con las élites como algo imposible, y prefirieron la autocracia a la influencia insidiosa de las élites.

Maquiavelo lo resumió bien en *El príncipe* al observar que:[382]

> el pueblo no desea ser dominado ni oprimido por los grandes, y, por otro lado, los grandes desean dominar y oprimir al pueblo; de estos dos contrapuestos apetitos nace en la ciudad uno de los tres efectos siguientes: o el principado, o la libertad, o el libertinaje.

> El principado es promovido o por el pueblo o por lo grandes, según sea una parte u otra la que encuentre la oportunidad; porque los grandes, viendo que no pueden resistir al pueblo, comienzan a aumentar la reputación de uno de ellos y lo hacen príncipe para poder a su sombra desfogar su apetito. El pueblo, por su parte, viendo que no puede defenderse ante los grandes, aumenta la reputación de alguien y lo hace príncipe a fin de que su autoridad lo mantenga defendido.

Maquiavelo, de hecho, está identificando una fuerza que impulsa muchos movimientos de hoy día que en ocasiones son llamados «populistas». El término se origina con el movimiento populista de finales del siglo XIX en Estados Unidos, ejemplificado por el Partido del Pueblo, y sus recientes ejemplos, aunque sean diversos, discrepantes y carezcan de una definición común acordada, tienen algunos sellos distintivos comunes. Entre ellos está una retórica que pone al «pueblo» contra una élite taimada, el énfasis en la necesidad de arreglar el sistema y las instituciones (porque no están funcionando para el pueblo), la confianza en un líder que (supuestamente) representa los verdaderos deseos e intereses del pueblo, y el repudio de toda clase de constricciones e intentos de llegar a compromisos, porque serán obstáculos en el camino del movimiento y su líder. Los movimientos populistas contemporáneos, entre ellos el Frente Nacional de Francia, el Partido por la Libertad de los Países Bajos, el Partido Socialista Unido de Venezuela iniciado por Hugo Chávez, y el Partido Republicano transformado por Donald J. Trump en Estados Unidos, comparten estos rasgos, como lo hicieron los anteriores movimientos fascistas (aunque éstos los multiplicaron con un fuerte militarismo y un fanático anticomunismo). Como en el caso de las comunas italianas, la élite puede de hecho ser taimada y estar contra la gente común, pero la afirmación de que un movimiento populista y su todopoderoso líder protegerán los intereses del pueblo es sólo una trampa.

Nuestro marco ayuda a clarificar lo que motiva estos movimientos populistas y por qué amenazan la estabilidad de una sociedad en el pasillo. Las dinámicas de la Reina Roja nunca son nítidas y ordenadas. Si trabajan en el interior del pasillo, pueden aumentar las capacidades del Estado y la sociedad. Pero, como hemos visto, pueden polarizarse y volverse de suma cero. Incluso peor: cuando las instituciones no están a la altura de la tarea de contener y resolver esos conflictos y cuando la competición entre la élite

y las no élites parece no generar ganancias y poder real para las no élites, puede venirse abajo la confianza en las instituciones que entraron en el pasillo. Esto es parte de lo que sucedió durante la República de Weimar: las instituciones democráticas quedaron paralizadas, el sistema judicial y las fuerzas de seguridad no podían arbitrar los conflictos de la sociedad, y la economía colapsó, con terribles consecuencias para muchos alemanes. El mismo proceso tuvo lugar en las comunas italianas a medida que en muchas ciudades la gente perdía la esperanza de que serían capaces de contener la creciente dominación de las élites. En ambos casos, desapareció la confianza de la gente en que las instituciones podrían trabajar en su favor y proteger sus intereses, lo que hacía más atractivo volverse hacia un líder y un movimiento autoritarios que afirmaban preocuparse por los intereses del pueblo... siempre que fueran instalados en el poder y se eliminara cualquier traba a su poder autocrático.

Desde este punto de vista, hay ciertos paralelismos entre estos acontecimientos y lo que está pasando en todo el mundo en la actualidad. El hecho de que en las tres últimas décadas muchos ciudadanos de las naciones industrializadas hayan tenido ganancias económicas muy limitadas (como abordaremos en mayor detalle en el capítulo 15) en una época en la que el cambio tecnológico y la globalización han enriquecido a los otros, es absolutamente real y una importante fuente de descontento. Que el sistema político no ha sido receptivo acerca de sus penalidades también es en gran medida cierto. Estas preocupaciones legítimas se volvieron luego más explosivas a medida que quedaba claro que las muy amadas instituciones de Occidente no podían manejar las consecuencias económicas de la crisis financiera global de 2008. Y también por la realidad de que los intereses financieros políticamente poderosos acabaron dominando las respuestas a la crisis y se beneficiaron de ellas. Estaba todo listo para una caída en picado de la confianza de la gente en las instituciones, lo que abrió la puerta al auge de movimientos populistas.

El ascenso del populismo, a su vez, corroe la política en el pasillo. Es más probable que la Reina Roja se escape del control cuando la competición entre Estado y sociedad (y entre distintos segmentos de la sociedad) se vuelve más polarizada, más de suma cero. La retórica de los

movimientos populistas, que pinta a todo el mundo fuera del movimiento como enemigos y parte de las taimadas élites que aprietan las tuercas al pueblo, contribuye a esa polarización. A medida que la confianza en las instituciones declina, se vuelve más difícil para éstas negociar un compromiso.

Nuestro análisis subraya también por qué, incluso cuando están definidos por importantes elementos de abajo arriba e incluso aunque afirmen representar al pueblo, en última instancia, una vez llegan al poder, los movimientos populistas conducen al despotismo. Esto sucede exactamente por las mismas razones que hemos destacado en nuestro estudio del auge del régimen nazi: la afirmación populista de que los controles sobre su poder ayudarán a la taimada élite, y su insistencia en tomar el control del Estado, hacen difícil que las cadenas sobre el poder estatal sigan siendo efectivas una vez el populismo ha tomado el poder.

¿Significa esto que todo movimiento político que afirme hablar para el pueblo y se oponga a una élite todopoderosa es populista y probablemente desestabilizará la vida en el pasillo? Sin duda, no. Movimientos comprometidos con trabajar con las instituciones del pasillo, que son hoy casi todas instituciones democráticas, pueden contribuir al florecimiento de la Reina Roja, en lugar de convertirla en una fuerza desestabilizadora. También pueden ayudar de manera significativa a los miembros más desfavorecidos de la sociedad. Recordemos del capítulo 10 que el movimiento estadounidense por los derechos civiles, aunque reconocía las actitudes antagonistas de muchas élites, intentó utilizar los tribunales y el Gobierno federal para hacer avanzar su programa en lugar de rechazarlos de plano. La característica definitoria de los movimientos populistas que hace que contribuyan a la Reina Roja de suma cero es su negativa a aceptar constricciones y compromisos, y es este rasgo lo que hace improbable, en última instancia, que reviertan los desequilibrios en la sociedad. Crearán nuevas dominaciones, no terminarán con ellas.

¿A quién le gustan los controles y los contrapesos?

Una serie de ejemplos reveladores que ilustran las fuerzas que conforman el populismo actual y sus implicaciones proceden de las experiencias de varios países latinoamericanos, como Perú, Venezuela y Ecuador.[383] Muchos de esos países celebran elecciones regularmente y tienen algunas de las formas de las instituciones democráticas, aunque están lejos de disponer de un Leviatán encadenado. Parte de la razón por la que estas entidades políticas se encontraban en la órbita del Leviatán despótico era que, con elecciones o sin ellas, las élites tradicionales, con frecuencia arraigadas en el campo y en grandes haciendas, lograron controlar la política. En el ambiente polarizado que esto creó, el apoyo populista con frecuencia osciló hacia el desmantelamiento de los controles y contrapesos de los presidentes y la suspensión de las instituciones democráticas por las mismas razones que la gente entregó su apoyo a autócratas en las comunas italianas.

Veamos Perú. En 1992 el presidente Alberto Fujimori, inclinado a relajar los controles democráticos sobre el presidente, emitió el Decreto 25418, que suspendía de manera inconstitucional la legislatura y convocaba nuevas elecciones. El pueblo debería haberse levantado en armas. Pero Fujimori presentó su toma del poder como una reacción a las élites tradicionales, tanto las de la derecha, bajo la apariencia del partido político iniciado por Mario Vargas Llosa, como las de la izquierda en la forma del APRA (la Alianza Popular Revolucionaria Americana). La dominación de Perú por parte de la élite no era, por supuesto, ningún invento, aunque Fujimori no tenía ninguna clase de interés en acabar con ella. Pero su propaganda funcionó. Sus partidarios obtuvieron una mayoría en la nueva legislatura. Procedieron a reescribir la Constitución, aboliendo una de las cámaras de la legislatura y aumentando los poderes presidenciales. Estos cambios fueron respaldados en un plebiscito. Perú estaba ahora en manos de la dictadura autoritaria de Fujimori.

El ascenso al poder de Hugo Chávez en Venezuela tuvo raíces similares. En cuanto llegó al poder en 1998, Chávez organizó una asamblea constitucional que introdujo una legislatura unicameral y transfirió significativos poderes al presidente. Un setenta y dos por ciento del pueblo que votó en un referéndum apoyó la nueva Constitución. Como si eso no

fuera suficiente, en 2000 Chávez obtuvo el derecho a gobernar por decreto durante un año sin necesidad de obtener el acuerdo de la legislatura. Este poder fue renovado y extendido a dieciocho meses en 2007. Fue extendido aún más en diciembre de 2010, por otros dieciocho meses. ¿Cómo se salió con la suya Chávez? De la misma manera que Fujimori: presentándose como un revolucionario que defendía los intereses del pueblo de Venezuela contra las taimadas élites que durante tanto tiempo habían controlado la política y la economía de Venezuela. Como Fujimori, tenía razón acerca del control de las élites y sus taimadas estrategias y sobre el hecho de que las condiciones en Venezuela perjudicaban claramente a los pobres y los pueblos indígenas. Pero su compromiso de aumentar el poder y el bienestar del pueblo era una pura ficción. La economía venezolana se vino abajo durante el Gobierno de Chávez y de su sucesor, Nicolás Maduro, y las instituciones venezolanas se han visto diezmadas. La oposición y los venezolanos de a pie son reprimidos, silenciados y ahora, cada vez más, asesinados por fuerzas de seguridad leales al régimen. En el momento de escribir esto, el país se halla a las puertas de una guerra civil.

La situación en Ecuador, que llevó al presidente Rafael Correa al poder, es similar. En 2007, Correa articuló su agenda populista quizá aún mejor que Fujimori y Chávez. Sostuvo que a pesar de su deseo explícito de desmantelar los controles y los contrapesos y las instituciones participativas de Ecuador, él era el hombre del pueblo:

> Dijimos que íbamos a transformar la patria en la revolución ciudadana, democrática, constitucional [...] pero revolucionaria, sin enredarnos con las viejas estructuras, sin caer en las manos de los que tienen el poder tradicional sin aceptar que la patria tiene propietarios particulares. La patria es para todo el mundo, sin mentiras, con absoluta transparencia.

Como previó Maquiavelo, si se halla desesperado, «el pueblo [...] viendo que no puede defenderse ante los grandes, aumenta la reputación de alguien y lo hace príncipe a fin de que su autoridad lo mantenga defendido». Correa fue ese hombre y el 28 de septiembre de 2008, el 64 por ciento de votantes ecuatorianos ratificaron una nueva Constitución con una legislatura unicameral y un aumento de los poderes para el presidente

Correa. Ya no tenía que enfrentarse a una judicatura independiente o un banco central, y tenía el poder para suspender la legislatura. También se le permitió presentarse a dos mandatos más.

¿De vuelta en el pasillo?

En mayo de 1949, tras el breve (o, si viviste en él, dolorosamente largo) período de dieciséis años después de la toma del poder de los nazis en 1933, Alemania adoptó su nueva Constitución, la Ley Básica de la República Federal de Alemania, que consagraba todos los controles a los poderes del Estado y las élites, y garantizaba los derechos y libertades de los individuos. En agosto de ese año, el país sostuvo elecciones parlamentarias democráticas, seguidas un mes más tarde por elecciones presidenciales. Alemania, o por decirlo más correctamente, la parte que no se encontraba bajo el yugo soviético, estaba de vuelta en el pasillo. Y no ha vuelto a mirar atrás.

Chile también volvió rápidamente al pasillo con una transición pacífica a la democracia diecisiete años después del brutal golpe del general Augusto Pinochet. El poder de las élites terratenientes e industriales de Chile no ha desaparecido completamente (ni mucho menos), pero el país ha desarrollado una vibrante democracia y ha experimentado un renacimiento de los poderes de la sociedad, que ha llevado a un abanico de reformas que reducen los privilegios de las élites, revierten cambios constitucionales introducidos por el ejército y mejoran la educación y las oportunidades para los menos bienestantes.

¿Cómo fue esto posible? Tanto los nazis como la dictadura de Pinochet desmantelaron las constricciones al poder de la policía y el ejército; encarcelaron, exiliaron o mataron a sus adversarios; reprimieron cruelmente a todas las organizaciones sociales y por lo general generaron el caos. ¿Cómo puede ser que menos de dos décadas más tarde estén de nuevo equilibrando los poderes del Estado y la sociedad?

Por muy sangrientas que fueran las dictaduras alemana y chilena, y por mucho que pretendieran subyugar a la sociedad, ambos países empezaron en el interior del pasillo. Incluso cuando salieron de éste, muchos de los

factores que habían hecho que sus sociedades fueran activas y movilizadas seguían estando en su lugar. Entre estos factores estaban las normas de movilización social y la creencia de que la élite y las instituciones del Estado pueden ser obligadas a rendir cuentas. Entre ellos están recuerdos de tiempos en los que la gente común estaba organizada y tenía poder, las leyes se aplicaban a todo el mundo, y el Leviatán estaba encadenado por la sociedad. Entre ellos estaban también los planes para construir instituciones burocráticas receptivas y constreñidas. Tomemos el caso de Alemania. Aunque algunos elementos de control despótico fueron importantes durante el período de absolutismo tras 1648 y durante la cancillería de Bismarck, incluso en esos períodos Alemania dispuso de características institucionales capaces de encadenar al Leviatán. Por un lado, la mayor parte de Alemania, aunque no Prusia, tenía profundas raíces carolingias. El Estado y las instituciones representativas heredadas de esa historia nunca se abolieron por completo, ni siquiera en mitad del absolutismo prusiano. Volvieron en el siglo XIX, especialmente después de la revolución de 1848. Estos legados fueron importantes para permitir que los socialdemócratas se convirtieran en el partido más grande en el Reichstag previo a la primera guerra mundial. Aunque los poderes del Reichstag estaban restringidos por el káiser y la élite prusiana dominaba la cámara alta, seguía siendo la base de una arquitectura institucional en el interior del pasillo. Estos elementos históricos se vieron reforzados y fueron aún más desarrollados por la República de Weimar. En consecuencia, incluso casi dos décadas después de salir del pasillo, Alemania seguía cerca de él. Compárese esto con China, que ha estado en la órbita del Leviatán despótico tanto tiempo que el pasillo no está siquiera en el horizonte y resulta muy improbable que el país se acerque pronto.

Esta perspectiva sugiere que, por desastroso que fuera que la Reina Roja se escapara a todo control, si el equilibrio entre el Estado y la sociedad puede reconstruirse antes de que pase demasiado tiempo, volver al pasillo es una posibilidad.

Pero esto no implica que volver al pasillo sea fácil o automático. Si no hubiera sido por la completa derrota de Alemania en la segunda guerra mundial y los posteriores esfuerzos de los estadounidenses y de (algunos)

poderes europeos para construir una democracia en Alemania, no sabemos cómo se podrían haber desarrollado las cosas (de hecho, sospechamos que Alemania no sería el país democrático, amante de la paz y respetuoso con la libertad que es hoy). La transición a la democracia en Chile también fue en parte una respuesta a factores internacionales, que convencieron a los generales para que llevaran a cabo un aterrizaje suave y controlado en lugar de arriesgarse a una presión creciente. Sin estas influencias externas, la dictadura militar en Chile podría haber durado mucho más.

La historia de las comunas italianas nos muestra que no hay nada automático en el regreso al pasillo. Y, por supuesto, las perspectivas de algo parecido a que Venezuela entre en el pasillo después de experimentar no sólo un conflicto de suma cero, sino el colapso absoluto de las instituciones no son buenas. De modo que el rebote de Alemania y Chile no debería interpretarse como una lección de democracia predestinada o la inevitabilidad del Leviatán encadenado. Más bien, deberían ser considerados ejemplos de exitosas, aunque sean fortuitas, reconfiguraciones del equilibrio de poder entre el Estado y la sociedad antes de que desapareciera por completo.

Peligro en el horizonte

Una población que no ha recibido los beneficios de los cambios económicos, que siente que las élites están jugando con ventaja y que pierden su confianza en las instituciones. Una lucha entre distintos partidos que se vuelve cada vez más polarizada y de suma cero. Instituciones que no logran resolver y mediar conflictos. Una crisis económica que desestabiliza aún más las instituciones y lamina la confianza en ellas. Un hombre fuerte que afirma defender al pueblo frente a las élites y que pide que se relajen los controles institucionales para poder servir mejor al pueblo. ¿Resulta familiar?

El problema es que no describe a un solo país, sino a muchos. Podría ser Turquía, donde el hombre fuerte Recep Tayyip Erdogan, que se sitúa contra la élite laica de Turquía y pide a las clases medias conservadoras y a los votantes rurales que lo apoyen mientras va eliminando todos los

controles institucionales. Podría ser Hungría, donde Viktor Orbán está haciendo lo mismo, con una dosis extra de retórica y acción antiinmigrantes (aunque el país sigue constreñido por las instituciones de la Unión Europea). Podría ser Filipinas, donde el hombre fuerte es Rodrigo Duterte, que dirige escuadrones de la muerte contra traficantes y consumidores de drogas reales y supuestos, al mismo tiempo que demoniza a sus oponentes. Podría ser Marine Le Pen, que estuvo cerca de una victoria inesperada en las elecciones presidenciales francesas de 2017 con su ingenioso reencuadre del conflicto del siglo XXI, según el cual ya no se produce entre la izquierda y la derecha, sino entre globalistas y patriotas.

O podría ser Donald J. Trump.

Pero esto no podría ocurrir en Estados Unidos, ¿verdad? Un país con una maravillosa Constitución que equilibra el poder de la élite y de la no élite y crea capas de controles contra políticos excesivamente entusiastas. Un sistema político que es el epítome de la separación de poderes. Una sociedad con una tradición de movilización política y suspicaz ante los autócratas. Una tradición legal querida, que protege enormemente la democracia del país y las libertades individuales. Una historia de exitosa superación de retos anteriores, desde la legalidad de la esclavitud hasta la dominación de los grandes magnates del siglo XIX o la generalizada discriminación contra los afroamericanos. Una nación firmemente amarrada en el pasillo que ha sido fortalecida por la Reina Roja innumerables veces.

Pero, una vez más, tampoco podría haber pasado en la República de Weimar, ¿verdad?

Capítulo 14

En el pasillo

La carga del hombre negro

> Tras despertarse el viernes por la mañana del 20 de junio de 1913, el nativo sudafricano descubrió que en realidad no era un esclavo, sino un paria en la tierra en que nació.

Así empieza el libro de Sol Plaatje *Native Life in South Africa*.[384] Plaatje fue un periodista, escritor y activista político negro, uno de los fundadores en 1912 del Congreso Nacional Nativo Sudafricano (SANNC, por sus siglas en inglés), un movimiento social que se convertiría una década más tarde en el Congreso Nacional Africano (ANC).[385] El SANNC se formó en reacción contra la Unión de Sudáfrica de 1910, que reunió a las antiguas colonias británicas del Cabo y Natal con las flamencoparlantes repúblicas bóeres (afrikáner) del Estado Libre de Orange y Transvaal tras el final de las guerras de los Bóeres. En el Cabo, los derechos políticos se determinaban en función de la riqueza o las propiedades, no de la raza. Pero en las Repúblicas bóeres sólo los blancos tenían derecho al voto. El triunfo del Imperio británico en la segunda guerra de los Bóeres, que duró entre 1899 y 1902, había precipitado la Unión. Durante la guerra, los británicos habían criticado la dureza con la que los afrikáners trataban a los africanos negros, lo que había dado pie a creer que el orden de posguerra podría dar más derechos a los africanos negros. De modo que al final de la guerra había una ventana de oportunidad para el cambio institucional. Pero la recién formada Unión de Sudáfrica acabó adoptando el común denominador más duro. El derecho al voto del Cabo, que era más liberal, no se extendió a los demás lugares, y se fue reduciendo poco poco. Acabó denegándose la representación a todos los negros.

La falta de poder político tuvo consecuencias terribles. Permitió la aprobación de la Ley de la Tierra de Nativos de 1913,[386] que sentó las bases para que los negros, o «nativos», en palabras de Plaatje, se convirtieran en «parias» en su propio país. Plaatje utilizó otra frase impresionante, «la carga del hombre negro» al observar:

> «La carga del hombre negro» incluye la realización fiel de todos los trabajos no cualificados y peor pagados de Sudáfrica, el pago de impuestos directos en varios municipios [...] desarrollar y embellecer los barrios blancos de los pueblos mientras los barrios negros siguen desatendidos [...] [y los] impuestos [...] para el mantenimiento de las escuelas gubernamentales de las que los niños nativos son excluidos.

Pero no era así como lo veían los blancos. Durante el debate en el Parlamento de la Unión de Sudáfrica sobre la ley, Van der Werwe, miembro de Vredefort, en el Estado Libre de Orange, señaló de manera aprobadora que los «nativos sólo serían tolerados entre los blancos como mano de obra», mientras que Keyter, de la cercana Ficksburg, sostuvo que el Estado Libre «siempre había tratado a la gente de color con la mayor consideración y la más absoluta justicia» y que la Ley de la Tierra de Nativos era una «ley justa» que le «decía claramente a la gente de color que el Estado Libre de Orange era un país de hombres blancos, y que así seguiría siendo». En ese momento, el registro de las actas recoge gritos de «¡Sí, sí!» de miembros que expresaban su apoyo a la interpretación de la justicia de Keyter. Para asegurarse de que el Estado Libre seguía siendo blanco, el nativo no «podrá comprar tierra allí o alquilar tierra allí, y si quiere estar allí debe ser prestando servicio». Para apoyar la ley, otro miembro, Glober, entró en la discusión sosteniendo que «era imposible retrasar la solución al problema nativo». Plaatje afirma en una nota reproducida en su libro: «Por una "solución al problema nativo", los granjeros del Estado "libre" querían decir, en general, el restablecimiento de la esclavitud».

Plaatje viajó por el país y fue testigo de la implementación de la ley y de cómo obligó a los propietarios y arrendatarios negros a abandonar sus tierras en el 87 por ciento de Sudáfrica, la parte que conformaba el «país del hombre blanco». La experiencia de Kgobadi, un granjero negro que antes de la ley había tenido unos ingresos de cien libras al año, es un caso típico. El 30 de junio de 1913 se le entregó una carta que le ordenaba que «partiera

de la granja del abajo firmante a la puesta de sol del mismo día, y que en caso de no hacerlo su ganado sería incautado y él entregado a las autoridades por violar una propiedad privada». Se le ofreció un puesto por el que se le pagaban treinta chelines al mes para evitar el desahucio. De modo que el granjero blanco podría utilizar «sus servicios, los de su esposa y sus bueyes» por una parte de lo que él habría ganado. Kgobadi se negó y fue desahuciado, condenado a vagar por las carreteras con su familia y su ganado moribundo, sin ningún lugar al que ir, excepto si aceptaba otra oferta esporádica o encontraba la manera de llegar a una de las llamadas «patrias» negras, las zonas en las que el Gobierno blanco había confinado a los negros.

¿Por qué la mayoría de blancos quería desposeer a los africanos negros? Quedarse con su tierra y su ganado era una razón. Pero también querían asegurarse una abundante oferta de mano de obra negra barata para las granjas y las minas dirigidas por blancos, si era necesario mediante la coerción, e impedir que se ganaran la vida con la agricultura era un paso esencial en este proceso. La Comisión Holloway de 1932 reconoció la situación a principios de siglo, describiéndola así:[387]

> En el pasado se experimentaron dificultades para obtener suficiente oferta de mano de obra para las industrias del país [...]. No acostumbrados a nada más que a sus simples necesidades de la vida tribal, en realidad [el nativo negro] no tenía incentivos para trabajar a cambio de más. Los gobiernos europeos, que querían mano de obra para sus industrias, decidieron presionar al nativo y obligarle a salir a trabajar, y lo hicieron mediante la imposición de impuestos.

Convocado en 1909, justo antes de la fundación de la Unión de Sudáfrica, el Comité Selecto de Asuntos Nativos de la Colonia del Cabo subrayó esta intención en sus deliberaciones, que incluyen el siguiente párrafo:[388]

> **A. H. B. Stanford, magistrado jefe de Transkei**: [La presión y la rivalidad de la población por la tierra son acusadas] y en algunos lugares estamos llegando al límite [...].
>
> **W. P. Schreiner, miembro del Comité Selecto:** Por supuesto, el resultado económico natural sería [...] que el exceso de población se convirtiera en trabajo manual y mano de obra en toda Sudáfrica. ¿Se irían al extranjero, por así decirlo?
>
> **Stanford**: Tendrán que desarrollar otras ocupaciones además de la agricultura.

Schreiner: ¿Y ganarse la vida con su trabajo honesto en otra parte?

Stanford: Eso me parece la única solución.

Schreiner: Y una muy buena solución, ¿verdad?

Pero esta «muy buena solución» sólo podía implementarse si la mayoría de la población carecía por completo de derechos, de modo que no pudiera oponerse a ella. Es lo que procedió a hacer la Unión de Sudáfrica. A la pérdida de los derechos políticos le siguieron varias legislaciones, como la Ley de la Tierra de Nativos que creaba a la fuerza una mano de obra barata para las empresas propiedad de los blancos. Otra medida fue la «prohibición por color»,[389]que impedía a los sudafricanos negros ejercer casi cualquier ocupación cualificada y profesional. Casi todo el gasto educativo se dirigía también a los blancos, mientras que, como señalaba Plaatje, los negros tenían que pagar los impuestos. Prácticamente sin tierra, atrapados en las patrias, sin educación y sin oportunidades para trabajar en otra cosa que la agricultura o la minería, la mano de obra negra iba a ser abundante, fácil de coaccionar y barata para los granjeros y los propietarios de minas blancos. La represión y la abierta discriminación contra los negros no hizo más que intensificarse cuando el Partido Nacional, dominado por intereses afrikáners, logró el poder y a partir de 1948 institucionalizó y extendió lo que llegó a ser conocido como *apartheid*.

Sudáfrica estaba fuera del pasillo y tenía la clase de instituciones extractivas que son habituales en los leviatanes despóticos. ¿Cómo puede una sociedad así entrar en el pasillo? Normalmente es necesario un desafío serio o una crisis existencial para que en un país así se produzca un cambio de trayectoria. Pero ni siquiera esas circunstancias son suficientes para una transición hacia el interior del pasillo. En este capítulo subrayamos tres factores críticos que afectan a si una nación puede hacer esa transición, y a cómo puede hacerla. Son la capacidad para formar coaliciones que apoyen esa transición; dónde se halla el equilibrio de poder entre el Estado y la sociedad en relación con el pasillo; y la forma del pasillo, que afecta a cómo se desarrollan esos dos factores.

La coalición arcoíris

En 1994, el régimen del *apartheid* se vino abajo y Sudáfrica comenzó una transición pacífica hacia la democracia y entró en el pasillo. Este cambio histórico fue liderado por una movilización masiva de sudafricanos negros, liderados por la ANC y que no se dejó intimidar por la represión sistémica. También se basó en una nueva coalición, entre la ANC, las clases medias negras y los industriales blancos.

Las élites agrícolas y mineras fueron las principales beneficiarias de los acuerdos políticos y económicos que mantenían bajos los sueldos de los negros. Los trabajadores blancos también se beneficiaban notablemente, dado que los acuerdos como la prohibición por color y las inhóspitas condiciones del sistema educativo para los negros significaban que los blancos podían recibir sueldos altos porque ocupaban los trabajos cualificados y semicualificados, entre 5,5 y 11 veces más que los negros, que tenían prácticamente prohibido competir con ellos. Pero el régimen del *apartheid* nunca benefició a los industriales. Aunque la prohibición por el color beneficiaba a los granjeros, propietarios de granjas y trabajadores, aumentaba los costes laborales de los industriales, que no podían emplear mano de obra negra muy barata en nada que no fueran las ocupaciones de más baja categoría y no cualificadas. Los industriales, además, estaban menos preocupados que los mineros y los granjeros por que sus activos fueran expropiados si la mayoría negra ganaba poder político, porque hacerse con el control de una fábrica moderna y hacerla funcionar es mucho más difícil que apropiarse de granjas o minas. Además, había diferencias sociales entre las élites de origen afrikáner y británico. Como filosofía social, el *apartheid* había sido una creación de los afrikáners, mientras que habitualmente los industriales eran angloparlantes y estaban menos vinculados con el *apartheid*. De ahí que los industriales fueran el eslabón débil en la coalición del *apartheid* y un buen objetivo para una nueva coalición que pudiera derrocar el régimen.

Las coaliciones raramente se forman por sí mismas. Tienen que consolidarse mediante relaciones, garantías y confianza. No fue distinto para la coalición que sostuvo la transición a la democracia en Sudáfrica. Un

instrumento clave para forjar la relación entre los industriales y los líderes de la ANC (y las clases medias negras) fue el programa de Fortalecimiento Económico Negro (BEE, por sus siglas en inglés). Aunque fue el Programa de Reconstrucción y Desarrollo del Gobierno, de 1994, el que formuló la idea, en realidad fue el sector privado el que inició la primera oleada de iniciativas. Éstas implicaban la transferencia de acciones de una empresa blanca a una persona negra o una empresa dirigida por negros. Ya en 1993, la empresa de servicios financieros Sanlam vendió el 10 por ciento de sus acciones en Metropolitan Life a un consorcio propiedad de negros liderado por Nthato Motlana, antiguo secretario de las juventudes de la ANC y, en el pasado, médico del líder de la ANC y futuro presidente Nelson Mandela y del arzobispo Desmond Tutu. Después de 1994, el número de esas operaciones BEE empezó a crecer rápidamente y en 1998 alcanzó las 281. En ese momento, algunas estimaciones sugieren que hasta un 10 por ciento de la Bolsa de Johannesburgo (JSE) era propiedad de empresas negras. El problema era que con frecuencia la gente negra que quería comprar acciones no podía permitírselo. Solución: las empresas les prestaban el dinero para comprar sus propias acciones con inmensos descuentos, normalmente entre el 15 y el 40 por ciento por debajo del valor de mercado.

En 1997, el Gobierno de la ANC nombró una comisión para el BBE presidida por Cyril Ramaphosa (que más tarde sería el cuarto presidente de la Sudáfrica *postapartheid*). A instancias del informe de la comisión BEE de 2001, el Gobierno pasó no sólo a institucionalizar las transferencias de activos, sino a ampliar enormemente la naturaleza del BEE para incluir «elementos para el desarrollo de recursos humanos, la igualdad de empleo, el desarrollo empresarial, la adquisición preferencial, así como para la inversión, propiedad y control de las empresas y los activos económicos». La comisión incluyó una serie de objetivos específicos que la economía sudafricana debía alcanzar en diez años. Entre los más importantes estaba transferir al menos un 30 por ciento de la tierra productiva a los campesinos negros y las organizaciones colectivas, lo que aumentaría la participación negra en la economía al 25 por ciento, y también un 25 por ciento de la propiedad de las acciones cotizadas en la JSE. Además, la comisión especificó un objetivo del 40 por ciento de directores no ejecutivos y

ejecutivos negros en las empresas cotizadas en el JSE, un 50 por ciento de adquisiciones del Gobierno a empresas propiedad de negros, y un 40 por ciento de ejecutivos negros en el sector privado, así como líneas maestras especificando que el 50 por ciento de los prestatarios de instituciones financieras públicas debían ser empresas propiedad de negros, el 30 por ciento de los contratos y las concesiones del Gobierno debían implicar a empresas negras y un 40 por ciento de los incentivos del Gobierno al sector privado debían destinarse a empresas propiedad de negros.

A la espera de la futura legislación, la estela del informe de la comisión BEE también dio pie a una serie de estatutos industriales. El primero, el estatuto minero publicado a principios de 2002, obligaba al sector de los combustibles líquidos a que en 2010 el 25 por ciento de la propiedad fuera negra. Este estatuto causó una enorme inquietud. Cuando se filtró a la prensa un borrador del estatuto que comprometía a la industria a que al cabo de diez de años un 51 por ciento de la propiedad fuera negra, las acciones de la JSE cayeron en picado. Los siguientes seis meses fueron testigo de una salida de capitales de alrededor de 1.500 millones de rands (unos 250 millones de dólares). Las negociaciones posteriores dieron pie a un estatuto según el cual al cabo de cinco años el 15 por ciento de las empresas del sector serían propiedad de negros y en diez años el porcentaje sería del 26 por ciento. La industria minera también acordó destinar 100.000 millones de rands para financiar estas transferencias. La culminación del proceso BEE fue la Ley de Fortalecimiento Generalizado de la Economía Negra, firmada por el presidente Mbeki en enero de 2004.[390] La ley dio poderes al ministro de Comercio e Industria para emitir e implementar códigos de buenas prácticas en relación con el BEE. En esencia, si una empresa quiere optar a un contrato del Gobierno o renovar una licencia, tiene que demostrar que cumple el BEE. Esto proporciona al Gobierno una enorme influencia en algunos sectores, como el minero.

El sociólogo sudafricano Moeletsi Mbeki, hermano del presidente Tahabo Mbeki, describió el BEE como una alianza nefasta:[391]

> Se está animando a la élite política sudafricana a desarrollar el BEE por cuestiones de los superricos que buscan favores políticos del Estado para: 1) externalizar sus activos al desplazar las cotizaciones primarias de sus corporaciones de la Bolsa de Johannesburgo a la Bolsa de

Londres, 2) conseguir el primer mordisco de los contratos del Gobierno y 3) comprar asientos en la mesa en la que se toman las decisiones de política económica.

Nefasta o no, esta alianza fue esencial para conseguir que Sudáfrica entrara en el pasillo. No sólo dio pie a relaciones estrechas entre los industriales y segmentos de la sociedad que con anterioridad habían estado marginados del poder político, sino que ofrecía a las empresas garantías de que los líderes de la ANC y las clases medias negras, que ahora participaban en la economía, estarían mucho menos interesados en expropiar los activos y la riqueza propiedad de los blancos. La Constitución provisional adoptada en 1993 tranquilizó a los sudafricanos blancos, al recoger una declaración de derechos, así como varios controles que dificultaban que la ANC reprimiera a la minoría blanca. También fue importante la implementación de la Comisión para la Verdad y la Reconciliación, establecida en 1995, que garantizó una amnistía generalizada a los culpables de delitos, incluidos los abusos contra los derechos humanos, a cambio de testimonios veraces y pruebas de que los actos tenían motivaciones políticas. Esto fue una señal de que la refortalecida mayoría negra bajo el liderazgo de la ANC no buscaría venganza contra los blancos.

Pero las relaciones y las garantías no son suficientes si entre los socios de una coalición no hay confianza, y para esto los gestos simbólicos de compromiso son muy importantes. Aquí es donde el liderazgo inspirador de Nelson Mandela jugó un papel clave. Un episodio que ejemplifica los esfuerzos de Mandela tuvo lugar el 24 de junio de 1995, el día de la primera final de la Copa del Mundo de Rugby en Sudáfrica.[392] Por primera vez después del final del boicot internacional contra el régimen del *apartheid*, el equipo nacional del país, los Springboks, podía competir y se enfrentaba a los favoritos, los neozelandeses All Blacks. El equipo de rugby se identificada con el *apartheid*, y su camiseta era un símbolo afrikáner muy odiado por la población negra. ¿Cómo llevaría a cabo el presidente de la nueva Sudáfrica *postapartheid* sus obligaciones como jefe de Estado ese día? Resultó que de manera brillante. Nelson Mandela dio un paso más allá en los intentos realizados durante un año para eliminar la amargura y la desconfianza entre la mayoría negra y la minoría blanca apareciendo con la

camiseta de los Springboks con el número seis del capitán, François Pienaar. Las sesenta y tres mil personas que formaban el público, de las que alrededor de sesenta y dos mil eran blancas y la mayoría afrikáners, se quedaron estupefactas. Los Springboks, impulsados quizá por el gesto magnánimo de Mandela, ganaron a los All Blacks contra todo pronóstico con un *drop* en la prórroga. Cuando le preguntaron a Pienaar cómo se sentía al tener el fuerte apoyo de 63.000 personas, respondió: «Hoy no teníamos el apoyo de 63.000 sudafricanos. Teníamos el apoyo de cuarenta y dos millones». Al darle la copa a Pienaar (como se muestra en la foto del encarte), Mandela le dijo:

> Muchas gracias por lo que habéis hecho por nuestro país.
> A lo que Pienaar respondió de inmediato:
> Señor presidente, no es nada comparado con lo que usted ha hecho por nuestro país.

Puertas en el pasillo

Hemos visto el papel que desempeñó la coalición apoyada por la ANC en la transición de Sudáfrica hacia el pasillo. El segundo factor clave es la posición de un país en relación con el pasillo.

La única manera de alcanzar una libertad duradera es entrar en el pasillo y forjar el equilibrio necesario para construir un Leviatán encadenado duradero. La verdadera libertad no puede florecer sin la existencia de un Estado o bajo el yugo de un Leviatán despótico. Pero no hay una manera universal de construir un Leviatán encadenado, y no hay una única puerta de entrada al pasillo. Las posibilidades de cada país están conformadas por su historia única, la clase de coaliciones y compromisos que son posibles y el equilibrio de poder exacto entre el Estado y la sociedad. Por ejemplo, los caminos factibles hacia el interior del pasillo son muy distintos si se parte de un Leviatán ausente, despótico o de papel. La figura 6 ilustra este argumento.

Los países con un Leviatán despótico pueden entrar con mayor facilidad en el pasillo si fortalecen sus sociedades (o fomentan nuevas maneras de controlar y debilitar el poder de su Estado), como indica la figura descrita como ruta 1 en el gráfico. Ésta era la situación de Sudáfrica,

dominada por una poderosa élite económica blanca y una de las instituciones estatales más efectivas del continente. De modo que en Sudáfrica el problema tenía que ver con la movilización de la sociedad y su capacidad para enfrentarse al poder, que es lo que lograron la ANC y el movimiento obrero negro.

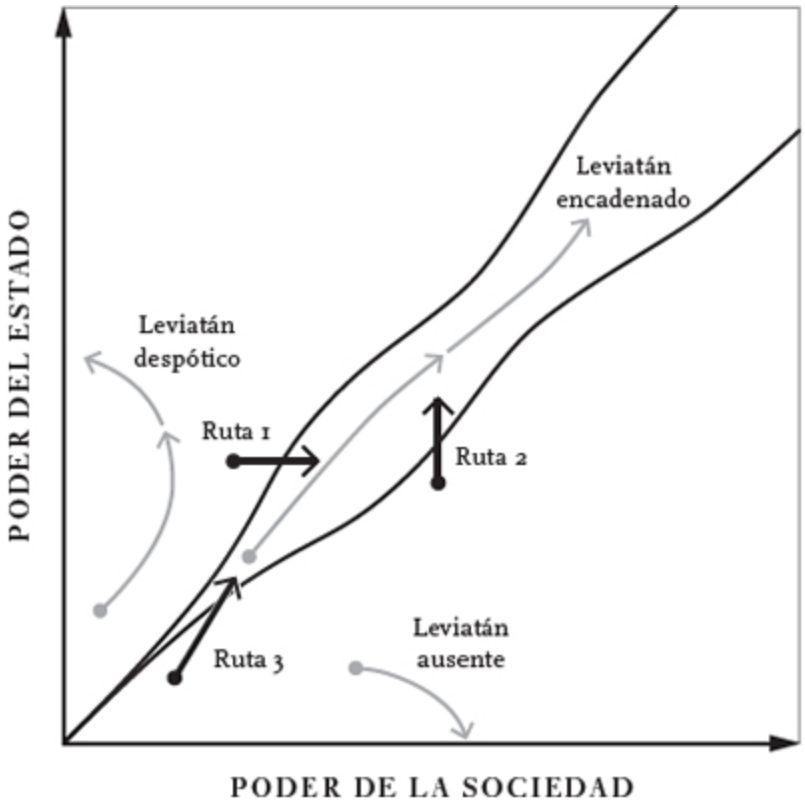


Figura 6 Puertas en el pasillo.

No es el mismo problema que encara una sociedad que empieza con un Leviatán ausente; fortalecer aún más a la sociedad y debilitar al Estado podría resultar contraproducente. La ruta 2 del gráfico traza una posible forma de entrar en el pasillo para este caso, que supone el aumento del poder del Estado.

Por último, los países que se encuentran cerca de la parte inferior izquierda, entre ellos muchos leviatanes de papel y los que, como los tiv, han tenido una capacidad estatal limitada y carecen de formas institucionalizadas para que la sociedad ejerza el poder, se enfrentan a un reto aún mayor. Estos países no pueden entrar en el pasillo aumentando el

poder del Estado o el de la sociedad de manera separada, puesto que no hay ningún pasillo cerca. Para entrar en el pasillo deben, al mismo tiempo, aumentar la capacidad de su Estado y de su sociedad, como en ruta 3. Una manera de hacerlo, como veremos más adelante, es explotando el efecto de movilización introducido en el capítulo 11: permitir que la sociedad se vuelva más fuerte como respuesta a la creciente capacidad del Estado, y viceversa.

Ahora abordaremos cómo funcionan estas distintas rutas, qué clases de coaliciones y compromisos son necesarios para respaldar un movimiento hacia el interior del pasillo, y cómo las puertas del pasillo se cierran cuando no se pueden formar esas coaliciones.

Construir la jaula de hierro

Sudáfrica es un ejemplo de la ruta 1 en el que el conflicto principal era entre la sociedad, representada por la mayoría negra del país, y la élite económica que controlaba las instituciones del Estado. La composición de la élite y la naturaleza de su poder pueden ser muy distintas en otros leviatanes despóticos, lo que tiene consecuencias importantes en la clase de coalición que hay que construir a lo largo de la ruta 1. En el Japón de principios del siglo XX, como en muchas otras sociedades, los elementos más poderosos de la élite eran los burócratas de alto rango y los oficiales militares, incluso cuando las grandes empresas eran compañeras de viaje con buena predisposición. Durante los primeros años del siglo XX, Japón había dado un giro hacia un despotismo mayor, al construir su propia versión de la «jaula de hierro», basándose en la creciente influencia del ejército, cuyos altos cargos se oponían incondicionalmente a cualquier distanciamiento de una política dominada por las élites.[393] El control que ejercía el ejército, además del emperador y los cuadros burocráticos que lo rodeaban, sobre la política, que se basaba en la filosofía del *kokutai*, la «esencia nacional japonesa», situaba a estos grupos por encima de la sociedad. La dominación se intensificó durante los años de guerra posteriores a la invasión japonesa de Manchuria. Pero las cosas tuvieron que cambiar tras la decisiva derrota de Japón en la segunda guerra mundial, después de que Estados Unidos

lanzara bombas nucleares sobre Hiroshima y Nagasaki en 1945. ¿Habría una puerta japonesa de entrada al pasillo si el complejo militar-burocrático renunciaba a su dominación?

La incertidumbre sobre esto era enorme cuando el general Douglas MacArthur, el comandante supremo de los poderes aliados, aterrizó en la base aérea de Atsugi el 30 de agosto de 1945. MacArthur era optimista y pensaba que podía transformar Japón en una democracia proestadounidense. Cuando llegaron, MacArthur y sus asesores ya se habían hecho una idea de cómo reformar las instituciones y la política japonesas. En 1944, el general de brigada Bonner F. Fellers, la mano derecha de MacArthur y su secretario militar, había escrito un documento titulado «Respuesta a Japón» que anticipaba que:[394]

> sólo a través del completo desastre militar y el caos resultante el pueblo japonés puede desengañarse de su fanático adoctrinamiento, según el cual son un pueblo superior, destinado a ser el señor de Asia [...].
>
> Las masas acabarán dándose cuenta de que los mafiosos militaristas han traicionado a su sagrado emperador. Han llevado al Hijo del Cielo, el Divino Gobernante del Imperio, al precipicio mismo de la destrucción. Los que han engañado al emperador no pueden tener lugar en Japón. Cuando llegue este momento en el que cobren conciencia, el elemento conservador y tolerante de Japón, que durante mucho tiempo ha permanecido oculto, quizá recobre su faz.
>
> Un ejército japonés independiente que sólo sea responsable ante el emperador es una amenaza permanente para la paz.

De modo que no sólo era necesario derrotar por completo a Japón, también lo era su desmilitarización total. Fue lo que Estados Unidos procedió a implementar. MacArthur reunió personalmente a un equipo de estadounidenses para que redactaran una Constitución para Japón. Su artículo 9 disolvía el ejército japonés declarando:[395]

> Se renuncia para siempre a la guerra, como derecho soberano de la nación, y a la amenaza de uso de la fuerza como medio para resolver disputas con otros países.
>
> El mantenimiento de las fuerzas terrestres, marítimas y aéreas, así como otro potencial bélico, nunca serán autorizados. El derecho del Estado a la beligerancia no será reconocido.

El siguiente objetivo era el *kokutai*, que se consideraba el origen de la agresión internacional japonesa. Pero MacArthur y Feller habían decidido que los japoneses no podían gobernarse a sí mismos y necesitaban un

emperador. De modo que no acusaron al emperador Hirohito de crímenes de guerra, ni intentaron destronarlo. Se limitaron a exigir que el emperador renunciara a su supuesta divinidad. El emperador aceptó. En su declaración de Año Nuevo, emitida el 1 de enero de 1946, Hiroito incluyó el siguiente pasaje:[396]

> Los vínculos entre mi pueblo y yo siempre se han basado en la confianza y el afecto mutuos, no dependen de simples leyendas o mitos. Ni se fundamentan en la falsa concepción de que el emperador es divino y de que los japoneses son superiores a otras razas y están destinados a gobernar el mundo.

Pero una vez más, a partir de la creencia articulada en la «Respuesta a Japón» de Feller, según la cual los japoneses necesitaban líderes fuertes, Estados Unidos se mostró dispuesto a trabajar con miembros de alto rango del ejército y la burocracia, entre ellos quienes habían tenido papeles de liderazgo en el gabinete de guerra.

La carrera de Nobusuke Kishi,[397] que fue el principal arquitecto del sistema político del Japón de posguerra, es reveladora. Kishi ascendió como un brillante burócrata con fuertes ideas políticas en los años de entreguerras: elogiaba la gestión económica de arriba abajo, incluidos los métodos tayloristas de control del trabajador, y sostenía que las medidas políticas y económicas de la Alemania nazi eran el mejor camino para Japón. Más tarde estableció una alianza aún mayor con miembros del ejército y la burocracia, llamando a una «guerra total» para aumentar la dominación de Japón de la región. El ascenso de Kishi hasta la prominencia llegó con la invasión japonesa de Manchuria y la instalación del régimen títere de Manchukuo. El régimen de Manchukuo pretendía explotar implacablemente los recursos de esa región e iniciar allí una industrialización liderada por el ejército, y Kishi se convirtió en su arquitecto. Estuvo implicado en la expropiación a los accionistas privados de la mayor corporación asiática en aquel momento, el Ferrocarril del Sur de Manchuria, y transfirió sus acciones a los militares que ocupaban la zona. En 1935, fue nombrado viceministro de Desarrollo Industrial de

Manchukuo y organizó una economía liderada por el Estado, que sobre todo se basaba en la coerción sistemática y la explotación de la mano de obra china.

Su estrella siguió ascendiendo en 1940, cuando fue designado ministro del Gobierno japonés y se alió con el general, y más tarde primer ministro, Hideki Tojo. Apoyó la guerra contra Gran Bretaña y Estados Unidos, y fue uno de los arquitectos del programa de trabajo esclavo, cuyo objetivo era dotar de personal coreano y chino a las fábricas y las minas japonesas durante la guerra. Después de la derrota japonesa, fue detenido como criminal de guerra de clase A y pasó tres años en la cárcel, pero a diferencia de Tojo y otros líderes del esfuerzo de guerra japonés, no fue juzgado por crímenes de guerra (Tojo y otros fueron declarados culpables y ahorcados).

Kishi fue liberado la Nochebuena de 1948 y en seguida volvió a la política. Desde la derecha, perjudicó de manera repetida al primer ministro de posguerra japonés, Shigeru Yoshida, que tampoco era un liberal. En parte para tener ventaja frente a Yoshida, en 1955 formó el Partido Democrático Liberal, que desde entonces ha dominado la política japonesa. El propio Kishi fue primer ministro en dos ocasiones, entre 1957 y 1960. Muchos de los protegidos que escogía, entre ellos Hayato Ikeda, desempeñaron papeles destacados en la política y la economía japonesas, en particular en las políticas industriales que Japón formuló en el Ministerio de Comercio Internacional e Industria. Ikeda, por ejemplo, se convirtió en el arquitecto clave de la industrialización japonesa de posguerra y fue primer ministro después de Kishi. La influencia de Kishi en la política japonesa se percibe no sólo en el continuado dominio del Partido Liberal Democrático. Su nieto, Shinzo Abe, es el actual primer ministro de Japón.

Kishi, que en ocasiones ha sido designado como «el criminal de guerra preferido de Estados Unidos», es el ejemplo máximo de la estrategia que MacArthur y Feller siguieron para influir en el camino de las instituciones japonesas: incorporar a la vieja élite burocrática. Funcionó. Establecieron una coalición compuesta por partes de la sociedad japonesa de mentalidad más liberal y muchos de los capitanes del antiguo Estado despótico japonés, que aceptaron un papel mayor de la sociedad y la política democrática (y un papel más limitado del complejo militar-burocrático). En ocasiones, esta

coalición socavó el poder de los sindicatos y los partidos de izquierdas, pero logró meter a Japón en el pasillo y mantenerlo ahí durante los setenta años siguientes.

En la experiencia japonesa vemos otro camino hacia la coalición, esta vez basado en la misma jaula de hierro que sostenía el régimen despótico anterior, que sin embargo permite una mayor movilización social en la política y hace posible la entrada en el pasillo. Aunque en muchos casos es moralmente ambiguo, este proceso ayuda a crear un equilibrio y a que el proceso de transición sea lo bastante gradual como para impedir que se escape de todo control. Pero, por supuesto, ni es fácil de asegurar (¿podría haber tenido lugar en Japón sin la completa derrota en la guerra?) ni es una garantía de que surja el Leviatán encadenado, como veremos ahora.

Turco negro, turco blanco

A principios de la década de 2000, Turquía tuvo su ventana de oportunidad para entrar en el pasillo.[398] Partía también de un Leviatán despótico dominado por el ejército y la burocracia. Turquía se benefició del fuerte rebote de la economía tras la crisis financiera de 2000-2001, después de una serie de grandes reformas económicas y el impulso para la reforma política que supuso el proceso de acceso a la Unión Europea. Durante un tiempo, parecía que Turquía podía estar entrando en el pasillo. Pero las coaliciones y los compromisos necesarios para esa transición no se materializaron.

La República de Turquía, aunque fundada en el repudio a gran parte de la herencia institucional del Imperio otomano, muestra muchas continuidades con la era previa. El origen de la república está en los esfuerzos reformistas que empezaron en el siglo XIX, primero con reformas de gran envergadura en materia fiscal y política promulgadas por el Edicto de la Rosaleda de 1839, y después con los «Jóvenes Turcos» y la poderosa organización de (sobre todo) jóvenes oficiales militares, el Comité de la Unión y el Progreso (CUP). Estos movimientos de reforma, en especial el CUP, no pretendían cambiar de manera fundamental la dirección del Leviatán despótico otomano. Su objetivo era construir la capacidad del Estado necesaria para detener su declive. Las reformas y la modernización

que conllevaban eran claramente de arriba abajo. Por ejemplo, cuando los oficiales del CUP subieron al poder en 1908 al frente del Parlamento, que ahora compartía el poder con el monarca otomano, el sultán Abdul Hamit II, combinaron su impulso de modernización con una fuerte represión contra los manifestantes, sindicalistas y la naciente sociedad civil surgida después de 1839. Seis años más tarde, el CUP planeó la entrada del Imperio otomano en la primera guerra mundial a través de un tratado secreto con Alemania que dos de sus líderes negociaron después de la declaración de guerra de Rusia contra Alemania.

La República turca, fundada en 1923 después de la victoria de las fuerzas lideradas por Mustafá Kemal, después llamado Atatürk, «Padre de los turcos», siguió en muchos aspectos el manual del CUP (sus líderes, incluido Atatürk, habían sido miembros del CUP). Se había abierto un camino para intentar hacer reformas más profundas y construir un Estado, siempre de la clase despótica, bajo el liderazgo de miembros del ejército y la burocracia (los propietarios de empresas, entre otros, sólo se sumaron como elementos periféricos a la coalición). El poder residía ahora en el Partido Popular Republicano de Atatürk, conocido por su acrónimo turco CHP. El CHP modernizó la economía y la sociedad, pero también desarrolló un poder sin control y riquezas económicas para sus líderes y aliados. A pesar de algunas de las reformas que implementaron, como la liberación y el empoderamiento de las mujeres, la modernización de la burocracia y el fomento de la industrialización, fueron pasos cruciales tanto para construir una capacidad estatal como para introducir un mínimo de libertad para muchos sectores de la sociedad que hasta entonces no habían disfrutado de ella, no estaban pensadas para meter a Turquía en el pasillo. Muchas de las reformas, entre ellas la adopción del alfabeto latino y la reestructuración de las instituciones religiosas, fueron impuestas por la fuerza a la sociedad sin ninguna consulta, y quienes se resistieron a esas reformas, por ejemplo insistiendo en llevar el fez en lugar de sombreros de estilo occidental, fueron perseguidos y en algunos casos ejecutados.

Aunque en las décadas siguientes el monopolio de poder del CHP, que en un inicio Atatürk institucionalizó en un sistema de partido único, se vino abajo, los militares y el ejército siguieron siendo desproporcionadamente

poderosos. Cuando los militares percibían que su control se diluía o que la sociedad se movilizaba, intervenían con un golpe, como hicieron en 1960, 1971, 1980 y 1997. Los gobiernos militares y civiles, aunque con frecuencia laicos, estaban bastante dispuestos a utilizar la religión para el control social, y formaban y deshacían coaliciones con grupos religiosos. Tras el golpe militar de 1980, la junta militar y los posteriores gobiernos de centro derecha fortalecieron el papel de la religión en la vida cotidiana y en las escuelas como contrapeso a las fuerzas de izquierda. Envalentonados por estos cambios sociales, los sectores más conservadores, religiosos y pobres que vivían en las ciudades de provincias o en los barrios menos favorecidos de grandes ciudades como Estambul empezaron a sentir que carecían de poder y exigieron un mayor reconocimiento por parte de las élites militares y burocráticas, a las que consideraban occidentalizadas y no representativas de sus preocupaciones. Esta situación formó el contexto para el auge del Partido de la Justicia y el Desarrollo, conocido por su acrónimo turco AKP, liderado por Recep Tayyip Erdoğan. El AKP fue el siguiente en una serie de partidos religiosos y conservadores que ganaron popularidad. Llegó al poder en las elecciones de 2002 con una mayoría simple (lejos de absoluta) de los votos. Cuando se produjo la victoria del partido en las elecciones, a Erdoğan se le prohibió participar en política porque, siendo alcalde de Estambul, había recitado un poema religioso. Erdoğan captó, y en cierta medida explotó, el estado de ánimo de la base del partido al afirmar en un mitin:[399]

> En este país hay una segregación entre turcos negros y turcos blancos. Vuestro hermano Tayyip pertenece a los turcos negros.

Los «turcos blancos» eran la élite turca, que representa a los cuadros militares y burocráticos y a las grandes empresas occidentalizadas y aliadas con ella, y van contra la sociedad. Aunque exagerada y algo más que un poco interesada, esta cita capta la rivalidad percibida entre las élites burocráticas y los militares y una parte significativa de la población. El auge del AKP podría, pues, haber sido una oportunidad para que el poder escapara de las manos de los militares y la burocracia, como sucedió en Japón después de la segunda guerra mundial, y fuera a parar a partes de la

sociedad menos representadas y más pobres. Parecía que en los primeros años de la década de 2000, era posible un movimiento hacia el interior del pasillo, a medida que la sociedad civil florecía y la democracia turca se intensificaba con una serie de reformas políticas y económicas.

Entonces todo se torció. Varias cosas que tenían que salir bien para que se produjera la entrada en pasillo salieron mal. En Japón, la tutela estadounidense y el repudio al viejo régimen militar facilitaron que los miembros de la poderosa élite política se unieran de manera voluntaria a la nueva coalición y apoyaran la entrada en el pasillo. No fue el caso de Turquía. Aunque al principio una parte de los intelectuales liberales y de izquierdas apoyaron al AKP y sus reformas, la élite militar y burocrática se mostró hostil, tanto que en abril de 2007 el ejército amenazó con dar un golpe contra el AKP con un memorándum en su web, y el poderoso Tribunal Constitucional aceptó a trámite el cierre del partido (¡el detonante fue que la esposa del candidato a presidente del AKP llevaba pañuelo!). Es prácticamente lo mismo que le había pasado en 1997 al anterior partido religioso en el poder, cuando fue obligado a dimitir por un memorándum militar y después el Tribunal Constitucional lo cerró. Aunque el AKP sobrevivió, este acontecimiento fue un punto de inflexión en las relaciones cada vez más polarizadas y de suma cero entre el partido y la élite militar y burocrática.

Otro factor importante fue la ambición del propio AKP. En Japón, en los años posteriores a la segunda guerra mundial, la sociedad estaba mal organizada y en absoluto movilizada. La amenaza principal que temían la comunidad empresarial y las élites conservadoras provenía de la izquierda del espectro político, pero esto se controló fácilmente mediante la consolidación de la derecha bajo los auspicios del Partido Liberal Democrático. En Turquía, el AKP ya tenía el poder suficiente para ganar las elecciones en 2002 y seguir fortaleciéndose. El colapso de los otros dos partidos de centro derecha, implicados en la mala gestión y la corrupción endémica de la década de 1990, hizo que de repente el AKP ganara en las urnas, dándole un poder político que sus fundadores no habrían podido siquiera soñar. De modo que las cosas se pusieron rápidamente en contra de un equilibrio de poder en Turquía.

El papel de guía que en Japón jugaron el general MacArthur y las fuerzas estadounidenses fue desempeñado al principio por el proceso de acceso a la Unión Europea, lo que motivó reformas para mejorar los derechos humanos y civiles, entre ellos los derechos y el idioma de los kurdos, y reformas constitucionales para contener el altivo poder de los militares en asuntos civiles. En un inicio, la insistencia reformadora de la Unión Europea fue muy bienvenida por los líderes del AKP porque presionaba para que se redujera el tutelaje militar en la política y era probablemente una de las razones por las que el memorándum militar de 2007 no logró derrocar al Gobierno. Pero el proceso de acceso a la Unión Europea pronto se ralentizó, y después se desmoronó por completo, eliminando una firme ancla que ataba al AKP al proceso de reforma institucional.

Turquía pasó de una fase de control del Estado despótico a otra. Después de 2007, el AKP endureció su punto de vista y empezó a tomar el control absoluto de las distintas palancas del poder en el país. En este proceso fue crucial la alianza de los líderes del AKP con la organización clandestina del clérigo musulmán Fethullah Gülen, que había arraigado en las fuerzas de seguridad, la burocracia, la judicatura y el sistema educativo de Turquía. Pronto, el AKP, que desconfiaba de los burócratas con simpatías laicas, quiso nombrar a personas más en línea con sus preferencias y prioridades conservadoras, pero no tenía acceso a cuadros con suficiente experiencia. Acudió entonces al movimiento de Gülen, que gracias a su organización en muchos institutos y universidades, tenía miembros más cualificados. La expansión encubierta del fortalecido movimiento de Gülen en las instituciones del Estado se intensificó. Después de 2007, el AKP y los gülenistas iniciaron una purga sistemática de personas que consideraban hostiles al partido, mediante simulaciones de juicios basados en pruebas fabricadas. Durante este tiempo, el Gobierno empezó a aplicar mano dura con varios medios críticos y organizaciones sociales independientes que habían empezado a florecer gracias a las mayores libertades de la década de 2000.

En 2011, Turquía estaba en lo más alto de la lista de países que encarcelaban a periodistas.[400] En mayo de 2013 se produjeron protestas en el pequeño parque Gezi, cerca de la plaza de Taksim de Estambul, la primera reacción a los planes de construir un nuevo centro comercial en una de las pocas zonas verdes que quedaban de la metrópolis. Pronto las protestas se centraron en cuestiones de libertad de creencia, de expresión y para los medios de comunicación, en la erosión del laicismo en la sociedad turca y la corrupción. En seguida se extendieron a todas las grandes ciudades. La respuesta del Gobierno fue mano dura con los manifestantes. El proceso de paz que el AKP había iniciado con los insurgentes kurdos en el sudeste del país se revertió y se limitaron aún más las libertades. Mientras tanto, Erdoğan y Gülen, hasta entonces aliados que marginaban a los laicos y los izquierdistas, se enfrentaron, probablemente como parte de una lucha por el poder. Este proceso culminó con un fracasado intento de golpe en julio de 2016, que parece que fue concebido por oficiales del ejército secretamente alineados con Gülen. Después de este intento de golpe fracasado, Erdoğan y sus aliados declararon la ley marcial y empezaron a purgar a los gülenistas de las fuerzas de seguridad, la judicatura y la burocracia.[401] Más de ciento treinta mil personas han sido despedidas de su trabajo en la burocracia estatal, la judicatura y los servicios de seguridad, y más de cincuenta mil han sido detenidas, en muchos casos con pruebas circunstanciales. En numerosos casos, los activistas de los derechos kurdos, izquierdistas y críticos con el Gobierno, entre ellos algunos que pasaron su carrera denunciando las maquinaciones del movimiento de Gülen, han sido detenidos como gülenistas. En este proceso, los límites a los medios de comunicación y a la libertad de expresión se endurecieron. Erdoğan introdujo una presidencia ejecutiva con pocos controles, que en 2017 se convirtió en ley a través de un referéndum que ganaron por un estrecho margen, celebrado bajo la ley marcial y sin ningún medio mayoritario que pudiera hacer campaña contra el cambio constitucional. Turquía sigue en lo alto de la lista de países que encarcelan a periodistas, pero ahora también tiene en la cárcel a numerosos políticos electos, entre ellos los colíderes del partido prokurdo en el Parlamento.

Turquía desaprovechó su oportunidad de entrar en el pasillo.

La oportunidad perdida de Turquía es reveladora de lo que deberíamos esperar de China, otro célebre ejemplo de control estatal despótico liderado por una élite burocrática, en este caso el Partido Comunista. Nuestro estudio de Japón subraya la importancia de formar una coalición que incluya a elementos de la élite burocrática para asegurar la entrada en el pasillo. En el caso chino, el fuerte desequilibrio entre el Estado y la sociedad no es el único factor que hace que esa transición sea muy difícil; la ausencia de un grupo dentro de la élite comunista china dispuesto a unirse a una coalición que se aleje del Leviatán despótico pone las cosas aún más en su contra. De hecho, la unidad del Partido Comunista hace improbable que los individuos que se unan a esa coalición mantengan su poder, como descubrió Zhao Ziyang, el secretario general del Partido Comunista en 1989, cuando mostró su apoyo a las protestas de Tiananmén. Fue rápidamente despojado del poder y puesto bajo arresto domiciliario, donde permaneció hasta su muerte, y fue testigo de cómo todo su historial público era eliminado. No es fácil construir coaliciones para entrar en el pasillo cuando se está bajo el yugo del Leviatán despótico.

La situación es distinta bajo los leviatanes ausentes y de papel. Como el Estado es débil, no puede reprimir por completo que la sociedad cree nuevas organizaciones y capacidades, aunque esto tampoco sea fácil bajo un Estado débil que hace todo lo que puede por evitar la movilización. Pero cuando esto ocurre, el efecto de movilización también da lugar a que esos leviatanes obtengan capacidad, incluso al tiempo que la sociedad se vuelve más fuerte y asertiva. De modo que el camino al pasillo no está completamente cerrado.

Es más, la sociedad y varias organizaciones de la sociedad civil, y también los gobiernos locales, pueden en ocasiones construir al mismo tiempo capacidad estatal y movilización social a nivel local. Esto es potencialmente transformador para los ciudadanos, porque bajo los auspicios de un Leviatán ausente o de papel muchos de los servicios públicos y la imposición de la ley dependen de lo que se hace a nivel local (puesto que el Gobierno nacional no aporta demasiado). La implicación de la sociedad local puede también ser menos amenazante para las élites

políticas nacionales y crear una ventana de oportunidad para un equilibrio mejorado entre el poder del Estado y de la sociedad. Además, puede haber espacio para la experimentación local, lo que significa la posibilidad de intentar distintos planteamientos que aumenten la capacidad del Estado y mejoren la calidad de los servicios públicos. Pero aún más importante que este tipo de experimentos que a veces se subraya en la discusión pública, es la experimentación política, que puede implicar intentos de construir nuevas coaliciones que respalden una capacidad estatal expandida al mismo tiempo que se implica a la sociedad a nivel local. Los experimentos políticos locales de éxito pueden ser un modelo para posteriores cambios nacionales. A continuación ilustramos estas dinámicas con dos casos de éxito de construcción estatal local, uno que se aproxima a la ruta 2 y el otro a la ruta 3 de la figura 6.

Una primavera de Viagra

Hemos visto en el capítulo 1 que Robert Kaplan ponía como ejemplo de sus desoladas predicciones sobre la llegada de la anarquía al mundo la completa destrucción de la ley y el orden en Lagos. El viaje de Wole Soyinka en 1994 parecía confirmar los peores temores de Kaplan. Pero sólo veinte años después, Lagos tiene un aspecto completamente distinto. Tomó la ruta 2 hacia el pasillo, aunque todavía le quede recorrido por hacer. ¿Cómo lo hizo?

La década de 1990 fue un momento duro para los autócratas africanos. Con el fin de la guerra fría, para aferrarte al poder tenías que reinventarte como demócrata (o al menos como falso demócrata), celebrar elecciones, llevar traje y no reprimir de manera tan obvia a tus oponentes. El dictador militar nigeriano, el general Sani Abacha, al que conocimos en el capítulo 1, murió el 7 de junio de 1998, posiblemente a causa de una sobredosis de Viagra consumida antes de una relación sexual con dos prostitutas indias. Su mujer en seguida intentó huir del país. Cuando fue detenida en el Aeropuerto Internacional de Kano, descubrieron que había excedido ligeramente el límite de equipaje permitido: había facturado treinta y ocho maletas, que resultaron estar llenas de dinero en efectivo. El ejército

nigeriano decidió que no podía seguir igual. En 1999 cedió el poder y Olusegun Obasanjo fue escogido presidente democráticamente. Fue la primavera del Viagra.[402]

En Lagos también se celebraron elecciones y un hombre llamado Bola Ahmed Tinubu fue elegido gobernador del estado de Lagos. Al asumir el cargo, hizo algo inesperado: en lugar de nombrar a aliados políticos para las posiciones importantes, dio los puestos a gente cualificada. Un respetado profesor de derecho fue nombrado fiscal general, mientras que un ejecutivo de Citibank fue designado comisionado para la Planificación Económica y el Presupuesto. Lagos se enfrentaba a muchos problemas, no sólo las crecientes montañas de basura, y el Gobierno nacional distribuía los escasos recursos procedentes del petróleo de forma poco fiable. Tinubu heredó una autoridad fiscal con mil cuatrocientos trabajadores, pero sólo trece eran contables profesionales y seis eran expertos acreditados en impuestos. La mayoría de los demás eran nombramientos políticos. Aunque los nigerianos prefieran la mandioca y el ñame a los ñoquis, el proceso de contratación era similar al de cómo los «ñoquis» poblaron la burocracia argentina. En Nigeria, en 1976, durante un gobierno militar previo, hubo que redactar una nueva Constitución.[403] El comité a cargo de hacerlo se peleó por cómo definir «poder». Finalmente decidió que el poder era

> la oportunidad de adquirir riquezas y prestigio, estar en una posición en la que conceder beneficios en forma de puestos de trabajo, contratos, regalos en forma de dinero, etcétera, a relaciones y aliados políticos.

En otras palabras, ¡incluso el comité de redacción de la Constitución nigeriana dio fe de que el poder era sólo la capacidad de crear ñoquis!

Tinbu tenía una idea distinta sobre lo que hacer en Lagos. Quería abordar el problema de la basura y muchos otros que había en la ciudad, pero se enfrentaba a un clásico dilema. No podía hacer nada sin ingresos fiscales y la naturaleza del Estado que había heredado hacía imposible recaudar impuestos. Su solución fue introducir el pago electrónico de los impuestos. La gente tenía que pagar los impuestos de manera electrónica y no en efectivo a los recaudadores de impuestos. Pensó que esto reduciría el alcance de la corrupción. Después puso a una empresa privada a cargo del

sistema de pagos de impuestos. A cambio de desarrollar una base de datos de potenciales contribuyentes, recibieron una parte de los ingresos. La estrategia de externalizar fue utilizada también en otros campos. En 2001, el Estado contrató a auditores privados para que auditaran empresas a cambio de una comisión por los servicios prestados. También animó a los ciudadanos a pagar impuestos (como muestra el cartel mostrado en el encarte de fotos).

El resultado fue un aumento de los muy necesarios ingresos fiscales. Con esto en la mano, Tinubu y su jefe de gabinete, Batabunde Raji Fashola, que se convirtió en gobernador después de él, empezaron a reconstruir la burocracia y en 2003 fundaron una agencia de ingresos semiautónoma, la Agencia Tributaria del Estado de Lagos (LIRS, por sus siglas en inglés), que contrató a gente competente y bien formada. Los ingresos fiscales del Estado, la mayoría procedentes del impuesto de la renta, se dispararon de los 190 millones de dólares recaudados en 1999 de sólo 500.000 contribuyentes a los 1.200 millones de dólares en 2011 recaudados de entre cerca de 4 millones de contribuyentes.

La ampliación de la base de recursos fiscales empezó a financiar toda clase de cosas, entre ellas el intento de registrar a todos los residentes través de la Agencia de Registro de Residentes del Estado de Lagos. Otra fue una guerra sostenida contra la basura, con miles de nuevos basureros. El número de vehículos de recogida de basuras pasó de 63 en 2005 a 763 en 2009, y sobrepasó los 1.000 en 2012. Lagos se convirtió en una ciudad limpia. También se volvió mucho más segura, sobre todo durante el Gobierno de Fashola, cuando los chicos de área, que habían estado aterrorizando y robando a los habitantes de la ciudad, fueron en gran medida eliminados. Se regularon mejor todos los aspectos de la sociedad. Los mototaxis, que estaban implicados en casi la mitad de accidentes de tráfico, fueron prohibidos en grandes partes de la ciudad y el estado de Lagos. En 1999 hubo 529 accidentes de tráfico mortales y 1.543 graves. En 2012, a pesar de un significativo aumento del número de vehículos en la ciudad, estos habían caído a 116 y 240, respectivamente. En todas partes aparecían nuevas infraestructuras, entre ellas un ferrocarril ligero que facilitaba el transporte

al trabajo. En 1999 no había farolas nuevas instaladas. Quizá no tuviera mucho sentido, puesto que no había electricidad para que funcionaran. En 2012, la ciudad tenía electricidad y 1.217 farolas nuevas.

Los mejores servicios públicos y la menor delincuencia tuvieron efectos extraordinarios en el sustento económico. Entre 2004 y 2010, la parte de la población en situación de pobreza cayó del 57 por ciento al 23 por ciento (al mismo tiempo, los niveles de pobreza aumentaron en casi la mitad de los treinta y seis estados de Nigeria).

De modo que Tinubu transformó Lagos al ampliar la capacidad del estado local. Pero esto no habría sido posible sin la cooperación de la sociedad. La madre de Tinubu era la jefa de la asociación de comerciantes de Lagos. Después de que muriera en 2013, fue sustituida por la hermana de Tinubu. Como Lagos tenía un inmenso sector informal, la asociación de comerciantes era un recurso político valioso. También era una enorme constricción política, porque su oposición habría hundido todo el proyecto. La cooperación y la respuesta de la asociación es evidente en la política fiscal. Los comerciantes eran una de las bases de contribuyentes clave, pero eran difíciles de controlar. El estado de Lagos negoció las tasas impositivas con la asociación, que después asumió el trabajo de informar sobre qué comerciantes utilizaban qué mercados y registrar a los que habían pagado. A cambio de esto, el estado prometió servicios públicos y seguridad para los mercados. Organizaciones de conductores de autobuses, artesanos y otros trabajadores informales aceptaron acuerdos similares. El sector formal también se había movilizado y había usado la estructura institucional para hacer sus reclamaciones. En 2000 la Asociación de Manufactureros y el Hotel Eko denunciaron al Gobierno de Tinubu por la introducción de un impuesto a la venta, y en 2003 el Gobierno tuvo que reducir la tasa de los impuestos a la propiedad a causa de la oposición. En general, el poder de contestación de la sociedad significó que Tinubu y Fashola tuvieron que rehacer un contrato social que se basaba en la idea de que si la gente pagaba impuestos y obedecía las reglas y regulaciones, podía esperar que el Estado cumpliera su parte. Este contrato se consolidó mediante muchos canales de información, quejas y rendición de cuentas. Fashola incluso dio su número

de teléfono y animó a la gente a que le mandara SMS. Lagos solventó el problema de Gilgamesh, pero lo hizo gracias a una sociedad activa que vigilaba al Estado.

Lagos muestra por qué la predicción de la anarquía inminente de Robert Kaplan no era cierta en todas partes. Obviamente, no ha conducido a una dictadura digital. La historia tampoco ha terminado en Lagos. La ciudad demuestra que incluso cuando la situación de partida es desesperada, es posible acercarse al pasillo. El soldado y erudito romano Plinio el Viejo afirmó: «Siempre hay algo nuevo que viene de África». Tenía razón. Hoy día hay mucha experimentación local en África, puesto que la gente está encontrando la manera de mejorar una capacidad estatal en ruinas y su libertad. En Lagos, una enorme masa de gente vive aún en la pobreza, y comparado con quienes vivimos en Estados Unidos, sus vidas son cortas. Sin embargo, son mucho menos cortas de lo que eran en 1999 y hay mucha menos gente pobre. La vida para la mayoría de ellas es también bastante menos brutal y desagradable de lo que era en 1999. Los gobernadores Tinubu y Fashola empezaron a construir un Leviatán encadenado a la manera de Lagos, con muchos de los beneficios que podríamos esperar.

Sacar al orangután del esmoquin

Lagos lo pasó muy mal durante las décadas de 1980 y 1990, y lo mismo le sucedió a Bogotá, la capital de Colombia.[404] En el capítulo 11 ya hemos visto los mecanismos entrelazados que sostienen al Leviatán de papel en Colombia. Virgilio Barco, que fue alcalde de Bogotá en la década de 1960 y se convirtió en presidente de Colombia en 1986, se quejaba de que «de la ciudad en expansión que yo goberné hoy lo único que queda es una anarquía urbanizada, un tremendo caos, un inmenso desorden, un revoltijo colosal». Barco se había convertido en alcalde durante el «Frente Nacional» de Colombia, un acuerdo que dividió el poder durante dieciséis años entre los partidos liberal y conservador. Había elecciones, pero los resultados se decidían previamente. Los partidos incluso se turnaban en la presidencia. En muchos sentidos, Barco era el epítome del «orangután con esmoquin». Como dijo otro expresidente, Alberto Lleras, «en Bogotá fue un tecnócrata,

pero en Cúcuta era un manzanillo». *Manzanillo* es otra palabra que Google no traduce. Una traducción razonable sería una persona que reparte vino en una corrida de toros. El vino gratis da votos, y eso es parte de lo que hace el orangután. Barco había estudiado en el MIT y sabía cómo llevar un esmoquin. Pero en las provincias, en Cúcuta, sabía cómo ser un manzanillo.

En la década de 1980, mientras florecían las guerrillas marxistas y los cárteles de la droga, Colombia se ganó la reputación de ser la capital mundial del secuestro y el homicidio. Las élites políticas se pusieron un poco nerviosas y la sociedad se movilizó y se implicó en la política. De este proceso salió algo de democracia y en 1988 los alcaldes eran elegidos popularmente por primera vez. Los bogotanos escogieron a Andrés Pastrana, un político tradicional del Partido Conservador, y más tarde presidente de Colombia. Pero las elecciones no solucionaron de inmediato el caos de Bogotá, porque los intereses creados que se beneficiaban del caos seguían siendo poderosos. El abuso del empleo y los contratos del Estado era particularmente común en el consistorio de Bogotá. Éste tenía autoridad ejecutiva conjunta con el alcalde, de modo que los concejales podían adjudicar directamente contratos a sus amigos y partidarios. Los concejales incluso se sentaban en los consejos de las empresas de titularidad pública, lo que significaba más ñoquis y más corrupción. El deplorable estado de la burocracia y su actitud hacia la sociedad no era muy distinta que la de Argentina. En Bogotá, el principal edificio administrativo era conocido coloquialmente como «el humilladero».

En 1989 y 1990, las cosas empeoraron aún más en Colombia. Fueron asesinados tres candidatos presidenciales. El presidente entrante, César Gaviria, presionado para que hiciera algo, apoyó una reconfiguración mucho más radical de las instituciones colombianas al promover una convención constitucional. Casi un tercio de la convención estuvo formado por miembros de la desmovilizada guerrilla M-19. La nueva Constitución, que fue adoptada en 1991, tenía varias innovaciones, pero una era particularmente importante para Bogotá. Uno de los delegados, Jaime Castro, persuadió a la convención de que incluyera una cláusula que requiriera al siguiente alcalde de Bogotá, que no tardaría en ser el propio Castro, la redacción de una ley que reestructurara la administración de la

ciudad. Era crucial que, una vez redactada, la ley se pudiera implementar por decreto presidencial, sin que el consistorio pudiera vetarla. Castro fue elegido en 1992 y la nueva ley convirtió al alcalde en el cargo ejecutivo supremo de la ciudad. Los concejales no podían dar trabajos y contratos a nadie, ni ser miembros de los consejos de las empresas públicas. Se les debilitó mediante la descentralización de la administración de la ciudad en veinte «localidades» con «alcaldes locales» elegidos. Así, Castro logró cortocircuitar las maquinarias políticas tradicionales. La ley también cerró varios resquicios fiscales. El efecto inmediato fue darle la vuelta a las finanzas de Bogotá. Los ingresos fiscales aumentaron un 77 por ciento entre 1993 y 1994.

Castro trabajó desde arriba, pero sus reformas generaron un efecto de movilización y una versión de la ruta 3 de la figura 6. Un hombre completamente ajeno a la política, Antanas Mockus, fue escogido alcalde en 1994. Mockus era un profesor de matemáticas y filosofía de la Universidad Nacional de Colombia. Se dio cuenta de algo clave, que era posible construir capacidad e implicar a la sociedad en la política al mismo tiempo, ¡de nuevo el efecto de movilización!

Esto significaba cambiar la manera en que la gente pensaba en las reglas, la ley y el Estado, de tal modo que pudiera implicarse y presionar para conseguir una mayor capacidad estatal y su despliegue de manera que le resultara útil. Liliana Caballero, su jefa de gabinete, describió su filosofía como:[405]

> no tener a los ciudadanos en la órbita del Estado mendigando favores, reclamando sus derechos, sino tener a la administración en la órbita del ciudadano, que debería estar en el centro.

La prioridad de Mockus de cambiar la actitud de las personas generó muchas medidas creativas. Llevaba un disfraz de Superman y se llamaba a sí mismo «Superciudadano» (como se ve en la foto del encarte). Se puso un sapo de trapo en la solapa para alentar a la gente a ser *sapos*. Una expresión común en Colombia es *no sea sapo*. Esta impactante medida significa: «Ocúpate de tus asuntos, si ves que pasa algo malo, no te metas». Mockus decía que la obligación de las personas, en tanto que ciudadanos, era ser sapos. Primero contrató a veinte mimos, y después a cuatrocientos más,

para que recorrieran las calles de Bogotá y se mofaran de la gente que cruzara la calle en rojo, tirara basura al suelo o quebrantara las reglas. Repartió 350.000 tarjetas con un pulgar hacia arriba o hacia abajo para que la gente aprobara o desaprobara el comportamiento de los demás en la calle. Las víctimas del tráfico cayeron de 1.300 a 600 en su primer año en el cargo. Utilizó toda clase de estrategias para ayudar a que la gente recuperara los espacios públicos. Una de estas iniciativas fue la «Noche de las mujeres», en la que pidió a los hombres que se quedaran en casa durante cuatro horas para que sólo hubiera mujeres en la calle, bajo la vigilancia de 1.500 mujeres policías. Fue un inmenso éxito para fortalecer a las mujeres.

Con todo esto, la idea de Mockus era aprovechar el efecto de movilización: movilizar a la sociedad para hacer que el Estado funcionara mejor, proveyera más y proveyera bien. El tiempo medio requerido para pagar una factura descendió de una hora y media a cinco minutos. El «humilladero» desapareció. Cuando había demasiados ñoquis a los que enfrentarse, Mockus privatizaba empresas públicas. Sin embargo, cuando privatizó la compañía de la electricidad, mantuvo el 49 por ciento de las acciones para el Ayuntamiento. Cuando con la empresa privada volvió a ser rentable, el Ayuntamiento empezó a adquirir recursos que gastar en servicios públicos. Los ingresos fiscales se triplicaron durante su administración. Entre 1993 y 2003, los hogares con agua potable corriente crecieron del 79 al 100 por ciento. La proporción con acceso al sistema de cloacas pasó del 71 al 95 por ciento. No era sorprendente que lo que más preocupaba a los bogotanos fuera la violencia. También descendió. La gente empezó a reclamar las calles y la tasa de homicidios cayó del 80 por 100.000 al 22 por 100.000 cuando terminó la alcaldía de Mockus.

Mockus tenía que luchar contra los concejales que querían trabajos y contratos. Pero contaba con una estrategia. Más tarde recordó que si alguien empezaba a pedirle favores especiales, miraba a la persona «como si hubiera vomitado en el tapete. Y con el cuerpo hice como el gesto de "ahora cómo vamos a hacer para recoger esa basura del piso"».[406] Cuando un senador le escribió con su membrete personal pidiéndole favores, Mockus escribió en respuesta: «Senador, alguien ha estado utilizando su papel membretado».

Aún hay mucho camino por recorrer en Bogotá: todos los beneficios que Castro y Mockus crearon no impidieron que Samuel Moreno saqueara la ciudad (en parte, porque la movilización social en Bogotá sólo fue parcial y porque Moreno fue capaz de explotar la confianza en las instituciones locales que Mockus había construido). Pero Mockus experimentó con algo nuevo y logró forjar una coalición directa con los ciudadanos, marcando el inicio de una potente movilización. Llamó a esto «cultura ciudadana», una estrategia para sacar al orangután del esmoquin. Y como en el caso de Lagos, empezó a nivel local.

Hemos visto cómo las distintas puertas al pasillo dependen del equilibrio de poder inicial entre el Estado y la sociedad. Si se empieza con un Leviatán despótico, es necesario aumentar el poder de la sociedad (y relajar el control de la élite económica o el complejo militar burocrático). Si se empieza con un Leviatán ausente, se necesita la capacidad que permita al Estado ponerse en pie. Si se empieza con un Leviatán de papel o una situación en la que el pasillo está ausente, es necesario que el Estado y la sociedad aumenten simultáneamente sus poderes.

Hemos hecho hincapié en que, independientemente de dónde estén las puertas, no es fácil entrar en el pasillo. Se requiere una amplia coalición, con frecuencia una coalición nueva, que apoye ese movimiento, y es necesario un equilibrio de poder dentro de esa coalición, para que un grupo no deje de lado a los demás y establezca su propio poder despótico. Depende del compromiso, de tal modo que la rivalidad por el poder no se polarice por completo y se vuelva de suma cero. Depende también de la forma del pasillo, en particular, de cómo de ancho o estrecho sea. Ahora pasamos a abordar las cuestiones que afectan a la forma del pasillo y qué implica eso para el futuro de los leviatanes encadenados y la democracia.

La forma del pasillo

En Sudáfrica, tan importante como el prolongado y carismático liderazgo de Nelson Mandela fue el hecho de que las condiciones económicas, y por lo tanto la forma del pasillo, eran muy distintas en la década de 1990 que a principios de siglo. En el último capítulo hemos visto que el ancho del pasillo afecta a la probabilidad de que un país que está en su interior permanezca allí. Comparar los dos cuadros de la figura 5 del capítulo anterior subraya cómo el mismo aumento del poder de la sociedad (por ejemplo, porque la ANC ha mejorado la organización de la mayoría negra) puede ser insuficiente para meter al país en el pasillo cuando éste es estrecho (cuadro A), pero puede serlo cuando es más ancho (cuadro B). El pasillo de Sudáfrica era más ancho en la década de 1990, lo que mejoraba sus perspectivas para hacer la transición hacia el interior.

En la forma del pasillo influyen muchos factores. Uno que está relacionado con nuestro estudio de los influyentes intereses de los terratenientes de nuestro capítulo anterior es la coerción laboral. Las relaciones laborales forzadas influyen en el ancho del pasillo porque afectan a la manera en que se puede utilizar el poder político del Estado y de las élites, alteran los beneficios de esta clase de poder despótico y también influyen en la manera en que la sociedad se organiza. Veamos cada uno de estos tres efectos interrelacionados.

En primer lugar, la coerción laboral, adopte la forma de esclavitud, servidumbre o coerción económica por medio de la redistribución de la tierra, regulaciones o amenazas de los empleadores, como en el caso de Sudáfrica, crea una jerarquía más profunda en la sociedad, donde las élites que ejercen la coerción resultan significativamente fortalecidas a expensas de los coaccionados. Esta jerarquía significa que, para cualquier configuración dada de los poderes del Estado y la sociedad, encontrar un equilibrio duradero entre ellos es más difícil. Como consecuencia, la misma combinación de poderes del Estado y la sociedad, que sin coerción laboral se encuentra segura en el pasillo, puede estar fuera de él cuando existe coacción en el trabajo y el poder del Estado se concentra en reprimir y forzar a la mayoría de las personas para que realicen actividades económicas con salarios bajos. La consecuencia es un pasillo más estrecho.

En segundo lugar, las actividades económicas que se basan en la coerción laboral fomentan que la élite actúe al unísono y utilice el poder del Estado para defender y consolidar a toda costa el sistema económico existente. Si puede aumentar su dominación sobre la sociedad, esto les permitirá intensificar la coerción laboral, como hicieron en Sudáfrica a partir de 1910. Esto también da pie a un pasillo más estrecho en nuestro marco: partiendo de la misma configuración del poder del Estado y la sociedad, la presencia de la coerción laboral inclina la balanza en favor de la dominación despótica del Estado y las élites, por lo que se hace más difícil sostener un Leviatán encadenado.

Si estos dos mecanismos fortalecen el alcance del despotismo, un tercer canal altera la manera en que la sociedad se organiza y compite por el poder. La coerción laboral erosiona la capacidad de la sociedad para organizarse y solventar sus problemas de acción colectiva. Es tan perjudicial porque la coerción sistemática impide la acción colectiva y además desincentiva que organizaciones como los sindicatos ayuden a los trabajadores a formular demandas políticas y económicas efectivas. Con una sociedad mal organizada, es más difícil resistirse al despotismo y el pasillo también se estrecha por el otro lado, el del Leviatán ausente. Recordemos que la entrada en el pasillo a partir de un Estado débil o ausente depende crucialmente de la capacidad de la sociedad para institucionalizar su poder y organizarse y seguir ejerciendo el control sobre el Estado y las élites una vez empezada la construcción del Estado. Pero bajo el yugo de la coerción laboral, esa institucionalización es más difícil, porque los distintos sectores de la sociedad no son capaces de organizarse y actuar de manera colectiva. En consecuencia, como en el caso de los tiv del capítulo 1, la pendiente resbaladiza se percibe de manera más evidente, se vuelve más difícil que se ponga en marcha el proceso de construcción del Estado y el pasillo se vuelve más estrecho por los dos lados, lo que complica que las unidades políticas entren y se queden ahí una vez están dentro.

Podemos observar todos estos factores en la historia temprana y reciente de Sudáfrica. La coerción sobre la mano de obra negra era generalizada sobre todo en la agricultura y la minería sudafricanas, lo que

se volvió de vital importancia después del descubrimiento de oro en Transvaal en 1886. El deseo de los granjeros y los propietarios de minas blancos de poder acceder a mano de obra negra barata, y de emplearla de manera coaccionada, fue un factor crítico para que apoyaran los cambios institucionales que privaban completamente de derechos políticos a los negros, les expropiaban la tierra y establecían el régimen represivo del *apartheid*. Durante la temprana historia de la Unión Sudafricana, los granjeros y los propietarios de minas blancos, que pretendían seguir beneficiándose de la mano de obra negra barata, se resistieron férreamente a cualquier intento de ampliar la tierra asignada a los negros o de eliminar la prohibición basada en el color, fueran cuales fuesen las consecuencias sociales y el coste humano. En parte como resultado de las relaciones laborales coaccionadas en la agricultura y la minería, los negros carecían de la organización necesaria para resistir estos cambios institucionales despóticos, aunque se produjeran alzamientos de vez en cuando.

La situación en las décadas de 1980 y 1990 fue bastante distinta. En los años noventa, aunque el oro y los diamantes aún desempeñaban un papel importante, Sudáfrica tenía una economía industrial. Muchos industriales se alegraron del fin de la prohibición basada en el color, y también creyeron que sus activos estarían más seguros bajo un régimen más representativo y democrático, en especial si podían poner de su lado a los poderosos líderes negros (cosa que el BEE logró hacer). En la década de 1990, Sudáfrica era muy distinta del país que había creado la coerción laboral durante la historia temprana de la Unión. Y por supuesto, el precio que las sanciones internacionales impusieron al régimen del *apartheid* fue un incentivo adicional para que las empresas sudafricanas se deshicieran de sus instituciones abiertamente represivas y discriminatorias. Los industriales ya estaban dispuestos a separarse de la coalición del *apartheid*, que es lo que la ANC logró hacer.

Igualmente importante para ensanchar el pasillo sudafricano fueron las demandas más asertivas y organizadas de sus ciudadanos negros, muchos de los cuales estaban ahora empleados en la industria y se organizaban en sindicatos. Incluso antes de que se reconocieran oficialmente los sindicatos negros, éstos desempeñaron un papel fundamental, en combinación con la

ANC, para organizar a los trabajadores negros y formular demandas económicas y políticas. Después del alzamiento de Soweto en 1976, que fue una respuesta a la imposición de la educación en idioma afrikáans en las escuelas, los sindicatos fueron reconocidos formalmente y empezaron a ejercer presión sobre el régimen del *apartheid*.

El impacto de la coerción laboral en la forma del pasillo nos ayuda a entender no sólo la experiencia de Sudáfrica, sino las trayectorias divergentes de Costa Rica y Guatemala que hemos abordado en el capítulo 9. La ausencia de coerción en la producción de café de los pequeños propietarios en Costa Rica, en comparación con la fuerte coerción laboral en las grandes fincas cafeteras de Guatemala, probablemente ensanchó el pasillo de Costa Rica y facilitó la posterior evolución de su Leviatán encadenado, mientras que hizo aún menos probable que Guatemala entrara más tarde en su pasillo, que ya era de por sí más estrecho.

La coerción laboral y sus implicaciones en la forma del pasillo también explican las distintas trayectorias de Sudáfrica y Zimbabue, antes Rodesia,[407] otro régimen explotador dominado por la minoría blanca. Hay muchos paralelismos entre Rodesia y Sudáfrica, para empezar la inadecuada asignación de tierras, de enormes proporciones, en beneficio de la minoría blanca y cómo los negros eran obligados a ofrecer su mano de obra no cualificada a granjas y minas propiedad de blancos a cambio de miserias. Ambos países tenían poderosas organizaciones armadas que intentaban debilitar a los regímenes represivos y partidarios de una línea dura del lado del régimen que se negaban a llegar a un acuerdo. Pero Sudáfrica contaba con los industriales, además de con los propietarios de las minas y los granjeros, mientras que Rodesia, en gran medida, sólo tenía minas y granjas. Había pocas grietas en la minoría blanca de Rodesia, y el final del régimen sólo llegó tras una larga y violenta lucha. Cuando el régimen finalmente colapsó, quedaba poco que pudiera sostener el equilibrio de poder necesario para crear el movimiento hacia el interior del pasillo. El régimen rodesiano, encabezado por uno de sus líderes en la lucha por la independencia, Robert Mugabe, y sus compinches de la Unión del Frente Patriótico Nacional Africano de Zimbabue (ZANU-PF), se volvió

despótico, sin controles ni contrapesos. Las consecuencias, como es predecible, fueron desastrosas para el pueblo y la economía del recién formado país.

En Zimbabue no había un Mandela y un BEE para afianzar la coalición que permitió lo que el arzobispo Desmond Tutu llamó la «nación arcoíris». En parte, esto se debió a que Zimbabue, con un pasillo más estrecho, no tiene la base económica de la nación arcoíris.

En algunas circunstancias, los leviatanes encadenados son mucho más difíciles de crear. Cuando las condiciones para que surjan están preparadas, entonces la clase de coalición que forjaron el liderazgo de Mandela y el BEE resulta crucial. Los industriales sudafricanos reconocieron esto de manera clara. El director ejecutivo de la Asociación Sudafricana del Petróleo, un grupo empresarial blanco, señaló:[408]

> Para evitar seguir a Zimbabue por una pendiente resbaladiza de ruina económica, todos los sudafricanos y la gente de negocios en general deben tomarse en serio el fortalecimiento económico de los negros.

Y eso hicieron.

¿Un mundo distinto?

Aunque el final de la historia no está cerca y no todos los países convergirán en la misma clase de relaciones entre el Estado y la sociedad, las últimas cuatro décadas han sido testigo de algunos cambios notables en las instituciones políticas de todo el mundo. Veamos un aspecto de las instituciones que está razonablemente bien cuantificado: si un país tiene una democracia electoral donde los candidatos tienen libertad para competir y hacer campaña, y los ciudadanos son libres a la hora de votar. De acuerdo con una medición, el número de países que son democracias electorales ha aumentado desde unos pocos a finales del siglo XIX, a cuarenta en la década de 1970 y a ciento veinte en 2010. A pesar de que las democracias electorales no están necesariamente dentro del pasillo (como subraya lo que hemos visto en casos como la India y Latinoamérica) y varias naciones que históricamente entraron en el pasillo, como muchas en Europa durante la

Edad Media, están lejos de ser democráticas, existe una afinidad electiva entre los regímenes democráticos y los leviatanes encadenados. De modo que esta tendencia indica la presencia de muchos más países que entran o están intentando entrar en el pasillo. ¿Por qué?

Nuestro marco sugiere que los cambios en la forma del pasillo son un factor importante. Al comentar el influyente libro de Stanley Engerman y Robert Fogel, *Time on the Cross*, sobre la esclavitud estadounidense, que los historiadores estadounidenses del siglo XIX a menudo llamaron la «peculiar institución», el famoso historiador del mundo antiguo Moses Finley afirmó:[409]

> En el contexto de la historia universal, el trabajo libre, el trabajo asalariado, es la peculiar institución.

Desde la inmensa economía esclavista del antiguo Egipto o la servidumbre en Europa a la esclavitud moderna en el Nuevo Mundo y varios tipos de trabajos forzados en otras colonias, incluidas las de África, la coerción laboral ha tenido un papel fundamental en la mayoría de las civilizaciones. Las prácticas coercitivas dirigidas a los trabajadores no fueron infrecuentes en los primeros pasos de la industrialización, y sólo desaparecieron en Gran Bretaña en 1889 después de la derogación de varias leyes de señores y sirvientes. Pero la coerción laboral ha ido desvaneciéndose poco a poco en la mayoría de las economías del último medio siglo excepto en unos pocos rincones distópicos del mundo, como Corea del Norte y, hasta hace poco, Uzbekistán y Nepal. Un motor importante de esta tendencia, como en Sudáfrica, ha sido la expansión de la industria, donde la coerción laboral siempre ha sido menos habitual que en la agricultura y la minería. Esto se debe en gran medida a que, como ya hemos subrayado, en la manufactura la coerción es menos rentable y factible, tanto porque su estructura de producción más compleja reduce los beneficios de depender de la coerción como porque las mayores oportunidades de los trabajadores para organizarse colectivamente en las fábricas hacen que la coerción sea más cara de mantener. (Otra causa del declive de la coerción laboral es el efecto de la Reina Roja una vez que la sociedad entra en el pasillo; hemos visto, por ejemplo en el capítulo 6, que

las relaciones laborales represivas del feudalismo desaparecieron, aunque lentamente, cuando varios países europeos empezaron a avanzar por el pasillo.) El resultado es un pasillo más ancho, con más espacio para que se produzca la transición hacia su interior y se creen la democracia y la libertad.

El declive de la coerción laboral no es el único factor que transforma el pasillo. Otra importante tendencia económica es la globalización, que tiene implicaciones más complejas y polifacéticas para la libertad.

El pasillo que crea la globalización

La lógica económica de la globalización conduce a la especialización. A medida que las relaciones internacionales se afiancen, algunos países aumentarán su producción manufacturera y las exportaciones, mientras que otros se especializarán en la agricultura y la minería. ¿Qué implica eso para la forma del pasillo?

En el caso de los países que se especializan en la agricultura, el pasillo puede hacerse más estrecho. Aunque los terratenientes del siglo XXI no sean abiertamente represivos, la agricultura favorecerá la movilización social en menor medida, por las razones que ya hemos planteado. En una economía muy agrícola, los trabajadores estarán menos organizados y, por lo tanto, serán menos capaces de enfrentarse al poder. La acción colectiva puede ser también más difícil de organizar en la agricultura por otras razones. Por ejemplo, coordinar las organizaciones de la sociedad civil, las protestas e incluso los partidos políticos es más fácil en las zonas urbanas.

Al contrario, la especialización en la manufactura, así como en los servicios y las actividades de alta tecnología, hará el corredor más ancho y mejorará las perspectivas de un Leviatán encadenado. Un caso que ilustra esta posibilidad es Corea del Sur.[410] Después de su separación de Corea del Norte por el paralelo 38 en 1948, el país empezó como un régimen abierto al mercado pero cada vez más autocrático bajo la presidencia de Syngman Rhee. La amenaza existencial del norte comunista y el apoyo estadounidense llevaron a una serie de reformas, en particular una radical redistribución de la tierra y, después, un importante avance hacia la

industrialización. El carácter prioritario de la industrialización se intensificó después de que el general Park Chung-hee llegara al poder, en un inicio gracias a un golpe en 1961 y después mediante elecciones hasta 1972, cuando declaró la ley marcial. El comercio internacional y las exportaciones de manufacturas desempeñaron un papel crucial en el desarrollo económico de Corea del Sur durante este período. El crecimiento fue motivado sobre todo por la planificación del Gobierno en cooperación con los grandes conglomerados industriales llamados *chaebol,* entre los que hay nombres famosos como Samsung y Hyundai, y también se produjeron inversiones significativas en educación, en parte para satisfacer las demandas de la industria coreana. Pero este desarrollo tuvo lugar en un contexto en el que, a pesar de la represión sistemática, aún existía la sociedad civil que había florecido en la década de 1950 y en el proceso de industrialización los sindicatos se organizaron. Estos cambios prepararon el terreno para las inmensas protestas contra el régimen militar que tuvieron lugar en la década de 1970. La oposición culminó con la retirada del régimen militar y las elecciones democráticas en 1987. La pérdida de apoyo que sufrió el régimen militar, tanto dentro del país como en el exterior, cuando aplastó violentamente las manifestaciones estudiantiles y las protestas sindicales fue crucial para esta transición. La represión es mucho más disruptiva y costosa en una economía que se está industrializando que en una que se basa en la agricultura o los recursos naturales, y esto favoreció el proceso. Por lo tanto, en el caso surcoreano la especialización en la manufactura, provocada por la globalización económica, hizo que el pasillo fuera más ancho y permitió que el país entrara en él.

Sin embargo, resulta crucial que los efectos de la especialización económica dependen del equilibrio entre el Estado y la sociedad. Esto es evidente cuando comparamos Corea el Sur y China, que ha experimentado una industrialización fomentada por la globalización aún más rápida. Aun así, dado que su sociedad es mucho más débil y su Gobierno mucho más despótico, estos cambios no han generado ningún movimiento sostenible hacia el pasillo. Aunque éste se haga más ancho, los países que están demasiado lejos no pueden entrar en él con facilidad.

De modo que observamos que la globalización económica tiene resultados mixtos. Algunos países tenderán a especializarse en recursos naturales o productos agrícolas en cuya obtención aún son factibles varias prácticas coercitivas y la movilización social es más difícil; esto tenderá a hacer el pasillo más estrecho. Por el contrario, la globalización inducirá a otros países a especializarse en la manufactura, en los servicios, e incluso en algunos casos en actividades de alta tecnología, que pueden facilitar la entrada en el pasillo.

Cuando se trata de los efectos de la globalización económica, el diablo está en los patrones de especialización.

La globalización económica no es el único factor que cambia los patrones de especialización. La mayoría de los países desplaza a la gente de la agricultura a la manufactura y los servicios cuando logra alcanzar cierto grado de crecimiento económico (en parte, porque la demanda de manufacturas y servicios crece con mayor rapidez que la demanda de productos agrícolas a medida que los consumidores se hacen más ricos). Además, las tecnologías nuevas y más eficientes introducidas en economías más desarrolladas se extienden hacia el resto del mundo y generan otro impulso a la manufactura. Estas tendencias seculares, aunque sean lentas y desiguales entre países, tienden a desviar el equilibrio de la producción agrícola y los recursos naturales, y ayudan a ensanchar el pasillo, con globalización o sin ella.

La forma del pasillo no sólo depende de los factores económicos. Las relaciones internacionales también afectan al pasillo y a las perspectivas de libertad. Pero al igual que la globalización, tienen efectos mixtos, porque, por un lado, tienden a generar un pasillo más ancho y, por el otro, ayudan a los déspotas. Terminamos este capítulo abordando estos factores internacionales.

Ahora todos somos hobbesianos

El rey Leopoldo de Bélgica surgió como el verdadero vencedor de la Conferencia de Berlín de 1884, en la que el continente africano fue dividido entre los poderes europeos. Convenció a los participantes de la conferencia y a otros jefes de Estado, entre los que se encontraba el presidente estadounidense Chester Arthur, de que iba a controlar la inmensa zona de la cuenca del Congo bajo los auspicios del independiente «Estado Libre del Congo»[411] con fines humanitarios y filantrópicos. En realidad, este Estado era cualquier cosa menos libre, y sin duda no tenía nada que ver con los objetivos humanitarios. Leopoldo dirigía el país como su propiedad personal y explotó sus recursos, sobre todo el caucho natural, que era muy demandado antes de que el sintético lo sustituyera en la década de 1930. El ejército privado de Leopoldo, la Force Publique, imponía exigentes cuotas de caucho a los trabajadores nativos coaccionados, y lo hacía con una violencia salvaje, con latigazos, quemando aldeas, mutilando los brazos de los trabajadores que no alcanzaban sus cuotas y con asesinatos en masa. Algunas estimaciones sitúan la pérdida de población durante el gobierno de Leopoldo en hasta diez millones de una base de población de veinte millones.

Esta inmensa tragedia humana supuso el principio del movimiento internacional por los derechos humanos, que se formó a partir de la campaña previa del movimiento abolicionista para acabar con la esclavitud. A principios de la década de 1890, un periodista estadounidense que viajaba por Congo, George Washington Williams, fue el primero en denunciar el maltrato extremo al que era sometida la población del Congo, aunque la respuesta internacional a estas revelaciones fue tímida. En 1899 se publicó *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, basada en su experiencia como capitán de un barco de vapor en el Congo, que empezó a llamar la atención internacional sobre las atrocidades de la colonia. Otros dos pioneros del movimiento internacional por los derechos humanos, Edmund Morel y Roger Casement, adoptaron como causa las penalidades de la población del Estado Libre del Congo y fundaron la Asociación para la Reforma del Congo con el objetivo explícito de terminar con el control de Leopoldo sobre el Congo.

Morel comprendió la profundidad de la tragedia humana y la explotación provocada por el régimen del rey Leopoldo cuando trabajaba como administrativo en la naviera Elder Dempster, en Liverpool, enviando y recibiendo mercancías del Estado Libre del Congo. Sus revelaciones de los abusos en el Congo llevaron a una resolución de la Cámara de los Comunes británica para investigar dichas alegaciones. Lo hizo el entonces cónsul británico Roger Casement, de nacionalidad irlandesa, que luego sería ejecutado por las autoridades británicas por su implicación en la lucha por la independencia de Irlanda. Casement descubrió mucho de lo que ahora conocemos de la situación de la colonia. Su diario da una idea de las atrocidades que observó. Las entradas entre el 5 de junio y el 9 de septiembre dicen:[412]

>**5 de junio**. El país es un desierto, no quedan nativos.

25 de julio. Me adentré a pie en las aldeas y vi la más cercana [...] la población se ha reducido dramáticamente [...] sólo quedan noventa y tres de muchos centenares.

26 de julio. Pobre tipo frágil [...] el polvo al polvo [...] dónde están ahora el corazón amable, el pensamiento lamentable, todo se ha desvanecido.

6 de agosto. He tomado abundantes notas de nativos [...]. Son cruelmente azotados por llegar tarde con sus cestas.

13 de agosto. A. ha venido para decirme que cinco personas del lado de Bikoro con las manos cortadas han llegado hasta Myanga para intentar mostrármelo.

22 de agosto. Bolongo, bastante muerto. Recuerdo bien en 1887, noviembre, lleno de gente entonces; ahora, catorce adultos en total. Debería decir que la gente miserable se quejó amargamente del impuesto al caucho [...] 6.30 he pasado por el lado desierto de Bokuta [...]. Mouzede dice que a la gente se la han llevado toda por la fuerza a Mampoko. Pobres almas infelices.

29 de agosto. Bongandanga [...] vi el «mercado» del caucho, nada más que armas, unos veinte hombres armados [...]. La población de 242 hombres con caucho todos vigilados como convictos. Llamar a esto «comercio» es la cumbre de la mentira.

30 de agosto. Dieciséis hombres mujeres y niños atados en una aldea mboye cerca de la ciudad. Infame. Los hombres fueron metidos en la cárcel, los niños soltados tras mi intervención. Infame. Un sistema infame y vergonzoso.

2 de septiembre. Vi a dieciséis mujeres retenidas por los centinelas de Peeters y llevadas a la cárcel.

9 de septiembre. 11.10 he pasado por Bolongo otra vez. La pobre gente metida en una canoa implorando mi ayuda.

El Informe Casement[413] fue publicado en 1904 y documentaba vívidamente, basándose en testigos oculares, los asombrosos abusos en el Congo. Detallaba con minuciosidad las mutilaciones a las que los hombres de Leopoldo sometían a los nativos por no cumplir sus cuotas de caucho. Por ejemplo:

> Tuve noticia de dos casos [de mutilación] mientras me hallaba en el distrito de los lagos. Uno, un joven, cuyas dos manos habían sido aplastadas con las culatas de rifles contra un árbol; el otro, un chico de once o doce años de edad, cuya mano derecha había sido cortada por la muñeca [...]. En ambos casos los soldados del Gobierno habían estado acompañados de funcionarios blancos cuyos nombres me dieron. De los seis nativos (una niña, tres niños pequeños, un joven y una mujer vieja) que habían sido mutilados de esta manera durante el régimen del caucho, todos excepto uno habían muerto en la fecha de mi visita.

El veredicto final del informe era irrecusable:

> A mediados de la década de 1890, la cuenca del Congo y sus productos se convirtieron en una fuente de gran fortuna para Leopoldo, que utilizó su riqueza para embellecer la capital belga de Bruselas mientras utilizaba a sus agentes en África para establecer un brutal régimen de explotación para la extracción del caucho en la jungla de las regiones interiores del Libre Estado.

El informe transformó la opinión pública internacional y, gracias a él, la Asociación para la Reforma del Congo empezó a recibir apoyo de celebridades a ambos lados del Atlántico, entre las que se hallaban sir Arthur Conan Doyle, Mark Twain, Booker T. Washington y Bertrand Russell, así como Joseph Conrad. Y a la postre, provocó el final del gobierno de Leopoldo sobre la colonia.

El movimiento internacional por los derechos humanos maduró y cobró mayor influencia internacional después de la segunda guerra mundial.[414] La Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, que abordaremos en el siguiente capítulo, supuso un punto de inflexión. Un paso igualmente importante fue la Convención sobre la Prevención y el

Castigo del Crimen de Genocidio de Naciones Unidas de 1948, y no sólo porque recogió notables genocidios de la primera mitad del siglo XX. A diferencia de tratados y declaraciones como las Convenciones de La Haya de 1899 y 1907 y la Convención de Ginebra de 1864, que reconocía a los Estados soberanos y trataba de regular sus relaciones y el trato de los combatientes y los civiles en tiempos de guerra, esta convención recogió la idea de que los Estados no eran libres de tratar a sus ciudadanos como quisieran. La convención afirmó:

> Las personas que cometan genocidio o cualquier otro de los actos enumerados en el artículo III serán castigadas, sean gobernantes constitucionalmente responsables, funcionarios o individuos privados.

El mensaje era claro. Leviatán o no, las atrocidades contra la gente no se permitirían. Al principio esto fue sólo una declaración de intenciones, sin fuerza real. Pero la presión y el escrutinio internacionales sobre los Estados soberanos se intensificó gracias a la actividad de varias organizaciones como Amnistía Internacional y Human Rights Watch, que trabajan para exponer y prevenir violaciones de los derechos humanos y civiles en los países, y el Tribunal Penal Internacional, fundado en 2002, que tiene jurisdicción para juzgar a individuos e incluso jefes de Estado por genocidio, crímenes contra la humanidad o crímenes de guerra.

Por supuesto, los efectos de estas convenciones y organizaciones no deben exagerarse, y en el mundo posterior a la segunda guerra mundial hay docenas de casos de abusos de los derechos humanos e incluso de genocidios, como el de Camboya en la década de 1970, Ruanda en 1994 y Sudán en la década de 2000. Sin embargo, el movimiento por los derechos humanos tuvo dos efectos fundamentales en las relaciones entre el Estado y la sociedad en todo el mundo. Hizo que la opresión extrema fuera mucho más visible, lo que aumentó el coste para los Estados y las élites de la sociedad represora, y ha generado un lenguaje y una serie de criterios comunes con los que las organizaciones sociales se enfrentan al despotismo. El papel de estas dos influencias puede observarse en muchas de las «revoluciones de color», en las que las movilizaciones fueron provocadas en parte por la evidente documentación de los abusos sistemáticos de los

derechos humanos y civiles llevados a cabo por regímenes dictatoriales. De acuerdo con los términos de nuestro marco, esta reacción internacional hace que el pasillo sea más ancho a expensas del Leviatán despótico, ya que el mismo poder del Estado que de otro modo habría llevado a dinámicas despóticas puede ahora ser contenido con la ayuda de grupos internacionales de derechos humanos y la movilización social que contribuyen a generar.

El movimiento internacional por los derechos humanos también expande el pasillo hacia el otro lado, en particular cuando fomenta la organización y la utilización de la capacidad estatal para oponerse a la discriminación y los abusos dirigidos contra ciertos subgrupos. Un ejemplo es el papel que Amnistía Internacional ha tenido en campañas contra la violencia doméstica y la mutilación genital femenina. En 2012, Naciones Unidas finalmente aprobó una resolución contra la mutilación genital femenina, y la campaña de Amnistía Internacional fue clave en este proceso.[415] La expansión resultante del uso de la capacidad estatal para proteger a los desfavorecidos y los discriminados se corresponde con el ensanchamiento del pasillo por el lado del Leviatán ausente.

Con estas fuerzas en juego, uno podría pensar que las relaciones internacionales se han convertido en una poderosa fuerza hacia un pasillo más ancho, que facilita la aparición de los leviatanes encadenados. La realidad, sin embargo, es más matizada. Una faceta más generalizada de las relaciones internacionales hace que el pasillo sea más estrecho y refuerza a los leviatanes despóticos y ausentes.

En octubre de 2017, la Organización Mundial de la Salud (OMS) nombró al entonces presidente de Zimbabue, Robert Mugabe, «embajador de buena voluntad» para enfermedades no contagiosas, declarando que podía utilizar su posición para «influir a sus iguales en su región».[416] (El presidente Mugabe aparece retratado en el encarte de fotos dirigiéndose a la ONU.) ¿Qué influencia? Este embajador de buena voluntad es el mismo Robert Mugabe que reprimía a su población, masacraba a miles de civiles en Matabelelandia, expropiaba y redistribuía las tierras para sí mismo, su

familia y los partidarios de su partido, supervisaba el inmenso colapso de una economía por lo demás productiva y amañaba elecciones regularmente. Pero a lo mejor es que sirvió para que a Zimbabue le fuese bien en términos de salud y sanidad. Pues parece que no. La salud general de los zimbabuenses ha estado empeorando junto con la fortuna económica del país. Hasta un 8 por ciento de la población podría estar infectada por el VIH y la esperanza de vida ha descendido, tal vez a sólo cincuenta y nueve años para los hombres. El derrumbe del sistema sanitario del país contribuyó a una inmensa epidemia de cólera en 2008-2009; las estimaciones de las consecuencias de la enfermedad rondan las cuatro mil muertes de cien mil casos. El mejor testimonio del estado del sistema sanitario de Zimbabue es que antes de ser depuesto, Mugabe seguía volando a Singapur para tratarse médicamente, en lugar de confiar su salud a los médicos de su país. El coste de su turismo sanitario en 2016 se estimó en cincuenta y tres millones de dólares, una sexta parte del presupuesto destinado a sanidad en el país.

El nombramiento no tiene sentido hasta que observas el sistema de Estados internacional en general. Las organizaciones internacionales, incluidas Naciones Unidas, que en ocasiones ha jugado un papel importante en el movimiento internacional por los derechos humanos, trabaja con los jefes de Estado de naciones soberanas. Su estatuto es ser hobbesiana: si un Estado existe, representa a su país y merece respetabilidad internacional. Esto implica reconocer a presidentes, primeros ministros, dictadores militares y reyes aunque estén reprimiendo a su población, incluidos los abusos de los derechos humanos y civiles. No sólo es la respetabilidad internacional, sino también los recursos financieros, lo que recibe quien representa el Estado de un determinado territorio. Estos recursos financieros pueden llegar a ser hasta el 40 por ciento del presupuesto del Gobierno en el caso de algunos países africanos como Somalia. Hay buenas razones para que exista este sistema internacional de Estados. No reconocer a los Estados como socios legítimos haría que la cooperación internacional fuera mucho más complicada y podría desestabilizar a los regímenes. En cierto sentido, el sistema internacional de Estados ha funcionado bien. Por ejemplo, ha prevenido guerras en África y Latinoamérica, a pesar de existir las condiciones para que se produjeran disputas fronterizas y conflictos.

Pero desde el punto de observación de nuestro marco conceptual, la consecuencia no deseada de este sistema internacional que consagra la parte más sospechosa de la teoría de Hobbes —que el soberano siempre es legítimo y que el poder lo hace adecuado— es estrechar el pasillo. La legitimidad internacional se traduce en legitimidad doméstica, y da cobertura a la represión y la supresión del disenso. Da acceso a los recursos y consolida a las jerarquías cuya parte superior está ocupada por las élites actuales. Este desequilibrio en favor del Estado tiene efectos perniciosos para las relaciones entre el Estado y la sociedad. Para empezar, hace mucho más difícil que la sociedad contrarreste el poder despótico del Estado. Pero también hace más difícil que la sociedad institucionalice su poder. Ya hemos visto estos efectos en el capítulo 11: el sistema internacional de Estados mantiene a los leviatanes de papel. Aunque el origen de los leviatanes de papel se puede remontar al gobierno colonial, su existencia continuada se basa en el sistema internacional de Estados, que los trata como leviatanes verdaderos y respetables. Pero los leviatanes de papel están demasiado preocupados por el efecto de movilización y la reacción de la sociedad para ser capaces de construir cualquier clase de capacidad estatal, y mientras tanto socavan cualquier perspectiva de institucionalizar el poder de la sociedad. La consecuencia es una potente fuerza que empuja en la dirección contraria del movimiento internacional por los derechos humanos y hace que el pasillo sea más estrecho.

De modo que con todas estas fuerzas en juego, y muchas otras que no hemos abordado, ¿deberíamos esperar que el pasillo se vuelva más ancho y las perspectivas de libertad mejoren en las siguientes décadas? La respuesta no está clara, pero somos optimistas. Incluso en la coyuntura actual, cuando el apoyo a los autócratas está aumentando en muchos países y muchos de los que se encuentran en el pasillo parecen más tambaleantes que nunca, vemos bases para pensar que para la mayoría el pasillo se está haciendo un poco más ancho. Pero el mensaje principal del capítulo 1 se mantiene aquí: no existe una tendencia natural que genere que todas las naciones se muevan hacia una serie de instituciones estatales y a unas relaciones entre

el Estado y la sociedad uniformes. Los leviatanes despóticos, de papel y ausentes no son menos robustos que los encadenados. Hay otro mensaje de este capítulo que también es importante. Independientemente de la forma del pasillo, los países que no logran crear coaliciones nuevas y amplias, y no apoyan los compromisos, no lograrán poner un pie en el pasillo.

Capítulo 15

Vivir con el Leviatán

El error de Hayek

En mitad de la segunda guerra mundial, el director de la London School of Economics (LSE), William Beveridge, lideró un equipo de funcionarios que debía elaborar un informe gubernamental que se tituló «Seguridad Social y servicios aliados».[417] Este documento, ahora conocido como Informe Beveridge, se convirtió en la base de la expansión del Estado del Bienestar en el Reino Unido. Entre sus recomendaciones clave estaban una significativa expansión de la Seguridad Social, un programa que concediera subsidios de desempleo, bajas por enfermedad y pensiones, la creación de una sanidad gratuita universal en forma de Servicio Nacional de Sanidad y la implementación de un salario mínimo. El informe fue enormemente popular entre la sociedad británica. El ministro de Seguridad Social de posguerra, James Griffiths, escribió en sus memorias: «En una de las horas más oscuras de la guerra, [el informe] pareció maná caído del cielo».

Algunas de estas recomendaciones fueron implementadas durante la guerra: la expansión de los servicios a los bebés, los niños y la maternidad, un programa que daba combustible y leche subsidiada a familias con niños de menos de cinco años, y las comidas en las escuelas para los niños. En 1945, el Partido Laborista llegó al poder tras barrer en las elecciones gracias a su promesa de implementar el Informe Beveridge, y procedió a aprobar un buen número de legislaciones icónicas que hicieron realidad los planes del informe. Entre ellas estaban la Ley de Prestaciones Familiares de 1945, la Ley de Cobertura Nacional de 1946, la Ley de Asistencia Nacional de 1948 y la Ley del Servicio Sanitario Nacional de 1946.

Un brillante emigrado procedente de Viena, entonces profesor de la LSE, estaba alarmado. La principal preocupación de Friedrich von Hayek era el surgimiento del Estado totalitario, y consideraba el nazismo, del que había huido años antes, como una forma extrema de este Estado totalitario. Hayek estaba particularmente preocupado por que la planificación y la regulación administrativa de la economía por parte del Estado «socialista» se transformara en una forma de totalitarismo. Expresó por primera vez estas ideas sobre los peligros de la creciente administración estatal de la economía en un informe dirigido a William Beveridge. Este documento se convirtió en un artículo para una revista y luego en un libro, *Camino de servidumbre*, que desde entonces se ha convertido en uno de los libros más influyentes en las ciencias sociales del siglo XX. Hayek no estaba en contra de toda intervención gubernamental o cobertura social. Escribió: «Probablemente nada ha hecho tanto para dañar la causa liberal como la rígida insistencia por parte de algunos liberales sobre ciertas reglas generales toscas, por encima de todo el principio del *laissezfaire*».[418] Y añadía: «No puede haber ninguna duda de que un mínimo de comida, refugio y ropa, suficientes para preservar la salud y la capacidad de trabajo, pueden asegurarse a todo el mundo». Pero estaba preocupado por que el Estado jugara un papel definitorio influyendo en los sueldos y la asignación de recursos. Ésa, pensaba, podría ser la dirección en la que se estaban moviendo muchos países, en parte por la influencia de las ideas socialistas, y su libro pretendía ser un correctivo. En el prólogo de la edición estadounidense de 1956, Hayek, que había visto las políticas laboristas, escribió:

> Ese revoltijo de ideales mal conjuntados y con frecuencia incoherentes, con el que bajo el nombre de Estado del Bienestar se ha sustituido en buena medida al socialismo como objetivo de los reformistas, tiene que ser ordenado para que los resultados no sean muy parecidos a los del socialismo totalmente desplegado. Esto no significa decir que sus objetivos no sean al mismo tiempo practicables y dignos de elogiar. Pero hay muchas maneras en las que podemos trabajar hacia el mismo objetivo y en el presente estado de opinión hay algún peligro de que nuestra impaciencia por obtener resultados rápidos nos lleve a escoger instrumentos que, aunque quizá más eficientes para lograr determinados fines, no sean compatibles con la preservación de una sociedad libre.

Proseguía:

> Por supuesto, seis años de gobierno socialista en Inglaterra no han producido nada parecido a un Estado totalitario. Pero quienes sostienen que esto ha desmentido la tesis de *Camino de servidumbre* no han entendido uno de sus puntos principales: que el cambio más importante que estos crecientes controles del gobierno producen es un cambio psicológico, una alteración del carácter de la gente. Se trata necesariamente de una cuestión lenta, un proceso que se produce no en el transcurso de unos cuantos años, sino quizá de una o dos generaciones. Lo importante es que los ideales políticos de la gente en esta actitud hacia la autoridad son en la misma medida el efecto y la causa de las instituciones políticas bajo las que vive. Esto significa, entre otras cosas, que ni siquiera una fuerte tradición de libertad política es una salvaguarda si el peligro es precisamente que las nuevas instituciones y políticas socavarán gradualmente y destruirán ese espíritu.

El «cambio psicológico» de Hayek es similar a lo que hemos llamado la dominación del Estado sobre la sociedad. Observado desde este punto de vista, la preocupación de Hayek era que el mayor poder del Estado británico castrara a la sociedad y abriera la puerta a un Estado más despótico. Como sostuvo el propio Hayek en otro lugar e incluso en la cita previa, algunos de los objetivos pueden ser «practicables y dignos de elogiar». Pero eso no era suficiente, porque ese mayor poder del Estado podía poner en peligro el carácter de las relaciones Estado-sociedad. Eso es lo que le daba miedo. De hecho, la defensa que Hayek imaginó frente a este potencial problema está en línea con nuestra tesis. Él escribió: «Las consecuencias por supuesto pueden evitarse si ese espíritu se reafirma a tiempo y la gente no sólo echa al partido que les esta llevando cada vez más lejos en esa peligrosa dirección, sino que además reconoce la naturaleza del peligro y cambia de manera resuelta su curso».

En otras palabras, Hayek reconocía que la única manera de prevenir que emergiera el Leviatán despótico es que la sociedad se reafirme contra el poder y la dominación del Estado. Hasta aquí, bien. Pero el astuto análisis de Hayek pasa por alto una fuerza vital: el efecto de la Reina Roja. La única opción de la sociedad contra la capacidad del Estado en expansión no es refrenarlo completamente. Puede, de manera alternativa, aumentar su propia capacidad, sus propios controles ante el Estado. Esto es lo que sucedió en el Reino Unido y en la mayor parte de Europa en las décadas posteriores a la segunda guerra mundial. Y como hemos visto en el capítulo 10, algunas de estas dinámicas tuvieron lugar también en Estados Unidos.

De hecho, mucho del progreso humano depende de que el papel y la capacidad del Estado avancen para hacer frente a nuevos retos, al mismo tiempo que la sociedad también se vuelve más poderosa y vigilante. Cortar de raíz una mayor capacidad estatal impediría ese progreso humano. Es particularmente importante que el Estado expanda su jurisdicción durante momentos de crisis económica o social. En Gran Bretaña, el Informe Beveridge fue una respuesta a una crisis de esas características.

El error de Hayek fue doble. En primer lugar, no previó el poder de la Reina Roja y no reconoció que podía mantener al Leviatán encadenado dentro del pasillo. En segundo lugar, de manera quizá poco sorprendente, no vio lo que ahora es mucho más evidente: la necesidad de que el Estado juegue un papel en la redistribución, creando una red de seguridad social y regulando la cada vez más compleja economía que ya había emergido en la primera mitad del siglo XX.

Permanecer en el pasillo no es algo automático, especialmente cuando aparecen retos nuevos. Hemos visto en el capítulo 13 que los países salen del pasillo cuando la Reina Roja se vuelve de suma cero. Hayek estaba preocupado por un reto a la libertad aún más básico: el creciente poder del Estado administrativo que llevaba a una nueva clase de «servidumbre». Pero el efecto de la Reina Roja, siempre que no se vuelva de suma cero, puede ser también una poderosa fuerza que ayude a la sociedad a permanecer en el pasillo, al tiempo que desarrolla nuevas capacidades y disposiciones institucionales para mantener a raya a un Estado en expansión. Quizá no haya mejor ejemplo que la fundación del Estado del Bienestar sueco en mitad de la Gran Depresión para ilustrar cómo la Reina Roja puede jugar este papel y cómo su movilización a menudo necesita nuevas coaliciones.

El intercambio de vacas

La Gran Depresión creó una crisis para el Estado y la sociedad en todo Occidente. La crisis económica engendró una crisis política, pero ésta se desarrolló de manera distinta en diferentes países. Mientras Alemania sucumbió al nazismo y rápidamente salió del pasillo, y Estados Unidos se revolvió para enfrentarse a estos problemas dentro de sus propias constricciones, Suecia se embarcó en lo que se ha convertido en un ejemplo icónico de la expansión simultánea de las capacidades del Estado y la sociedad impulsada por el efecto de la Reina Roja.[419] En los años de entreguerras, Suecia introdujo el sufragio universal masculino, emergió un paisaje electoral más competitivo y nuevas coaliciones que no sólo mantuvieron a Suecia dentro del pasillo, sino que aumentaron de manera significativa la capacidad del Estado para regular el mercado laboral e influir en la distribución de los ingresos. Varios factores prepararon el terreno para esos cambios.

En el cambio de siglo, la economía sueca era en gran medida rural, y hasta la mitad de la población trabajaba en la agricultura. Suecia tenía una larga historia de representación parlamentaria, también para los campesinos, como hemos visto en el capítulo 6, y en el siglo XIX la aristocracia terrateniente había perdido buena parte de su riqueza y de su poder. Sin embargo, el derecho a voto era limitado y su segunda cámara, aristocrática, aún ejercía una considerable influencia sobre la política. El sufragio universal masculino fue introducido en 1909 para la segunda cámara y en 1918 para todas las elecciones, y el poder de la monarquía fue recortado en 1918, abriendo la puerta a una democracia parlamentaria con elecciones competitivas. El Partido Sueco de los Trabajadores (SAP) jugó un papel crucial en estos cambios institucionales.

Fue importante que el SAP, a diferencia de muchos otros partidos socialistas europeos, había renunciado a sus raíces marxistas de manera bastante clara antes de empezar a competir por el poder. Uno de los arquitectos de esta transformación fue el influyente líder de principios del siglo XX Hjalmar Branting. Si otros países socialistas del continente esperaban una revolución liderada por el proletariado y socavaban sus perspectivas electorales con amargas luchas ideológicas, Branting se dedicó a buscar socios de coalición para convertir el SAP en una verdadera fuerza

electoral. En 1886 sostuvo: «En un país atrasado como Suecia no podemos cerrar los ojos al hecho de que la clase media juega un papel cada vez más importante. La clase trabajadora necesita la ayuda que pueda obtener de esta dirección de la misma forma que la clase media, por su parte, necesita a los trabajadores tras de sí».

Para conseguir ese fin, un objetivo mayor del SAP a principios de siglo era conseguir el voto universal masculino para ambas cámaras legislativas. Ello requería un programa comprometido con la estrategia de fortalecer a todos los que carecían de representación en Suecia, entre ellos los granjeros y los campesinos.

Cuando golpeó la Gran Depresión, Suecia no se libró. Al igual que en muchos otros países, el gobierno intentó defender el valor de su moneda, la corona, y las políticas resultantes llevaron a la deflación y a una profunda crisis que disparó el desempleo. Aunque Suecia dio marcha atrás parcialmente y abandonó el patrón oro después de que lo hicieran los británicos en 1931, las condiciones no mejoraron. En este contexto, la búsqueda de socios de coalición del SAP empezó a transformar la política sueca. En ese momento, el SAP se volvió de la clase media hacia los granjeros y campesinos como compañeros de coalición. Fue una lucha cuesta arriba. El SAP estaba aliado con los sindicatos, cuyas mayores prioridades eran preservar el subsidio de desempleo, mantener los sueldos altos y crear trabajos en el sector industrial utilizando obras públicas y gasto del Gobierno. Se oponían a cualquier medida que aumentara los precios de la comida para los trabajadores. Los granjeros, por su lado, se oponían a los salarios altos para los trabajadores y querían apoyo a los precios por medio de consejos de distribución y otros métodos para aumentar los precios agrícolas.

Pero esto no frenó la búsqueda del SAP. Antes de las elecciones de 1932, su líder, Per Albin Hansson, presentó al SAP como «la casa del pueblo», abierta a todos los suecos. Explicó que su

> tarea más importante es trabajar con toda la energía para ayudar a todos los grupos que sufren los efectos de la crisis económica [...]. El partido no pretende apoyar y ayudar a [una] clase trabajadora a expensas de las demás. No diferencia en su trabajo por el futuro entre la clase trabajadora industrial y la clase de los agricultores, o entre trabajadores manuales y trabajadores del cerebro.

Los líderes del SAP presentaron su estrategia como una respuesta a las duras condiciones creadas por la crisis económica, y su principal punto de venta para el electorado era la predisposición a experimentar para hacer frente a los efectos adversos de la Depresión. Su programa para las elecciones de 1932 lo dejaba claro. Afirmaba que el país se encontraba envuelto por

> una crisis en marcha que se cobra víctimas en todos los sectores de la sociedad [...]. [El partido] aspira a medidas que mejoren de manera duradera la situación [y] dedica sus esfuerzos a inducir al Estado a aportar ayuda efectiva a las víctimas inocentes de la crisis.

Funcionó. El partido aumentó inmensamente su porcentaje de voto en comparación con las elecciones de 1928, haciéndose con el 41,7 por ciento del total, un éxito histórico. Pero no fue suficiente para lograr la mayoría. Fue en ese momento cuando los esfuerzos de Hansson para cortejar a los granjeros dio frutos y la SAP concertó un «intercambio de vacas», entrando en alianza con el Partido Agrario para formar Gobierno. El SAP aceptó medidas proteccionistas para aumentar los precios agrícolas y a cambio recibió el mandato de implementar un paquete anticrisis destinado a aumentar el gasto del Gobierno y los sueldos en el sector industrial.

Inicialmente, se opusieron a este paquete poderosos intereses bancarios como los Wallenberg y la parte más grande y activa de la comunidad empresarial, que estaba produciendo para el mercado de exportación. En esencia, les preocupaba que unos costes salariales más elevados erosionaran su competitividad. Pero esto cambió después de las elecciones de 1936, en las que el electorado apoyó al SAP aún más. Este amplio apoyo llevó a un encuentro entre representantes de los intereses empresariales, los sindicatos y los granjeros, además del Gobierno, en el pequeño pueblo vacacional de Saltsjöbaden en 1938. La reunión dio pie a una expansión de la coalición «socialdemócrata» para incluir a las empresas, que aceptaron los nuevos programas del Gobierno, el Estado del Bienestar y los resultantes sueldos más elevados a cambio de unas relaciones laborales más cooperativas y una reducción de las huelgas.[420]

Este modelo fue desarrollado aún más después de la segunda guerra mundial. Se formó un consenso social alrededor de la idea de que el Estado sueco debía apoyar tanto la equidad como el crecimiento. De este consenso emergió el modelo corporativista, de acuerdo con el cual el Estado sueco ofrecía generosos beneficios a los trabajadores mientras, al mismo tiempo, alentaba la moderación de los sueldos y facilitaba una mayor fluidez en el mercado de trabajo por medio de políticas activas (por ejemplo, ayudando a los trabajadores a encontrar trabajo dándoles nueva formación). En línea con el acuerdo de Saltsjöbaden, esta estrategia benefició también a las empresas. Un baluarte del sistema era el modelo Rehn-Meider de establecimiento centralizado de los sueldos, en el que una negociación social fijaba los sueldos industriales para todas las empresas. Esto no sólo creó una distribución de los ingresos más igualitaria por medio de la «compresión salarial»[421] (todos los trabajadores que hacían el mismo trabajo cobraban la misma cantidad), sino que también implicaba que las empresas más productivas no tenían que pagar sueldos más elevados. Esto fue una inmensa oportunidad para que las empresas muy productivas, que pagaban los mismos sueldos que el resto del sector, pudieran obtener importantes beneficios. De acuerdo con esta lógica, el sistema alentaba a que las empresas invirtieran, innovaran y se reorganizaran para aumentar su productividad, puesto que podían quedarse con todo el aumento de la productividad en forma de beneficios adicionales.

Mientras tanto, el Estado del Bienestar sueco siguió expandiéndose y desarrollándose. Suecia no sólo creó beneficios sociales más generosos, sino que también los proveía de manera semejante a todos los ciudadanos, siguiendo la plantilla universal del Informe Beveridge. A los generosos subsidios de desempleo y coberturas sanitarias, les siguieron pioneros subsidios a la maternidad y a los niños, y un sistema educativo igualitario de alta calidad, fruto de un esfuerzo para «democratizar el sistema escolar sueco».[422] Estos programas permitieron que el país se situara en la vanguardia de la reducción de la pobreza, un inmenso logro durante la Gran Depresión, cuando unas tasas de pobreza elevadísimas no sólo crearon un ambiente de miedo e incertidumbre, sino que también amenazaron el sistema político democrático, como en Alemania.

Desde el punto de vista de nuestro marco, el aspecto crucial no es sólo la gran expansión del papel y la capacidad del Estado sueco, sino la manera en que estuvo acompañada por una profundización de la democracia y del control social. La capacidad de la sociedad aumentó al mismo tiempo que lo hacía la del Estado. En este proceso hay varias facetas. En primer lugar, frente a la expansión del papel del Estado surge el miedo ante la posibilidad de la «captura de las élites»: que la actuación del Estado se convierta en una herramienta para que unas pocas empresas o unos intereses estrechos se beneficien a costa de la sociedad. El hecho de que esto estuviera sucediendo bajo el liderazgo del SAP y el papel crucial que jugaron los sindicatos como socios en este proceso y en la vigilancia y administración del sistema fueron un gran obstáculo para esta clase de secuestro de las instituciones del Estado. La naturaleza universal de los programas de bienestar suecos impedía la posibilidad de que pudieran convertirse en herramientas de clientelismo a manos de la élite, y contribuyó a crear una mayor cohesión social y una sensación de propiedad por parte de la población. Eso, a su vez, contribuyó a que se produjera una movilización social en favor del proceso.[423]

En segundo lugar, una gran preocupación relacionada con los miedos de Hayek era que el mayor papel del Estado en la economía pudiera producirse a expensas de las empresas en general. Por ejemplo, con nacionalizaciones y expropiaciones de capital. En Saltsjöbaden, Suecia contuvo esta posibilidad implicando a la comunidad empresarial en la coalición socialdemócrata. En este contexto, es revelador que el SAP hubiera rechazado reiteradamente aliarse con los comunistas y no practicara la nacionalización o la abierta expropiación de beneficios o capital. En ocasiones, los sindicatos intentaban presionar en favor de mayores aumentos de sueldos, pero normalmente el SAP se resistía a ellos. Una excepción, que reafirma el grado del control social, fue la reacción contra un movimiento de los sindicatos y el SAP en la década de 1970 para cambiar los términos del modelo Rehn-Meider de establecimiento centralizado de los salarios. Los sindicatos y el SAP propusieron la creación de «fondos para asalariados» con el fin de recuperar los «excesivos beneficios» que iban a parar a las empresas de alta productividad que

pagaban sueldos del mismo nivel que el resto del sector. Cuando quedó claro que la implementación de esos fondos amenazaba la coalición que sostenía a la socialdemocracia sueca, la oposición a ellos creció. Eso forzó al SAP a dar marcha atrás y a perder el poder por primera vez en 1976.

En tercer lugar, la expansión del Estado coincidió con una profundización de la democracia. Como todos los grandes partidos suecos acabaron aceptando los principios básicos de la socialdemocracia, el electorado empezó a tener que escoger entre distintos partidos que implementarían versiones diferentes de la idea socialdemócrata. Y que, si era necesario, frenarían políticas más extremas, como en el caso de los fondos para asalariados propuestos por los sindicatos y el SAP en la década de 1970.

Finalmente, la burocracia y la judicatura suecas se desarrollaron en paralelo con estos cambios, especialmente en la tarea de administrar y supervisar estos programas junto con los sindicatos. Con ello, obtuvieron competencia para implementar los programas sociales y contener los abusos del sistema.

En resumen, las nuevas necesidades y la situación de crisis creadas por la depresión económica obtuvieron respuesta del Estado sueco, que expandió su papel y su capacidad. En contraste con los miedos de Hayek, esto no abrió la puerta al totalitarismo. Por el contrario, como la expansión del Estado fue desarrollada por una coalición de trabajadores, granjeros e intereses empresariales, y como el efecto de la Reina Roja puso en marcha la movilización social para mantener al Estado controlado, la democracia sueca, lejos de debilitarse, se volvió más fuerte.

Aunque los detalles de la experiencia sueca son únicos, sus principales líneas son paralelas a lo que sucedió en otros países. Dinamarca y Noruega construyeron Estados del Bienestar parecidos, aunque la manera en que se formaron sus coaliciones fuera distinta. También Alemania desarrolló, después de la segunda guerra mundial, un Estado del Bienestar apoyado por un alto nivel de capacidad estatal y controles sociales.

Igualmente interesante es la experiencia estadounidense. Franklin Delano Roosevelt se enfrentó a la misma agitación económica y política que se encontró el SAP, pero tuvo que gestionar una sociedad que estaba fuertemente dividida por razas y regiones y era más suspicaz ante la acción del Gobierno. Con todo, sus primeras iniciativas políticas, entre las que estaba la Ley Nacional de Recuperación de la Industria (NIRA) en 1933 y la fundación de la Administración de Ajuste Agrícola iban en la misma dirección, y expandieron la capacidad del Estado para aumentar la red de seguridad y contribuir a la recuperación de la economía. Este programa pretendía incluir a trabajadores y granjeros por igual. El título 1 de la NIRA, por ejemplo, tenía una jurisdicción muy similar a las políticas industriales que adoptó el SAP, mientras que el apoyo a los granjeros en forma de precios más altos fue el centro de las medidas en el ámbito de la agricultura. En ambos casos, los planes iniciales de Roosevelt implicaban controles e implementación administrativos, como en Suecia. Las condiciones de Estados Unidos eran distintas que en Suecia; la NIRA se enfrentó a la fiera oposición de empresas y tribunales, y muchas de sus provisiones fueron abandonadas o se implementaron de una manera distinta. Aunque los planes de Roosevelt fueran en parte suavizados y encajaran con el modelo de asociación público-privada estadounidense, lograron algunos de los mismos objetivos que el intercambio de vacas sueco. En el proceso, transformaron de manera fundamental la regulación y la administración de la economía estadounidense.

El Leviatán contra el mercado

Un debate crucial en la economía y las ciencias sociales tiene que ver con el equilibrio entre el Estado y el mercado. ¿Cuánto debería intervenir el Estado en la economía? ¿Cuál es el alcance y la extensión adecuados de la regulación? ¿Qué actividades deberían dejarse a los mercados y qué otras deberían ser cosa del Estado? La respuesta económica clásica es que el Estado sólo debería intervenir bajo determinadas circunstancias claramente delineadas. Éstas incluyen la presencia de «externalidades», que surgen cuando las acciones de actores individuales tienen grandes consecuencias

para otros que no están mediadas por los mercados, lo que abre la puerta a excesivos niveles de determinadas actividades como la contaminación; la provisión de «bienes públicos», que son bienes de los que se beneficia todo el mundo, como infraestructuras gratuitas o la defensa nacional, y situaciones en las que hay una generalizada «asimetría de la información», lo que significa que algunos participantes del mercado no serán capaces de juzgar con precisión la calidad de los productos y servicios que están intercambiando. Entre ellas está la presencia de monopolios que deben ser regulados para impedir que cobren precios demasiado altos o se embarquen en actividades depredadoras para expulsar a sus competidores. De manera crucial, la intervención del gobierno es necesaria también para la seguridad social o la redistribución para limitar la desigualdad. Un importante aspecto de este acercamiento clásico es que el Estado, cuando intenta influir en la distribución de ingresos en la economía, debería minimizar su impacto en los precios del mercado y basarse sólo en impuestos y transferencias para lograr sus objetivos.

Esto es coherente con *Camino de servidumbre*, donde Hayek defiende los límites del alcance del Estado en la economía porque los mercados son más eficientes en la asignación de recursos. Pero, crucialmente, Hayek fue más allá y también sostuvo que el aumento del poder y la implicación del Estado puede tener consecuencias políticas adversas. Aunque algunas de las conclusiones de Hayek no son ni completamente convincentes ni se han producido en los desarrollos políticos de las últimas décadas, la manera en que analizó el problema fue considerablemente innovadora. Quizá la idea más brillante de Hayek es que el equilibrio entre el Estado y el mercado no tiene que ver sólo con la economía (y no decimos esto únicamente porque también es una de las principales implicaciones de nuestro marco conceptual). El reto vital es asegurarse de que el Estado puede aumentar su capacidad para satisfacer las necesidades de la sociedad, pero seguir estando encadenado. Eso requiere que la sociedad se fortalezca de nuevas formas para vigilar y controlar al Estado y a las élites. De modo que el diagnóstico de las intervenciones benéficas del Estado no tiene que ver sólo

con los *trade-offs* económicos, sino también con las implicaciones políticas de la intervención. Esto tiene que ver con la capacidad del Estado, pero también con quién controla y vigila esa capacidad y cómo será usada.

Una de las lecciones principales de nuestra exposición es que la verdadera innovación institucional en Suecia, y después en otras naciones escandinavas, no fue crear un Estado más intervencionista y redistributivo, sino hacerlo bajo los auspicios de una coalición en la que estaban las empresas y la gran mayoría de trabajadores organizados en sindicatos políticamente activos, que impusieron fuertes cadenas al Estado. Por un lado, como ya hemos señalado, la implicación de empresas, entre ellas las mayores corporaciones suecas, significaba que el Estado del Bienestar sueco nunca iba en la dirección de la nacionalización total de las industrias o la eliminación de los mercados. Y por otro lado, el papel crucial que jugaron los sindicatos en este proceso permitió una participación popular en la política mucho mayor, dificultando el secuestro de las ahora más poderosas instituciones del Estado por intereses de la élite. Esta coalición y el efecto de la Reina Roja permitieron al sistema político sueco reorientarse cuando algunas de las regulaciones fueron demasiado lejos en las décadas de 1970 y 1990.

Hay otras tres lecciones vitales de la experiencia sueca para entender el equilibrio entre el Estado y el mercado. La primera es un corolario de lo que ya hemos sostenido. Cuando las condiciones requieren nuevas responsabilidades del Estado, esta expansión debe verse acompañada de nuevas maneras de que la sociedad participe en la política, vigile al Estado y los burócratas y, si es necesario, interrumpa nuevos programas. Esto significa que mucho del debate sobre el alcance adecuado de los mercados y los gobiernos no aborda la cuestión más definitoria, a pesar de que hace ya mucho tiempo Hayek identificó la importancia crucial de esta cuestión. ¿Se puede mantener al Leviatán bajo control también con sus nuevas responsabilidades y sus poderes recién adquiridos? Los costes de introducir nuevos controles sobre el Leviatán, especialmente cuando éstos no estarán disponibles de inmediato debido al efecto de la Reina Roja, ¿son mayores que los beneficios de la intervención adicional del Estado?

Desde este punto de vista, la razón por la que el gobierno no debería regular los precios de la mayoría de bienes no es porque los mercados establecen perfectamente esos precios (o, en la terminología de la economía, porque no hay externalidades, bienes públicos, información asimétrica o dudas con la distribución), sino porque los costes políticos del Estado que amplía su jurisdicción serían demasiado altos, sea por las precauciones adicionales que ello requiere o por el mayor riesgo de salirse del pasillo. Esta línea de razonamiento implica que el Estado debería intervenir sólo cuando los beneficios de la intervención son más grandes que el coste de la intervención. Y más importante aún, también muestra que es más probable que las intervenciones y las actividades que ponen en marcha poderosos efectos de la Reina Roja (de suma positiva) sean más beneficiosas socialmente. Así pues, es más preferible que el Estado provea seguridad social y servicios generalizados y coordine las negociaciones entre empleadores y empleados, al tiempo que implica a sindicatos y empresas por igual (lo cual es probable que fortalezca a la Reina Roja, como en el caso sueco), a que emprenda regulaciones y acciones correctivas específicas y con frecuencia opacas en zonas estrechas como los aranceles al azúcar o el acero (del modo en que gestionan las demandas los leviatanes de papel, como hemos visto en el capítulo 11).

La segunda lección es que algunos aspectos aparentemente ineficientes de la economía podrían, a fin de cuentas, tener un papel social útil. Uno de esos aspectos son los propios sindicatos. Con frecuencia son vistos con gran suspicacia porque uno de sus objetivos principales es presionar para conseguir sueldos más altos para sus miembros, aunque esto dificulte que los no miembros encuentren trabajo. De hecho, como hemos visto incluso en el contexto sueco, los sindicatos en ocasiones han demandado sueldos excesivamente altos. Esta actitud recelosa es compartida por muchas autoridades en Estados Unidos, que han intentado socavar el poder de los sindicatos. En parte como resultado de estas actitudes políticas (y en parte por el declive del empleo manufacturero), hoy día la afiliación a sindicatos es mucho más baja en la economía estadounidense, especialmente en el sector privado, de lo que lo fue en el apogeo de los sindicatos a mediados de siglo, después de que la Ley (Wagner) Nacional de Relaciones Laborales

de 1935 reconociera el derecho de los trabajadores a organizarse en sindicatos e ir a la huelga. En otras economías avanzadas se ha producido un declive similar del poder de los sindicatos. Es discutible si tiene sentido la oposición a los sindicatos en un plano estrictamente económico. Pero un papel esencial de los sindicatos es político: son centrales para mantener un equilibrio de poder parcial entre los intereses empresariales bien organizados y la mano de obra. El declive del poder de los sindicatos en las últimas décadas puede haber sido uno de los factores que han inclinado el poder en la sociedad estadounidense en favor de las grandes corporaciones. La cuestión más importante para nuestro marco es que, al evaluar el papel de varias políticas e instituciones, debemos tener en cuenta las medidas subyacentes que buscan crear un equilibrio y así ayudar a mantener al Leviatán y a las élites bajo las cadenas.

La tercera lección importante tiene que ver con la forma de la intervención del gobierno. Aquí divergimos más marcadamente de Hayek y de la respuesta clásica de la economía. Éstos mantienen que siempre es mejor abstenerse de intervenir en los precios del mercado. Si el gobierno desea crear una división más equitativa del ingreso, debe dejar que el mercado haga su trabajo y usar los impuestos redistributivos para avanzar hacia la distribución deseada. Pero esta forma de pensar separa de manera incorrecta la economía de la política. Que el Leviatán tome los precios del mercado y la distribución de ingresos como algo dado y sólo recurra a la redistribución fiscal para lograr sus objetivos podría traducirse en niveles muy altos de imposición fiscal y redistribución. ¿No sería mejor, especialmente desde el punto de vista de controlar al Leviatán, que los precios del mercado pudieran alterarse para alcanzar algunos de sus objetivos sin tanta redistribución fiscal? Esto es exactamente lo que el Estado del Bienestar sueco hizo. La coalición socialdemócrata se construyó sobre el modelo corporativista, en el que los sindicatos y la burocracia estatal regulaban directamente el mercado laboral. Esto generó sueldos más altos para los trabajadores y significó que había menor necesidad de redistribución desde los propietarios del capital y las corporaciones a la mano de obra. Esto también generaba una compresión de los sueldos, de tal modo que la distribución de ingresos entre trabajadores era más igualitaria.

En consecuencia, había menos necesidad de impuestos redistributivos, aunque también los hubiera para financiar el generoso Estado del Bienestar. Mucho de esto no estaba diseñado o planeado con antelación. Sin embargo, nuestro marco subraya una razón por la que las cosas se organizaron de esta manera; asegurándose de que los sueldos eran más altos y estaban más comprimidos, y, por lo tanto, alejándose de lo que podría haber sido un resultado de mercado sin restricciones, el Estado evitó la necesidad de una mayor redistribución fiscal y unos impuestos aún más elevados. Con el rol fiscal del Estado disminuido, mantenerlo controlado era un objetivo más factible.

Prosperidad no compartida

Muchas naciones occidentales, entre ellas Estados Unidos, se enfrentan hoy día a exigencias económicas fundamentales. La respuesta política hasta ahora ha sido más cercana a la Reina Roja de suma cero que a la clase de dinámica que hemos visto en el intercambio de vacas sueco, que implicaba el desarrollo de nuevas coaliciones y nuevas arquitecturas institucionales con las que hacer frente a los nuevos retos. Pero este último camino está abierto a la mayoría de países que se hallan en el pasillo, y el primer paso para apoyarlo es comprender en qué consisten estos nuevos retos, que son el centro de las tres próximas secciones.

A lo largo de las últimas décadas, dos de los motores de prosperidad económica más poderosos han sido la globalización económica y la rápida introducción de tecnologías de la automatización.[424] La globalización económica ha aumentado el volumen del comercio, y la externalización y la subcontratación han permitido que el proceso de producción se distribuya alrededor del mundo para aprovechar el menor coste de la producción de determinadas tareas y productos. Tanto las naciones en desarrollo como las desarrolladas se han beneficiado de este proceso de globalización. El espectacular crecimiento de economías como las de Corea del Sur y Taiwán en las décadas de 1970, 1980 y 1990, y de China en las de 1990 y 2000, no habría sido posible sin globalización. Tampoco habríamos disfrutado de los precios más bajos de cientos de productos, que van desde los textiles y los

juguetes hasta la electrónica y los ordenadores. En el capítulo anterior hemos visto que la globalización tiene impacto en lo estrecho que es el pasillo y las perspectivas para algunas naciones que están fuera para entrar en él. Pero sus efectos en la economía y la política de las naciones desarrolladas han sido más complicada por la manera en que las ganancias se han compartido, o para ser más concretos, no se han compartido. Aunque dentro de la política económica exista la opinión generalizada de que todo el mundo se beneficia de la globalización económica, la realidad ha sido distinta en Estados Unidos y Europa. Allí, han aumentado los ingresos de las corporaciones y los ya acomodados, mientras que los trabajadores han tenido ganancias mucho más limitadas y en algunos casos han sufrido menores salarios y pérdidas de empleo. En realidad, esto es lo que la teoría económica predice: la globalización crea ganadores y perdedores, y cuando adopta la forma de integración de una economía avanzada con una menos avanzada, con abundante mano de obra con poca cualificación y bajos salarios, los trabajadores —especialmente los menos cualificados en la economía avanzada— salen perdiendo.

El otro motor poderoso de prosperidad económica, el cambio tecnológico, tiene efectos similares. El progreso tecnológico aumenta la productividad y expande la gama de productos disponibles para los consumidores. Históricamente, ha estado en la raíz del crecimiento económico sostenido. En ocasiones, también ha sido algo que ha beneficiado a (casi) todo el mundo. Desde la década de 1940 y mediados de la de 1970, por ejemplo, vemos en la economía estadounidense un rápido crecimiento de la productividad unido a un crecimiento de las ganancias de todos los grupos de educación, desde los trabajadores cuya educación no pasó del instituto hasta los que tienen títulos de posgrado. Pero la asombrosa variedad de nuevas tecnologías que han transformado los lugares de trabajo en los últimos treinta años parece haber tenido unos efectos bastante distintos. Muchas de estas tecnologías, entre ellas ordenadores mucho más potentes, máquinas controladas numéricamente y después computarizadas, robots industriales, y más recientemente la inteligencia artificial, han automatizado el proceso de producción, lo que permite que las máquinas asuman tareas que antes hacían los trabajadores. Por su

naturaleza, la automatización favorece al capital, que ahora se utiliza de manera mucho más extensiva en forma de nuevas máquinas. También tiende a favorecer a los trabajadores cualificados frente a los menos cualificados, cuyas tareas son asumidas por máquinas. De manera poco sorprendente, pues, las nuevas tecnologías de la automatización han tenido unas inmensas consecuencias distributivas.

Los efectos combinados de la globalización y la automatización han llevado a fortunas divergentes. En Estados Unidos, el patrón de aumentos de sueldo generalizados se interrumpió a finales de la década de 1970, y ha sido sustituido por una brecha creciente entre los trabajadores en lo más bajo de la distribución de ganancias y los que están en lo más alto. Por ejemplo, mientras los ingresos (ajustados a la inflación) de hombres con nivel educativo de posgraduado aumentó casi un 60 por ciento desde 1980, los de los hombres con educación de instituto o menor declinó más de un 20 por ciento. En el transcurso de tres décadas y media, el sueldo real neto de los trabajadores menos cualificados ha caído en picado.

El mismo período ha sido testigo también de una declinante creación de empleo en la economía estadounidense. El empleo en la manufactura de Estados Unidos ha caído alrededor de un 25 por ciento desde mediados de la década de 1990, mientras que la ratio de empleo general frente a la población ha declinado de manera significativa desde 2000. Son visibles tendencias similares en otras economías avanzadas, aunque el impactante declive de los ingresos reales de los trabajadores menos educados es un rasgo único del mercado laboral de Estados Unidos.

Existe un acuerdo general en que la automatización y la globalización han contribuido enormemente a esas tendencias. Las pérdidas de empleos y ganancias están concentradas en zonas, industrias y ocupaciones que se especializaban en actividades que, o bien han sido automatizadas o han sido testigo de un rápido aumento de las importaciones procedentes de economías en desarrollo, particularmente de China. Las estimaciones en la literatura sugieren que sólo las importaciones de China pueden haber reducido el empleo en la economía estadounidense en dos millones de trabajos, y la adopción de robots industriales, un ejemplo destacado de las nuevas tecnologías de la automatización, pueden haber llevado a la pérdida

de hasta un millón de trabajos. En ambos casos, la mayoría de los efectos fueron experimentados por trabajadores en lo más bajo de la distribución de cualificaciones.[425]

Wall Street desatado

La globalización económica y la automatización no son las únicas tendencias que contribuyen a los altos niveles de desigualdad. La rápida desregulación de varias industrias en Estados Unidos, seguida por desregulaciones más modestas en otras economías desarrolladas, ha contribuido de manera importante a la desigualdad. Particularmente importante en este proceso ha sido la desregulación financiera.[426]

En buena parte del mundo, durante las décadas posteriores a la segunda guerra mundial, la industria financiera estuvo fuertemente regulada. Tanto, que en Estados Unidos los trabajos en la banca eran considerados ocupaciones típicas de oficina; los sueldos así lo reflejaban y rondaban el mismo nivel que los de los trabajadores de otros sectores. En Estados Unidos, el fundamento del sistema financiero de posguerra fue la «Regulación Q». Ésta restringía los tipos de interés sobre las cuentas de ahorro, lo que limitaba la competición entre distintas instituciones financieras y restringía la apertura de oficinas en terceros estados, que impedían que los bancos compitieran por depósitos en varios estados. Estas restricciones aumentaron con la Ley Glass-Steagall, promulgada en 1933, y separaba la actividad bancaria minorista (básicamente mantener depósitos y prestar) del negocio más arriesgado de la banca de inversión (que se centraba en cosas como cubrir, fusiones y adquisiciones, derivados financieros y *trading*). En este ambiente regulado, los trabajos burocratizados y cómodos en la banca llegaron a ser descritos por la «regla 3-6-3»: aceptar depósitos al 3 por ciento, prestarlos a un 6 por ciento de interés y estar en el campo de golf a las 3. Esto empezó a cambiar en la década de 1970, especialmente después de que se aboliera la Regulación Q en 1986, lo que abrió la puerta a un significativo aumento en la concentración bancaria. Junto a una mayor concentración, se produjo un giro hacia actividades más arriesgadas, como los derivados financieros,

entre ellos las permutas de tipo de interés (donde una parte del contrato financiero hace pagos al otro dependiendo de si el interés de referencia está por debajo o por encima de un umbral) o las permutas de incumplimiento crediticio (en el que los pagos se hacen dependiendo de si un deudor impaga). Aunque el sector financiero se estaba adentrando en actividades más arriesgadas, el creciente poder político de los bancos bloqueaba nuevas regulaciones y éstos presionaban por una mayor desregulación. Con una mayor concentración, menos regulaciones y una asunción de riesgos más agresiva llegaron mayores ingresos y beneficios. Entre 1980 y 2006, el sector financiero pasó de representar un 4,9 por ciento del producto interior bruto de Estados Unidos al 8,3 por ciento. Sus beneficios aumentaron un 800 por ciento en términos reales, más de tres veces el crecimiento de los beneficios en el sector no financiero.

En un poderoso ciclo de retroalimentación, mayor tamaño y beneficios llevaron a un creciente poder político. En 2006, el sector financiero donaba 260 millones de dólares a campañas políticas, frente a alrededor de 61 millones en 1990. La consecuencia de esto fue una continuada y temeraria desregulación financiera. Se desmantelaron otros importantes pilares de las regulaciones financieras posteriores a la Gran Depresión, empezando con la Ley Riegle-Neal de Banca Interestatal y Eficiencia de las Oficinas de 1994, que relajó las regulaciones para que un banco operara en varios estados y abrió la puerta a una serie de fusiones que llevaron a la creación de corporaciones bancarias gigantescas, como JP Morgan Chase, Citicorp y Bank of America. En 1999, la Ley Gramm-Leach-Bliley demolió la mayor parte de barreras que quedaban entre la banca comercial y la de inversión. Durante el mismo período, mientras se generalizaban los derivados financieros, los banqueros se opusieron fieramente a nuevas regulaciones. Como consecuencia, el inmenso crecimiento de las obligaciones garantizadas por deuda, basadas en derivados apoyados en hipotecas (que creaban derivados sintéticos con distintos perfiles de riesgo a partir de grandes agregaciones de hipotecas), y de las permutas de incumplimiento crediticio tuvo lugar casi por entero fuera del marco regulatorio. Ésta fue una de las razones por las que una compañía aseguradora, el American Insurance Group (AIG), podía vender inmensas cantidades de permutas de

incumplimiento crediticio y asumir una inmensa cantidad de riesgo. Con esta oleada de desregulación, el ciclo siguió y los beneficios de las finanzas crecieron.

La continuada desregulación de las finanzas contribuyó a la desigualdad. Los megabeneficios en Wall Street no sólo acrecentaron la desigual distribución de los ingresos entre los propietarios de grandes instituciones financieras, entre ellas los *hedge funds* especializados en inversiones de riesgo para clientes ricos, sino que dispararon la desigualdad en general, porque los gestores y los *traders* de alto nivel en la industria financiera empezaron a recibir inmensos paquetes salariales y pagos de bonos. Las ganancias de los trabajadores y ejecutivos del sector de las finanzas, que habían sido inferiores a sus homólogos en otros sectores hasta 1990, empezaron a divergir bruscamente después. En 2006, los trabajadores del sector de las finanzas estaban recibiendo un 50 por ciento más que sus homólogos, mientras que los ejecutivos en la industria financiera recibían un asombroso 250 por ciento más que los ejecutivos con cualificaciones parecidas en otras industrias.[427]

Un indicador de este aspecto de la desigualdad es el porcentaje de la renta nacional que va a manos del 1 y del 0,1 por ciento superior en la distribución del ingreso, que representa a los muy ricos y a los extremadamente ricos, respectivamente, entre los cuales están muy sobrerrepresentados los propietarios y ejecutivos de las corporaciones financieras. Ese 1 por ciento de los estadounidenses recibía alrededor del 9 por ciento de los ingresos en la década de 1970. En 2015 esa cifra había ascendido al 22 por ciento. El aumento ha sido aún más sorprendente para el 0,1 por ciento, que fue de alrededor del 2,5 por ciento en la década de 1970 y casi un 11 por ciento del ingreso nacional en 2015.[428]

El segundo reto tiene que ver con la asignación de recursos. Las finanzas, al transferir fondos de los ahorradores a quienes tienen nuevas ideas y oportunidades de inversión, juegan un papel vital en la mejora de la eficiencia de la actividad económica. Pero cuando se concentran, se especializan en la asunción de riesgos y son protegidas por su poder político, pueden, por el contrario, convertirse en una fuente de ineficiencias generalizadas. En 2007-2008, cuando se produjo la crisis, la industria

financiera había avanzado mucho en esa dirección. La asunción de riesgos excesivos tenía sus raíces en una competición desregulada que estaba alentando a muchas instituciones a prestar temerariamente y a asumir riesgos en sus divisiones de *trading* para aumentar las tasas de retorno que podían prometer a los inversores. Eso también impulsó la creencia de muchos empleados de las principales instituciones financieras de que el Gobierno y la Reserva Federal no los dejaría caer aunque sus inversiones fracasaran estrepitosamente (y no estaban equivocados). En última instancia, fue el colapso de esas arriesgadas inversiones lo que provocó la crisis financiera, que después se transformó en una depresión económica global. Aunque la Ley Dodd-Frank de 2010 y unas regulaciones más rígidas por parte del Sistema de la Reserva Federal han intentado limitar el alcance de esos riesgos y las consecuencias negativas de las pérdidas financieras en la economía, ha sido en el mejor de los casos un éxito parcial. La industria financiera, recurriendo a sus poderosas presiones políticas, se ha resistido y ha impedido la implementación plena de estas regulaciones y con frecuencia ha intentado deshacerlas. Mientras tanto, el sector se ha concentrado aún más. El porcentaje de mercado de los cinco bancos más grandes en el sistema financiero estadounidense, que aumentó del 20 por ciento de 1990 al 28 por ciento en 2000, hoy está por encima del 46 por ciento.[429]

Empresas supergigantes

La mayor concentración no es un rasgo único de las finanzas. Junto con la desregulación general y las nuevas tecnologías, se ha producido un inmenso aumento de la concentración en muchos sectores. Especialmente en los servicios en línea, las comunicaciones y los medios sociales. El tamaño de las empresas más grandes en relación con el resto de la economía es de récord histórico. Los gigantes tecnológicos Alphabet (Google), Amazon, Apple, Facebook y Microsoft tienen un valor de mercado combinado (medido por las valoraciones de mercado de sus acciones) equivalente a más del 17 por ciento del producto interior bruto de Estados Unidos. La cifra para las cinco empresas más grandes de 1900, cuando las autoridades

y la sociedad estaban alarmadas por el poder de las grandes empresas, era de menos del 6 por ciento. Este inmenso aumento en la concentración parece tener varias causas. La más importante es la naturaleza de la tecnología de estas nuevas empresas, que crea lo que los economistas llaman las dinámicas de «el ganador se lo lleva todo». Tomemos el ejemplo de Google. Fundado en 1998, cuando ya había varios buscadores de internet de éxito, Google rápidamente se distinguió por su superior algoritmo. Si sus competidores, como Yahoo y AltaVista, ordenaban las webs por el número de veces que incluían el término buscado, los fundadores de Google, Sergei Brin y Larry Page, estudiantes de la Universidad de Stanford por entonces, dieron con una idea mucho mejor. Esa idea, que se llamó algoritmo PageRank, ordenaba una web de acuerdo con su relevancia, que se estimaba por el número de páginas que mencionaban también el término buscado que enlazaban esa web. Como este algoritmo era mucho mejor sugiriendo webs relevantes a los usuarios, la proporción de mercado de Google en las búsquedas de internet creció rápidamente. Una vez obtenida una gran proporción de mercado, Google utilizó más datos de las búsquedas de los usuarios para refinar su algoritmo, lo que lo hizo mejor y más dominante. Esta dinámica se vio fortalecida cuando los datos de las búsquedas en internet empezaron a ser utilizados para aplicaciones de inteligencia artificial, como por ejemplo la traducción y el reconocimiento de patrones. El éxito temprano también le dio más recursos para invertir en investigación y desarrollo, y adquirir empresas que estaban desarrollando tecnología que sería útil para la posterior expansión de Google.

Los efectos de que el ganador se lo lleve todo estaban también en el meteórico auge de Amazon, cuyo crecimiento temprano como vendedor y plataforma en línea lo hizo más atractivo para vendedores y usuarios. Y el de Facebook, cuya popularidad como plataforma social depende de manera crítica de las expectativas de los usuarios de que sus amigos también se hayan unido a ella. Aunque la naturaleza de las consideraciones de que el ganador se lo lleve todo sean un tanto distintas en el caso de Apple y Microsoft, no son ciertamente menos importantes, porque una vez más el valor de sus productos depende de su popularidad general y de la adopción de una parte amplia de la población.

Aunque la naturaleza de la tecnología de la era de internet ha sido un factor clave en el auge de la concentración económica, la inacción de las agencias reguladoras, especialmente en Estados Unidos, ha sido también un factor muy relevante. Esto contrasta con lo que hemos visto en circunstancias similares de la historia estadounidense. Cuando, a principios del siglo XX, varias empresas alcanzaron posiciones similarmente dominantes, los progresistas llegaron al poder y emprendieron acciones para dividirlas, como hemos visto en el capítulo 10. Hoy día no hay en la agenda propuestas institucionales o políticas semejantes. Sin duda, es cierto que muchas de estas empresas han crecido rápidamente porque han ofrecido productos nuevos, mejores y más baratos. Pero esto no obvia las preocupaciones por la creciente concentración, especialmente ante la perspectiva de que dichas empresas que dominan los mercados en algún momento ejercerán su poder monopolístico, cobrarán precios más altos y empezarán a asfixiar la innovación. El auge de la concentración económica ha sido también un factor clave en el aumento de la desigualdad, no sólo porque los propietarios y los principales accionistas de estas corporaciones se han hecho inmensamente ricos, sino también porque los sueldos de sus empleados han aumentado en relación con los de quienes trabajan en otras industrias.[430]

Las tendencias económicas que hemos descrito brevemente —globalización económica y automatización, crecimiento de las finanzas y auge de las empresas supergigantes— plantean retos urgentes a Estados Unidos y a otras economías avanzadas por al menos tres razones. La primera son sus implicaciones en materia de desigualdad, que ya han sido subrayadas. La segunda es la eficiencia económica. Algunos ven nuestra época como la era dorada de la tecnología. Pero, por lo menos en las dos últimas décadas, a pesar del espectacular auge de la globalización y una asombrosa gama de nuevas tecnologías, el crecimiento de los ingresos y la productividad han sido decepcionantes. Las causas de este bajo crecimiento no se entienden bien. Pueden estar relacionadas con las tendencias que hemos perfilado. La globalización y la rápida automatización conllevan beneficios, pero puede

ser a costa de otros avances tecnológicos que podrían haber contribuido de mejor manera a la productividad y la prosperidad. El crecimiento excesivo del sector financiero y la ineficiente asunción de riesgos probablemente han sido algo muy costoso, porque han creado inestabilidad en la economía (pensemos en la crisis financiera) y desviado hacia las finanzas recursos que podrían haber ido a otros sectores y a la innovación (no hay que olvidar que los mejores licenciados van a trabajar a *hedge funds* y bancos de inversión en lugar de a los sectores de la innovación, la ciencia o el servicio público). El inmenso aumento de la concentración económica también puede haber socavado la eficiencia paralizando la competición y distorsionando las nuevas tecnologías que se adoptan y desarrollan.

El tercer reto tiene que ver con la confianza en las instituciones. El Leviatán encadenado no sólo necesita un equilibrio de poder entre el Estado y la sociedad, también necesita que la sociedad confíe en las instituciones. Sin confianza, los ciudadanos no protegen esas instituciones del Estado y la élite y la Reina Roja se vuelve de suma cero. La creciente desigualdad, el lento crecimiento del empleo, los enormes beneficios de las finanzas y las grandes empresas que no están reguladas contribuyen a la sensación de que la economía está trucada y de que el sistema político es cómplice de este proceso. Esta sensación sin duda se vio fortalecida por la crisis financiera y los acontecimientos posteriores, que supusieron el rescate por parte del Gobierno de bancos parcialmente responsables de la crisis, mientras que las familias pobres que se enfrentaban a la bancarrota recibían poca o ninguna ayuda. Lo que es peor: al igual que en lo explicado en el capítulo 13 sobre la Alemania de entreguerras, las partes de la sociedad que se están quedando atrás económicamente y perdiendo la confianza en las instituciones son los blancos principales de movimientos que pretenden desestabilizar el sistema político y acabar con el equilibrio entre el Estado y la sociedad que sostiene la vida en el pasillo. Esos movimientos, como era de prever, han experimentado un auge últimamente.

La desigualdad, el desempleo, la baja productividad y el bajo aumento de los ingresos, y la pérdida de confianza en las instituciones estaban entre los factores que hicieron que el período de la Gran Depresión fuera un

terreno tan fértil para la inestabilidad política. Aunque la crisis que sufren las economías avanzadas hoy no es tan extrema como en la Gran Depresión, vistos los paralelismos no nos podemos permitir ninguna complacencia.

Evitar la Reina Roja de suma cero

Hemos visto dos respuestas diametralmente opuestas a la Gran Depresión. La primera, el colapso de la República de Weimar en Alemania, fue un ejemplo de Reina Roja de suma cero, donde cada lado competía por socavar al otro sin ninguna cesión. La segunda, ilustrada por la respuesta sueca, conllevó una mayor implicación y fortalecimiento del Estado, mientras que la sociedad también se volvía más capaz y se organizaba mejor para controlar al Estado.[431] Esta movilización social tuvo como baluarte una nueva coalición que apoyaba la nueva arquitectura institucional. La respuesta de muchas naciones occidentales hoy es más cercana a la de la Alemania de Weimar que a la de Suecia, y quienes están en las posiciones más precarias están sucumbiendo al atractivo de los autócratas, y la polarización y la intransigencia están a la orden del día. ¿Estamos condenados a repetir los errores de la Alemania de entreguerras? ¿O podemos impedir que la Reina Roja se vuelva completamente de suma cero? ¿Podemos también hacer caso de las advertencias de Hayek y evitar la «servidumbre»?

Empecemos con las buenas noticias. Como hemos subrayado en el capítulo 13, es más probable que la Reina Roja se salga de control cuando el pasillo es más estrecho. En este sentido, Estados Unidos y muchas otras naciones occidentales están en una mejor situación. Sus economías diversificadas basadas en las manufacturas y los servicios, un papel muy limitado de la coerción (recordemos el capítulo 14), la falta de grupos dominantes diametralmente opuestos a la democracia (como las élites terratenientes prusianas) y su historia reciente de política democrática ininterrumpida se traducen en un pasillo más ancho. Pero ni el ancho del pasillo ni la estabilidad en él pueden darse por descontados. Las instituciones democráticas y participativas provocan el ensanchamiento del pasillo. Si esas instituciones pierden la confianza de la gente, el pasillo se

estrecha y la capacidad de la sociedad de gestionar conflictos disminuye. Y la Reina Roja puede salirse de control incluso en un pasillo ancho si se vuelve definitivamente de suma cero.

Revisitemos la experiencia sueca durante la Gran Depresión para ver cómo evitar esa respuesta de suma cero. En la respuesta sueca fueron críticos tres pilares. El primero fue que todo el proyecto estaba construido sobre una coalición amplia entre trabajadores, granjeros y hombres de negocios. El movimiento de los trabajadores, representado por los sindicatos y el SAP, lejos de socavar otros intereses, intentó llegar a un compromiso con ellos.

El segundo pilar fue un abanico de respuestas económicas, tanto a corto plazo como institucionales. Estas respuestas implicaron tomar medidas para estimular la economía, así como una serie de reformas para redistribuir ingresos hacia quienes estaban sufriendo desempleo, pérdida de ingresos y pobreza. Procedieron a institucionalizar estas medidas desarrollando un modelo corporativista y socialdemócrata en los que el Estado mediaba en las negociaciones entre empleadores y trabajadores para asegurar la paz industrial. También fundaron un generoso Estado del Bienestar para hacer que la prosperidad fuera compartida de manera más igualitaria.

El tercer pilar era político. La profundización en la capacidad estatal era algo que se hallaba incrustado en un sistema político en el que había fuertes controles sociales sobre las actividades del Estado y la relación entre las élites políticas y económicas. Estos controles estaban apoyados por la naturaleza universal de los programas, que fortalecieron la coalición socialdemócrata por el hecho de que la capacidad administrativa del Estado se desarrolló rápidamente en el proceso de gestionar el Estado del Bienestar y por la implicación directa de los sindicatos en la gestión de programas clave. Todo esto, a su vez, fue apoyado por las tempranas reformas políticas que habían democratizado significativamente la política sueca.

La primera lección de Suecia es evidente: lograr compromisos y encontrar maneras de construir una amplia coalición para apoyar al Leviatán encadenado y las nuevas medidas políticas. Esto, por supuesto, puede ser mucho más difícil si la política se ha polarizado mucho, como

hemos visto en el caso alemán. La esperanza es encontrar un territorio común antes de que sea demasiado tarde. En este contexto, es importante que hoy, tanto la derecha como la izquierda en Estados Unidos y en muchas naciones occidentales, están de acuerdo en que las tendencias que hemos subrayado aquí —creciente desigualdad, empleos que desaparecen, la dominación de Wall Street y la concentración económica— son verdaderos problemas. El reto es que hay menos acuerdo sobre las soluciones. Esto no es infrecuente. Las nuevas coaliciones con frecuencia necesitan nuevas ideas e innovaciones institucionales. Ahora abordamos de dónde pueden proceder, centrándonos en el caso estadounidense específicamente.

Empecemos con la construcción de la coalición. El reto es similar al que se enfrentaron los federalistas. Los compromisos a los que llegaron, aunque costosos en algunas dimensiones, como hemos enfatizado en el capítulo 10, pueden ser útiles de nuevo. Una pata de ese compromiso fue transferir significativos poderes a los Estados (para que las comunidades locales tuvieran voz en el proceso). Dadas las diferencias en los problemas económicos y políticos y en la tolerancia frente a la implicación de la administración pública de los distintos estados, el mismo compromiso puede ser útil hoy. Otra pata fue la asociación público-privada. Ésta tuvo la virtud de implicar y tranquilizar al sector privado a medida que la capacidad del Estado se expandía. Aunque un compromiso similar es necesario en el contexto estadounidense actual, podría ser necesario que la arquitectura institucional fuera más allá del modelo de cooperación público-privada, como veremos en un momento. Finalmente, sería de ayuda incorporar las preocupaciones de Hayek desde el principio. Esto significaría que cualquier acuerdo social que supusiera una mayor implicación del Estado y una red de seguridad social más fuerte debería conllevar un significativo aumento de la capacidad de la sociedad para vigilar al Estado. Aunque la sociedad sueca era menos suspicaz ante las intervenciones del Estado, esto es exactamente lo que sucedió en Suecia en la década de 1930.

En el frente económico, la naturaleza de los retos hace evidente que es necesaria una expansión múltiple en las responsabilidades y la capacidad del Estado. Entre las responsabilidades que el Estado, especialmente el estadounidense, debería asumir están el diseño y la gestión de una red de

seguridad social más generosa y amplia, que proteja a los individuos que no se están beneficiando de los grandes cambios económicos. Las medidas políticas destinadas a mejorar la red de seguridad social deben verse complementadas por otras que aumenten la creación de puestos de trabajo y los ingresos de los trabajadores, y les ayude a hacer la transición a nuevos empleos. Un ejemplo de ello es el crédito fiscal sobre los ingresos, que en términos reales subsidia a los trabajadores de sueldos bajos haciendo que paguen menos impuestos por sus ganancias. Tendrá que repensar el sistema educativo de Estados Unidos, que se ha vuelto obsoleto no sólo porque no se ha mantenido a la altura de las necesidades del cambiante paisaje económico, sino porque ha acabado reflejando las desigualdades de la sociedad, y no ha dado a la mayoría de estadounidenses igualdad de oportunidades. También tendrá que desarrollar regulaciones más estrictas y generalizadas para muchas empresas, entre ellas las de la industria financiera y el sector tecnológico. Y para terminar, la reciente experiencia de Estados Unidos subraya el hecho de que la excesiva dependencia del modelo de asociación público-privada es una desventaja cuando se construye un Estado del Bienestar moderno. La gestión exitosa de programas de bienestar y seguridad social necesita una profundización de la capacidad administrativa del Estado. Esto no significa que el sector privado no tenga ningún papel, pero requiere un funcionariado más autónomo, más capacitado y con más autoridad.

Otra lección de la experiencia sueca (confirmada por los casos danés, noruego y británico) es dar a los programas de bienestar una dirección más universal, alentando a la sociedad en general a asumirlos e implicarse en su control. Los subsidios a industrias específicas o clases de trabajadores específicas normalmente no alcanzan este objetivo. Los tiempos de grandes cambios económicos y sociales ofrecen un terreno especialmente fértil para la introducción de beneficios universales, porque requieren programas generalizados, que pueden después forjar una coalición popular que los apoye. Las reformas posibles para gestionar los efectos adversos de la globalización económica, la automatización y otros cambios económicos,

así como las inversiones en educación para permitir un uso más efectivo y equitativo de esas oportunidades deben ser asimismo generalizadas y podrían diseñarse de tal modo que creen sus propias coaliciones fuertes.

Partiendo una vez más de la experiencia sueca, podemos sostener que sería un error basarse sólo en medidas fiscales y redistributivas para perseguir estos objetivos. En lugar de eso, sería preferible diseñar instituciones del mercado de trabajo que, directamente, lleven la economía hacia una distribución más igualitaria de las ganancias provenientes del crecimiento económico, como mejores oportunidades para que los trabajadores se impliquen en acuerdos colectivos, legislación sobre el salario mínimo y otras medidas políticas para aumentar el sueldo. Esas medidas reducirían la carga del Estado (y, por lo tanto, sería más fácil controlarlo) y también contribuirían a ampliar la coalición favorable al mantenimiento de estos programas.

Los mismos factores sugieren que puede ser necesario redirigir el rumbo del cambio tecnológico. El rumbo y el impacto de la tecnología en la economía no están predeterminados. La anémica tasa de crecimiento de la productividad hoy día señala que no todo va bien en este campo. Un problema es el declive del apoyo del Gobierno estadounidense a la investigación fundamental y la I+D corporativa desde el fin de la guerra fría. Revertir este declive sin duda sería un paso importante para alentar un crecimiento más rápido de la productividad. Además, en las últimas décadas se ha puesto énfasis en el rápido ahorro de costes, que ha alentado una mayor automatización. No es disparatado pensar que este énfasis en la automatización no ha generado suficiente crecimiento de la productividad. Un consenso social para hacer que las ganancias del crecimiento económico se compartan de manera más igualitaria puede motivar inversiones en tecnologías que no se limiten a automatizar tareas existentes, sino también generar nuevas oportunidades para que trabajadores con distintas habilidades contribuyan a la producción. Si puede lograrse, el resultado no será sólo una distribución más equitativa de los ingresos y los trabajos, y una menor necesidad de redistribución fiscal, sino una productividad más alta, porque se utilizan mejor las habilidades humanas.

En el plano político, los retos no son menos formidables. Más allá de conseguir una coalición en torno a las reformas e instituciones económicas, es imperativo contener la excesiva influencia de los intereses privados por medio de las contribuciones a las campañas y la presión política, que han llegado a proporciones astronómicas en las dos últimas décadas. Por ese motivo, la posibilidad de que un Estado más grande le haga el trabajo a las élites económicas no es una amenaza lejana para el sistema político estadounidense. Ya está aquí. La enormidad de este problema hace que la izquierda y la derecha estadounidenses estén de acuerdo en que ese tema es muy preocupante (aunque sus soluciones preferidas difieran). En nuestra lista de reformas políticas para hacer frente a estas amenazas están las siguientes. La primera es restringir las donaciones de campaña y limitar el impacto de la presión política. Podrían ser particularmente importantes medidas específicas para traer mayor transparencia a las relaciones entre empresas, lobistas y políticos, puesto que los relatos de cómo los políticos se convierten en leales sirvientes de determinadas industrias o intereses con frecuencia incluyen reuniones ocultas a la mirada pública y acuerdos de puertas giratorias sin ningún control, mediante los cuales los reguladores y los políticos acaban siendo contratados por el sector privado con salarios muy atractivos.

Una segunda reforma consiste en aumentar la autonomía del funcionariado. Acabar con la estrecha relación entre lobistas y el Estado es un primer paso evidente. Pero de manera más importante, hacen falta reformas fundamentales que reduzcan la capacidad de los nuevos gobiernos para nombrar a todos los altos cargos con criterios políticos, porque ello aumentaría la autonomía del funcionariado y ayudaría a prevenir su captura política.

Otra reforma necesaria incluiría acciones para revertir varias tendencias que han reducido la representatividad del sistema político estadounidense, en particular por medio del diseño de nuevos distritos. Desde principios de los años 2000 se han creado decenas de distritos electorales en los que siempre gana uno de los dos grandes partidos.

Incluso más importante que específicas medidas de reforma es un aumento general de la movilización de la sociedad. También en esto hay un acuerdo bastante amplio en Estados Unidos. Uno de los rasgos de la sociedad estadounidense del siglo XIX que más fascinó a Tocqueville era la disposición de la gente a organizar y formar asociaciones fuera del gobierno. Esto no sólo les permitía solucionar problemas sociales específicos, sino que también creaba presión popular sobre la toma de decisiones políticas. El declive de esta clase de asociaciones se ha subrayado mucho en los últimos años. Aunque el grado y las causas exactas de este declive están aún en debate, y no todas las organizaciones tienen un importante papel político, es esencial un nuevo vigor en esta clase de asociaciones, que sean capaces de controlar al Estado y a las élites poderosas. Esto es aún más necesario porque, en las últimas décadas, las organizaciones laborales, que con frecuencia contrarrestan la influencia de las élites económicas, se han vuelto mucho más débiles. Este declive subraya la necesidad de formas alternativas de organización que pueden permitir nuevos caminos hacia la política para trabajadores industriales y otros ciudadanos. Una cuestión abierta es si (y cómo) esas organizaciones pueden impulsar de manera efectiva el papel que los sindicatos tuvieron en el pasado. Volveremos a esta cuestión al final del capítulo.

Partir del éxito sueco en la construcción de una coalición diversa para apoyar y vigilar la expansión de la capacidad del Estado no debería interpretarse como la recomendación de que Estados Unidos u otros países occidentales deban emular ciegamente y copiar los detalles de lo que Suecia empezó a hacer hace más de ochenta años. Para empezar, en Estados Unidos, las coaliciones que pueden sostener dinámicas de la Reina Roja tendrán que ser distintas de las coaliciones de trabajadores y campesinos en el intercambio de vacas sueco. Tendrían que implicar distintas regiones, distintos grupos ideológicos y distintos grupos étnicos. Como Estados Unidos aún es el país más innovador en una gama de industrias líderes, como el software, la inteligencia artificial, la biotecnología y la ingeniería de alta tecnología, debe buscar una organización distinta que la de los suecos en la década de 1930. Pero asegurar oportunidades e incentivos para el dinamismo y la innovación empresariales no impide crear una mejor red

de seguridad y un mejor Estado del Bienestar. No impide ayudar a movilizar a la sociedad para mantener controlado al Estado. Ciertamente no impide el desarrollo de un Estado capaz, especialmente si tenemos en cuenta que la implicación del Estado en ciencia e investigación ha sido un pilar de la energía innovadora de la economía estadounidense. Esto puede verse en el papel del Gobierno estadounidense como gran comprador de equipamiento de alta tecnología y también como financiador primario de la investigación por medio de organizaciones como la Fundación Nacional de Ciencia, y con generosos créditos fiscales para gastos en investigación. La cuestión, pues, es cómo Estados Unidos y otras naciones occidentales pueden redirigir la actividad económica hacia la creación de una división más equitativa de los recursos, al tiempo que se mantiene encadenado al Estado. Algunas pistas sobre la respuesta pueden encontrarse cuando se considera el problema de vigilar al Estado cuando trata con amenazas de seguridad.

La guerra del Leviatán contra el terror

El modelo de cómo el Estado puede expandir su capacidad para gestionar nuevos problemas al mismo tiempo que sigue encadenado también se aplica a los retos no económicos. Algunas de las demandas más críticas que los ciudadanos hacen a sus Estados tienen que ver con la seguridad. De hecho, un poderoso incentivo para abordar la construcción del Estado es la búsqueda de una autoridad centralizada para aplicar leyes, resolver conflictos y garantizar la seguridad. Pero a medida que el mundo cambia, también lo hace la naturaleza de los retos de seguridad.

Eso se volvió absolutamente claro para la mayoría de los occidentales la mañana del 11 de septiembre de 2001, cuando diecinueve secuestradores de la organización terrorista Al-Qaeda tomaron el control de cuatro vuelos comerciales estadounidenses y los estrellaron contra las torres del World Trade Center en Nueva York, mientras otro era lanzado contra el edificio del Pentágono en Washington, D. C., y el último caía en un campo en Pensilvania mientras los pasajeros se enfrentaban a los secuestradores. El número total de muertes fue de 2.996, con más de 6.000 personas heridas.

Naturalmente, el mundo había sufrido antes del 11 de septiembre un buen número de ataques terroristas asesinos y secuestros, y los Estados occidentales se habían enfrentado durante décadas a varios retos de seguridad durante la guerra fría. Pero la escala y la audacia de estos ataques estremecieron a la sociedad. La mayoría de los ciudadanos y las agencias del Gobierno lo interpretaron como el principio de un nuevo mundo de amenazas de seguridad que había que enfrentar con gran urgencia. Aunque se han impedido más ataques a gran escala en los dieciocho años transcurridos, este diagnóstico demostró ser correcto, puesto que se han producido numerosos ataques a escala más pequeña y varios intentos fallidos preparados por organizaciones similares, la más notable de ellas el llamado Estado Islámico (antes llamado ISIS). Por lo tanto, tenemos un ejemplo claro de una sociedad que pide un aumento en la capacidad estatal y el liderazgo para enfrentar nuevos retos.

Estas demandas han sido satisfechas, y las agencias de seguridad estadounidenses han crecido de manera inmensa y han expandido sus responsabilidades. Como hemos señalado ya en el capítulo 10, esto no ha ocurrido bajo el control de la sociedad, como quedó dolorosamente claro en junio de 2013, cuando los medios empezaron a informar sobre algunos documentos secretos divulgados por Edward Snowden que revelaban la existencia y las funciones de los programas de vigilancia clasificados del Gobierno federal. El primer programa revelado fue PRISM, que permitía el acceso directo a las cuentas de los estadounidenses en Google, Yahoo!, Microsoft, Facebook, YouTube y Skype. También supimos de una orden judicial secreta que requirió a Verizon que entregara millones de registros telefónicos de estadounidenses a la Agencia de Seguridad Nacional (NSA); sobre Boundless Informant, un programa de minería de datos que recogía información en forma de metadatos sobre miles de millones de correos electrónicos y llamadas de teléfono; y sobre X Keyscore, un sistema informático que permite la recolección de «casi cualquier cosa que se haga en internet». Snowden reveló que la NSA estaba recopilando millones de listas de contactos de correo electrónico y mensajes instantáneos, buscando en contenidos de correos electrónicos, siguiendo y ubicando en mapas la posición de teléfonos móviles, y socavando los intentos de encriptación.

Como dijo Snowden: «Yo, sentado en mi escritorio [podía] pinchar a cualquiera, a ti o a tu contable, a un juez federal, incluso al presidente, si tenía una cuenta de correo electrónico personal». Después de las revelaciones de Snowden, Daniel Ellsberg, famoso por filtrar los Papeles del Pentágono, sostuvo que:

> Las divulgaciones de Snowden son un verdadero momento constitucional [...]. Edward Snowden ha hecho más por nuestra Constitución en términos de la Cuarta y la Quinta enmiendas que cualquier otra persona que yo conozca.

Quizá todo esto sea una tormenta en un vaso de agua. Quizá sea inevitable que al luchar contra graves amenazas terroristas las agencias de seguridad deban actuar con secretismo, recolectar inmensas cantidades de datos e ignorar las preocupaciones por la privacidad y dejar que algunos en los medios de comunicación se quejen en voz alta. Tal vez.

Para tener algo de perspectiva, volvamos a la experiencia danesa. En 2006, la Unión Europea emitió una Directiva de Retención de Datos sobre «la retención de datos generados o procesados en conexión con la provisión de servicios de comunicación electrónica disponibles para el público o de redes de comunicaciones». El Gobierno danés decidió expandir la directiva y publicó una ley que iba mucho más allá de lo establecido, incluyendo una obligación de «registro de sesión» que requería a los proveedores que almacenaran información de las direcciones IP de origen y destino, números de puerto, tipo de sesión y registro de hora. En respuesta, Privacy International, una ONG que vigila y defiende la privacidad en todo el mundo, rebajó la puntuación del país a 2,0 (sociedades que realizan una extensa vigilancia) desde su niel previo de 2,5 (falta sistémica de mantenimiento de salvaguardas). Esto coloca a Dinamarca en el lugar 34 de los 45 países incluidos en el estudio. Pero a la mayoría de daneses no parece importarles. Confían en que el Gobierno danés no utilizará sus direcciones IP, números de puerto, tipos de sesión y registro de hora para espiarlos, suprimir su libertad de expresión o encarcelarlos por sus opiniones políticas. En abril de 2015, el Tribunal Europeo de Justicia llegó a la conclusión de que las prácticas de retención de datos danesas eran «una

interferencia particularmente grave en los derechos fundamentales», pero la sociedad danesa no se había levantado en armas y no exigió el cese de las prácticas de retención de datos.

La diferencia entre la respuesta danesa y la estadounidense no es que el Gobierno danés no se enfrentara agresivamente a amenazas a la seguridad similares. Fue que lo hizo mientras al mismo tiempo mantenía la confianza de la sociedad danesa. Esto se apoyaba en dos factores críticos. En primer lugar, el programa de Estados Unidos era secreto y siguió expandiéndose sin supervisión, mientras que las políticas de retención de datos danesas fueron claramente anunciadas a la sociedad y no desviaron sus objetivos. En segundo lugar, los daneses partieron de una confianza básica en sus instituciones y creyeron que su Gobierno no utilizaría la información contra ellos ni para ejecuciones extraordinarias o torturas, como hizo la CIA tras el 11 de septiembre. Estos dos factores sugieren que los daneses creen, con razón, que los datos recolectados por su Gobierno no amenazan la naturaleza encadenada de su Estado. No es el caso de la sociedad estadounidense, precisamente porque la CIA, el FBI y la NSA con frecuencia han actuado de maneras incontroladas y en ocasiones inescrupulosas.

Por lo tanto, existe un fuerte paralelismo entre cómo el Leviatán encadenado podría tener que gestionar amenazas de seguridad sin dejar de estar encadenado y cómo podría responder a nuevos retos económicos. Este paralelismo tiene su origen en la importancia crítica de las restricciones institucionales y de otra clase que mantienen al Leviatán en el pasillo. La confianza de la sociedad en el Estado es un reflejo de estas restricciones. Desde este punto de vista, lo que fue problemático en la respuesta de la NSA y la CIA a nuevas amenazas de seguridad no fue la expansión de sus responsabilidades y actividades, sino la manera secreta y descontrolada en que las organizaron. Se suponía que los programas revelados por Snowden debían ser controlados por los Tribunales de Vigilancia de Inteligencia Exterior, pero estos tribunales también funcionaban en secreto y con frecuencia no eran más que un sello de aprobación. No es la manera adecuada de mantener las cadenas puestas o de construir confianza.

Hemos empezado en el capítulo 1 con algunas célebres predicciones sobre la manera en que la mayoría de países avanzarán hacia la democracia liberal, la anarquía o la dictadura. La advertencia de Yuval Noah Harari de que la dictadura digital está en el horizonte para buena parte de la humanidad quizá sea la más ominosa, y el sistema chino de «crédito social» y los agresivos programas de vigilancia de la NSA añaden verosimilitud a esa predicción. Pero no hay razón para esperar que todos los países, o la mayoría de ellos, vayan a avanzar de manera inexorable hacia la misma clase de sistema político o económico. Será el equilibrio prevaleciente entre Estado y sociedad lo que determine sus caminos. La alternativa danesa a las mismas amenazas de seguridad subraya este argumento. Cuando estas amenazas son enfrentadas con poderes del Estado en expansión y sin control, es mucho más probable que se produzcan abusos y aumenta el peligro de una dictadura digital. Cuando esas mismas acciones se desarrollan a plena luz del día y la sociedad puede controlar si esos poderes están utilizándose mal, el equilibrio de poder que sostiene el pasillo queda reafirmado. Esta reafirmación alienta el uso de las nuevas tecnologías de una manera que es mucho más coherente con los principios del Leviatán encadenado, aunque esas tecnologías pudieran comprometer la privacidad. No están preordenadas las maneras en que se desplegarán las nuevas tecnologías y las maneras en que vayan a alterar el equilibrio de poder. Las debemos escoger nosotros.

Derechos en acción: el principio Niemöller

No sólo es difícil crear un Leviatán encadenado. También requiere un esfuerzo denodado mantener el delicado equilibrio entre el Estado y la sociedad necesario para permanecer en el pasillo. Hemos sugerido algunas maneras específicas en que puede fortalecerse la sociedad en presencia de un Leviatán que crece. La idea más crítica es hacer uso de la movilización social. Pero ¿cómo se logra eso en la práctica? ¿Hay avenidas organizativas que ayuden a la sociedad a expandir sus capacidades y su control sobre el Estado y las élites? Creemos que la respuesta es que sí. Tiene que ver con

las ideas del capítulo anterior: construir a partir de la protección de los derechos de los ciudadanos contra todas las amenazas, entre ellas las del Estado, las élites y otros ciudadanos.

Los derechos están íntimamente conectados con nuestra noción de libertad como protección de los individuos ante el miedo, la violencia y la dominación. Aunque el miedo y la violencia han sido las principales fuerzas que han hecho que la gente huyera de sus casas, la dominación —la incapacidad de los individuos para hacer elecciones y llevar sus vidas de acuerdo con sus propios valores— es con frecuencia igualmente opresiva. Los derechos son fundamentalmente maneras que tiene la sociedad de codificar en sus leyes y normas la capacidad de todos los individuos de hacer esas elecciones en su vida.

El énfasis en los derechos se remonta al menos hasta John Locke, así como a la declaración de Thomas Jefferson relativa a los «derechos inherentes e inalienables, entre los cuales están la preservación de la vida, y la libertad, y la búsqueda de la felicidad» en la Declaración de Independencia, y la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano francesa de 1789. Nuestra concepción moderna está conformada por la Declaración Universal de los Derechos Humanos de Naciones Unidas adoptada en 1948. William Beveridge anticipó esas ideas en un panfleto de 1945, *Why I Am a Liberal* («Por qué soy liberal»), en el que escribió:[432]

> La libertad significa algo más que autonomía frente al poder arbitrario del gobierno. Significa autonomía frente a la servidumbre económica de la carencia y la miseria y otros males sociales; significa autonomía frente al poder arbitrario en cualquier forma. Un hombre que se muere de hambre no es libre.

La Declaración Universal afirma de un modo similar:[433]

> Considerando que el desconocimiento y el menosprecio de los derechos humanos han originado actos de barbarie ultrajantes para la conciencia de la humanidad, y que se ha proclamado, como la aspiración más elevada del hombre, el advenimiento de un mundo en que los seres humanos, liberados del temor y de la miseria, disfruten de la libertad de palabra y de la libertad de creencias.

El artículo 23 proclama:

1. Toda persona tiene derecho al trabajo, a la libre elección de su trabajo, a condiciones equitativas y satisfactorias de trabajo y a la protección contra el desempleo.
2. Toda persona tiene derecho, sin discriminación alguna, a igual salario por trabajo igual.
3. Toda persona que trabaja tiene derecho a una remuneración equitativa y satisfactoria, que le asegure, así como a su familia, una existencia conforme a la dignidad humana y que será completada, en caso necesario, por cualesquiera otros medios de protección social.
4. Toda persona tiene derecho a fundar sindicatos y a sindicarse para la defensa de sus intereses.

El presidente Roosevelt articuló ideas similares. En 1940 y 1941 puso énfasis en las «cuatro libertades esenciales»: la libertad de expresión, la libertad religiosa, la libertad frente a la carencia y la libertad frente al miedo. En su discurso del Estado de la Unión de 1944 fue más allá y afirmó:[434]

> Hemos llegado a la clara conciencia del hecho de que la verdadera libertad individual no puede existir sin seguridad e independencia económica. «Los hombres necesitados no son hombres libres.» La gente que tiene hambre y está desempleada son el material con el que se hacen las dictaduras.

Después enumeró los derechos esenciales, como «el derecho a un trabajo útil y remunerado», «el derecho a ganar lo suficiente para proveer comida y ropa y ocio», «el derecho de todo hombre de negocios, grande y pequeño, a comerciar en una atmósfera de libertad frente a la competición injusta y la dominación por monopolios, en este país o en el extranjero», «el derecho de toda familia a tener una casa decente», «el derecho a una protección adecuada frente a los miedos económicos de la ancianidad, la enfermedad, el accidente y el desempleo», «el derecho a una buena educación». En el pasado, Roosevelt se había mostrado dispuesto a reducir algunos de esos derechos y libertades, por ejemplo, con el internamiento de ciudadanos japoneses entre 1942 y 1945, y había implementado leyes de Jim Crow en el Sur. (La reacción de un afroamericano a las cuatro

libertades de Roosevelt es reveladora: «Los tíos blancos hablando de las Cuatro Libertades, y nosotros no tenemos ninguna».)[435] Su conversión a la importancia de los derechos señala cómo estaba cambiando el estado de ánimo a ambos lados del Atlántico.

Lo que resulta extraordinario de estas afirmaciones son dos rasgos de la concepción de los derechos: son universales y generales (y en esto van mucho más allá de la Declaración de Independencia, que no cubría a los esclavos y no era clara con las mujeres), y reconocen la importancia de que los individuos sean capaces de hacer sus propias elecciones. Por lo tanto, las amenazas de violencia y las restricciones a la libertad de pensamiento o de expresión contra cualquier grupo son violaciones de derechos, como lo es impedir a la gente que ejerza sus actividades religiosas (o la ausencia de ellas) o sus preferencias sexuales. Pero igualmente importante es que eliminar los medios para ganarse decentemente la vida es también una violación, porque también esto creará una forma de dominación. Esta última no hunde sus raíces sólo en el hecho de que la pobreza abyecta hace imposible que la gente tenga una vida significativa, sino también en la noción de que bajo esas circunstancias, los empleadores pueden exigir trabajo en condiciones desagradables, humillantes o que te dejan sin ninguna clase de poder (recordemos el manual de los recolectores manuales de basura dalits del capítulo 8).

Esta concepción de los derechos es crucial para la libertad no sólo de los hombres y de la mayoría, sino también de las mujeres, de las minorías religiosas, étnicas y sexuales, y de las personas con discapacidades y deficiencias. Consagrar estos derechos crea límites claros sobre lo que el Estado y las élites poderosas de la sociedad pueden y no pueden hacer. Eliminar la capacidad de la gente para organizarse, exponer sus argumentos o seguir su forma de vida está más allá de los límites de lo que nadie puede hacer cuando esos derechos están claramente protegidos. También lo está crear las condiciones que obliguen a la gente a hallarse en una posición económicamente servil o dominada.

Aquí yace el principio de un poder transformador para la sociedad. Si los límites claramente delineados sobre lo que el Estado no puede hacer son reconocidos de manera universal, la transgresión de estos límites puede

crear la chispa para una movilización social generalizada para detener la insidiosa extralimitación del Estado. Reconocer que los derechos de las minorías son universales es crucial, porque sin ese reconocimiento, sólo las minorías específicas cuyos derechos se violan se quejarán y protestarán, sin movilización o respuesta, como en las sociedades desorganizadas y fragmentadas de la India (capítulo 8), Latinoamérica y África (capítulo 11). El reconocimiento universal de los derechos crea la base para coaliciones amplias.

La importancia de esta idea fue anticipada por el pastor luterano alemán Martin Niemöller, que en un poema escrito en la década 1950 capturó sucintamente por qué fue tan fácil al Estado nazi dominar rápidamente. La versión más conocida del poema, grabada en muchos museos en memoria del Holocausto y recitado con frecuencia en actos conmemorativos, dice:

> Primero fueron a por los socialistas, y yo no dije nada
> porque no era socialista.
> Después fueron a por los sindicalistas, y yo no dije nada
> porque no era sindicalista.
> Después fueron a por los judíos, y yo no dije nada
> porque no era judío.
> Después fueron a por mí
> y no quedaba nadie que pudiera decir algo por mí.

En el relato de Niemöller, la falta de reconocimiento universal de los derechos más básicos estaba en la raíz de la incapacidad de la sociedad alemana de enfrentarse a los nazis, que pudieron manejar y eliminar a cada grupo por separado, sin movilizar a una amplia coalición en el seno de la sociedad alemana que se alzara contra ellos. Esto resultó ser una manera particularmente mala de defender el pasillo.

Estas ideas, en cierta medida, también fueron anticipadas por Roosevelt, que en el mismo discurso sobre el Estado de la Unión de 1944 subrayó la importancia de una gama diversa de derechos para todo el mundo, y que por si acaso citó la afirmación de Benjamin Franklin de 1776: «Debemos estar todos juntos, o sin duda nos colgarán a todos por separado».

Dándole la vuelta a esta lógica, en la medida en que la sociedad puede hacer una amplia gama de (razonables) derechos más universales, se encontrará en una mejor posición para organizar e igualar el poder en expansión del Estado. Cabe notar que estos derechos, tal como están expresados en la Declaración Universal, incluyen el acceso a un empleo remunerado, porque esto crea espacio e incentivos para que distintas partes de la sociedad, motivadas por consideraciones y quejas económicas, se junten en una amplia coalición y se organicen para resistir al despotismo. Estos retos pueden ser especialmente vitales en el futuro, pues el movimiento sindical puede que nunca recupere su influencia previa, como ya hemos comentado. Una sociedad (civil) organizada alrededor de los derechos es una alternativa.

Muchos de nosotros que vivimos en países democráticos con sociedades asertivas y Estados con elevadas capacidades, somos inmensamente afortunados en comparación con quienes sufren bajo el yugo de un Leviatán despótico o llevan a cabo su existencia bajo el miedo, la violencia y la dominación sin ninguna institución estatal que los proteja. Con todo, vivir con el Leviatán (encadenado) es una obra en marcha. Nuestro argumento ha sido que la clave para hacer este mundo más estable y menos tendente a salirse del pasillo es intentar crear y recrear el equilibrio de poder entre el Estado y la sociedad, entre quienes tienen el poder y quienes no. El efecto de la Reina Roja está aquí para ayudarnos, pero en última instancia el poder de la sociedad tiene que ver con la organización y la movilización social.

En octubre de 2017, un grupo de mujeres empezaron a hablar en voz alta sobre el acoso y el asalto sexual al que habían sido sometidas por hombres que tenían poder sobre ellas. Empezó con las alegaciones contra el encumbrado magnate cinematográfico Harvey Weinstein. El 5 de octubre, la actriz Ashley Judd se sumó a las acusaciones. El 17 de octubre, la actriz Alyssa Milano adoptó un término acuñado por la activista Tarana Burke y tuiteó: «Si has sido acosada o asaltada sexualmente, escribe “me too” [yo también] en respuesta a este tuit». Se produjo una avalancha de tuits y nació

un movimiento social. Aunque no estemos ni mucho menos cerca de la completa igualdad y de la protección de las mujeres en todo el mundo, dado que la gente se ha manifestado contra las violaciones de estos derechos básicos, se ha vuelto un poco más difícil que los poderosos acosen, degraden y asalten a mujeres en el gobierno, las empresas y las escuelas. En respuesta, la legislación empezó a cambiar, por ejemplo, con la nueva ley del estado de Nueva York para la prevención del acoso sexual.

El progreso humano depende de la expansión de la capacidad del Estado para enfrentarse a nuevos retos y combatir todas las dominaciones, viejas y nuevas, pero eso no sucederá a menos que la sociedad lo exija y se movilice para defender los derechos de todo el mundo. No hay nada fácil o automático en ello, pero puede suceder y sucede.

Agradecimientos

Durante la escritura de este libro hemos acumulado un gran número de deudas intelectuales. Las más importantes son las que tenemos con nuestros coautores, que han trabajado con nosotros en varios aspectos de la investigación que desarrollamos en este libro. Les agradecemos a Maria Angélica Bautista, Jeanet Bentzen, Davide Cantoni, Isaías Chaves, Jonathan Conning, Giuseppe De Feo, Giacomo De Luca, Georgy Egorov, Leopoldo Fergusson, Juan Sebastián Galán, Francisco Gallego, Camilo García-Jimeno, Jacob Hariri, Tarek Hassan, Leander Heldring, Matthew Jackson, Simon Johnson, Sara Lowes, Sebastián Mazzuca, Jacob Moscona, Suresh Naidu, Jeffrey Nugent, Nathan Nunn, Philip Osafo-Kwaako, Steve Pincus, Tristan Reed, Pascual Restrepo, Dario Romero, Pablo Querubín, Rafael Santos Villagrán, Davide Ticchi, Konstantin Sonin, Ragnar Torvik, Juan F. Vargas, Thierry Verdier, Andrea Vindigni, Sebastian Vollmer, Jon Weigel, Alex Wolitzky y Pierre Yared su creatividad, duro trabajo y paciencia.

En particular, nos gustaría darle las gracias a Joel Mokyr, quien en marzo de 2018 organizó un congreso de dos días sobre el libro en el Centro para la Historia Económica de la Universidad Northwestern. Durante veinte años, Joel ha sido una inspiración intelectual, un modelo académico a seguir y una fuente de inmenso apoyo profesional, y es difícil imaginar lo que habría sido nuestra carrera sin él. En el congreso, recibimos inteligentes sugerencias de todos los participantes: Karen Alter, Sandeep Baliga, Chris Blattman, Peter Boettke, Frederica Carugati, Daniel Diermeier, Georgy Egorov, Tim Feddersen, Gary Feinman, Gillian Hadfield, Noel Johnson, Lynne Kiesling, Mark Koyama, Linda Nicholas, Debin Ma, Melanie Meng Xue, Suresh Naidu, John Nye, Pablo Querubín, Jared Rubin, Ken Shepsle, Konstantin Sonin, David Stasavage, John Wallis y Bart Wilson. Le

agradecemos a Bram van Besouw y a Matti Mitrunen que tomaran notas en este congreso y nos ayudaran a dejar constancia de esta discusión espontánea.

Probablemente, también sea el momento de mencionar a los académicos que han influido de manera crucial en la trayectoria de nuestra investigación durante las dos últimas décadas, en particular a Lee Alston, Jean-Marie Baland, Robert Bates, Tim Besley, Jared Diamond, Robert Dixon, Richard Easterlin, Stanley Engerman, Jeffry Frieden, Steven Haber, Joe Henrich, Ian Morris, Douglass North, Josh Ober, Torsten Persson, Jean-Philippe Platteau, Kenneth Sokoloff, Guido Tabellini, Jan Vansina, Barry Weingast y Fabrizio Zilibotti.

Hemos recibido comentarios útiles sobre varios capítulos de Siwan Anderson, David Autor, Peter Diamond, Jon Gruber, Simon Johnson, Lakshmi Iyer, Mark Pryzyk, Gautam Rao y Anand Swamy, y les estamos agradecidos por su tiempo y erudición. Chris Ackerman y Cihat Togöz leyeron el manuscrito completo y aportaron comentarios exhaustivos, sugerencias y consejos.

Hemos presentado versiones de las ideas que aparecen aquí en el marco de muchos seminarios durante los últimos años, entre ellos, la Conferencia Nemmers de Northwestern, las Conferencias de Múnich, la Conferencia Kuznets de Yale, la Conferencia Richard Stone de Cambridge, la Conferencia Sun Chen en Taipei, la Conferencia Jean-Jacques Laffont en Toulouse, la Conferencia Linowes de la Universidad de Illinois en Urbana-Champaign, la Conferencia Anual de la Oxford Development Studies, el discurso de apertura ABCDE del Banco Mundial y la Conferencia Anual de Ontología Social de Tufts. Hemos recibido muchos comentarios y sugerencias útiles y, en particular, nos gustaría darles las gracias a Toke Aidt, Gabriel Leon y Min-Jeng Lin.

Tom Hao, Matt Lowe, Carlos Molina, Jacob Moscona, Frederick Papazyan y José Ignacio Velarde nos han proporcionado una magnífica ayuda en la investigación. Toby Greenberg ha sido un excelente buscador y editor de imágenes. Alex Carr, Lauren Fahey y Shelby Jamerson nos aportaron sugerencias y correcciones editoriales inestimables.

Estamos, además, eternamente agradecidos a nuestras parejas, Asu Ozdaglar y Maria Angélica Bautista, por su apoyo, ánimo y paciencia.

Por último, pero no menos importante, estamos profundamente agradecidos a nuestros editores Scott Moyers y Daniel Crew por su compromiso con este proyecto y sus útiles sugerencias. Los errores que quedan son, por supuesto, nuestros.

Ensayo bibliográfico

Los principales argumentos de este libro tienen relación con muchas áreas de investigación y en este breve ensayo no podemos hacer justicia a todas esas ideas. Por lo tanto, nos centramos en algunas de las investigaciones a las que más nos referimos y remitimos al lector a Acemoglu y Robinson (2016, 2019) para una discusión sobre una literatura más amplia y nuestros vínculos y nuestras diferencias con ella.

Nos basamos, sobre todo, en nuestro trabajo previo sobre la importancia del equilibrio entre el Estado y la sociedad en Acemoglu (2005) y en Acemoglu y Robinson (2016, 2017). También nos basamos en una extensa literatura sobre el papel de las instituciones (Acemoglu, Johnson y Robinson, 2001, 2002, 2005a,b; Acemoglu, Gallego y Robinson, 2014; North, Wallis y Weingast, 2011; Besley y Pearson, 2011; Acemoglu y Robinson, 2012).

Nuestro libro se centra principalmente en el desarrollo de la capacidad del Estado, que ha sido estudiada por muchos científicos sociales y cuenta con una creciente literatura. Nosotros discrepamos considerablemente del énfasis modal de esta literatura, que se centra en la importancia de que el Estado establezca su control sobre la sociedad, y en la violencia como precursor del desarrollo de las instituciones democráticas, la sociedad civil y los derechos políticos (por ejemplo, Huntington, 1968; Tilly, 1992; Fukuyama, 2011, 2014, y también Besley y Persson, 2011). Nosotros más bien sostenemos y documentamos que la movilización de la sociedad y su disputa por el poder son cruciales para el desarrollo de unas instituciones democráticas y participativas y, de hecho, para que un Estado sea capaz. A su vez, este enfoque se basa en Acemoglu y Robinson (2000, 2006), así como en Therborn (1977) y en Rueschemeyer, Stephens y Stephens (1992). Pero aquí nuestro argumento es mucho más amplio porque incluye la organización de la sociedad y las asociaciones (inspirado por Tocqueville,

2002; Dahl, 1970); porque destaca el papel de las normas en esta lucha de poder (en parte, prestado de la literatura antropológica, como Bohannan, 1958, así como de Scott, 2010); porque, inspirado por Migdal (1988, 2001), reconoce que habrá «Estados débiles» cuando estas normas sean demasiado estrictas e impidan la aparición de una jerarquía política y de unas instituciones estatales autónomas; y porque además incorpora cómo cambia la agenda sobre la que tiene lugar la contestación política, lo cual fortalece potencialmente a la sociedad a medida que se desarrollan las instituciones del Estado (como se propone en Tilly, 1995; y en Acemoglu, Robinson y Torvik, 2016).

Por último, nuestro planteamiento general también se inspira en varios trabajos académicos importantes. Entre ellos, la definición de Mann (1986) del poder despótico del Estado (parecida a la nuestra en que el Estado no rinde cuentas ante la sociedad); el planteamiento de Moore (1966), que vincula los orígenes de los diferentes regímenes políticos y los tipos de relación entre la sociedad y el Estado con circunstancias económicas y políticas históricas, como la ausencia de coerción laboral; la tesis de North y Thomas (1973) sobre el «auge de Occidente»; el trabajo de Engerman y Sokoloff (2011) sobre las raíces históricas del desarrollo comparativo en las Américas; el análisis de Pincus (2011) de la Revolución Gloriosa; la teoría de Bates (1981) sobre la economía política comparada en África; la síntesis de Flannery y Marcus (2014) de las evidencias arqueológicas y etnográficas y su relato sobre el surgimiento de la sociedad compleja; y el énfasis de Brenner (1976) en el papel de las relaciones de poder entre los terratenientes y los campesinos en la transición del feudalismo al capitalismo.

Bibliografía

Aaronson, Daniel, Daniel Hartley y Bhash Mazumder, «The Effects of the 1930s HOLC 'Redlining' Maps», documento de trabajo del Banco de la Reserva Federal de Chicago, n.º 2017-12, 2017. Disponible en <https://www.chicagofed.org/publications/workingpapers/2017/wp2017-12>.

Abel, Theodore, *Why Hitler Came into Power. An Answer Based on the Original Life Stories of 600 of His Followers*, Prentice-Hall, Nueva York, 1938.

Acemoglu, Daron, «Politics and Economics in Weak and Strong States», *Journal of Monetary Economics*, 52 (2005), pp. 1199-1226.

Acemoglu, Daron, y David Autor, «Skills, Tasks and Technologies: Implications for Employment and Earnings», en *Handbook of Labor Economics*, vol. 4, pp. 1043-1171, Elsevier-North-Holland, Ámsterdam, 2011.

Acemoglu, Daron, David Autor, David Dorn, Gordon H. Hanson y Brendan Price, «Import Competition in the Great U.S. Employment Sag of the 2000s», *Journal of Labor Economics*, 34, S1 (2015), pp. S141-S198.

Acemoglu, Daron, María Angélica Bautista, Pablo Querubín y James A. Robinson, «Economic and Political Inequality in Development: The Case of Cundinamarca, Colombia», en Elhanan Helpman (ed.), *Institutions and Economic Performance*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2008.

Acemoglu, Daron, Isaías N. Chaves, Philip Osafo-Kwaako y James A. Robinson, «Indirect Rule and State Weakness in Africa: Sierra Leone in Comparative Perspective», en Sebastian Edwards, Simon Johnson y David Weil (eds.), *African Successes: Sustainable Growth*, University of Chicago Press, Chicago, 2015.

Acemoglu, Daron, Leopoldo Fergusson, James A. Robinson, Dario Romero y Juan F. Vargas, «The Perils of High-Powered Incentives: Evidence from Colombia's False Positives», documento de trabajo de la NBER, n.º 22617, 2016. Disponible en <http://www.nber.org/papers/w22617>.

Acemoglu, Daron, Francisco A. Gallego y James A. Robinson, «Institutions, Human Capital and Development», *Annual Reviews of Economics*, 6 (2014), pp. 875-912.

Acemoglu, Daron, Camilo García-Jimeno y James A. Robinson, «Finding El Dorado: Slavery and long-run development in Colombia», *Journal of Comparative Economics*, 40, 4 (2012), pp. 534-564.

—, «State Capacity and Development: A Network Approach», *American Economic Review*, 105, 8 (2015), pp. 2364-2409.

Acemoglu, Daron, Simon Johnson y James A. Robinson, «The Colonial Origins of Comparative Development: An Empirical Investigation», *American Economic Review*, 91, 5 (2001), pp. 1369-1401.

—, «Reversal of Fortune: Geography and Institutions in the Making of the Modern World Income Distribution», *The Quarterly Journal of Economics*, 117, 4 (2002), pp. 1231-1294.

—, «The Rise of Europe: Atlantic Trade, Institutional Change and Economic Growth», *American Economic Review*, 95, 3 (2005a), pp. 546-579.

—, «Institutions as Fundamental Determinants of Long-Run Growth», en Philippe Aghion y Steven Durlauf (eds.), *Handbook of Economic Growth*, vol. 1A, pp. 385-472, North-Holland, Ámsterdam, 2005b.
Acemoglu, Daron, Simon Johnson, James A. Robinson y Pierre Yared, «Income and Democracy», *American Economic Review*, 98, 3 (2008), pp. 808-842.
—, «Reevaluating the Modernization Hypothesis», *Journal of Monetary Economics*, 56 (2009), pp. 1043-1058.
Acemoglu, Daron, Jacob Moscona y James A. Robinson, «State Capacity and American Technology: Evidence from the 19th Century», *American Economic Review*, 106, 5 (2016), pp. 61-67.
Acemoglu, Daron, Tristan Reed y James A. Robinson, «Chiefs: Elite Control of Civil Society and Development in Sierra Leone», *Journal of Political Economy*, 122, 2 (2014), pp. 319-368.
Acemoglu, Daron, y Pascual Restrepo, «Robots and Jobs: Evidence from U.S. Labor Markets», documento de trabajo de la NBER, n.º 23285, 2017.
—, «The Race Between Man and Machine: Implications of Technology for Growth, Factor Shares, and Employment», *American Economic Review*, 108, 6 (2018), pp. 1488-1542.
Acemoglu, Daron, y James A. Robinson, «Why Did the West Extend the Franchise? «Democracy, Inequality and Growth in Historical Perspective», *The Quarterly Journal of Economics*, 115, 4 (2000), pp. 1167-1199.
—, *Economic Origins of Dictatorship and Democracy*, Cambridge University Press, Nueva York, 2006.
—, «Why Is Africa Poor?», *Economic History of Developing Regions*, 25, 1 (2010), pp. 21-50.
—, *Why Nations Fail*, Crown, Nueva York, 2012. Versión castellana de Marta García Madera, *Por qué fracasan los países*, Deusto, Barcelona, 2012.
—, «Paths to Inclusive Political Institutions», en Jari Eloranta, Eric Golson, Andrei Markevich y Nikolaus Wolf (eds.), *Economic History of Warfare and State Formation*, Springer, Berlín, 2016.
—, «The Emergence of Weak, Despotic and Inclusive States», documento de trabajo de la NBER, n.º 23657, 2017. Disponible en <http://www.nber.org/papers/w23657>.
—, «Balance of Power: The Academic Debate», 2019. Disponible en: <https://voices.uchicago.edu/jamesrobinson>, <https://economics.mit.edu/faculty/acemoglu>.
Acemoglu, Daron, James A. Robinson y Rafael J. Santos Villagrán, «The Monopoly of Violence: Theory and Evidence from Colombia», *Journal of the European Economics Association*, 11, S1 (2013), pp. 5-44.
Acemoglu, Daron, James A. Robinson y Ragnar Torvik, «Why to Voters Dismantle Checks and Balances», *Review of Economic Studies*, 80, 3 (2013), pp. 845-875.
—, «The Political Agenda Effect and State Centralization», documento de trabajo de la NBER, n.º 22250, 2016. Disponible en <https://www.nber.org/papers/w22250>.
Acemoglu, Daron, James A. Robinson y Thierry Verdier, «Asymmetric Growth and Institutions in an Interdependent World», *Journal of Political Economy*, 125, 5 (2017), pp. 1245-1305.
Acemoglu, Daron y Murat Üçer, «The Ups and Downs of Turkish Growth, 2002-2015: Political Dynamics, the European Union and the Institutional Slide», documento de trabajo de la NBER, n.º 21608, 2015.
Afigbo, Adiele E., «The Warrant Chief System in Eastern Nigeria: Direct or Indirect Rule?», *Journal of the Historical Society of Nigeria*, 3, 4 (1967), pp. 683-700.
—, 1972, *The Warrant Chiefs. Indirect Rule In Southeastern Nigeria, 1891-1929*, Longman, Londres, 1967.

Akiga Sai, *Akiga's Story: The Tiv Tribe as Seen by One of Its Members*, trad. de Rupert East, Oxford University Press, Oxford, 1939.
Al-Khalil, Samir, *Republic of Fear: The Politics of Modern Iraq*, University of California Press, Berkeley, 1989.
Allen, Robert C., Jean-Pascal Bassino, Debin Ma, Christine Moll-Murata y Jan Luiten van Zanden, «Wages, Prices, and Living Standards in China, 1738-1925: In Comparison with Europe, Japan, and India», *The Economic History Review*, 64, S1 (2011), pp. 8-38.
Al-Muqaddasi, *The Best Divisions for Knowledge of the Regions*, trad. *Ahsan al-Taqasim fi ma'rifat al-Aqalim* de Basil A. Collins, Garnet, Reading, 1994.
Alston, Lee J., y Joseph P. Ferrie, «Paternalism in Agricultural Labor Contracts in the U.S. South: Implications for the Growth of the Welfare State», *American Economic Review*, 83, 4 (1993), pp. 852-876.
—, *Southern Paternalism and the American Welfare State. Economics, Politics, and Institutions in the South, 1865-1965*, Cambridge University Press, Nueva York, 1999.
Altekar, A. S., *A History of Village Communities in Western India*, Oxford University Press, Bombay, 1927.
Amar, Akhil Reed, *The Bill of Rights: Creation and Reconstruction*, Yale University Press, New Haven, 2000.
Ambedkar, B. R., *Annihilation of Caste. The Annotated Critical Edition*, Verso, Londres, 2014.
Anderson, Siwan, «Caste as an Impediment to Trade», *American Economic Journal: Applied Economics*, 3, 1 (2011), pp. 239-263.
Anderson, Siwan, Patrick Francois y Ashok Kotwal, «Clientelism in Indian Villages», *American Economic Review*, 105, 6 (2015), pp. 1780-1816.
Angell, Alan, «Chile Since 1958», en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America. Volume VIII: Latin America Since 1930. Spanish South America*, pp. 311-382, Cambridge University Press, Nueva York, 1991. Versión castellana de Neus Escandell *et al*., *Historia de América Latina*, obra completa, Crítica, Barcelona, 2000.
Angold, Michael, *The Byzantine Empire 1025-1204. A Political History*, 2.ª ed., Longman, Nueva York, 1997.
Anderson, Perry, *Lineages of the Absolutist State*, Verso, Londres, 1974. Versión castellana de Santos Juliá, *El Estado absolutista*, 10.ª ed., Siglo XXI, Madrid, 2007.
Ansolabehere, Stephen y James M. Snyder Jr., *The End of Inequality: One Person, One Vote and the Transformation of American Politics*, W. W. Norton, Nueva York, 2008.
Appiah, Anthony, «A Slow Emancipation», *The New York Times Magazine,* 2007. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2007/03/18/magazine/18WWLNlede.t.html>.
Arendt, Hannah, *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil*, Viking Press, Nueva York, 1963. Versión castellana de Carlos Ribalta, *Eichmann en Jerusalén: un estudio sobre la banalidad del mal*, 2.ª ed., Lumen, Barcelona, 1999.
Aristóteles, *The Politics and the Constitution of Athens*, Cambridge University Press, Nueva York, 1996.
Asch, Ronald G., «Estates and Princes after 1648: The Consequences of the Thirty Years War», *German History*, 6, 2 (1988), pp. 113-132.
Attenborough, F. L. (ed.), *The Laws of the Earliest English Kings*, Cambridge University Press, Cambridge, 1922.
Autor, David, «Skills, Education, and the Rise of Earnings Inequality Among the Other 99 Percent», *Science*, 344, 6186 (2014), pp. 843-851.

Autor, David H., David Dorn y Gordon H. Hanson, «The China Syndrome: Local Labor Market Effects of Import Competition in the United States», *American Economic Review*, 103, 6 (2013), pp. 2121-2168.

Autor, David H., David Dorn, Lawrence F. Katz, Christina Patterson y John van Reenen, «The Fall of the Labor Share in the Rise of Superstar Firms», documento de trabajo de la NBER, n.º 23396, 2017.

Auyero, Javier, *Poor People's Politics*, Duke University Press, Durham, NC, 2001.

—, *Patients of the State: The Politics of Waiting in Argentina*, Duke University Press, Durham, NC, 2012.

Ayoob, Mohammed, y Hasan Kosebalaban (eds.), *Religion and Politics in Saudi Arabia: Wahhabism and the State*, Lynne Rienner, Boulder, 2009.

Baland, Jean-Marie, y James A. Robinson, «Land and Power: Theory and Evidence from Chile», *American Economic Review*, 98, 5 (2008), pp. 1737-1765.

Baldwin, Peter, *The Politics of Social Solidarity: Class Basis of the European Welfare State 1875-1975*, Cambridge University Press, Nueva York, 1990. Versión castellana de Salvador Pérez, *La política de solidaridad social: bases sociales del estado de bienestar europeo, 1875-1975*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1992.

—, «Beyond Weak and Strong: Rethinking the State in Comparative Policy History», *Journal of Policy History*, 17, 1 (2005), pp. 12-33.

Balogh, Brian, *A Government Out of Sight: The Mystery of National Authority in Nineteenth-Century America*, Cambridge University Press, Nueva York, 2009.

—, *The Associational State: American Governance in the Twentieth Century*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 2015.

Banco Mundial, *Bihar: Towards a Development Strategy*, Banco Mundial, Nueva Delhi, 2005.

Baram, Amatzia, *Saddam Hussein and Islam, 1968-2003*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2014.

Barlow, Frank, *The Feudal Kingdom of England, 1042-1216*, 5.ª ed., Routledge, Londres y Nueva York, 1999.

Barnwell, P. S., y Marco Mostert (eds.), *Political Assemblies in the Earlier Middle Ages*, Brepols, Turnhout, Bélgica, 2003.

Bautista, Maria Angélica, Juan Sebastián Galán y James A. Robinson, «Acting like a State: The Peasant Self-Defense Forces of the Middle Magdalena in Colombia», 2019, no publicado.

Bates, Robert H., *Markets and States in Tropical Africa*, University of California Press, Berkeley, 1981.

Bayly, Susan, *Caste, Society and Politics in India from the Eighteenth Century to the Modern Age*, ed. revisada, Cambridge University Press, Nueva York, 2001.

BBC, «Saudi Police 'Stopped' Fire Rescue», 2002. Disponible en <http://news.bbc.co.uk/2/hi/middle_east/1874471.stm>.

—, «Liberia Students All Fail University Admission Exam», 2013. Disponible en <http://www.bbc.com/news/world-africa-23843578>.

—, «U.S. Inner-City Children Suffer 'War Zone' Trauma», 2017. Disponible en <http://www.bbc.com/news/av/world-us-canada42229205/us-inner-city-children-suffer-war-zone-trauma>.

—, «Argentina's Parliament Sacks 'Gnocchi' Phantom Workers», 2018a. Disponible en <http://www.bbc.com/news/blogs-newsfrom-elsewhere-42551997>.

—, «Argentine President Bans Family Members in Government», 2018b. Disponible en <http://www.bbc.com/news/world-latinamerica-42868439>.
Beattie, Hilary J., *Land and Lineage in China: A Study of T'ung-Ch'eng County, Anhwel, in the Ming and Ch'ing Dynasties*, Cambridge University Press, Nueva York, 2009.
Beda el Venerable, *Ecclesiastical History of the English People*, Penguin, Nueva York, 1991. Versión castellana de José Luis Moralejo, *Historia eclesiástica del pueblo de los anglos*, Akal, Madrid, 2013.
Benjamín de Tudela, *The Itinerary of Benjamin of Tudela*, Marcus N. Adler (ed.), Philipp Feldheim, Nueva York, 1907. Versión castellana de José Ramón Magdalena, *Libro de viajes de Benjamín de Tudela*, 3.ª ed., Riopiedras, Zaragoza, 2009.
Bensel, Richard F., *Yankee Leviathan: The Origins of Central State Authority in America, 1859-1877*, Cambridge University Press, Nueva York, 1991.
Berman, Sheri, «Civil Society and the Collapse of the Weimar Republic», *World Politics*, 49, 3 (1997), pp. 401-429.
—, «Modernization in Historical Perspective: The Case of Imperial Germany», *World Politics*, 53, 3 (2001), pp. 431-462.
—, *The Primacy of Politics: Social Democracy in the Making of Europe's 20th Century*, Cambridge University Press, Nueva York, 2006.
Besley, Timothy, y Torsten Persson, *The Pillars of Prosperity*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 2011.
Béteille, André, *Caste, Class and Power: Changing Patterns of Stratification in a Tanjore Village*, 3.ª ed., Oxford University Press, Nueva York, 2012.
Beveridge, William H., *Full Employment in a Free Society: A Report*, Routledge, Londres, 1944. Versión castellana, *Pleno empleo en una sociedad libre: Informe de lord Beveridge II*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1989.
Bisson, Thomas N., *Assemblies and Representation in Languedoc in the Thirteenth Century*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1964.
—, *The Crisis of the Twelfth Century: Power, Lordship and the Origins of European Government*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 2009. Versión castellana de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, *La crisis del siglo XII: el poder, la nobleza y los orígenes de la gobernación europea*, Crítica, Barcelona, 2010.
Bisson, Thomas N. (ed.), *Medieval Representative Institutions: Their Origins and Nature*, The Dryden Press, Hinsdale, 1973.
Black, Bernard, Reinier Kraakman y Anna Tarassova, «Russian Privatization and Corporate Governance: What Went Wrong?», *Stanford Law Review*, 52, 6 (2000), pp. 1731-1808.
Blanning, Tim, *Frederick the Great: King of Prussia*, Random House, Nueva York, 2016.
Blanton, Richard E., y Lane Fargher, *Collective Action in the Formation of Pre-Modern States*, Springer, Nueva York, 2008.
Blanton, Richard E., Gary M. Feinman, Stephen A. Kowalewski y Linda M. Nicholas, *Ancient Oaxaca*, Cambridge University Press, Nueva York, 1999.
Blanton, Richard E., Stephen A. Kowalewski, Gary M. Feinman y Laura M. Finsten, *Ancient Mesoamerica: A Comparison of Change in Three Regions*, Cambridge University Press, Nueva York, 1993.
Blaydes, Lisa, y Eric Chaney, «The Feudal Revolution and Europe's Rise: Political Divergence of the Christian West and the Muslim World before 1500 ce», *American Political Science Review*, 107, 1 (2013), pp. 16-34.

Blickle, Peter (ed.), *Resistance, Representation and Community*, Clarendon Press, Oxford, 1989.
—, «Das Gesetz der Eidgenossen. Überlegungen zur Entstehung der Schweiz, 1200-1400», *Historiche Zeitschrift*, 255, 3 (1992), pp. 561-586.
—, *From the Communal Reformation to the Revolution of the Common Man*, Brill, Leiden, 1998.
Bloch, Marc, *Feudal Society*, 2 vols., University of Chicago Press, Chicago, 1964. Versión castellana de Eduardo Ripoll, *La sociedad feudal*, Akal, Madrid, 2002.
Blockmans, Wim, André Holenstein y Jon Mathieu (eds.), *Empowering Interactions: Political Cultures and the Emergence of the State in Europe 1300-1900*, Ashgate, Burlington, VT, 2009.
Blunt, E. A. H., *Caste System of Northern India*, Oxford University Press, Oxford, 1931.
Bodde, Derk, y Clarence Morris, *Law in Imperial China*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1967.
Boehm, Christopher, *Montenegrin Social Organization and Values: Political Ethnography of a Refuge Area Tribal Adaptation*, AMS Press, Nueva York, 1982.
—, *Blood Revenge: The Enactment and Management of Conflict in Montenegro and Other Tribal Societies*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1986.
Bohannan, Paul, «Extra-Processual Events in Tiv Political Institutions», *American Anthropologist*, 60, 1 (1958), pp. 1-12.
Bohannan, Paul, y Laura Bohannan, *The Tiv of Central Nigeria*, International African Institute, Londres, 1953.
—, *Tiv Economy*, Northwestern University Press, Evanston, IL, 1968.
Bolívar, Simón, *El Libertador: The Writings of Simón Bolívar*, David Bushnell (ed.), Oxford University Press, Nueva York, 2003.
Bosker, Maarten, Eltjo Buringh y Jan Luiten van Zanden, «From Baghdad to London: Unraveling Urban Development in Europe, the Middle East, and North Africa, 800-1800», *The Review of Economics and Statistics*, 95, 4 (2013), pp. 1418-1437.
Bowsky, William M., *A Medieval Italian Commune: Siena under the Nine, 1287-1355*, University of California Press, Berkeley, 1981.
Bozhong, Li, y Jan Luiten van Zanden, «Before the Great Divergence? Comparing the Yangzi Delta and the Netherlands at the Beginning of the Nineteenth Century», *The Journal of Economic History*, 72, 4 (2012), pp. 956-989.
Bracher, Karl Dietrich, *German Dictatorship: The Origins, Structure, and Effects of National Socialism*, Preager, Nueva York, 1970. Versión castellana de José A. Garmendia, *La dictadura alemana: génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo*, 2 vols., Alianza Editorial, Madrid, 1973.
Braddick, Michael J., *State Formation in Early Modern England, c. 1550-1700*, Cambridge University Press, Nueva York, 2000.
Brandt, Loren, Debin Ma y Thomas G. Rawski, «From Divergence to Convergence: Reevaluating the History Behind China's Economic Boom», *Journal of Economic Literature*, 52, 1 (2014), pp. 45-123.
Braudel, Fernand, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, vol. 1, University of California Press, Berkeley, 1996. Versión castellana de Mario Monteforte *et al*., *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, vol. 1, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1976.
Breen, T. H., *American Insurgents, American Patriots: The Revolution of the People*, Hill & Wang, Nueva York, 2011.

Brenner, Robert, «Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe», *Past and Present*, 70 (febrero 1976), pp. 30-75.

Brenner, Robert, y Christopher Isett, «England's Divergence from China's Yangzi Delta: Property Relations, Microeconomics, and Patterns of Development», *The Journal of Asian Studies*, 61, 2 (2002), pp. 609-662.

Brewer, John, *The Sinews of Power*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1989.

Britnell, Richard H., *The Commercialisation of English Society 1000-1500*, Cambridge University Press, Nueva York, 1992.

Broadberry, Stephen, Hanhui Guan y David Daokui Li, «China, Europe and the Great Divergence: A Study in Historical National Accounting, 980-1850», *The Journal of Ecomonic History*, 78, 4 (2017), pp. 955-1000.

Brock, Roger, y Stephen Hodkinson (eds.), *Alternatives to Athens: Varieties of Political Organization and Community in Ancient Greece*, Oxford University Press, Nueva York, 2001.

Brook, Timothy (ed.), *The Asiatic Mode of Production in China*, Routledge, Nueva York, 1989.

Bundy, Colin, *The Rise and Fall of South African Peasantry*, University of California Press, Berkeley, 1979.

Burckhardt, Johan L., *Notes on the Bedouins and Wahabys*, Colburn & Bentley, Londres, 1930.

Buringh, Eltjo, y Jan Luiten van Zanden, «Charting the 'Rise of the West': Manuscripts and Printed Books in Europe, a Long-Term Perspective from the Sixth through Eighteenth Centuries», *The Journal of Economic History*, 69, 2 (2009), pp. 409-445.

Buruma, Ian, *Inventing Japan: 1853-1964*, Modern Library, Nueva York, 2003. Versión castellana de Magdalena Chocano, *La creación de Japón, 1853-1964*, Mondadori, Barcelona, 2003.

Bursztyn, Leonardo, Alessandra González y David Yanagizawa-Drott, «Misperceived Social Norms: Female Labor Force Participation in Saudi Arabia», 2018. Disponible en <http://home.uchicago.edu/bursztyn/Misperceived_Norms_2018_06_20.pdf>.

Byrhtferth de Ramsey, «Vita S. Oswaldi», en Michael Lapidge (ed.), *Byrhtferth of Ramsey: The Lives of St. Oswald and St. Ecgwine*, Oxford University Press, Nueva York, 2009.

Çağaptay, Soner, *The New Sultan: Erdoğan and the Crisis of Modern Turkey*, I. B. Tauris, Nueva York, 2017.

Camic, Charles, Philip S. Gorski y David M. Trubek (eds.), *Max Weber's Economy and Society: A Critical Companion*, Stanford University Press, Stanford, CA, 2005.

Cammett, Melani, *Compassionate Communalism: Welfare and Sectarianism in Lebanon*, Cornell University Press, Ithaca, NY, 2014.

Campbell, Dugald, *Blazing trails in Bantuland*, Pickering & Inglis, Londres, 1933.

Cardoso, Ciro F. S., «The Formation of the Coffee Estate in Nineteenth Century Costa Rica», en K. Duncan y I. Rutledge (eds.), *Land and Labour in Latin America*, Cambridge University Press, Cambridge, 1977.

Cargill, Jenny, *Trick or Treat: Rethinking Black Economic Empowerment*, Jacana Media, Johannesburgo, 2010.

Carney, Mathew, «Leave no dark corner», ABC (Australian Broadcasting Corporation) News, 2018. Disponible en <https://www.abc.net.au/news/2018-09-18/china-social-credit-a-model-citizen-ina-digital-dictatorship/10200278?section=world>.

Carpenter, Daniel, *The Forging of Bureaucratic Autonomy: Reputations, Networks, and Policy Innovation in Executive Agencies, 1862-1928*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 2001.

Carroll, Lewis, *Alice Through the Looking Glass and What Alice Found There*, Macmillan, Londres, 1871. Versión castellana de Juan Gabriel López Guix, *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*, Austral, Barcelona, 2018.
Carsten, F. L., *Princes and Parliaments in Germany: From the Fifteenth to the Eighteenth Century*, Clarendon Press, Oxford, 1959.
Castle, Marjorie, y Raymond Taras, *Democracy in Poland*, 2.ª ed., Routledge, Nueva York, 2002.
Chatterjee, Partha, *The Politics of the Governed: Reflections on Popular Politics in Most of the World*, Columbia University Press, Nueva York, 2004.
Chaves, Isaías N., Leopoldo Fergusson y James A. Robinson, «He Who Counts Wins: Economic Elites, Political Elites and Electoral Fraud», *Economics and Politics*, 27, 1 (2015), pp. 124-159.
Chen, Janet, Pei-Kai Cheng, Michael Lestz y Jonathan D. Spence, *The Search for Modern China: A Documentary Collection*, W. W. Norton, Nueva York, 2014.
Chinese Human Rights Defenders, 2009, «Re-education Through Labor Abuses Continue Unabated: Overhaul Long Overdue». Disponible en: <https://www.nchrd.org/2009/02/research-reportsarticle-2/>.
Christopher, Barbara, «Understanding Georgian Politics», documento de investigación DEMSTAR, n.º 22, 2004.
Church, Clive H., y Randolph C. Head, *A Concise History of Switzerland*, Cambridge University Press, Nueva York, 2013.
Clarence-Smith, William Gervase y Steven C. Topik (eds.), *The Global Coffee Economy in Africa, Asia, and Latin America, 1500-1989*, Cambridge University Press, Nueva York, 2006.
Clark, Christopher, *Iron Kingdom: The Rise and Downfall of Prussia, 1600-1947*, Bellknap Press, Cambridge, MA, 2009. Versión castellana de Carlo A. Caranci, *El reino de hierro: auge y caída de Prusia, 1600-1947*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2016.
Collins, Kathleen, *Clan Politics and Regime Transition in Central Asia*, Cambridge University Press, Nueva York, 2006.
Colson, Elizabeth, *The Plateau Tonga of Northern Rhodesia*, University of Manchester Press, Manchester, 1962.
—, *Social Organization of the Gwembe Tonga*, University of Manchester Press, Manchester, 1967.
—, *Tradition and Contract: The Problem of Social Order*, Transactions, Piscataway, NJ, 1974.
Commins, David, *The Wahhabi Mission and Saudi Arabia*, I. B. Tauris, Londres, 2009.
Confucio, *Analects: With Selections from Traditional Commentaries*, Hackett, Indianapolis, 2003. Versión castellana de Alfonso Colodrón, *Analectas*, Edaf, Madrid, 1998.
Constable, Pamela, y Arturo Valenzuela, *A Nation of Enemies: Chile under Pinochet*, W. W. Norton, Nueva York, 1993. Versión castellana, *Una nación de enemigos: Chile bajo Pinochet*, Ediciones UDP, Santiago de Chile, 2013.
Corancez, Louis A. O. de, *The History of the Wahhabis*, Garnet, Reading, 1995.
Costambeys, Marios, Matthew Innes y Simon MacLean, *The Carolingian World*, Cambridge University Press, Nueva York, 2011.
Crick, Julia, y Elisabeth van Houts (eds.), *A Social History of England, 900-1200*, Cambridge University Press, Nueva York, 2011.
Crone, Patricia, *Pre-Industrial Societies: Anatomy of the Pre-Modern World*, Oneworld, Londres, 2003.
Cruickshank, Brodie, *Eighteen Years on the Gold Coast*, vol. II, Hurst & Blackett, Londres, 1853.

Cummings, Bruce, *Korea's Place in the Sun: A Modern History*, edición actualizada, W. W. Norton, Nueva York, 2005. Versión castellana de Cecilia Melero *et al*., *El lugar de Corea en el sol: una historia moderna*, Comunicarte, Córdoba, Argentina, 2004.

Cunliffe-Jones, Peter, *My Nigeria: Five Decades of Independence*, St. Martin's Press, Nueva York, 2010.

Curtin, Philip, «The European Conquest», en Philip Curtin, Steven Feierman, Leonard Thompson y Jan Vansina, *African History: From Earliest Times to Independence*, Pearson, Nueva York, 1995.

Dahl, Robert A., *Polyarchy*, Yale University Press, New Haven, 1970. Versión castellana de Julia Moreno, *La poliarquía*, 3.ª ed., Tecnos, Madrid, 2009.

Dalton, George H., «History, Politics and Economic Development in Liberia», *The Journal of Economic History*, 25, 4 (1965), pp. 569-591.

Dardess, John W., *Governing China, 150-1850*, Hackett, Indianapolis, 2010.

Davison, Lee, Tim Hitchcock, Tim Keirn y Robert B. Shoemaker (eds.), *Stilling the Grumbling Hive: Response to Social and Economic Problems in England, 1689-1750*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 1992.

Dawisha, Adeed, *Iraq: A Political History*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 2009.

Dean, Trevor, *Land and Power: Ferrara under the Este, 1350-1450*, Cambridge University Press, Nueva York, 1987.

—, «The Rise of the Signori», en David Abulafia (ed.), *The New Cambridge Medieval History. Volume V: c. 1198-c. 1300*, Cambridge University Press, Nueva York, 1999.

De Gramont, Diane, «Constructing the Megacity: The Dynamics of State-Building in Lagos, Nigeria, 1999-2013», tesina sobre gobierno no publicada, Universidad de Oxford, Oxford: 2014.

De Long, J. Bradford, y Andrei Shleifer, «Princes and Merchants: European City Growth before the Industrial Revolution», *The Journal of Law & Economics*, 36, 2 (1993), pp. 671-702.

Departamento de Justicia de Estados Unidos, «Investigation of the Ferguson Police Department», 2015. Disponible en <https://www.justice.gov/sites/default/files/opa/press-releases/attachments/2015/03/04/ferguson_police_department_report.pdf>.

Deshpande, Ashwini, *The Grammar of Caste: Economic Discrimination in Contemporary India*, Oxford University Press, Oxford, 2011.

Devlin, Mathew, «Interview with Liliana Caballero», 2009. Disponible en <https://successfulsocieties.princeton.edu/interviews/liliana-caballero>.

Devlin, Matthew, y Sebastian Chaskel, «Generar y consolidar una vuelta de página: gobernabilidad en Bogotá, 1992-2003», 2009. Disponible en <https://successfulsocieties.princeton.edu/publications/conjuring-and-consolidating-turnaround-governance-bogot%C3%A1-1992-2003-disponible-en>.

Dikshit, G. S., *Local Self-Government in Mediaeval Karnataka*, Karnatak University, Dharwad, 1964.

Dirks, Nicholas B., *Castes of Mind: Colonialism and the Making of Modern India*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 2001.

Djilas, Milovan, *Land without Justice*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1958. Versión castellana de Enrique Pezzoni, *Tierra Sin Justicia*, Sudamericana, Buenos Aires, 1959.

—, *Njegoš*, Harcourt, Brace & World, Nueva York, 1966.

Dogra, Chander Suta, *Manoj and Babli: A Hate Story*, Penguin, Nueva York, 2013.

Doughty, Charles M., *Travels in Arabia Deserta*, Cambridge University Press, Cambridge: 1888. Versión castellana de Miguel Temprano, *Arabia Deserta*, Ediciones del Viento, A Coruña, 2009.

Dower, John W., *Embracing Defeat: Japan in the Wake of World War II*, W. W. Norton, Nueva York, 1999.
Drew, Katherine Fischer, *The Laws of the Salian Franks*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia: 1991.
Dreyer, Edward L., *Zheng He: China and the Oceans in the Early Ming Dynasty, 1405-1433*, Pearson, Nueva York, 2006.
Driscoll, Jesse, *Warlords and Coalition Politics in Post-Soviet States*, Cambridge University Press, Nueva York, 2015.
Driscoll, Mark, *Absolute Erotic, Absolute Grotesque: The Living, Dead, and Undead In Japan's Imperialism, 1895-1945*, Duke University Press, Durham, NC, y Londres, 2010.
Duby, Georges, *The Three Orders: Feudal Society Imagined*, University of Chicago Press, Chicago, 1982. Versión castellana de Arturo Firpo, *Tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Taurus, Madrid, 1992.
Dumont, Louis, *Homo Hierarchicus: The Caste System and Its Implications*, 2.ª ed. revisada, University of Chicago Press, Chicago, 1980. Versión castellana de Rafael Pérez, *Homo hierarchicus. Ensayo sobre el sistema de castas*, Aguilar, Madrid, 1970.
Dunkerley, James, *Power in the Isthmus: A Political History of Modern Central America*, Verso Press, Londres, 1988.
Duran, Xavier, «The First U.S. Transcontinental Railroad: Expected Profits and Government Intervention», *The Journal of Economic History*, 73, 1 (2012), pp. 177-200.
Durham, M. Edith, *High Albania*, Edward Arnold, Londres, 1909.
—, *Some Tribal Origins, Laws and Customs of the Balkans*, George Allen & Unwin, Londres, 1928.
Dutt, Romesh C., *The Economic History of India Under Early British Rule, from the Rise of the British Power in 1757 to the Accession of Queen Victoria in 1837*, K. Paul, Trench, Trübner, Londres, 1916.
Dym, Jordana, *From Sovereign Villages to National States: City, State, and Federation in Central America, 1759-1839*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 2006.
Easter, Gerald M., *Capital, Coercion and Postcommunist States*, Cornell University Press, Ithaca, NY, 2012.
The Economist, «Don't lie to me, Argentina», 2014. Disponible en <http://www.economist.com/node/21548242>.
Edgar, H. Timothy, *Beyond Snowden: Privacy, Mass Surveillance, and the Struggle to Reform the NSA*, Brookings Institution Press, Washington D. C., 2017.
Edgar, Thomas, *The Lawes Resolutions of Womens Rights: Or The Lawes Provision for Woemen*, Lawbook Exchange, Londres, 2005.
Edinger, Lewis J., «German Social Democracy and Hitler's 'National Revolution' of 1933: A Study in Democratic Leadership», *World Politics*, 5, 3 (1953), pp. 330-367.
Edmonds, Eric V., y Salil Sharma, «Institutional Influences on Human Capital Accumulation: Micro Evidence from Children Vulnerable to Bondage», 2006. Disponible en <https://www.dartmouth.edu/~eedmonds/kamaiya.pdf>.
Edwards, Jeremy, y Sheilagh Ogilvie, «What Lessons for Economic Development Can We Draw from the Champagne Fairs?», *Explorations in Economic History*, 49, 2 (2012), pp. 131-148.
Eich, Peter, «The Common Denominator: Late Roman Bureaucracy from a Comparative Perspective», en Walter Scheidel (ed.), *State Power in Ancient China and Rome*, Oxford University Press, Nueva York, 2015.

Eldredge, Elizabeth A., *The Creation of the Zulu Kingdom, 1815-1828. War, Shaka, and the Consolidation of Power*, Cambridge University Press, Nueva York, 2014.
Elton, Geoffrey R., *The Tudor Revolution in Government: Administrative Changes in the Reign of Henry VIII*, Cambridge University Press, Nueva York, 1952.
Elvin, Mark, *The Pattern of the Chinese Past*, Stanford University Press, Stanford, CA, 1973.
Ember, Carol, «Myths about Hunter-Gatherers», *Ethnology*, 17, 4 (1978), pp. 439-448.
Engerman, Stanley L., y Kenneth L. Sokoloff, *Economic Development in the Americas since 1500: Endowments and Institutions*, Cambridge University Press, Nueva York, 2011.
Epstein, Steven A., *An Economic and Social History of Later Medieval Europe, 1000-1500*, Cambridge University Press, Nueva York, 2009.
Ertman, Thomas, *Birth of the Leviathan: Building States and Regimes in Medieval and Early Modern Europe*, Cambridge University Press, Nueva York, 1997.
Eskew, Glenn T., *But for Birmingham: The Local and National Movements in the Civil Rights Struggle*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1997.
Esping-Andersen, Gosta, *Politics against Markets: The Social Democratic Road to Power*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1985.
Evans, Richard J., *The Coming of the Third Reich*, Penguin, Nueva York, 2005. Versión castellana de José Manuel Álvarez, *La llegada del Tercer Reich*, Península, Barcelona, 2012.
Evans-Pritchard, E. E., y Meyer Fortes (eds.), *African Political Systems*, Oxford University Press, Nueva York, 1940.
Farhang, Sean, *The Litigation State: Public Regulation and Private Lawsuits in the U.S.*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 2010.
Farmer, Edward, *Zhu Yuanzhang and Early Ming Legislation: The Reordering of Chinese Society Following the Era of Mongol Rule*, Brill, Leiden, 1995.
Faure, David, *China and Capitalism: A History of Business Enterprise in Modern China*, Hong Kong University Press, Hong Kong, 2006.
—, *Emperor and Ancestor: State and Lineage in South China*, Stanford University Press, Stanford, CA, 2007.
Fawcett, Peter, «'When I Squeeze You with *Eisphorai*': Taxes and Tax Policy in Classical Athens», *Hesperia: The Journal of the American School of Classical Studies at Athens*, 85, 1 (2016), pp. 153-199.
Feinstein, Charles H., *An Economic History of South Africa: Conquest, Discrimination and Development*, Cambridge University Press, Nueva York, 2005.
Fergusson, Leopoldo, Ragnar Torvik, James A. Robinson y Juan F. Vargas, «The Need for Enemies», *The Economic Journal*, 126, 593 (2016), pp. 1018-1054.
The Fifth Report of the Select Committee on the affairs of the East India Company, A. M. Kelley, Nueva York, 1812.
Finley, Moses I., *The World of Odysseus*, Chatto & Windus, Nueva York, 1954. Versión castellana de Mateo Hernández, *El mundo de Odiseo*, 2.ª ed., Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1980.
—, «A Peculiar Institution?», *Times Literary Supplement*, n.º 3887, 1976.
Flannery, Kent V., «Process and Agency in Early State Formation», *Cambridge Archaeological Journal*, 9, 1 (1999), pp. 3-21.
Flannery, Kent V., y Joyce Marcus, *Zapotec Civilization: How Urban Society Evolved in Mexico's Oaxaca Valley*, Thames & Hudson, Londres, 1996. Versión castellana de Jorge Ferreiro, L*a civilización zapoteca: cómo evolucionó la sociedad urbana en el valle de Oaxaca*, Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 2001.

—, *The Creation of Inequality: How Our Prehistoric Ancestors Set the Stage for Monarchy, Slavery, and Empire*, Harvard University Press, Cambridge, CA, 2014.
Fleming, Robin, *Britain after Rome. The Fall and Rise 400 to 1070*, Penguin, Londres, 2010.
Flynn, Henry F., *The Diary of Henry Francis Flynn*, James Stuart y D. McK. Malcolm (eds.), Shuter & Shooter, Pietermaritzburgo, 1986.
Fondo Monetario Internacional, «IMF Executive Board Removes Declaration of Censure on Argentina», 2016. Disponible en <https://www.imf.org/en/News/Articles/2016/11/09/PR16497-ArgentinaIMF-Executive-Board-Removes-Declaration-of-Censure>.
Fornander, Abraham, *Fornander's Ancient History of the Hawaiian People to the Times of Kamehameha I*, Mutual Publishing, Honolulú, 2005.
Forsdyke, Sara, *Exile, Ostracism and Democracy: The Politics of Expulsion in Ancient Greece*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 2005.
—, *Slaves Tell Tales: And Other Episodes in the Politics of Popular Culture in Ancient Greece*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 2012.
Fratianni, Michele, y Franco Spinelli, «Italian City-States and Financial Evolution», *European Review of Economic History*, 10, 3 (2006), pp. 257-278.
Freedman, Maurice, *Lineage Organization in Southeastern China*, Athlone, Londres, 1966.
—, *Chinese Lineage and Society: Fukien and Kwantung*, Berg, Londres, 1971.
Freedom House, «The Politburo's Predicament», 2015. Disponible en <https://freedomhouse.org/china-2015-politiburo-predicament#.V2gYbpMrIU0>.
Freeland, Chrystia, *Sale of the Century: Russia's Wild Rise from Communism to Capitalism*, Crown Business, Nueva York, 2000.
Friedberg, Aaron L., *In the Shadow of the Garrison State*, Princeton University Press, Princeton, NJ: 2000.
Fukuyama, Francis, «The End of History?», *The National Interest*, 16 (1989), pp. 3-18.
—, *The Origins of Political Order: From Prehuman Times to the French Revolution*, Farrar, Straus & Giroux, Nueva York, 2011. Versión castellana de Jorge Paredes, *Los orígenes del orden político: desde la prehistoria hasta la Revolución francesa*, Deusto, Barcelona, 2016.
—, *Political Order and Political Decay: From the Industrial Revolution to the Globalization of Democracy*, Farrar, Straus & Giroux, Nueva York, 2014. Versión castellana de Jorge Paredes, *Orden y decadencia de la política: desde la Revolución Industrial a la globalización de la democracia*, Deusto, Barcelona, 2016.
Gargarella, Roberto, *Latin American Constitutionalism, 1810-2010. The Engine Room of the Constitution*, Oxford University Press, Nueva York, 2013.
—, *The Legal Foundations of Inequality: Constitutionalism in the Americas, 1776-1860*, Cambridge University Press, Nueva York, 2014. Versión castellana, *Los fundamentos legales de la desigualdad: el constitucionalismo en América (1776-1860)*, Siglo XXI, Madrid, 2005.
Geary, Patrick J., *Before France and Germany: The Creation and Transformation of the Merovingian World*, Oxford University Press, Nueva York, 1988.
Geary, Patrick J. (ed.), *Readings in Medieval History*, 5.ª ed., University of Toronto Press, Toronto, 2015. Fragmento de Otto de Freising, *The Deeds of Frederick Barbarossa*.
Gennaioli, Nicola, y Hans-Joachim Voth, «State Capacity and Military Conflict», *Review of Economic Studies*, 82, 4 (2015), pp. 1409-1448.
Gerstle, Gary, «A State Both Strong and Weak», *American Historical Review*, 115, 3 (2010), pp. 779-785.

—, *Liberty and Coercion: The Paradox of American Government from the Founding to the Present*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 2015.
Gies, Joseph, y Frances Gies, *Cathedral, Forge and Waterwheel: Technology and Invention in the Middle Ages*, Harper Collins, Nueva York, 1994.
Ginsburg, Tom, «An Economic Interpretation of the Pashtunwali», *The University of Chicago Legal Forum*, 89 (2011). Disponible en <https://chicagounbound.uchicago.edu/cgi/viewcontent.cgi?referer=https://www.google.com/&httpsredir=1&article=2432&context=journal_articles>.
Gjeçov, Shtjefën, *The Code of Lekë Dukagjini*, trad. de Leonard Fox, Gjonlekaj, Nueva York, 1989.
Gluckman, Max, «The Kingdom of the Zulu of South Africa», en Meyer Fortes y Edward E. Evans-Pritchard (eds.), *African Political Systems*, Oxford University Press, Londres, 1940.
—, «The Rise of a Zulu Empire», *Scientific American*, 202, 4 (1960), pp. 157-168.
Goldie, Mark, «The Unacknowledged Republic: Officeholding in Early Modern England», en Tim Harris (ed.), *The Politics of the Excluded, c. 1500-1850*, Palgrave, Basinstoke, RU, 2001.
Goldman, Marshall I., *The Privatization of Russia: Russian Reform Goes Awry*, Routledge, Nueva York, 2003.
Goldthwaite, Richard A., *The Economy of Renaissance Florence*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2009.
Gordon, Colin, *Mapping Decline: St. Louis and the Fate of the American City*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia: 2009.
Gorringe, Hugo, *Untouchable Citizens: Dalit Movements and Democratization in Tamil Nadu*, Sage, Londres, 2005.
—, *Panthers in Parliament: Dalits, Caste, and Political Power in South India*, Oxford University Press, Delhi, 2017.
Gottesman, Alex, *Politics and the Street in Democratic Athens*, Cambridge University Press, Nueva York, 2014.
Gourevitch, Peter, *Politics in Hard Times: Comparative Responses to International Economic Crises*, Cornell University Press, Ithaca, NY, 1986. Versión castellana de Juan José Utrilla, *Políticas estratégicas en tiempos difíciles*, Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1993.
Graves, Michael A. R., *Parliaments of Early Modern Europe: 1400-1700*, Routledge, Nueva York, 2001.
Gregorio de Tours, *A History of the Franks*, Penguin, Nueva York, 1974. Versión castellana de Pedro Herrera, *Historias*, Universidad de Extremadura, Cáceres, 2013.
Gretsky, Sergei, «Civil War in Tajikistan: Causes, Development, and Prospects for Peace», en Roald Sagdeev y Susan Eisenhower (eds.), *Central Asia: Conflict, Resolution and Change*, Instituto Eisenhower, Washington, D. C., 1995.
Gudmundson, Lowell, *Costa Rica Before Coffee: Society and Economy on the Eve of the Export Boom*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1986.
—, «Lord and Peasant in the Making of Modern Central America», en A. E. Huber y F. Safford (eds.), *Agrarian Structures and Political Power in Latin America*, University of Pittsburg Press, Pittsburgh, 1997.
Gudmundson, Lowell, y Hector Lindo-Fuentes, *Central America, 1821-1871: Liberalism Before Liberal Reform*, University of Alabama Press, Tuscaloosa, 1995.
Guenée, Bernard, *States and Rulers in Later Medieval Europe*, Basil Balckwell, Oxford, 1985.
Habib, Irfan, *The Agrarian System of Mughal India, 1556-1707*, 2.ª ed. revisada, Oxford University Press, Delhi, 1999.

Hacker, Jacob S., *The Divided Welfare State: The Battle over Public and Private Social Benefits in the United States*, Cambridge University Press, Nueva York, 2002.

Hall, Jonathan M., *A History of the Archaic Greek World ca. 1200-479 BCE*, 2.ª ed., Wiley Blackwell, Malden, MA, y Oxford, 2013.

Hamilton, Gary G., «Why no Capitalism in China?», en *Commerce and Capitalism in Chinese Societies*, Routledge, Nueva York, 2006.

Hariri, Yuval Noah, «Why Technology Favors Tyranny», *The Atlantic*, 2018. Disponible en <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2018/10/yuval-noah-harari-technology-tyranny/568330/>.

Havel, Václav, «The Power of the Powerless», en Václav Havel *et al*., *The Power of the Powerless: Citizens Against the State in Central-Eastern Europe*, Routledge, Londres, 1985. Versión castellana de Vicente Martín y Beatriz Gómez, *El poder de los sin poder y otros escritos*, Encuentro/CEU, Madrid, 2013.

Hayek, Friedrich A., *The Road to Serfdom, Text and Documents, the Definitive Edition*, Bruce Caldwell (ed.), University of Chicago Press, Chicago, 2007. Versión castellana de José Vergara Doncel, *Camino de servidumbre*, Alianza Editorial, Madrid, 2011.

Heitzman, James, *Gifts of Power: Lordship in an Early Indian State*, Oxford University Press, Delhi, 1997.

Heldring, Leander, y James A. Robinson, «Colonialism and Economic Development in Africa», en Carol Lancaster y Nicolas van de Walle (eds.), *The Oxford Handbook on the Politics of Development*, Oxford University Press, Nueva York, 2018.

Helfont, Samuel, «Saddam and the Islamists: The Ba'thist Regime's Instrumentalization of Religion in Foreign Affairs», *The Middle East Journal*, 68, 3 (2014), pp. 352-366.

Helle, Knut (ed.), *The Cambridge History of Scandinavia. Volume 1: Prehistory to 1520*, Cambridge University Press, Nueva York, 2008.

Herrup, Cynthia B., *The Common Peace: Participation and the Criminal Law in Seventeenth-Century England*, Cambridge University Press, Nueva York, 1989.

Hincmaro de Reims, «On the Governance of the Palace», reimpreso en David Herlihy (ed.), *The History of Feudalism*, Macmillan, Londres, 1980.

Hindle, Steve, «Hierarchy and Community in the Elizabethan Parish: The Swallowfield Articles of 1596», *The Historical Journal*, 42, 3 (1999), pp. 835-851.

—, *The State and Social Change in Early Modern England, 1550-1640*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2000.

Hinton, Elizabeth, *From the War on Poverty to the War on Crime: The Making of Mass Incarceration America*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2016.

Hintze, Otto, *Historical Essays of Otto Hintze*, F. Gilbert (ed.), Oxford University Press, Nueva York, 1975.

Hirst, John, *The Shortest History of Europe*, Black, Melbourne, 2009. Versión castellana de Andrea Ruiz Cirlot, *Una historia de Europa*, RBA, Barcelona, 2017.

Ho, Ping-ti, «The Salt Merchants of Yang-Chou: A Study of Commercial Capitalism in Eighteenth Century China», *Harvard Journal of Asiatic Studies*, 17, 1-2 (1954), pp. 130-168.

Hobbes, Thomas, *Leviathan: The Matter, Form, and Power of a Commonwealth, Ecclesiastical or Civil*, Cambridge University Press, Nueva York, 1996. Versión castellana de Antonio Escohotado, *Leviatán. O la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, Deusto, Barcelona, 2018.

Hochschild, Adam, *King Leopold's Ghost: A History of Greed, Terror, and Heroism in Colonial Africa*, Mariner, Boston y Nueva York, 1999. Versión castellana de José Luis Gil Aristu, *El fantasma del rey Leopoldo*, Malpaso Ediciones, Barcelona, 2017.

Hoff, Karla, «Caste System», 2016. Disponible en: <http://documents.worldbank.org/curated/en/452461482847661084/Castesystem>.

Hoff, Karla, Mayuresh Kshetramade y Ernst Fehr, «Caste and Punishment: the Legacy of Caste Culture in Norm Enforcement», *The Economic Journal*, 121, 556 (2011), pp. F449-F475.

Hoffman, David, *The Oligarchs*, Public Affairs, Nueva York, 2002. Versión castellana de Francisco Ramos, *Los oligarcas*, Mondadori, Barcelona, 2003.

Holden, Robert H., *Armies without Nations: Public Violence and State Formation in Central America, 1821-1960*, Oxford University Press, Nueva York, 2004.

Holt, J. C., *Magna Carta*, 3.ª ed., Cambridge University Press, Nueva York, 2015.

Holton, Sandra S., *Feminism and Democracy: Women's Suffrage and Reform Politics in Britain, 1900-1918*, Cambridge University Press, Nueva York, 2003.

Holton, Woody, *Unruly Americans and the Origins of the Constitution*, Hill & Wang, Nueva York, 2006.

Homero, *Homer's Iliad and Odyssey: The Essential Books*, trad. de Barry B. Powell, Oxford University Press, Nueva York, 2014.

Hourani, Albert, *A History of the Arab Peoples*, Belknap Press, Cambridge, MA, 2010. Versión castellana de Aníbal Leal, *La historia de los árabes*, Ediciones B, Barcelona, 2008.

Howard, Allen M., «Pawning in Coastal Northwest Sierra Leone, 1870-1910», en Paul E. Lovejoy y Toyin Falola (eds.), *Pawnship, Slavery and Colonialism*, Africa World Press, Trenton, NJ, 2003.

Huang, Philip C. C., *Civil Justice in China: Representation and Practice in the Qing*, Stanford University Press, Stanford, CA, 1998.

Huang, Yasheng, *Capitalism with Chinese Characteristics*, Cambridge University Press, Nueva York, 2008.

Hudson, John, *The Formation of the English Common Law: Law and Society in England from King Alfred to the Magna Carta*, 2.ª ed., Routledge, Nueva York, 2018.

Hultzsch, Eugen, *Inscriptions of Asoka*, Clarendon Press, Oxford, 1925.

Human Rights Watch, «Broken People: Caste Violence Against India's 'Untouchables'», 1999. Disponible en <https://www.hrw.org/report/1999/03/01/broken-people/caste-violence-against-indiasuntouchables>.

—, «Perpetual Minors: Human Rights Abuses Stemming from Male Guardianship and Sex Segregation in Saudi Arabia», 2008. Disponible en <https://www.hrw.org/report/2008/04/19/perpetualminors/human-rights-abuses-stemming-male-guardianshipand-sex>.

—, «Boxed In: Women and Saudi Arabia's Male Guardianship System», 2016. Disponible en <https://www.hrw.org/report/2016/07/16/boxed/women-and-saudi-arabias-male-guardianship-system>.

—, «Eradicating Ideological Viruses. China's Campaign of Repression Against Xinjiang's Muslims», 2018. Disponible en <https://www.hrw.org/report/2018/09/09/eradicating-ideological-viruses/chinas-campaign-repression-against-xinjiangs>.

Hung, Ho-fung, *The China Boom: Why China Will not Rule the World*, Columbia University Press, Nueva York, 2016.

Huntington, Samuel, *Political Order in Changing Societies*, Yale University Press, New Haven, 1968. Versión castellana de Marta Pino Moreno, *El orden político en las sociedades en cambio*, Paidós, Barcelona, 2014.
Hutton, J. H., *Caste in India*, 3.ª ed., Oxford University Press, Nueva York, 1961.
Ibn Jaldún, *The Muqaddimah: An Introduction to History*, trad. de Franz Rosenthal, The Olive Press, Málaga, 2015. Versión castellana de Francisco Ruiz Girela, *Introducción a la historia universal*, Almuzara, Córdoba, 2008.
James, Edward, *The Franks*, Basil Blackwell, Oxford, 1988.
Jefferson, Thomas, *Thomas Jefferson*, vol. 5, G. P. Putnam's Sons, Londres, 1984.
Jha, Hit Narayan, *The Licchavis of Vaisali*, Chowkhamba Sanskrit Series Office, Varanasi, 1970.
Jie, Yu, *Steel Gate to Freedom: The Life of Liu Xiabo*, trad. de H. C. Hsu, Rowman & Littlefield, Lanham, MD, 2015.
Jisheng, Yang, *Tombstone: The Great Chinese Famine, 1958-1962*, Farrar, Strauss & Giroux, Nueva York, 2012.
John, Richard R., *Spreading the News: The American Postal System from Franklin to Morse*, Harvard University Press, Cambridge, 1995.
—, «Governmental Institutions as Agents of Change: Rethinking American Political Development in the Early Republic, 1787-1835», *Studies in American Political Development*, 11, 2 (1997), pp. 347-380.
Johnson, Marilynn S., *Violence in the West: The Johnson County Range War and Ludlow Massacre: A Brief History with Documents*, Bedford/St. Martin's, Nueva York, 2008.
Johnson, Simon, y James Kwak, *13 Bankers: The Wall Street Takeover and the Next Financial Meltdown*, Pantheon, Nueva York, 2010.
Jones, A. H. M., *The Later Roman Empire, 284-602: A Social, Economic and Administrative Survey*, Basil Blackwell, Oxford, 1964.
Jones, Philip, *The Italian City State*, Clarendon Press, Oxford, 1997.
Kamakau, Samuel M., *Ruling Chiefs of Hawaii*, ed. revisada, Kamehameha Schools Press, Honolulú, 1992.
Kaplan, Robert D., *The Coming Anarchy: Shattering the Dreams of the Post Cold War*, Vintage, Nueva York, 1994. Versión castellana de Jordi Vidal, *La anarquía que viene: la destrucción de los sueños de la posguerra fría*, Ediciones B, Barcelona, 2000.
Karlsson, Gunnar, *The History of Iceland*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 2000.
Karnes, Thomas L., *Failure of Union*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1961.
Kautilya, *The Arthashastra*, trad. de L. N. Rangarajan, Penguin Books, Nueva York, 1987.
Keeley, Lawrence H., *War Before Civilization: The Myth of the Peaceful Savage*, Oxford University Press, Nueva York, 1996.
Kelly, Christopher, *Ruling the Later Roman Empire*, Bellknap Press, Cambridge, MA, 2005.
Kennedy, Hugh, *The Prophet and the Age of the Caliphates: The Islamic Near East from the Sixth to the Eleventh Century*, 3.ª ed., Cambridge University Press, Nueva York, 2015.
Kepel, Gilles, *The Roots of Radical Islam*, Saqi Books, Londres, 2005.
Kershaw, Ian, *Hitler: 1889-1936 Hubris*, W. W. Norton, Nueva York, 2000. Versión castellana de José Manuel Álvarez Flórez, *Hitler: 1889-1936*, Península, Barcelona, 2007.
Khan, B. Zorina, *The Democratization of Invention: Patents and Copyrights in American Economic Development, 1790-1920*, University of Chicago Press, Chicago, 2009.
Killick, Tony, *Development Economics in Action*, Heinemann, Londres, 1976.

Kim, Sung Ho, «Max Weber», en Edward N. Zalta (ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, 2017. Disponible en <https://plato.stanford.edu/archives/win2017/entries/weber/>.
King, Desmond, y Robert C. Lieberman, «Ironies of State Building: A Comparative Perspective on the American State», *World Politics* 61, 3 (2009), pp. 547-588.
King, Gary, Ori Rosen, Martin Tanner y Alexander Wagner, «Ordinary Economic Voting Behavior in the Extraordinary Election of Adolf Hitler», *The Journal of Economic History*, 68, 4 (2008), pp. 951-996.
Kirch, Patrick V., *How Chiefs Became Kings: Divine Kingship and the Rise of Archaic States in Ancient Hawai'i*, University of California Press, Berkeley, 2010.
—, *A Shark Going Inland Is My Chief: The Island Civilization of Ancient Hawai'i*, University of California Press, Berkeley, 2012.
Kirch, Patrick V., y Marshall D. Sahlins, *Anahulu: The Anthropology of History in the Kingdom of Hawaii. Historical Ethnography*, vol. 1, University of Chicago Press, Chicago, 1992.
Kitschelt, Herbert P., «Accounting for Postcommunist Regime Diversity: What Counts as a Good Cause?», en Grzegorz Ekiert y Stephen E. Hanson (eds.), *Capitalism and Democracy in Central and East Europe: Assessing the Legacy of Communist Rule*, Cambridge University Press, Cambridge, 2003.
Kitson-Clark, G. S. R., «The Electorate and the Repeal of the Corn Laws», *Transactions of the Royal Historical Society*, 1 (1951), pp. 109-126.
Knauft, Bruce, «Reconsidering Violence in Simple Human Societies», *Current Anthropology*, 28, 4 (1987), pp. 457-500.
Kremer, Michael, Nazmul Chaudhury, F. Halsey Rogers, Karthik Muralidharan y Jeffrey Hammer, «Teacher Absence in India: A Snapshot», *Journal of the European Economic Association*, 3, 2-3 (2005), pp. 658-667.
Kuhn, Philip A., *Soulstealers: The Chinese Sorcery Scare of 1768*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1990.
Kümin, Beat, *The Communal Age in Western Europe, 1100-1800*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2013.
Kümin, Beat, y Andreas Würgler, «Petitions, *Gravamina* and the Early Modern State: Local Influence on Central Legislation in England and Germany (Hesse)», *Parliaments, Estates and Representation*, 17, 1 (1997), pp. 39-60.
Kuran, Timur, *The Long Divergence: How Islamic Law Held Back the Middle East*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 2012. Versión castellana de M. Olalla Luque e Ignacio Garrido, *La larga divergencia: la influencia de la ley islámica en el atraso de Oriente Medio*, Editorial Universidad de Granada, Granada, 2017.
Kurzman, Charles, «Pro-U.S. Fatwas», *Middle East Policy Council*, 10, 3 (2003), pp. 155-166. Disponible en <https://www.mepc.org/pro-us-fatwas>.
Kurzman, Dan, *Kishi and Japan: The Search for the Sun*, Ivan Obolensky, Nueva York, 1960.
Kuykendall, Ralph S., *The Hawaiian Kingdom, 1778-1854, Foundation and Transformation*, University of Hawai'i Press, Honolulú, 1965.
Laiou, Angeliki E., y Cécile Morrisson, *The Byzantine Economy*, Cambridge University Press, Nueva York, 2007.
Lanni, Adriaan, *Law and Order in Ancient Athens*, Cambridge University Press, Nueva York, 2016.
Lapidus, Ira M., *A History of Islamic Societies*, 3.ª ed., Cambridge University Press, Nueva York, 2014.

Larson, John Lauritz, *Internal Improvement: National Public Works and the Promise of Popular Government in the Early United States*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2001.
Larson, T. A., *History of Wyoming*, 2.ª ed., University of Nebraska Press, Lincoln, 1990.
Leão, Delfim F., y Peter J. Rhodes, *The Laws of Solon*, I. B. Tauris, Nueva York, 2016.
Lepsius, M. Rainer, «From Fragmented Party Democracy to Government by Emergency Decree and National Socialist Takeover: Germany», en Juan J. Linz y Alfred Stepan (eds.), *The Breakdown of Democratic Regimes: Europe*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1978.
Levinson, Daryl J., «Incapacitating the State», *William and Mary Law Review*, 56, 1 (2014), pp. 181-226.
Lewis, Mark Edward, «The City-State in Spring-and-Autumn China», en Mogens Herman Hansen (ed.), *A Comparative Study of Thirty City-State Cultures*, Real Academia Danesa de Ciencias y Letras (Historisk-filosofiske Skrifter, 21), Copenhague, 2000.
—, *The Early Chinese Empires: Qin and Han*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2011.
—, *China between Empires: The Northern and Southern Dynasties*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2012a.
—, *China's Cosmopolitan Empire: The Tang Dynasty*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2012b.
Lewis, Oscar, *Village Life in Northern India*, Vintage Books, Nueva York, 1965.
Liddell Hart, Basil (ed.), *The Rommel Papers*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1953.
Lim, Luisa, *The People's Republic of Amnesia: Tiananmen Revisited*, Oxford University Press, Nueva York, 2014.
Linz, Juan J., *The Breakdown of Democratic Regimes: Crisis, Breakdown and Reequilibration*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1978. Versión castellana de Rocío de Terán, *La quiebra de las democracias*, Alianza Editorial, Madrid, 1987.
Lipset, Seymour Martin, «Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy», *American Political Science Review*, 53, 1 (1959), pp. 69-105.
Litwack, Leon F., *How Free Is Free? The Long Death of Jim Crow*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2009.
Liu, Alan P. L., «The 'Wenzhou Model' of Development and China's Modernization», *Asian Survey*, 32, 8 (1992), pp. 696-711.
Liu, William Guanglin, *The Chinese Market Economy, 1000-1500*, State University of New York Press, Albany, 2015.
Locke, John, *Two Treatises of Government*, Ian Shapiro (ed.), Yale University Press, New Haven, 2003. Versión castellana de Francisco Giménez, *Dos ensayos sobre el gobierno civil*, Planeta-DeAgostini, Barcelona, 1995.
Loewen, James W., *Sundown Towns: A Hidden Dimension of American Racism*, Touchstone, Nueva York, 2006.
López, Robert S., «The Dollar of the Middle Ages», *The Journal of Economic History*, 11, 3 (1951), pp. 209-234.
—, *The Commercial Revolution of the Middle Ages, 950-1350*, Cambridge University Press, Nueva York, 1976. Versión castellana de Pedro Balaña, *La revolución comercial en la Europa medieval*, El Albir, Barcelona, 1981.
Lovejoy, Paul E. y Toyin Falola (eds.), *Pawnship, Slavery, and Colonialism in Africa*, Africa World Press, Trenton, NJ, 2003.
Loveman, Brian, *Struggle in the Countryside: Politics and Rural Labor in Chile, 1919-1973*, University of Indiana Press, Bloomington, 1976.

Lugard, Frederick, *The Dual Mandate in Tropical Africa*, Frank Cass, Londres, 1922.
Maddicott, J. R., *The Origins of the English Parliament, 924-1327*, Oxford University Press, Nueva York, 2012.
Mahoney, James, *The Legacies of Liberalism: Path Dependence and Political Regimes in Central America*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2001.
Majumdar, Ramesh C., *Corporate life in ancient India*, Oriental Book Agency, Pune, 1922.
Malaviya, H. D., *Village Panchayats in India*, All India Congress Committee, Nueva Delhi, 1956.
Malo, David, *Hawaiian Antiquities*, Bishop Museum Press, Honolulú, 1987.
Mamdani, Mahmood, *Citizen and Subject: Contemporary Africa and the Legacy of Late Colonialism*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1996.
Mandeville, Bernard, *The Fable of the Bees. Or Private Vices, Publick Benefits*, Penguin, Nueva York, 1989. Versión castellana de José Ferrater Mora, *La fábula de las abejas. O los vicios privados hacen la prosperidad pública*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2004.
Maquiavelo, Nicolás, *The Prince*, Oxford University Press, Nueva York, 2005. Versión castellana de Miguel Ángel Granada, *El príncipe*, 3.ª ed., Alianza Editorial, Madrid, 2010.
Mann, Michael, *The Sources of Social Power. Volume 1: A History of Power from the Beginning to AD 1760*, Cambridge University Press, Nueva York, 1986. Versión castellana de Pepa Linares, *Las fuentes del poder social*, 2 vols., Alianza Editorial, Madrid, 1991.
Marchal, Guy, «Die 'alipine Gesellschaft'», en *Geschichte der Schweiz und der Schweizer*, Schwabe, Zúrich, 2006.
Marongiu, Antonio, *Mediaeval Parliaments: Comparative Study*, Eyre & Spottiswoode, Londres, 1968.
Mathew, Santhosh, y Mick Moore, «State Incapacity by Design: Understanding the Bihar Story», Institute of Development Studies, Brighton, 2011. Disponible en <http://www.ids.ac.uk/files/dmfile/Wp366.pdf>.
Mathur, Kuldeep, *Panchayati Raj: Oxford India Short Introductions*, Oxford University Press, Delhi, 2013.
Matthai, John, *Village Government in British India*, T. Fisher Unwin, Londres, 1915.
Mookerji, Radhakumud, *Local Government in Ancient India*, Clarendon Press, Oxford, 1920.
Munshi, Kaivan, «Caste and the Indian Economy», 2017. Disponible en <http://www.histecon.magd.cam.ac.uk/km/Munshi_JEL2.pdf>.
Mazzuca, Sebastián L., y James A. Robinson, «Political Conflict and Power Sharing in the Origins of Modern Colombia», *Hispanic American Historical Review*, 89, 2 (2009), pp. 285-321.
McAdam, Doug, *Political Process and the Development of Black Insurgency, 1930-1970*, 2.ª ed., University of Chicago Press, Chicago, 1999.
McCreery, David J., *Rural Guatemala, 1760-1940*, Stanford University Press, Stanford, CA, 1994.
McDonald, Forrest, *States' Rights and the Union: Imperium in Imperio, 1776-1876*, University Press of Kansas, Lawrence, 2000.
McPherson, James M., *Battle Cry of Freedom: The Civil War Era*, Oxford University Press, Nueva York, 2003.
Maier, Pauline, *Ratification: The People Debate the Constitution, 1787-1788*, Simon & Schuster, Nueva York, 2011.
Menchú, Rigoberta, *I, Rigoberta Menchú*, Verso, Londres, 1984. Versión castellana original, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, Seix Barral, Barcelona, 2008.
Mencio, *Mengzi: With Selections from Traditional Commentaries*, Hackett, Indianapolis, 2008.

Mettler, Suzanne, *The Submerged State: How Invisible Government Policies Undermine American Democracy*, University of Chicago Press, Chicago, 2011.
Michalopoulos, Stelios, Alireza Naghavi y Giovanni Prarolo, «Trade and Geography in the Spread of Islam», *The Economic Journal*, 128, 616 (2018), pp. 3210-3241.
Miers, Suzanne, y Igor Kopytoff (eds.), *Slavery in Africa: Historical and Anthropological Perspectives*, University of Wisconsin Press, Madison, 1977.
Migdal, Joel, *Strong Societies and Weak States: State-Society Relations and State Capabilities in the Third World*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1988.
—, *State-in-Society: Studying How States and Societies Transform and Constitute One Another*, Cambridge University Press, Nueva York, 2001.
Mill, John Stuart, *The Subjection of Women*, Longmans, Green, Reader & Dyer, Londres, 1989. Versión castellana de Emilia Pardo Bazán, *La esclavitud femenina*, Artemisa, Madrid, 2008.
Miller, William Ian, *Bloodtaking and Peacemaking: Feud, Law, and Society in Saga Iceland*, University of Chicago Press, Chicago, 1997.
Misgeld, Klaus, Karl Molin y Klas Amark, *Creating Social Democracy. A Century of the Social Democratic Labor Party in Sweden*, Pennsylvania State University Press, University Park, 1988.
Mitchell, Stephen, *Gilgamesh: A New English Version*, The Free Press, Nueva York, 2004. Versión castellana de Javier Alonso, *Gilgamesh*, Alianza Editorial, Madrid, 2013.
Moeller, Robert G., *The Nazi State and German Society: A Brief History with Documents*, Bedford/St. Martins, Nueva York, 2010.
Moene, Karl Ove, y Michael Wallerstein, «Pay Inequality», *Journal of Labor Economics*, 15, 3 (1997), pp. 403-430.
Mokyr, Joel, *The Lever of Riches*, Oxford University Press, Nueva York, 1990. Versión castellana de Esther Gómez, *La palanca de la riqueza*, Alianza Editorial, Madrid, 1993.
—, *The Enlightened Economy*, Yale University Press, New Haven, 2009.
Montgomery, Fiona A., *Women's Rights: Struggles and Feminism in Britain c. 1770-1970*, University of Manchester Press, Manchester, 2006.
Mookerji, Radhakumud, *Local Government in Ancient India*, Clarendon Press, Oxford, 1920.
Moore, Barrington, *The Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Beacon Press, Boston, 1966. Versión castellana de Jaume Costa y Gabrielle Woith, *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, Ariel, Barcelona, 2015.
Morerod, Jean-Daniel, y Justin Favrod, «Entstehung eines sozialen Raumes (5.-13. Jahrhundert)», en Georg Kreis (ed.), *Die Geschichte der Schweiz*, Schwabe, Basilea, 2014.
Morgan, Edmund S., *American Slavery, American Freedom*, W. W. Norton, Nueva York, 1975. Versión castellana, *Esclavitud y libertad en los Estados Unidos*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2009.
Morris, Donald R., *The Washing Of The Spears: The Rise And Fall Of The Zulu Nation*, Da Capo Press, Boston, 1998.
Morris, Ian, «The Strong Principle of Equality and the Archaic Origins of Greek Democracy», en Joshua Ober y Charles Hedrick (eds.), *Demokratia: A Conversation on Democracies, Ancient and Modern*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1996.
—, «The Greater Athenian State», en Ian Morris y Walter Scheidel (eds.), *The Dynamics of Ancient Empires: State Power from Assyria to Byzantiu*m, Oxford University Press, Nueva York, 2010.
Morse, H. B., *The Trade and Administration of China*, 3.ª ed., Longmans/Green, Londres, 1920.
Mortimer, Edward, «The Thief of Baghdad», *The New York Review of Books*, 37, 14 (1990). Disponible en <https://web.archive.org/web/20031014004305/http://www.nybooks.com/articles/3519>.

Mote, Frederick W., *Imperial China 900-1800*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2000.
Mouline, Nabil, *The Clerics of Islam: Religious Authority and Political Power in Saudi Arabia*, Yale University Press, New Haven, 2014.
Mueller, Reinhold C., *The Venetian Money Market: Banks, Panics, and the Public Debt, 1200-1500*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1997.
Mühlberger, Detlef, *The Social Bases of Nazism, 1919-1933*, Cambridge University Press, Nueva York, 2003.
Munshi, Kaivan, «Caste and the Indian Economy», 2017. Disponible en: <https://www.histecon.magd.cam.ac.uk/km/Munshi_JEL2.pdf>.
Murray, Alexander C., *Germanic Kinship Structure*, Pontifical Institute of Mediaeval Studies, Toronto, 1983.
—, «From Roman to Frankish Gaul», *Traditio*, 44 (1988), pp. 59-100.
Myers, A. R., *Parliaments and Estates in Europe to 1789*, Harcourt Brace Jovanovich, San Diego, 1975.
Myerson, Roger B., «Political Economics and the Weimar Disaster», 2004. Disponible en <http://home.uchicago.edu/rmyerson/research/weimar.pdf>.
Nee, Victor, y Sonja Opper, *Capitalism from Below: Markets and Institutional Change in China*, Cambridge University Press, Nueva York, 2012.
Neier, Aryeh, *International Human Rights Movement: A History*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 2012.
Nelson, Janet L., *The Frankish World, 750-900*, Bloomsbury Academic, Londres, 2003.
North, Douglass C., y Robert Paul Thomas, *The Rise of the Western World: A New Economic History*, Cambridge University Press, Nueva York, 1973. Versión castellana de Javier Faci, *El nacimiento del mundo occidental: una nueva historia económica*, Siglo XXI, Madrid, 1991.
North, Douglass C., John Wallis y Barry R. Weingast, *Violence and Social Orders: A Conceptual Framework for Interpreting Recorded Human History*, Cambridge University Press, Nueva York, 2009.
Novak, William J., *The People's Welfare: Law and Regulation in Nineteenth-Century America*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1996.
—, «The 'Myth' of the Weak American State», *American Historical Review*, 113, 3 (2008), pp. 752-772.
—, «The Myth of the New Deal State», en N. Lichtenstein, J-C Vinel y R. Huret (eds.), *Liberal Orders: The Political Economy of the New Deal and its Opponents*, 2017 (próxima publicación).
Novak, William J., y Steve C. A. Pincus, «Revolutionary State Foundation: The Origins of the Strong American State», en J. L Brooke, J. C. Strauss y G. Anderson (eds.), *State Formations: Histories and Cultures of Statehood*, Cambridge University Press, Cambridge, 2017.
Ober, Josiah, *Athenian Legacies: Essays in the Politics of Going on Together*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 2005.
—, *The Rise and Fall of Classical Greece*, Penguin, Nueva York, 2015a.
—, «Classical Athens», en Walter Scheidel y Andrew Monson (eds.), *Fiscal Regimes and Political Economy of Early States*, Cambridge University Press, Nueva York, 2015b.
O'Brien, Kevin J. (ed.), *Popular Protest in China*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2008.
O'Brien, Kevin J., y Lianjiang Li, *Rightful Resistance in Rural China*, Cambridge University Press, Nueva York, 2006.
O'Donnell, Guillermo, y Philippe C. Schmitter, *Transitions from Authoritarian Rul*e, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1986.

Origo, Iris, *The Merchant of Prato*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1957.
Orren, Karen, y Stephen Skowronek, *The Search for American Political Development*, Cambridge University Press, Nueva York, 2004.
Osafo-Kwaako, Philip, y James A Robinson, «Political Centralization in Pre-Colonial Africa», *Journal of Comparative Economics*, 41, 1 (2013), pp. 534-564.
Osborne, Robin, *Greece in the Making 1200-479 BC*, Routledge, Nueva York, 2009. Versión castellana de Teófilo de Lozoya, *La formación de Grecia, 1200-479 a. C*., Crítica, Barcelona, 1998.
Ost, David, *Defeat of Solidarity: Anger and Politics in Postcommunist Europe*, Cornell University Press, Ithaca, NY, 2006.
Özmucur, Süleyman, y Şevket Pamuk, «Real Wages and Standards of Living in the Ottoman Empire, 1489-1914», *The Journal of Economic History*, 62, 2 (2002), pp. 292-321.
Paige, Jeffery M., *Coffee and Power: Revolution and the Rise of Democracy in Central America*, Harvard University Press, Cambridge, 1997.
Pamuk, Şevket, «Urban Real Wages Around the Eastern Mediterranean in Comparative Perspective, 1100-2000», en Alexander J. Field, Gregory Clark y William A. Sundstrom (eds.), *Research in Economic History*, vol. 23, pp. 209-228, Emerald House, Bingley, RU, 2006.
—, «Institutional Change and Economic Development in the Middle East, 700-1800», en Larry Neal y Jeffrey G. Williamson (eds.), *The Cambridge History of Capitalism. Volume 1: The Rise of Capitalism: From Ancient Origins to 1848*, Cambridge University Press, Nueva York, 2014.
Pantos, Aliki, y Sarah Semple (eds.), *Assembly Places and Practices in Medieval Europe*, Four Courts Press, Dublín, 2004.
Parry, Jonathan P., *Caste and Kinship in Kangra*, Routledge, Nueva York, 1979.
Pascali, Luigi, «The Wind of Change: Maritime Technology, Trade, and Economic Development», *American Economic Review*, 107, 9 (2017), pp. 2821-2854.
Pattison, George, *Routledge Philosophy Guidebook to the Later Heidegger*, Routledge, Londres, 2000.
Pearlman, Wendy, *We Crossed a Bridge and It Trembled: Voices from Syria*, Custom House, Nueva York, 2017.
Pei, Minxin, *China's Crony Capitalism: The Dynamics of Regime Decay*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2016.
Perham, Margery, *Lugard: The Years of Adventure, 1858-1945* y *Lugard: The Years of Authority, 1898-1945*, 2 vols., Collins, Londres, 1960.
Perry, Elizabeth J., «Chinese Conceptions of 'Rights': From Mencius to Mao —, and Now», *Perspectives on Politics*, 6, 1 (2008), pp. 37-50.
Pettit, Philip, *Republicanism: A Theory of Freedom and Government*, Oxford University Press, Nueva York, 1999. Versión castellana de Toni Domènech, *Republicanismo: una teoría sobre la libertad y el gobierno*, Paidós, Barcelona, 1999.
—, *Just Freedom: A Moral Compass for a Complex World*, W. W. Norton, Nueva York, 2014.
Pezzolo, Luciano, «The Via Italiana to Capitalism», en Larry Neal y Jeffery G. Williamson (eds.), *The Cambridge History of Capitalism. Volume 1. The Rise of Capitalism: From Ancient Origins to 1848*, Cambridge University Press, Nueva York, 2014.
Philby, Harry St. John Bridger, *Arabia of the Wahhabis*, Constable, Londres, 1928.
Phillippon, Thomas, y Ariell Reshef, «Wages in Human Capital in the U.S. Finance Industry: 1909-2006», *The Quarterly Journal of Economics*, 127, 4 (2012), pp. 1551-1609.

Piketty, Thomas, y Emmanuel Saez, «Income Inequality in the United States, 1913-1998», *The Quarterly Journal of Economics*, 118, 1 (2003), pp. 1-41.

Pils, Eva, *China's Human Right Lawyers: Advocacy and Resistance*, Routledge, Londres, 2014.

Pincus, Steven C. A., *1688: The First Modern Revolution*, Yale University Press, New Haven, 2011. Versión castellana de Agustina Luengo, *1688, la primera revolución moderna*, Acantilado, Barcelona, 2013.

Pincus, Steven C. A., y James A. Robinson, «What Really Happened During the Glorious Revolution?», en Sebastián Galiani y Itai Sened (eds.), *Institutions, Property Rights and Economic Growth. The Legacy of Douglass North*, Cambridge University Press, Nueva York, 2012.

—, «Wars and State-Making Reconsidered: The Rise of the Developmental State», *Annales, Histoire et Sciences Sociales*, 71, 1 (2016), pp. 7-35.

Pines, Yuri, *Envisioning Eternal Empire: Chinese Political Thought of the Warring States Era*, University of Hawai'i Press, Honolulú, 2009.

—, *The Everlasting Empire: The Political Culture of Ancient China and Its Imperial Legacy*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 2012.

Pinker, Steven, *The Better Angels of Our Nature: Why Violence Has Declined*, Penguin Books, Nueva York, 2011. Versión castellana de Joan Soler, *Los ángeles que llevamos dentro: el declive de la violencia y sus implicaciones*, Paidós, Barcelona, 2012.

Pirenne, Henri, *Medieval Cities: Their Origins and the Revival of Trade*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1952. Versión castellana de Francisco Calvo Serraller, *Las ciudades de la Edad Media*, 3.ª ed., Alianza Editorial, Madrid, 2015.

Plaatje, Sol, *Native Life in South Africa*, P. S. King & Son, Londres, 1916.

Platteau, Jean-Philippe, *Islam Instrumentalized: Religion and Politics in Historical Perspective*, Cambridge University Press, Nueva York, 2017.

Plutarco, *Lives, Volume I: Theseus and Romulus. Lycurgus and Numa. Solon and Publicola*, trad. De Bernadotte Perrin, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1914. Versión castellana de Aurelio Pérez, *Vidas paralelas*, vols. I y II, Gredos, Madrid, 2008.

Pomeranz, Kenneth, *China, Europe, and the Making of the Modern World Economy*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 2001.

Pope, Nicole, y Hugh Pope, *Turkey Unveiled: A History of Modern Turkey*, Overlook Press, Nueva York, 2011.

Powell, Anton, *Athens and Sparta: Constructing Greek Political and Social History from 478 BC*, 3.ª ed., Routledge, Nueva York, 2016.

Procopio, *The Secret History*, Penguin, Nueva York, 2007. Versión castellana de Juan Signes, *Historia secreta*, Gredos, Madrid, 2000.

Putnam, Robert D., Robert Leonardi y Raffaella Y. Nanetti, *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton University Press, 1994, Princeton, NJ. Versión castellana de Victoria Gordo, *Para que la democracia funcione: las tradiciones cívicas en la Italia moderna*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 2011.

Rattray, Robert S., *Ashanti Law and Constitution*, Clarendon Press, Oxford, 1929.

Reginald de Durham, «Life of St. Godric», en G. G. Coulton (ed.), *Social Life in Britain from the Conquest to the Reformation*, pp. 415-420, Cambridge University Press, Cambridge, 1918.

Reiche, Danyel, «War Minus the Shooting? The Politics of Sport in Lebanon as a Unique Case in Comparative Politics», *Third World Quarterly*, 32, 2 (2011), pp. 261-277.

Reuter, Timothy, «Assembly Politics in Western Europe from the Eight Century to the Twelfth», en Peter Linehan y Janet. L. Nelson (eds.), T*he Medieval World*, Routledge, Londres y Nueva York, 2001.
Rhodes, Peter J., *A History of the Classical Greek World: 478-323 BC*, Wiley-Blackwell, Oxford, 2011.
Ricardo, David, «Defense of the Plan of Voting by Ballot», en Maurice H. Dobb y Piero Sraffa (eds.), *The Works and Correspondence of David Ricardo*, vol. 5, Cambridge University Press, Cambridge, [1824] 1951-1973.
Richards, John F., *The Mughal Empire*, Cambridge University Press, Nueva York, 1993.
Ritter, E. A., *Shaka Zulu: The Biography of the Founder of the Zulu Nation*, Penguin, Londres, 1985.
Roach, Levi, *Kingship and Consent in Anglo-Saxon England, 871-978: Assemblies and the State in the Early Middle Ages*, Cambridge University Press, Nueva York, 2013.
—, *Æthelred: The Unready*, Yale University Press, New Haven, 2017.
Roberts, Elizabeth, *Realm of the Black Mountain: A History of Montenegro*, Cornell University Press, Ithaca, NY, 2007.
Roberts, Michael, «The Military Revolution, 1560-1660», reimpreso con algunas correcciones en *Essays in Swedish History*, Weidenfeld & Nicholson, Londres, 1956.
Robertson, A. J. (ed.), *The Laws of the Kings of England from Edmund to Henry I*, Cambridge University Press, Cambridge, 1925.
Robinson, Eric W., *Democracy Beyond Athens*, Cambridge University Press, Nueva York, 2011.
Robinson, James A., «¿Un típico país latinoamericano? Una perspectiva sobre el desarrollo», en James A. Robinson y Miguel Urrutia Montoya (eds.), *Economía colombiana del siglo XX. Un análisis cuantitativo*, Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 2007.
—, «Colombia: Another 100 Years of Solitude?», *Current Histor*y, 112, 751 (2013), pp. 43-48.
—, «La miseria en Colombia», *Revista Desarrollo y Sociedad*, 76, 1 (2016), pp. 1-70.
Rodinson, Maxime, *Islam and Capitalism*, Saqi Books, Londres, 2007.
Rosenberg, Hans, *Bureaucracy, Aristocracy and Autocracy: The Prussian Experience*, Beacon Press, Cambridge, MA, 1958.
Rothstein, Richard, «The Making of Ferguson», Economic Policy Institute, Washington, D. C., 2014. Disponible en <http://www.epi.org/files/2014/making-of-ferguson-final.pdf>.
—, *The Color of Law: A Forgotten History of How Our Government Segregated America*, Liveright, Nueva York, 2017.
Rowe, William T., *Hankow: Commerce and Society in a Chinese City, 1796-1889*, Stanford University Press, Stanford, CA, 1984.
—, *Hankow: Conflict and Community in a Chinese City, 1796-1895*, Stanford University Press, Stanford, CA, 1989.
—, *China's Last Empire: The Great Qing*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2009.
Roy, Arundhati, «The Doctor and the Saint», en B. R. Ambedkar, *Annihilation of Caste. The Annotated Critical Edition*, Verso, Londres, 2014.
Roy, Kumkum, *The Emergence of Monarchy in North India; Eight to Fourth Centuries b.c.*, Oxford University Press, Delhi, 1994.
Rubinstein, Nicolai, «Political Ideas in Sienese Art: The Frescos by Ambrogio Lorenzetti and Taddeo di Bartolo in the Palazzo Pubblico», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 21, 3-4 (1958), pp. 179-207.
Rueschemeyer, Dietrich, Evelyn H. Stephens y John D. Stephens, *Capitalist Development and Democracy*, University of Chicago Press, Chicago, 1992.

Sablonier, Roger, «The Swiss Confederation», en Christopher Allmand (ed.), *The New Cambridge Medieval History*, vol. 7, Cambridge University Press, Nueva York, 2015.
Safford, Frank, «Politics, Ideology and Society in Post-Independence Spanish America», en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America. From Independence to c. 1870*, vol. 3, pp. 347-421, Cambridge University Press, Nueva York, 1985. Versión castellana de Neus Escandell *et al*., *Historia de América Latina*, Crítica, Barcelona, 2000.
Samuels, Richard, *Machiavelli's Children: Leaders and Their Legacies in Italy and Japan*, Cornell University Press, Ithaca, NY, 2003.
Santos Villagrán, Rafael J., «Share Is to Keep: Ownership Transfer to Politicians and Property Rights in Post-Apartheid South Africa», 2016. Disponible en <https://sites.google.com/site/rjsantosvillagran/research>.
Satyanath, Shanker, Nico Voigtländer y Hans-Joachim Voth, «Bowling for Fascism: Social Capital and the Rise of the Nazi Party», *Journal of Political Economy*, 125, 2 (2017), pp. 478-526.
Schaller, Michael, «America's Favorite War Criminal: Kishi Nobusuke and the Transformation of U.S. Japan Relations», Instituto de Investigación de Políticas de Japón (JPRI), documento de trabajo nº. 11: 1995. Disponible en <http://www.jpri.org/publications/workingpapers/wp11.html>.
Scott, James C., *The Art of Not Being Governed*, Yale University Press, New Haven, 2010.
Shah, Ghanshyam, Harsh Mander, Sukhadeo Thorat, Satish Deshpande y Amita Baviskar, *Untouchability in Rural India*, Sage, Delhi, 2006.
Shang Yang, *The Book of Lord Shang*, ed. y trad. de Yuri Pines, Columbia University of Press, Nueva York, 2017.
Sharma, J. P., *Republics in Ancient India: c. 1500 BC-500 BC*, Brill, Leiden, 1968.
Sharma, Ram Sharan, *Aspects of Political Ideas and Institutions in Ancient India*, 5.ª ed., Motilal Banarasidass, Delhi, 2005.
Shastri, K. A. Nilakanta, *A History of South India: From Prehistoric Times to the Fall of Vijayanagar*, 4.ª ed., Oxford University Press, Delhi, 1997.
Shatzmiller, Maya, «Transcontinental Trade and Economic Growth in the Early Islamic Empire: The Red Sea Corridor in the 8th-10th Centuries», en Lucy Blue, Ross Thomas, John Cooper y Julian Whitewright (eds.), *Connected Hinterlands*, Society for Arabian Studies, Oxford, 2009.
Shirer, William L., *The Rise and Fall of the Third Reich: A History of Nazi Germany*, Simon & Schuster, Nueva York, 1960. Versión castellana de Jesús López Pacheco, *Auge y caída del Tercer Reich*, 2 vols., Booket, Barcelona, 2013.
Simić, Andrei, «The Blood Feud in Montenegro», *Kroeber Anthropological Society Special Publications*, 1 (1967), pp. 83-94, Universidad de California en Berkeley, Berkeley.
Simon, Joshua, *The Ideology of Creole Revolution*, Cambridge University Press, Nueva York, 2017.
Simpson, Mark, y Tony Hawkins, *The Primacy of Regime Survival: State Fragility and Economic Destruction in Zimbabwe*, Palgrave Macmillan, Londres, 2018.
Singh, Upinder, *History of Ancient and Early Medieval India: From the Stone Age to the 12th Century*, Pearson Education, Upper Saddle River, NJ, 2009.
Skinner, Quentin, «Ambrogio Lorenzetti: The Artist as Political Philosopher», *Proceedings of the British Academy*, 72 (1986), pp. 1-56.
—, «Ambrogio Lorenzetti's Buon Governo Frescoes: Two Old Questions, Two New Answers», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 62 (1999), pp. 1-28.

Skocpol, Theda, *Protecting Mothers and Soldiers: The Political Origins of Social Policy in United States*, Belknap Press, Cambridge, MA, 1995. Versión castellana, *Los orígenes de la política social en Estados Unidos*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid, 1996.

Skowronek, Stephen, *Building a New American State: The Expansion of National Administrative Capacities, 1877-1920*, Cambridge University Press, Nueva York, 1982.

Smith, Brian K., *Classifying the Universe: The Ancient Indian Varna System and the Origins of Caste*, Oxford University Press, Nueva York, 1994.

Smith-Dorrien, Horace, *Memories of Forty-Eight Years' Service*, John Murray, Londres, 1925.

Sobel, Dava, *Longitude*, Bloomsbury, Nueva York, 2007. Versión castellana de Flora Casas, *Longitud*, Anagrama, Barcelona, 2006.

Song, Jae, David J. Price, Fatih Güvenen, Nicholas Bloom y Till von Wachter, «Firming Up Inequality», documento de trabajo de la NBER, n.º 21199, 2015.

Southall, Roger, «Black Empowerment and Corporate Capital», en John Daniel, Roger Southall y Jessica Lutchman, eds., *State of the Nation: South Africa 2004-2005*, HSRC Press, Johannesburgo, 2005.

Soyinka, Wole, *You Must Set Forth at Dawn*, Random House, Nueva York, 2006. Versión castellana de Marcelo Cohen, *Partirás al amanecer*, RBA, Barcelona, 2010.

Spence, Jonathan D., *The Death of Woman Wang*, Viking Press, Nueva York, 1978. Versión castellana de Fernando Santos, *La muerte de la mujer Wang*, Nerea, Madrid, 1990.

—, *The Search for Modern China*, 3.ª ed., W. W. Norton, Nueva York, 2012. Versión castellana de Jordi Beltrán, *En busca de la China moderna*, Tusquets, Barcelona, 2011.

—, *The Search for Modern China: A Documentary Collection*, W. W. Norton, Nueva York, 2014.

Srinivas, M. N., *The Village Remembered*, University of California Press, Berkeley, 1976.

—, *The Dominant Caste and Other Essays*, ed. revisada y ampliada, Oxford University Press, Delhi, 1994.

Stafford, Pauline, *Unification and Conquest: A Political and Social History of England in the Tenth and Eleventh Centuries*, Hodder Arnold, Nueva York, 1989.

Stanger, Allison, *One Nation Under Contract: The Outsourcing of American Power and the Future of Foreign Policy*, Yale University Press, New Haven, 2011.

Stein, Burton, *Peasant State and Society in Medieval South India*, Oxford University Press, Delhi, 1980.

—, *Vijayanagara*, Cambridge University Press, Nueva York, 1990.

Steinberg, Jonathan, *Why Switzerland*?, Cambridge University Press, Nueva York, 2016.

Steinberg, Guido, «The Wahhabi Ulama and the Saudi State: 1745 to the Present», en Paul Aarts y Gerd Nonneman (eds.), *Saudi Arabia in the Balance: Political Economy, Society, Foreign Affairs*, Hurst, Londres, 2005.

Struve, Lynn A. (ed.), *Voices from the Ming-Qing Cataclysm: China in Tigers' Jaws*, Yale University Press, New Haven, 1998.

Stuart, Douglas T., *Creating the National Security State*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 2008.

Subbarayalu, Y., *Political Geography of Chola Country*, Gobierno de Tamil Nadu, Madrás, 1974.

—, *South India Under the Cholas*, Oxford University Press, Delhi, 2012.

Swenson, Peter A., *Capitalists Against Markets: The Making of Labor Markets and Welfare States in the United States and Sweden*, Oxford University Press, Nueva York, 2002.

Tácito, *The Agricola and the Germania*, trad. de Harold Mattingly, Penguin Books, Londres, 1970. Versión castellana de J. M. Requejo, *Agrícola, Germania, Diálogo sobre los oradores*, Gredos, Madrid, 2001.

Thakur, Sankarshan, *Subaltern Saheb: Bihar and the Making of Laloo Yadav*, Picador India, Delhi, 2006.

Thapar, Romila, *From Lineage to State: Social Formations in the Mid-First Millennium BC in the Ganga Valley*, Oxford University Press, Nueva York, 1999.

—, *Early India: From the Origins to AD 1300*, University of California Press, Berkeley, 2002.

Therborn, Göran, «The Rule of Capital and the Rise of Democracy», *New Left Review*, 103 (1977), pp. 3-41.

Thompson, Augustine, *Francis of Assisi: A New Biography*, Cornell University Press, Ithaca, NY, 2012.

Thompson, Leonard, *A History of South Africa*, 4.ª ed., Yale University Press, New Haven, 2014.

Tilly, Charles (ed.), *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1975.

—, *Coercion, Capital and European States*, Basil Blackwell, Oxford, 1992. Versión castellana de Eva Rodríguez Halffter, *Coerción, capital y los Estados europeos: 990-1990*, Alianza Editorial, Madrid, 1992.

—, *Popular Contention in Great Britain, 1758 to 1834*, Paradigm, Londres, 1995.

Tocqueville, Alexis de, *Democracy in America*, trad. y ed. de Harvey C. Mansfield y Delba Winthrop, University of Chicago Press, Chicago, 2002. Versión castellana de Dolores Sánchez de Aleu, *La democracia en América*, 2 vols., 3.ª ed., Alianza Editorial, Madrid, 2017.

Todd, Malcolm, *The Early Germans*, 2.ª ed., Wiley-Blackwell, Oxford, 2004.

Tognato, Carlos (ed.), *Cultural Agents RELOADED: The Legacy of Antanans Mockus*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2018.

Tooze, Adam, *The Deluge: The Great War, America and the Remaking of the Global Order, 1916-1931*, Penguin, Nueva York, 2015. Versión castellana de Joan Rabasseda y Teófilo Lozoya, *El diluvio: la Gran Guerra y la reconstrucción del orden mundial, 1916-1931*, Crítica, Barcelona, 2016.

Treadgold, Warren, *A History of the Byzantine State and Society*, Stanford University Press, Stanford, CA, 1997.

Treisman, Daniel, *The Return: Russia's Journey from Gorbachev to Medvedev*, The Free Press, Nueva York, 2011.

Turner, Frederick Jackson, *The Frontier in American History*, Holt, Nueva York, 1921. Versión castellana de Rafael Cremades, *La frontera en la historia americana*, Castilla, Madrid, 1961.

Turner, Thomas, *The Congo Wars: Conflict, Myth and Reality*, Zed Books, Londres, 2007.

Uberoi, J. P. Singh, *Politics of the Kula Ring: An Analysis of the Findings of Bronislaw Malinowski*, University of Manchester Press, Manchester, 1962.

Urban, Michael, Vyacheslav Igrunov y Sergei Mitrokhin, *The Rebirth of Politics in Russia*, Cambridge University Press, Nueva York, 1997.

Uribe, Simón, *Frontier Road: Power, History, and the Everyday State in the Colombian Amazon*, Wiley, Nueva York, 2017.

Valenzuela, Arturo, *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1978.

Valenzuela, Arturo, y Alexander Wilde, «Presidential Politics and the Decline of the Chilean Congress», en Joel Smith y Lloyd D. Musolf (eds.), *Legislatures in Development: Dynamics of Change in New and Old States*, Duke University Press, Durham, NC, 1979.

Van Wees, Hans, *Ships and Silver, Taxes and Tribute: A Fiscal History of Archaic Athens*, I. B. Tauris, Nueva York, 2013.

Vassiliev, Alexei, *The History of Saudi Arabia*, Saqi Books, Londres, 2013.

Veluthat, Kesavan, *The Political Structure of Early Medieval South India*, Orient Blackswan, Delhi, 1993.

Von Glahn, Richard, *The Economic History of China: From Antiquity to the Nineteenth Century*, Cambridge University Press, Nueva York, 2016.

Wade, Robert H., *Village Republics: Economic Conditions for Collective Action in South India*, Cambridge University Press, Nueva York, 1988.

Wakeman, Frederic, Jr., *The Great Enterprise: The Manchu Reconstruction of Imperial Order in Seventeenth-Century China*, 2 vols., University of California Press, Berkeley, 1986.

—, «The Civil Society and Public Sphere Debate: Western Reflections on Chinese Political Culture», *Modern China*, 19, 2 (1993), pp. 108-138.

—, «Boundaries of the Public Sphere in Ming and Qing China», *Daedalus*, 127, 3 (1998), pp. 167-189.

Waley, Daniel, *Siena and the Sienese in the Thirteenth Century*, Cambridge University Press, Nueva York, 1991.

Waley, Daniel, y Trevor Dean, *The Italian City-Republics*, 4.ª ed., Routledge, Nueva York, 2013. Versión castellana, *Las ciudadesrepública italianas*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1970.

Wallace-Hadrill, J. M., *Early Germanic Kingship in England and on the Continent*, Oxford University Press, Nueva York, 1971.

—, *The Long-Haired Kings and Other Studies in Frankish History*, University of Toronto Press, Toronto, 1982.

Wang, Hsien-Chun, «Mandarins, Merchants, and the Railway: Institutional Failure and the Wusong Railway, 1874-1877», *International Journal of Asian Studies*, 12, 1 (2015), pp. 31-53.

Watson, Andrew M., *Agricultural Innovation in the Early Islamic World*, Cambridge University Press, Nueva York, 1983. Versión castellana de Ana Vela, *Innovación en la agricultura en los primeros tiempos del mundo islámico*, Editorial Universidad de Granada, Granada, 1997.

Watson, James L., «Chinese Kinship Reconsidered: Anthropological Perspectives on Historical Research», *The China Quarterly*, 92 (1982), pp. 589-622.

Watt, W. Montgomery, *Muhammad at Mecca*, The Clarendon Press, Oxford, 1953.

—, *Muhammad at Medina*, The Clarendon Press, Oxford, 1956.

—, *Muhammad: Prophet and Statesman*, Oxford University Press, Nueva York, 1961. Versión castellana de Laura Subirats, *Mahoma: profeta y hombre de Estado*, Melusina, Barcelona, 2004.

Watts, John, *The Making of Polities: Europe, 1300-1500*, Cambridge University Press, Nueva York, 2009. Versión castellana de Vicente Baydal, *La formación de los sistemas políticos: Europa, 1300-1500*, Publicaciones de la Universidad de Valencia, Valencia, 2016.

Weber, Eugen, *Peasants into Frenchmen*, Stanford University Press, Stanford, CA, 1976.

Weber, Max, *From Max Weber: Essays in Sociology*, Hans H. Gerth y C. Wright Mills (eds.), Oxford University Press, Nueva York, 1946. Versión castellana de Mireia Bofill, *Ensayos de sociología contemporánea*, Martínez Roca, Barcelona, 1972.

—, *Economy and Society: An Outline of Interpretive Sociology*, 2 vols., Guenther Roth y Claus Wittich (eds.), University of California Press, Berkeley, 1978. Versión castellana de Johann Joachim Winckelmann, *Economía y sociedad: esbozo de sociología comprensiva*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2002.

—, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, trad. de Talcott Parsons, Routledge, Nueva York, 2001. Versión castellana de Joaquín Abellán, *La ética protestante y el «espíritu» del capitalismo*, Alianza Editorial, Madrid, 2011.

Weiner, Tim, *Legacy of Ashes: The History of the CIA*, Random House, Nueva York, 2008. Versión castellana de Francisco Ramos, *Legado de cenizas: la historia de la CIA*, Debate, Barcelona, 2008.

—, *Enemies: A History of the FBI*, Random House, Nueva York, 2012. Versión castellana de Francisco Ramos, *Enemigos: una historia del FBI*, Debate, Barcelona, 2012.

Werlich, David P., *Peru: A Short History*, Southern Illinois University Press, Carbondale, 1978.

Wheatley, Jonathan, *Georgia from National Awakening to Rose Revolution: Delayed Transition in the Former Soviet Union*, Routledge, Nueva York, 2005.

Wickham, Christopher, *The Inheritance of Rome*, Penguin, Nueva York, 2009. Versión castellana de Cecilia Belza y Gonzalo García, *El legado de Roma*, Pasado & Presente, Barcelona, 2013.

— *Sleepwalking into a New World: The Emergence of Italian City Communes in the Twelfth Century*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 2015.

—, *Medieval Europe*, Yale University Press, New Haven, 2016. Versión castellana de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, *Europa en la Edad Media*, Crítica, Barcelona, 2017.

—, «Consensus and Assemblies in the Romano-Germanic Kingdoms», *Vorträge und Forschungen*, 82 (2017), pp. 389-426.

Wilks, Ivor, *Asante in the Nineteenth Century: The Structure and Evolution of a Political Order*, Cambridge University Press, Nueva York, 1975.

Williams, Ann, *Kingship and Government in Pre-Conquest England c. 500-1066*, Palgrave, Londres, 1999.

—, *Athelred the Unready: The Ill-Counselled King*, St. Martins Press, Nueva York, 2003.

Williams, Gavin, y Terisa Turner, «Nigeria», en John Dunn, ed., *West Africa States: Failure and Promise*, Cambridge University Press, Nueva York, 1978.

Williams, Robert G., *States and Social Evolution: Coffee and the Rise of National Governments in Central America*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1994.

Winkler, H. A., *Germany: The Long Road West 1789-1933*, vol. 1, Oxford University Press, Nueva York, 2006.

Wiser, William H., *The Hindu Jajmani System*, Munshiram Manoharlal, Delhi, 1936.

Wiser, William H., y Charlotte Wiser, *Behind Mud Walls: Seventy-Five Years in a North Indian Village*, University of California Press, Berkeley, 2000.

Witsoe, Jeffrey, *Democracy against Development*, University of Chicago Press, Chicago, 2013.

Wittfogel, Karl, *Oriental Despotism: A Comparative Study of Total Power*, Yale University Press, New Haven, 1957. Versión castellana de Francisco José Presedo, *Despotismo oriental: estudio comparativo del poder totalitario*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1966.

Wolfram, Herwig, *The Roman Empire and Its Germanic Peoples*, University of California Press, Berkeley, 2005.

Wollstonecraft, Mary, *A Vindication of the Rights of Woman and A Vindication of the Rights of Men*, Oxford University Press, Nueva York, 2009.

Wong, R. Bin, *China Transformed: Historical Change and the Limits of European Experience*, Cornell University Press, Ithaca, NY, 1997.

Wood, Ian, «Administration, Law and Culture in Merovingian Gual», en Rosamond McKitterick (ed.), *The Uses of Literacy in Early Mediaeval Europe*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.

—, *The Merovingian Kingdoms, 450-751*, Pearson Education, Harlow, RU, 1994.

Woodward, C. Vann, *The Strange Career of Jim Crow*, Oxford University Press, Nueva York, 1955.

Woodward, Ralph L., «Economic and Social Origins of Guatemalan Political Parties, 1773-1823», *Hispanic American Historical Review*, 45, 4 (1965), pp. 544-566.

—, «The Aftermath of Independence, 1821-1870», en Leslie Bethell (ed.), *Central America Since Independence*, pp. 1-36, Cambridge University Press, Nueva York, 1991.

—, *Rafael Carrera and the Emergence of the Republic of Guatemala, 1821-1871*, University of Georgia Press, Athens, 2008. Versión castellana de Jorge Skinner-Klée, *Rafael Carrera y la creación de la República de Guatemala, 1821-1871*, 2.ª ed., F & G Editores, Guatemala, 2011.

Wortman, Miles L., *Government and Society in Central America, 1680-1840*, Columbia University Press, Nueva York, 1982. Versión castellana, *Gobierno y sociedad en Centroamérica, 1680-1840*, 2.ª ed., F & G Editores, Guatemala, 2012.

Wright, Gavin, *Old South, New South: Revolutions in the Southern Economy since the Civil War*, Basic Books, Nueva York, 1986.

Wright, John, y Carolyn Hamilton, «Traditions and Transformations: The Phongolo-Mzimkhulu Region in the Late Eighteenth and Early Nineteenth Centuries», en Andrew Duminy y Bill Guest (eds.), *Natal and Zululand. From Earliest Times to 1910: A New History*, University of Natal Press, Durban, 1989.

Wright, Mary C., *The Last Stand of Chinese Conservatism*, Stanford University Press, Stanford, CA, 1957.

Xiao, Jianhua, «Review on the Inefficiency and Disorganization of Judicial Power: Consideration on the Development of Civil Proceedings», *Frontiers of Law in China,* 2, 4 (2007), pp. 538-562.

Xun Zi, *Xunzi: The Complete Text*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 2016.

Yashar, Deborah J., *Demanding Democracy: Reform and Reaction in Costa Rica and Guatemala, 1870s-1950s*, Stanford University Press, Stanford, CA, 1997.

Zelin, Madeleine, *The Magistrate's Tael: Rationalizing Fiscal Reform in Eighteen Century Ch'ing China*, University of California Press, Berkeley, 1984.

—, *The Merchants of Zigong: Industrial Entrepreneurship in Early Modern China*, Columbia University Press, Nueva York, 2005.

Zürcher, Erik Jan, *The Unionist Factor. The Role of the Community of Union and Progress in the Turkish National Movement, 1905-1926*, Brill, Leiden, 1984.

—, *Modern Turkey: A History*, I. B. Tauris, Londres, 2004.

Fuentes de los mapas

Fuentes generales

La localización de la ciudades de Geonames, <https://www.geonames.org/>.

Las divisiones administrativas recientes de GADM (Database of Global Administrative Areas), <https://gadm.org/data.htm>.

Los ríos de Natural Earth, <http://www.naturalearthdata.com/downloads/10m-physical-vectors/10m-rivers-lake-centerlines>.

Mapa 1: el reino asante de Wilks (1975). Yorubalandia y Tivlandia de Murdock (1959).

Mapa 2: los *demos* atenienses de Osborne (2009). Las fronteras de las tritías de Christopoulos (1970).

Mapa 3: Oficina Topográfica de las Tropas Francesas de Levante (1935) y Agencia Central de Inteligencia (2017).

Mapa 4: los montes Sarawat de la misión topográfica Radar Shuttle/ Consorcio para la Información Espacial (CGIAR-CSI), <http://cgiar.org>.

Mapa 5: Tongalandia y Zululandia de Murdock (1959). Las provincias de Sudáfrica en 1910 de Beinart (2001).

Mapa 6: la costa de Puna de la Evergreen Data Library, <https://evergreen.data.socrata.com/Maps-Statistics/Coastlines-split-4326/rcht-xhew>.

Mapa 7: GADM, <gadm.org/data.html>.

Mapa 8: Shepard (1911).

Mapa 9: Falkus y Gillingham (1987).

Mapa 10: Feng (2013).

Mapa 11: Ho (1954).

Mapa 12: Imperio maurya de Keay (2000). Edictos de Ashoka inscritos en pilares y rocas de Geonames, <https://www.geonames.org/>.

Mapa 13: Sacro Imperio romano de Shepard (1911). Brandeburgo y Prusia de EarthWorks, Stanford Libraries, <https://earthworks.stanford.edu/catalog/harvard-ghgis1834core>.

Mapa 14: el trampolín de la muerte de Humanitarian OpenStreetMap Team, <https://www.hotosm.org>. Magdalena Medio y valle de Sibundoy del Instituto Geográfico Agustín Codazzi, <https://www.igac.gov.co>.

Mapa 15: Clower, Dalton, Harwitz y Walters (1966).

Créditos del encarte de fotos

Esta página constituye una extensión de la página de los derechos de autor.

Por orden de aparición:

AGIP - Rue des Archives/Granger, NYC—All Rights Reserved.

Colección Holmes, Rare Book and Special División, Biblioteca del Congreso.

Album/Art Resource, NY; *debajo*: Paul Bohannan, del libro *The Tiv: An African People 1949–1953* por Paul Bohannan y Gary Seaman (Ethnographics Press, 2000).

AP Photo/Hassan Ammar; *debajo*: Galerías Dixson, Biblioteca Estatal de Nueva Gales del Sur/Bridgeman Images.

Palazzo Pubblico, Siena, Italia/De Agostini Picture Library/A. De Gregorio/Bridgeman Images; *debajo*: Palazzo Pubblico, Siena, Italia/De Agostini Picture Library/G. Dagli Orti/ Bridgeman Images.

Foto cortesía de Linda Nicholas; *debajo*: Historic Images/Alamy Stock Photo.

Detalle Tapiz de Bayeux — Siglo XI, con permiso especial de la ciudad de Bayeux; *debajo*: Bettmann/Getty Images.

David Bliss Photography; *debajo*: *Xunzi jian shi* 荀子柬釋 [*Xunzi*, con notas seleccionadas], editado por Qixiong Liang 梁啓雄 (Shanghai: The Commercial Press 商務印書館, 1936), página 100.

Ed Jones/AFP/Getty Images; *debajo*: RAJAT GUPTA/EPA EFE/Shutterstock.

Cortesía de Mapping Inequality.

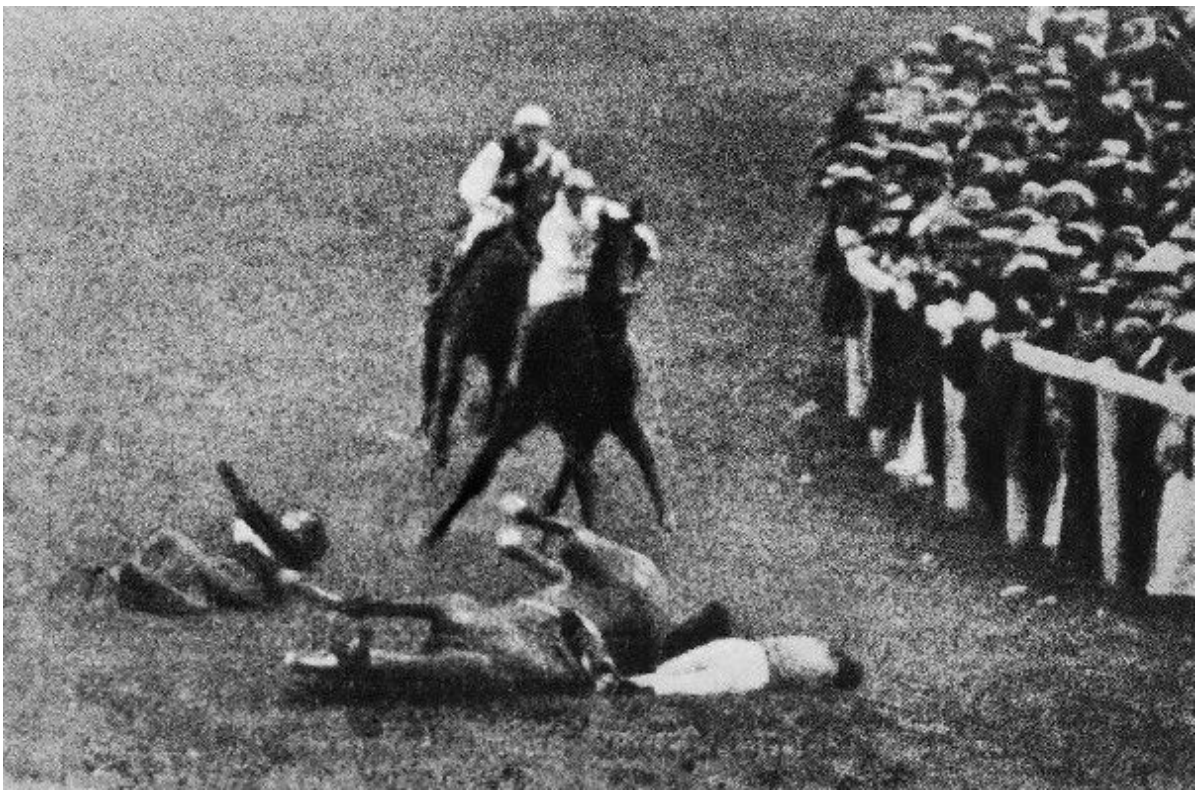
© Imágenes de James Rodriguez/Panos.

Schalkwijk/Art Resource, NY; *debajo*: CPA Media—Imágenes de History/GRANGER — Todos los derechos reservados.

AP Photo/Ali Haider; *debajo*: robertharding/Imagen de Alamy.

David Rogers/Getty Images Sport Classic/Getty Images; *debajo*: Akintunde Akinleye/REUTERS.

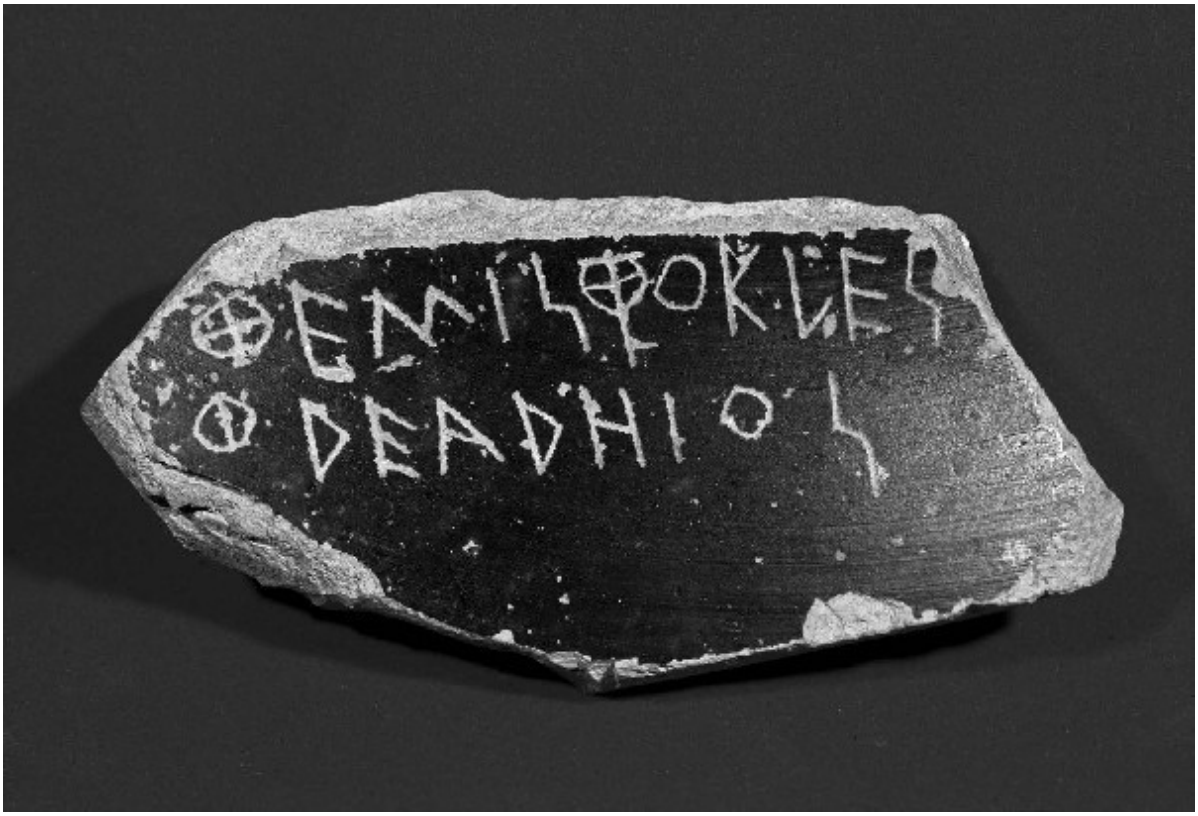
Todos los derechos reservados. Copyright CASA EDITORIAL EL TIEMPO S.A.; *debajo*: Foto de las Naciones Unidas/Cia Pak.



La movilización social: la muerte de la *suffragette* Emily Davison.


Non est potestas Super Terram quæ ... Comparetur ei Iob. 41. 24.
LEVIATHAN
Or
THE MATTER, FORME, and POWER of A COMMON-WEALTH ECCLESIASTICALL and CIVIL.
By THOMAS HOBBES of MALMESBURY.
London
Printed for Andrew Crooke
1651

El *Leviatán* de Hobbes.



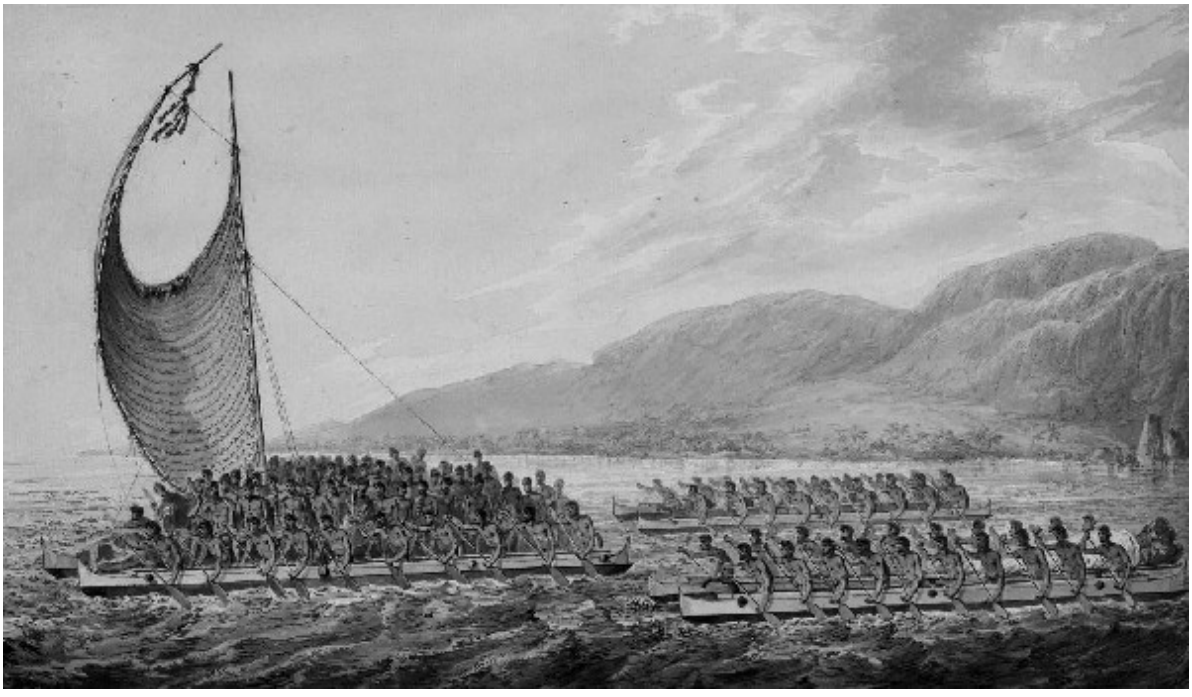
Cuando las normas controlan a la jerarquía: el ostracismo de Temístocles.



Cuando las normas se enfrentan a la jerarquía: un adivino tiv.



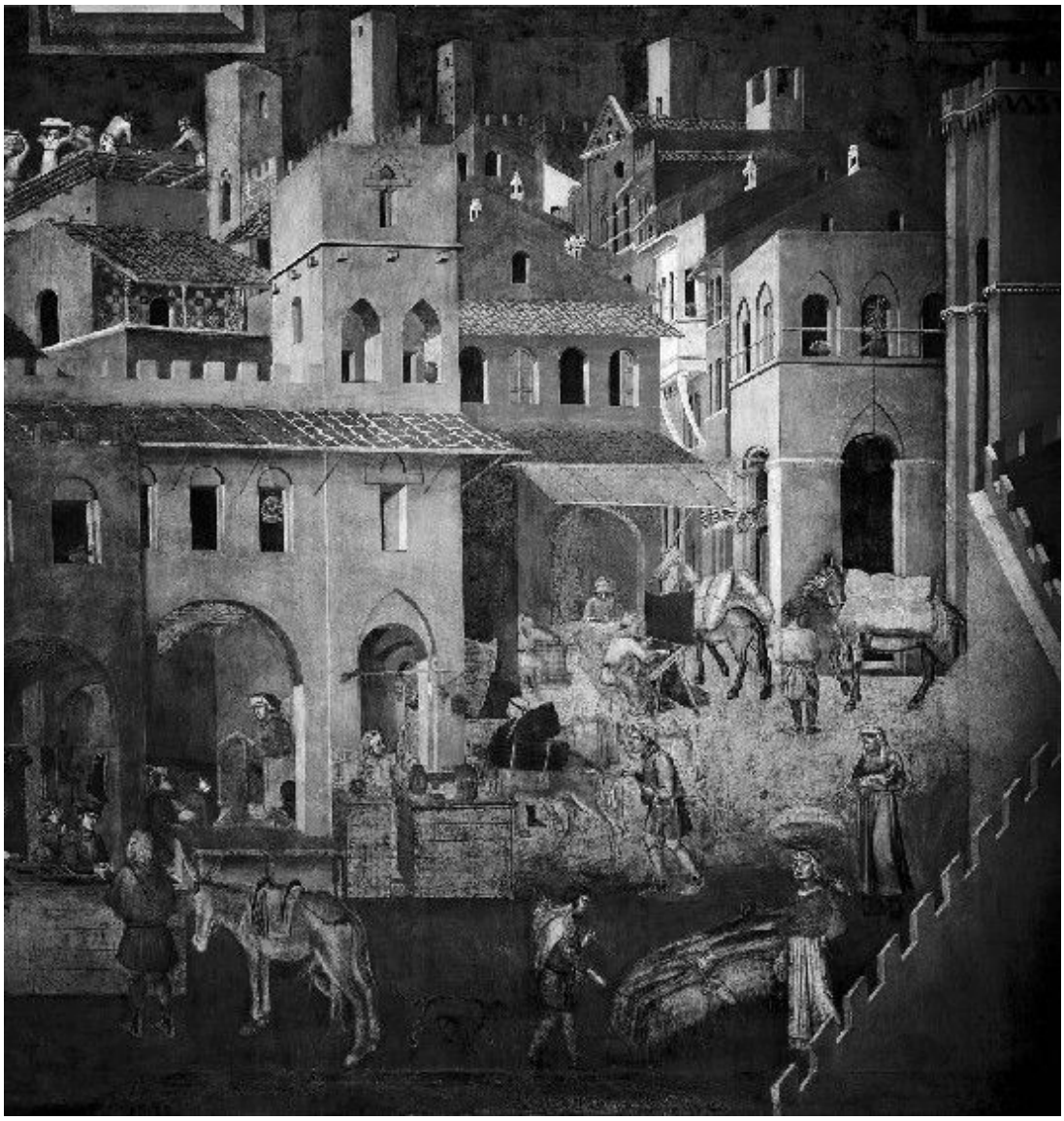
El Leviatán ausente: la basura se amontona en Líbano.



La voluntad de poder da lugar a la creación de una armada en Hawái.



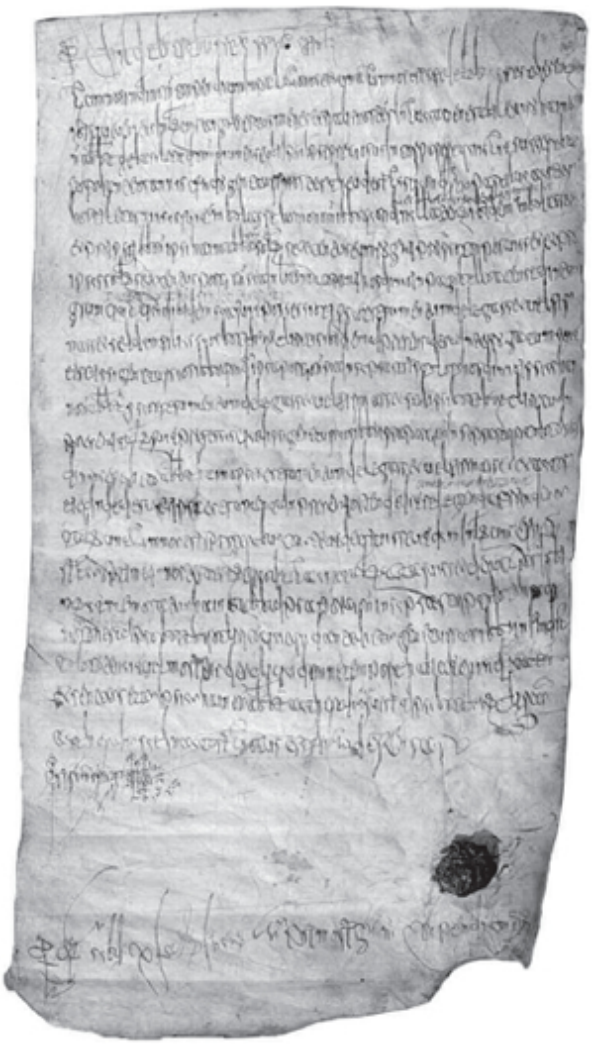
El Leviatán encadenado: la *Alegoría del buen gobierno*.



Las consecuencias del Leviatán encadenado: *Los efectos del buen gobierno*.



Otra consecuencia del Leviatán encadenado: la invención de las tortillas.



La ley del Leviatán encadenado que surge desde abajo: la Ley Sálica.



El tapiz de Bayeux.



Rompiendo la jaula de normas.



La experimentación fallida: el *celatone* de Galileo para calcular la longitud.



荀子彙釋　王制　一〇一

楊曰：此皆名無差等，則不可相制也。有天有地而上下有差，明王始立而處國有制。楊曰：制亦謂差等也。久保愛曰：處、處置也。夫兩貴之不能相事，兩賤之不能相使，是天數也。執位齊而欲惡同，物不能瀦則必爭。楊曰：瀦讀爲「贍」，飬無等級，則皆不知紀極，故物不能足也。啓雄案：瀦文局本瀦作「贍」。爭則必亂，亂則窮矣。楊曰：窮、物窮竭也。先王惡其亂也，故制禮義以分之，使有貧富貴賤之等，足以相兼臨者，是養天下之本也。書曰：「維齊非齊。」楊曰：呂刑。言維齊一者乃在不齊。以論有差等然後可以爲治也。此之謂也。

馬駭輿，則君子不安輿；庶人駭政，則君子不安位。楊曰：駭政、不安上之政也。馬駭輿，則莫若靜之；庶人駭政，則莫若惠之。楊曰：惠、恩惠也。選賢良，舉篤敬，興孝弟，收孤寡，補貧窮；如是，則庶人安政矣。庶人安政，然後君子安位。傳曰：「君者，舟也；庶人者，水也。水則載舟，水則覆舟。」啓雄案：則、能也。左哀十一年傳載孔子語，「烏則擇木，木豈能擇烏。」史記孔子世家作「烏能擇木，木豈能擇烏。」是其證。」此之謂也。

故君人者，欲安，則莫若平政愛民矣；欲榮，則莫若隆禮敬士矣；欲立功名，

Cuando el pueblo chino tenía autoridad: el *Xunzi*.



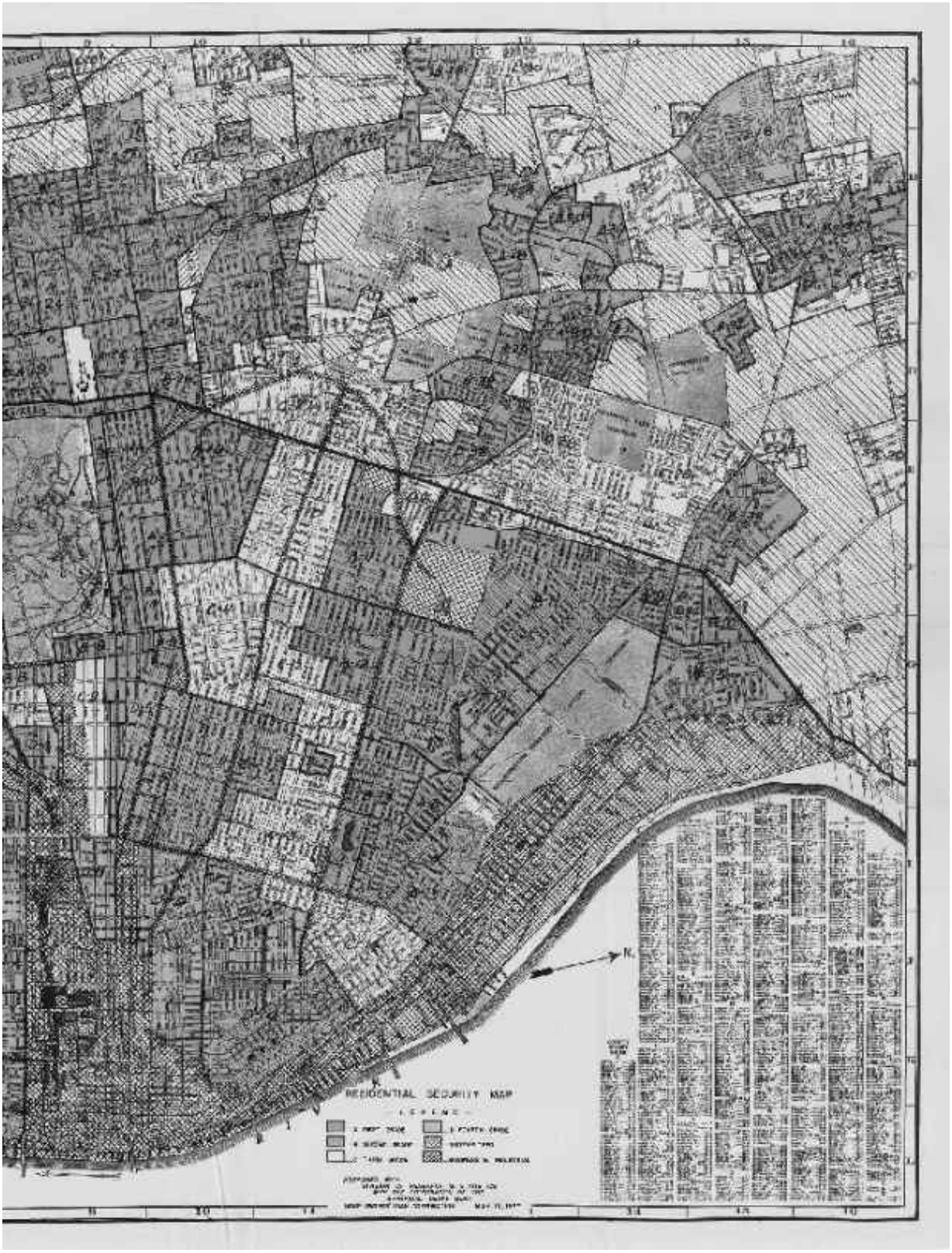
El Leviatán despótico observa: la plaza de Tiananmen.

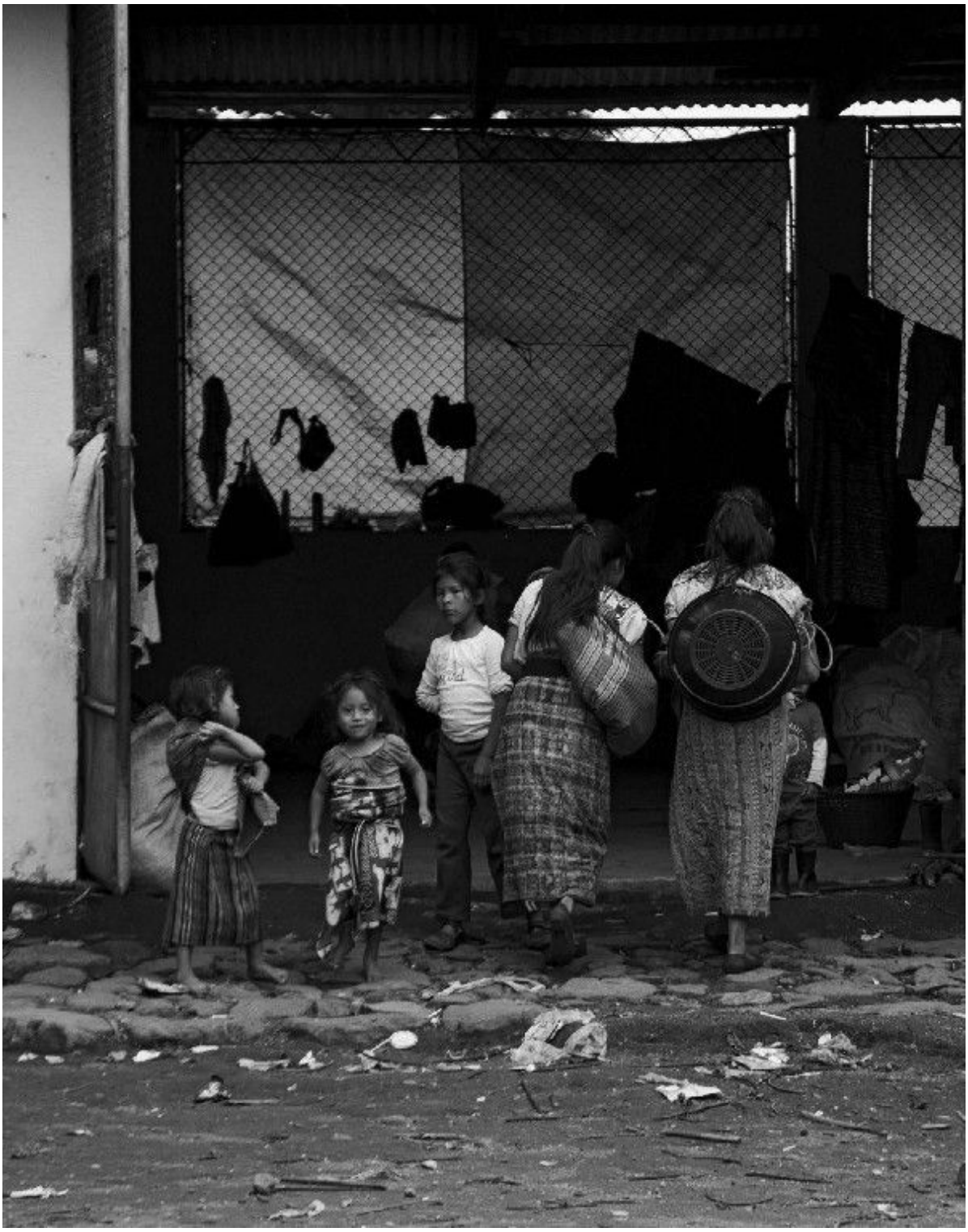


Atrapado en la jaula de normas: recogida manual de los dalit.



Redlining en San Luis.





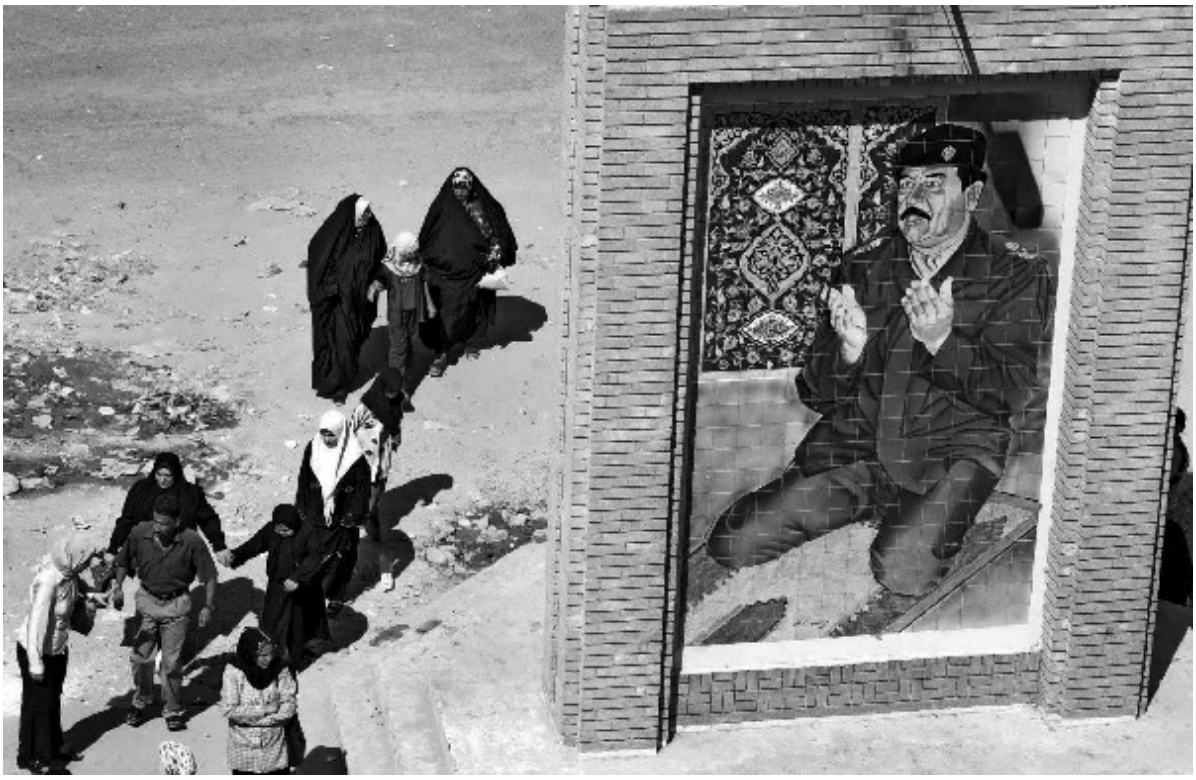
La economía del Leviatán despótico: trabajadores del café en Guatemala.



El sistema de castas en Latinoamérica.



Los ikhwan en el Nechd.



Sadam Husein descubre la religión.



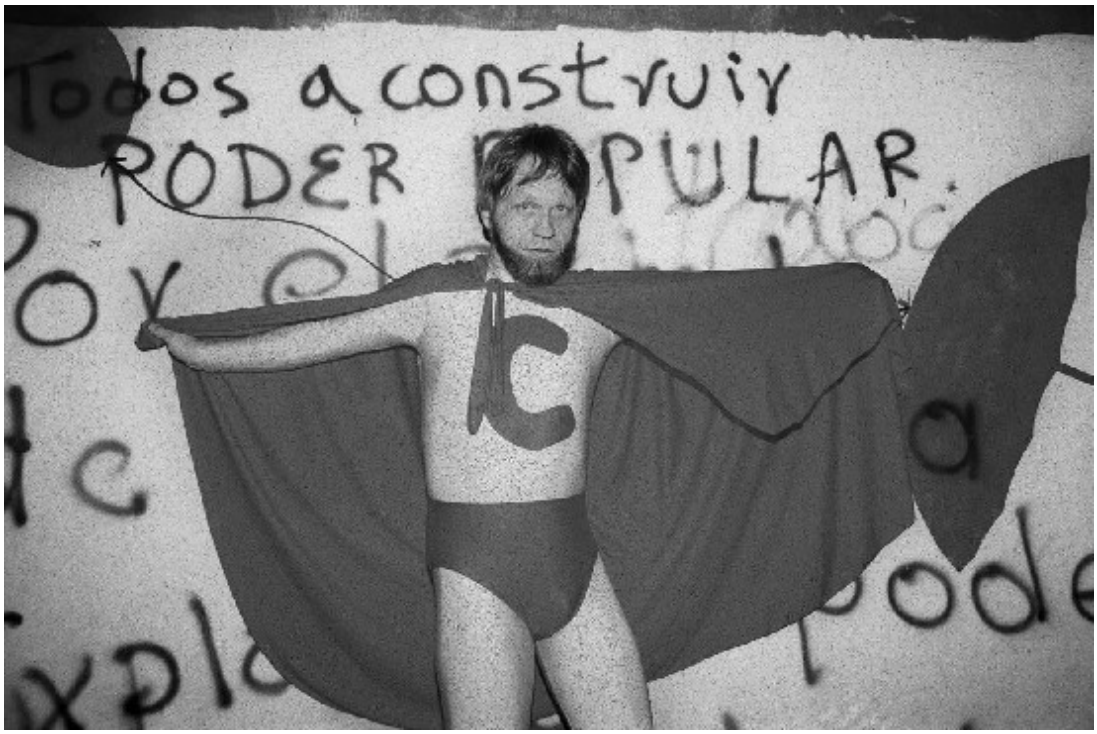
La Reina Roja de suma cero: las torres de Bolonia.



Entrando en el pasillo a la manera sudafricana: Mandela entrega la Copa del Mundo de Rugby a Pienaar, el capitán del Springbok.



Entrar en el pasillo a la manera de Lagos: ¡Pague sus impuestos!



Entrar en el pasillo a la manera de Bogotá: Mockus el superciudadano.



El sistema estatal internacional: Robert Mugabe, «embajador de buena voluntad» de la OMS.

Notas

1. La citas de John Locke pueden encontrarse en Locke (2003, pp. 101-102 y 124).

2. Los testimonios procedentes de Siria son todos de Pearlman (2017, pp. 175, 178 y 213).

3. Los pasajes de Gilgamesh están tomados de Mitchell (2004, pp. 69-70 y 72-74).

4. Sobre estos premios a la igualdad de género de 2018 de Emiratos Árabes Unidos, véase: <https://www.theguardian.com/sport/2019/jan/28/uae-mocked-forgender-equality-awards-won-entirely-by-men>.

5. Véase Holton (2003) para el movimiento del sufragio femenino en el Reino Unido y el empoderamiento de las mujeres y los hechos que utilizamos.

6. Los argumentos contrapuestos que se exponen a continuación y que sostienen Francis Fukuyama, Robert Kaplan y Yuval Noah Hariri se presentan en Fukuyama (1989), Kaplan (1994) y Hariri (2018). Las citas son de Fukuyama (1989, p. 3) y de Kaplan (1994, p. 46).

7. El texto de la Constitución de la República Democrática del Congo de 2015 puede encontrarse en: <http://www.parliament.am/library/sahmanadrutyunner/kongo.pdf>.

8. Para un útil resumen de los grupos rebeldes del este de la República Democrática del Congo, veáse: <http://www.bbc.com/news/world-africa-20586792>.

9. Sobre el Congo como la capital mundial de las violaciones, véase: <http://news.bbc.co.uk/2/hi/africa/8650112.stm>.

10. La descripción que Kaplan hace de Lagos es de Kaplan (1994, p. 52).

11. Las citas de Wole Soyinka son de Soyinka (2006, pp. 348, 351-354 y 356-357).

12. Esta descripción de los cuerpos bajo el puente son de Cunliffe-Jones (2010, p. 23).

13. Para este relato de Lagos desapareciendo bajo una montaña de desperdicios, véase: <http://news.bbc.co.uk/2/hi/africa/281895.stm>.

14. Las citas de Philip Pettit proceden de Pettit (1999, pp. 4-5), y véase también el desarrollo de sus ideas en Pettit (2014).

15. El artículo fundamental sobre la violencia en las sociedades cazadoras-recolectoras es de Ember (1978).

16. Las referencias a Keeley y Pinker son de sus trabajos Keeley (1996) y Pinker (2011); véanse, en concreto, los datos en la figura 2-3 de Pinker (p. 53).

17. Sobre las tasas de homicidios de los gebusi, véase Knauft (1987).

18. Todas las citas de Hobbes proceden directamente de Hobbes (1996, capítulos 13, 17 y 19).

19. Ibídem, p. 89.

20. Ibídem, p. 87.

21. Ibídem, p. 120.

22. Ibídem, p. 120.

23. Las citas sobre Eichmann son de Arendt (1976, pp. 44-45).

24. Las citas de Heidegger son de Pattison (2000, pp. 33-34).

25. Las historias sobre el Gran Salto Adelante proceden de Jisheng (2012, pp. 45, 18, 21, 24-25).

26. Para la historia de Luo Hongshan, véase Chinese Human Rights Defenders (2009); la cita es de la página 5.

27. Freedom House (2015) denuncia las «cárceles negras» y el «sistema de correccionales comunitarios».

28. Las «cuatro limpiezas» se abordan en: <http://chinamediaproject.org/2013/10/17/xi-jinping-playing-with-fire/>.

29. Las citas de Cruickshank son de Cruickshank (1853, p. 31).

30. Las citas de Bonnat proceden de Wilks (1975, p. 667).

31. El trabajo de Miers y Kopytoff (1977) supone una importante recopilación sobre la naturaleza de la «libertad» en el África precolonial.

32. Las citas de Rattray proceden de Rattray (1929, p. 33).

33. Las historias de Goi y, un poco más adelante, de Bwanikwa son de Campbell (1933, capítulos 18 y 19).

34. Las citas de Spilsbury proceden de Howard (2003, p. 272).

35. Ginsburg (2011) aporta una introducción y análisis del *pashtunwali* desde el punto de vista legal. Nuestra cita más adelante está tomada del *pashtunwali* traducido en <http://khyber.org/>.

36. Los hechos sobre la historia temprana de Wyoming son de Larson (1990); las citas más adelante proceden de las páginas 42-47, 233, 275.

37. Johnson (2008) ofrece un buen enfoque sobre la guerra del condado de Johnson.

38. Hay muchos tratamientos excelentes sobre la historia griega clásica y el desarrollo de las instituciones atenienses que son relevantes para este capítulo. Nos basamos principalmente en Ober (2015a), Morris (2010), Hall (2013), Osborne (2009), Powell (2016) y Rhodes (2011).

39. Sobre las instituciones políticas, véanse en particular los ensayos en Brock y Hodkinson (2001) y Robinson (2011).

40. Véase Finley (1954) para una caracterización de la sociedad de la Edad Oscura griega.

41. «Teseo» y «Solón», de Plutarco (1914), son la fuente para las vidas de Teseo y Solón (más adelante), y nuestras citas provienen de los capítulos pertinentes.

42. Las Constituciones de Atenas se enumeran y analizan en Aristóteles (1996) y su libro es una fuente imprescindible para todo el capítulo, por ejemplo, en lo referente a la naturaleza del Estado creado por Clístenes. Todas las citas de Aristóteles proceden de él.

43. Sobre lo que queda de las leyes de Dracón, véase Leão y Rhodes (2016); la ley de Dracón sobre el homicidio citada aquí se reproduce en la página 20.

44. Gjeçov (1989) recopiló el *Kanun*. Las citas se encuentran en las páginas 162 y 172 del libro.

45. El análisis de Hall (2013) sobre la naturaleza burocratizadora de las reformas de Solón es excelente. Algunos ensayos importantes sobre el desarrollo político de Atenas son Morris (1996) y Ober (2005). Forsdyke (2005, 2012) analiza las normas griegas y su institucionalización.

46. Para las reformas agrarias de Solón, véase Osborne (2009).

47. Sobre cómo se hacían cumplir las leyes en Atenas, véanse Lanni (2016) y Gottesman (2014).

48. La carrera de Alicia contra la Reina Roja es de Carroll (1871, pp. 28-30).

49. Sobre las instituciones fiscales desarrolladas por Clístenes, véanse Ober (2015b), Van Wees (2013) y Fawcett (2016).

50. La Carta de Derechos de Estados Unidos se puede consultar en línea en: <https://www.archives.gov/founding-docs/bill-of-rights/what-does-it-say>. Por su parte, todos os artículos federalistas están disponibles en internet en: <https://www.congress.gov/resources/display/content/The+Federalist+Papers>.

51. La cita es del federalista n.º 51. Nuestro análisis de la Constitución se basa en Holton (2008), Breen (2011) y Maier (2011).

52. Esta cita se encuentra en Holton (2008, p. 207).

53. La cita es de Jefferson (1904, pp. 360-362).

54. Las citas de Tocqueville son de Tocqueville (2002, vol. 1, parte 2, capítulo 4 y vol. 2, parte 2, capítulo 5).

55. Sobre la guerra de Secesión de Estados Unidos, véase McPherson (2003). Sobre el desarrollo de la economía y la política en el sur de Estados Unidos después de la guerra de Secesión, véanse Woodward (1955) y Wright (1986).

56. El estudio etnográfico clásico sobre los tiv es de Bohannan y Bohannan (1953). Véase Curtin (1995) sobre la incidencia de las sociedades sin Estado en África occidental en el momento de la conquista colonial europea y Osafo-Kwaako y Robinson (2013) para algunas correlaciones básicas.

57. Véase Lugard (1922) para la exposición más famosa de su filosofía del gobierno indirecto, y véase Perham (1960) para una biografía completa.

58. La cita de Lugard es de Afigbo (1967, p. 694) y Afigbo (1972) es el estudio fundamental sobre los jefes reconocidos.

59. Las citas de Bohannan son de Bohannan (1958, pp. 3, 11).

60. Akiga (1939, p. 264).

61. El concepto de ilegibilidad es de Scott (2010). Cammett (2014) es un buen resumen del comunalismo en el Líbano.

62. Sobre las afiliaciones comunales de los equipos de fútbol de Beirut, véase Reiche (2011).

63. Sobre la frecuencia de los encuentros parlamentarios, véase <https://news.yahoo.com/lebanons-political-system-sinks-nation-debt-070626499--finance.html>, que también cita a Ghassan Moukheiber.

64. Para los premios a blogs sobre el Parlamento libanés, véase <https://www.beirut.com/l/49413>.

65. El mensaje de Facebook del movimiento YouStink puede encontrarse en<https://www.facebook.com/tol3etre7etkom/posts/1631214497140665?fref=nf&pnref=story>. Sobre el movimiento YouStink, véase <https://foreignpolicy.com/2015/08/25/theressomething-rotten-in-lebanon-trash-you-stink/>.

66. Sobre la Ruta 66 y las ciudades del atardecer, véase Cadancy Taylor (2016), «The Roots of Route 66»: <https://www.theatlantic.com/politics/archive/2016/11/the-roots-of-route-66/506255/>.

67. La historia de Zhao Hua es de Dan Levin (2012), «A Chinese Education, for a Price»: <https://www.nytimes.com/2012/11/22/world/asia/in-china-schools-a-cultureof-bribery-spreads.html>. Pei (2016) contiene información detallada sobre la venta de cargos.

68. Sobre la incertidumbre y posible exageración del crecimiento del PIB chino, véanse: <https://www.cnbc.com/2016/01/19/what-is-chinas-actual-gdp-expertsweigh-in.html> y <https://www.stlouisfed.org/publications/regional-economist/second-quarter-2017/chinas-economic-data-an-accurate-reflection-or-just-smokeand-mirrors>. Para una encuesta de economistas de empresas sobre la precisión de las estadísticas del PIB de China, véase: <https://www.wsj.com/articles/wsj-surveychinas-growth-statements-make-u-s-economists-skeptical-1441980001>. Sobre la declaración de Li Keqiang acerca de la falta de fiabilidad de las estadísticas del PIB chino, véase: <https://www.reuters.com/article/us-china-economy-wikileaks/chinasgdp-is-man-made-unreliabletop-leader-idUSTRE6B527D20101206>.

69. Hay una extensa literatura académica sobre la vida de Mahoma y el islam. El modo en que enfocamos su vida se basa en Watt (1953, 1956), que se publicaron en una versión resumida conjunta en Watt (1961). Hay muchos y muy buenos planteamientos de este período de la historia, por ejemplo, Hourani (2010), Lapidus (2014) y Kennedy (2015). La cita de la Constitución de Medina es de Watt (1961, p. 94).

70. Sobre la noción de «ventaja», véase Flannery (1999). Para un desarrollo de la idea, véase Flannery y Marcus (2014).

71. Nuestra descripción de la batalla de Isandlwana proviene de Smith-Dorrien (1925, capítulo 1, «La guerra zulú»). Sobre el auge del Estado zulú, véanse Eldredge (2014), Wright y Hamilton (1989) y Morris (1998). La citas son de Eldredge (2014, pp. 7, 77). Gluckman (1940, 1960) constituye un análisis fundamental del Estado zulú.

72. La cita de Henry Flynn procede de Flynn (1986, p. 71).

73. Ritter (1985) reproduce en el capítulo 10 la escena de Shaka con los chamanes.

74. El estudio de la formación del Estado en las islas hawaianas comienza con el trabajo fundamental de Kirch (2010, 2012), que ha influido en nuestra exposición. Kamakau (1992) es esencial, y véase en particular su discusión sobre la abolición de Liholiho del tabú relacionado con la comida.

75. La cita de David Malo procede de su libro (1987, pp. 60-61).

76. La ruptura de tabúes se aborda en Kamakau (1992).

77. La cita procede de Kuykendall (1965, p. 8).

78. La cita proviene de Kirch (2010, p. 38).

79. La cita proviene de Kirch (2010, pp. 40-41).

80. Kuykendall (1965, p. 68) es la fuente de la descripción contemporánea de Liholiho rompiendo el tabú.

81. Sobre la historia de Georgia y la economía política, véase Wheatley (2005) y Christopher (2004).

82. Nuestra visión del ascenso de Shevardnadze se basa en Driscoll (2015).

83. Las citas de Colson son de Colson (1974, capítulo 3).

84. Sobre el sistema del clan plateau tonga, véase Colson (1962).

85. Turner (2007) ofrece una visión general del conflicto en el Congo, y la descripción del ataque a Nyabiondo proviene de las páginas 135-138 de su libro.

86. Sobre la mendicidad y la pobreza en la sociedad tonga, véase Colson (1967). Nuestras citas provienen de las páginas 53-56.

87. Bohannan y Bohannan (1968) es el enfoque fundamental sobre cómo los tiv organizaron su economía; las citas proceden del capítulo 16.

88. La historia de Akiga procede de Akiga (1939).

89. Las fuentes citadas en el capítulo anterior proporcionan una buena visión general de la historia política tras el surgimiento del Estado islámico.

90. Todas las citas de Jaldún son de Ibn Jaldún (2015).

91. Sobre el comercio en los imperios islámicos, véanse Shatzmiller (2009) y Michalopoulos, Naghavi y Prarolo (2018). Sobre la economía de Oriente Próximo, véanse Rodinson (2007), Kuran (2012), Blaydes y Chaney (2013), Pamuk (2014), Ozmucur y Pamuk (2002) y Pamuk (2006). Pamuk (2006) presenta datos históricos sobre los salarios reales que ilustran que ya a finales del período medieval las condiciones reales de vida eran significativamente peores en Oriente Próximo que en Europa occidental.

92. Los datos proporcionados por Al-Muqaddasi provienen de Al-Muqaddasi (1994).

93. Sobre la innovación en la agricultura, véase Watson (1983).

94. El análisis que hacemos sobre el crecimiento despótico en Hawái utiliza las mismas fuentes que en el capítulo anterior, en especial el trabajo de Patrick Kirch (2010), que también utiliza la metáfora del «tiburón en tierra firme». Sobre la construcción del Estado de Kamehameha, véase también Kamakau (1992).

95. La cláusula constitucional de 1978 que se refiere al remo astillado está disponible en: <http://lrbhawaii.org/con/conart9.html>.

96. Véase Kirch y Sahlins (1992) sobre el comercio de sándalo y el visitante contemporáneo.

97. La cita procede de Kirch (2010, p. 41).

98. La cita procede de Kirch y Sahlins (1992, capítulo 3).

99. Ibídem (capítulo 4).

100. Esta historia anónima se recoge en Eldredge (2014, p. 233).

101. La cita proviene de Gluckman (1960), que también se menciona en el capítulo anterior.

102. Sobre historia de Georgia y la economía política, véase de nuevo Wheatley (2005) y Christopher (2004).

103. Hay una extensa literatura académica sobre los frescos de Siena y su significado político, y sobre las comunas italianas en general. Rubinstein (1958) y Skinner (1986, 1999) constituyen un análisis fundamental de los frescos. Wickham (2015) ofrece una introducción lúcida y reciente de las comunas y sus orígenes. Nuestra explicación de los nombres políticos milaneses está tomada de su libro. Waley y Dean (2013) constituye una introducción muy útil a las comunas italianas, al igual que la de Jones (1997), que es más exigente. Bowsky (1981) y Waley (1991) ofrecen un análisis detallado de las instituciones sienesas.

104. La cita proviene de Geary (2015, p. 537).

105. El juramento de los Nueve es de Waley (1991, capítulo 3).

106. Las citas de Benjamín de Tudela provienen de Waley y Dean (2013, p. 11).

107. La explicación de los nombres milaneses procede de Wickham (2015, capítulo 2).

108. Para la vida de san Francisco de Asís, véase Thompson (2012).

109. Sobre las ferias de Champaña, véase Edwards y Ogilvie (2012).

110. Sobre la revolución comercial medieval, véanse López (1976) y Epstein (2009). Mokyr (1990) y Gies y Gies (1994) constituyen una excelente visión de conjunto sobre el desarrollo de la tecnología medieval.

111. Mueller (1997) contiene una explicación detallada de la naturaleza de las letras de cambio.

112. Véase Acemoglu, Johnson y Robinson (2002) para una defensa y utilización de los datos de urbanización históricos como indicadores del desarrollo económico. Los datos sobre urbanización provienen de Bosker, Buringh y van Zanden (2013), y para la producción de libros y la alfabetización, véase Buringh y van Zanden (2009). Véase Goldthwaite (2009) para los datos sobre Florencia, y Fratianni y Spinelli (2006) y Pezzlo (2014) para las tendencias económicas y financieras más generales.

113. Los datos sobre la población de las treinta ciudades más grandes son de DeLong y Shleifer (1993).

114. La vida de Francesco di Marco Datini se recoge en Origo (1957), de donde provienen las citas acerca de cómo Datini se hizo rico en las islas Canarias (pp. 3-4).

115. El interés de la vida de san Goderico como una historia representativa de los orígenes sociales de los comerciantes se destaca en Pirenne (1952); aquí citamos la biografía de Goderico escrita por su contemporáneo Reginald de Durham (1918).

116. Nuestra interpretación del Estado zapoteca se basa en buena medida en la investigación de Richard Blanton, Gary Feinman y Linda Nicholas, véanse en particular Blanton, Feinman, Kowalewski y Nicholas (1999) y Blanton, Kowalewski, Feinman y Finsten (1993). Blanton y Fargher (2008) amplían los argumentos sobre la construcción de abajo arriba de muchas formas de gobierno premodernas.

117. La historia de las tortillas que se explica a continuación es de Flannery y Marcus (1996), quienes presentan un relato de la formación del Estado zapoteca ligeramente diferente y menos consensuado.

118. Nuestra visión de la historia de Europa está influida por Crone (2003) y por el brillante libro de Hirst (2009), que pone de relieve la confluencia única de diferentes factores durante la Alta Edad Media. También nos basamos en gran medida en el análisis de Wickham (2016) sobre el papel de la política asamblearia. Véanse también Reuter (2001), Barnwell y Mostert (2003), Pantos y Semple (2004), y sobre todo Wickham (2009, 2017). Sobre la «revolución comunal», véanse Kümin (2013) para una visión general y también los influyentes escritos de Blickle (1989, 1998).

119. Gregorio de Tours (1974) es la fuente básica sobre los primeros francos, y de ella se extrae la descripción de la coronación de Clodoveo y la escena de la amenaza del corte de pelo (pp. 123, 140, 154, 180-181).

120. Los escritos pertinentes de Hincmaro de Reims se reproducen en Hincmaro de Reims (1980). Esta cita en la que se describe una asamblea proviene de las pp. 222 y 226.

121. Murray (1983) y Todd (2004) abordan lo que sabemos de la organización de la sociedad alemana primitiva.

122. Esta descripción de Tácito de las asambleas germanas es de Tácito (1970, pp- 107-112).

123. Para una visión general de la historia merovingia, véase Wood (1994).

124. Eich (2015) ofrece una visión general del desarrollo de la burocracia romana. Véase también Jones (1964) y Kelly (2005, parte 1), quien explica los escritos de Juan Lido, que se cita un poco más abajo.

125. Costambeys, Innes y MacLean (2011) supone una visión general de la historia carolingia; véase también Nelson (2003). Existe una gran controversia académica sobre la naturaleza exacta de la relación entre el Estado romano y el franco; véanse al respecto Wallace-Hadrill (1971, 1982), Geary (1988), James (1988), Murray (1988), Wolfram (2005) y Wickham (2009, 2016).

126. Los extractos de la Ley Sálica provienen de Drew (1991), del que citamos el prefacio (p. 59) y las cláusulas específicas (pp. 79-80, 82-83).

127. El colapso de la York romana se describe en Fleming (2010). Véase también su descripción de la York posromana en la página 28.

128. Hay muchos buenos resúmenes de la historia anglosajona; nuestro relato se basa en Stafford (1989) y Williams (1999).

129. Sobre el papel de la política asamblearia en la Gran Bretaña anglosajona, véase Roach (2013, 2017) y Maddicott (2012), cuyo libro ha influido mucho en nuestra interpretación de la historia política inglesa.

130. La cita de Aelfrico de Eynsham proviene de William (2003, p. 17).

131. Las observaciones de Byrhtferth de Ramsey se reproducen en Byrhtferth de Ramsey (2009); las citas aquí expuestas son de las páginas 73, 105 y 107.

132. La cita procede de Beda (1991, p. 281).

133. Los primeros códigos legales ingleses están traducidos y reeditados en Attenborough (1922) y su secuela Robertson (1925). Las citas que se exponen más adelante son de Attenborough (1922, pp. 62-93). Hudson (2018) es un libro muy bueno sobre las primeras leyes inglesas, que también ha influido decisivamente en nuestra interpretación.

134. Para las distintas cuantías del *wergeld* y el sistema legal en general, véase Sharma (2005, p. 245).

135. Hay muchos libros excelentes sobre 1066 y la invasión normanda; véase, por ejemplo, Barlow (1999).

136. Sobre el feudalismo inglés, véase Crick y Van Houts (2011) y, en particular, el capítulo de Stephen Baxter. Las citas provienen de Bloch (1964, p. 141, y los capítulos 9 y 10).

137. Para el *Assize* de Clarendon, véase <http://avalon.law.yale.edu/medieval/assizecl.asp>.

138. La cita procede de Hudson (2018, p. 202).

139. Nuestra interpretación y las evidencias sobre la formación del Estado en la temprana Inglaterra moderna se basa en gran medida en Braddick (2000), Hindle (2000) y Pincus (2011). Véase también Blockmans, Holenstein y Mathieu (2009).

140. El Proyecto Avalon de Yale reproduce el texto de la Carta Magna: <http://avalon.law.yale.edu/medieval/magframe.asp>. Véase también Holt (2015).

141. Davison, Hitchcock, Keirn y Shoemaker (1992) abordan el lenguaje figurativo de la colmena quejica.

142. La cita es de Mandeville (1989), cuyo poema está disponible en: <https://en.wikipedia.org/wiki/The_Fable_of_the_Bees>.

143. Sobre Swallowfield, véase Hindle (1999), que reproduce las resoluciones en su totalidad. Los casos legales que reproducimos son de Herrup (1989, pp. 75-76, capítulo 4). Goldie (2001) destaca la importancia del número de funcionarios en la Gran Bretaña del siglo XVIII; nuestras cifras provienen de su artículo.

144. Sobre los orígenes de los Parlamentos europeos, véanse Bisson (2009), Bisson (1964) para el Languedoc, y el volumen de lecturas que editó (1973). Véanse también Marongiu (1968), Myers (1975) y Graves (2001) para una visión general de la historia de las instituciones parlamentarias europeas y los capítulos de Helle (2008) sobre Escandinavia. Véase Kümin y Würgler (1997) para los análisis de Hesse. Véase también Guenée (1985) y Watts (2009).

145. Nuestra discusión sobre la historia de Islandia se basa en Karlsson (2000) y los capítulos de Helle (2008).

146. Véase Miller (1997) sobre la persistencia de los enfrentamientos.

147. Angold (1997) y Treadgold (1997) ofrecen un resumen de la historia política bizantina relevante.

148. López (1951) es la fuente del «dólar de la Edad Media». Laiou y Morrisson (2007) ofrecen una visión general muy útil de la historia económica pertinente.

149. La cita proviene de Procopio (2007).

150. Nuestra explicación sobre el efecto de la Reina Roja en la Gran Bretaña del siglo XVIII se basa en Tilly (1995) y todas las citas son del capítulo 1. Brewer (1989) es el estudio fundamental sobre el Estado británico en el siglo XVIII.

151. Esta cita viene recogida en Edgar (2005).

152. La cita proviene de Montgomery (2006, p. 13).

153. El textoestá disponible en: <https://catalog.hathitrust.org/Record/008723154>.

154. Su carta a la reina está disponible en: <http://digital·library.upenn.edu/women/norton/alttq/alttq.html>.

155. Las citas de Wollstonecraft provienen de Wollstonecraft (2009, pp. 103, 107) y Mill (1869, capítulo 1).

156. El material sobre la Revolución Industrial británica se basa en Acemoglu, Johnson y Robinson (2005) y Acemoglu y Robinson (2012). Mokyr (1990) ofrece un excelente resumen sobre los avances tecnológicos durante la Revolución Industrial.

157. Sobre la longitud, todas las citas provienen de Sobel (2007, capítulos 3, 5 y 7).

158. Hay muchos estudios excelentes de la historia de China en inglés, el más definitivo lo componen los varios volúmenes de *Cambridge History of China*, y también es muy útil la historia en seis volúmenes de Harvard University Press. Spence (2012) es magnífico para los períodos de la modernidad temprana y la modernidad, Dardess (2010) es una buena y breve visión general de la historia política y véase Mote (2000) para un estudio exhaustivo del Estado imperial. Von Glahn (2016) supone una visión de conjunto única y reciente de la historia económica de China hasta el colapso del Estado imperial y además incluye gran parte de la historia política y social relevante.

159. Las citas de Confucio proceden de Confucio (2003, pp. 8, 193).

160. La cita es de Mengzi (2008).

161. La cita procede de Pines (2009, p. 191).

162. Para la comparación entre las ciudades-Estado griegas y las políticas chinas de los períodos de Primavera y Otoño, véase Lewis (2000).

163. La cita es de Pines (2009, p. 195).

164. La cita del *Xunzi* proviene de Xun Zi (2016).

165. Nuestra interpretación de la temprana construcción del Estado chino y de su largo legado se basa en Pines (2009, 2012); véase también su traducción del libro del señor Shang (Shang Yang, 2017); las citas proceden de las páginas 79, 178, 218, 229-230 y 233. Nuestra interpretación también está influida por la trilogía de Lewis (2011, 2012a y b).

166. Bodde y Morris (1967) es una obra importante sobre la legislación china que hace hincapié en la fusión de los elementos legalistas y confucianos y en la ausencia del Estado de derecho.

167. Perry (2008) es una interpretación muy interesante del «contrato social» chino y de su persistencia en el tiempo, incluso durante el período comunista.

168. Para los sucesivos intentos de volver a imponer el sistema pozo-campo, véase Von Glahn (2016).

169. Farmer (1995) y Wakeman (1986) analizan la transición de los Ming a los Qing.

170. Sobre el condado de Tancheng durante los Ming, véase Spence (1978, pp. 6-7).

171. Para un trabajo fundamental sobre cómo funcionaba el sistema jurídico Qing y su legado actual en China, véase Huang (1998).

172. Véase Kuhn (1990) acerca de las medidas adoptadas contra las personas que se negaron a aceptar el peinado manchú y la reacción del Estado chino ante los «ladrones de almas».

173. El pasaje de Wang Xiuchu es de Struve (1998, pp. 28-48); véase también el análisis de Rowe (2009).

174. Sobre la prohibición del mar de los Ming, véase Dreyer (2006).

175. Zelin (1984), Von Glahn (2016) y Rowe (2009) hacen hincapié en cómo el deterioro fiscal del Estado Qing debilitó su capacidad para proporcionar servicios públicos como las infraestructuras.

176. Rowe (2009, capítulo 6) detalla los delitos de Heshen.

177. Nuestra exposición sobre Hankou procede de Rowe (1984, 1989) y está muy influida por la crítica de Wakeman (1993); véase también Wakeman (1998).

178. Gran parte del trabajo sobre la ausencia de capitalismo en China se centra en los comerciantes de sal. Nuestros ejemplos de cómo pasaron a estar al servicio del Gobierno provienen de Ho (1954), y véase también Hung (2016) para la familia Pan. Otro trabajo sobre los comerciantes de sal es Zelin (2005).

179. El trabajo fundamental sobre los linajes chinos es de Freedman (1966, 1971), y las citas proceden de Freedman (1966, capítulo 3, y pp. 80-82). Véase también Beattie (2009) y Faure (2007) sobre los linajes del sur de China, y Watson (1982).

180. Entre los historiadores económicos no hay desacuerdos sobre los datos del crecimiento económico comparativo de China. La idea de un «revés de la fortuna» proviene de Acemoglu, Johnson y Robinson (2002). Si bien Wong (1997) y Pomeranz (2001) argumentaron que, de hecho, China, o al menos sus zonas más desarrolladas como el valle del río Yangtsé, tuvieron en el siglo XVIII un nivel de vida similar al de las zonas más desarrolladas de Europa occidental, las investigaciones posteriores no han respaldado sus afirmaciones. Broadberry, Guan y Li (2017) ofrecen una síntesis de las cifras históricas de los niveles de vida medios, y sugieren que, si bien la China Song tuvo los niveles más altos de ingresos per cápita del mundo durante el período medieval, después se estancaron, con fluctuaciones, por ejemplo, las caídas durante los Ming y la época Qing tardía. En sus datos, en 1800 la renta per cápita en China era aproximadamente un tercio de la de los Países Bajos y sólo el 30 por ciento de la cifra británica. Incluso el énfasis en el Yangtsé como comparación relativa no cambia la visión general, ya que Bozhong y van Zanden (2012) descubrieron que allí el nivel de vida medio era aproximadamente la mitad del nivel holandés contemporáneo en la década de 1820. Otras pruebas corroboran estos hechos, por ejemplo, Allen, Bassino, Ma, Moll-Murata y van Zanden (2011) muestran que los salarios reales fueron bastante inferiores en la China urbana. Estos datos hacen que los argumentos más generales de Wong y Pomeranz sean menos convincentes, porque proponen que lo que creó la divergencia económica entre Europa occidental y China fue la ubicación favorable del carbón en Europa y el acceso a la tierra en las colonias europeas. Pero las evidencias no respaldan la presencia de la trampa malthusiana en China. Por ejemplo, se produjeron grandes aumentos de población durante la transición de los Tang a los Song. Estos argumentos son problemáticos en muchos otros aspectos. La industrialización temprana en Gran Bretaña, por ejemplo, utilizó la energía hidráulica, no la energía del carbón. Tampoco están claros los mecanismos que vinculan la abundancia de las tierras coloniales con el crecimiento económico.

181. Nuestra interpretación del lento crecimiento de China después de la dinastía Song es, en parte, convencional (por ejemplo, sobre las políticas contrarias al desarrollo de los Ming, o de los primeros Qing, véase Liu, 2015, y Von Glahn, 2016), y se parece al trabajo de Faure (2006) y de Brandt, Ma, y Rawski (2014). Véase Morse (1920) para los datos que citamos sobre la debilidad de la provisión de bienes públicos. Estas obras reconocen la presencia y la importancia de los mercados en la China moderna, pero también muestran muchas pruebas de la existencia de impedimentos al crecimiento económico de motivación política. También nos basamos en material de Hamilton (2006), y véase Brenner e Isett (2002). Este trabajo sigue la tradición de académicos anteriores como Wright (1957). Nuestro ejemplo de la renuencia a construir ferrocarriles es de Wang (2015). La literatura académica sobre el desarrollo a largo plazo de China empezó con el trabajo de Max Weber, que se centró en las diferencias culturales con Europa, y el de Karl Marx, que desarrolló la idea de un «modo de producción asiático» (véase Brook, 1989, para las opiniones sobre esta idea). Posteriormente, China fue caracterizada como «despótica», por ejemplo en Wittfogel (1957), un término que los historiadores no han tenido problemas en utilizar para describir al Estado imperial incluso hace poco (por ejemplo, Mote, 2000; Liu, 2015).

182. Los fragmentos de la novela de Wu Jingzi, *Los mandarines*, se reproducen en Chen, Cheng, Lestz y Spence (2014, pp. 54-63), que también describe los delitos y las riquezas de Heshen.

183. Sobre la renuencia del Partido Comunista a admitir capitalistas, véase Nee y Opper (2012).

184. La cita proviene de Liu (1992, p. 698).

185. Para una explicación más profunda del modelo de Wenzhou, véase Liu (1992).

186. Sobre el cierre del mercado de Ziushui en Pekín, véase Huang (2008).

187. Sobre el ejemplo de las Township Village Enterprises, véase Huang (2008).

188. Para evidencias sobre el descontento rural y el impuesto sobre la tierra, véanse O'Brien y Li (2006) y O'Brien (2008).

189. Sobre la teoría de la modernización, véase Lipset (1959). Sobre la evidencia contraria, que muestra que los países que se enriquecen o «modernizan» no se democratizan de manera automática, véase Acemoglu, Johnson, Robinson y Yared (2008, 2009).

190. Véase Human Rights Watch (2018) sobre la represión de los uigures.

191. La historia de Manoj y Babli procede de Dogra (2013).

192. Existe una extensa literatura que discute el significado, la historia y la importancia de las castas en la India. Entre los trabajos generales que resultan fundamentales están Hutton (1961), Dumont (1980) y Smith (1994). Son enormemente útiles los muchos estudios etnográficos de aldeas que dan una idea de cómo funcionan en realidad las castas, por ejemplo Lewis (1965), Srinivas (1976), Parry (1979) y Béteille (2012), y de cómo influyen en la política. La literatura académica moderna tiende a destacar el importante impacto que el colonialismo tuvo en el sistema de castas, por ejemplo, Bayly (2001), Dirks (2001) y Chatterjee (2004). Aunque esto es plausible, resulta indiscutible que el sistema es antiguo, y éste es el rasgo más importante para nuestro análisis. Existe una pequeña literatura económica que examina los efectos económicos de las castas y que se divide entre la que sostiene que en un mundo imperfecto y con muchos fallos de mercado la identidad de la casta puede proporcionar beneficios útiles, como facilitar el cumplimiento de seguros y contratos (por ejemplo, Munshi, 2017), y la que sostiene, en cambio, que en las relaciones económicas la casta es una importante fuente de ineficiencia (por ejemplo, Hoff, 2016). Nuestra opinión es mucho más parecida a esta última; véanse, por ejemplo, los trabajos de Edmonds y Sharma (2006), Anderson (2011), Hoff, Kshetramade y Fehr (2011), y Anderson, Francois y Kotwal (2015), pero va más allá de estas interpretaciones al hacer hincapié en las implicaciones que la casta tiene en la política y en la incapacidad de la sociedad para hacer que el Estado rinda cuentas ante ella y sea receptivo.

193. Kautilya se cita de Kautilya (1987, capítulo I, sección ii).

194. Sobre los tres órdenes de la sociedad europea, véase Duby (1982).

195. El análisis de Britnell se presenta en Britnell (1992).

196. Las citas de Ambedkar provienen de Ambedkar (2014).

197. La cita procede de Roy (2014).

198. La cita proviene de Human Rights Watch (1999, p. 1).

199. Sobre Thillai Govindan, véase Matthai (1915, 35-37), Human Rights Watch (1999, 31-32); otras citas proceden de su libro (1915, pp. 88, 93, 98, 114).

200. Todas las citas de Béteille (2012) proceden del capítulo 5.

201. Gorringe (2005, 2017) supone un excelente resumen y análisis de los intentos contemporáneos de los dalits de ejercer el poder político en Tamil Nadu.

202. Véase Srinivas (1994) para sus ensayos sobre la noción de «castas dominantes».

203. Sobre la persistencia de las castas y las ocupaciones hasta hoy, véase Deshpande (2011), que defiende con firmeza la duradera relevancia económica de la casta. Y sobre la persistencia de la intocabilidad, véase Shah, Mander, Thorat, Deshpande y Baviskar (2006).

204. Para el análisis de Blunt, véase Blunt (1931). Los datos son del capítulo 12; véase, en particular, el apéndice, en las páginas 247-252.

205. La descripción del sistema jajmani en Karimpur es de Wiser (1936) y las dos citas de Wiser y Wiser (2000) son de las páginas 18, 19 y 53. Dumont (1980, pp. 97-102) proporciona un buen resumen del sistema jajmani, e incluye una síntesis útil del libro de Wiser.

206. Hay muchas buenas visiones de conjunto y buenos relatos sobre la historia india antigua y medieval y nos hemos basado en Thapar (2002) y Singh (2009). Hay, sin embargo, bastante desacuerdo entre los académicos sobre cómo interpretar muchas de las instituciones antiguas. Por ejemplo, véase la controversia sobre qué ocurrió en la asamblea conocida como la *vidatha* (véase Singh, 2009, p. 188).

207. Sobre las repúblicas antiguas, véase Sharma (1968) y, en concreto, Sharma (2005).

208. El Atharvaveda se cita de Sharma (2005, p. 110).

209. Sobre los orígenes de los reyes, véase de Kautilya (1987). Algunos trabajos importantes sobre el origen de los Estados y las monarquías del norte de India son Thapar (1999) y Roy (1994), quien enfatiza en particular la vinculación con el sistema de *varnas*, como hace Sharma (2005).

210. La discusión sobre el Estado de Licchavi procede de Sharma (1968, pp. 85-135), y véase también Jah (1970), que discrepa en algunas interpretaciones. Por ejemplo, Jah sostiene que los licchavi tenían un sufragio universal masculino; en este punto seguimos a Sharma, cuyas opiniones parecen más cercanas al consenso académico.

211. Véase Kautilya sobre los *gana-sanghas* (1987).

212. El *Digha Nikaya* se cita de Sharma (2005, pp. 64-65).

213. La cita del edicto en la roca 6 de Ashoka es de Hultzsch (1925, pp. 34-35).

214. La discusión sobre los chauhan es de Thapar (2002, p. 451).

215. Algunos trabajos básicos sobre la sociedad del sur de India y el sistema político en los períodos medieval y de la primera modernidad son Subbarayalu (1974, 2012), Stein (1980, 1990), Veluthat (1993), Heitzman (1997) y Shastri (1997). Stein propuso la noción de un «Estado segmentario» como modelo para las relaciones entre Estado y sociedad en el sur de la India, y sus ideas y evidencias han influido mucho en nuestra propia interpretación de la historia relacionada.

216. La descripción de las elecciones y las instituciones políticas locales procede de Thapar (2002, pp. 375-377), pero se cita mucho.

217. Las dos inscripciones relacionadas con las actividades de las asambleas en la construcción de un canal se citan de Heitzman (1997, p. 52).

218. Subbarayalu (1974) aporta un exhaustivo análisis de los nadu basado en inscripciones, y cita la composición de todos los *nadus* del *mandalam* en chola.

219. Existe una amplia literatura, más antigua, sobre la medida en que las asambleas de las aldeas predominaron históricamente en la India. Nadie pone en duda las evidencias sobre los *gana-sanghas*, o Tamil Nadu, en especial en la era chola. En lo demás, hay mucho debate. Algunos académicos han sostenido que las asambleas de las aldeas y muchas de las instituciones eran prevalentes en toda India, por ejemplo, Mookerji (1920), Majumdar (1922) y Malaviya (1956). Otros, como Altekar (1927) sostienen que en realidad se limitaban al sur, aunque incluye tanto Karnataka como Tamil Nadu (véase Dikshit, 1964, para corroborar las evidencias de Karnataka). Sostiene que en otros lugares de la India occidental, esas asambleas estaban menos institucionalizadas y eran mucho más informales. Wade (1988) resulta útil para abordar la enorme heterogeneidad del alcance de la participación a nivel local en India. Mathur (2013) es un resumen accesible de los *panchayats*, con énfasis en su funcionamiento posterior a la independencia.

220. Una introducción útil a la organización del Imperio mogol es Richards (1993), y los capítulos 3 y 4 de ese libro proporcionan una buena introducción a la organización burocrática del Estado y su interacción con la sociedad rural.

221. Habib (1999) es una fuente fiable sobre la organización de la economía rural en el período mogol; véanse el capítulo 4 sobre las comunidades de la aldea y el capítulo 5 sobre los zamindars.

222. *The Fifth Report from the Select Committee* se cita del original (1812, p. 85).

223. La cita de Metcalf es de Dutt (1916, pp. 267-268).

224. Las citas del libro de Matthai (1915) proceden de las páginas 18 y 20, y también se cita aquí el *Report of the Indian Famine Commission* en la India (p. 77).

225. Nuestro análisis sobre las políticas relacionadas con la capacidad del estado de Bihar ha estado muy influido por el estudio de Mathew y Moore (2011). Nuestros datos sobre el gasto insuficiente, las vacantes y la política de Bihar provienen de su artículo.

226. Véase Kremer, Chaudhury, Rogers, Muralidharan y Hammer (2005) para los datos sobre el absentismo de los maestros.

227. La cita proviene de Banco Mundial (2005).

228. La cita del gobierno de Bihar proviene de Mathew y Moore (2011, p. 17).

229. Hay varias biografías útiles de Lalu Prasad Yadav, véase, en particular, Thakur (2006). Witsoe (2013) supone un excelente análisis de las políticas antidesarrollo de Lalu Yadav.

230. La noción de que en la India el Estado y la sociedad coexisten sin interactuar realmente está implícita en mucha literatura, por ejemplo Thapar (2002), y Mookerji (1920) se pronuncia claramente en favor de esta tesis.

231. Este capítulo se basa en las ideas teóricas desarrolladas en Acemoglu y Robinson (2017).

232. La cita de Maquiavelo es de *El príncipe* (2005, p. 43).

233. La cita de Voltaire sobre Prusia se usa a menudo, pero su origen no está claro.

234. La cita acerca de Montenegro es de Djilas (1958, pp. 3-4).

235. La declaración más famosa de las ideas de Tilly sobre la relación entre la guerra y el Estado es Tilly (1992). Véanse también los ensayos de Tilly (1975).

236. La noción de que la guerra entre países impulsó la formación del Estado proviene en su origen de Hintze (1975), y Roberts (1956) desarrolló la noción de la revolución militar. Esta idea se discute a fondo en el reciente trabajo de los economistas Besley y Persson (2011) y Gennaioli y Voth (2015). Véase Pincus y Robinson (2012, 2016) para un punto de vista diferente sobre el caso británico.

237. Sobre la historia de Suiza, véanse Church y Head (2013) y Steinberg (2016). Sablonier (2015) es también un excelente resumen relevante. Entre los trabajos académicos más específicos centrados en los orígenes de las instituciones políticas suizas se encuentran Blickell (1992), Marchal (2006) y Morerod y Favrod (2014).

238. La Carta Federal de 1291 en inglés se puede encontrar en: <https://www.admin.ch/gov/en/start/federal-council/history-of-the-federal-council/federal-charterof-1291.html>.

239. Véase Clark (2009) para un resumen de la historia prusiana relevante, y Ertman (1997) es muy útil en lo referente a la construcción del Estado prusiano. Rosenberg (1958) es el tratamiento clásico en inglés. Carsten (1959) y Asch (1988) se centran en cómo el desarrollo del Estado socavó el poder de las instituciones representativas en Alemania.

240. Véase Blanning (2016) para una biografía reciente y magnífica de Federico el Grande; nuestras citas de Jorge Federico y Federico Guillermo I proceden de ella, así como la cita de Elliot.

241. Roberts (2007) proporciona una visión general de la historia relevante de Montenegro.

242. La cita proviene de Braudel (1996, p. 39).

243. La cita procede de Durham (1909, p. 1).

244. La cita de Marmont es de Roberts (2007, p. 174).

245. La cita procede de Djilas (1966, p. 107).

246. La cita del código legal de Pedro I es de Durham (1928, pp. 78-88).

247. El principal estudio de Boehm sobre los enfrentamientos está en su libro de 1986; véase también el de 1982. La citas son del primero, de la página 182.

248. Los libros de Djilas (1958, 1966) son una lectura esencial. Esta cita procede de Djilas (1966, p. 115).

249. Ibídem.

250. Nuestro tratamiento de la divergencia postsoviética está influido por Easter (2012). Kitschelt (2003) ofrece una interpretación muy interesante.

251. La cita es de Havel (1985, p. 11).

252. Castle y Taras (2002) y Ost (2006) son excelentes trabajos sobre la política de la transición polaca, como lo es Treisman (2011) sobre la historia reciente de Rusia. Urban, Igrunov y Mitrokhin (1997) abordan el fracaso del surgimiento de una política popular en Rusia.

253. La cita de Bertolt Brecht es de su poema de 1953 «Solución», <https://mronline.org/2006/08/14/brecht140806-html/>.

254. Véanse Freeland (2000) y Hoffman (2002) para una visión general y para el surgimiento de los oligarcas rusos. Algunas críticas notables a la privatización de Rusia provinieron de Black, Kraakman y Tarassova (2000) y Goldman (2003).

255. La carta de Alexander Litvinenko, de la que proviene la cita, está disponible en: <https://www.dailymail.co.uk/news/article-418652/Why-I-believe-Putinwanted-dead-.html>.

256. Las citas de Saodot Olimova proceden de Collins (2006).

257. Véase Collins (2006) para la importancia de los clanes a la hora de entender la política en Asia Central.

258. Las citas de Gretsky proceden de Gretsky (1995).

259. Sobre la guerra civil tayika, véase Driscoll (2015).

260. Dunkerley (1988), Woodward (1991) y Gudmundson y Lindo-Fuentes (1995) son buenos resúmenes de la historia relevante de Centroamérica. Wortman (1982) es un buen trabajo sobre la transición del dominio colonial. Williams, (1994), Paige (1997), Yashar (1997), Mahoney (2001) y Holden (2004) aportan excelentes historias de economía política del período relevante y las cifras sobre el tamaño del ejército y el número de maestros en Costa Rica son de este último libro. Gudmundson (1986, 1997) documentó por primera vez que la pequeña propiedad del café era una consecuencia de las políticas del siglo XIX, más que del legado colonial. Cardoso (1977) es un ensayo influyente sobre la economía cafetera de Costa Rica.

261. Las abundantes citas de Rigoberta Menchú proceden de su desgarrador libro: Menchú (1984).

262. Las citas de Sarmiento proceden de Dym (2006, p. xviii), quien destaca la importancia de las ciudades como actores políticos en América Central. Véase Karnes (1961) sobre la economía política de esta diversidad.

263. Todos los datos sobre el precio del café, las exportaciones y volúmenes comerciales provienen de Clarence-Smith, Gervase y Topik (2006).

264. Para evidencias econométricas coherentes con nuestra hipótesis de la divergencia entre Guatemala y Costa Rica, véase Pascali (2017).

265. McCreery (1994) es el trabajo definitivo sobre la coerción laboral en Guatemala en el contexto de la economía cafetera.

266. La cita procede de Woodward (2008, p. 254).

267. Los detalles sobre el comportamiento del Departamento de Policía de Ferguson proceden del informe del Departamento de Justicia (2015).

268. BBC (2017) recoge los descubrimientos sobre el trastorno de estrés postraumático en Atlanta.

269. Friedberg (2000) analiza cómo el modelo público-privado del Estado estadounidense tuvo implicaciones importantes en la manera que se libró la guerra fría; véase también Stuart (2008).

270. La manera en que abordamos la incapacidad para aplicar la Carta de Derechos a los estados se basa en el estudio fundamental de Gerstle (2015), del que tomamos la cita del juez asociado Field expuesta más adelante (p. 78). Amar (2000) es una buena introducción general a la Carta de Derechos, y véase McDonald (2000) sobre los derechos de los estados. Sobre la naturaleza histórica del Estado estadounidense hay una gran cantidad de investigaciones importantes de historiadores, sociólogos y politólogos. Una buena manera de empezar es Novak (2008) y las contribuciones de sus analistas, en particular Gerstle (2008). Véase también King y Lieberman (2009). Gran parte de esta literatura desmiente ideas previas de que el Estado estadounidense era «débil» y ha mostrado de muchas maneras que, incluso durante el siglo XIX, el Estado desarrolló un gran poder de infraestructura en muchos aspectos. Orren y Skowronek (2004) supone un excelente resumen del trabajo de los politólogos, y son obras importantes Skowronek (1982), Bensel (1991), Skocpol (1995), Carpenter (2001) y Balogh (2009). Baldwin (2005) es una discusión interesante sobre la existencia simultánea de la fortaleza y la debilidad en el Estado. La idea de un «Estado fuera de la vista» (Balogh, 2009) o un «Estado sumergido» (Mettler, 2011) que es invisible es una idea destacada de esta literatura, como lo es la noción de que para trabajar el Estado debe encontrar un equilibrio y combinación con el sector privado (véase también Stanger, 2011).

271. Ansolabehere y Snyder (2008) es un libro importante sobre las consecuencias de la decisión de la elección de Warren para el Tribunal Supremo.

272. Sobre la Constitución de Estados Unidos, véanse las referencias y la explicación del ensayo bibliográfico para el capítulo 1. La idea de que la «incapacidad» del Estado se usaba para garantizar que éste no violara los derechos de la gente se propone en Levinson (2014). Véase también Novak y Pincus (2017) sobre los orígenes del Estado estadounidense fuerte.

273. El juicio de *Mapp contra Ohio* está disponible en: <https://caselaw.findlaw.com/us-supreme-court/367/643.html>.

274. La cita procede de Morgan (1975, p. 238).

275. Ibídem (p. 312).

276. Véase John (1995, 1997) sobre la importancia del servicio postal, y véase Larson (2001) sobre las infraestructuras en un sentido más amplio. También Duran (2012) para el impacto económico del ferrocarril transcontinental que se trata más adelante. Acemoglu, Moscona y Robinson (2016) proporcionan evidencias econométricas de que la creación de las oficinas postales y la designación de sus encargados estimuló la creación de patentes, y por lo tanto la innovación, en los Estados Unidos del siglo XIX. La cita de Zorina Khan expuesta más adelante es de este artículo, y véase también Khan (2009).

277. La cita procede de Tocqueville (2002, p. 283).

278. Nuestro ejemplo de cómo el Gobierno federal usa el sistema legal para implementar políticas está sacado de Farhang (2010), y véase Novak (1996) sobre la importancia del sistema legal en el período inicial de la construcción de la capacidad del Estado estadounidense.

279. La información sobre Robert Kennedy proviene de McAdam (1999, capítulo 7).

280. La cita procede de Eskew (1997, capítulo 7).

281. La cita de Frank Johnson proviene de McAdam (1999, capítulo 7).

282. El discurso de Lyndon B. Johnson está disponible en: <http://www.historyplace.com/speeches/johnson.htm>.

283. Para este epígrafe resulta imprescindible el trabajo de Hacker (2002), un análisis importante de la manera en que el Estado estadounidense combina las provisiones pública y privada y también presenta argumentos importantes sobre por qué esto crea, en nuestro lenguaje, un «lado oscuro». La cita de un portavoz de la Corporación Nacional de Productores Lácteos que se expone más adelante proviene de este libro. Sin embargo, él no relaciona esto con la arquitectura del Estado de la misma manera que lo hacemos nosotros. La noción de Balogh's (2015) de un «Estado asociacional» está muy relacionada con esto.

284. Alston y Ferrie (1993, 1999) es un análisis importante sobre cómo los políticos del Sur bloquearon la legislación del New Deal que amenazaba sus intereses económicos y su autonomía. Véase también Novak (2017) sobre el Estado del New Deal.

285. Hinton (2016) aporta los antecedentes del programa Gran Sociedad de Johnson.

286. Los datos sobre las tasas de pobreza pueden encontrarse en: <https://data.oecd.org/inequality/poverty-rate.htm>.

287. Para el juicio del *Distrito de Columbia contra Heller*, véase <https://supreme.justia.com/cases/federal/us/554/570/>.

288. Rothstein (2014) es un análisis brillante sobre cómo Ferguson llegó a ser Ferguson, y debate la historia de las políticas federales racistas; véase también un argumento más general en Rothstein (2017). Gordon (2009) presenta una historia detallada de la segregación y el deterioro urbano en San Luis. La mayoría de citas de este tema son de Rothstein (2014).

289. Loewen (2006) es una historia importante de las «ciudades del atardecer» y Aaronson, Hartley y Mazumder (2017) aporta pruebas econométricas del impacto negativo a largo plazo de las prácticas discriminatorias.

290. Sobre la terminología racial explícita en el manual de seguros de la FHA, véase: <https://www.huduser.gov/portal/sites/default/files/pdf/Federal-Housing-Administration-Underwriting-Manual.pdf>.

291. Para los datos sobre cobertura sanitaria, véase <http://www.oecd-ilibrary.org/docserver/download/8113171ec026.pdf?expires=1514934796&id=id&accname=guest&checksum=565E13BC154117F36688F63351E843F1>. Y para datos sobre la proporción de los ingresos nacionales dedicados a la atención médica, véase <https://data.worldbank.org/indicator/SH.XPD.TOTL.ZS>.

292. Weiner (2012) aporta una excelente historia sobre el FBI, en la que se basa nuestra discusión.

293. El informe del Comité Church de 1975 puede encontrase en: <https://www.senate.gov/artandhistory/history/common/investigations/ChurchCommittee.htm>.

294. Sobre la CIA, véase Weiner (2008).

295. El discurso de despedida del presidente Eisenhower puede encontrarse en: <http://avalon.law.yale.edu/20th_century/eisenhower001.asp>.

296. Sobre la NSA y las revelaciones de Snowden, véase Edgar (2017).

297. Sobre el «¿Por qué no podemos recoger todas las señales en todo momento?» de Keith Alexander, véase <https://www.theguardian.com/uk/2013/jun/21/gchq-cables-secret-world-communications-nsa>.

298. La noción de «pacientes del Estado» proviene de Auyero (2001), y todas las evidencias de la primera sección son de su importante libro. Todas las citas aquí expuestas proceden de las páginas 10, 20, 71-72, 83, 85, 99, 109 y 120.

299. Todas sus observaciones sobre la burocracia son de Weber (1978); las citas aquí expuestas son de las páginas 220-221 y 214. Sobre estos temas, son introducciones útiles a sus escritos Camic, Gorski y Trubek (2005) y Kim (2017).

300. Véase Weber (2001) para la noción de Weber de la «jaula de hierro».

301. Para el concepto de ñoquis en Argentina, véase BBC (2018a).

302. Para las medidas del presidente Macri contra el nepotismo, BBC (2018b).

303. La censura del FMI y su levantamiento se discuten en Fondo Monetario Internacional (2016).

304. Sobre la decisión de *The Economist* de dejar de informar sobre los datos argentinos, véase *The Economist* (2014). Auyero (2001) es un estudio fundamental sobre la «política clientelar» que está muy relacionado con los temas que tratamos aquí.

305. La explicación del Leviatán de papel se basa en el resumen de la economía política de Colombia de Robinson (2007, 2013, 2016). A su vez, esto se basa en los estudios de Acemoglu, Bautista, Querubín y Robinson (2008), Mazzuca y Robinson (2009), Acemoglu, Robinson y Santos (2013), Acemoglu, García-Jimeno y Robinson (2012, 2015), Chaves, Fergusson y Robinson (2015) y Fergusson, Torvik, Robinson y Vargas (2016).

306. La historia de la carretera a Mocoa es de Uribe (2017), y las citas que aquí se exponen son de las páginas 29, 33, 45, 124-125, 128-130 y 163.

307. Para los mineros amotinados, véase Robinson (2016, p. 30).

308. Sobre Moreno, véase Robinson (2016).

309. La cita proviene de Robinson (2016, p. 29).

310. La definición del Estado de Weber se encuentra en su ensayo *La política como vocación*, reproducido en Weber (1946).

311. Sobre los paramilitares del Magdalena Medio, véase Robinson (2013, 2016); en este último libro se cita a Isaza (pp. 18-19).

312. Véase Acemoglu, Fergusson, Robinson, Romero y Vargas (2016) para los «falsos positivos».

313. La cita proviene de Robinson (2016, p. 21). Véase también Bautista, Galán y Robinson (2019).

314. La cita proviene de Simon (2017, p. 108).

315. La carta de Bolívar al general Flores se reproduce en Bolívar (2003).

316. Este discurso a los legisladores en el momento de la presentación de sus Constituciones para Bolivia y de la propia Constitución se reproduce en Bolívar (2003).

317. Gargarella (2013, 2014) son interpretaciones fundamentales del constitucionalismo latinoamericano del siglo XIX y de cómo (y por qué) divergió del caso de Estados Unidos. Simon (2017) es un análisis comparativo muy inspirador. En particular, subraya lo que él llama la fusión conservadora-liberal, que dio lugar a Constituciones más centralizadas y que permitían mayores poderes presidenciales que en Estados Unidos. Estas diferencias constitucionales formaban parte de un equilibrio dependiente del camino arraigado en el pasado colonial de América Latina.

318. La cita de Castilla procede de Werlich (1978, p. 80).

319. La cita de Portales es de Safford (1985).

320. Para un argumento fundamental sobre el desarrollo divergente entre Norteamérica y Sudamérica, véase Engerman y Sokoloff (2011). Véanse también, sobre esta divergencia, Acemoglu, Johnson y Robinson (2001, 2002) y Acemoglu y Robinson (2012).

321. Dalton (1965) es el estudio fundamental sobre la economía política de Liberia; las citas proceden de las páginas 581, 584 y 589 de su trabajo.

322. Véase Killick (1976) sobre Ghana, concretamente, las páginas 37, 40, 60, 231 y 233.

323. Bates (1981) es el estudio fundamental sobre cómo la política reduce la prestación de servicios públicos. Fue el primero en proponer algunos de los mecanismos que desarrollamos aquí. Las citas son de las páginas 114 y 117 de su libro.

324. La cita de Appiah es de Appiah (2007).

325. Véase Mamdani (1996) sobre el gobierno indirecto en África. Véase Acemoglu, Reed y Robinson (2014) para evidencias empíricas sobre los efectos del gobierno indirecto en el desarrollo local. De manera más general, para los argumentos sobre la intensidad con la cual ha persistido el gobierno indirecto en África véanse Acemoglu, Chaves, Osafo-Kwaako y Robinson (2015) y Heldring y Robinson (2015), y para cómo encaja el gobierno indirecto en un relato más amplio sobre el subdesarrollo africano, Acemoglu y Robinson (2010).

326. BBC (2013) informa del fracaso total de los estudiantes en el contexto del examen de ingreso a la Universidad de Liberia.

327. Nuestra interpretación de la historia de Oriente Próximo y de la relación entre el Estado y la sociedad se ha visto muy influido por el libro fundamental de Jean-Philippe Platteau (2017). Hay muchos libros buenos que plantean una visión general de la historia que explicamos. Nuestro análisis de Arabia Saudí y la relación entre Saud y Al-Wahhab se basa en Corancez (1995), Commins (2009) y Vassiliev (2013), pero hay muchos otros buenos análisis, por ejemplo Steinberg (2005), Ayoob y Kosebalaban (2009) y el clásico Philby (1928). Sobre la situación actual, Mouline (2014) es particularmente bueno.

328. La cita procede de Liddell Hart (1995, p. 328).

329. La cita es de Vassiliev (2013).

330. La cita es de Doughty (1888).

331. La cita es de Buckhardt (1930, pp. 116-117).

332. La cita procede de Corancez (1995, p. 9).

333. La cita procede de Mouline (2014, p. 123).

334. Sobre las fetuas proestadounidenses, véase Kurzman (2003), del cual citamos la fetua saudí de 1990 emitida después de la invasión de Kuwait.

335. La cita es de Kepel (2005, p. 238).

336. Un buen resumen de las limitaciones que sufren las mujeres en Arabia Saudí está disponible en CNN: <https://edition.cnn.com/2017/09/27/middleeast/saudi-women-still-cant-do-this/index.html>.

337. Para el incendio en una escuela de chicas en La Meca, véase <http://news.bbc.co.uk/2/hi/middle_east/1874471.stm>.

338. Sobre los enfermeros masculinos, véase: <http://english.alarabiya.net/en/News/middle-east/2014/02/06/Death-of-Saudi-female-student-raises-uproar.html>.

339. La cita procede de Human Rights Watch (2016); véase también Human Rights Watch (2008).

340. La cita procede de Human Rights Watch (2016).

341. La cita procede de Human Rights Watch (2016).

342. Sobre las actitudes de los hombres hacia que las mujeres formen parte de la población activa en Arabia Saudí, véase Bursztyn, González y Yanagizawa-Drott (2018).

343. Sobre el asunto de las mujeres que conducen, véase: <https://www.nytimes.com/2017/09/26/world/middleeast/saudi-arabia-women-drive.html>.

344. La cita procede de Mortimer (1990).

345. Platteau (2017) contiene un análisis incisivo de las relaciones entre Sadam y la religión; véanse también Baram (2014), Helfont (2014), y Dawisha (2009).

346. La cita procede de Baram (2014, pp. 207-208).

347. Una traducción al inglés de la fetua de 1996 de Osama bin Laden puede leerse en: <https://is.muni.cz/el/1423/jaro2010/MVZ203/OBL___AQ__Fatwa_1996.pdf>. Platteau (2017).

348. Hay una vasta literatura académica sobre el colapso de la República de Weimar. Nuestro relato se basa en Kershaw (2000) y Evans (2005), pero también hemos utilizado Shirer (1960), Bracher (1970), Lepsius (1978) y Winkler (2006). Myerson (2004) ofrece un análisis de los defectos de las instituciones políticas de Weimar. Tooze (2015) es una excelente visión de conjunto de las consecuencias políticas de la primera guerra mundial. Berman (2001) proporciona un resumen y una interpretación útil del sistema político imperial alemán anterior a la era de Weimar.

349. La cita procede de Edinger (1953, pp. 347-348).

350. Véanse Mühlberger (2003) y King, Rosen, Tanner y Wagner (2008) para un estudio de los datos electorales para identificar quién votó al Partido Nazi. Aún resultan importantes los testimonios contemporáneos de los alemanes que apoyaron a Hitler, que recoge Abel (1938).

351. La cita es de Moeller (2010, p. 44).

352. Lo ocurrido en el Palacio de los Deportes de Berlín se recoge en Evans (2005, p. 324).

353. Este discurso se cita en Evans (2005, p. 323).

354. La cita es de Evans (2005, p. 312).

355. Las citas de Elsa Herrmann vienen recogidas en Moeller (2010, pp. 33-34).

356. Una traducción al inglés de la Constitución de Weimar está disponible en: <http://www.zum.de/psm/weimar/weimar_vve.php>.

357. Berman (1997) señaló que el ascenso de los nazis se aprovechó de la densa sociedad civil de la Alemania de Weimar, y Satyanath, Voigtländer y Voth (2017) demostraron que esta correlación era bastante general.

358. Sobre el rastro de Hitler después del Putsch de la Cervecería y las citas relacionadas, véase Kershaw (2000, p. 216).

359. La cita procede de Evans (2005, p. 294).

360. La cita de Mussolini es de su discurso «La doctrina del fascismo», que se puede encontrar en: <http://www.historyguide.org/europe/duce.html>.

361. La cita de Herman Finer es de su *La Italia de Mussolini*, que puede encontrarse en: <https://archive.org/details/mussolinisitaly005773mbp/page/n8>.

362. Nuestro análisis del derrocamiento de la democracia chilena se basa en el estudio fundamental de Valenzuela (1978). Su libro forma parte de un proyecto comparativo de ciencias políticas sobre el colapso de la democracia, editado por Linz y Stepan, cuyas conclusiones se resumen en Linz (1978). Angell (1991) es un buen resumen de la historia de la época en la que nos centramos, y Constable y Valenzuela (1993) supone un excelente tratamiento de la dictadura militar que siguió al golpe de Estado de 1973.

363. La cita de lord Stanley es de Kitson-Clark (1951, p. 112).

364. La cita de David Ricardo procede de Ricardo ([1824], 1951-1973, p. 506).

365. Baland y Robinson (2008) presentan análisis empíricos del impacto político de la introducción del voto secreto en 1958.

366. La cita del senador Martones es de Baland y Robinson (2008, pp. 1738-1739).

367. Para un análisis de la construcción del Estado bajo el Gobierno de Frei, véase Valenzuela y Wilde (1979). Ellos y Valenzuela (1978) tienden a interpretar que el programa de Frei fue desastroso, puesto que el ataque al clientelismo debilitó la capacidad de llegar a acuerdos cuando Allende llegó al poder. Nuestra interpretación lo considera una parte natural del efecto de la Reina Roja.

368. Este discurso que presenta la Alianza por el Progreso puede encontrarse en: <https://sourcebooks.fordham.edu/mod/1961kennedy-afp1.asp>.

369. El texto del estatuto de garantías de Allende puede encontrarse en: <http://www.papelesdesociedad.info/IMG/pdf/estatuto_de_garantias_democraticas.pdf>.

370. La entrevista de Régis Debray a Salvador Allende puede encontrarse en: <https://www.marxists.org/espanol/allende/1971/marzo16.htm>.

371. La cita proviene de Valenzuela (1978, p. 69).

372. La cita proviene de Valenzuela (1978, p. 94).

373. La cita es de Valenzuela (1978, p. 93).

374. Este informe puede descargarse en: <https://www.archives.gov/files/declassification/iscap/pdf/2010-009-doc17.pdf>. Las citas proceden de las páginas II.10-11 y IV.31.

375. Dean (1999), Waley y Dean (2013) y Jones (1997) son buenos análisis del colapso de las repúblicas italianas. Las actas de la reunión de 1264 en Ferrara son de Waley y Dean (2013, pp. 180-181); véase también Dean (1987) para un análisis más profundo de la política en Ferrara. Existe cierto desacuerdo entre los académicos sobre si se trataba realmente de una elección libre. Jones (1997, p. 624) dice que un cronista escribió que «el procedimiento fue una farsa, planeado por una camarilla de notables de los Este [...] que llenaron la ciudad y la plaza pública de seguidores armados y forasteros».

376. Para las observaciones de Benjamín de Tudela sobre Génova, Pisa y Lucca, véase Benjamín de Tudela (1907, p. 17).

377. Para los Negros y los Blancos en Pistoya, véase Waley y Dean (2013, pp. 137-138).

378. Véase Jones (1997, capítulo 4) sobre la continuidad del poder y los privilegios de las élites feudales después del surgimiento de la comuna.

379. La cita proviene de Waley y Dean (2013, pp. 142-143).

380. Para los poderes legales del *Popolo* en Parma, véase Waley y Dean (2013, p. 152).

381. Sobre Buoso da Dovara y, un poco más adelante, Uberto Pallavicino, véase Jones (1997, p. 622).

382. La cita es de *El príncipe* (2005, p. 35).

383. La discusión de cómo existe un apoyo popular para el desmantelamiento de los controles y contrapesos se basa en Acemoglu, Robinson y Torvik (2013); la cita de Rafael Correa más adelante es de la página 868 de este trabajo.

384. Las citas de Plaatje (1916) son de los capítulos 1 y 2.

385. Sobre la historia general de Sudáfrica, véase Thompson (2014).

386. Sobre la Ley de la Tierra de Nativos, véase Bundy (1979).

387. Para la Comisión Holloway, véase Feinstein (2000, p. 55).

388. La cita es de Bundy (1979, p. 109).

389. Sobre la prohibición por color y los salarios, véase Feinstein (2000).

390. Sobre el fortalecimiento económico de los negros, véase Southall (2005), Cargill (2010) y Santos-Villagrán (2016).

391. La cita de Mbeki proviene de: <https://dawodu.com/mbeki.pdf>.

392. Sobre la final de la Copa del Mundo de Rugby de 1995 y el intercambio entre Mandela y Pienaar, véase: <https://www.theguardian.com/sport/2007/jan/07/rugbyunion.features1>.

393. Nuestra explicación del aumento del militarismo japonés y su sistema político de posguerra se basa en Dower (1999), Buruma (2003) y Samuels (2003).

394. La cita procede de Dower (1999, p. 282).

395. El artículo 9 de la Constitución japonesa procede de Dower (1999, p. 394).

396. La declaración de Año Nuevo de Hirohito procede de Dower (1999, p. 314).

397. Los detalles del papel de Kishi en la preguerra y posguerra en Japón se basan en Kurzman (1960), Schaller (1995) y Driscoll (2010).

398. Zürcher (1984, 2004) son las mejores fuentes sobre la transición del Imperio otomano a la República turca. Para una visión de conjunto de la historia reciente de Turquía, véanse Pope y Pope (2011) y Çağaptay (2017). Para un análisis de los cambios económicos y políticos recientes y sus implicaciones económicas, véase Acemoglu y Üçer (2015).

399. Sobre esta cita de Erdoğan, véase: <https://www.thecairoreview.com/essays/erdogans-decade/>.

400. Sobre los periodistas encarcelados en Turquía, véase: <https://cpj.org/reports/2017/12/journalists-prison-jail-record-number-turkey-china-egypt.php>.

401. Sobre el número de personas purgadas tras el fallido intento de golpe, véase: <https://www.nytimes.com/2017/04/12/world/europe/turkey-erdogan-purge.html> y <https://www.politico.eu/article/long-arm-of-turkeys-anti-gulenist-purge/>.

402. El mejor análisis del desarrollo de los acontecimientos en Lagos desde 1999 es de Gramont (2014).

403. Sobre el comité de redacción de la Constitución nigeriana de 1976, véase Williams y Turner (1978, p. 133).

404. Sobre Bogotá, véanse los ensayos de Tognato (2018). Devlin (2009) y Devlin y Chaskel (2009) suponen un buen resumen de las mejoras en Bogotá.

405. La cita procede de Devlin (2009).

406. La cita proviene de Devlin y Chaskel (2009).

407. Sobre la historia de Rodesia/Zimbabue, véase Simpson y Hawkins (2018).

408. La cita es de: <https://www.researchchannel.co.za/print-version/oil-industry-empowerment-crucial-sapia-2002-10-21>.

409. La cita es de Finley (1976).

410. En Cummings (2005) puede encontrarse una visión de conjunto de la industrialización y la transición a la democracia en Corea del Sur.

411. Para una excelente historia del Estado Libre del Congo y las reacciones que generó, véase Hochschild (1999).

412. La cita proviene de Hochschild (1999).

413. El Informe de Casement completo puede encontrarse en: <https://ia801006.us.archive.org/14/items/CasementReport/CasementReportSmall.pdf>.

414. Sobre el movimiento internacional de derechos humanos, véase Neier (2012).

415. Sobre el papel de Amnistía Internacional en la resolución de la ONU contra la mutilación genital femenina, véase: <https://www.amnesty.org/en/latest/news/2012/11/fight-against-female-genital-mutilation-wins-un-backing/>.

416. Sobre el nombramiento de Robert Mugabe como «embajador de buena voluntad» de la OMS, véase: <https://www.theguardian.com/world/2017/oct/22/robertmugabe-removed-as-who-goodwill-ambassador-after-outcry> y <https://theconversation.com/robert-mugabe-as-who-goodwill-ambassador-what-went-wrong-86244>.

417. Sobre el Informe Beveridge, véase Beveridge (1944) y también Baldwin (1990, p. 116), de donde proviene la cita de James Griffiths más adelante.

418. La introducción de Hayek a la edición estadounidense (párrafo siguiente), las citas que contiene y un excelente análisis de Bruce Caldwell pueden encontrarse en Hayek (2007). Las citas provienen de las páginas 71, 148, 44 y 48.

419. Sobre el «intercambio de vacas» y el auge de la socialdemocracia sueca, véanse Baldwin (1990), Berman (2006), Esping-Andersen (1985) y Gourevitch (1986). Las citas provienen de Berman (2006) y Esping-Andersen (1985).

420. Nuestro análisis del papel que tienen las coaliciones está relacionado con el estudio fundamental de la democratización realizado por O'Donnell y Schmitter (1986).

421. Moene y Wallerstein (1997) desarrolla un modelo de la conexión entre la compresión salarial y la innovación.

422. Véanse los capítulos sobre educación y políticas de vivienda de Misgeld, Molin y Amark (1988); las citas provienen de la página 325 de este libro.

423. Véase Swenson (2002) para un análisis de las preferencias de los capitalistas con respecto al Estado del Bienestar.

424. Sobre los efectos de la automatización en los salarios y la desigualdad, véase Acemoglu y Restrepo (2018). Sobre las implicaciones de la globalización, véase Autor, Dorn y Hanson (2013). Las cifras sobre el crecimiento salarial de los diferentes grupos educativos y la desigualdad en el mercado laboral estadounidense provienen de Acemoglu y Autor (2011) y Autor (2014).

425. Acemoglu, Autor, Dorn, Hanson y Price (2015) y Acemoglu y Restrepo (2017) debaten las estimaciones de los efectos del comercio con China y los robots en el empleo en Estados Unidos.

426. Nuestra explicación sobre las reformas del sistema financiero estadounidense es de Johnson y Kwak (2010).

427. Sobre los ingresos relativos de los trabajadores y los ejecutivos de la industria financiera, véase Phillippon y Reshef (2012).

428. Las cifras sobre el 1 por ciento superior y el 0,1 por ciento superior de la renta nacional de Estados Unidos se basan en Piketty y Saez (2003), y las cifras actualizadas se obtienen en <https://eml.berkeley.edu/~saez/> (y se refieren a cifras que incluyen los ingresos de capital).

429. La participación de los cinco bancos más grandes del sector se calcula a partir del sitio web de Global Financial.

430. Autor, Dorn, Katz, Patterson y Van Reenen (2017) demuestra que las grandes empresas han contribuido significativamente al aumento de la participación de los ingresos de capital en el PIB, mientras que Song, Price, Güvenen, Bloom y Von Wachter (2015) muestran que la contribución a la desigualdad de las empresas de alta productividad que pagan salarios más altos a sus trabajadores ha aumentado con el paso del tiempo, especialmente en la parte superior de la distribución de los ingresos. El valor de mercado de las cinco empresas más grandes en relación con el PIB en 1990 y en la actualidad se calcula a partir de Global Financial.

431. Sobre cómo la estructura institucional de un país no puede ser copiada directamente por otro, expuesta en este epígafre, véase Acemoglu, Robinson y Verdier (2017).

432. Para las revelaciones de Snowden y el «registro de sesión» del Gobierno danés, véase esta cita de Beveridge, que es de Beveridge (1994, p. 9).

433. Para la Declaración Universal de los Derechos Humanos de Naciones Unidas, véase: <https://www.ohchr.org/EN/UDHR/Documents/UDHR_Translations/eng.pdf>.

434. Para el discurso del Estado de la Unión de Roosevelt de 1944, véase: <http://www.fdrlibrary.marist.edu/archives/address_text.html>.

435. La cita sobre la falta de libertades de los afroamericanos proviene de Litwack (2009, p. 50).

El pasillo estrecho
Daron Acemoglu y James A. Robinson

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Penguin Random House Group, 2019
© ilustración de la portada, Zhao jian kang – Shutterstock

© 2019 by Daron Acemoglu and James A. Robinson. Todos los derechos reservados.
© de la traducción: Ramón González y Marta Valdivieso, 2019

© de esta edición: Centro de Libros PAPF, SLU.
Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

ISBN: 978-84-234-3100-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com